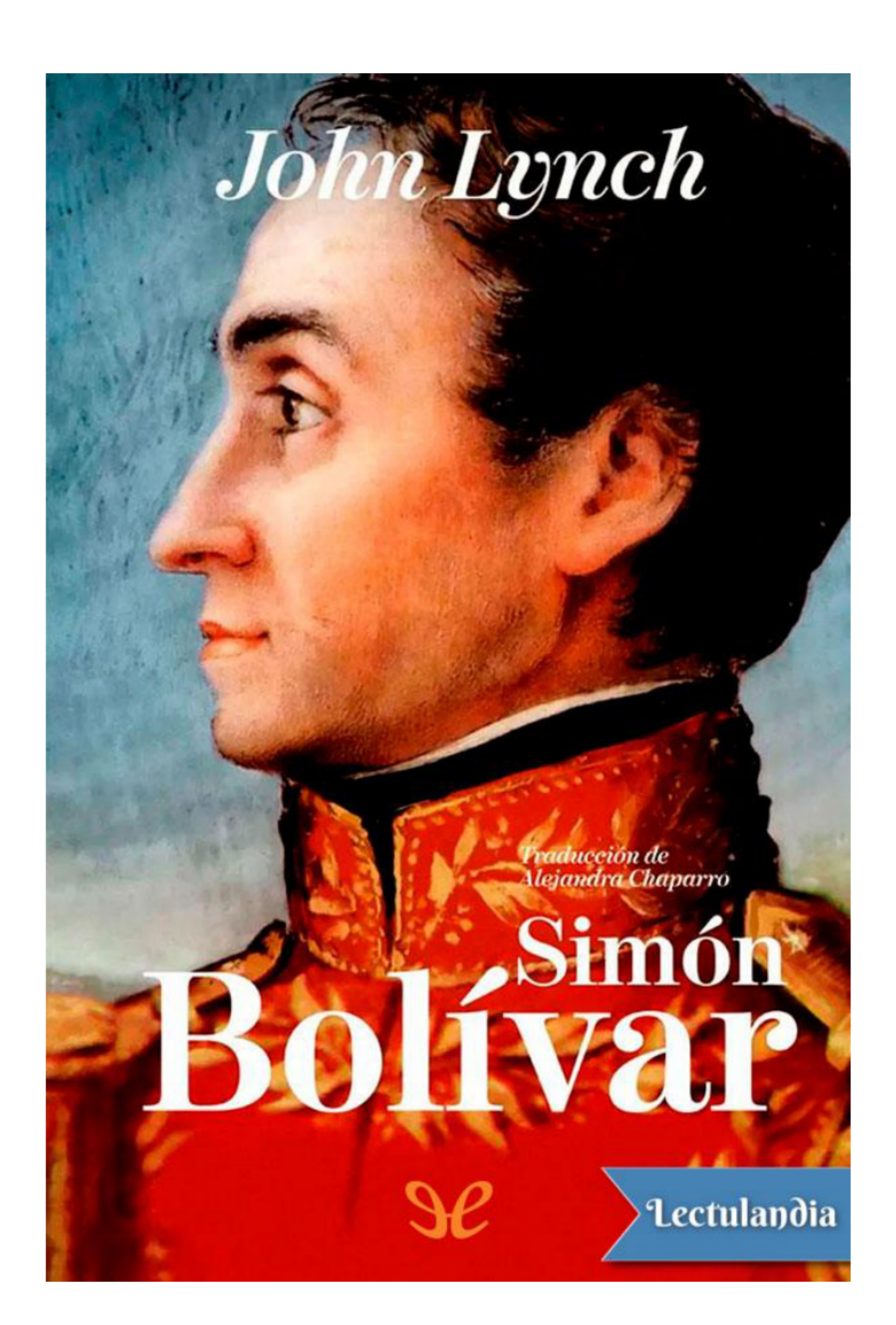

John Lynch
Traducción de
Alejandra Chaparro
Simón
Bolívar
Lectulandia

Simón Bolívar fue un revolucionario que liberó a seis países, un intelectual que argumentó los principios de la liberación nacional y un general que luchó en una cruel guerra colonial. Su vida, sus pasiones, batallas y grandes victorias se incrustaron en la cultura hispanoamericana casi tan pronto como sucedieron. Su recuerdo ha sido una inspiración para las generaciones posteriores, pero también se ha convertido en un campo de batalla.

En esta biografía John Lynch consigue transmitir una visión profunda de Bolívar, despojada de mitos y condenas, y vista en el contexto social y político en el cual vivió. El libro ilumina el mundo interior de Bolívar, la dinámica de su liderazgo, su poder de mando y sus modos de gobernar a los diversos pueblos de la América española. La clave de su grandeza, concluye Lynch, fue la fuerza de voluntad suprema y la capacidad de inspirar a las personas a seguirlo más allá de sus intereses inmediatos, en algunos casos a través de años de incesante lucha. Abarcando toda la vida de Bolívar y sus muchos logros, este es el relato definitivo de una figura imponente en la historia del hemisferio occidental.

John Lynch

Simón Bolívar

ePub r1.0
Wilku 18.11.2019

Título original: *Simón Bolívar A life*
John Lynch, 2006
Traducción: Alejandra Chaparro

Editor digital: Wilku
ePub base r2.1

Índice de contenido

PREFACIO

Simón Bolívar tuvo una vida corta pero extraordinariamente plena. Fue un revolucionario que liberó seis países, un intelectual que debatió los principios de la liberación nacional, un general que libró una cruel guerra colonial. Inspiró a la vez devociones y odios extremos. Muchos hispanoamericanos querían que se convirtiera en su dictador, en su rey; mientras que otros lo acusaron de ser un traidor, y hubo quienes intentaron asesinarlo. Su memoria se convirtió en inspiración para generaciones posteriores pero, al mismo tiempo, también en un campo de batalla. Para los historiadores liberales fue un luchador que combatió la tiranía. Los conservadores crearon a su alrededor un culto. Los marxistas lo rechazaron por considerarlo el líder de una revolución burguesa. Aún hoy, Simón Bolívar sigue despertando pasiones y motivando polémicas. De su figura se han apropiado tanto los gobiernos como los grupos guerrilleros: su reciente encarnación como el modelo de un populismo autoritario en Venezuela constituye una nueva interpretación de su liderazgo que desafía a los historiadores a aclarar los hechos.

Bolívar fue un hombre excepcionalmente complejo, un libertador que desdeñaba el liberalismo, un soldado que menospreciaba el militarismo, un republicano que admiraba la monarquía. Estudiar a Bolívar es estudiar a un personaje extraño y muy particular, cuyo pensamiento y voluntad fueron factores no menos clave en el cambio histórico que las fuerzas sociales de la época. Consciente de su valía, protegió su reputación expresando sus ideas en un torrente de palabras cuya elocuencia y convicción todavía producen asombro y admiración en sus lectores. No obstante, pese a que en sus archivos abundan joyas de gran originalidad. Bolívar no se preocupó por ellos y debemos su preservación más a la devoción de sus seguidores que a su propio interés. Este libro es un relato de su vida y una historia de su tiempo basada en las fuentes

bolivarianas así como en investigaciones modernas. Los comentarios sobre la vida y el pensamiento de Bolívar no son menos prolíficos que las fuentes, pero mientras que son estas últimas las que mejor iluminan los hechos, los primeros con frecuencia los oscurecen.

¿Por qué escribir una nueva vida de Bolívar? Hay quienes cuestionan la importancia de la biografía y rechazan el culto al héroe. Según ellos, el significado de las luchas de liberación ha de buscarse en el estudio de las estructuras económicas, las clases sociales y la coyuntura internacional, no en las acciones militares y las vidas de los libertadores. Desde esta perspectiva, la afirmación de Carlyle según la cual la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres se considera equivocada, y su idea de que la sociedad está fundada en el culto de los héroes, una curiosa exageración. Sin embargo, la independencia de la América española resulta incomprensible sin la presencia de los libertadores, y sin la intervención de su autoridad personal es difícil explicar su historia posterior. En las acciones de Bolívar es posible apreciar la dinámica del liderazgo, el poder de mando y los modos de gobernar en la diversa sociedad hispanoamericana, no toda la historia del período, pero sí de gran parte de ella.

Sobre Bolívar se ha dicho mucho, pero nadie ha pronunciado la última palabra. En inglés, la interpretación de Salvador de Madariaga, sustentada en una amplia investigación, pero escrita desde una total antipatía por el personaje, fue pronto superada por la obra, mucho más equilibrada, de Gerhard Masur, que se mantuvo como el principal estudio académico en lengua inglesa sobre la materia durante casi medio siglo antes de empezar a quedar obsoleto. En Estados Unidos, el estudio de Bolívar se ha enriquecido recientemente gracias al trabajo de expertos cuyas investigaciones y aportaciones constituyen un modelo de precisión y criterio. En Venezuela, los estudios bolivarianos forman parte de la cultura nacional y, gracias a la labor de varias generaciones de historiadores hispanoamericanos, en la actualidad tenemos acceso a una colección incomparable de fuentes documentales publicadas, a una enorme cantidad de obras secundarias y a innumerables estudios especializados. En la búsqueda de una comprensión más completa del Libertador, los historiadores de todo el mundo —y ninguno más que yo mismo— estamos desde hace mucho tiempo en deuda con Germán Carrera Damas, cuyo trabajo ha iluminado este campo de estudio durante más de cuatro décadas. Es muy probable que, estando tan cerca

el bicentenario de la independencia hispanoamericana, el interés por los estudios bolivarianos se renueve en los próximos años, durante los cuales seguramente seremos testigos de un resurgimiento de conferencias, congresos y seminarios dedicados a la materia y, en consecuencia, de un aumento significativo de las publicaciones sobre el Libertador. Con todo, la vida y la obra de Bolívar continúan siendo un tema repletó de interrogantes y polémicas, y sus motivos íntimos y su proyecto último siguen planteando un reto a los historiadores. Este reto es más una cuestión de interpretación que de hechos, pero sin éstos es imposible proponer una interpretación y, con frecuencia, son ellos mismos los que son objeto de debate.

En los estudios bolivarianos, por tanto, todavía hay espacio para los historiadores. Sin embargo, el atractivo de este tema también es más profundo. El estudio de las revoluciones que tuvieron lugar en la América española entre 1808 y 1826 ha progresado de forma significativa en las últimas décadas. Los historiadores han ajustado la cronología de la independencia hispanoamericana a unas dimensiones más amplias y hoy se considera que los años transcurridos de 1750 a 1850 constituyen un período de transición durante el cual las estructuras coloniales fueron lentamente sustituidas por estados-nación. Los cambios sociales se han investigado con mayor detenimiento y la raza, la clase y el género se han convertido en categorías que cualquiera que quiera estudiar la Independencia debe tener en cuenta. Se han buscado lealtades en las élites y compromiso en los sectores populares. Las guerrillas han adquirido mayor importancia y se ha visto una secuencia común en la transformación de los bandidos en guerrillas y de las guerrillas en patriotas, lo que aporta una nueva perspectiva a la historia militar. Pero la revolución es sólo una parte de la historia: la contrarrevolución española también se ha estudiado de forma más detallada, y hoy se considera la Independencia tanto una guerra que España perdió como una guerra que los americanos ganaron. Las ideas políticas de la Independencia han sido objeto de un atento estudio a través del análisis textual cuidadoso de los escritos revolucionarios, e igualmente se ha dado especial énfasis a las formas de sociabilidad política. La idea de una identidad americana se ha deshecho de inhibiciones conceptuales y ahora puede estudiarse como el surgimiento de comunidades imaginadas o incluso como el desarrollo del nacionalismo en la América española de comienzos de la era moderna.

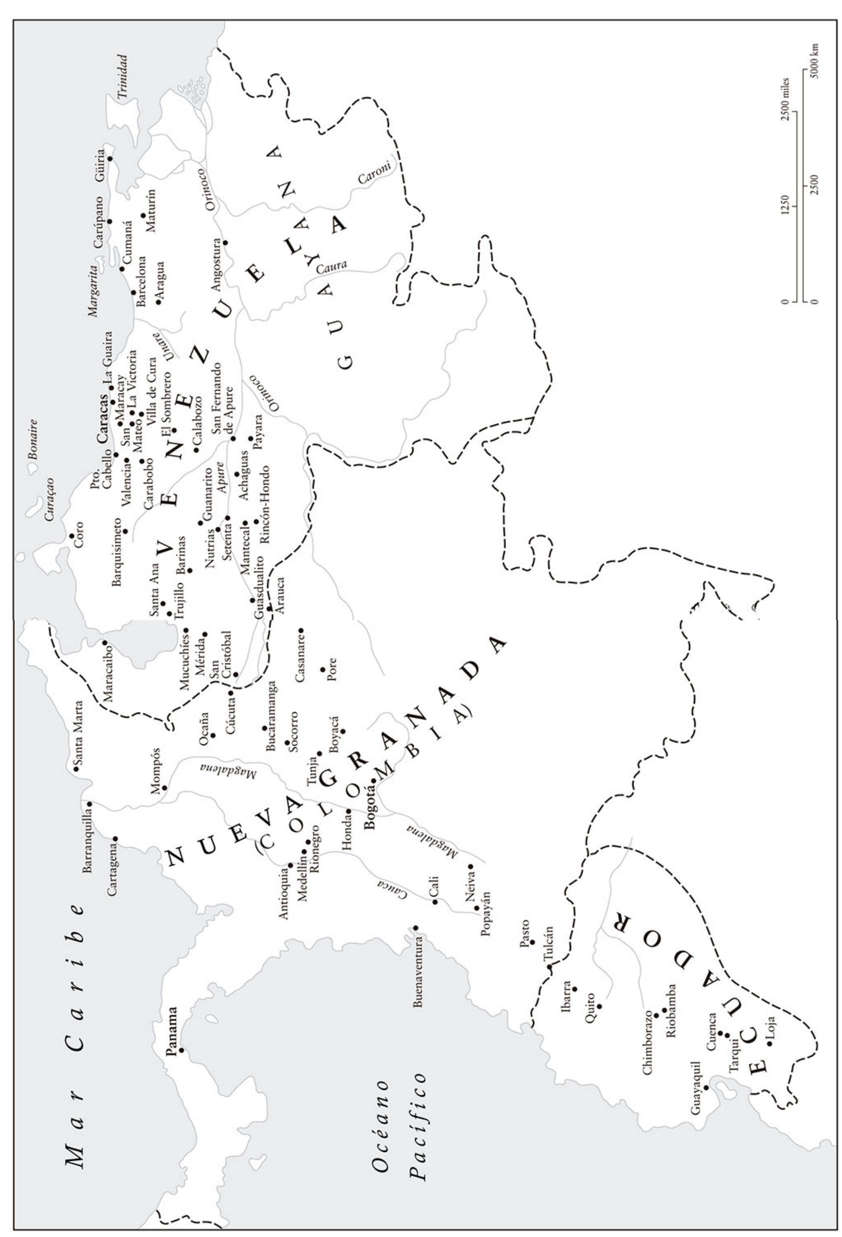
Ha llegado la hora de integrar a Bolívar de forma más estrecha en estos nuevos estudios, de incorporar al Libertador a la vida social, económica, intelectual y política de la sociedad de su época, y de analizar sus políticas relacionadas con las élites criollas, los mestizos, los negros, los indígenas y los esclavos. La historia de Simón Bolívar no termina con su muerte, pues el Libertador dejó un legado que no es menos espectacular que su vida, y su examen, con el que esta obra concluye, también es tarea del historiador.

Debo expresar mi agradecimiento a Yale University Press por haberme invitado a escribir este libro y a James Dunkerley por haber promovido el proyecto. Mi deuda con Germán Carrera Damas viene de tiempo atrás, y este libro debe mucho a su generosa orientación con respecto al pensamiento y la obra del Libertador, su colaboración en la búsqueda de fuentes y su amistad más allá del mundo académico. También agradezco la amabilidad de Carole Leal Curiel, que me dio a conocer un trabajo clave escrito por su marido, el historiador Luis Castro, a quien hoy por desgracia sus colegas echan en falta. Me complace dejar constancia de mi gratitud a Peter Blanchard por la ayuda que me brindó, en especial en el tema de los esclavos y la esclavitud. Catherine Fuller, del Bentham Project del University College de Londres, me orientó en la correspondencia entre Bolívar y Bentham y me condujo a las fuentes. También me gustaría expresar mi deuda con la Fundación John Boulton en Caracas y, especialmente, con su directora, Carmen Michelena, por su generosidad al permitirme acceder a los documentos del Archivo del Libertador Simón Bolívar. También estoy en deuda con Alan Biggins de la Canning House, Norman Fiering de la John Carter Brown Library, y Gabriela Carrera, de Caracas, por su ayuda con las ilustraciones. Me alegra manifestar lo mucho que he valorado durante todos estos años los servicios del Archivo General de la Nación, de Caracas, y de los National Archives (Public Record Office), de Londres. Quiero además dar las gracias en particular a la British Library, al Institute of Historical Research y a la biblioteca del University College de Londres, cuyos fondos hacen de la capital inglesa un lugar fructífero para los estudios bolivarianos.

Dedico un agradecimiento especial, aunque las palabras no sean las adecuadas, a mi esposa, cuyo apoyo e interés por Bolívar animaron y alimentaron este libro y fueron fundamentales para su conclusión.



Suramérica 1800 - 1830.



Gran Colombia.



Perú y Bolivia.

Capítulo 1

UNA COLONIA ESPAÑOLA

VENEZUELA, LA TIERRA NATAL

El 26 de marzo de 1812 un terrible terremoto sacudió Venezuela. Desde los Andes hasta la costa, desde Mérida hasta La Guaira, la tierra se agitó y crujió, los edificios se desmoronaron y miles de personas murieron. El cronista José Domingo Díaz, contrario a la causa independentista, se encontraba presente, y el suceso despertó su instinto periodístico:

> Eran las cuatro, el cielo de Caracas estaba extremadamente claro y brillante, una calma inmensa aumentaba la fuerza de un calor insoportable, caían algunas gotas de agua sin verse la menor nube que las arrojase, y yo salí de mi casa para la Santa Iglesia Catedral. Como cien pasos antes de llegar a la plaza de San Jacinto, convento de la Orden de Predicadores, comenzó la tierra a moverse con un ruido espantoso; corrí hacia aquella, algunos balcones de la Casa de Correos cayeron a mis pies al entrar en ella, me situé fuera del alcance de las ruinas de los edificios y allí vi caer sobre sus fundamentos la mayor parte de aquel templo, y allí también, entre el polvo y la muerte, vi la destrucción de una ciudad que era el encanto de los naturales y de los extranjeros. A aquel ruido inexplicable sucedió el silencio de los sepulcros. En aquel momento me hallaba solo en medio de la plaza y de las ruinas; oí los alaridos de los que morían dentro del templo, subí por ellas y entré en su recinto. Todo fue obra de un instante. Allí vi como cuarenta personas, o hechas pedazos, o prontos a expirar por los escombros. Volví

> a subirlas y jamás se me olvidará este momento. En lo más elevado encontré a don Simón Bolívar que, en mangas de camisa, trepaba por ellas para hacer el mismo examen. En su semblante estaba pintado el sumo terror o la suma desesperación. Me vio y me dirigió estas impías y extravagantes palabras: «Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca». La plaza estaba ya llena de personas que lanzaban los más penetrantes alaridos. [1]

Aquel Jueves Santo, miles de personas perecieron en las iglesias, y los templos de La Trinidad y Alta Gracia, que tenían más de cuarenta y cinco metros de altura, quedaron convertidos en ruinas de no más de metro y medio o dos metros. Los enormes barracones de San Carlos se desplomaron sobre el regimiento que se preparaba para unirse a la procesión. El 90 por 100 de la ciudad de Caracas quedó completamente destruido. [2] Nada pudo soportar los movimientos de la tierra, que daba saltos como si fuese líquido hirviendo, ni los temblores que la recorrían entrecruzándose de norte a sur y de este a oeste. Tan sólo en la capital hubo entre nueve mil y diez mil víctimas mortales. Por todas partes se oían gritos de auxilio procedentes de las ruinas, las madres intentaban desesperadas reanimar a los hijos que llevaban en brazos, las familias vagaban desconsoladas y medio aturdidas entre las nubes de polvo buscando a padres, esposos y amigos desaparecidos, y un grupo de frailes franciscanos se dedicaba a recoger los cadáveres para ofrecerles sepultura. [3] Mientras los cuerpos de los fallecidos ardían en piras funerarias, los heridos y los enfermos yacían a orillas del río Guaire, sin camas, sábanas o medicinas, pues todo había quedado sepultado bajo los escombros. Aterrorizada, la sociedad en su conjunto recordó de forma repentina sus obligaciones: las parejas se apresuraron a casarse, los niños que habían sido abandonados encontraron a sus padres, se saldaron deudas, se repararon fraudes, las familias se reconciliaron y las enemistades se convirtieron en amistades. Los curas nunca habían estado tan ocupados. Sin embargo, Bolívar no sólo tuvo que luchar contra la naturaleza sino también contra la Iglesia, pues muchos clérigos realistas aprovecharon la catástrofe para proclamar que el terremoto era el modo en que Dios castigaba la revolución. Entre el

polvo y los escombros, el futuro Libertador se enfrentó a uno de los sacerdotes y lo obligó a bajar de su improvisado púlpito. Lleno de odio, Bolívar convirtió la destrucción y la confusión causadas por el terremoto en una cuestión personal. El seísmo no sólo había sido un golpe contra su ciudad natal, sino un atentado contra su revolución.

«Noble, rico y con talento», así describió a Simón Bolívar uno de sus colaboradores, y tales fueron los recursos con los que contó desde el principio. [4] Nacido en Caracas el 24 de julio de 1783 y bautizado como Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, era hijo de Juan Vicente Bolívar y Ponte y María de la Concepción Palacios y Blanco, el menor de una familia compuesta por cuatro hermanos, dos hombres y dos mujeres. Era un americano de séptima generación, descendiente del Simón de Bolívar que en 1589 había llegado a Venezuela procedente de España en busca de una nueva vida. Perteneciente a una sociedad formada por blancos, indios y negros, en la que los vecinos eran sensibles a la menor variación, su linaje familiar ha sido rastreado en repetidas ocasiones en búsqueda de indicios de mestizaje racial, sin embargo, a pesar de testimonios dudosos que se remontan a 1673, los Bolívar siempre fueron blancos. El sustento económico de la familia también estaba garantizado. De origen vasco, los Bolívar habían acumulado a lo largo de dos siglos tierras, minas, plantaciones de diversos tipos, ganado, esclavos y residencias, y gozaban de una posición destacada entre la élite blanca de Venezuela. La hacienda de San Mateo, la predilecta de la familia, estaba en su poder desde el siglo XVI, cuando gracias a una encomienda se beneficiaba del trabajo de los indígenas del valle. En Caracas, la familia vivía en una casa grande en el centro de la ciudad. Los Bolívar habían echado raíces en el país y estaban muy vinculados a su historia, tenían una buena reputación como regidores del cabildo, oficiales de la milicia y defensores de las políticas de la metrópoli, y aspiraban a obtener un título aristocrático. José Bolívar Aguirre, tío de Simón, había colaborado con ahínco en la represión de la rebelión de 1749. [5] Por el lado materno, los Palacios también eran una familia de alcurnia con pretensiones aristocráticas y tradición en la administración colonial, y su historia en la vida pública de Venezuela se había desarrollado paralela a la de los Bolívar. No hay duda alguna de que Simón Bolívar pertenecía a la élite venezolana,

pero ¿qué era entonces Venezuela?

Situada en el extremo sureste del mar Caribe, Venezuela era, entre todas las colonias españolas del continente, la más cercana a Europa. Bolívar nunca se cansó de recomendar a sus paisanos que debían guiarse por la naturaleza, no por las teorías, y apreciar las riquezas de su tierra natal: «Hallaréis consejos importantes que seguir en la naturaleza misma de nuestro país —dijo al congreso constituyente en 1830—, que comprende las regiones elevadas de los Andes y las abrasadas riberas del Orinoco: examinadle en toda su extensión, y aprenderéis en él, de la infalible maestra de los hombres, lo que ha de dictar el congreso para la felicidad de los colombianos». [6] Los viajeros que llegaban por mar a Venezuela desde Europa pasaban primero por Macuro, donde en 1498 Colón se topó con la América continental, o Isla de Gracia, como la llamó el Almirante, unas playas de arena blanca y vegetación exuberante detrás de las cuales se alzaba una tupida selva. Al bordear la isla de Margarita, donde en otra época floreció la pesca de perlas, era posible ver una costa de una belleza deslumbrante, en la que podían distinguirse grupos de cocoteros, palmas altísimas, playas repletas de pelícanos y flamencos y, en el polvoriento suelo alrededor de Cumaná, los tunales en los que crecían cactus gigantes. Tierra adentro, se divisaban los hermosos árboles de tamarindo. Hacia el sur, en el interior, se encontraban el río Orinoco y Angostura, el orgullo de la Guayana española. Los barcos continuaban luego en dirección oeste hasta el puerto de La Guaira, a lo largo de una costa en la que la selva llegaba hasta la playa y los manglares crecían a orillas del mar. En La Guaira, la insolación, la fiebre amarilla y los tiburones eran algunos de los peligros a los que podían tener que hacer frente los viajeros antes de alcanzar la meseta interior y la relativa seguridad de Caracas.

Siguiendo hacia el oeste por la costa, más allá de las ciudades de Maracay y Valencia, aparecía Coro, con su vieja catedral y sus vastas dunas de arena. Hacia el sur, desde la cordillera de la costa, se encontraban regiones de gran belleza, valles, lagos y ríos, hogar de plantaciones de caña de azúcar, café, algodón y, por encima de todo, cacao. El paraíso tropical daba paso a los llanos del centro y el este del país, cuyas extensas praderas, atravesadas por multitud de ríos, estaban sometidas a sequías e inundaciones implacables.

Todavía más al oeste, el viajero encontraba las tierras altas de Segovia, con sus mesetas, valles y semidesiertos, y, después de ellas, el lago de Maracaibo, donde los descubridores españoles habían encontrado los palafitos indígenas, que, por recordarles a Venecia, habían dado origen al nombre del país. Los Andes venezolanos, que se extendían hacia el suroeste desde Trujillo, estaban coronados por Mérida, la ciudad más alta de Venezuela, que recientemente se había hecho eco de la revuelta de los comuneros contra las exacciones borbónicas.

Alexander von Humboldt, el científico y viajero alemán, visitó Venezuela entre 1799 y 1800 y describió sobrecogido la vastedad de los llanos: «La infinita monotonía de los llanos; la extrema rareza de sus habitantes; las dificultades para viajar en medio de semejante calor y en una atmósfera oscurecida por el polvo; la perspectiva del horizonte, que permanentemente está alejándose del viajero; las pocas palmeras dispersas que crecen allí son tan parecidas entre sí que el viajero incluso se desespera de estar siempre topando con ellas y confundiéndolas con otras situadas mucho más lejos. En su conjunto, todos estos aspectos hacen que el extranjero que recorre los llanos piense que éstos son todavía más extensos de lo que son». [7] A los blancos y pardos (mulatos) que formaban la población nativa, se unieron, a finales del siglo XVIII, indios rebeldes, esclavos fugitivos, forajidos y cuatreros, los marginados de la sociedad blanca, lo que convirtió a los llanos, en opinión de Humboldt, en un «refugio de criminales». Los llaneros, tan alejados de la cultura del joven Bolívar, estaban destinados a ser un elemento fundamental de su vida en las guerras venideras, convertidos en los lanceros del ejército libertador; «obstinados e ignorantes», los llaneros quizá no tuvieran una gran autoestima, pero siempre contaron con el respeto de su general. Con todo, el primer horizonte del Libertador fue el de Caracas, De los 800.000 habitantes de Venezuela, una población móvil que parecía estar en un ir y venir constantes, más de la mitad (455.000) vivían en la provincia de Caracas, la región donde entonces se concentraba la mayor parte de la producción de cacao y de los dos nuevos cultivos destinados a la exportación, el añil y el café. [8]

Situada a 900 metros sobre el nivel del mar, en un fértil valle entre dos cadenas montañosas, Caracas disfrutaba de un clima

cálido pero más templado que el de las ciudades de la costa. Unos sesenta y cinco kilómetros la separaban de La Guaira, un día de trayecto por el camino colonial (en algunos puntos poco más que un sendero para mulas) que se adentraba en el interior del país desde el puerto. El centro de la capital se había construido alrededor de una plaza principal y dos más pequeñas, con calles rectas, y en muchos casos pavimentadas, que formaban una cuadrícula. Las casas y demás edificaciones eran de poca altura, algo apropiado en una zona de elevada actividad sísmica, y, aunque algunas eran de ladrillo, en la mayoría se había empleado el adobe. En Caracas los Bolívar poseían varias propiedades: además de la residencia familiar en la plaza San Jacinto, Simón heredó de un primo acaudalado, Juan Félix Aristeguieta y Bolívar, una casa en la plaza principal, entre la catedral y el palacio episcopal. Las viviendas de este tipo eran construcciones elegantes, con patios y jardines muy amplios, regados por canales que se alimentaban del río Catuche y en los que crecían diversos árboles frutales y plantas tropicales. La cotidianeidad de las clases adineradas incluía cierto grado de vida social y cultural refinada, aunque modesta, y muchos hogares contaban con bibliotecas que podían lucir con orgullo. La Universidad de Caracas comenzó su actividad académica en 1725, y si bien el tradicionalismo dificultaba al avance de las tendencias innovadoras, los estudiantes podían aprender en ella la mayoría de las disciplinas de la época y tener acceso a los pensadores europeos del los siglos XVII y XVIII, que incluían las obras de Spinoza, Locke y Newton. [9]

Humboldt quedó impresionado con el nivel cultural de muchos criollos, en especial con su conocimiento de la cultura europea y su dominio de las cuestiones políticas que afectaban a las colonias y la metrópoli, algo que atribuyó a «la comunicación frecuente con la Europa comercial y las Indias occidentales». [10] El científico advirtió en la élite de Caracas dos tendencias distintas, asociadas a una diferencia generacional: mientras la generación mayor se caracterizaba por su apego al pasado, la defensa de sus privilegios y la firmeza de su aversión a la Ilustración, la generación más joven se preocupaba menos por el presente que por el futuro, se sentía atraída por las tendencias e ideas novedosas y firmemente comprometida con la razón y los valores ilustrados, lo que en

ciertos casos la empujaba a rechazar la cultura española y establecer peligrosos vínculos con extranjeros. Simón Bolívar nació en el primer grupo y se graduó en el segundo.

Venezuela ya no era entonces la colonia olvidada de tiempos de los Austrias, una escala en la ruta hacia los preciados virreinatos de México y Perú. La verdadera historia de Venezuela comenzó no con la primera conquista de América, sino con la segunda, en el siglo XVIII, cuando España reorganizó la vida política y económica del país y lo dotó de nuevas instituciones. El instrumento para la reconquista económica fue la Compañía de Caracas, una empresa vasca a la que se otorgó el monopolio del comercio con Venezuela y que, al crear un nuevo mercado para España, dio un ímpetu renovado a la producción y la exportación. La modernización impulsada por los Borbones separó a Venezuela del virreinato de Nueva Granada y le dio una intendencia propia en 1776, y una capitanía general en 1777. El intendente tenía a su cargo la administración fiscal y económica, y el capitán general, el control político y militar, y ambos funcionarios respondían directamente ante el gobierno central en Madrid y no ante el virrey vecino. En 1786 se estableció en Caracas una audiencia (tribunal de justicia), y en 1793 un consulado (tribunal de comercio); los asuntos jurídicos y comerciales de Venezuela eran ahora sus asuntos, y su gestión no dependía de otras colonias españolas. Estas instituciones no dieron más poder a Venezuela: representaban intereses imperiales más que intereses locales, y los venezolanos continuaron sometidos a una metrópoli lejana. Sin embargo, su país contaba ahora con una identidad propia y comenzaba a ser consciente de cuáles eran sus intereses. Puede que no haya sido el corazón del Imperio español, o el eje de la revolución que estaba por venir, pero, a medida que el mundo colonial empezaba a desvanecerse y el país se adentraba en una nueva era, Venezuela fue la cuna de tres gigantes de la independencia hispanoamericana: Francisco de Miranda, el Precursor; Simón Bolívar, el Libertador y Andrés Bello, el Intelectual.

España se estaba volviendo más imperialista. No había sido así siempre. Al igual que otros grandes imperios, España tenía la capacidad de absorber a la gente de sus colonias. Durante los Austrias, el Imperio había sido gobernado por los acuerdos y el

consenso, algo que pudo advertirse inicialmente en la participación cada vez mayor de los criollos en la burocracia colonial y los tribunales, y en el reconocimiento por parte de la corona de que las sociedades de las colonias tenían identidades e intereses que era sabio respetar e incluso representar. Sin embargo, los años que siguieron a 1750 fueron testigos de un proceso de desamericanización del gobierno colonial, del avance del estado borbónico y del fin de los acuerdos políticos y la participación criolla. La política borbónica se personificó en la figura del intendente español, un burócrata profesional, dedicado a generar recursos y recaudar rentas. Los criollos, a quienes se había dejado de tener en cuenta para la administración pública, empezaron a ser coaccionados, y el cambio no pasó desapercIbido. De hecho, los criollos fueron muy conscientes de él. El jesuíta peruano Juan Pablo Viscardo, defensor de la causa independentista, había sido testigo directo de esta tendencia política en su país: los Borbones habían pasado del consenso a la confrontación, se habían ganado la antipatía de la élite criolla y, finalmente, la habían empujado a la independencia. «Desde el siglo XVII los criollos accedieron a importantes cargos, tanto en España como en América, como clérigos, funcionarios y militares». Ahora, sin embargo, España había regresado a una política que daba preferencia a los españoles peninsulares, a «la exclusión permanente de los únicos que conocen su país, cuyos intereses personales están estrechamente ligados a él y tienen el sublime derecho de velar por su bienestar». [11] Esta «reacción española» se sintió en toda América, y no con menos intensidad en Venezuela. Bolívar mismo se quejó de la exclusión de los americanos de los cargos públicos, eclesiásticos y financieros, «quizá con mayor fuerza que nunca». [12] De 1786 a 1810 no se nombró a ningún venezolano en la audiencia de Caracas, período durante el cual los principales cargos fueron ocupados por diez españoles y cuatro funcionarios procedentes de otras colonias. [13]

Los criollos eran conscientes de su situación, que constantemente les recordaba que su país existía para España y que sus perspectivas dependían de otros. Bolívar mismo nunca perdonó ni olvidó el extremo subdesarrollo al que se había condenado a su país, al que se le prohibía competir con la agricultura, la industria y el comercio de España. ¿Cuál era el destino de los americanos? «Los

campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta»[14]. Con todo, los criollos como Bolívar pertenecían a la élite colonial, lo que los situaba muy por encima de los mestizos, los mulatos y los esclavos que trabajaban sin descanso en la parte inferior de la escala social, y, en la medida en que sus ambiciones no fueran demasiado altas, podían disfrutar de una vida tranquila y segura bajo el dominio español, con una hacienda en el campo y una casa en Caracas. En realidad, pocos de ellos estaban preparados para darle un vuelco a su mundo.

La producción y la exportación de cacao crearon una economía dinámica que dio origen a una élite regional, a la que a lo largo del siglo XVII y durante las primeras década del XVIII la corona no prestó mucha atención y que, en cambio, estableció unos importantes vínculos económicos con las Américas más que con España. Sin embargo, aproximadamente desde 1730, la corona comenzó a fijarse cada vez más en Venezuela, en la que veía una fuente de ingresos para España y de cacao para Europa. El agente de este cambio, como hemos señalado, fue la Compañía de Caracas, una empresa vasca que contaba con el monopolio del comercio e, indirectamente, con el de la administración. Pero unas políticas comerciales novedosas y agresivas que, en contra de los intereses locales, implicaban unos beneficios menores tanto para los inmigrantes que luchaban por abrirse camino como para los hacendados tradicionales, causaron una rebelión popular en 1749. El levantamiento fue aplastado con rapidez y Caracas tuvo luego que soportar una serie de gobernadores militares, impuestos cada vez más altos y una mayor presencia imperial de la que había experimentado hasta entonces. A los miembros más destacados de la sociedad se les ofrecieron participaciones en la reformada Compañía de Caracas, un paliativo para garantizar su colaboración y mantenerlos alejados de las causas populares. De esta manera, se puso a prueba en Venezuela el nuevo imperialismo de los Borbones, el cambio del consenso por la confrontación. En términos de desarrollo regional, autonomía de las élites y reacción realista, la experiencia de Caracas fue una temprana demostración de que se

había abierto una gran brecha en la historia colonial entre el estado criollo y el estado borbónico, entre la avenencia y la autoridad. Como señaló un destacado ministro español de la época, era posible que los habitantes de las colonias aprendieran a vivir sin los frutos de libertades de las que nunca habían disfrutado, pero, una vez que hubieran adquirido el derecho a alguna y hubieran conocido su sabor, no iban a permitir que se la quitaran de nuevo. [15] Bolívar nació en una colonia regida no por el consenso y el traspaso de competencias, sino por el centralismo y el absolutismo. La generación de sus padres aceptó sin resistencia las innovaciones de la administración borbónica y la pérdida de la influencia criolla tradicional. La siguiente generación no sería igual de dócil. [16]

FAMILIA, AMIGOS Y VECINOS

Los primeros años de Bolívar fueron a la vez de privilegios y de privaciones, pues perdió a sus padres siendo aún muy niño. De su padre, que murió de tuberculosis cuando apenas tenía dos años y medio, no conservaba recuerdo alguno; su madre murió cuando tenía nueve, también de tuberculosis, y desde entonces dependió del favor de tíos de diferentes condiciones. Su padre, Juan Vicente Bolívar, había sido bastante conocido en la sociedad caraqueña. Siguió la tradición familiar como coronel del batallón de milicias, pero al parecer no en lo referente a las opiniones políticas, un ámbito en el que su lealtad se reveló divida, no necesariamente entre la monarquía y la independencia, pero sí entre los españoles y los americanos. En 1782 escribió, junto con otras dos distinguidas personalidades de Caracas, una carta a Francisco Miranda, el oficial y disidente venezolano cuya lealtad también se tambaleaba, para quejarse de las «tiránicas providencias» e insultos del intendente y sus partidarios y de todos los españoles, respaldados por «el maldito Señor Ministro Gálvez». El intendente trataba a «los americanos, no importa de qué estirpe, rango o circunstancias como si fuesen unos esclavos viles». El padre de Bolívar y sus amigos se dirigían a Miranda para que les ayudara a oponerse a esta infame opresión, como «el hijo primogénito de quien la madre patria aguarda este servicio importante», pero preferían esperar a conocer cuál era su consejo ya que no querían sufrir el mismo destino de Santa Fe de

Bogotá y Cuzco,[17] Si esta carta es auténtica, constituye un testimonio de especulación política e incluso de disidencia en la familia Bolívar, si no de acto, al menos de pensamiento.

Aunque Juan Vicente legó a sus hijos una biblioteca de la cultura del siglo XVIII, en otros aspectos no fue precisamente un modelo a seguir. Tenía fama de mujeriego, «temido de blancas y de indias, de doncellas y de esposas». Ninguna muchacha estaba a salvo bajo su techo, tal como declararon dos hermanas; una, Margarita, había tenido que resistirse a que la arrastrara a un dormitorio para tener relaciones sexuales, y la otra, María Jacinta, se había quejado ante el obispo de Caracas de que «el lobo, don Juan Vicente Bolívar, ha estado importunándome varios días para que peque con él … y envió a mi marido a los Llanos a arrear ganado, para así poder quedar libre para continuar con sus planes diabólicos … Ayúdeme, por amor de Dios, pues estoy a punto de caer». No obstante, el obispo encubrió los hechos, más preocupado por evitar el escándalo que por confrontar al acusado, a quien aconsejó que lo negara todo.[18] La táctica parece haber dado resultado, y algunos años más tarde, en diciembre de 1773, el seductor recalcitrante consiguió concertar un matrimonio decente. Tenía entonces cuarenta y seis años. Su novia, Concepción Palacios y Blanco, era una mujer joven y atractiva, unos treinta años menor que él y perteneciente a una familia tan distinguida como la suya.

Gracias a sus padres, Bolívar estaba bien relacionado, y además contaba con un primo opulento, Juan Félix Jerez de Aristeguieta y Bolívar, el sacerdote que lo bautizó, quien le dejó una fortuna y el derecho sobre varias propiedades con la condición de que se mantuviera fiel a Dios y al rey. El legado de su primo vino a sumarse a la herencia de sus padres. El huérfano, por lo tanto, afrontaba el futuro de una manera mucho más confiada que la mayoría de los venezolanos y sin los agobios del trabajo, ya que recibía sus ingresos gracias a la labor de otros, que se encargaban de administrar sus inversiones en diversos sectores de la economía venezolana y cosechar los beneficios de éstas.

Venezuela era, en distintas medidas, una plantación, un rancho y un mercado. La población y la producción se concentraban en los valles de la costa y en los llanos del sur. Dispersos en las extensas llanuras del interior y a lo largo de la orilla oeste del lago

Maracaibo, había cientos de miles de cabezas de ganado, caballos, mulas y ovejas que constituían uno de los recursos permanentes del país y le proporcionaban exportaciones inmediatas en forma de pieles y otros productos de origen animal. Las plantaciones comerciales producían una gran variedad de cultivos: tabaco de Barinas, algodón de los valles de Aragua, añil de los valles del Tuy y café de las provincias andinas. En la década de 1790, después de un siglo de expansión económica, estos productos representaban más del 30 por 100 de las exportaciones. Sin embargo, el pilar de la economía era el cacao. Cultivado en los valles y laderas de la zona costera del centro del país, la producción de cacao creció hasta llegar a constituir más del 60 por 100 del total de las exportaciones del país, pese a que la competencia de Guayaquil hacía que fuera un sector vulnerable.[19] Éste era el mundo de las grandes haciendas, que se abastecía de mano de obra a través del comercio de esclavos, entonces en constante expansión, y mediante peones, con frecuencia esclavos libertos, cuyas deudas los ataban a las propiedades de sus patrones. Venezuela era una típica economía colonial, con niveles de productividad y consumo bajos.

Humboldt anotó que la aristocracia venezolana era contraria a la causa independentista porque «lo único que ve en las revoluciones es la pérdida de sus esclavos», y sostuvo que «incluso preferiría un yugo extranjero al ejercicio de la autoridad por parte de americanos pertenecientes a una clase inferior».[20] Los prejuicios de raza estaban profundamente arraigados en los niveles más altos de la sociedad colonial. La familia Miranda era uno de sus blancos. Sebastián de Miranda Ravelo, padre del Precursor, era un comerciante de las islas Canarias que en 1764 había sido nombrado capitán de la sexta compañía de fusileros del batallón de blancos isleños de Caracas. El nombramiento causó una fuerte reacción en la oligarquía local, que consideraba a Miranda un mulato y un comerciante, «oficio bajo e impropio de personas blancas»; ahora el canario podría «ostentar en las calles el mismo uniforme que los hombres de superior calidad y sangre limpia».[21] El cabildo de Caracas, baluarte de la oligarquía criolla y guardián de sus valores, le prohibió «el uso del uniforme y bastón del nuevo batallón, apercibiéndole que si volvía a usarlos, lo pondría en la cárcel pública por dos meses». En este asunto Miranda contó con el apoyo

del gobernador y recibió el respaldo de las autoridades coloniales, normalmente más tolerantes que la clase dirigente local. Sin embargo, en un momento en el que los pardos estaban luchando por mejorar su estatus legal, lo que incluía, por ejemplo, obtener el derecho a contraer matrimonio con personas blancas y a recibir las órdenes sagradas, las élites venezolanas continuaban describiendo a los canarios como pardos y considerando a los isleños inferiores desde el punto de vista racial. Más tarde, en 1810, las reservas que tendrían los líderes de la independencia venezolana con respecto a Francisco de Miranda, el hijo de un comerciante canario, no eran ajenas a los prejuicios sociales en torno a su origen plebeyo.

Bolívar creció en Caracas y su mundo fue una mezcla de razas y culturas. Allí conocería de cerca al pueblo que luego dominaría su vida pública y determinaría sus decisiones políticas en los años por venir. Las calles de Caracas estaban cada vez más abarrotadas de gente, pues la sociedad venezolana era una sociedad en crecimiento: se calcula que la población de la provincia de Caracas aumentó en más de una tercera parte entre 1785 y 1810, un crecimiento que afectó a la mayoría de los grupos raciales sin alterar el equilibrio entre ellos. Los indígenas venezolanos, víctimas de las enfermedades y de los desplazamientos forzosos desde la primera conquista, eran prácticamente invisibles; vivían en los márgenes de la sociedad, en lugares remotos de los llanos, las montañas o las selvas, o en lejanas misiones administradas por frailes católicos, y carecían de cualquier noción de identidad como grupo. Las personas más cercanas a Bolívar en esta época eran criollos blancos situados en la cima de una sociedad de castas. La raza era una cuestión de primera importancia y conocer el origen de los demás era algo que todos los vecinos se tomaban muy en serio. Los blancos dominaban la burocracia, las leyes, la Iglesia, la tierra y el comercio al por mayor, pero no eran un grupo homogéneo, sino que estaba conformado por españoles peninsulares, criollos venezolanos (lo que incluía a un pequeño número de familias distinguidas, pero también a muchas que pese a tener un pasado de mezcla racial «pasaban» por ser blancos) e inmigrantes canarios. Por debajo de éstos estaba el enjambre formado por los denominados «blancos de orilla», los blancos pobres, artesanos, comerciantes y asalariados, que se confundían con los pardos y con

ellos se los identificaba. A los criollos de origen canario, un grupo que también incluía familias mestizas, se les seguía considerando canarios pese a haber vivido en Venezuela durante varias generaciones.

Entre la gente de color se encontraban los negros, ya fueran esclavos o libertos, y los pardos o mulatos, que eran el grupo más numeroso en Venezuela. A comienzos de la Independencia, por tanto, la sociedad venezolana estaba dominada numéricamente por unos cuatrocientos mil pardos y unos doscientos mil canarios, a la mayoría de los cuales se clasificaba como blancos pobres. En conjunto, los canarios y los pardos, muchos de éstos descendientes de inmigrantes canarios, representaban cerca del 75 por 100 del total de la población venezolana; sin embargo, rara vez actuaban juntos.

Composición étnica de la población venezolana a finales del período colonial

	Cantidad	*Porcentaje de la población*
Españoles peninsulares	1.500	0,18
Criollos pertenecientes a la élite	2.500	0,31
Canarios nativos (inmigrantes)	10.000	1,25
Canarios criollos (blancos de orilla)	190.000	23,75
Pardos	400.000	50,00
Negros (esclavos, fugitivos y negros libres)	70.000	8,75
Indios	120.000	15,00
Total aproximado	800.000	

FUENTE: Lombardi. *People and Places in Colonial Venezuela*, p. 132; Izard, *Series estadísticas para la historia de Venezuela*, p. 9; Báez Gutiérrez, *Historia popular de Venezuela: Período independentista*, p. 3.

Los blancos pobres tenían muy poco en común con la clase a la que pertenecía Bolívar, los llamados «mantuanos», propietarios de tierras y esclavos, productores de la riqueza colonial y oficiales al mando de la milicia. La tierra era la base de su poder y la tierra era su ambición, aunque eso no implicaba necesariamente una exclusión del comercio, ya que era frecuente que los comerciantes de éxito invirtieran en tierras y se casaran con mujeres pertenecientes a familias criollas propietarias de plantaciones. Los hacendados más ricos provenían de las familias más antiguas y tradicionales de la provincia, y éstos eran los amigos y conocidos de los Bolívar. A la cabeza de ellos se encontraba el marqués del Toro, que según un cálculo de 1781 tenía unos ingresos anuales de entre veinticinco mil y treinta mil pesos y una riqueza personal que ascendía a 504.637 pesos, además de poseer numerosas propiedades. Después venía un pequeño grupo compuesto por unos treinta individuos con riquezas comparables, entre los que se encontraba el primer conde de Tovar, seguido de cerca por el conde de la Granja, el conde de San Xavier, el doctor José Ignacio Moreno, el marqués de Casa León, Marcos Ribas y Juan Vicente Bolívar. El padre de Simón Bolívar era propietario de dos plantaciones de cacao, de campos de caña de azúcar en su hacienda de San Mateo, de tres haciendas dedicadas a la cría de ganado en los llanos, de una plantación de añil y de una mina de cobre, además de tener cuatro casas en Caracas y otras en La Guaira, y dejó a su familia, incluido el pequeño Simón, trescientos cincuenta mil pesos. [22] A finales del período colonial la aristocracia terrateniente, en su mayoría compuesta por criollos, comprendía 658 familias, 4.048 personas en total, un 0,5 por 100 de la población. Éste era el reducido grupo que monopolizaba la tierra y la fuerza de trabajo, pero sus fortunas habían empezado a fragmentarse a medida que las generaciones mayores morían y sus herederos dividían sus propiedades. La parte más grande del legado del padre de Bolívar, ciento veinte mil pesos, fue para su hijo mayor, llamado también Juan Vicente. Ahora bien, aunque algunas de las familias más importantes de Venezuela eran extremadamente ricas, la mayoría de los miembros de la élite tenían unos ingresos medios. Sin embargo, estaban obsesionados con los símbolos de estatus y los títulos aristocráticos, muchos de los cuales habían sido comprados,

no heredados. Por lo general, vivían en sus casas de la ciudad y tenían una presencia activa en las instituciones a las que la política española les permitía acceder, como los cabildos, el consulado o la milicia. Casi todas las familias de cuya amistad disfrutó Humboldt cuando visitó Caracas (los Uztáriz, los Tovar, los Toro) tenían sus principales propiedades en los hermosos valles de Aragua, donde poseían las plantaciones más ricas y donde los Bolívar tenían su histórica hacienda.

Los pardos, la población de color libre, estaban marcados por su origen racial. Descendientes de esclavos negros, eran un grupo constituido por mulatos, zambos y mestizos en general, así como por aquellos blancos de orilla de cuya ascendencia se sospechaba. En las ciudades, eran artesanos o conformaban un grupo incipiente de mano de obra asalariada; en el campo, se desempeñaban como capataces en las plantaciones, se dedicaban a la agricultora y la ganadería de subsistencia o bien trabajaban como peones. Sumados a los negros libres, representaban cerca de la mitad de la población total del país; su número era especialmente significativo en las ciudades, donde el descontento con frecuencia daba lugar a conflictos abiertos. [23] Los pardos no eran exactamente una clase sino una masa indeterminada e inestable que ocupaba un lugar intermedio, cuyos extremos se confundían con los de los grupos situados por encima y por debajo de ellos en la escala social. En cualquier caso, fueran lo que fuesen, su número y aspiraciones amedrentaban a los blancos. Desde 1760 se les había permitido unirse a las milicias, convertirse en oficiales y disfrutar del fuero militar. Una ley del 10 de febrero de 1795 les garantizó el derecho a comprar legalmente certificados de blancura («cédulas de gracias al sacar»), que los protegían de la discriminación y les permitían acceder a la educación, casarse con personas blancas, ejercer cargos públicos y ordenarse sacerdotes. El gobierno imperial fomentaba esta forma de movilidad social por motivos propios, aunque no del todo claros. La política acaso haya sido un intento de suavizar las tensiones sociales al permitir a los pardos rivalizar con los blancos, lo que introducía la competencia en la vida pública y, al mismo tiempo, socavaba los ideales de honor y estatus tradicionales.

Pocos pardos apelaron a esta ley o acudieron a los tribunales para reclamar sus derechos. [24] Y, aunque podían abrirse paso en

la economía local, seguían careciendo de reconocimiento social. En una sociedad de castas, en la que la ley definía el estatus, los blancos tenían ventaja. Los criollos se lanzaron a la ofensiva y se opusieron al avance de la «gente de color»; se manifestaron en contra de la venta de certificados de blancura, se resistieron a que recibieran educación y, aunque sin éxito, presentaron una solicitud para que se prohibiera la presencia de pardos en las milicias. Uno de sus argumentos era que las concesiones otorgadas a los pardos eran «una desgracia que viene precisamente de la falta de conocimiento con que los más de los empleados europeos arriban a la América prevenidos contra el carácter de los naturales y vecinos blancos, y preocupados de falsas y contrarias ideas de lo que en realidad es el país». Quienes protestaban consideraban inaceptable «que los vecinos y naturales blancos de esta provincia admitan a su lado por individuo de su clase para alternar con él a un mulato descendiente de sus propios esclavos». Los criollos sostenían que eso sólo podía conducir a la subversión del régimen existente: «El establecimiento de milicias regladas y dirigidas por oficiales de su misma clase en lo económico ha de venir a ser la ruina de la América porque sólo sirven aquéllas para fomentar la soberbia de los pardos dándoles organización, jefes y armas para facilitarles una revolución». [25] Con todo, se mantuvo una estricta distinción entre las milicias blancas y las negras. En la sabana de Ocumare se formaron «cuatro compañías de blancos, seis de pardos, dos de morenos y cuatro de indios». [26] Desde el punto de vista de las autoridades, la superioridad de los reclutas blancos se daba por sentada; pero aun así los criollos se sentían agraviados por la política imperial hacia los pardos: era demasiado indulgente, era «una especie de desprecio de los vecinos limpios y honrados», era peligroso «franquear a los pardos y facilitarles por medio de la dispensación de su baja calidad la instrucción de que hasta ahora han carecido y deben carecer en lo adelante». En Venezuela la cuestión racial era un auténtico problema, que aunque normalmente latente, tenía todo el potencial para tornarse violento. Los criollos eran una población que vivía asustada, temiendo la posibilidad de una guerra de castas enardecida por la doctrinas de la Revolución Francesa y el contagioso ejemplo de la violenta rebelión de Santo Domingo, la futura Haití.

Estas premoniciones adquirían mayor relieve debido al pavor que les inspiraba un levantamiento de los esclavos. También en este aspecto la aristocracia criolla había dejado de confiar en la metrópoli. En la sociedad colonial, los esclavos estaban por doquier, y podía vérselos llevando las cosas de sus amos por las calles, realizando tareas domésticas en las casas, trabajando en los talleres. No obstante, la gran mayoría trabajaba en las plantaciones, y la producción agrícola venezolana dependía por completo de ellos; sin su mano de obra las plantaciones quedarían paralizadas y los ingresos de familias como la de Bolívar caerían en picado. Sin embargo, por alguna razón, la importación de esclavos comenzó a disminuir en Venezuela en la década de 1780, en un momento en el que la expansión económica había llevado a que se suprimieran las leyes comerciales que limitaban las importaciones y los hacendados estaban en condiciones de pagar más por sus esclavos. [27] La madre de Bolívar, joven y viuda, se quejó en algún momento del precio de los esclavos y de las dificultades para conseguir que se reprodujeran. El 31 de mayo de 1789, el gobierno expidió una nueva ley sobre esclavos en la que se aclaraba cuáles eran los derechos de éstos y cuáles los deberes de los amos, y que, en términos generales, pretendía mejorar las condiciones en que se los obligaba a vivir y trabajar. Los criollos se opusieron a la intervención del Estado en las relaciones entre amos y esclavos, y combatieron este decreto alegando que los esclavos no sólo tenían una inclinación natural por el vicio y la independencia, sino que eran esenciales para la economía. En Venezuela, y de hecho en todo el Caribe español, los hacendados se resistieron a la aplicación de esta ley y consiguieron finalmente que se suspendiera en 1794. [28]

Al año siguiente, reformadores y reaccionarios tuvieron ocasión de afirmar que la realidad había demostrado la validez de sus argumentos después de que una revuelta de negros y pardos convulsionara la ciudad de Coro, el centro de la industria de la caña de azúcar en el país, hogar de quince mil esclavos y pardos, y feudo de una aristocracia blanca con tanta conciencia de clase que «las familias de notoria nobleza y conocida limpieza de sangre viven azoradas aguardando el momento de ver uno de sus individuos imprevisivamente casado con un coyote [descendiente de mestizo y mulato] o con un zambo [hijo de negro e india, o al contrario]».

[29] Los líderes de la revuelta habían sido José Leonardo Chirino y José Caridad González, dos negros libres que habían actuado inspirados por las ideas de la Revolución Francesa y la guerra de razas de Santo Domingo. Ambos agitaron a los esclavos y trabajadores negros, trescientos de los cuales se sublevaron en mayo de 1795, proclamando «la ley de los franceses, la República, la libertad de los esclavos y la supresión de los impuestos de alcabalas y demás». [30] Los rebeldes ocuparon haciendas, saquearon propiedades, mataron a todos los terratenientes que encontraron a su paso e invadieron la ciudad de Coro. Aunque éste fue un levantamiento aislado y mal preparado que pudo aplastarse con facilidad (muchos de sus participantes fueron ejecutados sin juicio alguno), lo ocurrido sólo era la punta del iceberg del conflicto subyacente entre blancos y negros, una constante de los últimos años de la colonia, cuando con frecuencia los grupos de esclavos fugitivos establecían sus propias comunidades lejos de la autoridad de los blancos.

La élite criolla no era ajena al desorden. La conspiración de Manuel Gual y José María España, que atacaba el «mal gobierno colonial» y apelaba el ejemplo de las colonias inglesas de Norteamérica, tenía el propósito declarado de establecer una república independiente en Venezuela. Los dos líderes venezolanos, criollos blancos y que habían hecho una carrera como funcionarios de menor rango, fueron animados por un exiliado español, Juan Bautista Picornell, lector de Rousseau y de los enciclopedistas franceses y republicano convencido. Tras reclutar pardos y blancos pobres, asalariados, pequeños propietarios y unos cuantos profesionales, la conspiración salió a la superficie en La Guaira en julio de 1797 para exigir «libertad e igualdad», enarbolando la bandera de los derechos del hombre, y contaba con un plan de acción para hacerse con el poder e instalar un gobierno republicano. Su programa era partidario del libre comercio y prometía la supresión de la alcabala y otros impuestos, la abolición de la esclavitud y del tributo indígena y la entrega de tierras a los indios, y pedía que «entre blancos, indios, pardos y morenos reine la mayor armonía», pues eran todos «hermanos en Jesucristo, iguales por Dios». [31] Se trataba de una propuesta demasiado radical para los criollos que tenían tierras y propiedades, muchos de

los cuales colaboraron con las autoridades para reprimir «aquel infame y detestable plan» y ofrecieron al capitán general no sólo «personas y haciendas, sino también formar en el momento compañías armadas a nuestra costa».[32] España fue capturado y ejecutado públicamente en la plaza mayor de Caracas, un espectáculo que estuvo acompañado por el repicar de las campanas y que contó con la presencia de sacerdotes solícitos y de un destacamento militar; su cuerpo fue luego descuartizado y sus miembros se expusieron en los caminos reales, mientras que su mujer fue enviada a prisión por haberle brindado protección. Aunque la conspiración de Gual y España haya sido reducida y fugaz, sirvió para dar voz a las ideas de libertad e igualdad, y en tanto testimonio del descontento de la población colonial no pasó desapercIbido, sino que dejó una huella en la sociedad.

Dos años después, Humboldt pudo observar algunas de las repercusiones de la rebelión. En su camino de La Guaira a Caracas se topó con un grupo de viajeros venezolanos que hablaban sobre los asuntos del día, el odio que le tenían los mulatos a los negros libres y a los blancos, la «riqueza de los monjes», lo difícil que era que los esclavos obedecieran. Mientras discutían amargamente entre sí sobre estos temas, se desató una tormenta y todos tuvieron que buscar un techo bajo el cual resguardarse. «Cuando entramos en la posada, un hombre mayor, que antes había hablado con absoluta calma, recordó a los demás lo imprudente que era participar en discusiones políticas, ya fuera en las montañas o en la ciudad, en época de denuncias. Sus palabras, pronunciadas en ese rincón tan agreste, produjeron en mí una vivida impresión.»[33] El científico alemán también percibió cierto anticlericalismo durante su viaje, a pesar de que ésta no era una tendencia fácilmente visible en Venezuela.

Aunque normalmente se considera que en el mundo hispánico la práctica de la religión era estricta, los venezolanos no eran demasiado severos en este aspecto, y si bien, como hemos anotado, Bolívar recibió una magnífica herencia de su primo eclesiástico, al parecer no recibió mucho más de la Iglesia. En una colonia sin grandes riquezas, las oportunidades de ascenso para los clérigos eran reducidas. Según el obispo Mariano Martí pocos de ellos lo merecían. Durante sus visitas pastorales, sus clérigos le

decepcionaron por completo, muchos de ellos eran criollos locales y su comportamiento moral difícilmente se distinguía del de sus feligreses. La negligencia, la ignorancia y la incompetencia eran la norma entre los párrocos, a quienes las ideas de la Contrarreforma y la Ilustración parecían no haber afectado en lo más mínimo. [34] Martí mismo era un modelo de obispo borbónico, un representante tanto de la Iglesia como del Estado, cuya labor era una amalgama de funciones, inspirada por la convicción de que un sacerdote debía estar tan atento a la subversión como al pecado y de que su visita debía ofrecer una visión completa de Venezuela, tanto secular como religiosa. Español de nacimiento, Martí era un reformador decidido a mejorar el nivel cristiano y moral de América, y, tras dirigir una diócesis en Puerto Rico, había sido nombrado obispo de Venezuela en 1770, a la edad de cuarenta y un años.

Martí consideraba su tarea episcopal casi como una visita permanente, que se prolongó de 1771 a 1784 y abarcó la costa venezolana, los Andes y los llanos. Nadie escapó a sus interrogatorios, en los que participaron indios, africanos, esclavos, españoles y mestizos, representantes de la sociedades rural y urbana, sacerdotes y legos. Mientras recoma las montañas, valles y llanuras de su diócesis, invitaba a la gente que encontraba en las ciudades y pueblos a que le confiaran su comportamiento «pecaminoso» (y el de sus vecinos), información que luego procedía a registrar y evaluar, con lo que dejó a la posteridad una vivida imagen de cómo vivían los venezolanos de la época. Y la vida, evidentemente, no era sólo trabajo. Sus informes (su edición moderna consta de siete volúmenes) recogen una lista de cerca de mil quinientas personas a las que se identifica como responsables de algún tipo de fechoría, en especial de carácter sexual. Adulterio, fornicación, concubinato, incesto, violación, bigamia, prostitución, lujuria, homosexualidad, bestialismo, aborto e infanticidio, tales fueron los vicios que con más frecuencia el obispo encontró de un extremo a otro del país, aunque también hubo otras conductas que llamaron su atención (y la de sus informantes), tales como el alcoholismo, el juego, la brujería, el asesinato, el robo y la idolatría. Martí tenía una concepción amplia del pecado y entre sus reprobos se encontraban hacendados que daban un trato cruel a sus esclavos, párrocos que eran severos con los indios de las misiones y

comerciantes y tenderos usureros que imponían precios excesivos a sus clientes. Cerca del 10 por 100 de los clérigos de la provincia fueron objeto de sus críticas, e incluso el gobernador de Maracaibo fue denunciado. No es de extrañar que las indagaciones del obispo le granjearan la enemistad de muchas élites regionales, así como la de algunos religiosos locales.

Por otro lado, a Martí no le impresionó la reticencia de las clases altas a casar a sus hijos con personas de razas inferiores, e insistió en que las uniones debían celebrarse de acuerdo con la moral cristiana, por lo que no debían permitirse las uniones informales. Sin embargo, en la práctica no consiguió vencer los prejuicios sociales e impedir que surgieran parejas informales, una costumbre que servía para evitar los matrimonios interraciales. En cualquier caso, el obispo no desafió los valores vigentes y, por lo general, castigó a las esclavas antes que a los amos que las habían seducido. En la cultura católica estaba muy arraigada la idea de que las mujeres eran ocasiones para el pecado y que, por tanto, ellas eran las culpables de despertar los deseos sexuales de los hombres con sus encantos, su comportamiento y su forma de vestir. Esta mentalidad que condenaba a la mujer más que a los hombres mismos o a las condiciones sociales era característica de la Iglesia en todo el continente americano.

Como es obvio, era más fácil describir el estilo de vida de los venezolanos que cambiarlo. El obispo Martí intentó imponer un código moral y fomentar los comportamientos cristianos en las relaciones sociales y sexuales. Para ello publicó proclamas en las que prohibió el baile y condenó el que las mujeres vistieran atuendos impropios. Durante su visita pastoral exhortó a los sacerdotes a que predicaran y aplicaran los mandamientos. Sin embargo, intentar que se aplicaran las reglas de la Iglesia en todos los niveles de la sociedad colonial era una batalla perdida, como también lo era cualquier intento de reducir la distancia entre los dictados de la moral y el comportamiento real. En una aldea el alcoholismo podía ser el «pecado principal», en otra el robo. Para la mayoría de los venezolanos, y en especial para los de las clases populares, el matrimonio era una institución opcional, la virginidad un ideal más que una norma, la ilegitimidad algo aceptable y las uniones ocasionales nada fuera de lo común. Para aquellos con poco

o nada que perder, el matrimonio y la legitimidad no representaban una ventaja particular. Sí lo eran, es cierto, para las clases altas, tal como lo demuestran los documentos del matrimonio de Bolívar, pero esto se debe más a cuestiones relacionadas con las herencias y los cargos públicos que a una preocupación por la reputación moral, y en la sociedad hispánica la infidelidad no era considerada una amenaza seria para el matrimonio.

En su visita, Martí identificó un aspecto importante y perdurable de la Venezuela colonial, válido igualmente en el caso del resto de la América española. La fe no estaba en duda. La Iglesia predicaba su doctrina y llevaba a cabo su liturgia en una sociedad que aceptaba una y otra con facilidad. Durante su visita, el obispo vio muchos signos de fervor religioso. Sobre la población blanca, mestiza, mulata y negra de Tinaquillo, escribió que eran «gente devota, muchos de misa diaria y que frecuenta los sacramentos» y que acudían a la iglesia para rezar el rosario a las tres en punto. Sobre Ocumare anotó: «Me dice este cura que estas gentes son de un genio tal que si los convidan para un baile, todos acuden a él, y si los convidan para un ejercicio piadoso en la iglesia, acuden igualmente todos; que acá no hay vicio particular». Los habitantes de la pequeña población de Parapara eran «dóciles, de buen genio y que frecuentan los sacramentos». [35] Que había bastante devoción popular en Venezuela era un hecho evidente. La moral cristiana, sin embargo, era un asunto distinto, y, aunque casi todos la aceptaban en la teoría, muchos preferían ignorarla en la práctica.

Un joven independiente

Los años de formación de Bolívar carecieron de la organización que proporcionan la escuela y la universidad, y la vida le negó incluso el apoyo que ofrece la familia. Su madre, una mujer afectuosa pero de salud frágil, murió cuando tenía sólo treinta y tres años, dejándolo completamente huérfano a la edad de nueve. Sus recuerdos se endulzaron con el tiempo y la distancia, y en su memoria su infancia en Caracas se convirtió en un período alegre. En 1825, cuando Esteban Palacios, el único tío en quien confiaba, regresó a Venezuela desde España, Bolívar, que entonces se encontraba en Perú, reaccionó emocionado ante la noticia: «Ayer

supe que vivía Ud., y que vivía en nuestra querida patria. ¡Cuántos recuerdos se han aglomerado en un instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre, tan parecida a Ud., resucita de la tumba, se ofreció a mi imagen; mi más tierna niñez, la confirmación, y mi padrino se reunieron en un punto para decirme que Ud. era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mis juegos infantiles, los regalos que Ud. me daba cuando era inocente, todo vino en tropel a excitar mis primeras emociones». [36] La realidad no fue tan idílica. Cuando su madre murió, se fue a vivir con su abuelo, que delegó a sus tíos su cuidado. Esteban siempre estaba ausente, dedicado a defender sin éxito en España las aspiraciones aristocráticas de la familia. Así que su verdadero tutor fue su tío Carlos, que estaba más cerca, un individuo más bien misántropo y racista que consideraba a los mulatos una «chusma» y estaba ansioso por echar mano a la herencia de su sobrino. En los afectos del niño, Hipólita, su ama de cría negra, una esclava de la hacienda de San Mateo, estaba por delante de ellos, y se convirtió para él en una madre y un padre. Cuarenta años después le pedía a su hermana que la cuidara: «Su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que aquélla». [37] Al parecer se trató de un padre indulgente, pues Bolívar dejó sus cuidados sin estar acostumbrado a la disciplina.

Su interés por el bienestar de Hipólita estuvo acompañado por cierta preocupación por su reputación juvenil. Espoleado quizá por los rumores malintencionados sobre su falta de educación que difundían sus enemigos y Gaspar Mollien, un viajero francés, Bolívar escribió a su colega Santander: «No es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible por que yo aprendiese: me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson [Simón Rodríguez], que Vd. conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el barón de Humboldt … Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación». [38] Aunque en lugar de «academia» tal vez debiera decir «clases», ya que éstas se impartían a un número reducido de alumnos en la casa de Bolívar, su afirmación de que había sido

educado tan bien como lo habría podido ser cualquier niño americano de buena familia bajo el dominio español era más o menos cierta. Han sido los historiadores posteriores quienes han exagerado la influencia de Rodríguez, la estrella de la Ilustración venezolana.

En 1793, cuando Bolívar tenía diez años, fue matriculado, junto con otros 113 alumnos, en la Escuela Pública de Caracas, donde aprendió lengua, aritmética y doctrina religiosa. El joven Rodríguez era un profesor concienzudo, aunque insatisfecho, de esta destartalada institución, que ofrecía una educación rudimentaria; los estudiantes llegaban a cualquier hora, unos pagaban, otros no. [39] El niño terminaría odiando tanto la escuela como a la persona a quien se había confiado su tutela, su tío Carlos Palacios, y, en 1795, a la edad de doce años, huyó de ambos y se marchó a la casa en que vivían su hermana María Antonia y su marido. Ella lo recibió con los brazos abiertos, convencida de que su hermano necesitaba que se lo protegiera no sólo de su tío, sino también de su propia inclinación a ir «solo por las calles y paseos, a pie y a caballo, en junta con muchachos que no eran de su clase». Desde muy temprano, Bolívar se mostró decidido a tomar las riendas de su vida, no sólo por la naturalidad con que se mezclaba con los miembros de otras clases sociales, sino también al comparecer ante la audiencia, ocasión en la que sostuvo que aunque otros podían hacer lo que quisieran con sus propiedades, no podían hacerlo con su persona, y que si los esclavos eran libres de elegir a sus amos, él tenía asimismo el derecho de elegir dónde quería vivir. [40] Sin embargo, Carlos Palacios no iba a permitir que semejante fortuna familiar se le escapara de las manos con tanta facilidad. Después de un litigio tenso y una resistencia enérgica por parte de Bolívar, éste fue obligado a regresar a la escuela y a la casa de su maestro, Rodríguez, un hogar variopinto que al parecer no resultó de su agrado, pues pronto lo abandonó para regresar a la residencia de su tutor. Posteriormente, su educación progresó gracias a las enseñanzas del padre Andújar, un misionero capuchino que dictó clases en la casa de Bolívar, y del joven Andrés Bello, que, antes de ingresar en la burocracia colonial, tuvo unos pocos alumnos como profesor privado. Luego describiría a Bolívar como un joven con talento pero inquieto, al que le faltaba aplicación. [41]

Con frecuencia se da por sentado que Rodríguez fue, entre todos los maestros de Bolívar, el más influyente; sin embargo, lo cierto es que en Caracas sólo tuvieron un breve contacto y que, independientemente de cuál hubiera sido su relación posterior, en 1795 la resistencia del joven hacia la autoridad no estaba dirigida sólo contra su tío sino también, al parecer, contra su profesor. Rodríguez, que ya era un disidente, dejó Caracas en 1797 y, con el nombre de Samuel Robinson pasaría los siguientes años en Estados Unidos y Europa antes de volver a encontrarse con Bolívar. Su contribución a la vida intelectual de la época fue más la de un pedagogo que la de un filósofo, y su principal preocupación era que se garantizara la educación a los ciudadanos de las nuevas repúblicas, pues consideraba que sin educación pública no podía haber una verdadera sociedad, y sin sociedad no habría república. Su conversión al *Emilio* de Rousseau posiblemente tuvo poca influencia en Caracas, donde enseñaba no de forma individualizada sino en una escuela que tenía más de un centenar de alumnos.

Siguiendo la tradición familiar, a los catorce años, Bolívar ingresó como cadete en el regimiento de milicias de los voluntarios blancos del valle de Aragua, un cuerpo elitista que había sido fundado por su abuelo y que su padre había llegado a comandar. Su capacidad innata para el liderazgo se manifestó entonces; después de un año se le ascendió a subteniente, y completó su entrenamiento militar, que probablemente no fue exhaustivo, con un buen informe. Este era un paso típico para la élite criolla, y otro tanto puede decirse de la decisión de su tutor de enviarlo a España (el equivalente americano del *grand tour* de los jóvenes de la aristocracia británica de la época), donde se esperaba que continuara sus estudios de la forma que correspondía a un criollo de clase alta. Carlos Palacios envió a Bolívar a vivir con su tío Esteban, a quien advirtió de forma mezquina que el joven ya había gastado sumas exorbitantes de dinero en el viaje, por lo que era «necesario contenerlo como te he dicho, lo uno porque se enseñará a gastar sin regla ni economía y lo otro porque ni tiene tanto caudal como se imagina él … es necesario hablarle gordo o ponerlo en un colegio si no se porta con aquel juicio y aplicación que es debido». [42] La conclusión implícita de esta carta probablemente era: «de lo contrario se gastará la fortuna familiar y todos nos veremos

afectados».

La vieja España y su amor de juventud

Bolívar partió de Caracas hacia España a la edad de quince años. Dejaba atrás una infancia opulenta aunque problemática, una vida familiar con altibajos y apenas un breve contacto con sus maestros, dos de los cuales, Rodríguez y Bello, reaparecerían en su vida en años posteriores. En ese momento era un joven al que la vida había privado del firme apoyo de su familia más cercana, pero no de su riqueza y su confianza en sí mismo. No sentía la más mínima autocompasión y en su modo de pensar no habría habido lugar para la tendencia moderna a atribuir el comportamiento adulto de las personas a las dificultades de la niñez. Aunque no era un rebelde y sabía cuándo debía dar marcha atrás, ya había dado muestras de poseer voluntad y capacidad de decisión, cualidades que su entrenamiento militar y su inclinación por el mundo de las armas habían contribuido a realzar; además, la libertad que le daba el no haber estado sometido a un férreo control familiar le había permitido relacionarse con facilidad con personas de clases inferiores a la suya y dar una primera demostración del *nobleza obliga* que se convertiría en sello distintivo de su carácter.

Zarpó de La Guaira el 19 de enero de 1799 a bordo del *San Ildefonso*, un buque de guerra español que debía navegar con precaución; España estaba en guerra con Inglaterra, y La Habana, el puerto de reunión de los buques que regresaban a España, estaba bloqueado por el enemigo, lo que para Bolívar fue una temprana lección sobre la importancia del poder marítimo, tal como explicó en una carta a su tío Pedro Palacios Blanco. [43] El retraso en Veracruz, donde la nave cargó plata mexicana, le permitió realizar una rápida visita a Ciudad de México antes de cruzar el Atlántico. Al final la travesía se produjo sin ningún incidente, y el *San Ildefonso* atracó en Santoña, Vizcaya, el 13 de mayo de 1799. Desde allí Bolívar partió hacia Madrid.

El Madrid borbónico, una ciudad de palacios, casas magníficas y plazas y calles históricas, que servía de escenario a una vida social y cultural muy activa, contrastaba enormemente con la vida urbana

que Bolívar había conocido en Caracas. Sin embargo, detrás de esta fachada, lo cierto era que España atravesaba una profunda recesión y, aparte de la ilusión del poder, era muy poco lo que tenía que enseñar a un americano. Desde 1789, la llegada de las ideas revolucionarias y la invasión del ejército francés habrían puesto a prueba a cualquier régimen. Pero el español era además un régimen particular, encabezado por un rey, Carlos IV, cuya benevolencia vacua, retratada por Goya, también caracterizaba sus aptitudes políticas, y el ministro Godoy recordaba cómo el rey solía preguntarle cada noche: «¿Qué se ha hecho hoy por mis vasallos?». [44] La conducta de la reina María Luisa de Parma era motivo de escándalo dentro de España y fomentaba los rumores en el extranjero. Los españoles creían que había tenido amantes aun antes de conocer a Manuel Godoy y que no había renunciado a ellos después de hacerlo. No obstante, la reina sabía lo que hacía cuando eligió a Godoy y lo preparó para convertirlo en primer ministro, una criatura de la monarquía, su sostén y consejero. Se esperaba que Godoy negociara con Francia con firmeza, pero lo que hizo fue conducir a España a una desastrosa guerra con el país vecino y luego, en 1796, a una costosa paz. Por tanto, la España a la que llegó Bolívar en 1799 no era una metrópoli que inspirara confianza: lo que se encontró entonces fue un satélite de Francia y un enemigo de Gran Bretaña, un dilema demasiado oneroso del que el antiguo régimen sólo conseguiría escapar después de una década de destrucción.

Bolívar se alojó primero con sus dos tíos, Esteban y Pedro Palacios, en una casa que pertenecía a Manuel Mallo, un cortesano suramericano de menor categoría con pretensiones similares a las de Godoy y un estilo de vida de dudosa moralidad. Al constituir ya una unidad familiar, los tres se mudaron pronto a una casa aparte, donde los tíos de Bolívar, que siempre andaban cortos de dinero y veían con alarma el tren de gastos de su sobrino, esperaban que él se encargara de pagar algunas de las cuentas. Esteban contaba con una modesta sinecura del gobierno que le permitía mantenerse mientras buscaba, sin éxito, conseguir un título nobiliario para la familia; el problema era que, al carecer de contactos clave y de recursos, Esteban apenas podía moverse en los márgenes de la corte y, estando siempre falto de dinero, no era la mejor propaganda para

los Bolívar. Por suerte, Simón encontró un patrocinio mucho más serio en el marqués de Ustáriz, un venezolano que, tras haber recibido una buena educación en Caracas, había logrado hacerse una carrera en la administración española; en 1800, cuando Bolívar se hospedó en su casa en el número 6 de la calle Atocha, Ustáriz era ministro del Consejo de Guerra.

El marqués fue la primera influencia estable en la vida de Bolívar, y de hecho se convirtió en su protector y tutor en Madrid, una figura paterna que el futuro Libertador siempre recordaría con respeto. [45] Bajo su dirección y en su completísima biblioteca, el joven Simón estudió filosofía, historia, matemáticas y lenguas, y en su círculo tuvo ocasión de desarrollar sus habilidades sociales y de aprender a escuchar y entender. Fue allí donde conoció a María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza, una joven de diecinueve años de padre venezolano y madre española, que le cautivó con sus ojos oscuros, su tez pálida y, sobre todo, su talante tímido y bondadoso. Bolívar, que entonces sólo tenía diecisiete años, se apresuró a declararle su amor. El idilio no estuvo exento de cálculos. El mayorazgo que le había dejado Aristeguieta sólo se haría efectivo si contraía matrimonio como era debido, así que Bolívar comenzó su campaña sin perder tiempo, «para evitar —afirmó— la falta que puedo causar si fallezco sin sucesión». [46] La pareja se prometió en agosto de 1800 y Simón se convirtió en novio de María Teresa, a la que llamaba «la amable hechicera de su alma». Su impaciencia aumentó cuando el padre de la novia, que era viudo, se la llevó a vivir junto a él en la casa que la familia tenía en Bilbao, en un momento en el que, al parecer, Bolívar sospechaba que su amor por ella era más grande que el que ella sentía por él. Después de que Ustáriz dejó Madrid para ocupar un cargo en Teruel, la capital española perdió de repente su interés para el joven americano, que además descubrió en un incidente oscuro cierta extraña hostilidad por parte de las autoridades. Por este motivo, en marzo de 1801 se trasladó a Bilbao y luego realizó una breve visita a París, entre enero y marzo de 1802, donde llegó a la conclusión de que, comparada con Francia, España era «un país de salvajes». [47] En abril de 1802 regresó a España y se apresuró a viajar a Madrid para retomar su cortejo a María Teresa, lo que se tradujo el 5 de mayo en una declaración formal de sus intenciones de casarse con ella, algo

que no se le podía impedir, ya que no había «hecho votos de ser religioso ni guardar castidad, ni otro impedimento canónico». Para entonces, su futuro suegro estaba más dispuesto a aceptar la unión, sin duda persuadido por el acuerdo matrimonial y un vistazo a la cifra de doscientos mil duros, que eran los activos del joven pretendiente. Bolívar describió a María Teresa como una «joya sin tacha, de inestimable valor», pero sus abogados le ayudaron a calcularlo. La suma de dinero fijada, «por las circunstancias de la anunciada señora, de su ilustre nacimiento, de hallarse virgen y en cabello y demás prendas que son notorias y el sacrificio que hace de expatriarse», era muy atractiva: cien mil reales, el 10 por 100 de sus activos líquidos. [48] La siguiente prioridad de Bolívar era, de hecho, regresar de inmediato a Venezuela. La pareja se casó en la iglesia de San Sebastián el 26 de mayo de 1802; él tenía dieciocho años, ella veintiuno. Después, se apresuraron a viajar a La Coruña y el 15 de junio se embarcaron hacia Caracas. Desde la paz de Amiens, el Atlántico era un lugar tranquilo, y la travesía se produjo sin contratiempos. La pareja llegó a La Guaría el 12 de julio; su vida en Venezuela, sin embargo, no iba a ser un paraíso.

Bolívar poseía varias propiedades: una casa en la esquina de Las Gradillas, al sureste de la plaza mayor de Caracas; una finca en el valle de Seuse, al sur de la ciudad; la hacienda de Yare, donde tenía enormes plantaciones de añil, y la hacienda de San Mateo, en el valle de Aragua, la histórica residencia de la familia. A esta última fue adonde Bolívar llevó a su joven esposa, que comenzó a encargarse del hogar mientras él se dedicaba a supervisar los trabajos de la hacienda y hacer paseos a pie y a caballo. [49] Su alegría fue breve. María Teresa contrajo una fiebre maligna que la debilitó con rapidez y, el 22 de enero de 1803, apenas ocho meses después de la boda, murió. La pérdida de su amor de juventud fue un tremendo golpe para Bolívar, que quedó destruido, presa de un dolor inmenso.

Los siguientes meses de su vida estuvieron marcados por la tristeza y el desconsuelo. En Caracas había problemas dondequiera que mirara, y una serie de relaciones frustradas y difíciles fueron incapaces de llenar el vacío que sentía en casa. En esa época, se enfrentó a su tío Carlos Palacios, a quien reprochó haber empleado prácticas poco honestas en la contabilidad de su herencia, y se vio

obligado a denunciar ante las autoridades a sus vecinos de Seuse, que habían invadido sus terrenos. Sus plantaciones de café y añil necesitaban una inversión mayor y era fundamental alcanzar acuerdos para exportar su producción. Por otro lado, las negociaciones para transferir dinero a Europa estaban resultando difíciles. Todos estos problemas reforzaron su decisión de que era el momento de marcharse. Años más tarde se desahogaría repasando el giro que su pena le había dado a su vida:

> Quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no volver a casarme; he cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo … Volví de Europa para Caracas el año de 1801 [1802] con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los vapores del más violento amor y no de ideas políticas, porque éstas no habían todavía tocado mi imaginación; muerta mi mujer y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví para España, y de Madrid pasé a Francia y después a Italia: ya entonces iba tomando algún interés en los negocios públicos, la política me interesaba, me ocupaba y seguía sus variados movimientos … Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mí segundo viaje a Europa, y es de creer que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes, y en América no hubiera logrado la experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política. **[50]**

La tragedia personal no sólo empujo a Bolívar a regresar a Europa para estudiar y formarse; allí adquirió el conocimiento y la experiencia necesarios para desempeñar un papel político. Cuando regresó no había nadie que pudiera igualarlo.

Capítulo 2

LECCIONES DEL SIGLO DE LAS LUCES

VIDA EN PARÍS

Una vez hubo ordenado sus asuntos y arreglado sus finanzas en Caracas. Bolívar zarpó hacia España en octubre de 1803 y llegó a Cádiz hacia finales de año. Sin embargo, aunque en los planes que había hecho para su nueva vida, la Península no satisfacía sus intereses, hizo una escala en Madrid bastante larga para ver a su suegro y compartir su dolor. Hacia mediados de agosto de 1804 se encontraba en París.

A los veintiún años, la apariencia de Bolívar, aunque sobria, era la de un joven algo arrogante y satisfecho de sí mismo, de rostro lozano y rasgos regulares (si la miniatura que se conserva es fidedigna), y de mirada franca, ya inquisitiva. Otros aspectos de esos años resultan esquivos, pero sabemos que era de mediana estatura, aproximadamente un metro sesenta, delgado y no muy fornido. Quince años después su apariencia había cambiado y se había convertido en el Simón Bolívar de sus retratos más conocidos. Daniel Florencio O'Leary, su leal ayudante y una de las personas que más cerca estuvo de él, consignó en sus notas personales una descripción en la que reconocemos al Libertador de esas imágenes:

> El general Bolívar tenía una frente alta, pero no inusualmente ancha, surcada de muchas arrugas. Sus cejas eran pobladas, pero bien formadas; sus ojos, oscuros y penetrantes; su nariz, larga y perfecta … Tenía los pómulos

> salientes y, ya desde la primera vez que lo vi (en mayo de 1818), las mejillas hundidas. Su boca era fea, tenía los labios gruesos y el superior alargado. Sus dientes eran blancos, regulares y bellos, y les prestaba particular cuidado. Tenía un mandíbula y un mentón marcados. Las orejas grandes. Su pelo, que llevaba largo hasta que empezó a encanecer en 1822, era muy negro y rizado … La piel era morena y algo áspera, sus manos y sus pies eran pequeños y finos. [1]

En 1804, sin embargo, Bolívar se encontraba en plena juventud, y las arrugas y las canas eran inimaginables.

En París alquiló una casa en la calle Vivienne y se estableció allí con otros exiliados suramericanos. Si hemos de creer en los rumores, pasó con indecorosa prontitud de ser un viudo afligido a convertirse en un conquistador disoluto, sumergido en un vida enloquecida de juego y sexo, alimentando historias que no se preocupó en acallar. ¿Tuvo en verdad incontables mujeres? Es posible. Desde luego hubo una favorita. Entre las reuniones que frecuentaba estaban las que ofrecía Fanny Dervieu du Villars, que presidía uno de los salones más liberales del momento, frecuentado por personalidades distinguidas y elementos marginales de la vida licenciosa.

En 1804, Fanny du Villars era una mujer joven, que todavía no había cumplido los treinta años, y estaba casada con el conde Dervieu du Villars, un hombre que casi la doblaba en edad. Tenía un rostro hermoso en el que resaltaban sus grandes ojos azules; su voz era suave, sus movimientos, delicados, y de inmediato atrajo a Bolívar, que se convirtió en un visitante asiduo de su casa. ¿Fue ella la amante que mitigó su pena, la que abrió su corazón, liberó su espíritu y satisfizo sus deseos? [2] En las cartas que le escribió años más tarde, Fanny insiste en que Bolívar la había amado «sinceramente» y le recuerda que él le había regalado un anillo que ella todavía lucía; él había confiado en ella y le había compartido sus «grandes proyectos»; ella había derramado lágrimas para evitar que se fuera. Su belleza quizá hubiese desaparecido con los años, pero seguía siendo la misma mujer. ¿Podía él acudir en su auxilio y ayudarle a comprar la casa de París en la que se habían conocido? Ella lo llama «primo», le pide que cuide de su ahijado, Simón Briffard, y con falso disimulo comenta que espera que éste sea «el

único que tú tengas en Europa».[3] ¿Son éstas reminiscencias extravagantes o se trata, en cambio, de peticiones calculadas? Las cartas fueron escritas entre 1820 y 1826, y su autora parece haber albergado la esperanza de revivir su relación con Bolívar en un momento en el que ella atravesaba dificultades, con tres hijos y un esposo de setenta y seis años que cuidar, mientras que él había alcanzado la gloria. Bolívar dejó París en 1806 y nunca volvieron a verse. El Libertador hizo caso omiso a sus súplicas y mantuvo un discreto silencio al respecto.

Es probable que fuera en el salón de Fanny du Villars donde, en septiembre de 1804, Bolívar conoció a Alexander von Humboldt, que hacía poco había regresado a Europa de sus viajes por América con Aimé Bonpland. La conversación pasó a la historia y se convirtió en otra de las fábulas bolivarianas. Bolívar se refirió al brillante destino que aguardaba a una Suramérica libre del yugo y la opresión; Humboldt replicó que aunque el país estaba preparado para la liberación, no había nadie capaz de dirigirla. Un intercambio muy oportuno, si no fuera porque no existen pruebas de que en realidad haya tenido lugar.[4] La época todavía no era la más apropiada para un encuentro intelectual entre un libertador desconocido y un distinguido pensador liberal. En público, Humboldt se mostraba políticamente prudente acerca del mundo hispánico. Demasiado impresionado acaso por las opiniones de los criollos adinerados, pensaba que las colonias españolas estaban resignadas a su condición y no deseaban cambiar la paz y la seguridad por un levantamiento revolucionario. Por otro lado, en lo que respecta a Bolívar, sus ideas políticas estaban todavía por desarrollarse y en 1804 no era tan pretencioso para verse a sí mismo como líder de un movimiento de liberación continental. De cualquier manera, Humboldt, a diferencia de Bonpland, no quedó impresionado con Bolívar. Medio siglo después reconocería a O'Leary las dudas que en ese momento tenía sobre el futuro de Bolívar e Hispanoamérica. Había conocido al joven Bolívar en París en 1804, escribió, y había advertido su amor por la libertad y su animada conversación, pero no había visto en él más que a un soñador: «Jamás le creí llamado a ser jefe de la cruzada americana». Durante su estadía en América, agregó, no había percibido ninguna oposición seria a España, pero una vez había comenzado la lucha

había visto el profundo odio que existía hacia la metrópoli. «Pero, lo que más me sorprendió, fue la brillante carrera de Bolívar, a poco de habernos separado, cuando en 1805 dejé París para seguir a Italia»[5]. Los intercambios posteriores entre el distinguido científico y el joven criollo fueron distantes e intermitentes. Bolívar respetaba a Humboldt y, en una carta de 1821, se refirió a él como «un grande hombre», que había prestado un magnífico servicio a América y se había convertido para su pueblo en modelo por sus elevados principios morales.[6]. Humboldt no tuvo contacto con Bolívar entre los años 1806 y 1821, pero luego escribió tres cartas de recomendación en nombre de visitantes europeos, en las que manifestaba su admiración por el «fundador de la libertad y de la independencia de vuestra bella patria». Con todo, aún mantenía cierto escepticismo, el de alguien que había conocido las divisiones de la sociedad americana y creía que la paz sólo prevalecería si unas instituciones sociales adecuadas y una legislación sabia protegían a la república de la disensión civil.

Despertar político

Los años que Bolívar pasó en Europa de 1804 a 1806 no se agotaron en su vida social: ésta fue sobre todo la época de su despertar intelectual, cuando comenzó a leer, a observar y a experimentar la política. La situación internacional, que veía desarrollarse ante sus ojos, estimuló su curiosidad innata. Ante la amenaza de la Francia imperial y el poderío naval de Gran Bretaña, que había resultado vencedora en Trafalgar, resultaba imposible pretender ignorar la debilidad de España. ¿Qué depararía el futuro a la América española en ese mundo cambiante? ¿Qué prometía la América española a Bolívar? La esclavitud de su país y la gloria de liberarlo eran un reto personal. La perspectiva de poder lo atraía, es cierto, pero ¿cuáles eran en verdad sus posibilidades? Fue en París donde el mito napoleónico entró por primera vez en su pensamiento. No hay certeza de que Bolívar estuviera realmente en la ciudad el 18 de mayo de 1804, cuando se proclamó emperador Napoleón en Saint-Cloud. Pero sí estaba en París el 2 de diciembre, ese día gélido en que Napoleón inflamó los corazones de los franceses al coronarse a sí mismo emperador en Notre-Dame en

presencia del papa Pío VII. Bolívar sentía atracción y repulsión al mismo tiempo. Sobre este particular, las fuentes se muestran divididas, pero sus propias reacciones justifican el desacuerdo.

Según O'Leary, Bolívar había sido invitado a asistir a la ceremonia con la comitiva del embajador español, pero él no sólo rechazó la invitación sino que se encerró en su casa y no salió en todo el día. ¿Por qué razón? Para Bolívar, Napoleón ya no era el héroe de la república, «el símbolo de libertad y gloria, el objeto de su admiración política» que había sido dos años antes, cuando ratificó la paz de Amiens, sino un tirano y un hipócrita, y un enemigo de la libertad. [7] Existe otra versión sobre su interpretación de los hechos, recogida en el diario de Perú de Lacroix, un militar francés que sirvió en el ejército del emperador antes de viajar a Hispanoamérica para participar en las campañas del Libertador. Según esta versión, Bolívar se habría sentido inspirado por lo ocurrido, no tanto por el desfile, sino por las impresionantes muestras de amor que más de un millón de personas prodigaron ese día al héroe francés, una experiencia que le pareció la ambición suprema del hombre.

> La corona que se puso Napoleón en la cabeza la miré como una cosa miserable y de estilo gótico: lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que cabría al que lo libertase, pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde, sí, empecé a lisonjearme con que algún día pudiera yo cooperar a su libertad, pero no con que haría el primer papel en tan grande acontecimiento. [8]

La ceremonia de Notre-Dame no fue la última oportunidad que Bolívar tuvo de ver a Napoleón. Entre las distracciones sociales y las juiciosas lecturas de sus días en la capital francesa, la vida de Bolívar se acercaba al momento de las decisiones. Acaso por sugerencia de Simón Rodríguez, con quien se había vuelto a encontrar en París, y con su instinto político espoleado por lo que acontecía a su alrededor, a comienzos de 1805 emprendió un viaje por Italia. Es difícil determinar la influencia exacta de Rodríguez en su formación intelectual debido al carácter intermitente de su presencia, pero Bolívar mismo dejó testimonio de ella: «Vd. formó

mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso … No puede Vd. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Vd. me ha dado».[9] Rodríguez probablemente fuera un maestro con una gran capacidad para inspirar a sus discípulos, pero no realizó ninguna contribución a las ideas de la Ilustración o a la filosofía del siglo XVIII. En el caso de Bolívar, sin embargo, parece haber sido un canal de las ideas independentistas.

En abril de 1805 Bolívar se despidió de Fanny du Villars y selló la partida con un anillo. Emprendió entonces un viaje a pie hacia el sur en compañía de Simón Rodríguez y de un amigo venezolano, Fernando del Toro, hijo del marqués del Toro. Determinar cuánto caminaron en realidad los tres viajeros es materia de conjetura y también lo es la idea de que el recorrido había sido pensado como una terapia después de meses de vida disipada. Sabemos, eso sí, que tras pasar por Lyon y Chambéry, en honor a Rousseau, los viajeros cruzaron los Alpes con destino a Milán, donde fueron testigos de la entrada triunfal de Napoleón y de la reacción de la multitud que había salido a recibirle, un espectáculo que dejó en ellos un recuerdo inolvidable. Cerca de Castiglione presenciaron luego una grandiosa revista militar con Napoleón sentado en su trono, que se había colocado sobre un pequeño montículo, y Bolívar quedó impresionado por el contraste entre la sencillez del uniforme del emperador y el de sus oficiales.

Bolívar continuó su viaje, pasando por Verona, Vicenza y Padua hasta llegar a Venecia, cuya belleza no pudo dejar de admirar; sin embargo, la gloria de la ciudad de la que su país había tomado el nombre se había exagerado en su mente a lo largo de los años y el encuentro con la Venecia real le hizo sentirse algo decepcionado. En Florencia hizo una pausa para contemplar los monumentos y obras de arte, pero no, al parecer, los escritos de Maquiavelo, cuyas ideas producían en él un rechazo instintivo debido a su amoralidad. Mucho tiempo después, pocos meses antes de su muerte, Bolívar visitó a O’Leary en Cartagena y, al ver sobre su mesa una nueva edición de las obras del florentino, comentó que probablemente su amigo tenía mejores cosas en las que ocupar su tiempo. En el curso de su conversación

sobre los méritos del pensador, Bolívar dio la impresión de estar familiarizado con los contenidos de la edición, y O'Leary le preguntó si la había leído recientemente. La respuesta de Bolívar fue que no había leído una sola palabra de Maquiavelo desde que había dejado Europa veinticinco años atrás. [10]

Cuando llegaron a Roma, la excitación de Bolívar fue en aumentó a medida que evocaba la historia de la antigua Roma y contemplaba el teatro de las glorias del pasado, y su imaginación, ya colmada de cultura clásica y filosofía moderna, ardía inflamada por las esperanzas con las que ahora pensaba en su futuro y en el de su país. Las ruinas del Capitolio estimularon su imaginación, y en el calor de agosto visitó el Aventino, el Monte Sacro, donde Sicinio había liderado a los plebeyos romanos en su protesta contra los patricios. Su pensamiento y su corazón respondieron al escenario. «En el Monte Sagrado —escribiría años más tarde O'Leary — los sufrimientos de la patria se agolparon en su mente, y cayó de rodillas e hizo aquel voto de cuyo fiel cumplimiento es glorioso testimonio la emancipación de la América del Sur» [11] .

El voto fue hecho el 15 de agosto de 1805 en presencia de su mentor Rodríguez y su amigo Toro. Los largos preliminares, en los que es posible que haya prevalecido la pluma de Rodríguez, repasan la historia y la civilización de la antigua Roma, sus héroes y traidores: «Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad … para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón; bien poco, por no decir nada … En cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despeje de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo». En este brevísimo recuento de la civilización europea hay una curiosa omisión: el texto guarda silencio sobre las grandes épocas de la Roma cristiana. Una posible explicación para ello es que Bolívar era consciente de que incluir tal referencia habría implicado afirmar que tampoco la Roma cristiana había ayudado a descifrar «el gran problema del hombre en libertad» cuya resolución sólo se produciría en el Nuevo Mundo, algo que de

ningún modo le habría gustado sugerir.[12] La declaración final, el juramento en sí, no es en absoluto ambiguo: «¡Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!».[13] Bolívar nunca olvidó el juramento de Roma, que se convirtió en su gran verdad. Años más tarde le preguntaría a Rodríguez: «¿Se acuerda Vd. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá Vd. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros, día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener».[14]

O'Leary obtuvo los detalles de su relato del mismo Libertador y de algunos de los que habían estado en Roma en ese momento, donde lo ocurrido suscitó numerosos comentarios. Del mismo modo se enteró de un episodio que tuvo lugar unos pocos días más tarde en El Vaticano y que causó aún mayor sensación que lo sucedido en el Monte Sacro. Bolívar había acompañado al embajador español a una audiencia con Pío VII, pero había rehusado arrodillarse y besar la cruz de la sandalia del pontífice, negando con la cabeza cuando el embajador le insistió que lo hiciera. El papa advirtió lo embarazosa que resultaba la situación y dijo: «Dejad al joven indiano hacer lo que guste»; después de lo cual extendió su mano para que Bolívar le besara el anillo, lo que éste hizo respetuosamente. El papa, que sabía que era suramericano, le hizo unas cuantas preguntas y pareció quedar satisfecho con sus respuestas. Al salir, el embajador le había reprochado al joven su comportamiento, a lo que éste le había contestado: «Muy poco debe de estimar el papa el signo de la religión cristiana, cuando lo lleva en sus sandalias, mientras los más orgullosos soberanos de la cristiandad lo colocan sobre sus coronas».[15]

Después de pasar unos días en Roma, Bolívar visitó Nápoles donde, en contra de lo que dice la leyenda, no subió al Vesubio con Humboldt, ni con ningún otro. Regresó a París en abril de 1806, pero no a los brazos de Fanny, que entonces se encontraba viajando por Italia. Estaba resuelto a regresar a Venezuela y a llevar una vida seria. En 1805-1806, la postura política de Bolívar era una mezcla

de determinación e inseguridad; era un joven ansioso por hacer algo por su país pero que albergaba dudas a cerca de cuál debía ser su papel. En reflexiones posteriores rechaza la idea de que había sido elegido por Dios: «Las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones, fue lo que me puso en el camino: mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo hicieron seguir y me han mantenido en él». Según su propia percepción, no se veía a sí mismo como el único autor de la revolución hispanoamericana y sugería que, de haber faltado él, otro líder habría surgido durante la lucha.[16] Sin embargo, en esa época había muy pocos líderes que contaran con las cualidades que Bolívar había adquirido y desarrollado entre 1804 y 1806. Los hechos clave de este período, su estancia en París, su viaje a Italia y su acto de compromiso en el Aventino, habían sido todos pasos hacia la madurez política. Además, durante este tiempo, su conocimiento de la política internacional europea había aumentado. Era consciente de la amenaza que representaba Napoleón, que podía intentar devorar tanto a España como a Hispanoamérica. Y si se lograba evitar el sometimiento a Francia, todavía quedaba la posibilidad de terminar bajo el dominio de Gran Bretaña, cuyo poderío marítimo, antes y después de Trafalgar, le daba un papel decisivo en Suramérica. ¿Cuántos venezolanos eran conscientes de todas estas cosas en 1804-1806? ¿Cuántos, incluso entre los ilustrados, sabían que la libertad en sí misma no era suficiente y no sería nunca una respuesta, a menos que estuviera acompañada por la independencia?

UN HISPANOAMERICANO EN LA ERA DE LA REVOLUCIÓN

Fue durante estos años que Bolívar inició la lectura atenta de los autores clásicos y modernos. En Caracas había recibido una educación primaria y secundaria básica, aunque no muy sistemática. La tradición familiar y la convención social lo dirigieron entonces a la milicia, no a la universidad. En Madrid, nos cuenta él mismo, había estudiado matemáticas y lenguas extranjeras. En París comenzó a leer las obras de Locke, Condillac, Buffon,
D'Alembert,

Helvétius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin y Vertot, así como a los autores clásicos de la literatura antigua, española, francesa, italiana y, añade, a «gran parte de los ingleses», iniciando una costumbre que lo acompañaría toda su vida.[17] Sus lecturas de esta época conformaban un conjunto puramente secular, en el que las fuentes religiosas brillan por su ausencia. La religión tenía cabida en la idea de educación de Bolívar, como éste explicó luego a su sobrino, aunque no más que como un útil código moral expresado «en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida». Cuando regresó a Venezuela y se embarcó en la lucha por la independencia continuó dedicándose a la lectura y el estudio, y podría decirse que durante los siguientes veinte años fue un autodidacta. Sus libros constituyeron una parte esencial de su equipaje tanto a lo largo de sus campañas militares como de los años dedicados a la política, y no los consideraba menos importantes que sus provisiones, sus armas y sus caballos. Su biblioteca no llegó a ser comparable a la de Miranda, pero, en cualquier caso, era impresionante dadas las condiciones en las que había sido reunida. La pérdida de su primera biblioteca, que conservó hasta 1816 cuando cayó en manos de los españoles, fue enmendada poco a poco en los años siguientes, gracias a los servicios de sus amigos y contactos en todas partes de Suramérica; en muchos viajes, siempre llevaba consigo cajas repletas de libros para su uso inmediato, mientras conservaba el grueso de su colección en las ciudades principales.[18] Según O'Leary,

no era raro ver a Bolívar con un libro en la mano o, en sus ratos de ocio, reclinado en su hamaca leyendo a sus autores favoritos, que por esa época eran Montesquieu y Rousseau. Otros testimonios identifican a Voltaire como su escritor preferido. La disciplina que más le gustaba era la historia: antigua, americana y universal. Él mismo aconsejó a su sobrino que estudiara la historia de la humanidad invirtiendo la cronología habitual y comenzando «por la contemporánea, para ir remontando por grados hasta llegar a los tiempos oscuros de la fábula».[19]

Bolívar fue un reflejo de la época en la que vivió, y en él podemos advertir las huellas de las ideas ilustradas, las democráticas, las absolutistas e incluso las contrarrevolucionarias.

Además de Montesquieu y Rousseau, O'Leary menciona otros autores que le marcaron de forma especial: Hobbes y Spinoza, Helvetius, Holbach y Hume. Esto no significa, sin embargo, que esos pensadores ejercieran una influencia precisa o exclusiva sobre él. Leía bastante, y lo hacía para ejercitar la mente y educarse a sí mismo, para adquirir conocimientos en general y no tanto buscando seguir un programa específico. Estudió historia antigua por la calidad de sus relatos y el interés que sentía por las guerras, la política y el carácter de los líderes del pasado, no en búsqueda de lecciones prácticas o instituciones ejemplares. El mensaje que podía leerse en la historia y la filosofía política de Atenas, Esparta y Roma, explicaría años más tarde en Angostura, era variado, y sus teorías y modelos de gobierno no eran leyes inflexibles y, sobre todo, no estaban hechos para ser imitados en la construcción de un Estado moderno. En su estudio de los filósofos de los siglos XVII y XVIII encontró fuentes que consideraba intelectualmente estimulantes y que le ayudaron a desarrollar sus ideas, pero es muy probable que su lectura le sirviera más para reafirmar y ampliar su forma de ver el mundo que para crearla: su escepticismo y su liberalismo no fueron producto de sus estudios, pero éstos contribuyeron a confirmarlos. Como es de sobra sabido, la precisión en el rastreo de influencias ideológicas e intelectuales suele ser esquiva, y no lo es menos en el caso de un líder como Bolívar, cuyas ideas fueron un medio para la acción y cuyas acciones se basaban en tantos imperativos: políticos, militares y financieros, además de intelectuales. Insistir demasiado en los orígenes intelectuales de la revolución bolivariana y poner un énfasis excesivo en la influencia del pasado es oscurecer su verdadera originalidad. Bolívar no era un esclavo de los ejemplos de Francia y Norteamérica. Su revolución fue única, y, al desarrollar sus ideas y políticas, no se preocupó por imitar los modelos del mundo occidental, sino por responder a las necesidades de su propia América.

Bolívar no leía para imitar sino para equipar su mente y estar en condiciones de realizar un análisis propio a la hora de diseñar políticas nuevas. Más allá de la filosofía, lo que le interesaba era la ilustración aplicada y el liberalismo práctico. En este sentido, él era

el modelo de la revolución por venir. Cuando le preguntaban cuál era la causa de la protesta americana, solía responder «los intereses americanos», y en cuanto a las *ideas*, éstas estaban ahí para ser puestas a prueba y proporcionar explicaciones. Desde su punto de vista, las raíces de la independencia había que buscarlas en la deconstrucción del Estado criollo por parte de España, su sustitución por un nuevo Estado imperial y la alienación de las élites americanas. Al resentimiento criollo se sumaba el malestar popular, algo que los venezolanos habían observado en las colonias vecinas y advertían en su propio país, una situación con mayor potencial para una revolución social que para un cambio político. En esta secuencia, la ideología no ocupa la posición principal y no se la considera una «causa» de la independencia. En cualquier caso, ésta era la época de la revolución democrática, una era en la que las ideas cruzaban las fronteras en Norteamérica y Europa para no dejar ninguna sociedad intacta. En la América española, también Bolívar oyó el lenguaje de la libertad durante las últimas décadas del Imperio. Luego, después de 1810, a medida que los hispanoamericanos empezaban a obtener derechos, libertad e independencia, Bolívar invocaría las ideas para defender, legitimar y clarificar la revolución, un momento en el que sus abundantes lecturas se convirtieron en una fuente de argumentos y ejemplos.

En la madurez de su pensamiento político, Bolívar se dirigió al congreso de Angostura en 1819 y describió su concepción de la revolución hispanoamericana: «Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas». [20] Estas pocas palabras no sólo plasmaban sus esperanzas para una nueva Venezuela, también describían de manera perfecta el modelo de revolución que se había desarrollado en el mundo occidental desde 1776. Al observar el mundo desde la ventajosa posición de Francia, Bolívar vio una era de cambios revolucionarios en Europa y América, un tiempo de lucha entre las nociones aristocrática y democrática de la sociedad, entre los sistemas de gobierno monárquico y republicano. Por todas partes,

los reformadores ponían su esperanza en la filosofía de los derechos naturales, proclamaban ideas de soberanía popular y exigían constituciones escritas basadas en el principio de «separación» de los poderes. Ahora bien, ¿hasta qué punto influyeron las ideas de la época en las acciones de Bolívar? ¿En qué medida fue él mismo un protagonista de la revolución democrática?

Los movimientos políticos e intelectuales de este período se distinguían más por su diversidad que por su unidad. La idea de que el mundo atlántico experimentó en última instancia una única gran revolución, inspirada por el ideal democrático y alimentada por la Ilustración, no hace justicia a la complejidad del período y no discrimina de forma suficiente entre las corrientes revolucionarias menores y la gran oleada de cambios que desató el movimiento más potente y radical de todos. La era de la revolución fue ante todo la de la revolución industrial y la Revolución Francesa, una «revolución dual» en la que Gran Bretaña proporcionó el modelo económico para cambiar el mundo y Francia aportó las ideas. [21] No obstante, no todos los movimientos de liberación de la época encajan en este marco conceptual, que además no resulta necesariamente apropiado para entender el movimiento liderado por Bolívar. [22]

Cuando las ideas revolucionarias de Bolívar se desarrollaron, no se adecuaban con exactitud a las tendencias políticas en Europa. Incluso los hispanoamericanos más liberales tenían sus reservas respecto a la Revolución Francesa y su potencial para la violencia política. Como observó Francisco de Miranda en 1799, sin duda afectado por sus propias tribulaciones en Francia: «Dos grandes ejemplos tenemos delante de los ojos: la revolución americana y la francesa. Imitemos discretamente la primera; evitemos con sumo cuidado los fatales efectos de la segunda». [23] Bolívar era demasiado joven para haber sentido los primeros impactos de los acontecimientos de 1789, pero, cuando la Revolución Francesa estaba en su fase imperial, cayó bajo su hechizo y quedó maravillado con los logros, si no con los títulos, de Napoleón. Por otra parte, no dejó de advertir que las consecuencias militares y estratégicas de lo ocurrido en Francia afectaban indirectamente a Hispanoamérica: primero en 1796, cuando Gran Bretaña dirigió su hostilidad contra la aliada de Francia, España, lo que convirtió en

peligrosa la navegación por el Atlántico y aisló a la metrópoli de sus colonias, y, después en 1808, cuando Francia invadió la península Ibérica y depuso a los Borbones, un hecho que precipitó una crisis de legitimidad en la América española y que se tradujo en una lucha por el poder.

Bolívar era consciente de la influencia de Gran Bretaña, no tanto por sus lecturas como por su experiencia. La revolución industrial encontró un importante punto de venta para los textiles y demás productos británicos en la América española. Su subdesarrollo la convertía en un mercado cautivo y, además, tenía un recurso vital para comerciar, la plata, así que Gran Bretaña tenía en alta estima el comercio con Hispanoamérica y se esforzó por expandirlo, ya fuera a través de España y del Caribe o por rutas más directas. En tiempos de guerra con España, cuando la marina británica bloqueó Cádiz, Gran Bretaña aprovechó la escasez que eso produjo al otro lado del Atlántico para abastecer a las colonias españolas con sus exportaciones. Fue precisamente durante estos años que Bolívar comenzó a ser consciente de lo vasto que era el mundo atlántico. Y vio cómo una nueva metrópoli económica desplazaba a España en el continente americano. Siendo un joven hacendado y exportador venezolano, Bolívar conoció las frustraciones de la búsqueda de mayores libertades de comercio en contra de las reglas del monopolio español y las constricciones impuestas por el bloqueo británicos. Sería exagerado afirmar que el comercio británico socavó el Imperio español o que convirtió en revolucionarios a quienes se oponían al monopolio, pero el evidente contraste entre Gran Bretaña y España, entre el crecimiento económico y la depresión, dejó una poderosa huella en los hispanoamericanos. Pero además había otro aspecto a tener en cuenta: si se podía expulsar a la Gran Bretaña imperial de América, ¿con qué derecho permanecía España?

BOLÍVAR Y LA ILUSTRACIÓN

En los años alrededor de 1800, cuando Bolívar estudió los mundos europeo y atlántico buscando comprender la política y las políticas de la era de la revolución, ¿con qué recursos intelectuales contaba? ¿Qué ideas eran adecuadas para la época? ¿Cuáles fueron

las raíces ideológicas de sus respuestas? Los hispanoamericanos, a diferencia de los colonos de Norteamérica, no conocían la libertad de prensa, una tradición liberal que se remontaba al siglo XVII, ni las asambleas locales en las que pudiera ejercerse la libertad de expresión. Sin embargo, no estaban aislados del mundo de las ideas ni del pensamiento político de la Ilustración. Bolívar no fue el primero ni el único hispanoamericano que halló inspiración en las ideas del Siglo de las Luces. Su Venezuela natal fue pionera en el pensamiento político. Entre las publicaciones que la conspiración de Gual y España fomentaron se encontraba una traducción de la *Declaración de los derechos del hombre* francesa, en su versión más radical de 1793; Miranda fue quien propagó por todo el norte de Suramérica la revolucionaria *Carta a los españoles americanos* de Viscardo; antes de 1810 ya circulaba en Venezuela una traducción del *Contrato social* de Rousseau, probablemente realizada por José María Vargas, y se conocía también la *Historia de América* de William Robertson. [24] Las ideas liberales y republicanas estaban ahí para su estudio, y los interesados en conocerlas eran cada vez más audaces. Pero leer y estudiar no es lo mismo que actuar, y las revoluciones activas como las que habían tenido lugar recientemente en Norteamérica y Francia no tuvieron en el país un impacto directo, aunque se sabía que podían ser modelos potenciales para Hispanoamérica.

Bolívar y otros criollos destacados estaban familiarizados con las teorías sobre los derechos naturales y el contrato social, así como con su aplicación en el gobierno, y ello les permitía defender los argumentos en favor de la libertad y la igualdad. Algunos iban incluso más lejos en la senda de la Ilustración e insistían en que esos derechos podían reconocerse y comprenderse mediante la razón, y que la razón, en oposición a la revelación y la tradición, era la fuente de todo conocimiento y acción humanos. Los conceptos de jerarquía, costumbre y sumisión empezaban a ceder paso a la creencia en la libertad y las virtudes personales. Unos pocos se aventuraron en mayores profundidades del pensamiento del siglo XVIII para proclamar que el avance del saber no debía ser entorpecido por el dogma religioso y señalaron a la Iglesia católica como uno de los principales obstáculos del progreso. Bolívar compartía el anticlericalismo del Siglo de las Luces y veía en la

Iglesia a otro agente del antiguo régimen. En 1812 acusaría a los fanáticos religiosos y sus aliados, que, según pensaba, pronto contarían con refuerzos españoles, de ser también enemigos de la joven república: «La influencia religiosa, el imperio de la dominación civil y militar, y cuantos prestigios pueden obrar sobre el espíritu humano, serán otros tantos instrumentos de que se valdrán para someter estas regiones». [25] En un momento en que las tendencias secularizadoras desafiaban el dominio de la religión establecida, muchos sostuvieron que el propósito del gobierno era proporcionar la mayor felicidad al mayor número de personas, y definieron esta felicidad en gran medida en términos del progreso material que podía alcanzarse a través de la acción humana.

Hobbes y Locke, Montesquieu y Rousseau, Paine y Raynal, todos ellos dejaron su impronta en el discurso de la independencia. No obstante, habría que preguntarse si la influencia de estos pensadores fue exclusiva. Una interpretación alternativa sostiene que las doctrinas populistas de Francisco Suárez y los neoescolásticos españoles fueron las que proporcionaron la base ideológica de las revoluciones hispanoamericanas, interpretación cuyo corolario es que España no sólo conquistó América, sino que también la proveyó de los argumentos necesarios para su liberación. En 1811, un buen número de contemporáneos de Bolívar, graduados de la Universidad de Caracas, emplearon para defender la causa independentista el argumento de la «soberanía popular», que sostenía que el poder se revierte al pueblo cuando el soberano lo tiraniza o lo abandona. [26] Ahora bien, aunque esta idea guarda cierto parecido con la doctrina de Suárez, no era particular de ninguna escuela de pensamiento político y no excluía un pacto social del tipo propuesto por Rousseau. Una variante de esta hipótesis sugiere que el neotomismo era un componente clave de la cultura política hispánica, el fundamento del Estado patrimonial y un complemento ideológico de la independencia. Sin embargo, no hay rastro de estas influencias en el pensamiento de Bolívar, que se inspiraba básicamente en el republicanismo clásico y en la Ilustración, y no hay pruebas de que haya estudiado las fuentes católicas. A comienzos del siglo XIX, el énfasis en la tradición y la autoridad del catolicismo no encajaba de manera fácil con el tipo de libertad que preocupaba a Bolívar.

El republicanismo clásico acudía con facilidad a los labios de Bolívar, alimentado más por una lectura rápida de los textos clásicos en traducciones francesas, especialmente de Cesar y Tácito, que por un análisis profundo del mundo antiguo y sus instituciones, que eran para él fuentes de citas útiles más que de principios básicos. Quienes abrieron las mentes de los americanos y nutrieron el pensamiento de Bolívar fueron los autores franceses del Siglo de las Luces. Esto no quiere decir que Bolívar fuera un discípulo acrítico de los pensadores de la Ilustración. La cronología y el alcance de su influencia intelectual son difíciles de determinar. [27] Su acercamiento al conocimiento fue empírico, no metafísico, y no estaba interesado en crear una nueva filosofía. Podía citar a Voltaire, Rousseau y los *philosophes*, pero no los seguía en las especulaciones puramente intelectuales y podía incluso mostrarse muy poco respetuoso con algunas de sus teorías. El lugar, las condiciones y las circunstancias eran los que establecían los límites del pensamiento teórico, y fueron ellos los que erigieron los límites de la Ilustración de Bolívar. Su realismo siempre contuvo el caudal inagotable de las ideas. El análisis de sus propios escritos evidencia que estaba tan familiarizado con los tratados antiguos y modernos sobre el arte de la guerra como con los escritores más relevantes de la era moderna. [28] Los objetivos básicos eran siempre la liberación y la independencia, pero la liberación no significaba simplemente liberarse del Estado absolutista del siglo XVIII, que era lo que interesaba a los pensadores ilustrados, sino liberarse de una potencia colonial, a lo que había de seguir la independencia auténtica bajo una constitución liberal.

Las obras sobre la libertad ocuparon un lugar fundamental en el programa de lecturas de Bolívar en 1804-1806, y John Locke fue el principal encargado de encaminarlo hacia los derechos naturales y el contrato social. Citando a Acosta, Locke sostenía que los pobladores originales de América eran libres e iguales y se sometían a un gobierno por su propio consentimiento. También afirmó que el pueblo perdía la libertad y la democracia adquiridas por contrato «siempre que se lo entregaba a un poder extranjero». [29] Este era un argumento a favor de la libertad, pero no específicamente a favor de la liberación del yugo de un poder colonial. Montesquieu era uno de los autores favoritos de los intelectuales

hispanoamericanos, y la mayoría de ellos estaban familiarizados con su idea de que «las Indias y España son dos potencias que gobierna un mismo soberano, pero las Indias son lo principal y España lo secundario. La política pretende en vano subordinar lo principal a lo secundario, pero no es España la que atrae a las Indias, sino las Indias las que atraen a España». [30] Montesquieu no se muestra del todo contrario a la idea de que una nación establezca colonias en el extranjero, siempre que se trate de una nación libre y exporte sus propios sistemas de comercio y de gobierno. Pero esto no desalentó a Bolívar, que recurrió a Montesquieu a lo largo de toda su vida política, y para quien *des lois*
L'esprit
era una obra de consulta permanente. Su deuda con el pensador francés puede apreciarse en su análisis de las formas de gobierno y las características de la república, en su insistencia en la separación de poderes y su admiración del gobierno inglés. En la Carta de Jamaica utilizó su concepto de despotismo oriental para definir el Imperio español, y todo su pensamiento político estaba imbuido por la convicción de que la teoría debía someterse a la realidad, de que las instituciones son en verdad organismo para la supervivencia y no expresiones de principios abstractos, de que la legislación debería reflejar el clima, el carácter y las costumbres, y de que los pueblos diferentes necesitaban leyes diferentes. [31] No obstante, incluso Montesquieu no le ofrecía a Bolívar todo lo que éste quería.

Rousseau fue autor de algunas de las obras más importantes de la Ilustración y encontró muchos lectores entre los criollos cultos interesados en debatir las diferentes nociones de libertad. ¿Podía la razón no sólo justificar la libertad, sino incluso obligar a los hombres a ser libres? ¿Podía un Estado creado por la voluntad de los ciudadanos imponerles la obediencia? [32] Bolívar estaba familiarizado con las principales ideas de Rousseau (el contrato social, la voluntad general y el pueblo soberano), sin embargo, es difícil de creer que aceptara, o incluso siguiera detenidamente, los argumentos teóricos que el filósofo francés utilizaba para alcanzar sus conclusiones. Aunque no mencionó a Rousseau entre los filósofos cuya falta de realismo tanto menospreciaba, el francés encajaba muy bien entre ellos, y Bolívar fue muy claro al afirmar que una Esparta o una Roma idealizadas no servían como modelo

para la sociedad hispanoamericana. E incluso, aunque aceptara que el hombre nace libre, recelaba de la idea de libertad absoluta y no pensaba que la autoridad fuera contraria a la naturaleza. Del mismo modo, a pesar de que conocía la diferencia entre igualdad social y legal, no estaba convencido de que una igualdad social absoluta debiera equilibrar las desigualdades naturales. Y sólo podemos hacer conjeturas acerca de la opinión que le merecía la búsqueda de Rousseau de una «forma de asociación que defienda y proteja, con toda la fuerza común, la persona y los bienes de cada asociado, y en la cual cada uno, aunque vinculado a todos los demás, no obedezca más que a sí mismo y permanezca, por tanto, tan libre como antes», un objetivo tan irreal que equivalía a establecer una unidad orgánica en la que las partes no se subordinan las unas a las otras. [33] En ciertos aspectos Bolívar se sentía identificado con la visión secular de la vida de Rousseau, y es probable que, al igual que le ocurrió a muchos otros, quedara cautivado simplemente por la personalidad y la prosa del filósofo. [34] Los detalles concretos de sus teorías resultaban menos atractivos: así, por ejemplo, es bastante dudoso que aceptara la idea de que la humanidad originalmente había vivido en un paraíso natural de felicidad y bondad, exenta del trabajo servil y sin vestigio alguno de pecado original o de inclinación hacia el mal. Y la idea de Rousseau acerca de una religión creada por el Estado como soporte del orden público le parecía una pérdida de tiempo.

La libertad de los *philosophes* no era suficiente para Bolívar. La libertad como fin en sí mismo podía no ser liberación. Esto era lo que pensaban los liberales españoles de las Cortes de Cádiz, que subscribían las libertades defendidas por la Ilustración y estaban dispuestos a ofrecérselas a los hispanoamericanos, pero con la misma determinación les negaban la independencia. En otras palabras, era posible apelar a la Ilustración para garantizar una mayor libertad en el marco hispánico y justificar un imperialismo reformado. ¿Puede decirse entonces que la Ilustración fue una fuente de la idea de independencia al igual que lo fue de la idea de libertad? Los intelectuales europeos del siglo XVIII fueron incapaces de advertir que el nacionalismo era una fuerza histórica poderosísima. El cosmopolitismo de los *philosophes* se oponía de lleno a las aspiraciones nacionalistas; a la mayoría de estos

pensadores les disgustaban las distinciones nacionales y hacían caso omiso de los sentimientos nacionales. Al parecer, pasaron por alto completamente la posibilidad de que surgieran nuevas nacionalidades embrionarias, la necesidad de aplicar las ideas de libertad e igualdad a las relaciones entre pueblos, o el derecho de las colonias a la independencia, Rousseau, es cierto, sugirió una posible teoría de la nacionalidad al afirmar que si una nación no tenía un carácter nacional, se le debía otorgar uno a través de las instituciones y la educación apropiadas. El filósofo, además, había sido el principal defensor intelectual de la libertad política frente a las monarquías despóticas del siglo XVIII. Sin embargo, tampoco él aplicó sus ideas a las colonias. De hecho, pocos de los progresistas del Siglo de las Luces que Bolívar admiraba fueron revolucionarios. Ni Montesquieu, ni Voltaire, ni Diderot llegaron a la conclusión lógica de que la revolución era justificable, e incluso Rousseau no llegó a aprobar el cambio político violento.

Ninguno de ellos, por supuesto, había tenido experiencia directa de la vida en las colonias ni había sido testigo de la desigualdad social y la discriminación racial, endémicas en la América española. Frente a otros liberales de renombre, Humboldt tenía la ventaja de haber viajado mucho, lo que le había permitido conocer esas sociedades y hablar con sus gentes. Pero incluso así, Humboldt no abordó la cuestión de la independencia. Es cierto que en privado se mostraba extremadamente crítico con el colonialismo. En 1803, por ejemplo, comentó en Guayaquil que «la colonia es un país del que se dice que en él se puede vivir en libertad, porque ahí puede uno maltratar a los esclavos sin ser castigado e insultar a los blancos que son pobres». Y anotó que «la idea de la colonia por sí misma es inmoral, la idea de que un país está obligado a pagar contribuciones a otro país; de un país en el que sólo se puede alcanzar una cierta nivel de riqueza, en el que el crecimiento de la industria y la ilustración está permitido sólo hasta cierto punto». Sin embargo, durante su estancia en América, el científico alemán no expresó sus críticas en público; las confió a su diario o a sus amigos cercanos, al parecer con el fin de no poner en peligro sus relaciones con España, de las que dependían sus investigaciones. **[35]**

En lugar de eso, Humboldt planteó una cuestión diferente. ¿Cómo había podido una minoría de españoles europeos controlar

un imperio tan vasto durante tantos siglos? En su opinión, los españoles habían logrado mantener su dominio ganándose a la mayoría criolla: «En todas las colonias el número de partidarios de España aumenta necesariamente al absorber a una gran masa de hispanoamericanos». Los criollos rechazaban la causa independentista porque preferían la seguridad y la paz a la violencia. Para algunos, la revolución no significaría otra cosa que la pérdida de sus esclavos, el expolio del clero y la introducción de la tolerancia religiosa. Otros estaban demasiado aferrados a sus propiedades y privilegios para querer compartirlos o desear que se otorgaran derechos a otros; preferían el dominio español a que la autoridad quedara en manos de americanos a los que consideraban inferiores a ellos: «Aborrecen toda constitución política fundada sobre la igualdad de derechos». Con todo, quienes vivían en sus haciendas en el campo sin verse afectados por las autoridades preferirían sin duda un gobierno nacional, y una libertad de comercio total, al estatus colonial, pero ese deseo no era lo suficientemente fuerte para superar su aprecio por la paz y la vida tranquila o para inducirlos a soportar un sacrificio prolongado y doloroso. **[36]**

Todas estas cuestiones también inquietaban a Bolívar, que se referiría a ellas en la *Carta de Jamaica*, en la que optaría por concentrarse más en la opresión española y la identidad americana que en la captación e indiferencia de los criollos, y donde emplearía un lenguaje mucho más incisivo que el de Humboldt. «Durante mi permanencia en América —escribiría luego el científico alemán— jamás encontré descontento, pero sí observé que si no existía grande amor hacia España, por lo menos había conformidad con el régimen establecido. Más tarde, al comenzar la lucha, fue cuando comprendí que me habían ocultado la verdad y que en lugar de amor existían odios profundos o inveterados». **[37]**

La Ilustración, por tanto, no llegó a aplicar las ideas de libertad e igualdad a las relaciones entre los pueblos, y no produjo una noción de liberación colonial o de guerra de independencia. Esta tarea correspondería a quienes impulsaron la independencia de Norteamérica e Hispanoamérica. En gran parte del mundo atlántico el liberalismo posilustrado no fue por sí mismo un agente eficaz de emancipación. Jeremy Bentham fue uno de los pocos pensadores

reformistas de la época que aplicó sus ideas a las colonias, defendió la independencia como principio general y dejó al descubierto las contradicciones inherentes de aquellos regímenes que practicaban el liberalismo en casa y el imperialismo en el extranjero. [38] Sin embargo, Bentham fue una excepción, y la mayoría de los liberales continuaron siendo no menos imperialistas que los conservadores, un reflejo de los intereses de la nueva burguesía y su deseo de mercados cautivos. Por consiguiente, las ideas de Bolívar sobre la emancipación no pudieron inspirarse directamente en las fuentes europeas e hispánicas. Al igual que los protagonistas de la revolución norteamericana, el futuro Libertador tuvo que diseñar su propia teoría de autodeterminación nacional, algo que hizo en el curso de la lucha por la independencia, y ésta fue una contribución a la era de la revolución, no un producto derivado de ella. Bolívar fue un ejemplo perfecto de una de las lecciones de la Ilustración, «piensa por ti mismo», y de la invitación rousseauniana a «ser uno mismo».

Los pensadores ilustrados sólo estaban en condiciones de brindar una educación limitada a un joven criollo en busca de ideas sobre el cambio revolucionario. Hubo dos excepciones: Thomas Paine y el abad Raynal. El *Sentido común* de Paine (1776) justificaba abierta y rotundamente la rebelión colonial al defender la independencia americana como algo que obedecía al interés legítimo de los americanos en razón a las miserias que habían tenido que soportar, la negación de la metrópoli a repararlas y el derecho de los hombres a resistirse a la opresión: «Hay algo absurdo en la suposición de que un continente entero va a estar gobernado siempre por una isla». Esta afirmación impresionó a los hispanoamericanos, que la leyeron como si fuera una descripción exacta de su propio caso, y lo mismo puede decirse de sus conclusiones posteriores: «Lo que antiguamente se llamaba revolución no era más que un pequeño cambio de personas o una alteración de las circunstancias locales … Pero lo que vemos ahora en el mundo, desde las revoluciones de América y Francia, es una renovación del orden natural de las cosas». [39] Viscardo citó y parafraseó a Paine, y fueron muchísimos los que lo leyeron. En 1811, un venezolano entusiasta publicó en Estados Unidos una antología de las obras de Paine traducidas al castellano; el libro circuló de mano en mano en Venezuela e influyó

en el pensamiento constitucional de la república. [40]

La obra de Paine también suscitó el interés del abad Raynal, un *philosophe* menor cuya confusa y desordenada *Histoire des deux hides* irritó a gran parte del mundo hispánico por sus prejuicios e imprecisiones, pero que, debido a su apoyo a la revolución norteamericana contra la corona británica, recibió la aprobación de los pocos hispanoamericanos que lo leyeron, entre quienes no pasó desapercIbida su conclusión de que «el nuevo hemisferio deberá un día separarse del viejo». Y algunos incluso quedaron impresionados por su imitación de Paine: «Por las leyes de los cuerpos y de las distancias, América sólo puede pertenecer a sí misma». [41] Raynal fue más significativo por su influencia en Dominique de Pradt, un arzobispo francés partidario de Napoleón, que, aunque censuró con dureza los defectos de su obra, reconoció la originalidad de su tema y su estructura. De Pradt, cuyas opiniones menciona Bolívar en su *Carta de Jamaica*, fue el primer pensador ilustrado que abogó por la independencia absoluta de las colonias españolas como una cuestión de principios y de política; que ello ocurriera le parecía inevitable, sostuvo, debido al ejemplo de Estados Unidos, la decadencia de España como potencia colonial y los cambios revolucionarios que estaban teniendo lugar en Europa, factores cuya influencia le era imposible evitar a España y que acelerarían la tendencia inherente de las colonias a madurar y separarse de la metrópoli. [42]

La Iglesia, al igual que el Estado, también fue objeto del escrutinio de la Ilustración. Los escritos de los deístas y librepensadores, introducidos inicialmente desde Inglaterra, adquirieron nueva vida en Francia en el siglo XVIII. Cuando el deísmo salió de la clandestinidad en las obras de Voltaire y los enciclopedistas, no se trataba de una teología precisa, sino de una forma vaga de religión utilizada para confirmar sus ideas políticas y morales, y también para protegerse de la acusación de ateísmo. El aumento del escepticismo en cuestiones religiosas y la ofensiva específicamente anticristiana de los *philosophes* no constituían sólo posturas puramente intelectuales. Estas tendencias respaldaban propuestas encaminadas a incrementar el poder del Estado sobre la Iglesia e incluso a la creación de una religión estatal, pues aunque espuria, se la consideraba necesaria para preservar la moral y el

orden públicos. Al parecer estas ideas dejaron su marca en Bolívar, pero es imposible establecer hasta qué punto acabaron con su creencia. Aunque por lo general, abordaba el asunto de la religión con cautela, detrás de su aparente observancia había algo de escepticismo y, en privado, ridiculizaba ciertos aspectos del catolicismo. ¿Rechazó Bolívar la religión al igual que el gobierno del *ancien régime*? Según O'Leary, un irlandés católico, Bolívar era «un completo ateo» que creía que la religión sólo era necesaria para gobernar y cuya asistencia a misa no pasaba de ser algo puramente formal. Una aproximación más fiel a la mentalidad de Bolívar sería calificarla de «escéptica» más que de «atea», e incluso así habría que preguntarse cuándo surgió este escepticismo. ¿Fue en Francia, entre 1804 y 1806, cuando se dedicó a la lectura y a empaparse de la mentalidad moderna? ¿O fue más tarde, cuando la semilla plantada en esos años brotó definitivamente? De nuevo, no lo sabemos. O'Leary insinúa que el mentor de Bolívar, Simón Rodríguez, le había inculcado de manera deliberada una visión de la vida más filantrópica y liberal que cristiana, y que lo había introducido en las obras de los pensadores escépticos y materialistas del siglo XVIII. «No obstante, y a pesar de su escepticismo y de la irreligión consiguiente, creyó siempre necesario conformarse con la religión de sus conciudadanos»[43]. Y el hecho es que continuó asistiendo a misa.

Ante la ausencia de una fuerte motivación religiosa, Bolívar parece haber abrazado una filosofía de la vida basada en el utilitarismo, una concepción que no necesariamente proponía el más convincente de los absolutos morales pero que gozaba de prestigio entre los liberales contemporáneos. Prueba de ello no son sólo sus contactos con James Mill y Jeremy Bentham —Bolívar se describió a sí mismo como «discípulo» de Bentham y un seguidor de sus doctrinas—, sino sus propios escritos, en los que el principio de la máxima felicidad emerge como la fuerza motriz de la política. Los hispanoamericanos, sostenía, albergaban expectativas poco realistas de pasar directamente de la servidumbre a la libertad, de la colonia a la independencia, algo que atribuía a una búsqueda

ansiosa de la felicidad: «A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza, infaliblemente, en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad». Unos cuantos años después, en su discurso ante el Congreso de Angostura, afirmó que «el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política». En 1822, en una carta dirigida al vicepresidente de Colombia. Francisco de Paula Santander, en un momento en el que se temía que el congreso pudiera impulsar una revisión de la constitución de 1821, Bolívar señaló: «La soberanía del pueblo no es ilimitada, porque la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término».[44] Algunos años después, las circunstancias políticas lo forzarían a reconsiderar su apoyo a las aplicaciones públicas de los principios de Bentham, pero no necesariamente a abandonar la filosofía utilitarista.

La respuesta de Bolívar al Siglo de las Luces se inspiró en lo que había tenido ocasión de observar en la Europa contemporánea así como en sus lecturas; supo ver tanto las limitaciones como los logros de la Ilustración y se preguntó qué podía ser útil para los americanos y qué, en cambio, irrelevante. Con todo, su aventura intelectual no fue puramente pragmática: años más tarde, mientras dirigía el rumbo militar de la revolución, también tendría tiempo de ocuparse de problemas conceptuales básicos como el de los límites de la libertad y el de la naturaleza de la igualdad. Bolívar creía que la libertad tiene que ajustarse a la historia y a las tradiciones de los pueblos y, como hemos mencionado, nunca tuvo mucho aprecio por las concepciones puramente abstractas de la libertad. De igual modo, se preocupó por definir el significado de la igualdad en el contexto de la sociedad americana. Y siempre fue consciente de que la imperfección de la naturaleza humana descartaba la posibilidad de soluciones políticas perfectas, lo que implicaba una crítica de las discusiones teóricas, si no una reafirmación de la noción de pecado original. Aunque las experiencias de los años 1804-1806 no nos ofrecen una imagen completa de Bolívar, si nos revelan que su

mundo se fundaba sobre valores racionales y seculares y que contaba con un marco tanto intelectual como político.

REGRESO A VENEZUELA

Después de su viaje a Italia, Bolívar regresó a París en la primavera de 1806, pero no a los placeres de su anterior estancia en la capital francesa. La situación de su país lo perturbaba. En 1806, Miranda, que había perdido la esperanza de conseguir toda la ayuda que deseaba de Gran Bretaña, dirigió una expedición a Venezuela, sin contar con los hombres y la preparación suficientes. En el país, los terratenientes criollos le recibieron con frialdad y le acusaron de «hereje» y «traidor». Bolívar, al parecer, consideró que la acción había sido precipitada y que, muy probablemente, perjudicaba más al pueblo venezolano que a sus gobernantes. Entre tanto, sus propios recursos estaban retenidos en las colonias por culpa del bloqueo británico. En otoño de 1806, decidido a regresar a Venezuela para reanudar su vida en América, se despidió de Fanny du Villars sin dramatismo alguno y, a finales de noviembre, con dinero prestado, se embarcó hacia América. Sin embargo, no lo hizo desde Francia o España, que estaban en guerra con Gran Bretaña, sino desde Hamburgo, bajo una bandera neutral, y no se dirigió directamente a Venezuela sino que viajó primero a Estados Unidos. Desembarcó en Charleston, agotado tras el viaje por mar y con principios de fiebre. Permaneció lo suficiente en Estados Unidos para visitar Washington, Nueva York y Boston, después de lo cual se embarcó de nuevo en Filadelfia con destino a La Guaira, adonde llegó en junio de 1807. Poco sabemos de estos viajes, pero años más tarde Bolívar comentaría que su breve visita al país le había permitido conocer, por primera vez y de forma directa, la «libertad racional». [45] Un hecho poco común en el continente americano, como estaba a punto de descubrir.

Los acontecimientos personales de la vida de Bolívar entre 1804 y 1807 no fueron registrados con mucho detalle ni por él mismo ni por sus amigos, y sus primeros biógrafos se tomaron la libertad de llenar los vacíos con leyendas. La historia pública de este período, sin embargo, es bien conocida. Cuando Bolívar dejó Europa en 1806 comenzaron a encajar las diversas piezas que prepararon el terreno

para la revolución en Suramérica y su propio ascenso al liderazgo. Como potencia imperial, España estaba acabada. El país se había convertido en un satélite de Francia, que apoyaba a su aliado con sus recursos coloniales. Pero, además, España ya no controlaba América. Desde comienzos del Imperio, las conquistas habían superado con creces la posibilidad de ejercer control sobre ellas, y las exigencias eran tantas que era imposible satisfacerlas todas. [46] Tras haber perdido su poder en el Atlántico y con él las rutas de acceso a sus propias posesiones de ultramar, España no estaba en condiciones de garantizar las relaciones comerciales con las colonias y, menos aún, la lealtad de sus súbditos. La América española era ahora un premio sin dueño y la cuestión parecía ser quién lo reclamaría. ¿Francia? ¿Gran Bretaña? Había sin embargo un elemento adicional: ¿estaban los hispanoamericanos dispuestos a cambiar simplemente una metrópoli por otra? Ésta era la situación tal y como la contemplaba Bolívar. Había visto que Europa suponía tanto una amenaza como una inspiración para América. Había iniciado, si no completado, su educación política y había conocido las realidades europea y atlántica gracias a su observación, así como a sus estudios. No fue el único, es cierto, pero ¿cuántos venezolanos estaban tan capacitados como él para comprender lo que estaba ocurriendo? ¿Cuántos, incluso entre los ilustrados, concluyeron que la libertad en sí misma no era suficiente y que, además, no era lo mismo que la independencia? No todos los americanos habían llegado tan lejos. Mientras España se mantuviera políticamente intacta, la defensa de los intereses de los criollos y las críticas hacia el gobierno español se harían dentro de los límites del régimen existente, como insinuó Humboldt. El riesgo de que se produjera una rebelión siguió siendo mínimo incluso después de 1800, cuando el declive precipitado del poder económico y político de España fue evidente y la élite criolla tuvo más razones que nunca para criticar las políticas comerciales y fiscales de la Península. Las ideas de Bolívar estaban por delante de su tiempo.

El joven Bolívar no era un lector acrítico de las obras sobre la libertad, y su escepticismo aumentaría de forma progresiva en las sucesivas etapas de la revolución. La Ilustración se mantuvo como la principal fuente en la que basó la justificación y defensa de sus acciones, antes, durante y después de la revolución, pero la

ideología en sí misma no era suficiente. Cuando regresó a Venezuela después de su estancia en Europa, tuvo que apelar tanto a los intereses como a las ideas. Los intereses y argumentos americanos serían ahora decisivos en su forma de pensar y de actuar. Algunos de sus contemporáneos también advirtieron todo esto por sí mismos, sin embargo, carecían de su motivación y su genio. El poder y la gloria no eran ambiciones que tuviera cualquiera, pero en el mundo de Bolívar ocuparon un lugar central. Además del sometimiento de su país, era consciente de «la gloria que cabría al que lo libertase». [47] Bolívar no estaba hecho para pasar desapercIbido y ser ignorado, para quedarse como «alcalde de San Mateo». Regresó a Venezuela convertido en un espíritu independiente con capacidad de liderazgo y un futuro de oportunidades.

Capítulo 3

LA REVOLUCIÓN CRIOLLA

UNA COLONIA AGRAVIADA

Bolívar volvió a Venezuela en 1807 convencido de que la independencia de su país era un imperativo, algo imprescindible e inevitable. Su convicción no era sólo el resultado de su vida en Caracas o el trabajo en sus haciendas, sino también de su experiencia en Europa, donde la situación internacional le alertó del inminente cambio y las ideas de la época le impresionaron profundamente. Al regresar a su país, descubrió que pocas personas en Venezuela compartían sus opiniones y que la conciencia política de la colonia no se había desarrollado lo suficiente para cuestionar la lealtad al rey y el apoyo al orden existente. Sus argumentos convencieron a su hermano Juan Vicente, pero no consiguieron persuadir a ningún otro de sus familiares y amigos, que eran poco conscientes de la crisis del mundo hispánico o de los cambios en el equilibrio del poder. Las convicciones de Bolívar y su distancia de la opinión criolla explican su posición política en los acontecimientos de los siguientes cuatro años. En esta etapa de su vida hubo de enfrentarse a una gran cantidad de voces discordantes sin tener el poder de imponer la suya.

Revolucionario de corazón, se conformó exteriormente. En estos años Bolívar se dedicó a las mismas ocupaciones que el resto de la aristocracia criolla: la administración de sus rentas y el cultivo de sus haciendas. En sus plantaciones de San Mateo, al oeste de Caracas en el camino a Maracay, La Concepción, cerca de Ocumare, y Yare, en los valles del Tuy, crecían los productos tropicales que

demandaban los mercados del Caribe y Europa; sus trabajadores eran negros, muchos de ellos esclavos, y él mismo trabajaba junto a ellos en tareas prácticas. En sus tierras de Yare tenía una disputa de lindes en curso con la finca vecina, propiedad de la familia de Antonio Nicolás Briceño, y en septiembre de 1807 se produjo un violento encuentro entre ambos, cuando Briceño, a la cabeza de un grupo de esclavos armados con pistolas, machetes y cuchillos, intentó evitar que Bolívar y sus trabajadores cultivaran terrenos que él consideraba suyos. Los abogados de Bolívar intervinieron para defender su posición, pero, aunque Briceño fue arrestado luego, el caso terminó muriendo en medio de la confusión política de la época. Entre tanto, al encargarse del cultivo y la venta de los productos de sus haciendas, Bolívar descubrió lo difícil que era en realidad ganarse la vida en las colonias, donde la metrópoli promovía sus propios intereses sin proteger los de sus súbditos americanos. Y llegó a conclusiones diferentes de las de la mayoría de sus vecinos. Bolívar, un producto de la colonia, se iba a convertir en su enemigo más feroz.

Los blancos venezolanos siempre habían sido conscientes de la superioridad numérica de los pardos y los negros y de la hostilidad con la que los veían. Hasta los últimos años del régimen colonial los criollos no creyeron que hubiera una alternativa a la estructura de poder existente y aceptaban el dominio español como la forma más eficaz de garantizar la ley, el orden y la jerarquía. No obstante, entre 1789 y 1810, la fuerza de las circunstancias fue erosionando gradualmente su lealtad a la metrópoli. En una era de cambios revolucionarios, en la que España no estaba en condiciones de seguir controlando por más tiempo lo que ocurría en su casa y fuera de ella, los criollos finalmente advirtieron que su lugar en el mundo dependía de que consiguieran un objetivo político inmediato: hacerse con el poder de forma exclusiva en lugar de compartirlo con los funcionarios de una metrópoli debilitada.

Además, su realidad económica también estaba cambiando. A finales del siglo XVIII, la economía venezolana experimentó cierta diversificación cuando los hacendados se libraron de su total dependencia del cacao y añadieron a su producción el café, el añil, el tabaco y el algodón. Bolívar vigiló de cerca sus cultivos de añil y tenía un especial interés en las perspectivas del mercado de

exportación. La economía venezolana había respondido de forma positiva a las mayores oportunidades de exportación que surgieron en 1784, cuando el monopolio de la Compañía de Caracas llegó a su fin, y, en 1789, cuando se permitió al país comerciar libremente con el Imperio. El valor de las exportaciones e importaciones se duplicó entre 1783 y 1790, y, entre 1790 y 1796, las exportaciones agrícolas a España fueron el doble de las de los años 1782-1789, a lo que hay que añadir que su participación en el comercio colonial americano aumentó de manera perceptible. [1] Pero el hecho de que los españoles siguieran controlando las exportaciones y las importaciones seguía desalentando a los grandes terratenientes, que lanzaron una campaña en contra de lo que ellos llamaron en 1797 «el espíritu de monopolio de que están animados, aquel mismo bajo el cual ha estado encadenada, ha gemido y gime tristemente esta provincia». [2] La partida de la Compañía de Caracas dejó el camino despejado para una nueva generación de comerciantes españoles que operaban en un mercado abierto, pero seguían disfrutando de la protección del monopolio colonial de España, lo que los enfrentó a los hacendados locales. Además, la economía venezolana sufrió el impacto de las guerras europeas que abrumaban a España y que dejaron al descubierto de forma patente los defectos del monopolio colonial: la escasez y el alto costo de las manufacturas importadas y las dificultades para hacer llegar los productos de las colonias a los mercados extranjeros.

Desde 1796, las guerras entre Francia y Gran Bretaña habían condenado a España a ser un satélite de la primera. Con la Península obligada a subsidiar a su vecino imperial y a sacrificar sus propios intereses, el comercio colonial fue la primera víctima de la nueva situación, y las arcas del Imperio disminuyeron de inmediato. La marina británica bloqueó Cádiz e interrumpió la ruta transatlántica. El 18 de noviembre de 1797, España permitió a través de un decreto que los países neutrales comerciaran con Hispanoamérica para garantizar el abastecimiento de los mercados coloniales y conseguir al menos algunos beneficios. El decreto sería revocado dieciocho meses después, pero la medida no fue tenida en cuenta y las embarcaciones neutrales continuaron comerciando con las colonias cuando las naves españolas simplemente no podían cruzar el Atlántico. Los grupos de interés dominantes en Venezuela

respondieron de maneras muy diferentes a la crisis. Los funcionarios coloniales estaban alarmados por la pérdida de ingresos, los comerciantes por la reducción de su monopolio, los hacendados por el impacto del conflicto en sus exportaciones. [3] Las voces de disconformidad se sumaron a los problemas políticos de España. Después de un breve respiro durante la paz de Amiens (1802-1803), la reanudación de la guerra con Gran Bretaña aceleró el declive del comercio imperial. Una serie de reveses navales, que culminaron en Trafalgar, privaron a España de su flota atlántica y la aislaron todavía más de las Américas. España estaba sometida a distintas presiones. Sus políticas debían hacer frente a las exigencias del gobierno central, que dependía de los ingresos de las colonias, a las de los exportadores peninsulares, que querían el monopolio del mercado, y las de las colonias, a las que les preocupaba mantener el comercio y garantizar la llegada de suministros. Para satisfacer tantos intereses como fuera posible, el gobierno autorizó de nuevo el comercio neutral y, desde 1805, la navegación neutral dominó el Atlántico español. El futuro de España como potencia imperial pendía de un hilo. La Península habían perdido el monopolio económico y su recuperación era imposible. Lo único que conservaba era el control político de las colonias, pero éste también se encontraba sometido a una tensión creciente.

A medida que las noticias sobre la Revolución Francesa se difundieron por Hispanoamérica, lo ocurrido despertó el interés de unos, asustó a otros y se convirtió en una amenaza para quienes defendían el orden tradicional. La revuelta de esclavos que aconteció en Coro en 1795 proclamó «la ley de los franceses». Desde 1776, la marina británica había cortado las rutas de comercio entre Venezuela y España; en febrero de 1797 los británicos tomaron Trinidad. Ese mismo año tuvo lugar la conspiración de Gual y España, que ya hemos tenido ocasión de mencionar, una protesta de carácter social que reclamaba al mismo tiempo igualdad y libertad. La sensación de crisis iba en aumento, y la gente lo sintió en sus bolsillos a medida que el gasto en defensa crecía y, con él, los impuestos. El hecho de que España entrara de nuevo en guerra con Gran Bretaña desde 1805 revivió la depresión económica de la década de 1790. Venezuela se vio sacudida por dos intentos de invasión, en abril y agosto de 1806, cuando Miranda, con la

connivencia de las autoridades de la marina británica en el Caribe, intentó revolucionar la colonia. Las defensas se mantuvieron firmes, pero en un momento de depresión económica, cuando el país atravesaba además una serie de sequías devastadoras, se renovaron las exigencias fiscales por parte de la Península. La respuesta de España al bloqueo británico había sido reabrir el comercio, a los países neutrales y vender licencias a los comerciantes extranjeros para que negociaran con sus colonias, sin embargo, estas medidas no consiguieron reactivar las exportaciones y garantizar la llegada de importaciones vitales. Los impuestos y los cambios en las políticas producían desconcierto entre los comerciantes de las colonias. Con todo, pese a las penalidades causadas por la guerra y la inconstancia de las políticas peninsulares, que oscilaban de la liberalización a las restricciones comerciales, ni los principales hacendados ni los líderes comerciales locales respondieron a la invasión de Miranda, e incluso celebraron la derrota de ese «monstruo abominable», derrota en la que ellos mismos habían participado aportando hombres y dinero. Atrapados en una crisis de autoridad, no hicieron ningún movimiento que supusiera un desafío a la autoridad. A partir de 1808, cuando el cambio de alianzas en Europa puso fin a la guerra marítima con Gran Bretaña y el volumen de las exportaciones aumentó, las perspectivas económicas de Venezuela parecieron más favorables. Sin embargo, ¿tenía eso alguna importancia mientras la colonia tuviera que ajustarse a las reglas del comercio imperial, evitar a los comerciantes extranjeros y enviar a España enormes remesas de dinero? La aristocracia venezolana vivía en un mundo de ensueño, pero el sueño estaba a punto de terminar.

El realismo prevaleció cuando los criollos se percataron de que ellos mismos podían ser mejores guardianes de la estructura social vigente de lo que lo era la metrópoli. Las élites coloniales estaban más preocupadas por la presencia hostil de los pardos, los negros y los esclavos, ese «volcán a nuestros pies», como lo describiría luego Bolívar, que por el precio del cacao y la disminución del consumo. [4] Sin el trabajo de los esclavos no habría cacao, sin una mano de obra servil no habría comodidades. Había violencia en Coro, conspiraciones en La Guaira y bandolerismo en los llanos; todos estos movimientos tenían connotaciones raciales, suponían una

amenaza para la vida y la propiedad y alimentaban el fantasma del poder de los negros. Las protestas sociales de las clases bajas atemorizaban a las élites venezolanas, que se escondían bajo el caparazón del Estado colonial. Pero si el Estado colonial en sí mismo era inestable, ¿podían acaso aspirar a encontrar seguridad fuera de él?

1808, EL AÑO CRÍTICO

El equilibrio entre la obediencia y la disensión, que no se había visto perturbado por la depresión económica o los agravios infligidos a la colonia, terminaría cediendo al impacto de los sucesos que tuvieron lugar en la metrópoli. Cuando los pueblos de la Venezuela colonial conocieron el colapso del Estado y la lucha de intereses por el poder que se libraba en el corazón del Imperio español, decidieron también actuar, mientras españoles y criollos interpretaban los acontecimientos y decidían cómo reaccionar a ellos.

En 1807-1808, Napoleón decidió acabar con los últimos jirones de la independencia española e invadió la península Ibérica. El gobierno estaba dividido, dedicado a actuar contra sí mismo, y el país estaba indefenso frente al ataque. En marzo de 1808 tuvo lugar el motín de Aranjuez, una revuelta que enmascaraba la oposición de la aristocracia al Estado borbónico y que forzó a Carlos IV a destituir a Godoy y a abdicar a favor de su hijo, Fernando. No obstante, fueron los franceses quienes salieron ganando. Ocuparon Madrid, y Napoleón invitó a Carlos y a Fernando a reunirse con él en Bayona para discutir la situación. Allí, el 10 de mayo de 1808, obliga a los dos a abdicar y, un mes después, proclama a su hermano José rey de España y de las Indias. Las predicciones de Bolívar se estaban haciendo realidad.

En España, el pueblo comenzó a luchar por su independencia y los liberales a planear una constitución. Las juntas provinciales organizaron la resistencia contra los franceses. Se enviaron diputados a Inglaterra para obtener la paz y forjar una alianza. En septiembre de 1808 se formó una junta central invocando el nombre del rey y, en enero de 1809, en Sevilla, se promulgó un decreto en el que se afirmaba que los dominios de España en

América no eran colonias, sino parte integral de la monarquía española con derechos de representación. Sin embargo, cuando las fuerzas francesas entraron en Andalucía, la junta quedó arrinconada y en enero de 1810 se disolvió y dio paso a una regencia de cinco personas con el encargo de convocar unas cortes en las que estuvieran representadas tanto España como América. Los liberales españoles no eran menos imperialistas que los conservadores españoles. Las cortes de Cádiz dieron origen a la constitución de 1812, en la que se declaraba que España y América eran una única nación. No obstante, aunque se otorgó representación a los americanos, se les negó una representación igualitaria y, si bien se les prometieron reformas, se les negó la libertad de comercio que querían.

¿Qué significado tuvieron estos acontecimientos para Hispanoamérica? Los dos años que siguieron a 1808 fueron decisivos. La conquista de España por parte de los franceses, el colapso de la España de los Borbones, el implacable imperialismo de los liberales españoles, todo ello supuso un golpe tremendo que dañó de forma irreparable las relaciones entre España y América. El espectáculo era increíble: un rey depuesto, autonomías locales que se hacían más fuertes, el territorio ocupado por un ejército extranjero. La crisis de legitimidad política confrontó a los americanos con su destino. ¿Podían ellos también conseguir lo inimaginable? No tenían a los Borbones, no querían a Napoleón, no confiaban en los liberales. ¿A quién debían obedecer? ¿Y cómo había de distribuirse el poder entre los funcionarios imperiales y las élites locales? Una vez se tomaran decisiones autónomas sobre estos asuntos, la independencia sería prácticamente inevitable.

Las primeras noticias sobre la conquista de España por parte de los franceses llegaron a Venezuela, un país sin periódicos, a comienzos de julio de 1808, cuando dos ediciones del *The Times* de Londres, correspondientes al 31 de mayo y el 1 de junio, llegaron a Caracas por cortesía del gobernador de Trinidad. Andrés Bello, por entonces funcionario al servicio de la colonia, fue quien tradujo las noticias del *The Times*, que relataban la abdicación de los Borbones y la toma del poder por parte de Napoleón. La traducción le había sido encargada por el capitán general Juan de Casas, quien se apresuró a tacharlas de «mentiras inventadas por los pérfidos

ingleses».[5] No tardaría en salir de su error. El 15 de julio llegaron a La Guaira dos embarcaciones casi simultáneamente. La primera, un bergantín francés, traía a agentes de Napoleón encargados de exigir que la colonia se sometiera a los franceses, del mismo modo en que el monarca español se había sometido. La otra era la fragata británica *Acasta* comandada por el capitán Philip Beaver, quien anunció que el pueblo español se había levantado contra los franceses y que contaba con el apoyo de Gran Bretaña. El capitán Beaver no quedó muy impresionado por el recibimiento oficial que se le ofreció y prefirió visitar las calles de Caracas para hacer preguntas y sondear la opinión pública. La capacidad de juicio del pueblo venezolano le sorprendió y comentó: «Creo poder aventurarme a decir que ellos [los criollos] son en extremo leales y apasionadamente adictos a la raza española y a la Casa de Borbón, y que, mientras haya alguna probabilidad de volver Femando VII a Madrid, permanecerán leales a la madre patria. Pero si tal cosa no sucediera pronto creo afirmar, con igual certidumbre, que se declararán independientes. Esta gente aspira, para uno u otro caso, pero particularmente en el último, a una alianza con Inglaterra».[6]

Beaver dio en el clavo. Casas, por su parte, estaba presa del pánico y no sabía qué hacer. Los funcionarios españoles temían perder sus puestos. El cabildo y la clase dominante, entre otros, querían que se reconociera a Fernando VII como el rey legítimo y se estableciera una junta, una respuesta similar a la de los españoles. ¿Y Bolívar? Los acontecimientos estaban poniendo a prueba la fortaleza de su postura en relación con la independencia absoluta. La primera reacción en Caracas previo la unión de la clase dirigente, los funcionarios y los ciudadanos de renombre en apoyo de Fernando VII y el movimiento de resistencia español, prácticamente una versión patriótica del movimiento que en la Península había conducido a la formación de una junta. Pero, mientras la burocracia colonial vacilaba y desistía de la idea de la junta, la élite criolla comenzó a reunirse y a hablar. La información de que se tramaba una conspiración republicana, evidentemente prematura, alertó a las autoridades, que arrestaron a un buen número de personas, entre ellas al capitán Manuel Matos, amigo de Bolívar, a quien se acusaba de haber tramado la conjura en la casa de campo de Bolívar cerca del río Guaire.[7] El capitán general

envió a su propio hijo para que, de manera informal, advirtiera a Bolívar de que debía evitar relacionarse con subversivos. Bolívar, quien todavía no estaba preparado para salir a primer plano, respondió que estaba ansioso por librarse de la gente que lo importunaba, «desesperado por salir de gorrones que me incomodan, yo a nadie llamo», y que al día siguiente partiría para su hacienda, inocente de cualquier fechoría. [8]

No obstante, los criollos continuaron reuniéndose en la casa de Bolívar, algunos para hacer vida social y hablar de política, otros para escuchar lo que allí se decía e informar a las autoridades. [9] Bolívar y su hermano participaban activamente en estas discusiones, aunque sus ideas eran demasiado avanzadas para el resto de sus invitados, y Simón prefería reservarse para sí mismo su postura. Había adquirido sus convicciones políticas en Europa y no estaba dispuesto a ponerlas en peligro en medio del conflicto de opiniones que entonces había en Caracas o en intentos de contemporizar con la monarquía. Sin embargo, el 24 de noviembre de 1808 la élite criolla o, de acuerdo con su propia descripción, «la mayor parte de los caballeros de esta ciudad», presentó al capitán general una petición en la que se instaba a no aceptar la jurisdicción de la junta de Sevilla en Venezuela y se le solicitaba que estableciera una junta independiente para que ejerciera la autoridad en nombre de Femando VII. [10] Los cuarenta y cinco firmantes estaban encabezados por el conde de Tovar, José Félix Ribas y Mariano Montilla, y habían sido movilizados por el español Fernández de León, un poderoso terrateniente de Maracay y futuro marqués. Éste no fue un acto revolucionario, sino más bien una forma de respuesta tradicional en defensa de la monarquía legítima por parte de los «representantes del pueblo», lo que, en este contexto, significaba prestigiosos hacendados, comerciantes, militares, clérigos y otos miembros de la élite colonial, e incluía tanto a españoles como a criollos. Sin embargo, no incluía a Bolívar. Al igual que otros de los venezolanos que en 1810 adoptarían una postura revolucionaria, el futuro Libertador se negó a firmar la petición al capitán general por considerar que no iba tan lejos como él deseaba y, tras ello, dejó Caracas para instalarse en San Mateo. [11] De este modo, Bolívar se distanció así del movimiento juntista; su meta era la independencia, y cualquier otra solución inferior a

ella le parecía un callejón sin salida.

El gobierno de Caracas le dio la razón; arrestó al marqués del Toro, al conde de San Javier y a Fernández de León, futuro marqués de Casa León, así como a Mariano Montilla, los hermanos Tovar, Pedro Palacios y José Félix Ribas, entre otros. Las autoridades reprimieron el movimiento con dureza empleando medidas de choque y practicando arrestos en medio de la noche, acciones que horrorizaron al anciano conde de Tovar, un monárquico declarado que había sido el primero en firmar la petición. En cualquier caso, aunque las sentencias de prisión y destierro fueron al final bastante indulgentes, otras tácticas fueron más insidiosas y se aprovecharon de las tensiones sociales latentes. El gobierno recurrió a la propaganda para convencer a españoles europeos de que sus vidas estaban en peligro y, al mismo tiempo, advirtió a los pardos y a las clases bajas en general, ya inquietas por las implicaciones del poder juntista, de que los criollos pretendían esclavizarlos. La idea de que la revolución era cuestión exclusiva de la élite blanca y no depararía nada bueno a las clases desfavorecidas fue un argumento que contó con el apoyo de las autoridades españolas para fomentar la resistencia negra y las revueltas de esclavos en las haciendas criollas. [12]

El régimen sobrevivió a dos intentos de deponer al nuevo capitán general de Venezuela y gobernador de Caracas, Vicente Emparán; el primero, el 14 de diciembre de 1809, y el otro, el 2 de abril de 1810. Emparan, un español ilustrado que previamente había sido gobernador de Cumaná, cargo en el que había demostrado ser un administrador eficaz, era un cúmulo de contradicciones. Partidario de Francia y Napoleón, mantenía una relación amistosa con muchos de los juntistas criollos, además de haberse sabido ganar el aprecio de los grupos de interés locales por su interpretación liberal de las leyes de comercio coloniales. Había llegado de España en mayo de 1809 en compañía de Fernando del Toro, el amigo cercano de Bolívar, y muy pronto chocó con los opositores de los juntistas, liderados por Miguel José Sanz y su yerno, el capitán Francisco Antonio Rodríguez, quienes lo denunciaron al gobierno español por deslealtad. Toro conocía la oposición que había en contra de su hermano Francisco y sus amigos, y le pidió a Bolívar que lo apoyara. Armados con sables

atravesaron Caracas hasta la casa de los Sanz para enfrentarse a Rodríguez y reprenderlo.[13] Emparan intervino, arrestó a Rodríguez y expulsó a Sanz, y el asunto terminó ahí. Pero nadie salió bien parado del altercado. Emparan se había revelado como una figura débil y partidista. Toro había reaccionado de forma exagerada. Y Bolívar no había demostrado una gran madurez de juicio. Movido por un sentido de la solidaridad más bien extravagante, se había sentido obligado a ponerse de parte de Femando por la amistad que los unía pese a estar en desacuerdo con la posición política de los Toro, y en el proceso había mostrado cierto gusto por el pavoneo. Un curioso incidente que subraya la forma en la que los ámbitos político y social se superponían en Caracas en esta época de confusión.

Los sucesos que estaban teniendo lugar en España agudizaron la crisis. Entre abril y mayo de 1809, la *Gaceta de Caracas*, el primer periódico venezolano, creado recientemente para servir de portavoz al gobierno, informó del traslado de la junta central a Sevilla, de que ésta había anunciado su intención de contar con representantes de las colonias americanas y del tratado de alianza con Gran Bretaña.[14] Los criollos, sin embargo, pronto se dieron cuenta de que ningún gobierno español accedería a garantizar a los americanos una representación igualitaria. Pero, además, ése no fue el final de la pesadilla española. La junta central se disolvió en Cádiz en febrero de 1810 en favor de una regencia. ¿Por qué razón debían los americanos aceptar estas maniobras y obedecer a dicha regencia? Todas las colonias españolas se hicieron la misma pregunta, y la respuesta condujo a la aparición de movimientos revolucionarios a lo largo y ancho del continente. Venezuela, que fue la primera en conocer las noticias, pasó a la acción el 19 de abril de 1810. El capitán general seguía negándose a colaboraren la creación de una junta autónoma, por lo que los radicales decidieron encargarse ellos mismos del asunto, un movimiento orquestado por uno de los disidentes, el canónigo de la catedral, José Joaquín Cortés Madariaga, uno de esos personajes menores que desempeñan un papel como figurantes en la historia de Bolívar. Mientras jóvenes activistas movilizaban a una muchedumbre en la plaza mayor de Caracas, el cabildo se reunió independientemente de las autoridades españolas y con la participación de revolucionarios criollos en

representación de diversos grupos de interés. Cuando Emperán se asomó al balcón del cabildo fue abucheado por la multitud y terminó cediendo. El cabildo se convirtió en el núcleo del nuevo gobierno de Venezuela, la Junta Conservadora de los Derechos de Femando VII, que se negó a reconocer la regencia en España. [15] La nueva junta depuso y deportó al capitán general, al intendente, a la mitad de los jueces de la audiencia y a los oficiales de alto rango del ejército, y sus tareas en el gobierno pasaron a manos de la clase dirigente local, no a los funcionarios de la corona a la que supuestamente eran leales. Mientras el ritmo del cambio revolucionario se aceleraba en Caracas, otras provincias fueron sumándose al movimiento, y por toda Hispanoamérica comenzaron a aparecer juntas autónomas. Bolívar, sin embargo, se mantuvo apartado en su hacienda de Yare y no participó en los acontecimientos del 19 de abril, ni en sus preliminares ni en su conclusión. Estaba convencido de que la adhesión a un rey ausente y a unas instituciones espurias en España no era el camino, y no pensaba apoyar a los que en Venezuela se tomaban en serio estas cuestiones. Para él la única alternativa seria era la independencia total.

La junta representaba a la clase dirigente criolla, pero esta clase no hablaba con una sola voz. Estaba dividida entre los conservadores, que se veían a sí mismos como los encargados de asumir las responsabilidad en ausencia del rey y salvaguardar el orden tradicional; los autonomistas, que buscaban una autonomía política dentro de la monarquía española, y los partidarios de la independencia, que eran partidarios de una ruptura absoluta con España. [16] Al comienzo, los conservadores eran el grupo predominante, y fueron ellos quienes prohibieron la entrada de Miranda, pues consideraban que el veterano revolucionario era un invasor, un revolucionario deísta y anticlerical. ¿Dónde se ubicaba ahora Bolívar? Finalmente se había establecido un gobierno patriota en el país, y estaba dando órdenes. Y aunque no fuera exactamente el tipo de gobierno que él quería, tampoco podía mantenerse al margen de forma indefinida, sin voz ni influencia. Bolívar ofreció sus servicios al nuevo gobierno en calidad de diplomático, algo que le permitiría demostrar su patriotismo sin tener que identificarse estrechamente con el nuevo régimen venezolano. La junta lo

ascendió de capitán a teniente coronel en la milicia de infantería y, en junio de 1810, lo nombró jefe de una misión a Londres con el fin de establecer contacto con el gobierno británico y buscar su apoyo, una propuesta que con anterioridad había hecho Miranda. Algunos se opusieron a su nombramiento, pues el distanciamiento de Bolívar respecto de su movimiento, que era patente, les disgustaba, y sospechaban de su buen criterio; no obstante, en vista de que las arcas estaban vacías y era él quien corría con los gastos de la misión, difícilmente podían negarse a aceptar su oferta. Así que sumaron a la delegación a un segundo comisionado, Luis López Méndez, un licenciado con experiencia administrativa que se esperaba que ejerciera alguna influencia restrictiva, y a un secretario, Andrés Bello, con lo que el grupo pasó a ser un reflejo fiel de la revolución, un aristócrata apoyado por dos profesionales de clase media. Para su transporte, el almirante sir Alexander Cochrane, comandante de la flota de barlovento británica, puso a disposición de la delegación el buque de guerra *Wellington*. La embarcación partió de La Guaira el 9 de junio y llegó a Portsmouth el 10 de julio. En Londres, los esperaba Francisco de Miranda, un hombre con un pasado agitado, soldado, político, intelectual, revolucionario, anglofilo, un exiliado ansioso por regresar a su agobiado país.

LA MISIÓN A LONDRES

Las tres grandes causas por las que Miranda luchó a lo largo de su vida pública fueron la independencia, la libertad y la unidad. En 1810, en una circular dirigida a todos los hispanoamericanos, escribió: «Mi casa en esta ciudad [Londres] es y será siempre el punto fijo para la Independencia y Libertades del Continente Colombiano». [17] Desde 1802 esa casa era el número 27 de Grafton Street (en la actualidad el número 58 de Grafton Way) y servía no sólo como residencia de Miranda, su compañera, Sarah Andrews, sus dos hijos, Leander y Francisco, así como de su secretario, Tomás Molini, y la esposa de éste, sino también como centro de recursos para los asuntos latinoamericanos. Como tal, albergaba una biblioteca, salas de reunión y las oficinas editoriales de *El Colombiano*. Y ahora, en el verano de 1810, iba a convertirse, de

hecho, en la sede principal de los delegados llegados de Venezuela. La junta les había advertido de que debían tener cuidado con Miranda, de quien muchos criollos sospechaban por considerarle un revolucionario francés extremista, pero en cualquier caso lo cierto es que no habrían podido hacer nada sin él. Según López Méndez, la delegación llegó a Londres perdida y desorientada, y fue Miranda quien los rescató del olvido:

> La única persona a quien podíamos consultar con franqueza, nos sería fácil adquirir los conocimientos preliminares que necesitábamos, y que aquel compatriota nuestro, por sus largos viajes y experiencia, por sus antiguas conexiones con este gabinete, y por su notorio interés en favor de América, se hallaba en estado de damos con más extensión y fidelidad que ninguna persona. Ni sus enemigos se han atrevido a negarle una superioridad extraordinaria de luces, experiencia y talentos. ¡Con qué oficiosidad le hemos visto dispuesto a servirnos con sus luces, con sus libros, con sus facultades, con sus conexiones! **[18]**

Andrés Bello estaba igualmente impresionado: «Aquel proscrito formidable personificaba en sí la revolución hispanoamericana. Había cumplido sesenta años. No obstante, como si estuviera en la flor de la edad y de las ilusiones, persistía en los propósitos de promover la independencia de la América española y en las esperanzas de ver satisfecho este anhelo». **[19]** Bolívar, según O'Leary, que sin duda estaba ansioso por dar el mejor brillo posible a las relaciones de su héroe con Miranda, «desde hacía mucho tiempo reconocía en él, no sólo gran pericia militar, sino que tenía el más profundo respeto por el veterano que había sido el primero en intentar sustraer a Venezuela de la opresión. Bolívar creía que … había descubierto en Miranda el hombre cuyo feliz destino le guardaba la gloria de realizar el espléndido proyecto de emancipar la América del Sur». Bolívar instó a Miranda a que regresara a Venezuela para servir a la causa por la que «ya había sufrido tanto». **[20]**

De inmediato. Miranda se dedicó por completo a acordar encuentros y entrevistas para los delegados de la junta venezolana, a los que además instruyó sobre los argumentos apropiados. Les presentó a sus amigos y contactos, incluyendo a Nicholas Vansittart,

el duque de Cumberland, el duque de Gloucester y el recién llegado Blanco White, y los llevó a las casas de Samuel Enderby, John Turnbull y William Wilberforce, adonde en una ocasión llegaron mientras la familia estaba rezando y tuvieron que esperar un tiempo. [21] Miranda puso a Bolívar en contacto con importantes instituciones, como la escuela de Joseph Lancaster en Borough Road, y además llevó al grupo a conocer las atracciones turísticas de Londres: Greenwich, Richmond. Kew Gardens y Hampton Court. Otras veces, Bolívar salió a pasear solo por Londres desde su alojamiento en Duke Street. En una ocasión lo echaron de un burdel cuando una de las mujeres lo tomó por un homosexual que pedía servicios que no estaban dentro de los ofrecidos. Cuando él intentó calmarla con billetes ella los lanzó a la chimenea y alborotó al resto de la casa: «Pero ven Vdes. lo célebre de la escena, yo no hablaba inglés y la p … no decía una palabra en castellano: se imaginó o fingió que yo era algún griego pederasta, y sobre esto empezó su escándalo que me hizo salir más aprisa de lo que había entrado». [22]

Bolívar encontró en las ideas de Miranda la confirmación de sus argumentos sobre la necesidad de la independencia absoluta, y la independencia, más que la lealtad a Fernando, fue el orden del día que Miranda les impulsó a buscar en sus negociaciones, en contra de las instrucciones que la junta había dado a Bolívar y compañía. Por desgracia, la búsqueda del respaldo británico era una causa perdida y los venezolanos no lograron impresionar al ministro de Asuntos Exteriores, el marqués de Wellesley. Miranda se sabía de memoria la escena.

Las instrucciones de la misión señalaban que los delegados no viajaban a Londres a afirmar la independencia de Venezuela, sino a explicar que el país se había visto obligado a no reconocer a las autoridades españolas debido a que éstas carecían de legitimidad constitucional y que, como en España, todas las provincias americanas de la monarquía tenían derecho a formar una junta. Venezuela únicamente buscaría la protección de Gran Bretaña para defender su independencia, si la causa española fracasaba en la Península. Los venezolanos estaban preparados para defender los derechos de Fernando VII, pero no estaban dispuestos a aceptar las medidas de la regencia. Por último, se encargaba a los delegados

que buscaran facilidades para la compra de armas, solicitaran protección para el comercio e intentaran conseguir el reconocimiento de las autoridades británicas en el Caribe.

Gran Bretaña se encontraba entonces en una posición difícil: la guerra en la Península atravesaba una etapa crítica y Wellesley no iba a arriesgarse a ofender a España reconociendo al nuevo gobierno venezolano. Sin embargo, tampoco quería desairar a éste último negándose a recibir a la misión, pues era probable que el país se independizara pronto de España y, por lo demás, las autoridades británicas en el Caribe ya estaban negociando con la junta independiente. En cualquier caso, había muchas ventajas comerciales en juego. El Foreign Office, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, consideró que «usando su vínculo de lealtad a Femando, Inglaterra puede ayudar a España a conservar sus colonias y no obstante forzarla a cambiar su sistema comercial». [23] Por lo tanto, Wellesley decidió recibir a los venezolanos no de forma oficial, sino privada, en su residencia; de ahí que los encuentros tuvieran lugar en Apsley House. Las conversaciones se desarrollaron en francés, idioma que Bolívar hablaba con fluidez. [24]

En la primera reunión, que tuvo lugar el 16 de julio, Wellesley, cuya actitud fue estrictamente formal, señaló que la actuación del gobierno de Caracas era inoportuna, pues se basaba en la premisa falsa de que España estaba perdida, mientras que, en realidad, su causa era más favorable que nunca. Por lo tanto, tenía que preguntar a los delegados si la actuación del gobierno de Caracas era consecuencia de los abusos cometidos por la administración colonial, abusos que podían ser corregidos, o si, en cambio, la provincia había decidido romper definitivamente con España y establecer un Estado independiente. Bolívar, como jefe de la misión venezolana, asumió la tarea de defender su posición. Y en contraste con el ministro inglés, habló con fuerza y apasionadamente. Repasó lo ocurrido en Venezuela desde julio de 1808, describió la posición pro francesa de las autoridades y su negativa a la conformación de una junta de ciudadanos ilustres, y subrayó que la ocupación francesa de Andalucía era lo que había precipitado la decisión de los venezolanos de disolver la administración española y poner la autoridad en manos de los ciudadanos. La posición de su país en el

conflicto debía quedar clara: fieles a Femando VII, los venezolanos consideraban la regencia ilegal e inaceptable. Wellesley, sin embargo, insistió en el hecho de que rechazar la regencia equivalía a declararse independientes; cualquier provincia podría hacer lo mismo, lo que significaría la desintegración definitiva del Imperio español y el triunfo de Francia en la Península. Gran Bretaña pensaba que esta opción era incompatible con su alianza con España.

Bolívar no había terminado. Negó que la desautorización de ¡a regencia fuera un hecho crítico para el caso, pues Venezuela estaba preparada para continuar ayudando a los patriotas españoles a defender su causa de la mejor forma posible, algo que era muy fácil de demostrar. Wellesley evidenció entonces su desconocimiento sobre las prácticas de la España colonial: sostuvo que, aunque las instrucciones de los delegados los mandaban actuar en concordancia con las leyes fundamentales de la monarquía, la revolución venezolana ya había quebrantado una de esas leyes fundamentales al expulsar a los funcionarios españoles, pues la ley estipulaba que en las colonias toda la autoridad correspondía a los peninsulares. López Méndez lo corrigió: no existía ninguna ley de ese tipo. Wellesley volvió a la carga con otro argumento puramente legalista. La base de cualquier gobierno era una autoridad central que uniera a todas las partes bajo una obediencia común, y cualquiera que intentara dañar al poder central estaba poniendo en peligro la constitución; algo así sólo podía justificarse apelando a los principios de los derechos del hombre, que eran los que habían propiciado la Revolución Francesa, una alternativa que ahora estaba completamente desacreditada. La dependencia de España, señaló, no sería más que un asunto nominal mientras ellos se negaran a reconocer al gobierno español; lo que Caracas debía hacer era reconocer a un gobierno colonial reformado.

Los delegados volvieron a intentarlo siguiendo otra línea de argumentación. Afirmaron que la independencia que había conseguido Venezuela era resultado de unas circunstancias especiales y estaba diseñada para proteger a la provincia del peligro que representaban Francia y sus aliados en Caracas. La provincia deseaba continuar unida a España mientras ésta continuara ofreciendo resistencia a los franceses, pero sus instrucciones no les

permitían considerar ningún tipo de acuerdo con la regencia. Los venezolanos preferirían morir ante que tener que someterse a un poder ilegítimo. En este sentido, lo único que podían hacer era agradecer al ministro la atención que les había prestado y transmitir sus sugerencias al gobierno de Caracas. Los delegados no dejaron de recordarle a Wellesley los beneficios que reportaría a Gran Bretaña su apoyo a la junta de Caracas, algo que además de proporcionarle nuevos mercados aumentaría su popularidad en toda Hispanoamérica. Eso era cierto, concedió el político, pero no era tan importante como la independencia de España, que era vital para la libertad de Europa y los intereses permanentes de Gran Bretaña. A lo que Bolívar replicó que no tener en cuenta los intereses de las colonias y pretender ignorar los nuevos acuerdos que reclamaban era esperar demasiado de ellas; Wellesley conocía mejor que nadie los vicios de la administración colonial. El ministro reconoció que la junta central había sido corrupta e ineficiente, pero anotó que tenía grandes esperanzas en el consejo de regencia. Bolívar concluyó señalando que Venezuela era una parte muy pequeña del Imperio español para que sus acciones tuvieran un efecto significativo en la guerra que se estaba librando en España.

Esgrimiendo una sonrisa, Wellesley felicitó a Bolívar por la pasión con la que defendía la causa de su país, a lo que éste contestó que el ministro defendía todavía con mayor pasión los intereses de España. La réplica no quedó sin respuesta; Wellesley siempre había buscado, en público y en privado, el bienestar de las colonias españolas, hasta el punto de haber ofendido al anterior gobierno español. La conversación continuó de forma animada sin que se produjeran nuevos roces. Al terminar el encuentro el ministro expresó cuánto le complacía que Caracas hubiera decidido acercarse al gobierno británico y pidió a los delegados que transmitieran sus mayores respetos al gobierno venezolano. Por último, los despidió cordialmente y les invitó a un nuevo encuentro dos días después, el jueves 19 de julio.

Las conversaciones e intercambios de cumplidos posteriores no consiguieron superar el punto muerto al que se había llegado en este primer encuentro, y los venezolanos tuvieron que conformarse con expresiones informales de amistad y la promesa de que Gran Bretaña protegería a las colonias de Francia. Las señales de

reconocimiento que habían solicitado no se producirían y tampoco obtendrían permiso específico para comprar armas. Los venezolanos intentaron tranquilizar y convencer al Foreign Office de que no representaban a un movimiento extremista: «Los diputados dicen que hay poca expresión de sentimiento popular en la revolución, que la gente de todas las castas, sumida en la total ignorancia, es fácil de dirigir».[25] Discutir con Wellesley era una pérdida de tiempo. Las negociaciones dejan la clara impresión de que el marqués estaba simplemente dando largas a los venezolanos y de que Gran Bretaña estaba más interesada en apaciguar al gobierno español que en influir sobre el venezolano. Bolívar quizá halló cierta satisfacción en el hecho de que, si bien el gobierno británico no aprobaba la actuación de Venezuela, tampoco manifestó su desacuerdo ni hizo nada en contra del gobierno de Caracas. Los británicos incluso habían acogido favorablemente la petición de que Gran Bretaña instruyera a los comandantes de sus flotas y colonias en las Indias Occidentales para promover los lazos de amistad y las relaciones comerciales entre los súbditos británicos y los venezolanos, y para preservar la neutralidad de la marina británica.[26] Andrés Bello consideró el resultado tan satisfactorio como cabía esperar dadas las circunstancias. Y además Gran Bretaña permitió que dos de los delegados venezolanos, López Méndez y Bello, permanecieran en Londres, donde continuaron trabajando para Venezuela: López Méndez se encargaría de reunir tropas para el ejército de Bolívar; Andrés Bello se dedicaría a escribir para Hispanoamérica.

Las conversaciones en Apsley House, nada concluyentes para Venezuela, supusieron una lección para Bolívar. En etapas previas de su vida había buscado, encontrado y definido sus objetivos políticos. Pero decidir que la meta era la independencia no era suficiente. Para conseguirla tenía que adquirir las destrezas sociales y la talla política necesarias. La misión a Londres fue su primer viaje por motivos políticos: después de un período en el que se había dedicado a trabajar en las plantaciones junto a sus esclavos y a mantener discusiones frustrantes con sus amigos, había dejado su pequeño rincón del mundo hispánico para intercambiar choques verbales con el ministro de Asuntos Exteriores británico en la capital inglesa, el corazón del Imperio británico. Estatura política,

eso fue lo primero que ganó gracias a su experiencia en Londres. Un segundo logro fue que tuvo una ocasión práctica de demostrar su elocuencia. El estilo de Bolívar salió reforzado de esos intercambios. No estaba hecho para los debates tranquilos y serenos, prefería las exposiciones enérgicas y apasionadas, en las que perseguía su meta de forma inexorable como un cazador tras la presa, siempre planteando su posición. Wellesley quedó lo bastante impresionado para felicitarlo por su ardor. Y su fervor no se impuso a la diplomacia: los venezolanos no aludieron ni una sola vez a la experiencia británica en la independencia de Estados Unidos. Bolívar no dudó en asumir la responsabilidad de exponer y defender las ideas de los venezolanos y no vaciló como jefe de la misión. La experiencia de Londres marcó un hito en su vida política, y le permitió ganar confianza e ímpetu. Regresó a Venezuela convertido en un líder a la espera.

Bolívar partió de Inglaterra el 22 de septiembre de 1810 a bordo del *Sapphire*, un buque de la marina real, y desembarcó en La Guaira el 5 de diciembre. Miranda también quería tomar ese mismo barco e incluso llegó a subir a bordo su equipaje y sesenta y tres volúmenes de documentos. Le había pedido a Wellesley autorización para marcharse, pero dadas las circunstancias el gobierno británico prefirió no provocar aún más a los españoles enviando a un revolucionario a las colonias, y la embarcación zarpó sin él. Finalmente, el 3 de octubre, Miranda informó a Wellesley de que estaba decidido a viajar a Venezuela como fuera y el día 10 del mismo mes partió en compañía de Molini, pero no de su familia, a bordo de un buque correo que llegó a La Guaira el 11 de diciembre. Bolívar había allanado el camino para el regreso del Precursor. Había despejado los prejuicios personales, sociales y políticos que la élite criolla albergaba respecto a Miranda y había ayudado a preparar a la opinión pública para que lo aceptara, no sólo como un apoyo más para la causa, sino como un líder. Bolívar acudió a La Guaira a recibirlo, junto con otros criollos, y organizó una bienvenida en Caracas. La acogida de los venezolanos no fue la que había imaginado. El Precursor esperaba ser tratado como un líder. Pero muchos de sus compatriotas lo veían como a un extranjero, y muchos revolucionarios consideraban que ya era demasiado viejo. De hecho, entonces Miranda tenía sesenta años. El cronista José

Domingo Díaz, un partidario de la causa realista, difícilmente pudo contener su indignación:

> «Yo los vi entrar como en triunfo, recibirle como un don del cielo y fundarse en él la esperanza de los altamente demagogos. Tendría entonces como sesenta y cinco años de edad, de un aspecto grave, de una locuacidad incansable, siempre expresivo con la hez del pueblo, siempre dispuesto a sostener sus pretensiones. Los jóvenes más turbulentos le miraron como al hombre de la sabiduría y al solo capaz de dirigir el gobierno; mientras que los más moderados y de ideas menos tumultuarias comenzaron a ver en él un ser peligroso y capaz de precipitar el Estado». [27]

Independencia, declarada y destruida

La primera legislación de la junta fue un modelo de aplicación de la concepción liberal del interés personal: abolió los impuestos de exportación y la alcabala en los productos de consumo esenciales; decretó la libertad de comercio; terminó con el tributo indígena y proscribió la trata de esclavos (aunque no la esclavitud). La audiencia colonial fue sustituida por un tribunal de apelaciones, presidido por el marqués de Casa León. A continuación se convocaron elecciones en todas las ciudades bajo su dominio y se restringió el derecho al sufragio a los adultos (la edad mínima era de veinticinco años) que contaran por lo menos con dos mil pesos en bienes muebles. El congreso nacional se reunió el 2 de marzo de 1811. Estaba conformado por treinta y un diputados provenientes de siete provincias, todos de familias terratenientes, y la mayoría era favorable a la posición «autonomista» y a los derechos de Fernando VII. El congreso remplazó la junta por un nuevo ejecutivo formado por tres miembros rotativos, un concejo consultivo y un tribunal supremo. El colapso de las instituciones coloniales también hizo que se cuestionara la estructura de castas colonial. El sistema de castas generaba tensiones entre los distintos grupos, tensiones que amenazaban con destruir el orden tradicional en un holocausto de violencia socio-racial. Los pardos advirtieron las nuevas oportunidades que ofrecía la situación: participaron en «asambleas populares» vinculadas a las primeras etapas de la revolución

(encuentros que los criollos aborrecían) y utilizaron la revolución para promover su causa, con lo que lograron penetrar en varios bastiones de los privilegiados, especialmente en el ejército. La élite, con preocupación y alarma, no tardó en darse cuenta de lo que ocurría.

Así como en Londres Bolívar había contado con la colaboración de Miranda, Miranda contó en Caracas con el apoyo de Bolívar. El Precursor obtuvo con rapidez una circunscripción electoral cuando se acordó que fuera elegido para el congreso como representante de Pao, una provincia de menor importancia. Los dos eran los líderes de un pequeño grupo radical que promovía la independencia absoluta. Actuaban desde dentro de la Sociedad Patriótica, una organización fundada en agosto de 1810 para «el desarrollo de la agricultura y la ganadería», pero que pronto se transformó, bajo el ímpetu de Bolívar, en un club político y en un grupo de presión independentista que defendía, tanto en el ámbito político como en el militar, la adopción de unas medidas más audaces y que controlaba la *Gaceta de Caracas*, a la que usaba para promover sus ideas. En comparación con estos activistas, los moderados parecían aficionados. El abogado liberal Juan Germán Roscio, sin embargo, estaba convencido de que los radicales de la Sociedad Patriótica eran críticos superficiales con ideas improvisadas; en su opinión, mientras Miranda perseguía objetivos extremistas, otras personas más serias estaban encargándose de la tarea de gobernar. [28] En la elección de sus miembros, la Sociedad Patriótica era un grupo casi tan exclusivo como el congreso, si bien los criollos tuvieron un gesto democrático al permitir que algunos pardos asistieran a sus reuniones. Y de hecho los radicales también se preocupaban ante todo por la promoción de los intereses criollos, y no en menor medida que los conservadores, pero a diferencia de éstos, los primeros creían que la mejor forma de hacerlo era a través de la independencia absoluta.

Fue Bolívar, cuya personalidad fuerte, energía y ademanes imperiosos lo hacían destacar en cualquier grupo, quien lideró la proclamación de estas ideas en el congreso en la sesión del 4 de julio de 1811, con una voz penetrante que encajaba con el vigor de sus palabras: «La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación; pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro

de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana. Vacilar es perdernos». [29] Se trataba sin duda de un llamamiento seductor. La independencia se declaró el 5 de julio y, en medio de una cierta resistencia y represión, nació la primera república venezolana. [30] Miranda desveló los colores de la bandera: amarillo, azul y rojo. José Domingo Díaz no dejó de expresar su disgusto. Y la euforia de Bolívar se vio luego atenuada por la trágica pérdida de su hermano, Juan Vicente, que no vivió para ver la nueva república. Había sido enviado a Estados Unidos en una misión similar a la que había llevado a su hermano menor a Inglaterra, y murió en agosto de 1811 durante el viaje de regreso, cuando su barco se hundió en las Bermudas debido a una tormenta. La república tuvo sus enemigos así como sus mártires. Hubo una serie de brotes en 1811 y, el 11 de julio, un grupo de sesenta canarios protagonizó una revuelta en Los Teques. Dado que tenían pocas armas y estaban mal organizados, pudieron ser reprimidos con facilidad, pero pese a ello la república ejecutó a dieciséis de los rebeldes y exhibió sus cabezas en Caracas. El piadoso Roscio estuvo de acuerdo con las ejecuciones, tanto con las de Caracas como con las que tuvieron lugar en Valencia: «Sin esta sangre derramada nuestro sistema sería vacilante y nuestra independencia no quedaría bien establecida». [31]

El concepto criollo de la nueva sociedad se reveló en la constitución de diciembre de 1811, un documento fuertemente influido por la constitución estadounidense, con alguna muestra de respeto ocasional por la Declaración de los Derechos del Hombre francesa. Sus autores, Juan Germán Roscio y Francisco Iznardi, también realizaron algunas concesiones a las fuerzas regionales: apenas Caracas declaró su independencia de España, las provincias comenzaron a exigir derechos de Caracas, y el documento permitía varios grados de autonomía, lo que horrorizó a Bolívar. La constitución proponía un poder ejecutivo débil y defendía una concepción jerárquica de los valores sociales. [32] Estos habían sido anunciados previamente por el congreso en su declaración de los Derechos del Pueblo (1 de julio de 1811): «Los ciudadanos se dividirán en dos clases: unos con derecho a sufragio, otros sin él … Los que no tienen derecho a sufragio son los transeúntes, los que no tengan la propiedad que establece la Constitución, y éstos gozarán

de los beneficios de la ley, sin tomar parte en su institución». [33] La élite establecía así los límites de la libertad y la igualdad.

La junta suprema ya había decretado (el 25 de junio de 1811) que los batallones de milicias de blancos y negros debían mantenerse separados, y que los dos oficiales superiores de la milicia de negros tenían que ser blancos; y al igual que había sido costumbre durante la colonia, a los oficiales de la milicia de negros se les pagaba menos. Más tarde, el gobierno republicano llamó a los ciudadanos a las armas mediante un decreto (13 de julio de 1811) en el que la segregación racial seguía manteniéndose: los ciudadanos debían reunirse para el alistamiento «en la plaza de Trinidad … los blancos se formarán frente a la iglesia; los pardos a la parte del este y los morenos a la del sur … Los esclavos estarán a los órdenes de sus amos dentro de sus mismas casas, sin separarse de ellas hasta que el gobierno ordene». [34] La constitución, es cierto, establecía «la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad». Y era igualitaria en el sentido de que abolía todos los fueros (privilegios corporativos) y todas las expresiones legales de discriminación socio-racial: «Quedan revocadas y anuladas en todas sus partes las leyes antiguas que imponían degradación civil a una parte de la población libre de Venezuela, conocida hasta ahora bajo la denominación de *pardos».* [35] Sin embargo, la desigualdad legal fue reemplazada por una desigualdad real basada en el sufragio, que limitaba el derecho al voto y, por ende, la ciudadanía plena a los propietarios. Para los pardos, por consiguiente, la igualdad constitucional eran una igualdad ilusoria. Y los esclavos siguieron siendo esclavos. La constitución confirmó la supresión de la trata de esclavos, pero mantuvo la esclavitud. Los nuevos gobernantes, de hecho, establecieron la creación de unas «patrullas o guardias nacionales para la aprehensión de esclavos fugitivos, los cuales, visitando y examinando con frecuencia los repartimientos, haciendas, montes y valles, harán que se guarde el debido orden en esta parte de nuestra población destinada a la cultura de las tierras, embarazando que se separen de ella por capricho, desaplicación, vicios u otros motivos perjudiciales a la tranquilidad y a la verdadera riqueza del país». [36] El mensaje de los criollos era inequívoco, y llegó pronto a los negros y a los pardos. La imposibilidad de votar y las barreras sociales les hicieron desconfiar

de las políticas de los republicanos, lo que les llevó a buscar otros modos de promover su causa.

La independencia despertó y, al mismo tiempo, frustró muchas esperanzas. Y los negros tuvieron que hacer su propia revolución, esa «insurrección de otra especie», como la describió un funcionario español. Los realistas se apresuraron a sacar provecho de esta situación. El arzobispo de Caracas dio instrucciones al clero en las zonas de plantaciones para que se predicara a los esclavos las ventajas que tenía el gobierno español en comparación con el dominio de los terratenientes.[37] Agentes realistas se desplazaron a las regiones costeras para provocar y respaldar la insurrección de los negros. Los líderes criollos como Bolívar contemplaron horrorizados «la revolución de los negros, libres y esclavos, provocada, auxiliada y sostenida por los emisarios de Monteverde. Esta gente inhumana y atroz, cebándose en la sangre y bienes de los patriotas … cometieron en aquellos valles, y especialmente en el pueblo de Guatire los más horrendos asesinatos, robos, violencias y devastaciones»[38] Los esclavos, por supuesto, eran producto de la sociedad que los había comprado y criado: parecían luchar menos por la libertad que por esclavizar a sus amos, y se dedicaron, alternativamente, a masacrar a los blancos y a destruir sus propiedades. Este recrudecimiento de la violencia racial hizo que la causa abolicionista se granjeara la antipatía de la mayoría de los criollos, y que muchos de ellos se distanciaran de la causa de la independencia. Las filas de los realistas comenzaron a crecer. Estos no dejaron de advertir, por ejemplo, que el ejército de Miranda, que había sido el encargado de someter a los pardos alzados en Valencia, estaba formado por blancos prácticamente en su totalidad; así que les pareció evidente que había que armar a los pardos, lo que sentó un precedente significativo. Los pardos también encontraron cabida en el bando realista bajo los caudillos «populares». En junio de 1812, un violento levantamiento de pardos y esclavos en los valles del Tuy, al oriente de Caracas, hizo que los republicanos perdieran a muchos de sus partidarios, que prefirieron rendirse a Monteverde que seguir con Miranda.

Una guerra contra España y contra la naturaleza

La primera república la estableció y la controló la élite criolla de Caracas. No todas las provincias la aceptaron, y tampoco los sectores populares, pues unas y otros se sentían excluidos de la toma de decisiones. Guyana, Maracaibo y Coro, que contaban con importantes oligarquías regionales, se mantuvieron apartadas. Lo mismo hicieron los pardos, los negros y los canarios. Pero estos elementos dispares necesitaban una dirección fuerte si pretendían actuar juntos. Desde las bases de Puerto Rico y Santo Domingo. España podía emprender operaciones navales y militares combinadas para reforzar a sus partidarios. Una de estas operaciones estuvo comandada por Domingo de Monteverde y Ribas, un canario descendiente de una familia rica y noble pero que tenía numerosos contactos entre los criollos canarios y los blancos pobres, cuyo resentimiento con las élites venezolanas compartía. Monteverde, un capitán naval y caudillo por naturaleza, convirtió Coro en la base de la contrarrevolución, y allí reclutó para su causa a los sacerdotes y al pueblo.

Para Bolívar, la incapacidad de la primera república para declarar a Coro territorio insurgente y organizar un ataque de la ciudad por tierra y por mar fue un fallo de estrategia fundamental, y siempre lo mencionó como un ejemplo de la funesta moderación hacia el enemigo español que socavó la causa republicana. Fue en Coro donde todo empezó a venirse abajo. Aunque insignificante en sí misma, la ciudad se convirtió en la fuente de la contrarrevolución en el occidente del país, que al final terminaría avanzando hasta Caracas sin oposición. [39] Los canarios, herederos de los señores coloniales, veían con resentimiento el predominio y la exclusividad de la oligarquía republicana y se convirtieron en la columna vertebral de la reacción realista. Monteverde los recompensó de inmediato, así como a sus compañeros de la marina, a quienes colocó en altos cargos, tanto en la administración como en el ejército. Monteverde, de hecho, se comportó más como un prototipo de caudillo que como un representante del rey. Privilegió a sus compatriotas, los canarios, y éstos se convirtieron en la principal base de su poder. Con el tiempo, Bolívar pasaría a considerarlos un objetivo específico.

Los republicanos, por tanto, descubrieron que se enfrentaban a un enemigo decidido y acaso más unido que lo que estaban ellos

mismos. La resistencia en Valencia representaba un serio desafío, y el líder militar de la república, el marqués del Toro, fue incapaz de aplastarla. Se recurrió entonces a Miranda para que aportara un enfoque más profesional. Por esa época, el Precursor parecía decidido a restar importancia a Bolívar, a quien describía como «un joven peligroso», y le impidió marchar con la milicia de Aragua. [40] Desde su regreso a Caracas las relaciones entre ambos se habían deteriorado, en parte por la amistad de Bolívar con los Toro, que eran conocidos enemigos de Miranda, y en parte por diferencias políticas, ya que Miranda era partidario de una política más indulgente hacia los españoles que la que promovía Bolívar. Quizá deseaba poner freno al estatus y la ambición del joven revolucionario y recordar a los venezolanos su propia reputación como soldado profesional con experiencia que había luchado tanto en Europa como en América. O acaso estaba sometido a la presión de los adversarios de Bolívar en el congreso. Cualquiera que fuese la razón, fue un gesto sin sentido. Al final, Bolívar consiguió unirse a la vanguardia dirigida por Toro cuando ésta avanzaba desde el oeste sobre Valencia y peleó con valentía cuando las tropas tuvieron que hacer frente a una fuerte resistencia, lo que le hizo merecedor del elogio de Miranda, que destacó su servicio así como el de otros oficiales. [41] Dos grupos, a los que luego Bolívar identificaría entre los problemas de la república, hicieron sentir su presencia en Valencia. Por un lado, los pardos, que frustrados por la negativa del gobierno a otorgarles la plenitud de los derechos de ciudadanía se alzaron contra los blancos y, en un primer momento, consiguieron rechazar a las fuerzas republicanas de forma enérgica. Por otro, los canarios, muchos de los cuales se sumaron también al bando realista, ofendidos por su condición de ciudadanos de segunda clase. Miranda asumió personalmente el mando de la campaña e impuso un bloqueo a la ciudad, a la que obligó a capitular el 13 de agosto de 1811, gracias a la superioridad numérica y la mejor artillería de sus tropas. No obstante, su táctica y el importante número de bajas que sufrió el ejército de la república le convirtieron en blanco de las críticas, por lo que debió comparecer en Caracas para rendir cuentas de sus acciones ante el congreso, algo que hizo satisfactoriamente. Con todo, el alto mando estaba cometiendo un fallo. Mientras los realistas luchaban sin piedad y sin

escrúpulos, los líderes del congreso eran víctimas de sus prejuicios sociales; inflexibles con los pardos y los negros, fueron demasiado indulgentes con los realistas y permitieron que muchos escaparan y se reagruparan. Y además, Miranda pronto dejó claro que prefería la defensa al ataque.

José Domingo Díaz, que despreciaba al gobierno republicano, describió los meses finales de 1811 y los de comienzos de 1812 como los últimos días de la vieja Venezuela, «un país sin Gobierno y sostenido en medio de una tranquila anarquía por el imperio de las leyes españolas que regían, por el hábito de obedecer, por la abundancia que acallaba los estímulos de la opinión y por la quietud pública, no turbada por la fuerza de enemigos». Pero la paz de españoles y republicanos estaba a punto de quedar hecha añicos del mismo modo.

El 26 de marzo de 1812, Jueves santo, un día de un calor sofocante, con el aire en calma y un cielo despejado de nubes, la desgracia golpeó a los habitantes de Caracas en un momento en el que muchos se apiñaban en las iglesias. [42] Un terrible terremoto, que afectó a toda Venezuela, desde los Andes hasta la costa, removió Caracas a las cuatro y siete minutos de la tarde. La primera sacudida fue lo suficientemente fuerte para hacer sonar las campanas de las iglesias, y a continuación se oyó un tremendo rugido subterráneo, más estruendoso que un trueno; la tierra comenzó entonces a moverse arriba y abajo derribando todo lo que estaba en pie. Miles de personas quedaron sepultadas al derrumbarse las iglesias; soldados que estaban en campaña murieron. Otras ciudades controladas por los patriotas también se vieron afectadas por el seísmo, pero en Caracas la destrucción y la tragedia alcanzaron dimensiones traumáticas. «Las procesiones todavía no habían comenzado —escribió Humboldt—, pero las iglesias estaban tan abarrotadas de gente que cerca de tres mil o cuatro mil personas perecieron aplastadas por la caída de los techos abovedados … Se calcula en nueve mil o diez mil el número de muertos en la ciudad de Caracas, sin contar a los desdichados que quedaron gravemente heridos y que sucumbirían varios meses después por la falta de alimentos y de los cuidados adecuados» [43]. Bolívar nunca estuvo tan cerca de la revolución como aquella tarde calurosa; en mangas de camisa, en medio del polvo y los escombros

de la capital asolada, fuera de sí, lleno de rabia e impotencia, lanzó un desafío a la naturaleza y juró que de ser necesario lucharía incluso contra ella. El relato de esta escena resulta aún más creíble por la fuente de la que proviene, pues el testimonio es precisamente de José Domingo Díaz, un cronista partidario de la monarquía y enemigo de la causa republicana. Pero Bolívar no tuvo que luchar sólo contra la naturaleza, sino también contra la Iglesia, pues el clero realista se apresuró a culpar a la revolución por haber hecho caer la furia de Dios sobre Venezuela, y ese mismo día hubo de enfrentarse en la plaza mayor con un sacerdote que llamaba a la población a arrepentirse. Con todo, no consiguió contener la reacción realista, y el pueblo, asustado, volvió al redil. El 4 de abril hubo un segundo terremoto, y el número de muertes ascendió a más de veinte mil.

Los movimientos sísmicos también afectaron al esfuerzo de guerra de los patriotas, y la causa republicana pronto se derrumbó. Monteverde, que contaban con refuerzos llegados de Puerto Rico y el apoyo de Juan de los Reyes Vargas, un indio influyente que había cambiado de bando, avanzó desde Coro a la cabeza de las tropas realistas, prácticamente sin encontrar oposición. Con rapidez recuperó lodo el oeste de Venezuela sin tener que librar ninguna batalla importante. Ante semejante desastre, la reacción de la república fue convertir a Miranda en comandante en jefe con poderes dictatoriales nombrándolo «generalísimo» el 23 de abril de 1812. Sin embargo, el envejecido revolucionario carecía ya del temple de su juventud y no pudo hacer nada para contener la marea realista que barrió toda la república. Al final se vio obligado a ordenar la evacuación de Valencia, y el 3 de mayo Monteverde entró en la ciudad con la connivencia de sus habitantes y comenzó de inmediato a reforzar sus tropas. En los llanos, el líder guerrillero Boves se unió a la causa realista.

En el caso de Bolívar, este desastre nacional incluyó además una crisis personal. En su camino a Caracas para reunir tropas y suministros, Miranda se detuvo en San Mateo y lo nombró comandante político y militar de Puerto Cabello. Bolívar consideró que el encargo no era más que otro intento de marginarlo, ya que su deseo era luchar en el frente contra Monteverde, pero aceptó «no sin repugnancia».[44] Puerto Cabello tenía una importancia

estratégica tanto para las comunicaciones con el interior del país como para la defensa contra los ataques por mar. El fuerte de San Felipe, que protegía la ciudad, servía de prisión para los líderes realistas que habían sido capturados, pero además funcionaba como almacén de armas y suministros; la combinación era peligrosa y poco profesional, y la disciplina era laxa. Bolívar asumió el mando el 4 de mayo. [45] ¿Tuvo tiempo suficiente para aclarar la situación y mejorar la seguridad? ¿O era ésta una tarea que estaba más allá de su preparación y su experiencia? Cualquiera que sea la respuesta, era vital que mantuviera el control de ese puerto marítimo, una misión ya de por sí difícil pero que resultaba aún más arriesgada por el domino que Monteverde había alcanzado en Valencia, justo al sur, por la presencia de traidores dentro del fuerte y por la falta de cooperación de las autoridades locales.

Bolívar, por tanto, heredó un polvorín y estaba solo. Ni siquiera contó con la ayuda del comandante del fuerte, el coronel Ramón Aymerich, que decidió visitar la ciudad y dejar al mando a un subordinado traidor, un tal Vinoni. En seguida, éste liberó a los presos y les dio armas, tomó el fuerte para la causa realista y, al mismo tiempo que controlaba el puerto, apuntó la batería hacia la ciudad. Es justo mencionar que desde que asumió el mando de Puerto Cabello, Bolívar había advertido del peligro que suponía mantener a algunos de los presos políticos más importantes de Venezuela, gente que contaba con enormes recursos e influencias, tan sumamente cerca de un almacén de armas. Por desgracia, no se hizo nada al respecto, y fue él quien tuvo que lidiar con las consecuencias. Ofreció el perdón a los prisioneros, oficiales, cabos y soldados que se habían apoderado del fuerte si se rendían en una hora, pero la oferta fue rechazada. Durante seis días logró contener a los rebeldes de San Felipe y a los enemigos que se encontraban fuera, mientras que los cañones bombardeaban la ciudad, pero sus tropas, ya de por sí exiguas y con menos armas, sufrieron numerosas bajas, y algunos de sus hombres desertaron o se rindieron. Bolívar temía un ataque de Monteverde, por lo que informó a Miranda de que necesitaba refuerzos con urgencia y que se atacara al enemigo en la retaguardia; de lo contrario, estaría perdido. «Vean ustedes, señores, lo que son las cosas de este mundo», comentó Miranda. Bolívar tuvo que abandonar su cuartel

general y retirarse por la costa. El 7 de julio, llegó a La Guaira junto con unos cuantos oficiales, cuya reputación defendió. La pérdida de Puerto Cabello fue para él una experiencia amarga que le produjo una profunda humillación. De repente, sus ideas, ambiciones y esperanzas para Venezuela, su vida entera, habían quedado destrozadas por la derrota militar. Después de años de preparación mental, se había convertido en el corredor que tropieza con el primer obstáculo. Con su orgullo herido, escribió a Miranda un informe detallado sobe la pérdida de Puerto Cabello y una carta en la que daba cuenta de su oprobio y desmoralización, y la vergüenza que le producía verlo cara a cara:

> Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y el ardiente celo por la patria suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así ruego a Vd. o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder Puerto Cabello. A esto se añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insomnio, de tareas y de cuidados gravísimos, me hallo en una especie de enajenamiento mortal … Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ése habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. **[46]**

«Venezuela está herida en el corazón», observó Miranda, que también comenzaba a flaquear. El ejército con el que planeó atacar Valencia resultaba mucho más impresionante por su número de efectivos (cinco mil hombres) que por sus cualidades; pronto descubrió no sólo que sus llamamientos a los valencianos eran inútiles, sino que sus propias fuerzas empezaban a reducirse debido a las deserciones. Al parecer no tenía ningún plan para la campaña. Se retiró hasta Maracay, donde escribió farragosas proclamas y súplicas en las que pedía ayuda internacional, pero permitió a Monteverde seguir avanzando. A continuación, retrocedió hasta La Victoria, donde puso fin al estado de alerta del ejército para que se limpiaran las armas. Monteverde atacó de nuevo, pero, esta vez, el ejército patriota respondió dando lo mejor de sí y en dos ocasiones estuvo a punto de convertir lo que era una resistencia firme en un

avance sobre el enemigo; sin embargo, en contra de lo que pedían sus oficiales, Miranda detuvo el progreso de sus tropas y les ordenó retroceder hasta posiciones defensivas. [47] Del mismo modo en que había perdido la iniciativa militar, Miranda comenzó a perder su credibilidad entre los militares y los políticos; había rumores en su contra y se criticaba su forma de usar el poder, su carácter difícil y sus tácticas defensivas. La república había desperdiciado sus recursos en Valencia y el oeste del país, y había tenido que retroceder a una estrecha franja de territorio desde La Victoria hasta Caracas y La Guaira, y, en junio, los pueblos y ciudades del oriente comenzaron a desertar al bando realista. En la práctica, el corazón de la república quedó sometido a un bloqueo. Miranda decidió darse por vencido y negoció los términos de la rendición con Monteverde. [48]

El pacto se firmó en San Mateo el 25 de julio de 1812. Los términos señalaban que se respetaría la vida y las propiedades de los patriotas, garantizaban la amnistía política y prometían pasaportes a todo aquel que quisiera abandonar el país. Miranda dejó el ejército y regresó a Caracas, pero, consciente de que no había un lugar para él en la Venezuela de Monteverde, decidió irse del país antes de que el canario entrara en la capital. Por tanto, partió discretamente de Caracas rumbo a La Guaira con la intención de embarcarse hacia Curazao. Muchos venezolanos, y en especial entre los militares, consideraron el pacto de San Mateo deplorable. Bolívar leyó con horror e indignación el bando que anunciaba la disolución del ejército, un ejército superior al del enemigo tanto por el número de sus efectivos como por la calidad de sus oficiales. Intentó en vano organizar un movimiento de resistencia entre algunos oficiales. Sabía que era muy probable que los términos de la capitulación no fueran respetados, y estaba convencido de que la decisión de Miranda de abandonar el país antes de que Monteverde llegara a Caracas era un paso que expondría a sus conciudadanos a algún tipo de represalia. Él mismo ya había comenzado a planear su propia partida y a organizar la transferencia de fondos para los meses que pasaría en el extranjero. Envió a La Guaira dos baúles con su equipaje, incluyendo mil quinientos pesos de plata en efectivo y unos cuarenta y cinco kilos de plata, donde fueron embarcados en el *Sapphire* con rumbo a Curazao. Era el mismo

barco que lo había traído de Inglaterra y el mismo al que Miranda planeaba subir para abandonar el país con sus libros, sus documentos y dinero perteneciente al tesoro público. [49]

Decidido a impedir la partida de Miranda y para escapar de Monteverde, Bolívar mismo se desplazó a La Guaira, donde junto con los coroneles José Mires y Miguel Carabaño, y el comandante Tomás Montilla, se puso en contacto con el doctor Miguel Peña, el gobernador, y con el coronel Manuel María de las Casas, comandante militar del puerto, a quienes solicitó su colaboración en un plan para detener a Miranda. Según O'Leary, la intención de Bolívar era únicamente «prender a Miranda y obligarle a permanecer en el país, para exigir de Monteverde el fiel cumplimiento de los artículos de la capitulación». Es posible que el plan tuviera sólo este objetivo (muy poco realista), pero el hecho es que implicaba cierto nivel de engaño, pues había que engatusar al general para darle una falsa sensación de seguridad, de modo que decidiera permanecer en tierra una noche más en lugar de subir abordo del *Sapphire* ese mismo día. En medio de la noche, los conjurados despertaron a Miranda, que los recibió gritando «bochinche, bochinche» (calumnia, calumnia). Bolívar y Montilla lo arrestaron y, en la madrugada del 31 de julio, Mires lo condujo al fuerte de San Carlos, donde lo dejó encadenado. ¿Habría llegado Bolívar más lejos? El coronel Belford Hinton Wilson, ayudante de confianza de Bolívar durante sus últimos años, le dijo a O'Leary que el Libertador siempre había insistido en que «él había querido fusilar al general Miranda como traidor, pero que otros lo habían contenido». El coronel Casas, en connivencia con Monteverde y ansioso por hacer las paces con el vencedor «aun a costa de su honor», entregó al Precursor al enemigo, así como a los demás refugiados que no habían conseguido zarpar. [50] Un final predecible para una acción extraordinaria. Mientras la primera república moría en medio de airadas recriminaciones, Monteverde entró en Caracas triunfante y estableció lo que él llamó la «ley de conquista». El «ejército» conquistador estaba conformado por menos de trescientos hombres.

Bolívar dejó La Guaira y se dirigió a Caracas, donde consiguió

asilo en la residencia de un español, el omnipresente marqués de Casa León. Allí, otro español realista, Francisco de Iturbe, amigo de la familia Bolívar, intercedió ante Monteverde para que le concediera un salvoconducto. Dadas las circunstancias, eran muy pocos los permisos de este tipo que se estaban otorgando, pero O'Leary recoge que Monteverde le dijo a Bolívar, «habéis ejecutado una acción laudable arrestando a Miranda y ella os hace acreedor al favor del rey». «Como no fue ésa mi intención al prender al general Miranda —replicó Bolívar—, niego todo derecho al mérito que quiere Ud. atribuirme; mi conducta tuvo otro móvil muy distinto, y veía en él un traidor a mi patria». En este punto, Monteverde comenzó a reconsiderar su decisión, pero entonces Iturbe intervino y el canario aceptó de mala gana concederle el pasaporte. Bolívar consideraría después que eso era una prueba de la «estupidez» de Monteverde, aunque, desde otro punto de vista, lo ocurrido también podría interpretarse con un indicio de que entonces no se reconocía al joven coronel como un líder en proceso de formación. [51] Ahora bien, estúpida o no, la decisión fue nefasta para España.

LA DERROTA DE LA PRIMERA REPÚBLICA

Esa «patria boba» se vio lastrada por la estructura social de la colonia. Los realistas españoles, que contaron con el apoyo de algunos criollos y de la mayoría de los canarios, luchaban por restablecer el antiguo orden. Los partidarios de la independencia luchaban por la supremacía criolla. Los pardos, los negros y los esclavos luchaban por su propia liberación. Había por tanto varios movimientos diferentes y cada uno se enfrentaba y se aprovechaba de los otros, mientras que mucha gente simplemente permaneció en su casa viendo cómo causas que le eran ajenas acababan con la antigua tranquilidad de Venezuela. Estas divisiones creaban unas condiciones ideales para el restablecimiento del poder español. El mismo Miranda mencionaría posteriormente cuatro factores que explicaban su capitulación: la escasez de provisiones en Caracas, el levantamiento de los negros en el oriente de la ciudad, los efectos del terremoto y el conflicto entre los españoles y los americanos. Aunque se la juzgara equivocada, su decisión había sido honorable.

Sin embargo, sus fuerzas eran muy superiores a las de sus adversarios y habría podido hacer mucho más, y lo cierto es que había fallado a la hora de tomarle la medida a Monteverde. ¿Había decidido arrojar la toalla? Según un testigo, no. Al parecer su intención no era desertar sino cambiar de ubicación, y tenía en mente comenzar de nuevo la lucha desde Cartagena, algo bastante parecido a lo que pensaba hacer Bolívar. [52] No obstante, en lugar de eso, pasó los cuatro años siguientes preso en España. Murió en una cárcel de Cádiz, convertido en una figura abandonada y trágica.

La crónica de la vida de Bolívar desde 1810 hasta 1812 no es una lectura agradable para aquellos que buscan en un héroe la perfección. Esos años fueron un auténtico calvario con batallas y sucesos implacables que pusieron a prueba su voluntad y su buen juicio y le dieron valiosas lecciones de liderazgo. El futuro Libertador salió de ellos convertido en un hombre más serio y más sabio, pero un repaso a sus escritos evidencia un buen número de sombras difíciles de pasar por alto. La pérdida de Puerto Cabello, fuera culpa suya o no, fue un desastre estratégico y un golpe tremendo a su moral; el arresto de Miranda fue una acción innoble, una «perfidia» en palabras de Andrés Bello, un castigo que no se merecía un hombre que había trabajado durante tanto tiempo en favor de la causa americana, y el pasaporte que le permitió salir del país con seguridad lo obtuvo gracias a la influencia de amigos realistas, una ventaja de la que Miranda nunca había gozado. [53] Éstos son episodios que revelan fisuras en su carácter y su comportamiento, fisuras que sus propias excusas y justificaciones, sumadas a las de sus partidarios y defensores, sólo contribuyen a magnificar. Bolívar poseía una vena emocional, momentos en los que la razón se hacía a un lado y la pasión tomaba el mando; su interminable denuncia de que Miranda era un «cobarde» es imperdonable, y difícilmente puede excusarle el hecho de que al final haya reconocido en él a un «ilustre». [54] Con todo, entre las ruinas de la primera república se advierten los signos inequívocos de un líder implacable como comandante, frente a la adversidad Bolívar demostró poseer una gran entereza y determinación y tener la capacidad de levantarse tras la desgracia y volver a la lucha. Aunque abatido en la superficie, en lo más profundo de su ser todavía mantenía viva su voluntad de triunfar. Durante los

siguientes veinte años, la revolución hispanoamericana volvería a presenciar una y otra vez esta misma escena: su supervivencia individual en medio del fracaso colectivo.

Bolívar partió de La Guaira en un barco español, el *Jesús, María y José*, y cinco días más tarde llegó a Curazao, donde su equipaje fue confiscado por un gobernador británico poco amistoso. Había dejado de ser el político y oficial aristocrático de una nueva república para convertirse en un refugiado con condiciones por negociar y un papel por establecer. Confió a sus amistades, especialmente a Iturbe, la administración de sus propiedades así como la protección de sus rentas y la defensa de sus intereses en Venezuela, donde su riqueza personal era la única base de poder con la que contaba para el futuro. Entre tanto, «indiferente a los choques de la mala suerte», tenía algunos libros que leer, amigos inevitables en la adversidad, y tiempo para calmar su mente y reponer su espíritu. [55] A finales de octubre consiguió un préstamo de mil pesos y zarpó a Cartagena, mientas que en Caracas la contrarrevolución exigía venganza.

Capítulo 4

LA GUERRA A MUERTE

EL MANIFIESTO DE CARTAGENA

Cartagena era una elección obvia para Bolívar. El puerto había servido en otra época como almacén a los traficantes de esclavos que cruzaban el Atlántico y para entonces acogía a una población muy diversa de negros, mulatos e indios, y, siendo la principal plaza fortificada de Suramérica en el Caribe, le abría una ruta alternativa para la independencia. Las tierras del interior del país, con sus ríos caudalosos, sus llanos, sus selvas y sus montañas, cubiertas de vegetación tropical y mesetas inhóspitas, contaban con una combinación de recursos muy similares a la de Venezuela, a lo que había que sumar yacimientos de oro, si bien éstos ya no eran tan rentables como lo habían sido en el pasado. Al igual que Venezuela, Nueva Granada pertenecía a la segunda división de las colonias españolas, pero en el siglo XVIII había sido elevada a virreinato. Hacia 1825 tenía una población de un millón cien mil habitantes, en la que podía identificarse la división tradicional de blancos, negros, indígenas y razas mestizas, y que se caracterizaba en particular por su gran mestizaje. [1] Era una sociedad normalmente dócil, aunque defendía con ferocidad los que percibía como sus derechos. Los criollos manifestaban sus quejas dentro de las estructuras tradicionales, y no supusieron una amenaza para el Estado colonial hasta que éste colapso por sí mismo, cuando España empezó a tambalearse en los años posteriores a 1808. Entonces Nueva Granada reprodujo el patrón común del descontento de las colonias hispanoamericanas, desde la aparición de juntas leales a la

monarquía hasta el surgimiento de un gobierno independentista. Siguiendo el ejemplo de Quito, otras ciudades de Nueva Granada organizaron diferentes juntas, compuestas por miembros de la élite criolla local, enfrentadas a las que habían surgido en España. En un principio, estas juntas estaban abiertamente a favor de Fernando VII y de la resistencia española a la invasión napoleónica, pero para 1812 habían cortado sus vínculos con España.

La independencia, sin embargo, condujo a la desunión y la desunión a la destrucción. Bolívar conocía muy bien la secuencia. La república se dividió de inmediato en dos facciones, una centralista y otra federalista. Cundinamarca, la provincia más importante del virreinato, era una base de los centralistas y estaba presidida por Antonio Nariño, una voz disidente desde la década de 1790; sin embargo, las demás provincias se negaban a subordinarse al dominio de Santa Fe de Bogotá, por lo que se agruparon en la Federación de Provincias de Nueva Granada, cuya capital era Tunja. Y, optando por el peor de los escenarios posibles, las provincias comenzaron a pelearse entre sí. La revolución, por tanto, se había derrotado a sí misma, y el país se sumergió en la guerra civil antes incluso de ser completamente independiente. Los españoles simplemente tenían que esperar a que los neogranadinos se destruyeran unos a otros.

Cartagena, que como puerto llevaba bastante tiempo deseando la libertad de comercio, intentó liberarse tanto de España como del caos que la rodeaba. Allí, la revolución contaba con una base social más amplia, pues la élite mercantil había movilizado a los pardos en apoyo a la junta y posteriormente en la lucha por la independencia total. [2] Todo esto estuvo acompañado por la adopción de una constitución republicana y el surgimiento, en noviembre de 1811, del Estado soberano de Cartagena, hostil a España, aislado de las regiones circundantes y, al igual que Caracas, vulnerable a la contrarrevolución. Éste fue el lugar en el que Bolívar buscó refugio en octubre de 1812.

Bolívar llegó a Cartagena habiendo preparado un orden de prioridades para la siguiente etapa de su vida. Primero, escribió el marco conceptual de su proyecto, después lo puso en práctica sobre el terreno. Su plan era restablecer su reputación militar en Nueva Granada, pero antes tenía que demostrar sus credenciales políticas.

Comenzó por escribir al congreso de Nueva Granada explicando brevemente las razones que llevaron al derrumbe de la república venezolana. En esta versión, el terremoto del 26 de marzo y la pérdida de veinte mil vidas humanas sólo se mencionan como algo secundario. Para Bolívar la principal causa de la debacle eran los errores políticos cometidos por el gobierno, en especial el hecho de no haber aplastado el levantamiento de Coro antes de que su influjo infectara al resto del país. Había habido otros problemas: la falta de reclutamiento militar y de control presupuestario, la indulgencia con la que se trató a los españoles traidores, el fanatismo religioso «hipócritamente manejado por el clero» para mantener bajo su control a un pueblo supersticioso, y la debilidad del gobierno federal. Aunque el ejército republicano estaba en condiciones de ganar el conflicto, su general, «por una inaudita cobardía», se había negado a perseguir al enemigo y en lugar de ello había terminado por capitular. Y aquel los que habían logrado escapar «de las garras de aquellas fieras» imploraban ahora la protección de Nueva Granada; para merecerla deseaban unirse a la lucha entre el nuevo Estado y la provincia de Santa Marta. El servicio que habían prestado a la libertad de Suramérica, animaba a los venezolanos a depositar su confianza en el espíritu liberal del pueblo de Nueva Granada. «Caracas, cuna de la Independencia colombiana, debe merecer su redención, como otra Jerusalén». Si los republicanos neogranadinos aprendían de los errores de sus vecinos, podían llegar a convertirse en los libertadores de éstos, «sus hermanos cautivos», con lo que se conseguiría devolver la libertad a Suramérica y restituir «sus naturales derechos» a sus pobladores. [3]

Los naturales derechos de Suramérica recibieron una atención mayor en la primera gran declaración política de las ideas bolivarianas, el denominado Manifiesto de Cartagena, un documento en el que daba rienda suelta a su intelecto para exponer su sueño. En él, Bolívar analizaba con mayor profundidad los errores cometidos por la primera república venezolana y examinaba sus supuestos políticos, ofreciendo estas «terribles lecciones» como ejemplo y advertencia a sus destinatarios. [4] Las razones para el fracaso, sostenía, había que buscarlas en la adopción de una constitución que no se adaptaba de forma adecuada al carácter del pueblo; la tolerancia, excesiva e insensata, para con el enemigo; la

negativa a reclutar fuerzas militares profesionales, confiando en su lugar en unas milicias sin disciplina alguna; la incompetencia financiera que había llevado a recurrir a la emisión de papel moneda; el terremoto, física y moralmente destructivo, que desencadenó una oleada de fanatismo religioso y se encontró con un gobierno central débil, incapaz de hacer frente a la tragedia y reparar los daños, y, finalmente, en el sectarismo que subvirtió la república desde dentro: «las facciones intemas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro». Las elecciones populares, sostenía Bolívar, habían permitido que ignorantes y ambiciosos tuvieran voz y voto y habían dejado el gobierno en manos de hombres ineptos e inmorales que hicieron que proliferaran las facciones. Así, «nuestra división, y no las armas españolas, nos tomó a la esclavitud». Pueblos tan jóvenes, tan desprovistos de un gobierno representativo y de educación, no podían transformarse de inmediato en democracias; sus sistemas de gobierno no debían ir más allá de sus realidades sociales. Una y otra vez reiteraba la importancia de la unidad y la centralización; se necesitaba «un terrible poder» para vencer a los realistas, y las susceptibilidades constitucionales eran irrelevantes hasta que la paz y la felicidad no hubieran sido restablecidas. Este fue el comienzo de su oposición permanente al federalismo, al que consideraba contrario a los intereses de un Estado emergente, pues un gobierno federal era débil y complejo, mientras que América necesitaba fortaleza y unidad.

Bolívar hacía un llamamiento a la colaboración de todo el continente y en especial de Nueva Granada, a la que pedía apoyo para la liberación de Venezuela. La recuperación de Venezuela, insistía, era esencial para la seguridad de Nueva Granada y para la libertad y la independencia de toda Suramérica. Recurrió a una de sus analogías favoritas. Si el realismo de Coro había conducido a la caída de Caracas, ¿no podía una contrarrevolución en Venezuela poner en peligro la libertad de toda América? «Coro es a Caracas como Caracas es a la América entera». Al apelar al interés propio de los americanos, Bolívar los invitaba también a aprovechar la oportunidad. España les pisaba los talones, pero la deserción de los criollos había mermado la capacidad de las fuerzas realistas, que todavía no habían recibido grandes refuerzos; por el momento el

camino a Caracas estaba despejado y los patriotas esperaban, dispuestos a acoger a sus libertadores. El buen nombre de Nueva Granada dependía de que asumiera la tarea de marchar sobre Venezuela «a libertar la cuna de la independencia colombiana» y conseguir la libertad para todos.

El Manifiesto de Cartagena presenta lo sucedido en Venezuela como una lección política. Sin embargo, hay una reflexión implícita que recorre todo el documento y que hace que sea importante más allá del contexto político y militar inmediato que trata. Esa reflexión implícita se ocupa de problemas conceptuales del pensamiento político y, en ella, Bolívar se aleja del Siglo de las Luces y se distancia a sí mismo de muchos de sus presupuestos liberales. Aquí podemos por primera vez confrontar su discurso con el pensamiento de la Ilustración y advertir que está ejerciendo su propia capacidad crítica.[5] Considera que la habilidad de una sociedad para sobrevivir política y militarmente depende de la eficacia de sus instituciones. En ese sentido, advierte a Nueva Granada de que no debe caer en los mismos errores que Venezuela, errores que, en su opinión, era posible rastrear hasta la falta de realismo en la constitución de 1811. Los fallos de esa constitución se derivaban de su carácter individualista y federalista y tenían su origen en las ideas de la Ilustración. Las instituciones se habían creado de acuerdo con principios abstractos y racionalistas que poco tenían que ver con la realidad y las necesidades concretas del país en ese momento de su historia. Bolívar acuñó la expresión «repúblicas aéreas», en el sentido de etéreas o abstractas, para referirse a lo alejado que estaba de la realidad el pensamiento ilustrado tal y como éste había quedado expresado en la constitución de Caracas.

> Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución

universal, que bien pronto se vio realizada.

El siguiente paso de su argumentación era mostrar que las instituciones que se adoptan por su contenido filosófico (posiblemente válido para otros países y tiempos) eran funestas y estaban condenadas al fracaso en los ámbitos político y militar. El vacío que había dejado la caída del Imperio español tenía que llenarse con las instituciones adecuadas para este fin, basadas en la realidad americana y no en ideas importadas. Esto significaba renunciar de forma deliberada a la democracia absoluta, que legitima el gobierno por un proceso electoral sin incorporar elementos reguladores en la organización del Estado, pues en América esos elementos eran necesarios para defenderlo de aquellos políticos intrigantes y demagogos que velaban exclusivamente por sus propios intereses. «Lo que debilitó más el gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en anarquía». De tal forma que cada provincia, cada ciudad, exigía su independencia basándose en «la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode». Hay explicaciones distintas a las que proponía Bolívar, por supuesto. Y habría que preguntarse, por ejemplo, si el federalismo provoca el localismo o si, por el contrario, lo apacigua. ¿Era posible que los venezolanos no hubieran desarrollado aún un sentimiento de nación y que la población del país continuara pensando, ante todo, en sus ciudades y pueblos como el foco de sus intereses políticos, del mismo modo que lo habían hecho a lo largo del período colonial? [6] Se trata de preguntas válidas, pero Bolívar habría señalado que el problema era la ignorancia y la inexperiencia de la gente, no su falta de identidad.

El frente occidental

Primero la palabra, luego la acción. Bolívar estaba decidido a demostrar que Venezuela podía merecer el apoyo del país vecino. De hecho, él era una ganancia para Cartagena, un estímulo para su

propia revolución y un punto de atracción de una resistencia mayor. Era el más distinguido de un grupo de oficiales venezolanos que buscaron refugio en el puerto y fueron admitidos en el ejército. Este grupo estaba conformado por José Félix Ribas, un amigo y pariente; Antonio Nicolás Briceño, un hacendado vecino; Francisco y Miguel Carabaño, y Mariano y Tomás Montilla, entre otros. El gobierno de Cartagena le otorgó a Bolívar el mando de un cuerpo en la división que dirigía el coronel Pierre Labatut, un mercenario francés de talento mediocre y hábitos provocadores que lo destinó al pueblo de Barranca, cerca de la desembocadura del río Magdalena. Su misión era permanecer allí y no moverse a menos que se le ordenara, no fuera a restar mérito con sus acciones al francés. Cincuenta años antes, un fraile misionero que había hecho la misma ruta había descrito el Magdalena como un río magnífico y paradisíaco, un deleite para los sentidos de cualquiera que navegara en él. Bolívar lo vio como la puerta de acceso a grandes cosas. Más allá del río se encontraba el territorio realista de Santa Marta, una plaza realista y una frontera hacia poblaciones indígenas que los españoles no habían conquistado. Su idea era atacar a los españoles acuartelados en Tenerife y abrirse paso por el río. Tras detenerse en la población a la que había sido destinado sólo para reclutar voluntarios y, según se dice, para mantener una breve aventura con Anita Lenoit, una joven francesa, avanzó río arriba y se hizo con la iniciativa más bien gracias a sus tácticas de sigilo y sorpresa que a al hecho de contar con una fuerza superior; Bolívar sólo disponía en realidad de doscientos hombres mal armados, pero los españoles, asustados, abandonaron sus provisiones y sus barcas y se marcharon de Tenerife.

Bolívar, que nunca perdía la oportunidad de hablar de liberación, se puso al frente de su pequeño ejército y reunió a los habitantes del pueblo en la orilla del río. Allí les reprochó el que hasta entonces hubieran sido realistas y guardado fidelidad a unos tiranos que «habéis visto incendiar vuestras habitaciones, encadenar a vuestros conciudadanos, pillar vuestras casas y hasta violar a vuestras mujeres … [porque] donde reina el imperio español reina con él la desolación y la muerte». Luego, como si se tratara de una clase de derecho constitucional, prosiguió con la descripción del nuevo régimen que se estaba gestando y concluyó diciendo: «se os

abre una vasta carrera de gloria y de fortuna al declararos miembros de una sociedad que tiene por bases constitutivas una absoluta igualdad de derechos y una regla de justicia, que no se inclina jamás hacia el nacimiento o fortuna, sino siempre en favor de la virtud y el mérito. Ya sois en fin hombres libres».[7] Así, a orillas del Magdalena, en un claro de la selva tropical y ante una comunidad sin educación, Bolívar resumió sus esperanzas republicanas y el tipo de liberación que aspiraba conseguir mediante las victorias militares. Después, preguntó a los habitantes de Tenerife si jurarían lealtad y obediencia al gobierno soberano de Cartagena, a lo que la multitud contestó unánimemente que sí.

Bolívar continuó río arriba y llegó a Mompós el 27 de diciembre, donde fue proclamado comandante militar de la región por agradecidos patriotas. A lo largo de todo el trayecto nuevos reclutas se fueron incorporando al ejército, que, el 1 de enero de 1813, ocupó El Banco y luego avanzó y derrotó a los españoles en Chiriguaná. Después tomó por sorpresa Tamalameque y, más tarde, ocupó Puerto Real y Ocaña sin encontrar ninguna oposición. Con estos triunfos terminó la campaña de liberación del alto Magdalena y quedó despejado el camino hacia el interior de Nueva Granada, que hasta entonces había permanecido cortado por las embarcaciones españolas que recorrían el río.[8] El 8 de enero Bolívar informó al congreso reunido en Tunja de que había abierto el Magdalena a la navegación en tan sólo quince días. El gobierno de Cartagena estaba impresionado y no prestó atención a las quejas de Labatut, quien deseaba que se juzgara por insubordinación al militar que había conseguido semejante victoria sin su permiso.

Para su siguiente campaña el presidente de Cartagena autorizó a Bolívar a marchar sobre las tropas españolas que, bajo el mando de Ramón Correa, ocupaban entonces los valles de Cúcuta, con lo que se conseguiría cerrar la brecha que había en las defensas orientales de Nueva Granada. Cúcuta, además, era el camino hacia Venezuela. La campaña implicaba conducir a hombres acostumbrados a la vida en el trópico a través de las montañas, donde las condiciones eran durísimas, y el terreno y el clima constituían una difícil prueba de resistencia incluso sin pensar siquiera en el combate; con todo, las tropas de Bolívar vencieron a los españoles en San José de Cúcuta gracias a la combinación de su inteligencia táctica y las valientes

cargas dirigidas por su amigo Ribas. Los realistas huyeron, abandonando detrás de ellos ordenanzas y mercancías de gran valor. Cúcuta fue una gran victoria, la primera de su carrera, y constituyó asimismo un temprano ejemplo de su capacidad para responder a los desafíos del paisaje; pero, por encima de todo, fue la victoria que lo presentó como un candidato al liderazgo máximo.

A comienzos de marzo, Bolívar cruzó el río Táchira y, en la ciudad venezolana de San Antonio, se dirigió a sus tropas en la primera de sus muchas proclamas: «Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela, que ve respirar ya una de sus villas, al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera, que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida». **[9]** De este modo anunciaba la liberación de Venezuela, empresa que comparaba con las cruzadas que «libertaron a Jerusalén». A continuación fue ascendido al rango de brigadier general al mando de los ejércitos de la federación. Estableció su cuartel general en Cúcuta y reforzó sus victorias militares con iniciativas políticas. Era consciente de que todavía tenía que vender su proyecto al presidente y al congreso de Nueva Granada y convencerlos de que apoyaran la invasión de Venezuela. Por esta época se dedicó a mostrar su talento no sólo como un soldado capaz de ganar batallas, sino también como político que podía ganar debates difíciles. Su causa se vio enlodada por las rivalidades militares. El coronel Manuel Castillo, su segundo al mando, un cartagenero que había luchado desde muy temprano por la independencia, estaba molesto por la intrusión de un venezolano en su revolución e informó al congreso de que Bolívar había malversado el botín obtenido en Cúcuta y de que se estaba precipitando al emprender una invasión de Venezuela que no había sido autorizada. Bolívar se defendió de manera enérgica, y su elocuencia, sumada al respaldo de Camilo Torres, un pionero de la causa patriótica y presidente de las Provincias Unidas, logró convencer al congreso, que le autorizó a invadir Venezuela, pero sólo para avanzar hasta Mérida y Trujillo. En mayo de 1813 se le exigió que jurara su adhesión a este cometido, y a lo largo de toda la campaña informó al congreso obedientemente sobre sus progresos.

Durante los dos años siguientes, Castillo continuó siendo una

piedra en el zapato para Bolívar. El militar se opuso a la mayoría de sus iniciativas y fomentó la división del ejército entre venezolanos y neogranadinos. Los preparativos para el avance sobre Venezuela se vieron entorpecidos por esta rivalidad personal. Castillo presentó su renuncia, y el mando de las tropas quedó entonces en manos uno de los oficiales que lo respaldaban, el sargento mayor Francisco de Paula Santander, un militar que había ascendido rápidamente dentro del ejército neogranadino y que parecía reacio a mover a sus hombres. Bolívar ordenó a Santander que marchara, pero éste le contestó que no estaba preparado para obedecerlo. «No hay alternativa —le replicó Bolívar— marche usted; o usted me fusila o positivamente yo lo fusilo a usted». Al final la división partió, pero sin Santander, que se quedó en La Grita encargado de la guarnición de la frontera. [10] Ésta fue otra rivalidad que perduró. Bolívar se había deshecho de dos subordinados incómodos, pero tanto Castillo como Santander eran oficiales influyentes y no contar con ellos le costó la confianza de otros oficiales y el entusiasmo de las tropas. El apoyo del coronel Rafael Urdaneta, un joven oficial de Maracaibo, que luego se revelaría como uno de sus seguidores más leales, fue más que bienvenido: «General, si con dos hombres basta para emancipar la patria, pronto estoy a acompañar a usted».

Los servicios militares que Bolívar prestó a Nueva Granada le permitieron ganar, si no el respeto de sus rivales, al menos sí el crédito dentro del congreso, y fue así como consiguió establecer una base en la frontera y reclutar un ejército para la invasión. Era un ejército pequeño (los cálculos varían, pero habría tenido entre trescientos y setecientos hombres) y sus posibilidades de éxito dependían de que se lograra golpear el corazón del poder realista antes de que Monteverde pudiera concentrar a las tropas dispersas por el país. Su fortaleza residía en la confianza de su general, la cualidad de oficiales como Ribas, Urdaneta y Girardot y el compromiso de sus tropas. Y por una vez Bolívar había conseguido contar con las armas y provisiones adecuadas. Cualquiera que hiciera un balance de la guerra que había librado hasta ese momento concluiría que, desde su llegada a Cartagena, el futuro Libertador había escrito su propio guión. Primero había lanzado un ataque intelectual al señalar los fallos de la revolución y las posibilidades que había de solventarlos. Después había llevado a

cabo una estrategia militar, en parte por mérito propio y en parte por encontrarse en el momento y lugar oportunos, que había comenzado con una campaña fluvial por el Magdalena para librar al río de la ocupación española y había continuado luego con una importante batalla que puso fin a la guerra en Nueva Granada y lo condujo de nuevo a Venezuela. Ahora simplemente necesitaba organizar una campaña breve e intensa que lo llevara a Caracas.

En Caracas, Monteverde había adoptado el título de «comandante general del ejército pacificador», y posteriormente había sido nombrado capitán general y jefe político, de acuerdo con la constitución española de 1812. Había establecido su propio régimen, ciertamente opresivo, aunque, en un principio, no violento. Como era de esperar, no se sintió obligado a respetar los términos de la capitulación que había pactado con Miranda y en seguida comenzó a encarcelar patriotas y a confiscar sus propiedades. Pronto, las fortaleza de Puerto Cabello y La Guaira estuvieron llenas de independentistas y de muchos que simplemente eran sospechosos de serlo. El caudillo basó su dominio en los criollos de las clases altas, el clero fiel a la monarquía y sus compatriotas, los canarios; se ajustaron muchas cuentas personales y muchas propiedades cambiaron de manos. Sin embargo, esta dictadura militar no fue una bendición absoluta para España. El régimen se ganó la antipatía de la burocracia española legítima y, por su codicia y su crueldad, causó la indignación de los realistas moderados. Monteverde había usurpado la autoridad de sus superiores españoles en 1812 y, por tanto, necesitaba una base de poder que pudiera usar contra el bando de la oficialidad española así como contra los republicanos criollos. La halló en uno de los grupos de las clases bajas de la sociedad colonial, no los pardos o los negros, sino los blancos pobres, la mayoría de los cuales eran canarios, «que son reputados comúnmente en Venezuela —según comentó el juez de la audiencia José Francisco Heredia—, como el sinónimo de la ignorancia, barbarie y rusticidad».[11] La causa realista tuvo menos éxito en su intento de atraer a pardos y esclavos. ¿Acaso los amos españoles implicaban alguna mejoría respecto a la república aristocrática? En las plantaciones, los esclavos volvieron a sublevarse y en Curiepe se armaron con machetes y cuchillos, y marcharon sobre La Guaira. Los pardos de

la costa todavía seguían alborotados y, en noviembre de 1812, conspiraron para derrocar la dictadura. Bandas de peones y llaneros insurgentes continuaron llevando a cabo acciones guerrilleras contra los terratenientes blancos. Estos grupos, dedicados a vivir del pillaje y aterrorizar al campo, en parte bandidos, en parte rebeldes, no pertenecían a ninguno de los dos bandos; no obstante, su mera existencia sirvió a la causa de la independencia, pues proporcionaron una fuente de reclutas para las fuerzas republicanas cuando se renovó la lucha. Entre tanto, se encargaron de demostrar a los criollos que la restauración del poder de la corona no era garantía de orden social.

EL TERROR

En mayo de 1813, Bolívar dejó Cúcuta y Nueva Granada para avanzar sobre Venezuela. Mérida cayó sin oponer resistencia el día 23, contribuyó con refuerzos a su ejército y le aclamó como Libertador. A continuación cayó Trujillo, y al poco tiempo Bolívar ya estaba en camino hacia Barquisimeto, Valencia y Caracas. [12] Venezuela soportaba ahora un conflicto nuevo y más sangriento, cruel y destructivo, la guerra total. Esto es un indicativo de la inseguridad que sentían ambos bandos, pues ninguno contaba con una fuerza superior a la de su adversario y, por tanto, no podía permitirse dejar que el otro creciera. Monteverde intentó inclinar la balanza a su favor aterrorizando a la población y autorizando a sus subordinados a matar civiles así como beligerantes. En los informes de Bolívar se mencionan noticias sobre la matanza de un centenar de víctimas en Caracas. En ningún lugar, la crueldad de los españoles fue peor que en Maturín y Aragua, y nadie fue más monstruoso que el oficial Antonio Zuazola, que animaba a sus soldados a disparar a los insurgentes heridos y que quemó, mutiló y asesinó a la población de manera indiscriminada. El militar, a quien Bolívar consideraba un hombre realmente abominable, exhortaba a sus tropas a no dejar con vida a nadie que tuviera más de siete años y era capaz, incluso, de destrozar los fetos dentro de los vientres de sus madres. [13]

Ambos bandos cometieron atrocidades en diferentes lugares de Venezuela. Antonio Nicolás Briceño, un hacendado vecino de

Bolívar, revolucionario de la línea dura y compañero de exilio en Nueva Granada, se ganó el apodo de El Diablo entre sus colegas. Fuera del control de las autoridades neogranadinas, Briceño tenía su propia estrategia terrorista. El 16 de enero de 1813 había presentado a Bolívar un plan de acción en el cual proponía que se diera muerte a todos los españoles, pero éste sólo aprobó la aplicación de la medida a quienes se encontrara armados. Briceño, además, ofreció ascensos a sus oficiales y soldados a cambio de las cabezas de los españoles, una táctica que fue igualmente rechazada. [14] En cualquier caso, mató y decapitó a dos ancianos civiles españoles y envió sus cabezas a Bolívar y Castillo, una acción por la cual fue acusado y desautorizado por su vecino venezolano. En una expedición independiente a Barinas continuó con su sangrienta estrategia; en esta ocasión, sin embargo, las fuerzas realistas lo capturaron. Briceño, finalmente, fue ejecutado junto a veinticinco de sus hombres y otros doce prisioneros, una forma torpe de hacer justicia que sólo consiguió enfurecer a Bolívar. Según O'Leary, «este suceso fue una de las causas inmediatas de la declaración de guerra a muerte». [15]

En opinión de Bolívar, el enemigo estaba llevando a cabo una guerra de exterminio no declarada y por eso se dedicaba a matar a prisioneros cuyo único crimen era el haber luchado por la libertad. Desde su punto de vista, su gente estaba luchando en desventaja, pues al ser indulgentes se permitía a los españoles actuar con impunidad, mientras éstos negaban esta posibilidad a los patriotas. Como jefe de su ejército no podía hacer caso omiso a la injusticia sin comprometer su liderazgo. Por tanto, resolvió imponer una nueva política: la guerra a muerte. De ahora en adelante se perdonaría la vida sólo a los americanos, no a los españoles, para igualar así la amenaza que pendía sobre los patriotas y luchar en igualdad de condiciones. «Nuestra bondad se agotó ya y, puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte» [16] . El ejército ejecutó a las primeras víctimas de la venganza americana en Mucuchíes, un pueblo de las montañas, cerca de Mérida, en el que, según la leyenda, le obsequiaron a Bolívar un perro de la raza típica de la región que lo acompañaría

junto con el joven indio que lo cuidaba hasta la muerte de ambos en la batalla de Carabobo.

El 15 de junio, en el famoso decreto proclamado en Trujillo, Bolívar aclaró aún más su posición calculando cuidadosamente sus palabras:

> Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas … Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables. [17]

La aclaración era significativa. El conflicto era una guerra civil en el que los americanos predominaban en los dos bandos. Y Bolívar no habría sido capaz de pelear en una guerra a muerte contra los venezolanos, aunque se tratara de venezolanos realistas: «No es justo destruir los hombres que no quieren ser libres». [18] Pero tampoco era factible hacerlo. Sabía que no podía ganar esta guerra sin el apoyo de los americanos, ya fueran éstos terratenientes u otros criollos, por lo que les prometió a los criollos que contarían con absoluta inmunidad. El decreto de Trujillo distinguía despiadadamente entre españoles y americanos; buscaba terminar con categorías tales como realismo y republicanismo, y convertir esta guerra en una guerra entre naciones, entre España y América. En términos más simples, la medida pretendía aterrorizar a los españoles y lograr someterlos, y animar a los criollos a que apoyaran la independencia. En realidad, la guerra a muerte no consiguió ninguna de las dos cosas, y ni siquiera se la aplicó con rigidez. Sin embargo, sí consiguió aumentar la violencia.

Armado con el decreto de Trujillo, el ejército de Bolívar aumentó su número gracias a voluntarios y desertores de las filas enemigas, y continuó hacia el este. Para cumplir su misión y mantener a su ejército necesitaba avanzar, incluso si eso significaba no obedecer las instrucciones que había recibido del congreso de Nueva Granada. Su estrategia, «el esfuerzo inicial de un guerrero sin experiencia», consistió en ir atacando al enemigo a lo largo del

trayecto hacia Caracas, y hacerlo lo más rápido posible, para no dar ningún respiro al enemigo y evitar que sus tropas murieran de hambre. La velocidad era su arma clave: «Si nuestros movimientos son rápidos, podemos conseguir de estos países con qué sostener nuestro ejército hasta llegar a Caracas». [19] En su flanco izquierdo tenía que tener cuidado con la realista Maracaibo y, más allá, con Coro, cuyo recuerdo seguía siendo infausto. A su derecha se encontraba Barinas, donde Monteverde había dispuesto una fuerza de dimensiones considerables al mando de Antonio Tizcar. Si ésta conseguía invadir Trujillo y Mérida podría alcanzar Nueva Granada y dejar aislado al ejército de Bolívar. Al frente, en algún lugar, se encontraba el mismísimo Monteverde con sus fuerzas de oriente. Bolívar realizó uno de sus ataques preventivos característicos. Cruzó la cordillera hasta los llanos de Barinas y avanzó con rapidez sobre Tizcar, quien se vio obligado a evacuar la ciudad con tanta premura que tuvo que abandonar tras de sí armas y municiones de gran valor para los patriotas. Entre tanto, Ribas llevó a cabo un ataque frontal y obtuvo una decisiva victoria en la meseta de Niquitao, donde pasó a todos los españoles por la espada y sumó cuatrocientos prisioneros americanos a las filas patriotas. Después, seguiría avanzando para librar una encarnizada y sangrienta batalla por la toma de Barquisimeto y, finalmente, se reuniría con Bolívar, que para entonces ya había ocupado San Carlos. De inmediato, Bolívar marchó de nuevo contra las tropas realistas, a las que aplastó en la sabana de Taguanes (el 31 de julio), donde empleó la táctica de dos hombres por caballo para darle a su infantería mayor movilidad, con lo que provocó una gran cantidad de bajas entre las filas enemigas. Monteverde, ya derrotado en el oriente, tuvo que escapar con rapidez de Valencia a Puerto Cabello, cometiendo a su paso atrocidades a las que sus perseguidores respondieron con represalias equivalentes.

Además de la rapidez, Bolívar valoraba la palabra, y durante esta campaña sus palabras alzaron el vuelo. Cuanto más liberaba más alabanzas entonaba, y más a menudo todavía predicaba: lo habéis hecho bien, pero queremos más, dinero y voluntarios. Los gobernadores estaban advertidos de que si su gente no proporcionaba al ejército provisiones, caballos, mulas y dinero, sus provincias serían tratadas como territorio enemigo. [20] Bolívar

también hizo un llamamiento a las mujeres, nuevas luchadoras por la causa, cuyo apoyo elogió al denunciar la crueldad y las atrocidades cometidas por los españoles. En Carache, «han dirigido las infames armas contra los cándidos y femeninos pechos de nuestras beldades, han derramado su sangre, han hecho espirar a muchas de ellas … las mujeres combaten contra los opresores y se han convertido en guerreras». [21] Y a medida que iba avanzando recordaba a todo el que encontraba a su paso los términos de la guerra a muerte.

Bolívar ocupó Valencia el 2 de agosto y encargó a Atanasio Girardot, un joven veterano de las guerras de Nueva Granada, la misión de sitiar al enemigo en Puerto Cabello. Bolívar continuó su camino hacia Caracas, donde prácticamente reinaba la anarquía. Las autoridades de la ciudad, carentes de liderazgo político y defensas militares, no tuvieron otra alternativa que capitular. Los peninsulares y canarios, que hasta entonces habían ocupado los principales cargos en el gobierno y el ejército, habían comenzado a abandonar el país impulsados por el miedo. Esfumadas las fuerzas realistas y estando los republicanos todavía lejos, los pardos empezaron a saquear las casas y los edificios públicos y a amenazar la vida de los blancos. Mientras se negociaba la capitulación, muchos españoles, entre los que se encontraba el capitán general y varios representantes de las autoridades civiles y militares, huyeron de la ciudad y se embarcaron en La Guaira para dejar atrás a sus compatriotas menos afortunados en manos de un populacho embravecido. Las autoridades que aún permanecían en Caracas enviaron otra delegación para que implorara a Bolívar que acudiera a la ciudad tan pronto como fuera posible para proteger las vidas y las propiedades de sus habitantes. Bolívar accedió, pero insistió en que Monteverde también tenía que ratificar el acuerdo. «Caracas quedó casi desierta, porque sus habitantes, llenos de júbilo, acudieron al encuentro del vencedor, que en medio de las aclamaciones de un pueblo agradecido entró el 6 de agosto en su ciudad nativa» [22] .

Las heridas del terremoto y de la ocupación aún eran visibles, pero, no obstante, Caracas celebró. Una gran multitud salió a recibir a Bolívar a gritos de «Viva el Libertador de Venezuela». Un grupo de jóvenes vestidas de blanco se abrió paso entre la multitud y tomó

las riendas de su caballo, y apenas desmontó lo rodearon y lo coronaron con laureles y le cubrieron de flores. Mientras hacía su recorrido triunfal por las calles de la capital, respondiendo a los abrazos de la gente y a los saludos de bienvenida de sus partidarios, las campanas de las iglesias repicaban sumándose al sonido de las bandas. [23] Esa noche, en un baile celebrado en su honor, comenzó su relación con Josefina Machado, Pepita, una de las muchachas vestidas de blanco que le habían coronado, una afable joven de veinte años, no muy hermosa, pero perseverante en sus intenciones y en sus opiniones, que había acudido a la recepción en compañía de su hermana y de su madre. Ella se convertiría en la amante reconocida del Libertador durante los siguientes cuatro o cinco años y, si se da crédito a los chismes, en una fuente de cargos para quienes conseguían ganarse su favor. [24] Gloria en la campaña, poder en el gobierno y una mujer en la cama; Bolívar consideraba que se lo merecía.

EL LIBERTADOR

De la oratoria del triunfo se encargó Bolívar. Dos días después presentó al pueblo de Caracas los resultados de su «campaña admirable» en la guerra por restablecer las leyes, la libertad y la independencia de Venezuela:

> Aparecen, digo, vuestros libertadores, y desde las márgenes del caudaloso Magdalena hasta los floridos valles del Aragua y recintos de esta ilustre capital, victoriosos han surcado los ríos del Zulia, del Táchira, del Boconó, del Masparro, la Portuguesa, el Morador y Acarigua; transitado los helados páramos de Mucuchíes, Boconó y Niquitao; atravesado los desiertos y montañas de Ocaña, Mérida y Trujillo; triunfado siete veces en las campañas campales de Cúcuta, la Grita, Betijoque, Carache, Niquitao, Barquisimeto y Tinaquillo, donde han quedado vencidos cinco ejércitos, que en número de 10.000 hombres devastaban las hermosas provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas. [25]

El itinerario había dado a Bolívar mismo una vivida lección

sobre la geografía de su país, y cinco batallas campales le habían brindado nuevos conocimientos en el arte de la guerra.

Acontecimientos de igual importancia estaban teniendo lugar en la parte oriental del país. Allí Monteverde también había impuesto la «ley de conquista» y había aplastado al movimiento patriota. Sin embargo, unos cuantos de sus líderes, Santiago Marino, José Francisco Bermudez, Manuel Valdés, Manuel Piar y Antonio José de Sucre, decidieron contraatacar y liberar Venezuela. El 11 de enero de 1813, Marino, que al igual que Bolívar era un producto de la élite colonial, se puso al frente de una pequeña expedición, los famosos «cuarenta y cinco», de Trinidad a Güiria, dirigiendo al grupo desde su hacienda para operar en un territorio en el que él tenía propiedades, relaciones y personas a cargo. [26] La iniciativa prosperó y los realistas comenzaron a retirarse y a dispersarse ante el avance de los caudillos del oriente venezolano. Mariño capturó Maturín y, más tarde ese mismo año, Cumaná y Barcelona. Estableció su liderazgo gracias a su estilo, sus victorias y violencia. Pagaba la crueldad con crueldad. En Cumaná hizo fusilar a cuarenta y siete españoles y criollos; en Barcelona ejecutó a sesenta y nueve conspiradores, porque «la vida de hombres tan ingratos y desnaturalizados era incompatible con la existencia del Estado». [27]

Pero Mariño no era sólo un aliado, sino también un desafío. Se había nombrado a sí mismo «jefe del ejército independiente», y creó en el oriente del país no sólo un mando militar autónomo, sino también una entidad política fuera del control de Caracas y del gobierno de Bolívar, quien insistía, en cambio, en la importancia de establecer una autoridad central en Venezuela. La existencia de dos departamentos militares, le parecía, tenía sentido, no así la de dos entidades administrativas: era fundamental tener un gobierno central que uniera el este con el oeste, Venezuela con Nueva Granada. «Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación, que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Y podremos pretender dividirla en dos?» [28]. De este modo, la primera vez que Bolívar presenta su idea de una Gran Colombia que una Venezuela y la Nueva Granada para formar una nación más fuerte y económicamente viable, la idea aparece como una alternativa a la anarquía del dominio de los caudillos locales.

Con la excepción de Maracaibo y Guayana, Venezuela estaba

ahora en manos republicanas, y contaban con un ejército de soldados veteranos, entrenados y endurecidos por el combate a lo largo de la «campaña admirable» de Bolívar. Los oficiales realistas dijeron a Heredia que en la batalla de Araure «los insurgentes habían hecho prodigios de valor y maniobraban con tanta celeridad y bizarría como las tropas europeas mas aguerridas». [29] La victoria de Bolívar era tan completa (o así lo parecía), que pudo establecer prácticamente una dictadura; con el éxito militar a sus espaldas, estaba en posición de imponer sus políticas y nombrar a sus propios candidatos. Estaba decidido a evitar los errores de la primera república. Hablaba de «restablecer las formas libres del gobierno republicano», pero en realidad deseaba un poder ejecutivo nuevo y más fuerte, y eso fue lo que consiguió el 2 de enero de 1814, cuando una asamblea representativa le otorgó poder supremo. Y a pesar de las reservas de la aristocracia venezolana, que lo consideraba un tirano e intentó contenerle reforzando los cabildos y el poder judicial, Bolívar estableció un gobierno revolucionario de línea dura; su política consistía en no tener piedad con los españoles, ofrecer amnistía a los americanos que se rindieran y condenar a la pena de muerte a quienes perturbaran la paz y el orden público. Severo en el gobierno y laxo en los placeres: éste fue el estereotipo que sus enemigos comenzaron a difundir, y a él concedió credibilidad el malicioso Docoudray-Holstein, un aventurero extranjero que no consiguió el ascenso que creía merecer: «Bolívar, como muchos de sus compatriotas, amaba la tranquilidad y los placeres más que el esfuerzo. Sus ocupaciones favoritas eran estar en compañía de sus numerosas amantes y echarse en su hamaca rodeado por sus aduladores». [30]

Ahora tanto la política como la guerra ocupaban la mente del Libertador. Como él mismo dijo, estaba obligado a ser, al mismo tiempo, soldado y hombre de estado: «simultáneamente en el campo de batalla y a la cabeza del gobierno … ser jefe de estado y general del ejército». [31] Bolívar era un dictador cuando escribió estas palabras, servido por partidarios a los que conocía y apoyado por el ejército. Su dictadura, sin embargo, no era caudillismo. Su régimen fue menos personal y más institucional, preocupado por desarrollar e implementar políticas, no sólo por administrar una clientela. Su intención era concentrar la autoridad con el objetivo de defender y

propagar la revolución. Su poder, sin embargo, era visto con cierto resentimiento, y tuvo que convocar una asamblea, que se celebró el 2 de enero de 1814, para explicar su dictadura: «Para salvaros de la anarquía y destruir los enemigos que intentaron sostener el partido de la opresión, fue que admití y conservé el poder soberano … He venido a traeros el imperio de las leyes; he venido con el designio de conservaros vuestros sagrados derechos. No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar su patria … Soy un simple ciudadano, y la voluntad general del pueblo será para mí, siempre, la suprema ley». **[32]** ¿Estaba convencido de la verdad de lo que decía o simplemente se limitaba a recitar un discurso liberal que se sabía de memoria? Las dictaduras bolivarianas posteriores, en Perú y Colombia, encarnaron los mismos principios; fueron respuestas a situaciones de emergencia, representaron políticas, no intereses, y se preocuparon por restaurar la ley tanto como el orden. Ahora bien, en 1813, Bolívar era dictador de sólo la mitad de Venezuela, la occidental. La región oriental había sido conquistada por Marino, que también se veía a sí mismo como un libertador. **[33]**

Bolívar esperaba que la Iglesia supiera adecuarse a las circunstancias y apoyara la causa republicana. Su política respecto a la religión estaba teñida por el respeto que sentía por las ideas ilustradas y su aversión hacia España. Por tanto, del mismo modo en que deploró la superstición que siguió al terremoto de Caracas, combatió la alianza entre la jerarquía eclesiástica y el opresor español. Dejó claro a los obispos y sacerdotes que su única opción era la independencia, no importaba lo que sus conciencias les dijeran, y que su apoyo al enemigo español tenía que acabar. Poco tiempo después de su llegada a Caracas escribió al arzobispo de la capital:

> No es ya el tiempo de burlar las disposiciones gubernativas, y todo el peso de la ley caerá sobre los infractores. En consecuencia animando a las órdenes de V.S. Illma, el mismo espíritu, intime V.S. Illma. bajo las penas del resorte de su autoridad a todos los párrocos, predicadores y confesores de la arquidiócesis expliquen semanalmente los justos principios de la emancipación americana, persuadan la

> obligación de abrazarla y defenderla al precio de los intereses y de la vida … El confesionario que está sustraído por su sigilo a las inquisiciones públicas es el que principalmente debe ocupar las reformas de V.S. Illma., y parece que con la mayor eficacia impediría el abusar de este sagrado ministerio que V.S. Illma. dispusiese, que aquel que en semejante acto tratase de extraviar la opinión política que sostiene al presente gobierno, por el mismo hecho se considere suspenso de sus funciones. [34]

Más que con la religión, su disputa era con el clericalismo. Y siempre diferenció entre sacerdotes realistas y sacerdotes patriotas, muchos de los cuales, él mismo reconocía, habían sufrido a manos del enemigo. Pero era evidente que el espíritu del regalismo borbónico seguía todavía vivo.

Los mandatos de Bolívar quizá se cumplieran en Caracas, pero en otros lugares todavía imperaba la violencia de la guerra. En Puerto Cabello, Monteverde se había negado a rendirse y tampoco había accedido a entrevistarse con comisionados de paz españoles. Con ello se abandonó a su suerte a más de cuatro mil españoles, víctimas de la intransigencia de Monteverde en igual medida que de la venganza de los republicanos. Los refuerzos procedentes de España le dieron a Monteverde un breve respiro, pero luego desperdició sus recursos en una prematura salida de Puerto Cabello; en la carretera hacia Valencia, los españoles fueron obligados a retroceder en la batalla de Bárbula, en la que sufrieron muchas bajas, y luego en Las Trincheras, donde Monteverde mismo fue gravemente herido. Los republicanos también pagaron un alto precio por la victoria: la pérdida de Girardot, cuya muerte afectó profundamente a Bolívar y a todo el ejército. La guerra estaba lejos de haber terminado y los realistas estaban reuniendo más apoyos, y Bolívar tuvo que enviar al general Urdaneta con una división para proteger el frente occidental, donde el enemigo todavía realizaba incursiones desde sus bases de Coro y Maracaibo.

El 14 de octubre de 1813, cuando Bolívar regresó a Caracas, el ayuntamiento convocó una reunión con destacados representantes de la ciudadanía con el objetivo de recompensar al comandante en jefe por sus logros. La asamblea le otorgó el rango de «Capitán General de los ejércitos» y el título de «Libertador de Venezuela». El

título era único y se convirtió en su máxima distinción, la esencia de su identidad durante el resto de su vida. En su elegante respuesta, Bolívar aceptó el título señalando que era «más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra», y se refirió a sus jefes Ribas, Girardot, Urdaneta, D'Eluyar, Elias «y los demás oficiales y tropas» como los verdaderos libertadores. [35]

¿Fue el héroe de la liberación también el autor del terror? Bolívar y sus compañeros de lucha insistían en que había sido Monteverde quien primero había impuesto la «ley de conquista» y había dado rienda suelta a sus subordinados para que aterrorizaran a la población, y Heredia, regente de la audiencia de Caracas, reconoció que Monteverde había quebrantado el acuerdo de capitulación en lo referente a la amnistía. [36] Los republicanos mencionaron concretamente las atrocidades cometidas al oriente de Venezuela por los oficiales españoles: primero estaba Cervériz, un «joven, impetuoso y cruel», según Heredia, cuya rudeza y brutalidad convirtieron su nombre en sinónimo de terror desenfrenado, y que llegó a prometer un peso por cada oreja de insurgente que se le llevara; después estaba Antonio Zuazola, que mutilaba y asesinaba a sus prisioneros y de cuyas acciones informaron oficiales españoles que se habían sentido horrorizados. [37] Bolívar justificó su proceder en una carta dirigida al gobernador británico de Curazao, quien había intentado mediar a favor de los presos españoles, insistiendo en su derecho a «llevar a efecto la guerra a muerte, para quitar a los tiranos la ventaja incomparable que les prestaba su sistema destructor», como ejemplo del cual citó la actuación de Zuazola en el pueblo de Aragua: «Hombres y mujeres, ancianos y niños, desorejados, degollados vivos y luego arrojados a lagos venenosos, o asesinados por medios dolorosos y lentos. La naturaleza atacada en su inocente origen, y el feto aún no nacido, destruido en el vientre de las madres a bayonetazos o golpes». [38] Richard Vowell, un voluntario inglés que estuvo junto a Bolívar en los combates que se libraron en los llanos en 1818, tuvo ocasión de conocer la guerra a muerte de cerca. En Calabozo, al ver la respuesta de Bolívar al espectáculo de las atrocidades realistas, concluyó que «sus propias tropas lo habrían hecho pedazos si no

hubiera consentido que se tomaran represalias utilizando la máxima fuerza posible».[39] Tomar represalias era algo que le daba credibilidad ante sus propios hombres. En este sentido, con la guerra a muerte, Bolívar pretendía aterrorizar, estabilizar la balanza del miedo, asegurarle a sus hombres que él podía ser tan despiadado como el enemigo y convencer a su bando, incluyendo a los caudillos del oriente, de que él era un líder al que había que tener en cuenta. Desde Caracas envió al congreso un informe en el que decía: «Después de la batalla campal del Tinaquillo, marché sin detenerme por las ciudades y pueblos del Tocuyito. Valencia, Guayos, Guacara, San Joaquín, Maracay, Turmero, San Mateo y La Victoria, donde todos los europeos y canarios que más criminales han sido pasaron por las armas».[40] E insistía: «El gobierno de un país en revolución debe caminar por rutas muy diferentes de las ordinarias».

Unos cinco años después, al defender su extremismo, Bolívar reflexionaba sobre su política:

> Las grandes medidas, para sostener una empresa sin recursos, son indispensables aunque terribles. Recuerde Vd. los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida. Para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuido a libertarnos, fue necesario declarar la guerra a muerte; para hacernos de algunos partidarios fieles necesitamos de la libertad de los esclavos; para reclutar los dos ejércitos del año pasado y éste tuvimos que recurrir a la formidable ley marcial … Eche Vd. una ojeada sobre todo esto y verá que todo esto es nada, y para conseguir este nada nos hemos empeñado en emplear el todo de nuestras facultades; porque es una regla general que, en las máquinas mal montadas, el motor debe tener una fuerza inmensa para alcanzar un efecto cualquiera. La experiencia me ha enseñado que de los hombres se ha de exigir mucho para que hagan muy poco.[41]

En septiembre de 1813, Bolívar capturó cerca de Puerto Cabello al infame Zuazola, «verdugo de infinidad de hombres, mujeres y niños degollados por sus propias manos», junto con otros cuatro españoles y varios americanos. Zuazola fue ahorcado de inmediato, los cuatro españoles ejecutados y los americanos perdonados.[42] El

Libertador exigió a Monteverde la rendición de Puerto Cabello y la entrega de su armamento, sus fondos y sus barcos. «Éste el único camino que le queda si quiere salvar a los incontables prisioneros españoles e isleños que tengo en mi poder, y le he dejado en claro que a la menor tardanza serán todos exterminados». Pese a la amenaza, vaciló ante la enormidad que suponía una ejecución semejante; estaba dispuesto a transigir y hacer un trato con Monteverde para salvar los cuatro mil españoles que tenía presos a través de un intercambio de prisioneros, pero Monteverde se negó a escucharlo y encarceló al mensajero. Luego rechazó una nueva propuesta para intercambiar a los españoles por el mismo número de americanos de rangos similares y, una vez más, tomó prisionero al mensajero. [43] Después de que todos los intentos se revelaran inútiles y enfrentado a las atrocidades que estaban cometiendo Boves y otros españoles, así como a informes que mencionaban una conspiración para escapar, Bolívar firmó la orden que condenó a muerte a los españoles y canarios prisioneros en La Guaira. Juan Bautista Arismendi, gobernador militar de Caracas, estaba más que preparado para ejecutar la orden, y ochocientas víctimas fueron sacrificadas entre el 14 y el 16 de febrero de 1814, a pesar de las peticiones de clemencia del arzobispo Coll y Prat. En una carta al prelado, Bolívar defendió su decisión sin hacer concesiones: «La salud de mi patria que lo exige tan imperiosamente podría sólo obligarme a esta determinación … la indulgencia aumentaría el número de las víctimas … Se ha conseguido que ayer en el Tinaquillo hayan asesinado veinte y cinco hombres que le guarnecían, sin perdonar uno solo; que Boves no haya dado todavía cuartel ni a uno de los prisioneros que nos ha hecho … El enemigo viéndonos inexorables a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá la impunidad que le aliente». [44]

La contrarrevolución

A comienzos de 1814, Bolívar tenía motivos para pensar que sus políticas estaban surtiendo efecto y que la segunda república estaba a salvo. Monteverde había sido forzado a abandonar Puerto Cabello, y posteriores victorias en el oriente y el occidente del país sirvieron

para asegurar los logros de la revolución. Por desgracia, el futuro le reservaba nuevas y sangrientas batallas, y el año terminó con una derrota humillante. Las razones pronto resultaron evidentes. La base social de la segunda república no era más amplia que la de la primera. La causa de la liberación todavía no había penetrado en las mentes y los corazones de los venezolanos. Esto era un gran motivo de amargura para Bolívar: «La mayor parte de las fuerzas españolas se componían de venezolanos … el enemigo continuaba reclutando tropas entre los habitantes del país, y la sangre americana derramándose por manos americanas. Algunos hijos de América fueron los más empedernidos enemigos de la independencia». [45]

Además de estar dividida y agobiada por los conflictos internos, la élite criolla tenía que hacer frente también al desafío de las masas populares y a dos grupos en particular: los esclavos y los llaneros. El recuerdo de las rebeliones de esclavos de la primera república todavía era algo reciente en las mentes de la aristocracia venezolana, y eso reforzaba su rechazo a la manumisión o a cualquier otra concesión similar. En agosto de 1813, cuando el ejército de Bolívar ocupó Caracas, se identificó a los esclavos como uno de los principales focos de resistencia y se organizó una expedición punitiva para reducirlos. Por otro lado, los hacendados presionaban a Bolívar para que se revivieran las guardias nacionales y las patrullas «con el fin de perseguir ladrones, aprehender prófugos y conservar los territorios y propiedades libres de toda invasión». [46] «Vamos a caer en manos de los negros». Este era el temor persistente de los criollos blancos hacia 1814. Los esclavos fugitivos vivían en cumbres y continuaban peleando por su propia libertad, pero su lucha era una causa autónoma, independiente de la confrontación entre los españoles y los criollos. Cuando en alguno de los dos bandos pelearon fuerzas negras con conciencia de raza, lo hicieron por oportunismo, no por convicción. Y, actuando de forma consecuente, buscaban sistemáticamente a los blancos del bando contrario para aniquilarlos. Después de un enfrentamiento contra una unidad realista el 6 de septiembre de 1813, un oficial patriota señaló en su informe: «Se nota que los muertos [26] son blancos, indios y zambos, con sólo un negro, y cara a cara hemos visto que los menos son los negros, de lo que puede el gobierno hacer las reflexiones que le sean más favorables a nuestra

tranquilidad». Los esclavos podían acabar con las vidas de quienes los habían encadenado, pero no podían aspirar al poder. Al igual que los negros libres y los mulatos, no tenían organización ni líderes. No ocurría lo mismo con los llaneros.

En el interior del país surgió un nuevo líder realista para ofrecer resistencia a la revolución: José Tomás Boves, un asturiano que había llegado a la Venezuela colonial siendo piloto de la marina mercante española. Después de que sus actividades como contrabandista lo llevaron a tener un encuentro con la justicia, Boves se retiró a los llanos, donde se dedicó al comercio de ganado en la ciudad de Calabozo. Cuando la revolución estalló, este español fuerte, astuto y sádico estaba totalmente integrado en su nuevo entorno, las anchas llanuras del interior del país. Esas praderas extensas e interminable, chamuscadas por el sol durante la estación seca y transformadas en grandes pantanos y lagos por las lluvias torrenciales de los meses húmedos, era el hogar de una gente salvaje y guerrera, una mezcla racial de indios, blancos y negros, endurecidos por su hábitat salvaje y con una gran capacidad de aguante a lomos de caballo. Los llanos se habían convertido a lo largo de los años en el refugio de vagabundos, esclavos fugitivos, malhechores y gente simplemente empobrecida, y para la mayoría de los bandidos la supervivencia era más importante que la ideología:

> No es nada extraño ver en estos extensos territorios partidas de salteadores que sin opinión alguna, y sólo con el deseo de vivir del pillaje, se reúnan en grupos y sigan al primer caudillo que les ofrezca el botín del pueblo en donde despojen a sus habitantes de su propiedad. Tal es la causa de que Boves y otros bandidos de esta especie hayan podido reunir multitud de esta misma gente que halla su utilidad en la vida vagabunda, en el robo y en los asesinatos. [47]

«De todos los monstruos que la revolución de América o de cualquiera otro país ha producido —escribió O’Leary—, José Tomás Boves fue el más sanguinario y feroz» [48]. Agraviado por los patriotas en 1812 y encarcelado en Calabozo por insubordinación, Boves fue liberado por los realistas en mayo de

1812 y pronto se convirtió en el caudillo de los llaneros y el azote de Bolívar. Alto y de buena constitución, tenía la cabeza grande, el pelo rubio, la tez pálida y los ojos azules y profundos; su apariencia contrastaba con la de sus seguidores, pero los igualaba e incluso superaba en capacidad física y resistencia. En octubre de 1813, después de una primera derrota a manos de las fuerzas republicanas dirigidas por Vicente Campo Elias, Boves se retiró al sur para recuperarse y transformar a los llaneros en un poderosa caballería de lanceros. El 1 de noviembre distribuyó desde Guayabal una famosa circular en la que invitaba a los llaneros a unírsele y les prometía generosos botines a costa de sus enemigos ricos. Las barbaridades cometidas por el republicano Campo Elias entre la población rural también favorecieron su causa.

¿Cuál era la magia de Boves? ¿Por qué los hombres acudían en tropel para unirse a su banda? ¿Fue acaso un populista auténtico, un líder de una revolución agraria? En la proclamación de Guayabal, Boves decretó una guerra a muerte en contra de los enemigos criollos y la confiscación de sus bienes.[49] Pero la matanza de prisioneros era común en ambos bandos. Y también lo era el pillaje. El decreto simplemente implicaba que Boves, al igual que Bolívar y otros líderes militares, realistas o republicanos, utilizaba las propiedades del enemigo para financiar la guerra y pagar a sus seguidores. Sus seguidores, es cierto, eran negros y mulatos, y lo que él les prometía eran las propiedades de los blancos. A los llaneros, por tanto, los animaba una poderosa mezcla de raza y recompensa, y fue eso lo que les proporcionó tropas a Boves y otros caudillos realistas. Boves, además, atrajo también a los canarios, que se unieron a él motivados, en parte, por el odio que sentían hacia los criollos y las élites y, también, porque éste retribuía a sus hombres con tierras y botines. Es dudoso que fuera un populista verdadero que ofrecía una reforma agraria a los llaneros o libertad absoluta a los esclavos. En cualquier caso, el hecho es que fue capaz de reclutar seguidores entre los negros y los pardos porque les prometió las propiedades de los blancos, algo a lo que contribuyó el resentimiento que había propiciado en la región la oligarquía criolla de la primera república, que había fomentado en los llanos la privatización del ganado y una mayor concentración de la tierra en detrimento de los intereses de las clases populares.

Ésta fue la razón por la que los llaneros se unieron a Boves: para luchar por su libertad y su ganado.

Boves reclutó preferentemente negros y pardos. En su ejército, éstos no sólo podían aspirar a enriquecerse a costa de los blancos, sino que se convirtieron en oficiales. Él solía referirse a los llanos como una región perteneciente a los pardos, como su propiedad y su fortaleza. Según José Ambrosio Llamozas, que fue capellán en su ejército, la principal política del caudillo era, sistemáticamente, matar a los blancos y recompensar a los pardos. Llamozas enumeró las ocasiones específicas en las que habían muerto blancos y llegó a contar cerca de cuatro mil víctimas: «Continuamente recordaba a sus tropas en público su declaración de guerra a muerte a los blancos hecha en el Guayabal, siempre les repetía que los bienes de éstos eran de los pardos». [50] En el ejército de Boves, que en diciembre de 1814 estaba formado por siete mil hombres, había sólo unas cuantas decenas de blancos (entre sesenta y ochenta soldados y entre cuarenta y cincuenta oficiales). El resultado de este sistema fue una reducción espectacular de la población blanca en las provincias que estaban bajo su control y el aumento de las expectativas entre los negros y las razas mestizas, «por su ansia inextinguible de ser libres los esclavos y de tener representación civil y optar a empleos los mulatos y demás castas». [51]

Bolívar era profundamente consciente de las divisiones raciales que existían en Venezuela y de la manera imprudente en que ambos bandos del conflicto se habían aprovechado de los prejuicios raciales. En cierta medida, eso limitaba sus propias opciones. El odio de clase que se había inculcado a los seguidores llaneros de Boves horrorizaba a la aristocracia criolla y confirmaba su resolución de obtener el poder político de acuerdo con sus reglas. Heredia, el regente criollo de la audiencia de Caracas, habla del «odio mortal» que había entre blancos y pardos en la Venezuela de la primera república y comenta que «los guerrilleros, que después quisieron formar partido bajo la voz del rey, excitaron esta rivalidad, llegando a ser proverbio en la boca de los europeos exaltados que los pardos eran fieles, y revolucionarios los blancos criollos, con quienes era necesario acabar». Tal era la política, agregaba, de José Tomás Boves y otros jefes bandidos, que aunque se hacían pasar por realistas eran en realidad «insurgentes de otra

especie», que libraban su guerra contra los criollos blancos. Sobre Boves señaló: «Y así se hizo el ídolo de la gente de color, a la cual adulaba con la esperanza de ver destruida la casta dominante y la libertad del saqueo». [52] Cuando el líder llanero ocupó y saqueó Valencia en junio de 1814, las autoridades españolas se limitaron a observar sin poder hacer nada, y, cuando tomó Caracas, se negó a reconocer al capitán general y no permitió que sus fuerzas llaneras se incorporaran al ejército español. [53] La suya era una autoridad personal, una expresión de violencia más que de legitimidad, y su lealtad estaba reservada a un rey muy distante. Bolívar contemplaba con desazón el desarrollo de los acontecimientos. No dejó de advertir el modo en que los caudillos realistas incitaban a los esclavos y los pardos a saquear con el objetivo de incrementar su compromiso, la moral y la cohesión del grupo. Y no pudo evitar darse cuenta de que algunos de sus propios insurgentes «no tiraban contra los hombres de color». [54]

Bolívar se debatía. Monteverde, herido en la batalla de Las Trincheras el 3 de octubre, fue relevado del mando de Puerto Cabello y en su reemplazó se nombró como capitán general a Manuel Cagigal, un español más convencional. Los realistas estaban recobrando sus fuerzas. En noviembre de 1813, en Barquisimeto, tras una mezcla de pánico y equivocaciones, la infantería patriota permitió que un ejército realista, que no les superaba en número y que parecía prácticamente derrotado, se recuperara, y, al final, fueron los patriotas lo que se vieron obligados a huir. Bolívar, que había perdido a un millar de hombres, estaba furioso y rebautizó al batallón responsable como el batallón Sin Nombre. El Libertador tuvo que tragarse su orgullo y desde Valencia envió una petición urgente a Mariño para que fuera en su ayuda. Luego consiguió reunir un ejército y marchar hacia San Carlos para sumarse a Campo Elias y sus tropas. El 5 de diciembre, en Araure, en las llanuras entre San Carlos y Guanare, Bolívar obligó a los realistas a luchar en una batalla formal, en la que enardeció con sus palabras a los tres mil hombres que componían su ejército (el enemigo contaba con tres mil setecientos). Su infantería, el batallón Sin Nombre, al mando de Urdaneta, guardó filas y mantuvo la disciplina bajo el fuego de la artillería pesada y avanzó sobre la infantería realista apoyado por la caballería. Los realistas, sin embargo,

contraatacaron con fuerza. Cuando la situación se tornó peligrosa, Bolívar mismo se puso al frente de sus dragones más destacados; lanzó un ataque repentino contra la caballería enemiga y consiguió convertir lo que casi era una derrota en una victoria. Llamó entonces a los Sin Nombre los Vencedores de Araure, pues con su valiente carga de bayonetas habían conseguido finalmente romper la formación de las tropas españolas, que huyeron en desbandada. Con esta importante victoria, Bolívar consiguió recuperar el control del occidente venezolano, pero fue su última gran victoria para la segunda república.

Bolívar sabía que estaba forzando sus recursos militares. Para ganar la batalla de Araure había tenido que reunir a todas las tropas disponibles, dejando desprotegido el resto del territorio liberado; desde Coro hasta Caracas los frentes expuestos constituían un peligro. Los prisioneros capturados al ejército realista eran en su mayoría venezolanos, y justo después de la victoria pronunció una proclama desde su cuartel general en San Carlos en la que ofreció el perdón total a todo aquel que se presentara en un campo patriota en el plazo de un mes. La invitación no fue tenida en cuenta y los realistas siguieron reclutando sus tropas entre los venezolanos, y la sangre americana continuó siendo derramada por manos americanas. Y también por manos españolas. Los realistas prosiguieron con la guerra a muerte y no tomaron prisioneros; cuando Ribas entró en Ocumare encontró trescientos cadáveres dentro de la iglesia: hombres, mujeres y niños que no habían participado en la batalla.

Bolívar tendría que enfrentarse a Boves, quien tras devastar los llanos desde las riberas del Orinoco hasta los valles de Aragua y destruir y aterrorizar a los habitantes de todas las poblaciones a lo largo de su recorrido, estaba amenazando Valencia y Caracas. La posición de Bolívar, ya de por sí débil debido a la existencia de una dictadura rival en el oriente del país, estaba siendo ahora demolida por la intervención de este jefe guerrillero convertido en general que luchaba por destruir la república en colaboración con los defensores a ultranza del orden colonial. Finalmente, Marino llegó con sus hombres para unirse a Bolívar y luchar junto a él durante febrero y marzo de 1814. El ejército conjunto se reagrupó en Valencia, y Bolívar cedió el mando a Mariño, «como una muestra

segura de la buena opinión que tenía de su persona y sus servicios, y al mismo tiempo para garantizar la adhesión de los oficiales del oriente a la causa común de Venezuela». [55] Sin embargo, ni los caudillos del oriente ni sus hombres destacaron en estas batallas.

Después de que Boves derrotara a Campo Elias en La Puerta, Bolívar se vio obligado a retroceder a Valencia, y la misión de mantener a raya al líder llanero quedó en manos de Ribas, quien lo derrotó temporalmente en La Victoria el 12 de febrero de 1814. Fue entonces cuando Bolívar firmó la orden que condenaba a muerte a los presos españoles en Caracas y La Guaira. Pero esta medida no afectó de forma alguna a la fortaleza y la moral de los realistas, que de nuevo reunieron a un ejército y amenazaron con destruir la república. Bolívar reunió a todas las tropas disponibles y tomó posición en su hacienda en San Mateo. Pero pronto se vio rodeado, sin esperanza de recibir refuerzos, y la situación, por desgracia, no se convirtió en una resistencia victoriosa sobre su suelo patrimonial. Campo Elias murió durante los enfrentamientos, y el joven capitán Antonio Ricaurte se inmoló junto a los atacantes al volar por los aires el parque militar de los patriotas, que se había ubicado en la casa alta de la hacienda. [56] El ejército patriota se había salvado de la aniquilación, pero la amenaza no había desaparecido. Una vez más Bolívar tuvo que responder, en esta ocasión con las fuerzas unidas de Cumaná y Caracas, Mariño y Bolívar juntos. El 28 de mayo de 1814, los dos ejércitos lucharon unidos en las sabanas de Carabobo, bajo una intensa lluvia. Combatieron uno al lado del otro, los patriotas del oriente y del occidente consiguieron una «victoria señalada», pero que sirvió de poco. Dada la inagotable reserva con la que contaba en los llanos, el ejército de Boves, como una hidra, siempre resurgía tras la carnicería.

Boves avanzó de nuevo desde Calabozo y lanzó otro ataque contra La Puerta, donde Mariño había apostado a sus debilitadas fuerzas en posiciones defensivas sólidas en un cañón, dominado desde una colina por su artillería. La llegada de Bolívar desde Caracas con su secretario, un capellán y algunos ayudantes, transformó la defensa en el ataque, una decisión no muy sabia. En la llanura, la caballería de Boves consiguió en tan sólo unas horas destruir a las fuerzas patriotas, en cuyas filas las bajas rondaron el millar de hombres. Luego comenzó la matanza de los prisioneros. Se

cuenta que Boves invitó a comer a Diego Jalón, que se había beneficiado recientemente de un intercambio de prisioneros, e inmediatamente después lo hizo decapitar. Esta derrota, que tuvo lugar el 15 de junio de 1814, fue el principio del fin de la segunda república. Mientras Bolívar, Mariño, Ribas y algunos cuantos oficiales más escapaban a Caracas, Boves ocupó el fértil valle de Aragua y cortó las comunicaciones entre la capital y Valencia. Allí la guarnición resistió tenazmente hasta que se vio obligada a aceptar una entrega negociada que establecía que las vidas y las propiedades de los ciudadanos, así como las de la guarnición serían respetadas. Boves juró que cumpliría el pacto durante una misa, antes de la eucaristía. Sin embargo, la siguiente noche, mientras las esposas de los patriotas bailaban, ordenó que se matara a sus maridos. La masacre continuó hasta que todos los patriotas de la ciudad fueron exterminados. [57]

En Caracas, Bolívar buscaba de forma desesperada un modo de evitar la catástrofe. La ciudad carecía de víveres suficientes para soportar un sitio y no contaba con bastante dinero para pagar un ejército. Reunió la plata y las joyas de las iglesias y consiguió llenar veinticuatro cofres que envió al oriente. Su resistencia simbólica al avance de Boves por el occidente fue superada con facilidad y el pánico se apoderó de los habitantes de la capital. Bolívar comenzó la evacuación de la ciudad utilizando algunas tropas que había conseguido salvar, así como a las que habían llegado por mar provenientes del sitio de Puerto Cabello. A Pepita Machado la envió a Saint Thomas. Los civiles se marcharon en masa hacia el oriente del país, huyendo aterrorizados de Boves y sus hombres; fue un éxodo de refugiados desesperados, azotados por el hambre, las enfermedades y las dificultades del terreno; los sobrevivientes llegaron a Barcelona veinte días más tarde y algunos de ellos consiguieron luego trasladarse a Cumaná. Hubo un breve receso en el que fue posible organizar una cierta resistencia en el cuartel general patriota en Aragua de Barcelona, pero Bolívar no podría evitar otra derrota humillante, esta vez a manos de otro jefe realista, Francisco Morales, ni impedir que sus tropas, indisciplinadas, desertaran apenas divisaran al enemigo. De hecho, en esta ocasión, el Libertador ni siquiera estuvo al mando, pues el enfrentamiento ocurrió en territorio de Marino y el encargado de

dirigir la defensa era uno de sus oficiales, el teniente Francisco Bermúdez. Morales mató a todos los civiles de la ciudad; en total, 3.700 patriotas y 1.011 realistas perdieron sus vidas en la batalla de Aragua de Barcelona. [58] La mayoría de las bajas eran venezolanas, una glosa más de la guerra a muerte. Cazando y matando a los refugiados a lo largo del camino, Morales siguió hasta Barcelona, a la que entró el 20 de agosto.

Boves llegó a Cumaná en octubre y se apresuró a ocuparla, dando así inicio a otro reinado del terror y a la destrucción final de la segunda república. Sólo en esta ciudad se cometieron más de mil asesinatos, entre las víctimas se encontraban muchas de las familias desafortunadas que habían llegado huyendo de Caracas. Los caudillos del oriente comenzaron entonces a enfrentarse con los oficiales del occidente y también entre sí. Marino quería evacuar Cumaná y concentrar la resistencia en Margarita o Güiria. Ribas insistía en que los patriotas debían conservar Cumaná a toda costa. Éste último ganó la discusión, pero Cumaná no era exactamente un premio, pues los realistas ya habían puesto sus ojos en ella. Al final, los líderes patriotas tuvieron que huir aún más hacia el este junto con la mayoría de la población civil. Maturín era la siguiente escala. Allí Bermudez pretendía mantener a las fuerzas patriotas en posición defensiva, mientras que Ribas insistía en que debían ser ellos quienes salieran a atacaran a Boves. Su opinión prevaleció de nuevo y el ejército patriota, compuesto por unos tres mil hombres, se enfrentó en Urica a las tropas de Boves, que los doblaban en número. Fue una masacre. Un lancero patriota acabó con la vida de Boves en aquella batalla fatal, pero allí también quedó sepultada definitivamente la segunda república. Los pocos patriotas que consiguieron escapar a la carnicería se dirigieron a Maturín. Muerto Boves, la tarea de arrasar este último refugio independentista recayó en Morales, cosa que hizo con no menos crueldad que su antiguo jefe; sus seguidores se jactarían luego de haber violado a todas y cada una de las mujeres del lugar. Ribas, que consiguió escapar de la ciudad, fue capturado cerca de allí. Se le condenó a muerte y se le descuartizó. Los realistas frieron su cabeza en aceite y la llevaron a Caracas, en donde la exhibieron coronada por el gorro frigio que el revolucionario acostumbraba a usar. [59] A finales de enero de 1815 la provincia entera había caído en poder

de los realistas y la independencia de Venezuela parecía más lejana que nunca.

Bolívar no participó en este trágico final. La noche del 25 de agosto, cuando llegó a Cumaná, descubrió que en la ciudad reinaba la confusión; los refugiados civiles necesitaban ayuda, las tropas estaban desorganizadas, no había provisiones ni posibilidades de establecer un orden o de organizar una resistencia. Una vez más, en medio del terrible colapso de otro de sus proyectos a manos del caos, tuvo que optar por dejar la república a su destino y abandonar el país. Sin embargo, incluso escapar fue difícil. [60] Al día siguiente zarpó con Mariño hacia la isla Margarita, llevando consigo la plata y las joyas de las iglesias de Caracas, las cuales se vio obligado a compartir con el corsario Giovanni Bianchi, el comandante de las naves que se encargaban de la evacuación de los patriotas. En la isla, encontraron que el control lo tenía otro caudillo, Manuel Piar, un mulato ambicioso que buscaba establecer su propio espacio en el oriente de Venezuela y que trató a los dos libertadores como fugitivos. Bolívar, que hirvió de cólera, nunca olvidaría esta afrenta. Bolívar y Mariño volvieron al continente y, al desembarcar en Campano el 3 de septiembre, descubrieron que Ribas también se había convertido en un rival y los había declarado desertores de la república, nombrándose a sí mismo jefe supremo del occidente y a Piar jefe supremo del oriente. Ribas arrestó a Mariño y obligó a Bolívar a entregarle los cofres con lo que quedaba de las riquezas de la Iglesia, así como las provisiones que llevaban en sus barcos. Después les permitió embarcar de nuevo y partir hacia Cartagena, uno de sus últimos actos antes de tener que enfrentarse a su propia ruina. Haber fallado y tener que huir una vez más fue para el Libertador una experiencia dolorosa.

Antes de zarpar, redactó y difundió su Manifiesto de Carúpano, en el que se defendía e intentaba explicar el fracaso de la segunda república, un documento conmovedor que constituye un testimonio de su impotencia y determinación, de fracaso y obstinación. [61] En él, Bolívar lamentaba las divisiones de la sociedad americana, que eran la causa de que tantos hubieran rechazado a sus libertadores. «Parece que el cielo para nuestra humillación y nuestra gloria ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros». El ejército de

liberación habría podido destruir al enemigo, sin embargo, insistía, «no es justo destruir los hombres que no quieren ser libres». ¿Cómo podía prevalecer la filosofía política, se preguntaba, sobre el vicio y la avaricia? «No, no son los hombres vulgares los que pueden calcular el eminente valor del reino de la libertad, para que lo prefieran a la ciega ambición y a la vil codicia. De la decisión de esta importante cuestión ha dependido nuestra suerte; ella estaba en manos de nuestros compatriotas que pervertidos han fallado contra nosotros». Había que buscar la fuente original de toda desgracia: la fragilidad humana. «Pretender que la política y la guerra marchen al grado de nuestros proyectos, obrando a tientas con sólo la pureza de nuestras intenciones, es querer lograr los efectos de un poder divino por resortes humanos». Bolívar reconocía que no estaba libre de culpa y que quizá había sido el «instrumento infausto» de las miserias del país, pero, aunque era posible que su conciencia pudiera haberle aconsejado de forma equivocada o poco eficiente, nunca había sido partícipe de errores intencionados o acciones maliciosas. Y pedía que fuera el Supremo Congreso de la Nueva Granada el que se encargara de juzgarlo. «Yo os juro que, libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir hasta volver segundamente a libertaros, por la senda del occidente, regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles».

Por desgracia, por el momento, la senda del occidente estaba cerrada.

PARTIDA Y EXILIO

En su viaje a través del Caribe, la moral de Bolívar no se vino abajo. Vencido y proscrito en el oriente, todavía se le guardaba respeto en Nueva Granada y en Cartagena, ciudad a la que llegó el 19 de septiembre de 1814 para establecer en seguida su residencia en el palacio del obispo, que entonces se hallaba ausente. Aún seguía siendo un general y el Libertador, y, como tal, detentaba un rango militar superior; se esperaba que desempeñara un papel importante, aunque todavía indefinido, en un país dividido en facciones rivales y una confederación débil.

Un mes más tarde, cuando subía por el río Magdalena de camino hacia Tunja, la sede del congreso, se encontró con las tropas del general Urdaneta, quien había conseguido abrirse paso por el occidente de Venezuela y también se dirigía a Tunja, al parecer, en una misión rival. Las tropas de Urdaneta rompieron filas y se presentaron ante Bolívar con gritos de «¡Viva el Libertador!». Urdaneta tuvo que aceptar lo inevitable, y Bolívar tuvo que saludar y a la vez amonestar a las tropas, lo que hizo con unas palabras memorables:

> ¡Soldados! ¡Habéis henchido mi corazón de gozo! Pero ¿a qué costa? A costa de la disciplina, de la subordinación, que es la primera virtud del militar. Vuestro jefe es el benemérito general Urdaneta, y él lamenta como yo el exceso a que os condujo vuestro amor. ¡Soldados! Que no se repitan más los actos de desobediencia entre vosotros. Si me amáis, probádmelo continuando fieles a la disciplina y obediencia a vuestro jefe. Yo no soy más que un soldado que vengo a ofrecer mis servicios a esta nación hermana. Para nosotros la patria es la América; nuestros enemigos los españoles; nuestra enseña, la independencia y libertad. **[62]**

Lo escoltaron en la entrada a Tunja el 22 de noviembre, donde rindió cuentas al congreso sobre el surgimiento y la caída de la segunda república venezolana y recibió el caluroso apoyo de su presidente Camilo Torres: «Vuestra Patria no ha perecido mientras exista vuestra espada. Habéis sido un militar desgraciado pero sois un grande hombre». **[63]** El gobierno de Nueva Granada lo ascendió a general de división de la confederación, y se le otorgó el mando del las fuerzas armadas con el fin de someter a la provincia de Cundinamarca a la unión y hacer que Cartagena entrara al redil. Bolívar, sin embargo, necesitaba la Nueva Granada para otra misión: recuperar Venezuela. ¿Podría conciliar las dos?

Después de que Nariño, que se oponía a la confederación y prefería un gobierno central fuerte, hubo sido capturado por las tropas realistas, el gobierno de Cundinamarca había quedado en manos de Manuel Bernardo Álvarez, un político incompetente y un fanático religioso que se negó a reconocer la unión. Bolívar marchó con sus tropas hasta Santa Fe de Bogotá y se mostró dispuesto a conciliar, pero Álvarez rechazó el ofrecimiento, lanzó acusaciones

criminales contra Bolívar y las tropas venezolanas y anunció que estaban excomulgados. Álvarez y sus aliados en el clero dejaron que sus prejuicios políticos y su desinformación les hicieran quedar en ridículo cuando, al poco tiempo de haber excomulgado a Bolívar por haber venido a saquear las iglesias y ultrajar a las vírgenes de la provincia, se vieron en la necesidad de exonerarlo y declararlo un católico bueno y fiel. Bolívar consideró que todo el asunto había sido una completa farsa. Al negar las acusaciones, alegó que en su acercamiento a Santa Fe nunca había tenido la intención de declarar la guerra a muerte, «ni la haré nunca en este país pacífico, donde los españoles se han portado de un modo muy diferente que en Venezuela». [64] Con todo, sus tropas se vieron obligadas a abrirse paso en la ciudad calle por calle hasta que, el 12 de diciembre de 1814, consiguieron ocuparla. Bolívar podía proclamar con razón que había llegado como un libertador y unificador.

En enero de 1815, el congreso y el gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada se trasladaron de Tunja a Santa Fe; después nombró a Bolívar capitán general de los ejércitos de la confederación y aprobó sus planes para la defensa de las fronteras y la invasión de Venezuela. Su propio mensaje al congreso era una súplica por la unidad y la solidaridad en contra de las amenazas provenientes del exterior y el peligro que planteaba el enemigo interno: si los americanos habían padecido hasta entonces tantos horrores y desastres, «ha sido por culpa nuestra y no por el poder de nuestros enemigos». «Persuadamos a los pueblos … que esta mitad del globo pertenece a quien Dios hizo nacer en su suelo, y no a los tránsfugos transatlánticos, que por escapar de los golpes de la tiranía vienen a establecerla sobre nuestras ruinas» [65]. La tarea más urgente de Bolívar era garantizar la seguridad del frente del Atlántico, donde los españoles contaban con una cabeza de puente vital, y la estabilidad de Cartagena, en donde Castillo estaba ocasionando problemas. Liberó Ocaña y Mompós, pero antes de que pudiera alcanzar la última base española en Santa Marta cambió de objetivo. El desvío resultaría fatídico.

La obstinación con la que Cartagena se negaba a aceptar la autoridad de Bolívar o de cualquier institución central, y la animosidad personal de su comandante, el coronel Manuel del Castillo, atraparon al Libertador en una guerra civil. Durante seis

semanas, buscó desde Mompós la negociación y la conciliación, pero no tardó en resultar evidente que Castillo nunca cooperaría con un hombre por el que sentía una profunda aversión personal. Castillo lo veía como un invasor de su espacio y lo despreciaba como estratega por considerar que había desperdiciado los recursos militares de Nueva Granada en sus disparatadas aventuras en Venezuela. En contra de lo que hubiera sido más aconsejable, Bolívar acordó con sus militares poner sitio a Cartagena y, el 27 de marzo, estableció su cuartel general en el monasterio de La Popa en el cerro que dominaba la ciudad. Tomó medidas para asegurar sus rutas de abastecimiento, y Castillo respondió haciendo envenenar la reserva de agua de La Popa, y, aunque las salidas militares de Castillo fueron un fracaso, el ejército de Bolívar se iba desvaneciendo por culpa de las deserciones. Era una batalla que ninguno de los dos lados podía ganar y de la que los únicos que sacarían provecho serían los realistas. Mientras Bolívar luchaba para que Cartagena se sumara a la corriente principal de la revolución, los realistas consiguieron recuperar los territorios que habían perdido en el valle del Magdalena y abrir un boquete por el cual era posible invadir la república. La angustia de Bolívar era insoportable. Firmó un pacto de paz con Castillo, presentó su renuncia al mando del ejército (algo que había estado intentando hacer desde marzo) y, habiendo perdido toda esperanza de resolver los problemas de Nueva Granada, partió hacia Jamaica. Una expedición española al mando del general Pablo Morillo desembarcó en Santa Marta en julio de 1815. Cartagena mantuvo una resistencia suicida a un sitio que duró más de cien días. El 6 de diciembre finalmente cayó. La ciudad estaba muerta, sus calles y sus casas estaban repletas de cadáveres, y los pocos patriotas que seguían con vida fueron masacrados por los realistas. Castillo fue capturado y ejecutado.

Bolívar zarpó en un buque propiedad de Maxwell Hyslop, un comerciante inglés, y llegó a Jamaica el 14 de mayo de 1815. Antes de embarcarse se despidió con pesar de sus soldados, lamentando la campaña que se habían visto forzados a luchar, no contra los tiranos, sino contra sus propios paisanos; no obstante, aunque él debía abandonar el mando, ellos tenían que continuar la lucha por la libertad, pues de ellos dependía la república.[66] Bolívar dejó

Nueva Granada habiendo aprendido con claridad una lección: él y sus hombres no habían sido derrotados por españoles, sino por americanos. «En Nueva Granada —escribió— las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la falta de centralización en el general, han conducido aquel precioso país al estado a que se ve reducido en el día. Por esta razón, sus débiles enemigos se han conservado, contra todas las probabilidades» [67] . Lo que necesitaba América era un gobierno fuerte, no uno liberal.

El período de 1813 a 1815, los años de la «campaña admirable» en Venezuela, las victorias en Nueva Granada y el triunfo de la contrarrevolución, fue otro capítulo en la historia de progreso personal y frustración pública de Bolívar. Su propio análisis señalaba una conclusión ineludible: cuando impuso personalmente sus políticas y proyectos, éstos funcionaron. Su éxito se vio interrumpido cuando intervinieron los intereses de otros, y la rivalidad de los criollos y la hostilidad de los caudillos se conjugaron para impedirle seguir adelante. Los caudillos representaban el próximo desafío. Hasta ahora, tenía la gloria, pero el poder seguía estando lejos de su alcance.

Capítulo 5

LA PIEDRA DE TOQUE DE LA REVOLUCIÓN

La carta de Jamaica

En 1814, Femando VII regresó a España, restableció el gobierno absolutista y comenzó a perseguir a los liberales. En América, su política careció de imaginación y fue insensible a los intereses de la paz. En el continente americano la restauración significó la reconquista y el resurgimiento del estado colonial. El 16 de febrero de 1815, una fuerza expedicionaria partió de Cádiz bajo el mando del general Pablo Morillo, un rudo militar de carrera, veterano de la guerra de independencia española, que basaba su dominio en el orden y la disciplina. Su destino original, el Río de la Plata, se reemplazó al final por Venezuela, el corazón de la revolución y de la contrarrevolución, un punto desde el cual podía reconquistarse Nueva Granada, reforzarse Perú y abrirse el camino hacia el Río de la Plata y Chile. Compuesta por cuarenta y dos transportes, cinco buques de guerra de escolta y cerca de diez mil hombres (a los que luego se sumarían los refuerzos anuales), ésta era la expedición más grande que España había enviado a América en tres siglos. [1] Pero su tamaño era mayor que su moral, y, una vez en América, el número de las tropas pronto se redujo debido a las muertes y las deserciones. La expedición española estaba formada por reclutas, no por voluntarios. La reconquista de las colonias no era una causa popular en España, y ni las tropas ni los oficiales deseaban arriesgar sus vidas en el continente americano, y aún menos en Venezuela, donde el entorno y la lucha eran tristemente famosos por su crueldad. [2]

Los españoles entraron en acción con rapidez, y, en un primer momento, su número y su profesionalismo les permitieron imponerse. En abril, antes de lanzarse a la reconquista del continente. Morillo ocupó Margarita. En mayo entró en Caracas «para perdonar, recompensar y castigar». Y en julio se dirigió a Nueva Granada, donde, en una campaña veloz e implacable, completó la reconquista hacia octubre de 1816. Santa Fe de Bogotá se vio sometida a un reinado del terror sin precedentes. La élite patriota fue erradicada en una orgía de sangre en la que unos fueron ahorcados, algunos decapitados y otros fusilados, y a la que con cinismo se describió como «pacificación». Los campesinos, por su parte, fueron reunidos en cuadrillas de trabajo para convertir la colonia en una fuente de suministros para el ejército de Morillo. El año de 1816 fue el más negro de la revolución americana, el año de las horcas en Nueva Granada y de la reacción y el castigo a lo largo y ancho del subcontinente.

El rey de España habló piadosamente de misericordia y reconciliación, pero la carnicería había sido demasiado grande. Los criollos habían perdido sus vidas y sus propiedades; los pardos habían conseguido avanzar. Era imposible retroceder el tiempo, y la contrarrevolución se impuso como una reconquista violenta. Morillo necesitaba dinero y provisiones. En 1815 actuó con rapidez y, sin respetar el debido proceso, procedió a la incautación y venta de las propiedades de los rebeldes, que habían sido definidos de forma lo suficientemente amplia para abarcar tanto a los líderes y partidarios como a los simples seguidores pasivos y los emigrantes. Entre 1815 y 1816, la Junta de Secuestros de Venezuela vendió propiedades por aproximadamente un millón de pesos, que pasaron a engrosar las arcas reales. Se confiscaron cerca de doscientas haciendas, la mayoría de ellas en la costa y en los valles del norte del país, las propiedades de una pequeña élite de ciento cuarenta y cinco individuos, entre ellos los Tovar, los Blanco, Los Toro, los Machado y los Palacio. El mismo Bolívar perdió cinco de sus fincas y otras propiedades valoradas en ochenta mil pesos, la incautación más grande hecha a una sola persona por los realistas, un indicativo de la riqueza total del Libertador, que ascendía a unos doscientos mil pesos, y de su posición como uno de los hombres más ricos de Venezuela.[3] Ésta, era evidente, no era la forma de reconciliarse

con la élite venezolana. Allí, al igual que en otras partes, la contrarrevolución resultó contraproducente.

Al recibir las noticias sobre estos acontecimientos, cuyo terrible desarrollo se volvió predecible, Bolívar revisó su plan inicial, que consistía en viajar de Jamaica a Inglaterra con el fin de «procurar auxilios» allí. [4] Las acciones de España en el continente le exigían mantenerse cerca de lo que estaba ocurriendo. Su reacción fue indefectible: primero, el análisis intelectual; luego, la preparación del contraataque. Su célebre «Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta Isla», más conocida con el nombre de Carta de Jamaica, está fechada en Kingston el 6 de septiembre de 1815 y dirigida al señor Henry Cullen, un amigo y admirador, de Falmouth, en la costa norte de la isla, e implícitamente al público de habla inglesa en general. [5] El texto era un réquiem por el fracaso pasado y una celebración de las perspectivas futuras, y la elocuencia de Bolívar consiguió elevar la revolución de Hispanoamérica a lo más alto de la historia mundial y realzar su propio papel en su liderazgo intelectual y político.

Bolívar no era el primer estadista que emprendía la construcción de una teoría de la emancipación colonial. En Norteamérica, Richard Bland, John Adams y Thomas Jefferson, así como las declaraciones del Congreso Continental y la Declaración de Independencia en sí misma, habían hecho cruciales contribuciones al debate colonial. Sin embargo, Bolívar estaba convencido de que la experiencia norteamericana era diferente de la del pueblo hispanoamericano y que, por tanto, ésta nunca podría servirle de modelo. En ese sentido, tuvo que diseñar su propia teoría de la liberación nacional y, como hemos señalado, ésta fue una contribución a las ideas de la Ilustración, no una simple imitación de ellas. Y en 1815 encaminó sus esfuerzos a la búsqueda de una visión total de América, más allá de Venezuela y Nueva Granada.

Con todo, la Carta de Jamaica fue más un ejercicio de liberalismo aplicado que un discurso teórico, aunque sin duda se funda y defiende ciertas premisas políticas y morales: que el pueblo tiene derechos naturales, que tiene el derecho a resistirse a la opresión, que el nacionalismo tiene sus propios imperativos, y que la imposibilidad de acceder a cargos públicos y a las oportunidades económicas justifica la rebelión. Bolívar comenzaba señalando que,

a través de su política injusta y opresora, España había cortado sus lazos con América y autorizado a los dieciséis millones de americanos a defender sus derechos, tanto más cuanto que la opresión no había hecho sino aumentar con la contrarrevolución. Estos derechos eran derechos naturales, otorgados por Dios y la naturaleza. Era cierto que «un principio de adhesión» había vinculado a los americanos a España, lo cual podía apreciarse en el hábito de la obediencia, la comunidad de intereses, el entendimiento, la religión, la buena voluntad reciproca y, de parte de los americanos, en el respeto por la cuna de sus antepasados. Pero todos estos vínculos se habían quebrado en la medida en que la afinidad se había tornado antipatía, y los elementos que unían a americanos y españoles se habían vuelto precisamente lo contrario, indicios de un nacionalismo incipiente (aunque éstas no fueron las palabras de Bolívar). Y, además, había problemas de identidad. Los americanos de nacimiento no eran ni indios ni europeos, sino que estaban en una posición ambigua entre usurpados y usurpadores. Bajo el gobierno español su papel político era puramente pasivo: «La América no sólo estaba privada de su libertad, sino también de la tiranía activa y dominante». La mayoría de los gobernantes despóticos, sostenía, por lo menos contaban con un sistema organizado de opresión en el que representantes de los subordinados participaban en diversos niveles de la administración. Sin embargo, bajo el absolutismo español no se permitía a los americanos cumplir ninguna de las funciones del gobierno e incluso de la administración interna. Con lo cual, concluía, no sólo estaban privados de sus derechos, sino que se les mantenía en un estado de infancia política.

Bolívar daba ejemplos significativos de la desigualdad y la discriminación que padecía la población colonial. Su argumento era que al privar a los americanos de oportunidades económicas e impedirles el accesos a los cargos públicos, España condenaba a sus colonias a ser una simple fuente de mano de obra y un mercado de consumidores. No se les permitía competir con España ni abastecerse por sí mismas, ni en productos agrícolas ni en artículos manufacturados. Sólo se les permitía producir materias primas y metales preciosos, y la exportación, incluida la de éstos productos, estaba controlada por el monopolio comercial español. Por otra

parte, agregaba, esas medidas estaban vigentes y se aplicaban ahora «quizá con mayor fuerza que nunca», una observación que investigaciones modernas han confirmado, al demostrar que el comercio libre fue concebido con el fin de expandir el comercio colonial español y encauzarlo con mayor eficacia a través de los monopolistas peninsulares. El nuevo imperialismo de los Borbones también buscaba restaurar el dominio español en los nombramientos. Bolívar señalaba que los americanos habían sido excluidos de todos los cargos de mayor importancia y se les impedía adquirir cualquier tipo de experiencia en el gobierno y la administración. «Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas y casi ni aun comerciantes». La conclusión de los estudios modernos es que en los primeros tiempos de la historia colonial, entre 1650 y 1750, los americanos tenían un acceso amplio a los cargos públicos (especialmente a través de su compra) pero que luego éste se restringió durante la «reacción española» que el mismo Bolívar vivió. [6] Bolívar iba más allá, sostenía que los americanos poseían un derecho «constitucional» de acceder a los cargos públicos, derivado de un pacto entre Carlos V y los descubridores, conquistadores y pobladores de América, según el cual, en retribución por haber asumido ellos mismos la empresa y los riesgos que ésta suponía, se les concedía que fuesen señores de la tierra y dirigieran su administración. Como versión de la historia la idea es cuestionable, pero la discusión involucra una importante noción contractual que Bolívar buscaba trasplantar en suelo americano.

En la Carta de Jamaica Bolívar se veía conscientemente del lado del cambio y en contra de la tradición, a favor de la revolución y en contra del conservadurismo. La formación de dos partidos, «conservadores y reformadores», sostenía, era algo característico de las guerras civiles. Los primeros suelen ser los más numerosos, porque el peso de la costumbre induce a la obediencia a las fuerzas establecidas; los segundos son siempre menos, aunque más vehementes e ilustrados, de tal forma que el número de unos se contrarresta con la fuerza moral de los otros. La polarización

prolongaba el conflicto, pero él mantenía la esperanza en la lucha, porque en la guerra de la independencia las masas estaban siguiendo a reformadores. Bolívar también veía la situación internacional en términos de la oposición entre el conservadurismo y el liberalismo, entre la Santa Alianza y, de hecho, Gran Bretaña. En cuanto al aislamiento de Hispanoamérica (en 1815) y la necesidad de un aliado comprensivo, escribió: «Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria».

La visión que tenía Bolívar del antiguo régimen y del cambio revolucionario no era igual a la que se tenía en Europa o Norteamérica, y la utilidad de los modelos foráneos tenía límites precisos. Vivía en un mundo con una historia, unos recursos y una organización social muy distintas, y trabajaba entre gente con expectativas diferentes. En su búsqueda de las formas de gobierno apropiadas para su proyecto podemos verlo, una vez más, volver a las ideas políticas de la Ilustración. Como hemos anotado antes, consideraba fundamental que las soluciones políticas y los sistemas de gobierno se ajustaran a las condiciones de Hispanoamérica y fueran capaces de satisfacer sus necesidades. Una de sus carencias más grandes era la de una autoridad central fuerte. Los americanos se habían alzado con rapidez en la revolución sin contar con experiencia previa en los asuntos públicos. Esto hizo que les resultara difícil organizar su independencia o beneficiarse de las instituciones liberales. Eran criaturas del Siglo de las Luces y, apenas tuvieron la oportunidad, crearon juntas populares que dieron lugar a congresos, y éstos, a su vez, a un gobierno democrático y federal que declaró los derechos del hombre, mantuvo el equilibrio de los poderes y aprobó leyes generales en favor de la libertad civil y la libertad de prensa, entre otras. Su conclusión era inexorable: «Los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y elecciones populares, y estos partidos nos tornaron a la esclavitud».

La Carta de Jamaica es más importante como reflejo de las ideas

de Bolívar y como fuente en la cual indagar lo que motivaba sus acciones que como llamamiento al pueblo americano, pues fue un llamamiento que en 1815 el pueblo americano no oyó. El texto se publicó por primera vez en inglés en 1818, y la primera versión conocida en español vio la luz en 1833. No obstante, el Libertador aprovechó el contenido de la Carta, en ocasiones palabra por palabra, en muchas otras declaraciones públicas a lo largo de los años posteriores, de forma que se convirtió en moneda corriente del ideario político de la revolución hispanoamericana. No se equivocaba Camilo Torres cuando, al enterarse del exilio de Bolívar en Jamaica, declaró que no perdía sus esperanzas en el futuro de la revolución: «allí donde está Bolívar, está la república». [7] Coincidía en ello con Bolívar, que hizo de sí mismo la medida de la revolución.

Mientras estuvo en Jamaica, Bolívar intentó, a través de cartas a la prensa y a sus propios contactos, influir en la opinión de los británicos de la isla para que respaldaran la causa de la independencia e, indirectamente, conseguir el apoyo del gobierno de Gran Bretaña. Estas cartas no tenían el contenido intelectual de la *Carta de Jamaica* y eran más que nada ejercicios de propaganda, no todos ellos convincentes. En una carta a *The Royal Gazette*, por ejemplo, afirmaba que el gobierno de Nueva Granada estaba en condiciones de reunir tropas capaces de vencer al ejército español y sitiar Cartagena, mientras que el pueblo de Venezuela había tomado todas las provincias del interior del país y se preparaba para empujar al enemigo al mar. [8] En otra, describía con todo lujo de detalles escabrosos las atrocidades cometidas por los españoles en Venezuela contra los ancianos y los enfermos, las mujeres y los niños, en su intento de «aniquilar al Nuevo Mundo y hacer desaparecer a sus habitantes». [9] En un artículo aparecido en el mismo periódico, con el que probablemente buscaba tranquilizar a los británicos con intereses en el Caribe, pintaba un cuadro idílico sobre las relaciones raciales en Hispanoamérica entre blancos, indios, negros y mestizos, que no coincidía para nada con su propia experiencia y con sus opiniones posteriores. [10] Los blancos, pese a ser minoría, poseen una igualdad relativa y una gran influencia gracias a sus cualidades intelectuales. El indio es amigo de la paz, «el amigo de todos», está contento con su seguridad, su tierra y su

familia, y protegido por la igualdad que concede el gobierno. El esclavo «vegeta abandonado en las haciendas … y como la religión le ha persuadido que es un deber sagrado servir, ha nacido y existido en esta dependencia doméstica, se considera en su estado natural como un miembro de la familia de su amo, a quien ama y respeta». Los caudillos españoles, ignorantes de las verdaderas causas de la revolución, han intentado sublevar a la población de color, incluyendo a los esclavos, en contra de los criollos blancos, promoviendo los saqueos y el derramamiento de sangre, pero al final éstos abandonaron la causa española y pasaron a apoyar la independencia, por lo que es posible afirmar que «todos los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean, se profesan un afecto fraternal recíproco, que ninguna maquinación es capaz de alterar». También volvió a ponerse en contacto con sir Richard Wellesley, a quien escribió una carta en la que insistía en los argumentos que ya había tenido ocasión de exponer en Londres y con la que esperaba conseguir recordarle al gobierno británico las necesidades de Suramérica.

Jamaica fue un penoso exilio para Bolívar, un paraíso convertido en purgatorio; derrotado por los españoles y repudiado por su propia gente, vivía en circunstancias de pobreza pública y personal. Recurrió en busca de cooperación y dinero a su amigo inglés Maxwell Hyslop, quien, junto a su hermano Wellwood, comerciaba desde Jamaica con Cartagena y el resto del continente, y seguía el movimiento de independencia con profundo interés. [11] Maxwell fue un verdadero amigo en los momentos de necesidad, un benefactor que acudió al rescate del Libertador con préstamos y otras formas de ayuda que le valieron su gratitud eterna, «los servicios que Vd. ha prestado a Colombia y a mí personalmente, son objetos de reconocimiento que nunca olvidaré», escribiría Bolívar años después. En las cartas que dirigió a su amigo, Bolívar se muestra realista al considerar las posibilidades de la revolución. Reconocía que si Morillo actuaba con decisión y rapidez, «la restauración del gobierno español en la América del Sur parece infalible». Y además tenía pocas ilusiones respecto a la opinión popular: «Aunque los seres que piensan son todos, todos independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses». Suramérica sucumbiría a menos de que

una nación poderosa acudiera en su auxilio. Esa era la oportunidad de Inglaterra, que había perdido sus mercados en Venezuela y probablemente en Nueva Granada, pero que podría recuperarlos con un bajo costo si les ofrecía la protección de sus armas y su comercio. [12]

Durante los siguientes meses, Bolívar dependió del dinero de Hyslop, a quien reconoció que carecía completamente de recursos: «Ya no tengo un duro, ya he vendido la poca plata que traje». A un préstamo de cien pesos le siguió otro por la misma cantidad. [13] Bolívar no sólo utilizaba el dinero para sus gastos, sino que también ayudaba a otros compañeros de exilio, en un momento en el que sus propias necesidades se iban haciendo cada vez más apremiantes. El 4 de diciembre se vio obligado a solicitar un nuevo préstamo para pagarle a su casera, que lo estaba acosando por un dinero que le debía. «Esta maldita mujer me cobra ahora más de cien pesos de gastos extraordinarios que verdaderamente son injustos, pero como ella es tan maldiciente, tan perversa y tan habladora, no quiero, no quiero que me vaya a ejecutar delante de un juez por tan poco y me exponga por sus insolencias y ultrajes a una violencia con ella. Yo no tengo un maravedí, así suplico a Ud. me haga el favor de mandarme estos cien pesos, para pagar a esta mujer, con los cuales serán trescientos pesos que me ha prestado Ud.» [14]

Jamaica tenía cosas todavía más aterradoras que las caseras latosas. Mientras cambiaba de residencia, Bolívar se estaba alojando con el teniente coronel Páez y disponía de una habitación en su casa. En la noche del 10 de diciembre, cerca de las 10 de la noche, un asesino entró en el dormitorio de Bolívar, se acercó a tientas al cuerpo que dormía en su hamaca y hundió un cuchillo en el cuello de la víctima, que luchó contra su atacante hasta que una segunda herida en el costado acabó con sus gritos y su vida. El asesino fue capturado y resultó ser un esclavo de Bolívar llamado Pío. La víctima, sin embargo, no era Bolívar, sino un compatriota suyo, Félix Amestoy, antiguo miembro de su guardia de honor, que había ido a visitarlo y, viendo que no llegaba, aprovechó la hamaca vacía para dormir un rato. La ausencia de Bolívar ha dado origen a diferentes relatos. En la historia legendaria del Libertador, los acontecimientos dramáticos a menudo adquieren un trasfondo erótico, y la versión de Jamaica lo sitúa en casa de una mujer. Pero

¿quién puede saberlo? La prensa de Kingston recogió el asesinato y el juicio que le siguió, donde salieron a la luz más detalles. Pío dijo que dos españoles, cuyos nombres no reveló, le habían ofrecido dos mil pesos por matar a su amo y le habían dado a beber alcohol. Confesado el crimen, el eslavo fue hallado culpable y ejecutado, y su cabeza se exhibió en Kingston. Según la prensa, se trataba del tercer atentado contra la vida del Libertador, perpetrado por «algunos españoles de la más baja esfera». [15] ¿De quiénes se trataba? Tres generales estaban bajo sospecha, Morillo, Moxó y La Torre, pero O'Leary no creía que Morillo pudiera caer tan bajo, y Bolívar se guardó su opinión.

Jamaica era útil para Bolívar como refugio temporal pero no como base para una nueva invasión a Venezuela. Cartagena era una posibilidad y todavía contaba con seguidores allí, encabezados ahora por un aliado dudoso, el malévolo H. L. V. Ducoudray-Holstein, un mercenario francés de origen danés, secundado por Luis Brión, un rico y amable comerciante dedicado al transporte de mercancías, nacido en Curazao y venezolano de adopción, que estaba destinado a ser uno de los hombres más fiables entre los bolivarianos. Sin embargo, la ciudad cayó en manos de Morillo el 6 de diciembre en una orgía de muerte y destrucción, reflejo de los horrores más extremos de la guerra. Bolívar zarpó de Jamaica el 18 de diciembre rumbo a Cartagena, pero al enterarse en alta mar de la caída de la ciudad, se dirigió a Haití, adonde le siguieron multitud de refugiados procedentes del puerto afectado. Desembarcó en Aux Cayes y de inmediato partió a Puerto Príncipe. En medio de la miríada de dificultades que conllevaban sus proyectos, Bolívar siempre encontró tiempo para cortejar y conquistar a una mujer atractiva. Entre los refugiados venezolanos iba Isabel, la hermosa hermana de Carlos Soublette, cuyo cariño se había ganado en Cartagena y que ahora pasó a engrosar la lista de sus amantes. El Libertador también tenía una buena opinión de su hermano, un oficial joven y distinguido y uno de los bolivarianos más leales.

Alexandre Pétion, el presidente de Haití, un mulato insigne que

había destacado en la lucha por la independencia de la antigua colonia francesa desencadenada por la revolución de los esclavos, recibió a Bolívar el 2 de enero de 1816 e inmediatamente elevó su espíritu. Pétion alentó a su visitante apoyando moral y materialmente la expedición que éste estaba preparando. Su contribución material fue abundante, y además de seis mil rifles, municiones, provisiones y transporte naval, incluyó una considerable suma de dinero. Por todo pidió sólo una cosa al Libertador: la promesa de que proclamaría la abolición de la esclavitud en el territorio que liberara en Venezuela. [16] Con el respaldo de un consorcio de comerciantes extranjeros y en especial de los préstamos del comerciante inglés Robert Sutherland. Bolívar reunió a sus hombres y a otros refugiados procedentes de Cartagena y se preparó para reiniciar la lucha.

Los caudillos

La revolución no murió mientras Bolívar estuvo fuera del continente. La resistencia se mantuvo viva gracias a un cierto número de grupos guerrilleros cuyos líderes se convertirían luego en actores indispensables para el esfuerzo bélico patriota: Pedro Zaraza en los llanos del norte, José Antonio Páez en los llanos occidentales, Manuel Cedeño en Caicara, José Tadeo Monagas en Cumaná, Jesús Barreto y Andrés Rojas en Maturín. Éstos fueron los caudillos de la revolución, jefes militares cuyo poder derivaba del acceso a la tierra, los hombres y los recursos; sus grupos armados se mantenían unidos por los vínculos clientelistas que se establecían entre el caudillo y sus hombres, y la promesa constante de un botín les sirvió de fuelle. [17] Las guerrillas surgieron de las ruinas de la segunda república. Los patriotas supervivientes huyeron a los llanos, las selvas y los bosques del oriente para escapar a las represalias de los realistas, y se reagruparon luego bajo distintos líderes, en parte por instinto de supervivencia, en parte por la causa revolucionaria. [18] Para un guerrillero caer capturado o verse obligado a rendirse era caminar al paredón. En este sentido, la resistencia fue para muchos la única alternativa. Los grupos convergían y se fusionaban, hasta que encontraban a un supercaudillo. Armados con púas (lanzas) y, llevando consigo a sus

caballos y ganadería desde los llanos de Barcelona y Cumaná, las guerrillas lucharon con éxito contra las fuerzas regulares, interrumpiendo las comunicaciones, emboscando a los destacamentos militares y hostigando a las ciudades para luego desaparecer. De este modo, inmovilizaron a las fuerzas realistas en un buen número de lugares y obligaron a los españoles a mantener guarniciones fijas. [19]

Los grupos guerrilleros no sólo se enfrentaron a los realistas, sino que también compitieron entre ellos. La rivalidad entre los líderes venezolanos obstaculizó las operaciones, pues los caudillos luchaban unos contra otros en pos de esa supremacía que sólo el éxito militar y la habilidad para atraer reclutas podían garantizar. Ningún caudillo quería someterse a otro; cada uno peleaba por mantenerse independiente en un estado natural en el que no existía poder común. De esta guerra interna emergieron los líderes más poderosos: Monagas, Zaraza, Cedeño, Piar. Ésta era la situación en el oriente. En los llanos occidentales, el mando exigía unas dotes físicas supremas, y fue este desafío el que llevó a José Antonio Páez al primer plano:

> Para mandar a aquellos hombres y para dominar tal situación, era preciso haber adquirido cierta superioridad y destreza para manejar la lanza con ambas manos, para pelear en los potros cerreros y doctrinarlos en el mismo combate, nadar y, en los caudalosos ríos, pelear nadando, enlazar y luchar con las fieras para proporcionarse la carne para el preciso alimento, tener, por último, la capacidad de dominar y hacerse superior a mil y más peligros de todo género, que al parecer se multiplicaban en tales circunstancias. [20]

También Bolívar poseía aptitudes naturales, una fortaleza y una resistencia extraordinarias, y aprendió a competir con los caudillos en sus mismos términos. Su historial de servicio activo no era de ninguna manera inferior al de ellos. Dominó a la naturaleza igual que a los hombres, superando las inmensas distancias del continente americano en marchas tan memorables como sus batallas. Su severidad era muy conocida y nadie dudaba de su carácter implacable. Con todo, Bolívar no fue nunca un caudillo que dependiera exclusivamente del poder personal. Su objetivo fue siempre institucionalizar la revolución y llevarla a una conclusión

política. La solución que él favorecía era un enorme Estado-nación con un gobierno central fuerte, algo totalmente distinto del esquema federal de gobierno y de la descentralización del poder de la que eran partidarios los caudillos. Bolívar nunca contó con una verdadera base de poder regional. El oriente tenía su propia oligarquía, sus propios caudillos, que se veían a sí mismos como aliados más que como subordinados. El Apure estuvo dominado por un cierto número de grandes propietarios y luego por Páez. Bolívar se sentía más en casa en Caracas y el centro-norte del país. Allí tenía amigos, seguidores, oficiales que habían luchado junto a él en Nueva Granada, en la «campaña admirable» y en otras acciones en el centro de Venezuela. Bolívar podía dar órdenes a Urdaneta, Ribas y Campo, en tanto oficiales de confianza, asignarles a una división u otra, enviarlos a este frente u otro. Mientras los oficiales profesionales no tuvieron problemas con Bolívar, pues lo reconocían como superior por su cultura, su carácter y su coraje; los caudillos, que cuidaban con celo el espacio que habían conquistado, plantearon un desafío a su liderazgo. Además, desde 1814 el centro de Venezuela estaba ocupado por el ejército español, y Bolívar, que no controlaba la capital, tuvo que acumular su poder mediante una mezcla de triunfos militares y políticos.

Pocos de los caudillos siguieron este ejemplo. El período entre 1813 y 1817 fue una dura prueba para la revolución, en la que la guerra contra el enemigo externo se vio frustrada por la guerra interna de los caudillos. Sin embargo los caudillos se ajustaban mejor a las condiciones imperantes que Bolívar, quien carecía de los recursos que ellos tenían a su disposición. En ausencia de un ejército nacional, el liderazgo personal estaba destinado a volverse un factor decisivo, y sin objetivos nacionales la estructura de la insurgencia no podía ser mas que informal. Pese a ser un factor de anarquía y división, los caudillos mantuvieron en Venezuela una presencia revolucionaria mientras Bolívar estuvo ausente. Como señaló José de Austria: «si no progresaban, tampoco podían ser destruidos totalmente». [21] La guerra de guerrillas era el método apropiado dados los recursos disponibles, la naturaleza del conflicto y la fortaleza del enemigo. Fue la contrainsurgencia emprendida por el general Morillo la que consiguió sacar a los caudillos de sus guaridas, pues fue un ataque directo contra las vidas, las

propiedades y los intereses vitales tanto de ellos mismos como de otros líderes venezolanos, y ello convirtió a la guerra en la única esperanza de seguridad: «colocados en la alternativa desesperada de morir o combatir».[22] Y fue así que las guerrillas rurales se movilizaron de nuevo, no como una fuerza política o social, sino como unidades militares dirigidas por líderes fuertes que les ofrecían un botín.

Entre tanto, en Haití, mientras planeaba su nueva invasión de Venezuela, Bolívar tenía que resolver la cuestión del liderazgo. Fue posible convencer a un grupo de caudillos importantes de que reconocieran su autoridad durante la expedición y hasta que pudiera convocarse un congreso. En la fase inicial de la expedición, el apoyo de esa asamblea se reforzó en Margarita, cuyo caudillo, Arismendi, era partidario de la autoridad nacional de Bolívar, que contaba con el respaldo de Brión, quien se encargaba del pago y el transporte de las tropas. En una segunda asamblea, celebrada en presencia de Mariño, Piar y otros caudillos, se confirmó la jefatura de Bolívar y se votó unánimemente en contra de la división de Venezuela entre oriente y occidente: «que la República de Venezuela será una e indivisible, que al Excmo. Señor Presidente Capitán General Simón Bolívar se elige y reconoce por Jefe Supremo de ella, y el Excmo. Señor General en Jefe Santiago Mariño por su segundo».[23] Al mismo tiempo, Bolívar estaba de acuerdo en legitimar a los jefes guerrilleros otorgándoles un rango y un estatus dentro de su ejército; los caudillos de mayor jerarquía fueron convertidos en generales y coroneles, y a los demás se les dieron rangos adecuados a su nivel.

Esos rituales sólo tuvieron un valor limitado. Una de las razones por las que Bolívar no dominó a los caudillos fue que tampoco dominó el campo de batalla. Pensaba que para invadir el continente necesitaba dos mil hombres y catorce buques de guerra, pero semejante cálculo era puro optimismo. La primera expedición desde Haití (del 31 de marzo al 17 de julio de 1816) fue fuerte en palabras pero débil en recursos. Contaba con muchos oficiales, que viajaban con sus mujeres, pero con pocos soldados, algunos de cuales habían sido aportados por Pétion. El Caribe era un mar muy grande para unas embarcaciones pequeñas que además tenían que avanzar con precaución para evitar encontrarse a las patrullas

españolas; sin embargo, la principal razón por la cual la flota tardó un mes en alcanzar Margarita fue la insistencia de Bolívar en regresar a Haití para recoger a Josefina Machado, y a su madre y su hermana, cuando se enteró de que las tres mujeres habían llegado a Aux Cayes. Una vez reunido con su amante, Bolívar hizo caso omiso de las miradas de desconcierto de la tripulación y los soldados e ignoró los rumores que circulaban entre ellos. Siguiendo el consejo de Brión se acercó a Margarita por el oriente, a través de las Antillas Menores, donde sus fuerzas podrían encontrar un refugio o una base que sirviera de enlace con los movimientos de resistencia del oriente. En un breve pero exitoso encuentro con navíos españoles, Bolívar, sabiamente, se mantuvo lejos de la refriega y dejó la lucha a sus hombres.

El Libertador reconsideró su idea inicial de comenzar la invasión por Carúpano y finalmente optó por Ocumare, al este de Puerto Cabello, donde consiguió desembarcar el 5 de julio sin resistencia española. Se apresuró a lanzar una proclama en la que hizo dos declaraciones, más importantes por sus ideales que por sus efectos: una para reconciliar a los españoles con la revolución, la otra para cumplir sus obligaciones con Pétion. Por su parte, la guerra a muerte había terminado y todos los españoles que se rindieran serían perdonados. Además, afirmó, para cumplir con las exigencias de la justicia y la política naturales, los esclavos serían desde ese momento libres, una libertad que, informó al presidente haitiano, daba verdadero significado a la campaña por la independencia en Suramérica. **[24]**

Por desgracia, las operaciones militares no se desarrollaron según lo previsto. La información falsa, la ineptitud de los subordinados y la incapacidad del contingente para coordinarse y establecer puntos de encuentro pronto abrieron una brecha entre la unidad de Soublette, que había avanzado tierra adentro, y las que continuaban en el puerto, lo que dejó aislado a Soublette, y a Bolívar, engañado por un ayudante traicionero, en riesgo de ser capturado. Los principales jefes militares acordaron que una fuerza debía avanzar hacia los valles de Aragua sin Bolívar, pues era mejor que éste se embarcara de nuevo y se mantuviera a salvo. El reembarco se produjo entre escenas de terrible desorden, ratificando así que la empresa había sido una parodia de invasión.

Se sospechó que Bolívar se había distraído con una de sus amantes, a la que al parecer había llevado consigo. El jefe del ejército libertador tuvo así que realizar otra de sus huidas ignominiosas. Después de un duro viaje por el Caribe, y tras haber dejado a Pepita y su familia en Saint Thomas, regresó a Venezuela y alcanzó Güiria el 16 de agosto. Aunque los comandantes que habían estado en el lugar de los hechos, Briceño Méndez, Soublette y Salom, todos ellos bolivarianos leales, se esforzaron en defender la acción de su superior y los patriotas habían continuado luchando en los alrededores de Barcelona, su prestigio había quedado herido por esta nueva catástrofe a manos de los españoles. Años después, la catástrofe de Ocumare seguía aún en su mente, en la cual lo ocurrido allí se explicaba no como un abandono del deber por su parte, sino como un fallo de sus subordinados y un intento de huir de sus enemigos. En cualquier caso, el hecho fue que tras Ocumare su posición era más débil que la de los caudillos, algunos de los cuales al menos habían conseguido afianzarse en el oriente. [25]

Mariño y Bermúdez, respaldados por sus propias tropas, estaban decididos a librarse de Bolívar, a quien acusaban de ser un desertor y un traidor y al que consideraban inexperto en las artes de la guerra. El 23 de agosto de 1816 se publicó una proclama en Güiria en la que se deponía a Bolívar y se nombraban a Mariño jefe supremo y a Bermúdez el segundo al mando. El primero era, a ojos de O'Leary, un hombre fiel a «la licencia y la anarquía»; el segundo, un «hombre sin educación, brusco en sus modales, feroz por inclinación y muy inconstante». [26] El ejército se dividió y la guerra civil amenazó las filas de la insurgencia. Los caudillos querían capturar a Bolívar y mantenerlo bajo custodia, pero éste consiguió escapar a última hora y huyó de Güiria rumbo a Haití. La humillación que sufrió en 1816 se debió en parte a sus errores militares, a pesar de lo cual siguió contando con el respaldo de sus propios oficiales, entre los que se encontraban Arismendi, un gran combatiente, y Gregor MacGregor, un aventurero escocés muy estimado en el bando patriota, así como con el apoyo moral y material de Pétion en Haití y el patrocinio de Sutherland, que no dejaron de respaldarle. Su odisea en el Caribe no había terminado.

Entre 1816 y 1817 la guerra sometió al Libertador a una importante prueba de estrategia, una prueba que no superó inmediatamente. Los éxitos de la «campaña admirable», conseguidos luchando al estilo clásico en contra de un enemigo disperso, la habían hecho subestimar los problemas militares que tenía por delante. En este momento de la revolución era imposible vencer en la costa norte de Venezuela, pues siendo el sector más rico y mejor fortificado del país en manos de los realistas, estaba muy bien defendida. Pero Bolívar no había aprendido todavía la lección ni entendido que era necesario abrir nuevos frentes. Como escribió O'Leary, «La predilección de Bolívar por Caracas, o la exagerada idea que tenía del patriotismo de sus habitantes y de los recursos que aquella ciudad podía proporcionar al partido que la ocupase, fue causa de muchos errores en su carrera militar». [27]

En la segunda invasión desde Haití, Bolívar desembarcó en Barcelona el 31 de diciembre de 1816 e inauguró lo que él llamó «la tercera época de la República». Pero esa tercera época comenzó más o menos como la primera y la segunda habían terminado, y su plan inicial era reunir un ejército para atacar, no Guayana, donde el enemigo estaba desprotegido, sino las fuerzas realistas que bloqueaban el camino a Caracas. De este modo pasó a depender completamente de los caudillos, que continuaban luchando separados en distintos lugares del oriente del país. Escribió a uno tras otro, invitándolos a participar junto a él en un gran «proyecto de reunión». Escribió a Piar, que para entonces ya había marchado sobre Guayana, pidiéndole que trajera sus fuerzas: «Pequeñas divisiones no pueden ejecutar grandes planes. La dispersión de nuestros ejércitos, sin sernos útil, puede hacer perecer la República». [28] También escribió a Mariño, Zaraza, Cedeño y Monagas, ordenando, pidiendo, apelando a la unidad y la obediencia. Pero los caudillos no cambiaron de parecer de inmediato; siguieron cada uno por su lado, persiguiendo sus objetivos individuales. El gran ejército era una ilusión, y Bolívar abandonó sus esperanzas de ocupar Caracas; por otro lado, ni siquiera pudo conservar Barcelona. Tuvo que partir hacia Guayana, todavía sin un ejército propio, todavía sin contar con el apoyo de

los caudillos, víctima no sólo de sus predilecciones estratégicas, sino también de la anarquía guerrillera.

La confrontación con Piar

La marcha a Guayana terminaría siendo no una retirada sino el establecimiento de un punto de partida decisivo que situó la base de la revolución en el interior del país, entre las inmensas llanuras del Orinoco, una región impenetrable por su vastedad, sus grandes ríos y sus pantanos llenos de malaria, una gran barrera en contra de la derrota, un trampolín para el ataque y una fuente de riqueza por sus abundantes reservas de ganado. De allí Bolívar surgió convertido en un maestro de la estrategia. La decisión no fue un movimiento improvisado, ni pretendía seguir los pasos de Piar. La idea le rondaba en la mente desde 1816, cuando después de dejar Haití buscaba un punto de apoyo que le permitiera afianzarse en el continente; entonces había planeado una expedición a Guayana, pero la falta de recursos y de colaboradores le había hecho descartar la idea.[29] El delta del Orinoco tenía casi seiscientos cincuenta kilómetros de un extremo a otro y el río formaba allí canales que sólo pilotos expertos podían navegar. En sus orillas, a través de la exuberante vegetación, en la que sobresalían los altos árboles de la selva tropical, atados unos a otros por bejucos y engalanados con flores de brillantes colores, todavía podían verse las ruinas de los pueblos devastados por Boves, en una región ahora abierta a las lanchas cañoneras y los soldados republicanos. Controlar Guayana tenía sentido para la revolución desde un punto de vista económico, ya que había permitido a Bolívar obtener un crédito sustancial de su amigo el comerciante Sutherland, quien advertía las ventajas que tenía la exportación de ganado desde un punto en el que el suministro estaba garantizado y contaba con un Orinoco dominado por escuadras y corsarios patriotas. Bolívar utilizó este argumento para convencer a Páez de que aceptara su autoridad cuando éste le preguntó por qué los llaneros del Apure debían cambiar su lealtad a un caudillo al que conocían por la lealtad a una patria de la que nunca habían oído hablar. Las ventajas del cambio los esperaban:

> Después de la ocupación de las Guayanas vieja y nueva, nuestros negocios han tomado un aspecto aún más favorable. La posesión de esta importante provincia nos ha dado una gran reputación y ha aumentado extraordinariamente nuestra opinión entre los extranjeros, principalmente entre los ingleses, señores de las islas vecinas a este continente. Apenas han sabido éstos el triunfo de nuestras armas, cuando se han presentado con sus buques cargados de mercancías y efectos de todas clases. Varios negociantes de la misma nación han venido a celebrar con el gobierno contratas de fusiles, pólvora, plomo, vestuarios y toda especie de artículos de guerra, a cambio de las producciones de nuestro país, y ya se han celebrado algunas. **[30]**

En este y posteriores mensajes, Bolívar dio a su nuevo aliado una lección sobre los logros de la revolución, que aderezó generosamente con halagos destinados a mantener a Páez conforme, con noticias sobre el destino de los caudillos disidentes y con libros sobre tácticas de infantería así como algunas armas; a cambio pidió al caudillo que le enviara dos mil quinientas mulas «inmediata, inmediata, inmediatamente», y un mes después le recordaba su solicitud señalando que esperaba que las mulas «a la mayor brevedad vengan a esta plaza». **[31]** Bolívar creía en la eficacia de agobiar a la gente con palabras.

El Libertador cruzó el ancho Orinoco en una pequeña canoa la noche del 30 de abril de 1817 cerca de Angostura y llegó al campamento de Piar el 2 de mayo, justo delante de sus comandantes de más alto rango, Arismendi, Bermúdez, Valdés, Zaraza y Soublette. Para entonces, Piar había sido ascendido a general, pero, más que apaciguarlo, la promoción lo había estimulado. Se apresuró a dejar en claro su independencia, interpretando las órdenes de Bolívar a su antojo y esmerándose en ejecutar a los prisioneros españoles. La guerra por el control de Guayana fue despiadada. El primer objetivo importante de Piar fue Angostura, unos cuatrocientos kilómetros río arriba desde la costa, una hermosa ciudad colonial de casas blancas y agradables paseos que se alzaba en la orilla izquierda del río, sobre una península elevada que se adentraba en las aguas. Pero Angostura también estaba muy bien defendida.

Luego atacó las misiones del río Caroní, un territorio que los

capuchinos españoles se habían dedicado a evangelizar activamente desde 1724 y que para entonces era la parte más desarrollada de Guayana, «un modelo del buen orden y de un gobierno paternal». Las misiones constituían un importante recurso para los realistas y eran fundamentales para la subsistencia de las tropas patriotas. [32] A comienzos de febrero de 1817, ese oasis de paz y prosperidad, veintinueve pueblos administrados por misioneros catalanes, pasó a estar en medio del fuego cruzado entre los dos bandos cuando fue invadido y ocupado por las tropas de Piar, que encontraron poca resistencia por parte de los realistas. Los revolucionarios acusaron a los frailes de haber participado en la defensa de la Guayana realista contra los invasores patriotas. Esto era cierto en el sentido de que habían proporcionado al ejército realista indios armados, caballos y suministros. Como nacionales españoles, súbditos del rey de España, su benefactor, y rodeados por fuerzas realistas, difícilmente habrían podido hacer otra cosa. Sin embargo, no combatieron ni se involucraron personalmente en la contienda. De los cuarenta y un sacerdotes de las misiones de Caroni, siete lograron escapar, catorce murieron en cautiverio y, el 7 de mayo de 1817, los veinte restantes fueron ejecutados con machetes y lanzas, después de lo cual se quemaron sus cuerpos. [33] Los dos oficiales republicanos directamente responsables de los asesinatos, supuestamente malinterpretando una orden de Bolívar, que había acusado a los frailes de realistas, no fueron nunca castigados y la atrocidad no dejó de proyectar su sombra sobre el liderazgo del Libertador. El mismo Piar desaprobó semejante barbarie; había mantenido a los frailes bajo su custodia entre febrero y mayo; tiempo durante el cual había deseado acabar con sus vidas, pero no lo había hecho. Bolívar había llegado a Angostura el 2 de mayo; sin embargo, aunque nominalmente estaba al mando, no controlaba del todo la situación. En su opinión, el atroz crimen había sido obra de «locos del ejército … desalmados». El padre José Félix Blanco, el administrador de las misiones, declaró luego que Bolívar «no tuvo la mas mínima intervención». [34] Alguien en el cuartel general autorizó al coronel Jacinto Lara para que tomara medidas, y fue él quien dio la orden al capitán Juan de Dios Monzón.
O’Leary
describe la masacre como un error deplorable, pero Lara era uno de

los oficiales del Estado Mayor de Bolívar y continuó perteneciendo a él, bajo la protección del Libertador, que supo recompensar con ascensos sus servicios. [35]

Antes de restablecer su autoridad en Guayana, Bolívar tuvo que hacer frente a una rebelión entre los caudillos. En primer lugar, Bermúdez y Valdés se sublevaron contra Mariño; luego Mariño se alzó contra Bolívar, y Piar se reveló contra toda autoridad. Mariño convocó un pequeño congreso en Cariaco para crear un gobierno provisional y legitimarse a sí mismo, a instancias del poco sentido común del canónigo Cortés Madariaga, que después de pasar varios años prisionero en España había regresado a América para causar no menos problemas a Bolívar de los que antes había causado a los españoles. El 9 de mayo de 1817, Mariño publicó una proclama dirigida al pueblo de Venezuela, una señal de que deseaba ser en un líder nacional y no simplemente un caudillo regional. Sin embargo, un caudillo no podía convertirse de repente en un constitucionalista. Fue entonces cuando Mariño perdió su credibilidad. Bermúdez y Valdés ya lo habían dejado para pasarse al lado de Bolívar. Y ahora el general Urdaneta, el coronel Sucre y muchos otros oficiales que previamente le habían obedecido partieron hacia Guayana para ponerse a órdenes de Bolívar. La balanza comenzó a inclinarse de su lado. Al contar con fuerzas leales, pudo contribuir a la campaña militar en Guayana y desafiar el liderazgo que Piar tenía en la región tras haber conseguido en abril una aplastante victoria sobre las fuerzas realistas en San Félix. La estrategia de Bolívar consistió en neutralizar el poder español en Angostura y, al mismo tiempo, hacerse con el control naval y militar del Orinoco. En esta época estuvo a punto de perder la vida, o ser capturado, un día en el que, tras alejarse de sus hombres para inspeccionar sus cañoneras, fue sorprendido por un destacamento español; en esta ocasión, el Libertador escapó arrojándose al río y nadando hasta ponerse a salvo. El éxito militar en Guayana, el control naval del Orinoco y su propio sentido político le permitieron establecer el control absoluto sobre Angostura y Guayana, y mejorar sus expectativas respecto a la lucha contra los caudillos. Fue en este punto, justo cuando Bolívar comenzó a adquirir poder, que Piar decidió oponerse a él.

Disponer de una autoridad fuerte en la cima, verse libre de

rivales: éstos no eran los únicos imperativos de Bolívar. Sabía que la revolución también requería una base social más amplia. Para conseguir apoyo más allá de los criollos blancos, tenía que incluir en sus filas a los sectores populares. Ésta era una decisión difícil y Bolívar era consciente de su complejidad. Más tarde se referiría a «este caos asombroso de patriotas, godos (reaccionarios), egoístas, blancos, pardos, venezolanos, cundinamarqueses, federalistas, centralistas, republicanos, aristócratas, buenos y malos, y toda la caterva de jerarquías en que se subdividen tan diferentes bandos». [36] El grupo más grande dentro de la sociedad venezolana era el de los pardos, que, siendo víctimas de la discriminación tanto por ley como por convención, habían emergido de la sociedad colonial preparados para la revolución. La guerra les había otorgado cierta igualdad, nuevas oportunidades y nuevos líderes, pero también les negaba el acceso a los premios más suculentos y les mostraba los límites de la tolerancia. Bolívar, que despreciaba los prejuicios raciales, luchaba por la libertad y la igualdad. Ésta era la esencia de la independencia: «La igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física». La revolución corregiría el desequilibrio impuesto por la naturaleza y el colonialismo: «antes de la revolución los blancos tenían opción a todos los destinos de la monarquía … por el talento, los méritos o la fortuna lo alcanzaban todo. Los pardos degradados hasta la condición más humillante estaban privados de todo … La revolución les ha concedido todos los privilegios, todos los fueros, todas las ventajas». [37] Como fenómeno social, la guerra de independencia puede verse como la competencia entre los criollos republicanos y los criollos realistas por conseguir ganarse la lealtad de los pardos y reclutar a los esclavos. En el modelo bolivariano, la revolución se convirtió en una especie de coalición contra España, una coalición de criollos, pardos y esclavos. No todos los miembros de la élite criolla estaba de acuerdo con esta postura. Coro y Maracaibo, que habían sido en el pasado escenarios de rebeliones negras, rechazaron la coalición bolivariana y se opusieron a la revolución hasta el fin. Bolívar era consciente de que tenía que manejar la coalición con cuidado, y eso significaba incluir a los pardos sólo como un socio subordinado y mantenerlos bajo el control criollo. No se les podía permitir tener líderes autónomos. Por este motivo, Bolívar tenía que enfrentarse a

Piar y terminar con el desafío que éste representaba.

En el pensamiento criollo, Piar era el prototipo del demagogo racista. No era un caudillo corriente, pues no contaba con una base de poder independiente, regional o económica. Dependía exclusivamente de sus habilidades militares, que le habían permitido alcanzar, «por mi espada y por mi fortuna», el rango de general en jefe por decreto de Bolívar mismo. [38] Era un pardo oriundo de Curazao y consiguió ganarse el respaldo de los pardos de Venezuela. Según un cronista partidario de la monarquía, «Piar era uno de nuestros más temibles enemigos. Valiente, audaz, con talentos poco comunes y con una gran influencia en todas las castas por pertenecer a una de ellas, era uno de aquellos hombres de Venezuela que podían arrastrar así la mayor parte de su población y de su fuerza física». [39] Bolívar también quería reclutar en su ejército a la gente de color, liberar a los esclavos e incorporar a los pardos a la causa con el fin de inclinar la balanza del poder militar del lado de la república, pero su intención no era movilizarlos políticamente.

Por su arrogancia, ambición e insubordinación, Piar fue un dolor de cabeza para Bolívar. Cuando en enero de 1817 un grupo de oficiales dejó a Piar para unirse a Bolívar, el primero exigió a su superior que se los castigara de la forma más severa posible, la única lección que se merecían «pueblos inmorales, bárbaros y corrompidos como ésos. La clemencia ahí se juzga debilidad, la dulzura se confunde con la falta de carácter y energía, las virtudes todas se estiman en nada. V.E. debe haberlo conocido». [40] ’ Bolívar aguantó estas lecciones sobre la ley del caudillo y se esforzó por responder a los insultos mediante la razón, insinuando de paso que sin valores políticos los caudillos quedaban reducidos a meros bandidos: «Si nos dividimos, si nos anarquizamos, si nos destrozamos mutuamente, aclararemos las filas republicanas, haremos fuertes las de los godos, triunfará España y con razón nos titularán vagabundos». [41] Pero Piar era incontrolable. Reclamó la campaña del Orinoco como su propio teatro de guerra, y las misiones como su dominio privado. La competencia por la supremacía degeneró en rebelión total. Según el general Morillo, Piar tenía un plan más siniestro que la rebelión: «Piar, que es mulato, y el de más importancia entre las castas, tiene relaciones

muy estrechas con Alejandro Pétion, mulato rebelde que se titula presidente de Haití, y ambos se proponen formar un establecimiento en Guayana que asegure su dominación en América». [42]

Es posible que Piar no advirtiera que la balanza del poder se estaba inclinando en contra de los caudillos, pero también es factible que sí lo hiciera y que fuera eso, precisamente, lo que lo impulsó a actuar. La victoria sobre los realistas en Angostura (después de un sitio y una campaña que se habían prolongado durante un año, y en los que negros e indios habían luchado en ambos bandos) confirmó el poder de Bolívar y le dio la iniciativa. La hora de tomar decisiones llegó en junio de 1817, después de un período en el que había tenido que lidiar pacientemente con los caudillos y soportar la oposición, la hostilidad, las intrigas y la arrogancia de sus subordinados. La postura adoptada por los políticos en Cariaco y el comportamiento de Piar en Guayana hicieron que Bolívar enviara a un oficial de su confianza, Pedro Briceño Méndez, a hablar con el caudillo y aclarar las cosas. Briceño informó de que, según Piar, su intención no era causar problemas; su posición era amistosa y simplemente había planteado que Bolívar se encargara de las instituciones democráticas y que se creara una autoridad política junto a su autoridad militar. Bolívar tachó el informe de descarado e hipócrita y explotó. Ya no estaba actuando desde una posición de debilidad, como en Cartagena, Güira y Carúpano; ahora era más fuerte que nunca; contaba con tres mil hombres que obedecían cada una de sus órdenes y que no tolerarían las facciones. «Si hasta ahora he sido moderado por prudencia no lo he sido por debilidad … Aquí no hay tiranos ni anarquía mientras yo respire con la espada en la mano» [43]. El 30 de junio le otorgó a Piar un salvoconducto que le permitía ir adonde quisiera. Pero Piar iba camino de la rebelión.

Bolívar decidió que había llegado el momento de desafiar el espíritu de facción y la disidencia en el oriente venezolano. En un arrebato extraordinario, un maravilloso ejercicio del arte de injuriar, dejó de lado la paciencia que había tenido hasta entonces y acusó al rebelde de ufanarse de su noble cuna contra todas las pruebas de su origen pardo, de ser un criminal, un hombre violento, un ladrón, un déspota feroz, un mediocre al que se había ascendido más allá de lo que permitían sus méritos, un monstruo que buscaba

provocar una guerra de razas al tiempo que despreciaba a la gente de color que supuestamente pretendía reivindicar. «El general Piar ha infringido las leyes, ha conspirado contra el sistema, ha desobedecido al gobierno, ha resistido la fuerza, ha desertado del ejército y ha huido como un cobarde; así pues, él se ha puesto fuera de la ley: su destrucción es un deber, y su destructor un bienhechor»[44].

Y, con este estado de ánimo, ordenó que se persiguiera a Piar, «junto con los demás caudillos y secuaces de su facción».[45] Piar fue capturado, juzgado y sentenciado a muerte acusado de ser un desertor, un rebelde y un traidor. El tribunal estuvo presidido por Brión, y Soublette se encargó de la acusación. Bolívar confirmó la sentencia y ordenó que un pelotón de fusilamiento lo ejecutara públicamente en la plaza principal de Angostura «por proclamar los principios odiosos de la guerra de colores … instigar a la guerra civil y convidar a la anarquía».[46] Es posible que la sentencia tuviera defectos desde el punto de vista jurídico, pero Bolívar había calculado con sumo cuidado la ejecución de Piar. Mientras el caudillo representaba el regionalismo, el personalismo y la revolución de los negros, él simbolizaba el centralismo, el constitucionalismo y la armonía de las razas. Luego afirmaría: «La muerte del general Piar fue entonces de necesidad política y salvadora del país, porque sin ella iba a empezar la guerra de los hombres de color contra los blancos, el exterminio de todos ellos y por consiguiente el triunfo de los españoles: el general Marino merecía la muerte como Piar, por motivo de su disidencia, pero su vida no presentaba los mismos peligros y, por esto mismo, la política pudo ceder a los sentimientos de humanidad y aun de amistad por un antiguo compañero … nunca ha habido una muerte más útil, más política y, por otra parte, más merecida».[47]

El peligro radicaba en la *pardocracia*. Bolívar acusaba a Piar de incitar a la guerra de razas en un momento en el que se estaba garantizando la igualdad a la gente de color: «El general Piar mismo es una prueba irrevocable de esta igualdad». El programa de reforma, medido y gradual bajo el control de los criollos, estaba amenazado por la subversión total del orden existente, algo que sólo podía llevar a la anarquía. Aunque era esencial ampliar las bases de la revolución, eso no implicaba acabar con el liderazgo de

los criollos: «¿Quiénes son los autores de esta Revolución? ¿No son los blancos, los ricos, los títulos de Castilla y aun los jefes militares al servicio del Rey? ¿Qué principio han proclamado estos caudillos de la Revolución? Las actas del gobierno de la República son monumentos eternos de justicia y liberalidad … la libertad hasta de los esclavos que antes formaban una propiedad de los mismos ciudadanos. La independencia en el más lato sentido de esta palabra substituida a cuantas dependencias antes nos encadenaban». Piar había intentado desatar una guerra contra los criollos «por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro. El rostro, según Piar, es un delito y lleva consigo el decreto de vida o de muerte»[48]. Un día después de la ejecución de Piar, Bolívar preguntó a los soldados del ejército libertador: «¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no se han mandado repartir entre vosotros? ¿No sois iguales, libres, independientes, felices y honrados? ¿Podía Piar procuraros mayores bienes? No, no, no»[49].

La táctica de la raza

Los problemas de raza y de clase no se resolvieron tan fácilmente. A pesar de su iniciativa, Bolívar no ignoraba que estaba corriendo riesgos y albergaba cierto recelo o, por lo menos, años después expresó cierto recelo. En 1828, en Bucaramanga, dijo:

> En los primeros tiempos de la independencia se buscaban hombres, y el primer mérito era el ser guapo, matar muchos españoles y hacerse temible; negros, zambos, mulatos, blancos, todo era bueno, con tal que peleasen con valor; a nadie se le podía recompensar con dinero, porque no lo había; sólo se podían dar grados para mantener el ardor, premiar las hazañas y estimular el valor: así es que individuos de todas las castas se hallan hoy entre nuestros generales, jefes y oficiales, y la mayor parte de ellos no tienen otro mérito personal sino es aquel valor brutal y enteramente material que ha sido tan útil a la República, pero que en el día, con la paz, resulta un obstáculo al orden y a la tranquilidad. Pero fue un mal necesario.[50]

Desde 1815-1816, por tanto, cada vez más y más pardos se incorporaron al ejército libertador. Se los necesitaba para cubrir los vacíos que provocaban en las filas patriotas las bajas y las deserciones de criollos, y ellos mismos tenían mayores expectativas de ascenso social debido a la movilidad que la guerra estaba fomentando. A partir de entonces, la estructura tradicional del ejército republicano se transformó, y, aunque los criollos conservaron el control político y militar, los pardos tuvieron más oportunidades de progresar a rangos y cargos más altos. ¿Estaban políticamente convencidos de la causa independentista?

Bolívar se esforzó por convencerlos, aunque no del todo con éxito. Durante los primeros años de la revolución, la población negra se había inclinado en su mayor parte por favorecer a los realistas. De acuerdo con José Domingo Díaz, en diciembre de 1818, el ejército realista contaba en Venezuela con trece mil hombres, de los cuales tres mil eran europeos y diez mil americanos: «Casi todos los americanos que componían este valentísimo ejército eran indios y mulatos, zambos o negros libres, pero no esclavos». [51] Díaz era realista, por supuesto, pero no hay razón para dudar de que su afirmación sea más o menos correcta, si bien en el pasado los realistas habían sido más hábiles (o más oportunistas) que los republicanos a la hora de asimilar a los esclavos a su causa de lo que sugiere el cronista.

O’Leary
admitía que el reclutamiento para el ejército republicano era difícil y explicaba el problema en términos de división social. Los oficiales republicanos procedían de los sectores más elevados de la sociedad y estaban imbuidos de un sentido del servicio y el compromiso:

> Las clases bajas, sin embargo, sufrían a consecuencia de las frecuentes incursiones de los beligerantes. La victoria o la derrota eran para ellas una misma cosa; cualquiera que fuese el jefe victorioso, estaba seguro de reclutar sus tropas de entre ellas. El consuelo moral de conseguir tarde o temprano su independencia, que sostenía a la clase elevada de la sociedad, era apenas débil alivio para las masas sin aspiraciones. De este modo se hacía cada día más y más difícil hallar los reemplazos necesarios para llenar las bajas de los cuerpos. [52]

La guerra misma actuó como un disolvente social y dividió a los pardos entre sí, pues permitió que algunos se incorporaran a los cuerpos de oficiales y los estratos altos, al mismo tiempo que mantuvo a las masas en la parte más baja de la escala social. Algunos realistas creían que la corona debía aprovechar mejor estas divisiones y no dudar en reclutar pardos para sus filas. Pero en la lucha por restablecer la estructura colonial de la sociedad, la política española siguió apoyándose básicamente en las fuerzas expedicionarias de Morillo y el respaldo de los criollos realistas. En este sentido Bolívar tenía razón: los pardos tenían más que ganar con la causa republicana. Pero ¿tenían los esclavos algo que ganar?

Bolívar era un líder militar que necesitaba reclutas y, durante la guerra, ligó la emancipación al reclutamiento obligatorio, ofreciendo a los esclavos la libertad a cambio de que prestaran servicio militar. Comenzó anunciando desde la isla de Margarita, cumpliendo el compromiso que había adquirido con Pétion, que «No habrá más esclavos en Venezuela que los que quieren serlo. Todos los que prefieran la libertad al reposo tomarán las armas para sostener sus derechos sagrados y serán ciudadanos». Ya, en el continente, en los decretos del 2 de junio y del 6 de julio de 1816, proclamó «la libertad absoluta» de los esclavos con la condición de que se unieran a las fuerzas republicanas. «La naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos: de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres; todos serán ciudadanos». [53] La respuesta fue negativa. Aunque Bolívar liberó a sus propios esclavos, pocos hacendados siguieron su ejemplo. Los amos de los esclavos raras veces renunciaban a su propiedad o a su inversión, y la aristocracia venezolana no fue una excepción. Ésa no era su idea de revolución republicana. Así que los decretos de 1816 resultaron ineficaces. Los propios esclavos tampoco estaban muy entusiasmados. El Libertador pensaba que «los esclavos han perdido hasta el deseo de ser libres». La verdad era que los esclavos no estaban interesados en pelear la guerra de los criollos. Según un oficial republicano, «Muy pocos fueron los esclavos que quisieron aceptar la libertad en cambio de las fatigas de la guerra». [54] A pesar de todo, la campaña abolicionista de Bolívar tuvo un efecto positivo para la causa. Sirvió para anular las rebeliones de esclavos, que dejaron de luchar activamente contra la república, a diferencia

de lo que habían hecho en 1812-1814, y fueron poco a poco desapareciendo de la guerra como movimiento autónomo. Resultaba claro que Morillo no tenía nada que ofrecerles y no había duda de que, independientemente de lo que representara la república, el propósito de España era mantener el statu quo. Morillo no estuvo en contra de reclutar esclavos cuando las bajas entre sus hombres lo forzaron a hacerlo, pero esto difícilmente significaba un cambio de estatus para ellos. A medida que el ejército español se revelaba cada vez más como una fuerza colonialista, fue perdiendo el apoyo popular que Boves había ganado y que ahora Bolívar intentaba desviar hacia la república. Y el Libertador no sólo quería el respaldo de los pardos y los esclavos, sino también el de un tercer grupo marginado: los llaneros. Eso implicaba volver al problema de cómo conseguir que su caudillo se subordinara y se uniera a la causa revolucionaria.

UN EJÉRCITO PARA LA LIBERACIÓN

El «jefe supremo» inició entonces una nueva etapa en su campaña por la supremacía. Podía seguir al frente de una chusma u optar por crear un ejército digno de un Libertador. El antídoto más seguro para el caudillismo desenfrenado era conseguir una estructura militar efectiva y una cadena de mando clara. Con la autoridad y los recursos que había obtenido con la victoria en Guayana, Bolívar emprendió la ejecución de una serie de reformas destinadas a crear un ejército profesional según el modelo de las instituciones militares europeas. Bolívar había heredado de la colonia un sistema de milicias, que resultaba útil para la seguridad interna pero no para librar una guerra. Durante los primeros años de la lucha, las unidades de combate se formaban de manera improvisada, y en 1815 había creado su propia «guardia de honor», un cuerpo compuesto por cuatrocientos cincuenta hombres que posteriormente se incorporó al ejército principal. En las campañas de 1818, éste constaba de dos divisiones, cuatro brigadas y un número variable de batallones. El decreto del 24 de septiembre de 1817 marcó el comienzo formal de su esfuerzo por remplazar el personalismo con el profesionalismo. Creó el Estado Mayor General «para la organización y dirección de los ejércitos», un Estado Mayor

para todo el ejército y otro para cada división. El Estado Mayor formaba parte de una estructura de carrera militar abierta al mérito; también era el encargado del mando, las instrucciones y las órdenes a los rangos subalternos de los comandantes, los oficiales y la tropa. [55] También estableció tribunales marciales en todos los niveles del ejército. Y en un intento de superar el saqueo creó un «tribunal de secuestros» encargado de administrar las haciendas, propiedades y posesiones confiscadas a los realistas en beneficio no de grupos de seguidores de un caudillo en particular, sino «del erario nacional». [56]

Los caudillos se convirtieron en generales y comandantes regionales; sus hordas pasaron a ser soldados y a estar sometidas a una disciplina militar cuya definición era responsabilidad del poder central. La reforma se extendió al reclutamiento. Se le dieron cuotas a los comandantes y se les animó a buscar tropas más allá de los grupos que habitualmente los apoyaban. Bolívar luchó en contra del regionalismo y la inmovilidad, y planeó un ejército venezolano dotado de una identidad nacional:

> La frecuente deserción de los soldados de unas divisiones a otras, bajo el pretexto de ser naturales de la provincia donde obra la división a que se acogen, es un principio de desorden y de insubordinación militar que fomenta el espíritu regional que tanto nos hemos empeñado en destruir. Los venezolanos deben con igual interés defender el territorio de la República donde han nacido que el de sus hermanos; pues Venezuela no es más que una sola familia compuesta de muchos individuos ligados entre sí por lazos indisolubles y por los mismos intereses. [57]

Exhortó a los caudillos a que se ayudaran unos a otros, y ordenó que se traspasaran hombres y suministros cada vez que el desarrollo de la guerra lo hiciera necesario. Las nuevas estructuras, impresionantes en el papel, no se hicieron efectivas de inmediato. El Libertador no consiguió integrar a la insurgencia venezolana en un ejército único, y ésta continuó siendo un conjunto de fuerzas locales con un alta rotación de tropas debido a las enfermedades y la deserción. Pero la unidad era su ideal. Su objetivo era poner fin a la disidencia, aprovechar los recursos regionales e inspirar un esfuerzo nacional. Entre 1817 y 1819 organizó tres grupos militares: el

Ejército de Oriente, el Ejército de Occidente y el Ejército del Centro, éste último bajo su mando. Reclutar y organizar el ejército sobre el terreno fue su tarea permanente durante estos años, y, aunque crear su infraestructura logística fuera una constante pesadilla, logró salir de ella con honores. No podía aspirar a crear un ejército de soldados ciudadanos de acuerdo con los estándares profesionales, pero supo acomodarse al material que tenía a su disposición, lo que incluía a bandidos, guerrilleros y reclutas más o menos reacios de toda Colombia; con ellos formó una serie de ejércitos independentistas que eran bolivarianos en el sentido de que él era su creador y su jefe supremo. **[58]**

El problema de Bolívar era que necesitaba un ejército para todos los terrenos, una caballería para las batallas en las llanuras y planicies, una infantería para la lucha en las montañas y toda la artillería que pudiera reunir. Por lo general, las campañas que realizó requirieron de la participación de todos estos elementos, ya que en ellas el ejército tuvo que abrirse paso a través de los llanos, las colinas y las montañas, y la fuerza relativa de cada una solía estar determinada no sólo por consideraciones tácticas, sino por los recursos disponibles. Por supuesto, se conocían tácticas, y de hecho Bolívar tenía una pequeña biblioteca de autoridades militares que enseñaban los movimientos de infantería, el despliegue de la caballería de apoyo y el uso efectivo de la potencia de fuego. Además tenía colegas versados en la materia, como Sucre, cuya opinión tenía en alta estima. Pero Suramérica no era Europa; las dificultades del terreno y su simple enormidad planteaban unas condiciones muy distintas a las de la experiencia europea. La improvisación, más que los modelos napoleónicos, era el factor clave del pensamiento militar de Bolívar. Tenía que estar preparado para combatir en llanuras y páramos, en picos y cañones, y para dirigir a hombres criados en el trópico a altitudes glaciales sin tiempo ni oportunidades de aclimatarlos. Una vez Bolívar ordenaba avanzar a sus tropas, en una estructura básica de batallones, compañías y escuadras, el enfrentamiento se convertía en batalla campal y los resultados dependían de una combinación de maniobras y moral.

Las reformas militares introducidas por el Libertador entre octubre y noviembre de 1817 estuvieron acompañadas de cambios

políticos encaminados a ayudarle en su labor en el gobierno. Incluso sin la propaganda de Piar en nombre de la «democratización», Bolívar era consciente de la necesidad de institucionalizar su autoridad como jefe supremo. Por tanto, para cumplir con las funciones de un poder legislativo hasta que se pudiera establecer una constitución después de la liberación, creó un consejo de Estado provisional. El consejo lo componían jefes militares y delegados civiles, y su misión era examinar cuestiones de Estado, defensa y justicia. Se trataba sólo de un órgano consultivo, y sus reuniones dependían del jefe supremo. [59] También estableció un consejo de gobierno formado por Juan Germán Roscio, Fernando Peñalver y Rafael Urdaneta, un brazo del ejecutivo que además sería el encargado de gobernar en caso de que Bolívar muriera.

A los caudillos que colaboraron se les asignó tareas específicas. Después de la ejecución de Piar, Mariño quedó aislado y su gobierno se derrumbó. Bolívar, por tanto, podía permitirse esperar a que se sometiera voluntariamente. Envió al coronel Sucre, un modelo de soldado adiestrado y profesional, en una misión de pacificación para persuadir a los aliados y subordinados de Mariño de que reconocieran su autoridad como jefe supremo. Sus acusaciones en contra de Mariño se expresaron en términos precisos: mientras que Piar era un «rebelde», Mariño era un «disidente», una amenaza para la autoridad y la unidad, y Bolívar aclaró de forma contundente que estaba decidido a «disipar la facción que V.E. acaudilla». Sus palabras a Mariño fueron frías y cáusticas: «Si V.E., contra toda probabilidad, resistiere a dar cumplimiento a esta disposición, V.E. no será más tenido como ciudadano de Venezuela y sí como un enemigo público. Siempre que V.E. esté determinado a abandonar su Patria y dejar el servicio de la República, V.E. podrá por los medios regulares pedir el permiso de hacerlo y el Gobierno no tendrá inconveniente en conceder a V.E. esta gracia». [60] Bermúdez, por su parte, fue nombrado gobernador y comandante militar de Cumaná, una provincia tan empobrecida por la guerra que era incapaz de mantener un caudillismo independiente y debía ser abastecida desde fuera. El Libertador tenía ahora una buena opinión de Bermúdez: «Este oficial goza de una gran reputación en su país, es bien amado, es obediente y celoso defensor del Gobierno». [61] No

todos los que le conocían estaban de acuerdo.

La coerción de los caudillos no fue completa, y la política de Bolívar de utilizar caudillos para controlar a otros caudillos sólo tuvo un éxito limitado. Mientras él veía en Bermúdez a un agente para la unificación, otros lo consideraban un rival salvaje y vengativo, un propagador de la discordia, no de la paz, un archicaudillo que únicamente por casualidad estaba ahora en el lado del Libertador. Mariño no aceptó la misión de Bermúdez y juró que «ningún poder de la tierra le movería de su provincia». **[62]** Pasaría algún tiempo antes de que Bolívar consiguiera pacificar a Mariño y convencerlo de que colaborara en un ataque contra el enemigo; a finales de 1818,lo nombró general en jefe del Ejército de Oriente, con jurisdicción en los llanos de Barcelona, mientras que otros distritos orientales fueron asignados a Bermúdez y Cedeño. Sin embargo, la lucha por el poder no había terminado. Tras haber logrado conciliar a los líderes del oriente, a Bolívar todavía le faltaba ganar para su causa al caudillo de occidente, José Antonio Páez.

PÁEZ Y LOS LLANEROS. UN NUEVO DESAFÍO

En enero de 1817 el general Morillo dejó Nueva Granada para ir a Venezuela, situó sus fuerzas a lo largo de las provincias andinas y en agosto estableció su cuartel general en Calabozo, la puerta de los llanos. Éste era su teatro de guerra favorito, pues le daba acceso a través de los llanos a Guayana, Maturín y Cumaná, y le permitía proteger Caracas, Maracay y Valencia, al igual que defenderse de Páez en el Apure. Bolívar, por su parte, estaba rebosante de prematuro optimismo, impaciente por tomar la ofensiva. En julio informó de sus grandes victorias a la provincia de Caracas, todavía por liberar: «Desde las dilatadas llanuras de Casanare hasta las bocas del inmenso Orinoco, nuestros pasos han sido conducidos por la victoria. Veinte acciones gloriosas han asegurado la suerte de Venezuela». **[63]** El mismo Bolívar se encargaba de conservar Guayana. Mariño había liberado gran parte de Cumaná. En Maturín, el general Rojas mantenía viva la causa republicana. El general Monagas se enfrentaba a los realistas en Barcelona. Y al suroeste, en el valle del Apure, Páez luchaba como el caudillo republicano de los

llaneros. Sobre el terreno, las operaciones no eran tan concluyentes o tan prometedoras como Bolívar las describía, pero si conseguía que Páez se pusiera bajo su mando, podría controlar un área inmensa, desde el Orinoco hasta los Andes.

Páez alegaba que en el Apure él mandaba con absoluta independencia y que no tenía que rendir cuentas a ningún poder humano. En septiembre de 1816, en Trinidad de Arichuna, desplazó al coronel Santander como comandante en jefe del Ejército de Occidente. Fue elegido en el cargo por un movimiento de jefes y oficiales secundado por un buen número de habitantes de la región, como «el único que podía salvarlos del peligro que por todas partes les amenazaba» e inspirar la defensa de la república contra el ejército realista. [64] Ése fue el día en que se le reconoció como caudillo, el líder supremo de los llanos occidentales, en un giró que anticipaba una confrontación aún más fuerte con Santander que tendría lugar diez años después. Durante más de un año llevó a cabo sus campañas como comandante independiente, pero cuando Bolívar envió una comisión desde Guayana para pedirle que lo reconociera como «jefe supremo de la república» el caudillo no vaciló; se mostró de acuerdo, aun sin consultar a sus propios oficiales, e instó a sus tropas reacias al cambio a hacer lo mismo. [65] Páez sometió así su autoridad a la del Libertador «teniendo en cuenta las dotes militares de Bolívar, el prestigio de su nombre ya conocido hasta en el extranjero, y comprendiendo sobre todo la ventaja de que hubiera una autoridad suprema y un centro que dirigiera a los diferentes caudillos que obraban por diversos puntos». [66] El 31 de diciembre de 1817, Bolívar dejó Angostura y, mediante un espectacular avance por río y tierra, y sometiendo a sus tropas a una dura marcha a lo largo de trescientos kilómetros, condujo a sus tres mil hombres a las llanos de Apure. Allí, en San Juan de Payara, estaba el cuartel general de Páez; los realistas, por su parte, estaban apostados cerca de cincuenta kilómetros al norte, en San Fernando de Apure. Bolívar y Páez se encontraron por primera vez el 30 de enero de 1818, desmontaron y se abrazaron afectuosamente mientras cada uno intentaba formarse un juicio sobre el otro. [67]

Páez, caudillo arquetípico y líder en su propia tierra, era un criollo de orígenes modestos, aunque no provenía de los márgenes

de la sociedad; era blanco, o podía pasar por tal, y su padre había sido un funcionario subalterno, heredero de la burocracia colonial. Había llegado a los llanos huyendo después de una riña privada en Barinas, y en el ejército de la primera república había llegado a ser capitán de caballería. Páez debió enfrentarse a la vida sin los conocimientos básicos de la lectura y la escritura, lo que le creó un complejo de inferioridad duradero. Los oficiales de la Legión Británica se percataron de sus cualidades como guerrero llanero, pero uno de ellos no pudo evitar señalar su falta de formación: «Cuando serví con él, Páez apenas sabía leer o escribir, y su vida había sido tan burda y carente de cultura que hasta que los ingleses llegaron a los llanos nunca había usado cuchillo y tenedor, pero cuando comenzó a conocer a los oficiales de la Legión Británica copió su forma de vida y su vestir, intentando parecerse a ellos lo más posible, es decir, hasta donde su falta de educación se lo permitía». [68]

Su sentimiento de inferioridad no pasaba desapercIbido, y en presencia de aquellos a quienes consideraba mejor educados que él acostumbraba a permanecer en silencio. Durante la guerra el analfabetismo no era una desventaja importante, si bien él tenía otros puntos débiles: era propenso a los ataques epilépticos cuando se excitaba o se enfadaba, y sus juicios sobre Bolívar y la alta política eran equivocados. Ataviado con una chaqueta verde que no era de su medida, pantalones bombachos blancos y tricornio, era ligeramente más presentable que sus seguidores, descritos como «mal vestidos y algunos casi en perfecto estado de desnudez». Su poder, al igual que su atuendo, era informal, pero su preparación para el liderazgo era reconocible: había aprendido la vida del llanero del modo más difícil, en una hacienda ganadera, llegando a ser mejor que los demás a la hora de luchar, saquear y matar. Fuerte como un toro, suspicaz y astuto, acompañado siempre por sus guardaespaldas, un negro gigantesco, sus cualidades para el mando atrajeron a sus primeros seguidores y el botín los retuvo a su lado.

Su tropa, o la mayoría de ella, había luchado previamente contra el enemigo y estaba compuesta «en mucha parte de aquellos feroces y valientes zambos, mulatos y negros que compusieron el ejército de Boves». [69] Pero Páez tenía sus propios métodos para tratar a los

llaneros. Tachaba a muchos de los oficiales venezolanos de bárbaros y asesinos, y alegaba que él, a diferencia de ellos, no mataba personalmente a sus prisioneros; sus hombres, desde luego, lo hacían por él, cortándoles la cabeza con un solo golpe de machete, a menudo en medio de los aplausos de sus compañeros. Ésa era la fuerza que Páez había convertido en un ejército de caballería. Ésa era la fuerza que Bolívar quería para el ejército independentista. La república ofrecía a los llaneros algo más que botines producto del saqueo. Páez les prometió a sus hombres una porción de las haciendas confiscadas al enemigo, y Bolívar confirmó esa política en su decreto de 1817, en el que ordenaba que las tierras de propiedad de la nación se distribuyeran entre las tropas patriotas.

La guerra de guerrillas librada por Páez era un triunfo personal; en las tierras del río Arauca y los llanos de Apure él era quien mandaba. Sin embargo, sus fuerzas no estaban vinculadas de forma efectiva con el movimiento independentista, y, aunque hostigaron a los españoles, no los destruyeron. Bolívar sabía que necesitaba a Páez y su ejército para la revolución. Los dos líderes llegaron a un acuerdo. Cuando Páez se encontró por primera vez con Bolívar en los llanos de San Juan de Payara quedó impresionado por el contraste entre sus maneras civilizadas y el entorno agreste, entre su apariencia refinada y la barbarie de los llaneros. «Puede decirse que allí se vieron entonces reunidos los dos indispensables elementos para hacer la guerra: la fuerza intelectual que dirige y organiza los planes, y la material que los lleva a cumplido efecto, elementos ambos que se ayudan mutuamente y que nada pueden el uno sin el otro»[70]. Los estereotipos del caudillo eran falsos, y estaba equivocado al asumir que Bolívar era sólo un intelectual. Durante los siguientes diez años, el hombre de cultura marcharía más kilómetros y libraría más batallas que el guerrero de los llanos en toda su vida.

En febrero de 1818, Páez contribuyó con una caballería de cerca de mil hombres a una fuerza conjunta de más de cuatro mil. Esta cifra incluye a un grupo de voluntarios británicos, entre ellos el joven Richard Vowell, que había dejado Oxford con fama de que le gustaba llevar una vida de excesos. Vowell se topó por primera vez con Bolívar en el camino entre el rió Apure y el pueblo de Calabozo, cuando el Libertador iba rodeado por los oficiales de su Estado

Mayor. Vio a un hombre de alrededor de treinta y cinco años que parecía más bien de cuarenta, más bajo que la media, pero bien proporcionado, y extraordinariamente vigoroso. Según su descripción, sus rasgos eran finos, pero evidenciaban el peso de las preocupaciones, tenía el rostro de alguien que ha sabido mantenerse firme en medio de la adversidad; sus maneras continuaban siendo elegantes, lo que le hacía sobresalir entre su ejército, «rodeado como estaba por hombres bastante inferiores a él en cuna y educación». Llevaba un morrión, una casaca de tela azul con puños rojos y unos toscos pantalones azules; calzaba alpargatas. Sus oficiales eran sobre todo «hombres de color», a excepción de dos generales, Páez y Urdaneta, que eran blancos. Convocados a entrevistarse con el Libertador, los británicos lo encontraron «en una hamaca de algodón, bajo unos árboles, y nos recibió con toda la cortesía de un hombre de mundo». Tuvo palabras de bienvenida para los recién llegados de Europa, a los que dijo que esperaba que aportaran su disciplina e instrucción al ejército y fueran un ejemplo para sus oficiales y hombres. [71]

Bolívar avanzó hacia el norte en febrero de 1818 y después de invadir el puesto de avanzada realista en Guayabal forzó a Morillo a evacuar Calabozo, causándole numerosas bajas y haciéndose con armas y suministros, después de lo cual ofreció terminar la guerra a muerte. [72] Sin embargo, su optimismo era prematuro. Permitió que Morillo abandonara Calabozo, pero no consiguió obligarlo a luchar en las llanuras, donde los patriotas habrían contado con la ventaja de la caballería, pues al cansancio de sus tropas tras los anteriores combates había que sumar el fuego disciplinado de la infantería española. Quería perseguir al enemigo hacia el norte, hasta la costa, seducido todavía por la idea de liberar Caracas, pero antes tenía que regresar a Calabozo para que sus tropas descansaran y esperar a Páez. Allí su ejército sufrió una deserción masiva. Pero, aunque muchos de los desertores huyeron hacia donde se encontraba Páez, Bolívar no mandó perseguirlos: «es imposible mandarlos perseguir cuando no tengo confianza en los que quedan, que probablemente los seguirán». Necesitaba a Páez: «Vuele, vuele a reunírseme para que aprovechemos los momentos en que la fortuna parece que nos halaga». [73] Pero el caudillo le daba largas y, en lugar de ir a su encuentro, continuaba insistiendo en el sitio a San

Fernando. Había buenas razones militares para esta decisión, más allá de la perspectiva de un gran botín. San Femando era importante en sí mismo y también como apertura hacia Nueva Granada, mientras que perseguir a Morillo hacia el norte, por las montañas, era llevar a la caballería patriota a un territorio en el que la infantería española era superior.

La siguiente etapa de la campaña no favoreció a Bolívar y, de acuerdo con sus oficiales británicos, sus tácticas no fueron las mejores. Decidió resistir en la garganta de El Semen con sus fuerzas reducidas, y en la batalla de La Puerta (16 de marzo de 1818), escenario de dos derrotas anteriores de los republicanos, como era de prever, fue vencido por Morillo. En este enfrentamiento perdió más de mil hombres de infantería, bastante material de guerra y sus propios documentos, aunque no su reputación de soldado valiente en el campo de batalla.[74] Además, durante la retirada, estuvo a punto de morir en Rincón de los Toros a manos de una patrulla española que penetró en el campamento en medio de la noche y a la que, por descuido, el coronel Santander dirigió durante su ronda al lugar indicado, en donde el enemigo sorprendió al general mientras dormía. Bolívar sólo consiguió escapar gracias a la ayuda de sus hombres, pero en la huida se hizo un esguince en el tobillo al caer de una mula. El 2 de mayo, Páez fue derrotado en Cojedes. Por esos mismos días también cayó Cumaná.

En la reticencia del caudillo llanero a avanzar hacia el norte había elementos políticos así como factores tácticos. Todavía jugaba con la idea de ser una autoridad independiente, y, cuando en San Fernando de Apure un grupo de oficiales y llaneros intentaron declararlo general en jefe, él aceptó; se necesitó una respuesta acerada de Bolívar para aplastar este movimiento en ciernes. Una cosa era criticar sus tácticas, otra cuestionar su supremacía. En su autobiografía, Páez narra los hechos como si él sólo hubiera sido un testigo inocente de lo ocurrido, pero ésa no fue la impresión del joven
O’Leary,
recién llegado al Apure y observador directo de los acontecimientos. Los recientes reveses no eran algo de lo que Bolívar se sintiera avergonzado y no se contuvo a la hora de reprimir a Páez. Le aclaró de forma contundente que consideraba muy grave la sedición y

ordenó destituir, apresar y encarcelar al hombre que había actuado como cabecilla, el coronel inglés Henry Wilson: «La disciplina militar, los principios sociales y el honor nacional y el del gobierno de la República reclaman imperiosamente un ejemplar castigo, contra el autor de tan execrable infracción … que por su naturaleza exige un pronto castigo, como el único medio de contener las licencias y sediciones militares, que nos envolverían en mil horrores y en una desastrosa anarquía». [75] Este episodio fue una pieza más en la construcción de su liderazgo. Y, en cuanto a la autoridad, se sentía bastante seguro y aceptó la ley de los llanos, tal como explicó O'Leary:

«En esto también tuvo que consentir Bolívar, porque las tropas de Apure eran más bien un contingente de un Estado confederado que una división de su ejército. Ellos deseaban tornar a sus hogares … Páez, acostumbrado a ejercer su voluntad despótica y enemigo de toda subordinación, no podía avenirse con una autoridad que tan recientemente había reconocido, y Bolívar, por su parte, era demasiado sagaz y político para exasperar el carácter violento e impetuoso de aquél». [76]

Bolívar, gran maestro de la estrategia, no era infalible en las tácticas de la guerra. La campaña en los llanos en 1818 le enseñó una lección que para entonces ya era de esperar que conociera, a saber, que Caracas y la costa, protegidas por terrenos montañosos, no podían invadirse desde el sur. De nuevo los republicanos se vieron obligados a retroceder más allá del Orinoco. Bolívar regresó a Angostura, un campamento militar, un puerto fluvial con salida al mar y una base desde la cual podría organizar la república y planear su siguiente campaña. Exponer su causa a Venezuela, las Américas y el mundo entero era una preocupación cotidiana, y en las relaciones públicas se movía como pez en el agua. Creó un semanario, *El Correo del Orinoco*, para contrarrestar la influencia de la *Gaceta de Caracas*, ahora en manos de realistas, con José Domingo Díaz como director. El primero de los 128 números que llegó a tener esta publicación apareció el 27 de junio de 1818 bajo la distinguida dirección de Francisco Antonio Zea, quien después sería reemplazado por Juan Germán Roscio y éste a su vez por José Luis Ramos. Aunque estos directores no eran meras figuras decorativas, la participación de Bolívar en el semanario fue

evidente y decisiva, y el Libertador siguió muy de cerca lo que consideraba que era la preparación intelectual de su siguiente ofensiva. A pesar de su recelo hacia la idea de «democratización», daba por sentado que era necesario crear una asamblea legislativa y que «en tanto que nuestros guerreros combaten, que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía … No basta que nuestros ejércitos sean victoriosos: no basta que los enemigos desaparezcan de nuestro territorio, ni que el *mundo entero* reconozca nuestra Independencia; necesitamos aún más, ser libres; bajo los auspicios de leyes liberales, emanadas de la fuente más sagrada que es *la voluntad del pueblo*».[77] Así que propuso al consejo de Estado la convocatoria de un congreso nacional y la creación de un reglamento electoral para la elección de los diputados, con el objetivo de que éste se reuniera 1 de enero de 1819. La organización del ejército y la preparación de las elecciones se convirtieron en sus dos tareas más urgentes, lo llevaron a emprender largos viajes fuera de Angostura y se convirtieron en el tema central de su correspondencia con generales y oficiales durante 1818.

En medio de sus preocupaciones políticas y militares aún encontraba tiempo para pensar en Josefina Machado. Su sobrino Leandro Palacios, que también se hallaba en Saint Thomas, estaba en contacto con Pepita, y, a través de él, un ansioso Bolívar la instaba a viajar a Angostura, temiendo, al parecer, que optara por regresar a Caracas, lo que le parecía una bajeza y, probablemente, daría lugar a comentarios. Llegado el momento, Leandro le informaría de que ella iba en camino a Angostura junto con su familia, pero, cuando Josefina llegó allí, Bolívar ya se había marchado para su campaña en Nueva Granada.[78] Su amante intentó seguirlo, pero por desgracia murió durante el viaje.

Los años 1816-1818, «la tercera época de la República», fueron unos de los períodos más difíciles en la vida de Bolívar. Durante ese tiempo tuvo que resolver los tres principales problemas de la independencia hispanoamericana: derrotar a España en el campo de batalla, superar la insubordinación en sus propias filas y evitar la guerra racial. Realistas, caudillos, pardos, éstos eran los desafíos, y ninguno de ellos podía vencerse en un día. Librar la guerra en los llanos fue una estrategia cuestionable. En esas planicies despobladas

era posible liberar enormes extensiones de territorio, pero no a mucha gente. Bolívar era un gigante encadenado. Con todos sus recursos, una educación europea y tres campañas a sus espaldas, le costaba un enorme esfuerzo mover la revolución tan sólo un centímetro. Los españoles ocupaban el centro-norte, el corazón político y económico de Venezuela, la región en la que se concentraba la población y la esencia del sistema colonial. Eso era justo lo que ansiaba Bolívar. Había realizado invasiones por los flancos desde el oriente y el occidente, había conquistado el Orinoco y Guayana, estaba avanzando a través de los llanos, pero Caracas todavía no era suya. Se necesitaba una nueva estrategia de liberación y ésta ya empezaba a tomar forma en la fértil mente del Libertador. A pesar de las apariencias, Bolívar tenía razones para sentirse optimista. Era capaz de entender que, a pesar de haber sido claramente favorable al general Morillo, la guerra en los llanos no le había permitido a los españoles realizar un progreso estratégico y le había costado al Pacificador una herida casi mortal. Morillo veía a Bolívar con mucha cautela: lo consideraba más peligroso en la derrota que en la victoria. El español era pesimista. Pensaba que el dominio de Guayana y sus recursos le daba a Bolívar una ventaja decisiva y que la restauración de la soberanía española en América sólo podría conseguirse por la fuerza después de una gran victoria militar del ejército del rey. Pero mientras que las fuerzas de la alianza bolivariana ascendían a cerca de catorce mil hombres (el ejército del Libertador, que había ido creciendo gracias a sus insistentes campañas de reclutamiento, sumado a las tropas de Páez y demás caudillos), él sólo contaba con once mil soldados repartidos entre Nueva Granada y Venezuela. [79]

Bolívar estaba listo para enfrentarse al mundo o, por lo menos, a España y la Santa Alianza: «La República de Venezuela, por derecho divino y humano, está emancipada de la nación española, y constituida en un Estado independiente, libre y soberano». [80] Esta era su visión de la tercera época de la república y su profecía sobre las batallas que estaban por venir.

Capítulo 6

UNA NUEVA ESTRATEGIA, UN NUEVO FRENTE

EL DISCURSO DE ANGOSTURA

La vida de Bolívar adquirió en la primera década de la revolución un ritmo de pensamiento y acción que él consiguió mantener con extraordinaria consistencia en momentos que, por otro lado, estuvieron marcados por el desorden político, la confusión militar y la derrota personal. Desde la época de la primera república había una pauta de avance, retirada y reorganización; ésta se repitió en la segunda república con otra arremetida, otra derrota y otra pausa; después hubo otra secuencia de ataque, repulsa y retorno, que comenzó en Haití y terminó en Guayana. En cada etapa, la respuesta a los desafíos fue similar: primero el análisis, luego la acción. El Manifiesto de Cartagena precedió a la «campaña admirable», y la Carta de Jamaica a la invasión del continente. En 1819, cuando al advertir que la guerra en Venezuela había llegado a un punto muerto ponderaba la nueva estrategia a seguir, se preparó para las acciones que tenía por delante con una nueva declaración de principios.

Sus esfuerzos por promover la celebración de elecciones en todos los territorios liberados finalmente dieron sus frutos y los delegados comenzaron a dirigirse a Angostura. Bolívar regresó desde su cuartel general en San Juan de Payara, dejando al mando del ejército a Páez, a quien ascendió a general de división. En el viaje de regreso a Angostura desde el alto Orinoco, un río poblado de serpientes y caimanes y de orillas infestadas de mosquitos, el

Libertador se dedicó a dictar a su secretario la versión final del discurso en el que había estado trabajando desde noviembre y que ahora planeaba pronunciar ante el congreso, así como la constitución que preparaba para la república y que pensaba someter a su consideración. Recostado en su hamaca a bordo de la flechera que lo transportaba, durante el calor opresivo del día o bajo los gigantescos árboles que crecían en los márgenes del río, durante el frescor de la noche, en una postura habitual, con una mano en el cuello de su casaca y el pulgar sobre el labio superior, Bolívar desarrollaba las ideas que había estado rumiando desde que las había expuesto por primera vez en la Carta de Jamaica. [1]

A las 10.30 del día señalado, el 15 de febrero de 1819, veintiséis delegados, representantes de Margarita, Guayana, Cumaná, Barcelona, Caracas y Barinas, ocuparon sus asientos en el modesto salón del palacio de gobierno de Angostura para inaugurar el congreso general. Bolívar y los oficiales de su Estado Mayor llegaron al sencillo edificio de la plaza mayor, donde fueron recibidos con tres salvas y un desfile militar. Los delegados salieron a dar la bienvenida al Libertador y lo condujeron a su puesto en la cabecera de la asamblea. [2] Cuando se puso en pie para presentar su constitución, que en ese momento representaba la cima política de la revolución y la culminación de todas sus esperanzas, habló con una voz clara pero que no dejaba de delatar su emoción. Quienes lo escuchaban, ciudadanos venezolanos y cierto número de invitados extranjeros, también se sintieron profundamente conmovidos, algunos hasta las lágrimas, mientras su verbo angélico pronunciaba un discurso que era una inusual mezcla de razón y emoción. [3] Describió una república democrática ideal siguiendo fielmente el modelo de la era de las revoluciones: «Al separarse Venezuela de la nación española, ha recobrado su independencia, su libertad, su igualdad, su soberanía nacional. Constituyéndose en una república democrática, proscribió la monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios: declaró los derechos del hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir». [4] Estos «actos eminentemente liberales», como él los llamó, fueron posibles porque sólo en democracia la libertad estaba del todo asegurada. Pero ¿era todo esto factible? La democracia, admitía, no garantizaba necesariamente el poder, la prosperidad y

la permanencia de un Estado. El sistema federal, en particular, aumentaba la debilidad y dividía al gobierno. Este quizá fuera apropiado para el pueblo estadounidense, criado en la libertad y las virtudes políticas, pero «ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de los Estados tan distintos como el inglés americano y el americano español. ¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del norte de América».

Las leyes, advertía Montesquieu, debían adecuarse al pueblo para el cual se escribían. Rousseau sostenía, de manera mucho más explícita, que las constituciones debían tener en cuenta el carácter nacional. Bolívar no era menos insistente en este aspecto: las constituciones debían ajustarse al entorno, al carácter, la historia y los recursos de la gente. «¡He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington!» Bolívar todavía buscaba algo que se correspondiera con la realidad de Hispanoamérica, no una imitación de Norteamérica. La realidad de Hispanoamérica se revelaba de dos formas. El punto de partida era el carácter multirracial de la sociedad. Refiriéndose a Venezuela, comentaba: «La diversidad de origen requiere un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración». Bolívar estaba convencido de que «el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela. Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad está sancionado por la pluralidad de los sabios, como también lo está que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos, pues todos deben practicar la virtud y no todos la practican, todos deben ser valerosos y todos no lo son, todos deben poseer talentos y todos no los poseen». Así que la ley debía corregir la disparidad de inteligencia y carácter que la naturaleza imponía a los hombres. La lógica de sus propios principios lo llevaba a concluir que cuanto mayor fuera la desigualdad social, más se necesitaba la igualdad legal. En segundo lugar, en la búsqueda de instituciones que garantizaran una verdadera igualdad, los legisladores debían tener

en cuenta la experiencia y la capacidad políticas. Aunque Grecia, Roma, Francia. Inglaterra y Norteamérica tenían todas algo que enseñar en cuanto a las leyes y al gobierno, él quería recordar a los delegados que la excelencia de un gobierno no se basaba en sus teorías o sus formas, sino en la capacidad de ajustarse a la naturaleza y al carácter de la nación para la cual éste se ha instituido. Rebosante de ideas, no era ni dogmático ni doctrinario. Mientras las huellas de Montesquieu son evidentes en su discurso, las de Rousseau son más vagas. Bolívar era básicamente un pragmático, tal como había dejado claro en la *Carta de Jamaica*: «Voy a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América: no la mejor, sino la que sea más asequible».

En lugar de basarse en los modelos francés o norteamericano, recomendaba la experiencia británica, aunque advirtiendo en contra de la imitación servil y la adopción de la monarquía. Con estas salvedades, la constitución británica parecía la más adecuada para aportar «el mayor bien posible» para aquellos que la adoptaran. Reconocía la soberanía popular, la división y el equilibrio de poderes, la libertad civil y las libertades de prensa y de conciencia. Bolívar la recomendaba «como la más digna de servir de modelo a cuantos aspiran al goce de los derechos del hombre y a toda la felicidad política que es compatible con nuestra frágil naturaleza». Empezó por un poder legislativo que seguía el modelo del Parlamento británico, con dos cámaras, una de representantes elegidos popularmente y la otra, un senado hereditario. Este último, agregaba, al ser independiente de las presiones del pueblo y del gobierno, protegería al pueblo de sí mismo. Los senadores no serían una aristocracia ni un grupo de privilegiados, sino una élite de virtud y sabiduría producida no por los azares electorales, sino por una educación ilustrada, especialmente diseñada para esta vocación. Como la Cámara de los Lores en Inglaterra, el senado de Venezuela sería un «un baluarte a la libertad». Sin embargo, a pesar de lo distinguido que fuera, el poder legislativo no debía usurpar el poder que pertenecía al ejecutivo. El ejecutivo de Bolívar, si bien electivo, era un poder fuerte y centralizado, y su jefe de gobierno prácticamente un monarca con el nombre de presidente. Aquí dirigía su mirada de nuevo al modelo británico, con un ejecutivo fuerte a la cabeza del gobierno y las fuerzas armadas, pero

responsable ante el parlamento, que tenía a su cargo las funciones legislativas y el control financiero. «El más perfecto modelo, sea para un reino, sea para una aristocracia, sea para una democracia». Dadle a Venezuela un poder ejecutivo semejante, encarnado en un presidente elegido por el pueblo o por sus representantes, aconsejaba Bolívar, y estaréis dando un gran paso hacia la felicidad nacional. Sumad a esto una magistratura independiente y la felicidad será completa, o casi completa, pues el Libertador tenía una propuesta adicional.

A los tres poderes clásicos Bolívar añadió un cuarto de su propia cosecha, el poder moral, que sería el responsable de formar al pueblo en el espíritu cívico y las virtudes políticas. Esta idea estaba mal concebida y no encontró eco en sus contemporáneos, pero era una idea típica de su búsqueda de una educación política para su pueblo, algo que consideraba tan importante como para requerir una institución dedicada a promoverla. Bolívar creía que el pueblo era educable, siempre y cuando se respetaran sus inclinaciones y talentos naturales; ésa era su experiencia tras haber formado un ejército multirracial, la prueba de que su proyecto no era una utopía.

¿No era todo el proyecto de Angostura antidemocrático? Bolívar ya tenía una respuesta para esta pregunta. «De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada»[5]. En su opinión, un gobierno estable requería «moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública» y, aunque de inmediato admitía que «los términos que fijan teóricamente estos dos puntos son de una difícil asignación», pensaba que el deseado equilibrio podría conseguirse por medio de la educación y la experiencia en la administración de justicia y el Estado de derecho. Y con respecto a la constitución británica: ¿realmente la entendía? En este aspecto, Bolívar se apartaba de los *philosophes*, entre quienes había muchos prejuicios en contra de la práctica política británica por su corrupción y su carácter poco representativo, y del mismísimo Rousseau, que criticaba el sistema de gobierno inglés por el hecho de que su parlamento fuera independiente de su electorado. El senado hereditario, una de sus ideas más polémicas, constituía un

intento de poner restricciones a la democracia absoluta, que podía ser tan tiránica como cualquier déspota; sin embargo, este transplante de la Cámara de los Lores inglesa al continente americano (que incumplía su propio principio de atenerse a la «realidad americana») simplemente habría confirmado y prolongado la estructura señorial de la sociedad venezolana. El congreso de Angostura adoptó una constitución que recogía muchas de las ideas del Libertador, aunque no el senado hereditario ni el poder moral. Eligió a Bolívar presidente de la República y a Zea vicepresidente. Pero la nueva constitución no era más que teoría, pues todavía había que ganar la guerra. En el frente militar, Bolívar tenía nuevas oportunidades y una nueva visión, una oportunidad de realizar sus ideales políticos a través de la organización, la disciplina y el liderazgo.

REFUERZOS Y REVALUACIÓN

En 1817, Bolívar le pidió al representante de Venezuela en Londres, Luis López Méndez, que reclutara oficiales y sargentos que quisieran unirse al ejército y la armada patriota, y, desde Grafton Street, en Fitzroy Square, éste comenzó a negociar con oficiales británicos con el fin de que reunieran y dirigieran regimientos para prestar servicio en Venezuela. En julio firmó un contrato con el coronel H. C. Wilson, en octubre con el coronel Gustavus Hippisley. [6] Desde entonces, a lo largo de los siguientes cinco años, más de seis mil voluntarios dejaron Gran Bretaña e Irlanda en cincuenta y tres barcos para luchar en Suramérica, de los cuales cerca de cinco mil trescientos llegaron efectivamente a tierra firme. [7] El embajador español protestó ante el Foreign Office con el argumento de que toda la población de Inglaterra parecía haberse unido a las expediciones a las Américas. Los comerciantes británicos ya estaban participando en las actividades republicanas. Le habían brindado apoyo a Bolívar en Jamaica y le habían ayudado a financiar sus expediciones desde Haití; en Guayana le habían suministrado equipamiento, armas y municiones a cambio de ganado y otros productos exportables, y los hermanos Hyslop se describían a sí mismos como los representantes comerciales del general Bolívar así como de Nueva Granada. La política oficial del gobierno británico

era la de prohibir a sus súbditos participar en la guerra entre España y sus colonias, ya que eso iba en contra de la política de neutralidad del gobierno, y un decreto del 13 de mayo de 1818 prohibía la exportación de armas a Hispanoamérica. Bolívar comprendía las limitaciones que sus compromisos más amplios imponían a la libertad de acción británica y nunca presionó demasiado a la diplomacia; prefirió buscar beneficios específicos y ventajas prácticas. Las circunstancias favorecieron este acercamiento.

En los años que siguieron a las guerras napoleónicas había numerosos oficiales que sólo recibían media paga y muchísimos soldados desempleados dispuestos a aceptar contratos para luchar como mercenarios en las guerras de independencia; además, había un número incluso más grande de aventureros sin experiencia militar que buscaban en las Américas causas honorables y nuevas oportunidades. Y, asimismo, había almacenes de excedentes, armas y municiones que los comerciantes estaban deseando vender con ansia. Por otro lado, la opinión pública en general favorecía más la causa de Hispanoamérica que la de España. La embajada española en Londres vigilaba de cerca cada detalle de la campaña de reclutamiento de los venezolanos y bombardeó al Foreign Office con reclamaciones: los españoles estaban especialmente irritados por el entrenamiento a voluntarios que se veía en Londres a diario. El gobierno británico se enfrentaba a un dilema y optó por combinar la desaprobación oficial del reclutamiento de soldados con la tolerancia de su partida a Hispanoamérica. En 1818, los representantes de Bolívar en Inglaterra organizaron aún más expediciones, incluyendo tanto soldados como oficiales, el núcleo de la Legión Británica, así como embarcaciones, marineros y armas.

De un modo u otro, gracias a la tolerancia, la connivencia o la indiferencia de las autoridades, barcos, hombres y armas, regimientos enteros, zarparon de los puertos británicos con rumbo a Suramérica entre 1817 y 1819, además de los oficiales y marinos voluntarios que también cruzaron el Atlántico para unirse a la armada venezolana. Se vendieron a los republicanos cerca de cincuenta mil rifles y mosquetes, cientos de toneladas de munición y pólvora, artillería, lanzas, machetes, espadas, sables y pistolas. El aspecto comercial de la empresa era fundamental, y López Méndez

vivía en Londres en medio de un conflicto permanente por sumas de dinero que no había pagado y contratos que los comerciantes no habían satisfecho. Al final, las dimensiones cada vez mayores de la operación, la infracción de la ley y las protestas de España obligaron al gobierno británico a hacer algo al respecto. La Foreign Enlistment Act de 1819 prohibió a los súbditos británicos servir en los ejércitos de Suramérica, así como la exportación de armas con destino a los insurgentes. Esto provocó que muchos británicos se marcharan de manera desordenada, y no impidió que numerosos buques zarparan de Liverpool a lo largo de 1820. Las autoridades británicas tomaron medidas para hacer cumplir la ley, pero eso no puso fin al reclutamiento, que contaba con el favor de la opinión, y lo mismo ocurrió con el suministro de armas. [8] Denunciados en Londres por España, en Venezuela los legionarios eran perseguidos por los comandantes españoles. El general Morillo intentó dirigirse a ellos directamente: «Estáis sirviendo bajo el mando de un hombre insignificante en todos los aspectos, os habéis unido a una horda de bandidos famosos por haber cometido las crueldades más bárbaras, las cuales son tan contrarias a vuestro carácter nacional que deberíais aborrecerlas. Aquel que conserve el menor destello de honor y justicia no puede continuar unido a semejante banda de zarrapastrosos». [9] Los soldados británicos rechazaron las insinuaciones y los insultos a Bolívar: «Bolívar se merece la gratitud de su país y la admiración del mundo entero tanto como el mismo Washington y, al igual que él, será venerado mientras viva y su memoria quedará inmortalizada». [10]

Lo que siguió a la campaña de reclutamiento constituye un relato de heroísmo y reveses, en el que la enfermedad, el alcohol y las deserciones redujeron las filas de los combatientes que finalmente habían conseguido sumarse al ejército bolivariano. Los británicos pronto descubrieron que las «campañas en las inmensas llanuras de Suramérica no eran un juego» y que además no conducían a la riqueza. [11] Pero a Bolívar le gustaban, incluso a pesar de que algunos de sus oficiales los miraran con desconfianza. Aunque Wilson y Hippisley no duraron mucho, bastantes de sus hombres perseveraron, y el lugar de los comandantes fue ocupado por los coroneles James Rooke y Thomas Ferriar, que prestaron un excelente servicio, al igual que lo hizo Robert Pigott. Las tropas

llegaban a Angostura y desde allí partían para reunirse con el coronel Rooke, que se encontraba junto a Bolívar en el Apure, donde el Libertador estaba planeando una campaña en Nueva Granada. Los comandantes venezolanos tenían opiniones divididas respecto al plan, pero cuando le llegó a Rooke el turno de hablar, dijo que seguiría al Libertador hasta el cabo de Hornos si era necesario. Y la unidad de Rooke, la Legión Británica, efectivamente participó en el cruce de los Andes. Los soldados británicos pronto se ganaron fama de buenos caminantes y, cuando iban a la vanguardia del ejército, imponían un paso que para muchos resultaba demasiado rápido; los americanos que se incorporaron a las unidades británicas «se consideraban por encima de otros soldados y se llamaban a sí mismos ingleses, y blasfemaban en inglés como forma de mantener su título». **[12]** Cualquiera que fuera su reputación, lo cierto es que en la campaña de 1819 las tropas británicas marcaron la diferencia. Eso era lo que pensaba Bolívar, que solía decir que el verdadero Libertador era su agente reclutador en Londres, Luis López Méndez. **[13]**

UN SEGUNDO FRENTE

A partir de agosto de 1818 Bolívar se concentró en la liberación de Nueva Granada. Ese mes envió al general Santander a Casanare como gobernador y vanguardia de una expedición mucho mayor. Casanare era una provincia semidesértica, pobre y despoblada, pero fue el santuario de la independencia de Nueva Granada. La provincia proporcionaba el núcleo de otro ejército y podía convertirse en una base para la invasión de Nueva Granada. Santander identificó y se aprovechó de las debilidades de la posición realista, la falta de autoridad del general José María Barreiro, un joven comandante español, la desmoralización y la deserción de sus tropas y la renovación de la resistencia entre las guerrillas llaneras. Mientras Barreiro se quejaba de que sus soldados y oficiales no recibían sus pagas y todo el ejército debía mantenerse con medias raciones e iba mal vestido, los criollos, que no estaban en el ejército realista por amor al rey sino por lo que éste podía ofrecerles, estaban desertando en masa hacia el bando enemigo. En mayo de 1819, Santander pudo informar a Bolívar de que la

provincia estaba libre de realistas, y del «entusiasmo de los habitantes de Casanare por su independencia» y el deseo que manifestaban de participar en la campaña libertadora. «Por Casanare no tenga cuidado». [14]

Era una estrategia valiente y difícil, y al considerar los riesgos Bolívar tuvo que sopesar si era mejor dar un gran paso adelante o mantenerse en un punto muerto. En Venezuela la revolución se había estancado. En el Apure, es cierto, Páez había frustrado hábilmente los esfuerzos de Morillo por destruirlo. Además estaban llegando refuerzos para fortalecer a los ejércitos patriotas. Bolívar se sentía optimista, consideraba que sus tropas «pueden medirse con las más selectas de Europa» y pensaba que ahora sí estaba en condiciones de ganar la confrontación militar, «ya que no hay desigualdad en los medios destructores». [15] Sin embargo, a la república le resultaba imposible aplastar a los realistas. Más allá de las escaramuzas y sitios de los llanos, su ejército necesitaba acción y victorias. ¿No podrían éstas conseguirse con mayor facilidad en Nueva Granada?

En Nueva Granada, los realistas eran más vulnerables y, en particular, estaban más expuestos a una invasión rápida. El dominio español —lo que significaba en realidad un ejército de diez mil hombres, la mayoría de ellos americanos desafectos al régimen, y en el que sólo había doscientos españoles de fiar— estaba repartido por una vasta área entre Cartagena y Quito y ocupado por completo en asuntos de seguridad interna y en problemas de sus propias tropas, «enfermas, mal pagadas, mal provistas y divididas». [16] El gobierno también estaba dividido. La política de conciliación del virrey Francisco Montalvo fue rechazada en todos y cada uno de sus puntos por Morillo, cuya línea dura soliviantó a los criollos en un momento en el que su débil ejército era incapaz de contenerlos. El sucesor de Montalvo, el brutal Juan Sámano, inspiraba miedo y aversión en igual medida. Las tensiones estaban resquebrajando la reconquista española, que empezaba a pagar por los años de opresión, abusos raciales, reclutamiento forzoso, levas de trabajo y exacciones financieras. Todos éstos eran golpes que los realistas habían inflingido a sus propios intereses antes incluso de que Bolívar atacara.

Pero aun en estas condiciones había riesgos. El éxito dependía

de que se consiguiera penetrar con rapidez hasta alcanzar el corazón del poder español, y eso implicaba recorrer enormes distancias. Además, Bolívar dejaría detrás de él un gobierno débil y cierto número de caudillos semiindependientes. Con todo, cambiar el escenario de la guerra de un país a otro podría tener un efecto mágico y constituir en sí mismo una extraña victoria moral. Bolívar podría incitar a Morillo a dejar Venezuela y perseguirlo y, si la operación salía bien, él podría regresar a su tierra natal desde una posición más fuerte y con un mayor poder de ataque. «Logramos poner a Morillo en la alternativa, o de evacuar a Venezuela, para marchar sobre el Reino, o de verse perdido enteramente éste». Fue éste el argumento que expuso a Páez. Y ésta la proclama que dirigió a los neogranadinos: «El día de la América ha llegado, y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza, guiado por la mano de la Providencia». [17]

En marzo de 1819, Bolívar dejó de nuevo Angostura para dirigirse al Apure, subiendo por el Orinoco en compañía de un batallón de trescientos ingleses bajo el mando del mayor John Mackintosh. En Arauca, Páez había estado dirigiendo una campaña guerrillera perfecta, llevando las fuerzas de avance de Morillo al límite de su resistencia. Y ahora era el Libertador mismo quien asumía el mando de las agotadoras acciones contra Morillo. Páez, una vez más, destacó en la lucha. En Las Queseras del Medio dirigió a su caballería siguiendo la táctica de «vuelvan caras», una media vuelta espectacular que convertía una retirada fingida en un ataque relámpago y que costó a Morillo cuantiosas bajas. Aunque no fueran decisivas, estas últimas acciones de su campaña en los llanos resultaron ser un momento de la verdad en la carrera del Libertador. Fue éste un período de marchas y batallas, en la que los patriotas cruzaron y volvieron a cruzar el río Arauca, evitando las derrotas y aferrándose a las victorias. Su simple rutina inspiraba a sus colegas. Se levantaba al amanecer y visitaba a las diversas unidades, dando consejos y animando a los hombres. Acompañaba al ejército con sus oficiales del Estado Mayor, desmontaba a medio día para lavarse y comer, luego daba órdenes y dictaba su correspondencia desde su hamaca, y posteriormente continuaba la marcha hasta que llegaba la hora de montar el campamento, bien fuera entre los bosques o a campo abierto. Los oficiales que lo

acompañaron durante este período se acordarían luego de «su incomparable actividad y de sus desvelos no sólo por la suerte de la República, sino por la del último de sus soldados». [18] Entonces tenía treinta y cinco años, estaba en la cumbre de sus capacidades mentales y tan en forma como no volvería a estarlo nunca. También estaba alerta sobre los peligros que corría, y no sólo en el campo de batalla, como sabían sus oficiales:

> En una ocasión, en los llanos, llegó con su Estado Mayor a un hato [rancgo], donde pensaba permanecer hasta el día siguiente. Una joven, de cuya hermosa figura había quedado prendado, se le insinuó en público ofreciéndose a compartir su cama. Si él sospechó que había algo extraño, o que convenía más a la jornada del día siguiente avanzar todavía un poco más, lo he olvidado. Pero el hecho es que dejó la casa. La joven, que no era una patriota, había enviado un mensaje a una avanzadilla española que se encontraba no lejos de allí y, de no haber decidido marcharse, habría caído en sus manos. [19]

El 15 de mayo se enteró del éxito conseguido por Santander contra los realistas en Casanare. Era el momento de tomar decisiones. El 20 de mayo Bolívar advirtió a Santander de que estaba considerando lanzar una operación en Nueva Granada y que, por tanto, debía mantener a todas sus tropas preparadas para avanzar de forma conjunta con otras unidades tan pronto como recibiera órdenes: «Aún no sé positivamente el día, ni me he decidido sobre el modo en que debe ejecutarse; así me limito a indicar a US. el movimiento para que se prepare y a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse». [20] Sin embargo, alertado por sus espías, Morillo ya había adivinado las intenciones del Libertador y la dirección que tomaría: era consciente de que se trataba del mayor desafío que había tenido que enfrentar hasta el momento.

Bolívar decidió rápidamente que había llegado la hora de abrir su segundo frente y convertir Nueva Granada en el eje sobre el cual la revolución debía girar, hacia Venezuela, en el oriente, y hacia Quito y Perú, en el sur. El 23 de mayo anunció a sus oficiales la invasión (aunque no su ruta real) en un consejo de guerra celebrado en una choza abandonada en la despoblada aldea de Setenta, en la

margen derecha del Apure, donde las únicas sillas disponibles eran calaveras de ganado descoloridas por la lluvia y el sol de los llanos. [21] Estaban presentes Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Cruz Carillo, Irribarren, Rangel. Rooke, Plaza y Manrique. Todos los que estuvieron allí aprobaron el plan, aunque otros mostraron cierto escepticismo, y Páez, por su lado, se reveló poco cooperativo. Sin embargo, los caudillos no tenían mucho que perder, pues era Bolívar quien asumía todos los riesgos. Y, por lo demás, ¿qué alternativas tenía? ¿No era suicida quedarse en los llanos a pasar el invierno, exponer sus tropas a las lluvias, la fiebre amarilla y la malaria, correr el riesgo de que la deserción y la disolución minaran su ejército ? Bolívar se cubrió las espaldas. En los días siguientes se ocupó de dar los pasos necesarios para explicar su plan al gobierno de Angostura y enviar instrucciones precisas a Mariño, Bermúdez, Urdaneta y Brión. No dejó nada al azar. Bolívar era un planificador consumado. Pero planearlo todo no era suficiente para que Páez colaborara. El Libertador preparó con sumo cuidado el terreno, le explicó paso a paso en qué consistía su plan y le ordenó que se dirigiera a Cúcuta para cortar las comunicaciones del enemigo con Venezuela. Páez rechazó la misión con falsas excusas. Bolívar le pidió trescientos caballos de los seiscientos que tenían los llaneros, y el caudillo le envió doscientos «no caballos sino yeguas, flacas y sarnosas». [22] Bolívar no ocultó su disgusto.

El 27 de mayo de 1819, el Libertador dejó el alto Apure para unirse a Santander y cruzar los Andes. Sólo entonces, en Guasdualito, hizo público su destino. Dirigió a su pequeño ejército, compuesto por cuatro batallones de infantería, tres escuadrones de caballería, dos mil cien hombres en total, hacia una de las acciones más sublimes de la guerra de independencia, cuando todas las frustraciones de años recientes (la desunión, la insubordinación, la pobreza, el conflicto social y racial) de repente quedaron superadas por las proezas de la voluntad, el coraje y la disciplina. Sus oficiales de más alto rango, Soublette, Anzoátegui y Rooke, eran jóvenes ardientes dispuestos a seguir a Bolívar hasta el final, y sus oficiales de menor graduación estaban todos ansiosos por luchar bajo su mando. Cruzaron el Arauca para adentrarse en las sabanas de Casanare justo cuando la temporada de lluvias torrenciales estaba comenzando y el terreno se cubrió de repente de arroyos, ríos,

lagunas y pantanos, por los que los soldados tuvieron que avanzar chapoteando, nadando y remando. «Durante siete días —relata O'Leary —, marcharon las tropas con el agua a la cintura, teniendo que acampar al raso en los sitios o lugares que el agua no había alcanzado a cubrir. Por todo abrigo llevaba el soldado una miserable frazada, pero ni aun de ella se servía para cubrirse, tanto era su empeño de proteger el fusil y sus municiones» [23] . Y esto era sólo el comienzo; por delante tenían un mes de marcha a través del Casanare.

Después de que los hombres de Bolívar se unieron con los de Santander en Tame, el ejército al completo vadeó más zonas anegadas hasta llegar a Pore, un preludio al ascenso de la impresionante cordillera. Cansados tras marchar más de treinta kilómetros diarios a través de terrenos inundados, los hombres del ejército libertador, criados en su mayoría en los llanos, tenían ahora que enfrentarse a las colosales alturas de los Andes, lo que implicaba soportar a la intemperie lluvias heladas, abrirse paso monte tras monte en jornadas agotadoras y descubrir el soroche o mal de montaña al cruzar el más difícil de los pasos, el inhóspito páramo de Pisba, a casi cuatro mil metros de altura. Llovía a cántaros. «La aspereza de las montañas que hemos atravesado es increíble a quien no la palpa… apenas hay día ni noche en que no llueva», señalaba Bolívar. «Al ver las nuevas dificultades que diariamente se presentan y reproducen a cada paso, casi he desesperado de su ejecución. Sólo una constancia a toda prueba y la decisión de no desistir por nada de un plan que ha sido tan generalmente aplaudido me hubiera hecho vencer unos caminos, no sólo impracticables sino casi inaccesibles» [24] . Otra cosa era cierta: sólo su extraordinario liderazgo podía explicar por qué razón el ejército lo seguía en semejantes condiciones. Durante el trayecto hubo numerosas pérdidas de hombres, animales y equipamiento; la caballería, el orgullo del ejército, perdía monturas cada día; tumbarse era hundirse en el sueño de la muerte. Una cuarta parte de la Legión Británica pereció en el trayecto, aunque la esposa de uno de sus miembros, también inglesa, fue capaz de continuar la marcha cargando a su bebé, nacido durante el paso.

El 6 de julio los supervivientes llegaron a la aldea de Socha, al

otro lado de las montañas, exhaustos, con los uniformes hechos jirones, las botas desgastadas por completo, y muchos oficiales reducidos a usar alpargatas. Richad Vowell, que sobrevivió a esta dura prueba, relató: «Aquellos que contaban con zapatos al partir de los llanos hacía tiempo los habían desgastado, y muchos hombres, incluso entre los oficiales, estaban literalmente sin pantalones y agradecían poder cubrirse con trozos de sábanas o con cualquier cosa que pudieran encontrar». [25] Convencieron a las mujeres del lugar de que se quitaran la ropa para dársela a los soldados. Pero no hubo descanso para Bolívar, que tenía que encargarse de obtener alimentos y provisiones, reunir las mulas, traer a los enfermos y los rezagados, y tranquilizar a los neogranadinos explicándoles que los invasores eran compatriotas amigos y víctimas que no buscaban otra cosa que «constituiros en una nación libre e independiente». [26] Fue un triunfo personal para el Libertador; si los horrores del paso de los Andes habían puesto a prueba el espíritu del ejército, también habían demostrado el carácter de Bolívar. «Aquí es donde este hombre se hace superior a todos los hombres, desplegando una energía y firmeza extraordinarias. En tres días hace montar la caballería, la arma, reúne el parque y restablece el ejército; por todas partes dirige partidas contra el enemigo, pone en efervescencia los pueblos, amaga atacar en todas direcciones» [27]. Una valoración sincera; incluso Santander reconoció que se trataba de un hombre superior.

En el campamento de Bolívar al sur de Socha tiene lugar una extraña escena de la campaña cuyo testimonio sobrevive. Entre los refuerzos que trajo Soublette había una unidad inglesa al mando del incontenible coronel Rooke, un veterano de la batalla de Waterloo, que se apresuró a presentarse ante el Libertador y felicitarlo por el estado de su ejército. Bolívar lo invitó a unirse a su desayuno frugal, y Rooke le aseguró que era la comida más sabrosa que había probado en su vida. Preguntado a cerca de sus tropas, dijo que estaban bien y no habían sufrido ningún traspié en el paso de Pisba. Anzoátegui se acercó, tan taciturno y malhumorado como siempre. «“Qué novedad hay, Anzoátegui”, preguntó Bolívar. “Cómo que sí la hay”, contestó aquél, y en seguida inquirió si S.E. tenía noticia del estado en que había llegado el cuerpo de dragones de Rooke. “Sí que la tengo, pues su coronel acaba de darme los más favorables

informes diciéndome que no ha tenido pérdida ninguna en el páramo". Siguióse entonces una explicación, de la cual resultó que una cuarta parte de los soldados ingleses y dos oficiales habían perecido durante la marcha, "no lo niego", exclamó Rooke, "pero también es cierto que merecían su suerte, pues esos hombres eran los de peor conducta en mi cuerpo y éste ha ganado con su muerte". La conformidad del jefe inglés hizo sonreír al presidente, mas no así al sempiterno regañón de Anzoátegui» [28] .

Boyacá

La campaña continuó. El genio de Bolívar había concebido la estrategia, su liderazgo había llevado al ejército hasta allí, y ahora era su inspiración la que lo empujaba a seguir adelante, cada vez más cerca de uno de sus mayores triunfos. El 25 de julio sus hombres se enfrentaron a las fuerzas realistas, que además de estar descansadas les superaban con creces en número; sin embargo, tras una duro día de batalla, el ejército libertador consiguió alzarse con la victoria en el pantano de Vargas, por puro coraje y en contra de todas las probabilidades (las fuerzas realistas contaban incluso con la ventaja de encontrarse en un terreno más elevado), y gracias a la caballería llanera de Juan José Rondón, la valentía de las pocas tropas británicas y la presencia de Bolívar en todas partes. Rooke fue herido de muerte, O'Leary recibió una herida de sable en la frente y hubo varias bajas entre los oficiales británicos, cuya actuación fue reconocida por Bolívar, que los condecoró con la Cruz de los Libertadores al día siguiente. [29]

Tras detenerse sólo unos cuantos días para reorganizar al ejército y reclutar patriotas locales, una prueba vital de que la liberación era tanto una empresa neogranadina como una invasión extranjera, Bolívar emprendió de nuevo la marcha el 3 de agosto. Mejor estratega que Barreiro, Bolívar le adelantó y ocupó discretamente Tunja, lo que le permitió interceptar luego a las tropas realistas en su retirada hacia Bogotá, el 7 de agosto, en el Puente de Boyacá. El joven O'Leary, todavía activo pese a su reciente herida, estuvo allí para registrar la

batalla y ver a Bolívar dar el golpe mortal al ejército realista, al que atacó desde ambos flancos y sometió a una embestida decisiva por el centro. Mientras la unidad de Santander luchaba por el control del puente, Anzoátegui atacó el centro de la posición realista. Soublette atribuyó la victoria sobre todo al intrépido Anzoátegui, que dirigió a sus batallones de infantería y su escuadrón de caballería hasta el corazón de las filas enemigas. [30] Pero para entonces el enemigo había perdido toda esperanza. Aislados en medio de una población cuya antipatía se habían ganado con sus propios actos, los realistas parecían no tener voluntad para pelear y simplemente se dieron la vuelta y empezaron a correr, desmoralizados por un mando carente de resolución y enfrentados a un ejército al que los triunfos recientes habían enardecido. [31] Atrapado entre esos feroces atacantes, Barreiro se rindió y fue hecho prisionero junto con los remanentes de su ejército. En dos horas todo había acabado. El combate había enfrentado a dos mil patriotas contra tres mil realistas. Trece libertadores perdieron la vida y cincuenta y tres resultaron heridos. Unos cuantos oficiales británicos cayeron en la contienda o recibieron heridas de gravedad. La legión de Rooke fue recompensada con un nuevo nombre, el de batallón Albión, y todos fueron condecorados con la Estrella de la Orden de los Libertadores.

El camino a la capital, que se encontraba a unos ciento diez kilómetros, estaba ahora despejado. El 10 de agosto, Bolívar entró en Bogotá y se encontró con que los funcionarios españoles, artífices del terror y temerosos del castigo que pudieran recibir, habían huido hacia Cartagena presas del pánico. El odiado virrey Sámano partió tan de prisa (disfrazado de indio) que dejó detrás de él una bolsa de dinero sobre el escritorio, para regocijo de Bolívar. «En la Casa de Moneda —informó Soubblette—, hemos encontrado más de *medio millón de pesos en metálico*; y en todos los demás almacenes y depósitos cuanto puede necesitarse para armar y equipar completamente un numeroso ejército». [32]

La victoria de Boyacá confirmó el triunfo de la autoridad de Bolívar y de su estrategia. La campaña de Boyacá, a la que consideraba su victoria más completa, le llenó de satisfacción y orgullo. Su gran acto de fe se había hecho realidad. El corazón de Nueva Granada había sido liberado, los realistas se habían

dispersado y pronto la resistencia española quedó reducida a Cartagena y Cúcuta. Morillo era consciente de las implicaciones de lo ocurrido. La victoria de Boyacá había sido una victoria decisiva: si los patriotas hubieran sido derrotados, se habrían levantado y lo habrían intentado de nuevo, pero, al resultar ellos vencedores, los españoles habían perdido una división y una provincia que nunca podrían volver a recuperar. [33] Las celebraciones oficiales tuvieron lugar un mes más tarde. Bolívar, acompañado por Santander y Anzoátegui, fue recibido en Bogotá en un desfile triunfal entre el clamor popular y el repicar de las campanas; asistió a un tedeum en la catedral y luego a una ceremonia en la plaza principal. Veinte jóvenes vestidas de blanco se acercaron con una corona de laurel que pusieron sobre la frente de Bolívar, quien a continuación la pasó a sus dos compañeros y luego la lanzó hacia sus soldados. Bolívar recordaba el libreto de su entrada triunfal en Caracas. Una de las jóvenes, Bernardina Ibáñez Arias, una muchacha de ojos negros, atractiva y de tan sólo dieciséis años, atrajo su atención y siguió haciéndolo incluso cuando otros la cortejaban; el ganador fue el coronel Ambrosio Plaza, un joven oficial que tenía bajo su mando. Posteriormente, Santander intercedió ante Bolívar en nombre de la pareja, que quería casarse, para que apostara a Plaza en la capital. Bolívar comentó: «¿Conque Plaza se casa o se ha casado? ¡Bueno! Usted se alegrará porque se aumenta el número de los granadinos. Yo también porque amo a los jóvenes consortes». [34] Seis meses después la historia no había terminado.

Bolívar no se durmió en los laureles, sino que de inmediato tomó las medidas necesarias para defender su trofeo de cualquier contraofensiva que pudiera lanzar Morillo. Las tropas americanas se incorporaron al ejército republicano. Soublette fue enviado al mando de una división fuerte a ocupar los valles de Cúcuta y defender la frontera. Al coronel Córdova se le encargó la misión de expulsar a los españoles de Antioquia. Otra unidad fue enviada al sur a ocupar Popayán. Más allá de esta ciudad, en las montañas y hasta Quito, los realistas todavía ejercían un dominio formidable. Pero el sur también estaba ya en los planes de Bolívar. En una proclama dirigida a sus soldados el Libertador prometió: «Bien pronto el opulento Perú será cubierto a la vez por las banderas venezolanas, granadinas, argentinas y chilenas. Lima quizá abrigará

en su seno a cuantos libertadores son el honor del Nuevo Mundo». [35] Entre tanto, nada escapaba a su atención en su país, y de su propio bolsillo creó un fondo de pensiones para las viudas de las víctimas de la ocupación española.

Luego hizo girar la palancas del poder político. Ya era presidente de la república, pero fue entonces cuando anunció de qué tipo de república se trataría: una gran Colombia, formada por la unión de Nueva Granada y Venezuela. «La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en una República es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana»[36]. Sin embargo, era consciente de que en Nueva Granada su idea podría percibirse como una toma de poder por parte de Venezuela y causar resentimientos, y por eso quería que la decisión se tomara en un congreso de forma libre y unánime, así que, mientras se daban las condiciones para ello, formó un gobierno provisional para Nueva Granada. El 20 de septiembre nombró a Santander, recién ascendido a general de división, a la cabeza de ese nuevo gobierno, con el título de vicepresidente. Santander, oriundo de Cúcuta, hijo de una familia de criollos respetable, con formación en derecho y un servicio ininterrumpido en el ejército, tenía un buen historial, aunque en 1816 los llaneros le hubieran rechazado como jefe y en su lugar hubieran preferido a Páez. Era un colega, no un amigo del Libertador, y estaba muy distanciado de su ideal. La relación entre ambos era tensa. A los veintisiete años, Santander era un individuo severo, carente de sentido del humor y quisquilloso, al que el dinero le producía un intenso interés y que poseía una vena de crueldad vengativa. Según O'Leary,
si Bolívar era el más grandioso de los hombres que había producido la revolución en Suramérica, y Sucre el más perfecto, Santander era el «más afortunado». [37] Debía casi todos sus ascensos a Bolívar, en parte por haber estado en el lugar adecuado en el momento adecuado, en parte por ser un administrador eficiente. El Libertador lo trataba con respeto, y Santander se describía a Bolívar como «un obediente súbdito, un panegirista imparcial y un fiel y reconocido amigo». [38] Y ahora tanto su talento organizativo como su lealtad resultaban terriblemente necesarios: su primera tarea era movilizar Nueva Granada para el esfuerzo de la guerra continental, pero su

deber final era crear una nueva nación. Con Santander, Bolívar tenía que aceptar tanto lo bueno como lo malo. Y pronto tendría una demostración de ello.

El Libertador había cambiado desde los tiempos de la guerra a muerte y trató con generosidad a los prisioneros capturados en Boyacá; los americanos que se arrepintieran podían unirse a su ejército o marcharse a casa; a Barreiro y sus oficiales se les mantuvo en prisión pero en condiciones razonables, y aclaró a las autoridades españolas que quería un intercambio de prisioneros. Sin embargo, tan pronto dejó la capital, Santander mandó ejecutar a Barreiro y a treinta y ocho de sus camaradas, algunos de ellos americanos, en la plaza principal. Sus motivos, tal como se los explicó a Bolívar, eran engañosos, y se justificó apelando a los riegos de seguridad, los deseos del populacho y los crímenes cometidos por los prisioneros contra los neogranadinos. La carta que escribió para cubrirse las espaldas era igual de torpe. «Al fin fue preciso salir de Barreiro y sus treinta y ocho compañeros. Las chispas me tenían loco, el pueblo estaba resfriado y yo no esperaba nada, nada favorable de mantenerlos arrestados… El expediente está bien cubierto, pero como ni U. (por desgracia de la América) es eterno, ni yo puedo ser siempre gobernante, es menester que su contestación me cubra para todo tiempo»[39]. Al parecer, lo que en verdad ocurrió fue que entró en pánico y permitió que su crueldad innata se impusiera a su buen juicio. A medio día del 11 de octubre, los prisioneros atravesaron la plaza de cuatro en cuatro arrastrando sus cadenas. A Barreiro le ordenaron que se pusiera de rodillas y le dispararon en la espalda; sus camaradas corrieron la misma suerte. Santander miraba desde su caballo, en la entrada del palacio de gobierno. Después encabezó un desfile acompañado de marchas triunfales por las calles de la capital y terminó la celebración con un baile en el palacio.

La atrocidad no fue bien recibida por muchos republicanos, tanto en Nueva Granada como en Venezuela, que consideraron que las ejecuciones habían sido un acto insensato e inhumano. Leyendo entre líneas, es posible advertir en la respuesta de Bolívar un reproche, aunque no una reprimenda: «He sabido con sentimiento la pérfida conducta de nuestros prisioneros de guerra, que han obligado a V.E. a pasarlos por las armas, en circunstancias en que

estaba pendiente una negociación de canje … Nuestros enemigos no creerán, a la verdad, o por lo menos supondrán artificiosamente que nuestra severidad no es un acto de forzosa justicia, sino una represalia o una venganza gratuita. Pero, sea lo que fuere, yo doy las gracias a V.E. por el celo y actividad con que ha procurado salvar la República con esta dolorosa medida. Nuestra reputación sin duda padecerá». A Zea no le cabía duda: «Mucho mal nos han hecho las represalias intempestivas de nuestro buen amigo Santander». [40] Santander agravaba su crueldad con hipocresía y posteriormente halagó la «excesiva generosidad» de Bolívar con los presos españoles y su negativa a ceder al clamor del ejército, que pedía represalias contra los oficiales realistas: «El general ordena sean tratados todos con decoro y, luego que hay ocasión, propone un canje al jefe de las tropas reales». [41]



1. El joven Bolívar, artista anónimo, Madrid, c. 1802.



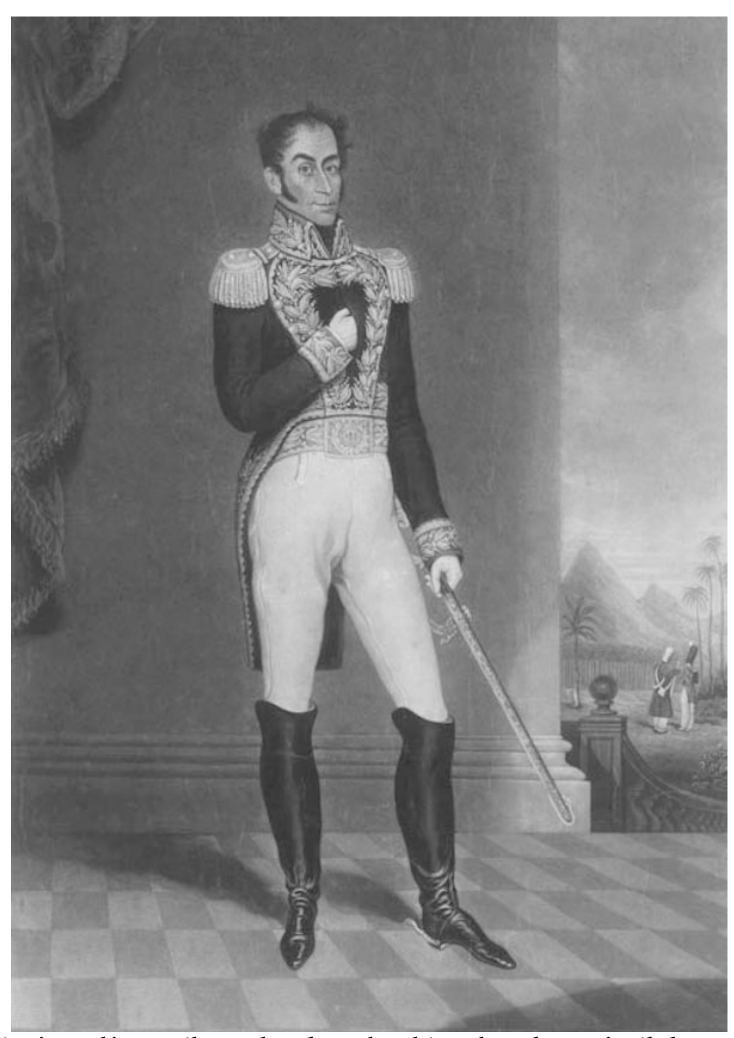
2. Simón Bolívar, grabado de W. Holt, a partir de un grabado de M. N. Bate, Londres, 1823-1828.



3. Simón Bolívar, miniatura sobre marfil de 1828, a partir de una pintura de Roulin.



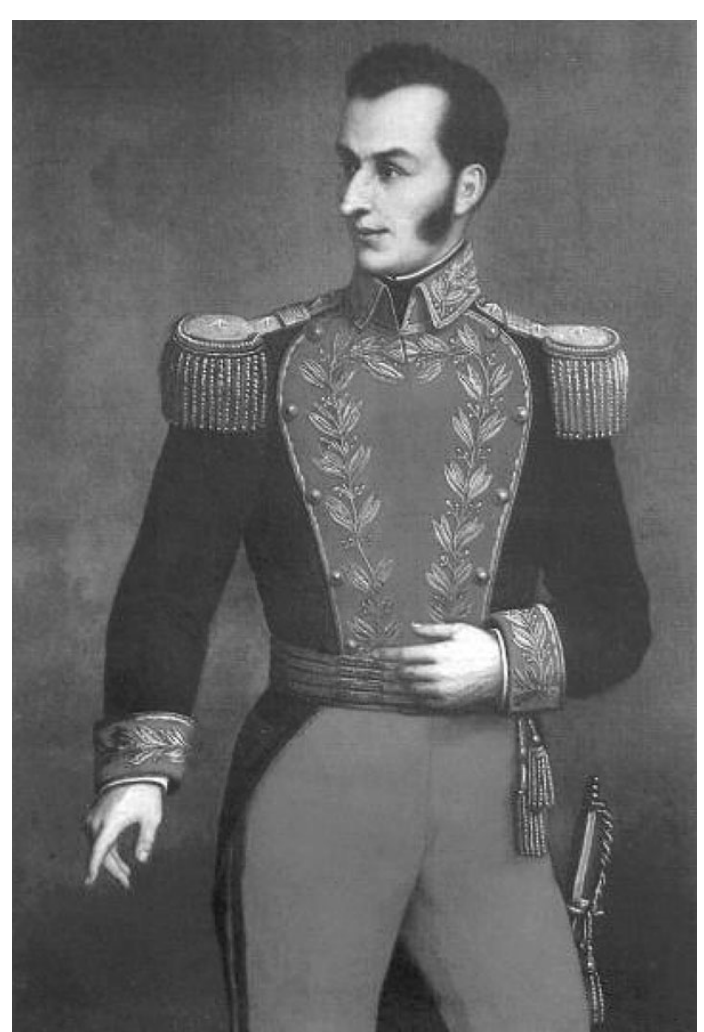
4. Simón Bolívar, obra de José Gil de Castro, Lima, 1825.



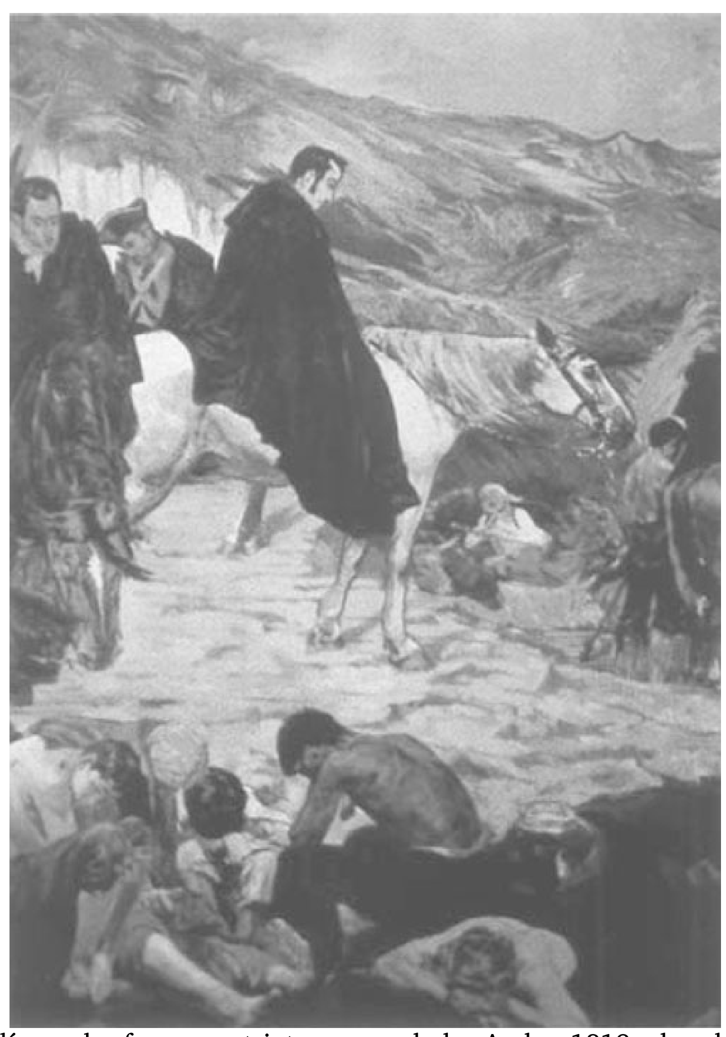
5. Simón Bolívar, Libertador de Colombia, obra de José Gil de Castro, Lima, 1827.



6. Daniel Florencio
O'Leary,
obra de Antonio Meucci, siglo XIX.



7. Antonio José de Sucre.



8. Bolívar y las fuerzas patriotas cruzando los Andes, 1819, obra de Tito Salas.



9. Francisco de Paula Santander.



10. Manuela Sáenz.



11. *Antiguo camino colonial entre Caracas y La Guaira*, obra de Ferdinand Bellermann.



12. Chimborazo, obra de Frederick Edwin Church. 1864.

TENSIONES TRAS LA VICTORIA

Bolívar partió de Bogotá el 20 de septiembre para retomar el mando del ejército, ahora reunido en Cúcuta. Su ruta a través de las poblaciones de Tunja, Leiva, Vélez, Socorro, San Gil, Bucaramanga y Pamplona se convirtió en otra procesión triunfal entre multitudes que lo aclamaban, votos de gratitud, tributos florales y jóvenes que le adornaban la cabeza con coronas de laurel. El recorrido fue también una oportunidad para hacer un balance de la situación. Luego vendrían dos duros golpes. Poco después de dejar Pamplona, la noticia de la muerte repentina e inexplicable del general Anzoátegui, el hombre más enérgico y fiable con el que contaba para dirigir los combates en el norte del país, misión que recientemente le había confiado, lo afectó profundamente y lo obligó asimismo a reajustar su estructura de mando. Anzoátegui, un hombre melancólico por naturaleza, se había mostrado ansioso por regresar a casa de permiso, pues añoraba a su esposa Teresa y a sus dos hijos, uno de ellos un recién nacido al que aún no conocía. Sus amigos de campaña estaban desconsolados. A Bolívar, por su parte, le aguardaba otro revés. Las noticias que le llegaban de Angostura tampoco eran mejores y revivieron su temor a la insubordinación y a las facciones que intentaban socavar su posición, por lo que decidió que su presencia allí era necesaria. Con una tragedia detrás y problemas por delante, el camino hasta Angostura ya no fue una marcha triunfal.

Aunque Bolívar tenía oficiales leales en su ejército, buenos colegas en el gobierno y amigos fiables por todas partes, también tenía enemigos personales que se sentían agraviados por sus políticas y criticaban sus estrategias, no necesariamente por sus méritos o defectos, sino por el simple hecho de que éstas emanaban de él. Bolívar sólo necesitaba aflojar las riendas del control para que sus oponentes emergieran. Su ausencia de Angustura le dio a sus adversarios espacio para actuar: a los caudillos para recuperar su antigua autonomía, a los políticos para hacerse con el poder. Sus enemigos consideraron que la invasión de Nueva Granada constituía un abandono de los intereses de Venezuela, y algunos trataron de forzar al congreso a declarar que era un desertor y un fugitivo. En el oriente, los caudillos estaban levantando la cabeza de nuevo. Mientras Bolívar había estado en campaña, ellos se habían dedicado a realizar operaciones más pequeñas, no siempre exitosas y rara vez

poniéndose de acuerdo entre ellos. Páez había hecho caso omiso a las instrucciones de Bolívar, que le había ordenado específicamente avanzar hacia Cúcuta y cortar las comunicaciones del enemigo con Venezuela.[42] Mariño no había establecido contacto con Bermúdez. Urdaneta se había visto obligado a arrestar a Arismendi por insubordinación. Y los caudillos no descargaban ahora su hostilidad directamente sobre Bolívar, sino que lo hacían sobre el gobierno de Angostura, en especial en el vicepresidente Zea, cuyo principal problema era ser al mismo tiempo un civil, un neogranadino y un político moderado, cualidades por las que los caudillos venezolanos tenían poco respeto.[43] Éstos forzaron a Zea a renunciar, y, en su lugar, el congreso eligió a Arismendi, quien a su vez nombró a Mariño general en jefe con base en Maturín.

De este modo, a lo largo de septiembre de 1819, mientras Bolívar recibía los aplausos de la población neogranadina, los caudillos militares hacían su reaparición, expresando y explotando el nacionalismo venezolano. Pero, aunque su victoria fue sólo temporal, pues las noticias sobre la batalla de Boyacá comenzaban a socavar la rebelión, lo ocurrido en ese período era una advertencia a tener en cuenta en el futuro. Bolívar desembarcó en Angostura el 11 de diciembre, y, aunque apenas eran las tres de la mañana, se le recibió entre gritos de «Viva Bolívar» y demostraciones de buena voluntad por parte del pueblo, muestras oficiales de respeto y felicitación por parte de las autoridades, y salvas disparadas desde embarcaciones en el río. Más tarde, una comisión del congreso se presentó en su residencia con una banda militar para escoltarlo hasta el sillón presidencial.[44] Su método para lidiar con los rebeldes fue mostrarse magnánimo; ahora tenía el poder suficiente para perdonar, si no para olvidar, y para destinar a Arismendi y a Bermúdez a comandos militares en el oriente. Su gloria era completa, tanto política como militar.

Ahora estaba en una posición que le permitía elaborar sus ideas constitucionales. «La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas», dijo al congreso. «Decretad la unión política de los dos Estados y habréis satisfecho mi más ardiente deseo y recompensado ampliamente al ejército por sus servicios»[45]. El proyecto fue debatido con seriedad en dos sesiones, y, por la ley fundamental del

17 de diciembre de 1819, el congreso de Angostura creó formalmente la República de Colombia, nombre elegido en honor de Cristóbal Colón. El nuevo Estado era la unión de los departamentos de Venezuela (antes la capitanía general de Venezuela), Nueva Granada (antes virreinato de Nueva Granada) y Quito (antes presidencia de Quito), cuya liberación era una tarea que aún estaba por realizarse. Era un proyecto valiente, que sólo podían sacar adelante el liderazgo y la autoridad de Bolívar, y él estaba decidido a conseguirlo ya que pensaba que la revolución requería un Estado más grande, por el bien de su identidad, su estatus internacional y su propio poder. Santander dio la bienvenida a la unión de los dos pueblos como una ventaja incalculable, reconoció al Libertador como el autor único del proyecto y le envió sus felicitaciones.[46] Bolívar no necesitaba que le recordaran que el proyecto era «ilegal» y que requería de la aprobación constitucional de Nueva Granada, o de Cundinamarca, como se la denominaba ahora. Estuvo de acuerdo con la decisión del congreso de Angostura de convocar con este propósito un congreso constituyente, que había de reunirse en Cúcuta el 1 de enero de 1821. A nadie se le ocurrió preguntarle a los venezolanos, los neogranadinos o los quiteños si ellos pensaban en sí mismos como colombianos.

Bolívar fue elegido, sin ninguna dificultad, presidente de Colombia, o bien Libertador Presidente, como el congreso insistió en llamarle; Zea, por su parte, fue elegido vicepresidente. La siguiente tarea era acabar la guerra en Venezuela y prepararse para un acuerdo de posguerra. Angostura había sido una valiosa base para el Libertador, pero continuaba llena de agitadores políticos y no era precisamente el lugar adecuado desde el cual dirigir el esfuerzo para la guerra continental. Desde la distancia puso en movimiento varias iniciativas estratégicas en el norte, a lo largo de la costa del Caribe y el bajo Magdalena, y en el sur, hacia Popayán, de las que se encargaron mandos subordinados y patriotas locales. Dio instrucciones a Padilla y a Brión sobre la estrategia marítima a seguir. No le quitó la vista de encima a Páez. Y mostró sus habilidades como cazatalentos al nombrar a José Rafael Revenga, un extraordinario administrador, ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores. Pero la guerra requería nuevamente de su presencia y

autoridad.

A comienzos de marzo de 1820, regresó a Bogotá, donde comprobó que los ciudadanos seguían apoyándole y encontró a Santander preocupado por los impuestos de guerra y su impacto. Después viajó en dirección norte y estableció una base en la región de Cúcuta, en la frontera entre Nueva Granada y Venezuela. Allí disfrutó de un bienvenido descanso entre campañas.

O'Leary,

que por entonces se convirtió en su edecán, conoció la rutina cotidiana que siguió el Libertador en esos días. [47] Se levantaba a las seis, inspeccionaba los caballos en los establos, regresaba a su habitación, leía hasta las nueve y, sólo después, tomaba el desayuno. El resto de la mañana lo dedicaba a los asuntos oficiales: escuchaba los informes de su ministro de Guerra, de su secretario privado y de su jefe del Estado Mayor, y dictaba respuestas a su correspondencia en un lenguaje directo y conciso, mientras daba zancadas de acá para allá o permanecía sentado en su hamaca. Sus decisiones eran magistrales y abarcaban diversos ámbitos: asuntos extranjeros, reclutamiento, rifles, impuestos, consejos para sus vicepresidentes, arreglos con miras al congreso constituyente y, siempre, los siguientes movimientos militares. Sin embargo, la confianza que manifestaba públicamente enmascaraba en realidad una conciencia fría, e incluso cínica, de los obstáculos sociales que existían para el progreso de Colombia, del fracaso del pueblo a la hora de ajustarse a los ideales que él proponía en sus grandiosos discursos, de la mala fe y peor comportamiento de los ciudadanos, de las críticas y la oposición de los descontentos, de la envidia y el odio de sus enemigos. Con semejante humor escribió a Santander: «Los españoles nos han inspirado por espíritu nacional el terror. Cuanto más pienso en esto tanto más me convenzo de que ni la libertad, ni las leyes, ni la más brillante ilustración nos harán hombres morigeres, y mucho menos republicanos y verdaderamente patriotas. Amigo, por nuestras venas no corre sangre sino el vicio mezclado con el miedo y el error. ¡Qué tales elementos cívicos!». [48]

Pero la vida no era sólo «filosofía política», que era como calificaba este tipo de arrebatos. En medio de los deberes públicos sus pensamientos se desviaban hacia las mujeres, los detalles están

presentes en su correspondencia. Todavía suspiraba por Bernardina Ibáñez, cuya relación con Ambrosio Plaza le irritaba, algo que quizá le llevaba a preguntarse por qué ella perdía su tiempo con un coronel cuando podía tener a un general o, lo que es aún más probable, a considerar, ansioso, la posibilidad de pedir su mano. A Santander le solicitó que le hablara: «Dígale usted muchas cosas a Bernardina y que estoy cansado de escribirle sin respuesta. Dígale que yo también soy soltero y que gusto de ella aún más que Plaza, pues que nunca le he sido infiel». La respuesta no era prometedora: «descubro que tiene esperanzas en Plaza y desconfianza de los otros, incluso de usted. Desde lejos no me parecen muy seguros los golpes del amor». [49] Es evidente que el recuerdo de Bernardina perduraba en su memoria, pero ella no deseaba entregarse a un amante distante con un largo historial de infidelidad y un futuro en las altas esferas del poder, y prefirió el compromiso con Plaza.

Cuando se trataba de sus asuntos oficiales, pensaba y hablaba con rapidez, y esperaba que su secretario le siguiera, transcribiendo todo el torrente de palabras con precisión. Sus opiniones sobre sus corresponsales no siempre eran las apropiadas para remitírselas y algunas se las guardaba para sí mismo. A Santander había que tratarle con cuidado y, en asuntos como la liberación de los esclavos, una causa con la que Bolívar estaba comprometido, era necesario someterlo con argumentos contundentes. [50] Páez seguía siendo un incordio y había que darle clases de respeto y cortesía. Buena parte de la correspondencia consistía en peticiones de oficiales y otras personas que querían esto o aquello. Algunas de sus respuestas eran divertidas. «Bien, la mitad de lo que dice no es exacto; pero es buen oficial, concédasele». A un sacerdote que siempre había sido hostil a la causa de la independencia, le respondió «Pídaselo al rey». A un médico que había saqueado unos almacenes aprovechándose de la anarquía que se desató en Bogotá entre la huida de Sámano y la llegada de Bolívar y que ahora pedía que se le nombrara médico del Estado Mayor, con rango de teniente coronel, le escribió en el margen de su petición «Conténtese U. con lo que ha robado». En la tarde leía hasta las cinco y luego tomaba la cena. No era contrario a la buena comida y los vinos finos, pero el dinero era escaso y así lo eran las raciones, que consistían en un simple trozo de carne y vegetales, con agua como única bebida de

acompañamiento. Después de la cena daba un paseo a caballo con su ayudante o con su secretario, y luego conversaba con sus amigos y visitantes; en privado, según otros testimonios, su conversación adquiría un tono burlesco, y los comentarios sardónicos nunca estaban lejos de sus labios. Se retiraba a sus aposentos a las nueve. Allí, recostado en su hamaca, leía hasta las once; Montesquieu y Rousseau fueron los autores que más leyó durante este período, y la historia fue su materia favorita. Por esta época también escribió artículos para periódicos de Angostura y Bogotá.

El coronel Briceño Méndez, entonces ministro de Guerra, «hombre de clara inteligencia, de carácter bondadoso y modales cultos», era por aquella época muy cercano a Bolívar; su calma y modestia contrastaban fuertemente con el temperamento apasionado del Libertador, y era conocido por su lealtad absoluta y su falta de ambición personal. El coronel Bartolomé Salom, jefe del Estado Mayor, era otro de sus amigos cercanos y fiables, un trabajador incansable, para quien nada era demasiado difícil, y que no pedía ni esperaba nada para sí mismo. En sus memorias, O'Leary recogió otros hábitos del Libertador. Solía afeitarse con las dos manos y con tanta velocidad que quienes lo veían se asustaban, pues era incluso capaz de mantener la conversación mientras lo hacía. Tampoco tenía mucho cuidado con las armas de fuego. No era un buen tirador y podía disparar sus pistolas en cualquier dirección sin tener en cuenta a las personas que pudieran estar cerca. [51]

En abril y mayo, desde San Cristóbal, Bolívar realizó una valoración de las defensas fronterizas y los recursos republicanos. Advirtió entonces que a pesar de los avances de la liberación todavía no podía reunir tropas y armas suficientes para librar una guerra decisiva; Páez no llevaría a cabo ninguna acción fuera de los llanos, y los soldados republicanos estaban desertando en masa debido a la falta de paga y comida en un país que no podía mantenerlos. Morillo también tenía problemas. Era consciente de que había perdido Nueva Granada, de que su mejor división había caído derrotada y de que su gobierno había emprendido la retirada. Continuaba dominando Caracas y las zonas costeras, pero la economía estaba en crisis y él estaba desesperado. Estaba

convencido de que la población estaba cansada de tanta guerra y tantos desastres, y que haría el máximo esfuerzo por mantenerse unida alrededor del gobierno revolucionario, que era el que deseaba y cuya lucha apoyaba. [52]

Fue en este punto cuando el comandante español, que todavía se tambaleaba tras la derrota del ejército realista en Boyacá, recibió un nuevo impacto, un impacto que dio a Bolívar el impulso que necesitaba.

La revolución liberal española del 1 de enero de 1820, encabezada por el coronel Rafael Riego y legitimada por el ejército en Cádiz, ansioso por evitar prestar servicio en América, forzó a Fernando VII a abandonar el absolutismo y aceptar la constitución de 1812. Estos acontecimientos privaron a Morillo de refuerzos, debilitaron su autoridad militar absoluta y subvirtieron su posición política; se le ordenó que negociara con los patriotas y que les ofreciera la paz siempre que reconocieran un gobierno constitucional en España. Los españoles, constreñidos por las limitaciones constitucionales y divididos entre liberales y absolutistas, pronto descubrieron que Bolívar, el general victorioso, jefe de Estado y héroe de los pueblos liberados, había dejado de ser un rebelde huidizo y se había convertido en un hábil negociador, determinado a conseguir lo máximo posible con su recién adquirida superioridad. «Es el colmo de la demencia y, aún más, de lo ridículo, proponer a la República de Colombia su sumisión a la España, a una nación siempre detestablemente gobernada. ¿Cree US., señor gobernador, que la vieja y corrompida España pueda dominar aún el Nuevo Mundo?», preguntaba a los españoles. Y a Soublette le confiaba: «Ellos tienen todo que perder y nada que adquirir, y nosotros no teniendo nada que perder, aspiramos a cuanto ellos poseen … Por tanto, nosotros no debemos ofrecer más que la paz en recompensa de la Independencia». [53] Advirtió a los españoles de que no debían intentar ganarse a los republicanos con falsas promesas y, del mismo modo, ordenó a sus subordinados, especialmente a Páez, que no trataran con los agentes de Morillo, pues estaba decidido a llevar las negociaciones por sí mismo y a mantenerlas bajo su control exclusivo. Entre tanto, manipulaba a los españoles a medida que iba ganando más terreno. Los caudillos estaban consiguiendo algunos logros en el oriente. El mismo había

consolidado su posición en Cúcuta y había establecido contacto con las fuerzas republicanas en el bajo Magdalena. Cartagena, sitiada por tierra y por mar, estaba a punto de caer. El caudillo indígena Juan de los Reyes Vargas desertó del bando realistas con su guerrilla y se convirtió en una valiosa adhesión a las fuerzas republicanas, donde recibió el rango de coronel. En agosto, Bolívar habría podido negociar con Morillo desde una posición de fortaleza, pero no tenía prisa. En octubre estaba en Trujillo, listo para hablar, pero Morillo tenía sus propios motivos para el retraso, pues quería mover sus tropas para que respaldaran su posición en la negociación. Finalmente, se alcanzó un acuerdo, y el 25 de noviembre los comisionados firmaron un tratado de armisticio en el que cada bando se comprometía a mantenerse en el territorio que ocupaba hasta entonces y a no iniciar ninguna acción ofensiva. Asimismo, para humanizar la guerra, se pactaron las reglas de enfrentamiento y las condiciones de los prisioneros. Morillo quería reunirse con Bolívar, y finalmente los dos líderes se encontraron el 27 de noviembre en Santa Ana, un pueblo a unos quince kilómetros al noreste de Trujillo. Cuando
O’Leary
le indicó a Morillo quién era Bolívar, el español preguntó: «¿Cómo, aquel hombre pequeño de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula?». [54] Los dos desmontaron y se dieron un abrazo, y, después de intercambiar unas cuantas palabras, se retiraron con sus acompañantes a disfrutar de una comida preparada por los españoles; el grupo pasó el resto del día conversando y compartiendo historias de campaña. A propósito de la franqueza y cordialidad del encuentro, Bolívar recordaría años después que «apariencias de todo ello fue lo que hubo, porque es lo de estilo y convención tácita entre los diplomáticos, pero ni Morillo ni yo nos engañamos sobre el fondo de aquellas demostraciones». Pero por el momento, siempre generoso de corazón, sintió un nuevo respeto por sus antiguos enemigos, «mis nuevos amigos». [55] Simpatizó con Morillo y sus acompañantes, aceptó sus sentimientos liberales y sus expresiones de admiración como lo que eran, respondió a sus brindis por la independencia de Colombia y quedó convencido de que ninguno de ellos quería continuar la guerra. Morillo se mostró conmovido pues «se veían por la primera vez los

que estaban antes destinados a un mutuo exterminio, no sólo como hombres, sino como amigos». [56] Años después, en 1835, O'Leary y Soublette visitaron a Morillo en La Coruña: «al saber éste que yo me ocupaba en escribir la vida de su antiguo rival, de quien era él grande admirador, diome muchos documentos tomados por los realistas en los campos de batalla de Venezuela». [57]

El armisticio era importante para Venezuela, «provechoso para la república y fatal para los españoles»: legitimaba la lucha, acababa definitivamente con la guerra a muerte y obligaba a los españoles a reconocer la existencia, si no la legalidad, del nuevo Estado de Colombia, cuyo presidente era Bolívar. Tal como él mismo lo veía: «El armisticio nos es ventajoso porque, establecida nuestra comunicación franca y ocupando buenas posiciones en una línea sin intermisión alguna, estamos en la mejor aptitud para continuar las operaciones llegado el tiempo, de lo cual creo no habrá necesidad, porque la mayor ventaja del armisticio es el término de la guerra, según se nos asegura». [58] Un efecto todavía más importante del armisticio fue, quizá, el regreso de Morillo a España, pues dejó al mando al general La Torre, un hombre mucho menos resuelto, lo que incidió negativamente en la moral de las fuerzas de seguridad. Las noticias que llegaban del resto del continente también eran alentadoras. Las Provincias Unidas del Río de la Plata se habían independizado de la autoridad española hacía ya unos cuantos años y eran libres de debatir entre ellas la forma apropiada de gobernarse. San Martín había vencido a los españoles en Chile y se encontraba ahora al frente de una expedición libertadora en Perú. A finales de 1820, Guayaquil declaró su independencia, formó un nuevo gobierno y abrió sus puertos al comercio extranjero. El Libertador y la prensa afín se hicieron eco de estas noticias en una guerra de propaganda contra los realistas.

Confiado en el futuro de Venezuela, Bolívar había ya empezado a pensar en conquistas más distantes. Quito estaba en sus planes como un primer objetivo: quería restaurar sus vínculos históricos con Bogotá, completar la unión de Colombia y protegerla de un posible ataque español desde Perú. Dado que él mismo tenía asuntos sin resolver en el norte, desde Bogotá eligió para la misión al general en quien más confiaba. Antonio José de Sucre, «el más

perfecto» de los comandantes republicanos, era un bolivariano puro. De joven, en 1813, se sumó a la expedición de Mariño y participó en un número importante de acciones; pero, a diferencia de sus compañeros del oriente, él no aspiraba a convertirse en un caudillo independiente. Procedía de una familia adinerada de Cumaná y se había educado en Caracas. Estaba interesado en la tecnología de la guerra y se convirtió en un experto en ingeniería militar. «El metodizaba todo … él era el azote del desorden», escribió luego Bolívar refiriéndose a él. [59] Sirvió durante cuatro años como oficial en el Ejército de Oriente y, en 1817, se puso a órdenes de Bolívar, cuando prefirió aceptar el nombramiento como miembro del Estado Mayor del Libertador en lugar de seguir en las facciones del oriente: «Yo estoy resuelto, no obstante todo, a obedecer ciegamente y con placer a Vd». [60] Su obediencia nunca titubeó. El vicepresidente Zea lo ascendió al rango de general de brigada, sin el conocimiento de Bolívar, pero Sucre explicaría luego que «nunca había pensado aceptar el grado sin el beneplácito del general Bolívar». [61] En 1820 había sido uno de los comisionados del Libertador en el armisticio, y ahora le asignaba un nuevo papel como su precursor en el sur. En enero de 1821, Bolívar liberó a Sucre de sus tareas en Colombia y le ordenó que encabezara una fuerza expedicionaria de mil hombres hacia Guayaquil, para consolidar y extender la revolución en las provincias del sur e intentar que «aquellas provincias se incorporen a la República de Colombia». [62] Unos cuantos meses antes de este nombramiento, en Cúcuta,
O'Leary
vio a Sucre por primera vez y le preguntó a Bolívar quién era ese mal jinete. «Es uno de los mejores oficiales del ejército, reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará» [63] .

CARABOBO

El armisticio no duró ni seis meses. El 28 de enero de 1821, Maracaibo se alzó en contra de España y declaró su independencia con la connivencia de los republicanos. Bolívar intentó tranquilizar a La Torre con sofismas afirmando que Maracaibo se había liberado por sí sola, algo que tenía derecho a hacer, y que después de ello las tropas colombianas habían ocupado una nación libre, no sujeta a la jurisdicción española. [64] El español no era tonto, pero tampoco belicista; no tenía la autoridad para aceptar el ultimátum de Bolívar, para quien la guerra era la única alternativa a menos que se negociara la paz y la independencia. Bolívar veía la tregua como una oportunidad para rearmarse y ganar terreno. Y en abril se preparó para actuar, como un verdadero libertador: «esta guerra, sin embargo, no será a muerte, ni aun regular siquiera. Será una guerra santa: se luchará por desarmar al adversario, no por destruirlo». [65]

La campaña de Carabobo no sólo fue importante por la derrota de los españoles sino también por el hecho de que propició una mayor integración de los caudillos en el ejército nacional. Superando los obstáculos planteados por la distancia, el terreno y las provisiones, las fuerzas republicanas de los llanos, los Andes y Maracaibo, convergieron en el valle de Aragua, mientras que Bermúdez avanzó hacia Caracas desde el oriente siguiendo una táctica de distracción. Como comandantes de división, sacaron a sus tropas de sus provincias natales y las llevaron a combatir a órdenes del comandante en jefe que con tanta frecuencia habían repudiado en el pasado. En junio de 1821, el ejército republicano consiguió alcanzar la posición más eficaz en el momento justo, y eso fue la prueba definitiva de los progresos realizados en la organización y la disciplina, el resultado directo de las reformas militares de Bolívar. Mientras el ejército avanzaba en búsqueda del adversario, Bolívar, desde su base de San Carlos lo organizó en tres divisiones distintas: la primera bajo el mando del general Páez, la segunda bajo el mando del general Cedeño y la tercera, en reserva, a cargo del coronel Plaza. El general Mariño sirvió en el Estado Mayor General del Libertador. Bolívar describió su ejército como «el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla». [66] Pero este enorme movimiento de tropas tuvo su precio. Lejos de los diez mil hombres con los que esperaba contar

inicialmente, Bolívar llegó al campo de batalla con sólo seis mil cuatrocientos; el resto estaban en los hospitales de Mérida, Trujillo y Barinas, víctimas (antes de que comenzara la batalla) de las marchas extenuantes y la malaria. En alguna ocasión Bolívar describió el ejército como un saco sin fondo. Sus hombres no sólo inspiraban orgullo sino también inquietud, en especial los llaneros y su líder, Páez:

> Éstos son hombres que han combatido largo tiempo, se creen muy beneméritos y se consideran humillados y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las *adquisiciones de su lanza*. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejor. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma; y ni aun esta misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que debe reinar entre camaradas y conciudadanos. Persuádase Vd. Gual, que estamos sobre un abismo, o más bien sobre un volcán pronto a hacer su explosión. *Yo temo más la paz que la guerra.* **[67]**

En el año de la victoria, la sociedad de posguerra (y sus líderes) ya proyectaba su sombra sobre la república.

O’Leary, que pertenecía al Estado Mayor, nos dejó un esbozo de la estrategia básica que se utilizó el día del triunfo, el 24 de junio de 1821. **[68]** Para evitar un ataque frontal, que era lo que estaba esperando el general realista, Bolívar envió a Páez y a una fuerza de infantería colombiana por la izquierda, a lo largo de un estrecho desfiladero expuesto al fuego enemigo, con órdenes de ganar posesión de la cima y caer luego por la derecha del ejército realista, su flanco más débil. Abriéndose camino entre la maleza mediante machetes, los patriotas consiguieron llegar a la cima en medio de un intenso combate que les hizo sufrir numerosas bajas; un ataque del batallón Apure, que iba a la vanguardia, tuvo que ser respaldado por una carga de bayonetas del batallón Cazadores Británicos y apoyado por dos compañías del batallón Tiradores. «Un pequeño grupo de treinta de nosotros —relató un oficial británico —, cargó con bayonetas hacia el flanco izquierdo, contra cerca de

un centenar de enemigos, que viendo lo que se les venía encima se retiraron en medio de la confusión» [69]. Una vez que se consiguió ganar la cima y las divisiones colombianas atravesaron el desfiladero, el contingente descendió hasta la sabana; la caballería cargó y obligó a los realistas a retroceder, al igual que a su infantería. La retirada se realizó con orden, no fue una huida en desbandada. No obstante, batallones enteros terminaron por rendirse y sólo uno consiguió llegar a salvo hasta Puerto Cabello. La Torre, el comandante realista, agradecería posteriormente a Bolívar el haber dado un trato humano a los prisioneros, algo muy distinto de lo que había imperado durante la guerra a muerte. [70]

Ambos bandos sufrieron numerosas bajas, los realistas más de mil, los republicanos bastantes más de las doscientas mencionadas por Bolívar, y, además, el ejército patriota perdió más líderes y oficiales que los españoles. El general Cedeño cayó en combate. También perdió la vida el coronel Plaza, el rival de Bolívar por el corazón de Bernardina, que perdió al hombre al que había elegido. La Legión Británica, que participó en la batalla con trescientos cincuenta hombres, perdió once oficiales y noventa y cinco soldados. Bolívar los distinguió como salvadores del país y los rebautizó con el nombre de batallón Carabobo, y condecoró a cada uno de los supervivientes con la Orden de los Libertadores. [71] Páez fue ascendido a general en jefe en el campo. Mientras Bolívar y Páez se dirigían a Caracas, Mariño quedó como comandante en jefe del ejército.

Focos de resistencia realista fueron luego derrotados en Maracaibo y Coro; Cartagena, durante mucho tiempo la fortaleza más importante de España en América, se rindió el 1 de octubre; Cumaná lo hizo el 16 del mismo mes; el 10 de noviembre se rindió Puerto Cabello y el 11 de noviembre los republicanos tomaron Santa Marta. Panamá declaró su independencia como parte de Colombia el 28 de noviembre, una adquisición estratégica según el propio Bolívar, pues evitaba que España utilizara el istmo para abastecer sus territorios suramericanos con costas en el Pacífico. De esta forma, se completó la liberación de toda la costa del Caribe, y el Libertador garantizó el cumplimiento de su primer objetivo. En ese momento, Pasto, al sur de Colombia, era la única provincia de Nueva Granada que aún permanecía bajo control realista.

Bolívar entró en Caracas el 29 de junio. Las calles habían permanecido desiertas hasta que se confirmó la noticia del triunfo patriota en Carabobo, entonces, de repente, todo la ciudad salió a darle la bienvenida a su hijo más famoso, el Libertador, el Padre de la Patria, que regresaba a la capital tras siete años de ausencia. La multitud rodeó su casa hasta la media noche y continuó haciéndolo los días siguientes, mientras él se encargaba de organizar los asuntos civiles y de hacer cumplir la rendición de La Guaira. En su camino de regreso a Valencia no pudo resistir la tentación de visitar la hacienda de San Mateo, su favorita entre todas sus propiedades, el hogar de la infancia y el de los primeros años de su vida adulta, y donde revivió los días de la plantación. «De los mil esclavos que poseía antes de la revolución, sólo halló tres e inmediatamente les dio la libertad».[72] ¿Quién puede saber cuáles eran sus recursos entonces? Sus asuntos privados estaban en desorden y él se pagaba a sí mismo sólo una pequeña suma de las arcas del Estado, pues se negaba a cobrar los salarios que le correspondían en realidad. Al igual que su ejército, estaba muy mal pagado, seguía siendo un aristócrata terrateniente pero ya no era rico. Después de visitar nuevamente Caracas por pocos días, dijo adiós a su tierra natal para llevar la revolución más allá de sus fronteras. Bolívar no era sólo un venezolano. Era el presidente de Colombia y un libertador al que aguardaban más territorios por liberar. Dejó a su respetado colega Carlos Soublette como vicepresidente de Venezuela. Pero el poder real quedó en manos de Páez, líder de los llaneros, héroe de Carabobo y uno de los ídolos del país, a quien se nombró, como era previsible, comandante general de la provincia. Bermúdez y Mariño también fueron recompensados con altos cargos por su contribución.

Tras la victoria de Carabobo, la satisfacción de Bolívar se vio atenuada por su conciencia de los problemas políticos de la posguerra. Estaba abatido por Venezuela: «Esto es un caos: no se puede hacer nada de bueno porque los hombres buenos han desaparecido y los malos se han multiplicado. Venezuela presenta el aspecto de un pueblo que repentinamente sale de un gran letargo y nadie sabe cuál es su estado, ni lo que debe hacer, ni lo que es. Todo está en embrión y no hay hombres para nada».[73] Una cosa sí sabía: si Venezuela iba a organizarse pacíficamente, era esencial

satisfacer a los caudillos y contar con ellos, algo que procuró hacer de dos formas diferentes, a saber, nombrándolos en cargos regionales y otorgándoles tierras. [74]

El 16 de Julio de 1821, Bolívar promulgó un decreto que, de hecho, institucionalizó el caudillismo. En el occidente estableció dos regiones político-militares, una para Páez, la otra para Mariño. [75] Las provincias del oriente fueron asignadas a Bermúdez. Oficialmente las tres eran iguales, y el país, dividido así en departamentos, entró en la república de Colombia en pie de igualdad con las demás provincias. Sin embargo, desde el comienzo, el gobierno de Páez disfrutó de la hegemonía, y éste pasó de ser un caudillo regional a convertirse en un héroe nacional, el líder militar y político indiscutible de Venezuela. Páez se estableció en el centro socioeconómico del país, alrededor de Caracas, y continuó al mando de lo que quedaba de un ejército disciplinado, los soldados de los llanos de Apure. Estaba, por tanto, bien posicionado para imponer su autoridad sobre los demás caudillos militares y mostrarse atento con la oligarquía que lo rodeaba y las masas que lo idolatraban. Una de las mayores ironías de la vida de Bolívar fue el hecho de que Caracas, su ciudad natal y su primera meta como Libertador, quedara sometida al influjo del hombre al que él había nombrado, que de este modo tuvo los medios para declarar su independencia y sacar a Venezuela de Colombia, su propia creación. Entre tanto, tenían que cooperar, pero su relación era más de conveniencia que de confianza. Tras ganar la guerra en Venezuela, Bolívar no tenía más alternativa que dejar el nuevo Estado en manos de los caudillos mientras él se marchaba a supervisar el acuerdo constitucional de Colombia y llevar la revolución al sur.

La aceptación de los líderes militares venezolanos por parte de Bolívar ejemplifica su sentido del realismo y su habilidad para trabajar con lo inevitable, una cualidad destacada de su liderazgo. En estos años de gloria, desde Angostura hasta Boyacá y de allí hasta Carabobo, se manifestaron muchos aspectos de su autoridad como soldado, como político y como estadista. Por encima de todo, había demostrado por qué la gente, incluso la más recalcitrante, lo seguía en sus marchas, batallas, debates constitucionales y políticas arriesgadas. De todos los artífices de la revolución, él era el líder que poseía un sentido del propósito más fuerte, capaz de imponer

su voluntad a los demás. Su liderazgo había sido puesto a prueba y había demostrado ser sólido. Sin embargo, nunca había creído que la revolución fuera el objetivo final o la libertad un fin en sí mismo. También quería que hubiera justicia. Al final del discurso que pronunció ante el congreso de Angostura en 1819, había expuesto su visión de un nuevo mundo en el que el Estado de derecho prevalecería y triunfarían la igualdad y la libertad, y había defendido dos medidas que consideraba sus prioridades personales: la libertad absoluta de los esclavos y la distribución de los bienes nacionales entre los soldados de la revolución. La justicia social era el nuevo reto de la revolución.

Capítulo 7

LA SOCIEDAD SEGÚN BOLÍVAR

ADIÓS A ROUSSEAU

El liderazgo podía ganar campañas y conquistar la liberación, y en el norte de Suramérica Bolívar era el líder supremo. Sin embargo, el trabajo de un hombre no podía por sí solo transformar la sociedad y reorganizar la economía. Bolívar tal vez dominara los acontecimientos, pero no controlaba las condiciones. En medio de la turbulencia política de la posguerra nunca cesó de identificar las necesidades, planear las políticas o considerar las posibles soluciones. No obstante, las vidas de las personas están condicionadas por las sociedades y las economías en las que se encuentran inmersas, y éstas prácticamente no habían cambiado en Hispanoamérica con la guerra, excepto quizá para peor. Además, Bolívar no era el único preocupado por hallar soluciones. Una multitud de políticos, grupos de interés y rivales también tenían sus opiniones al respecto, opiniones con las que con frecuencia el Libertador estaba en desacuerdo. A medida que se avecinaba la paz sus malos presentimientos aumentaban.

El gobierno de la república se trasladó de Angostura a Cúcuta a comienzos de 1821 e inició los preparativos para un congreso que dotara de una constitución al nuevo Estado de Colombia. Después de la muerte del vicepresidente, Juan Germán Roscio, y la de su sucesor, Luis Eduardo Azuola, Bolívar nombró como vicepresidente interino a Antonio Nariño, un conocido centralista y partidario de la unidad que recientemente había regresado al país tras pasar varios años en una prisión española. Bolívar confiaba en Nariño para

dirigir el congreso, que finalmente se reunió del 6 de mayo al 14 de octubre; era un soldado apto para gobernar «una república militar» en un momento en el que Colombia «en lugar de ser un cuerpo social, es un campo militar».[1] Los anticentralistas también contaban con representantes. Desde su punto de vista, el federalismo era más democrático y más republicano, un mejor garante de la libertad y un moderador más firme del ejecutivo. Estas opiniones no eran exclusivas de las provincias; algunos grupos de interés del centro también eran partidarios del federalismo, pues no estaban dispuestos a aceptar la carga y los costos de mantener a las provincias, a lo que se sumaba el temor que el dominio de la Venezuela militar inspiraba en la Cundinamarca civil.

Las opiniones de Bolívar sobre estas cuestiones eran bien conocidas: un gobierno central fuerte era la única forma de garantizar la independencia y el único modo de poner límites a la anarquía social que la independencia desencadenaba. Poco antes de la batalla de Carabobo, mientras se encontraba rodeado de soldados que ya le causaban cierto desasosiego, dirigió su atención a los políticos reunidos en Cúcuta. Habló con desdén del «delirio» de aquellos que favorecían la federación, políticos y abogados que creían que sus opiniones se correspondían con la voluntad del pueblo y que llegaban a tales extremos que debían ser desterrados de Colombia, como lo habían sido los poetas de la república de Platón:

> Esos señores piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque realmente está, y porque ha conquistado sus pueblos de manos de los tiranos, porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede; todo lo demás es gente que vegeta con más o menos malignidad, o con más o menos patriotismo, pero todos sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos. Esta política que ciertamente no es la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder esos señores … Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena,

> sobre los bandidos de Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los guajibos de Casanare y sobre todas las hordas de salvajes de Africa y de América que, como gamos, recorren las soledades de Colombia. ¿No le parece a usted, mi querido Santander, que esos legisladores más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía y después a la tiranía y siempre a la ruina? Yo lo creo así, y estoy cierto de ello. De suerte que si no son los llaneros los que completan nuestro exterminio, serán los suaves filósofos de la legitimada Colombia. [2]

El mensaje de Bolívar, con su usual tono de ironía, era coherente. Se necesitaba autoridad para domar a los colombianos y para contrarrestar sus deseos de homogeneidad social; aquellos que se oponían a su mensaje eran un peligro para el Estado y debían ser marginados. El Libertador era consciente de que esto era muy distinto de lo que decía Rousseau, cuyas obras se encontraban todavía entre sus lecturas favoritas y a quien nominalmente respetaba. Bolívar siempre se mostró preocupado por proteger su imagen de hombre culto e ilustrado y le gustaba ser reconocido como tal, incluso cuando no estaba de acuerdo con algunas de las ideas básicas de la Ilustración; la alternativa a ello era el oscurantismo y eso habría supuesto un golpe a su vanidad. Por lo demás, ¿quién quiere parecer intolerante y contrario a las ideas liberales? ¿Quién es capaz de renunciar a los mentores de toda una vida? Así que continuó leyendo y citando a Rousseau, un Rousseau bolivariano, interpretado por él, no por los filósofos o los legisladores, que no entendían que el liberalismo tenía que aclimatarse y adaptarse a las condiciones americanas. El liberalismo de Bolívar se basaba no sólo en una cuestión de valores, sino también de cálculo. Al tomar decisiones políticas no buscaba alcanzar de manera automática el modelo político de la Ilustración, sino atender a situaciones específicas.

Cúcuta pareció ofrecerle a Bolívar el marco legal que buscaba, pero no tanto el gobierno fuerte que consideraba esencial. [3] Sus ideas constitucionales que ya había expuesto en Angostura, el senado hereditario, el poder moral, no convencieron a los legisladores de Cúcuta, pero mantuvo la calma y expresó sus reservas con discreción. Cuando sonaron las campanas para celebrar

la constitución, Bolívar señaló: «Están doblando por Colombia». La constitución del 12 de julio de 1821 creó un Estado fuertemente centralista, una gran República de Colombia que comprendía Venezuela, Nueva Granada y, potencialmente, Quito, unidas bajo un único gobierno con sede en Bogotá y subdividida no en tres regiones, sino en varios departamentos a cargo de intendentes, que eran, de hecho, los agentes directos del ejecutivo. Esto se aproximaba a lo que deseaba Bolívar, el problema era que se trataba de un proyecto elitista, impuesto por unos pocos a la mayoría, a la que no se había consultado, y que dejaba sin resolver cuestiones relativas a la identidad nacional.

La autoridad máxima residía en el poder legislativo, formado por el senado y la cámara de representantes, cuyos miembros eran elegidos por colegios electorales en los que podían votar los ciudadanos que tuvieran derecho a hacerlo. El sufragio estaba restringido a los varones que supieran leer y escribir y que contaran con bienes raíces valorados como mínimo en cien pesos. El presidente, que era también el comandante en jefe de las fuerzas armadas, era elegido por cuatro años, con posibilidad de ser reelegido para un segundo período. Pero su autoridad era limitada, excepto en caso de invasión extranjera, cuando podía asumir el poder total. Siempre hábil con las palabra, Bolívar observó que «era el gobierno de Colombia un arroyuelo saludable o un torrente devastador». La constitución plasmaba las libertades clásicas; el poder judicial era absolutamente independiente del ejecutivo y era casi imposible destituir a los jueces. También era ligeramente reformista: abolía el tributo indígena y se inclinaba por la abolición de la esclavitud, aunque quedaba por ver lo que esto significaba en la práctica.

El 7 de septiembre, el congreso eligió a Bolívar, el vencedor de Carabobo y el libertador de dos países, como primer presidente de Colombia, con Santander como vicepresidente. Bolívar estaba harto de que lo tildaran de usurpador, tirano y déspota, y no se consideraba a sí mismo un hombre con talento administrativo. Por tanto, había afirmado que no tenía ninguna ambición de ser presidente e incluso recomendó para el cargo a Nariño, Urdaneta y Santander (en orden de edad), y «si a mi pesar, me nombran, estaré siempre ausente de la capital, o siempre enfermo». [4] A pesar de la

insistencia de sus amigos, declaró que no estaba cualificado para el gobierno: «Ud. me dice, *que la historia dirá de mí cosas magníficas*. Yo pienso que no dirá nada tan grande como mi desprendimiento del mando y mi consagración absoluta a las armas para salvar al Gobierno y a la Patria. La historia dirá: "Bolívar tomó el mando para libertar a sus conciudadanos y, cuando fueron libres, los dejó para que se gobernasen por las leyes y no por su voluntad". Ésta es mi respuesta». **[5]**

No obstante, cuando se le informó de que el congreso lo había reelegido por unanimidad, se desplazó hasta Cúcuta para tomar posesión del cargo y presidir sobre una constitución que ya había sido ratificada. Allí volvió a protestar señalando que él era un soldado, no un administrador, y que su futuro estaba en el campo de batalla, no en una oficina del gobierno, que sería para él «un lugar de suplicio». Aceptó «sólo por obediencia», y con la condición de que se le permitiera continuar la campaña de liberación como jefe del ejército y dejar a cargo del gobierno al vicepresidente, Santander. En la toma de posesión reafirmó en su discurso ante el congreso sus convicciones: «Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado a la magistratura … Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza inmediata a la soberanía nacional». Y tal vez dejándose llevar por su propia elocuencia, imploró que no se le diera el título de Libertador, pues prefería el de «buen ciudadano». **[6]**

Para entonces los políticos, los abogados y los militares ya estaban afilando los cuchillos. El congreso aprobó una ley adicional que le otorgaba a Bolívar poderes extraordinarios para garantizar la liberación de los territorios que continuaban bajo dominio español. Tan pronto la discordia comenzó a asomar su horrible cabeza, Bolívar se alegró de poder dejar el gobierno de Colombia en manos del capaz, aunque adusto, Santander, tal como se lo permitía la ley y se lo ordenaba su ambición, para retomar su carrera como Libertador. Era ahí donde residía la gloria. Y el camino hacia la gloria todavía estaba abierto. A mediados de diciembre de 1821 dejó Bogotá y comenzó la marcha hacia el sur, a través de un país que le era desconocido. La ruta era nueva: Tocaima, La Plata, Pedregal, atravesando la cordillera Central hasta Cali, y luego aún más al sur hasta Popayán y Taminango, un mundo muy distinto a

Venezuela y al Caribe.

CONTINUIDAD Y CAMBIO

A medida que Bolívar avanzaba hacia el sur, los pueblos que había dejado atrás comenzaron a cosechar los frutos de la victoria. No eran unos frutos del todo dulces. Los oficiales se apropiaron de haciendas. Los soldados reclamaban propiedades. Los terratenientes retenían a sus esclavos. Los esclavos querían su libertad. Los criollos aspiraban a conseguir cargos públicos. Los pardos exigían la igualdad. La liberación había desatado una avalancha de intereses incompatibles.

La transición de colonia a nación tenía implicaciones que iban más allá de lo político. La destrucción de la vida y la propiedad, la emergencia de nuevos líderes, la militarización de la sociedad, todo esto en su conjunto conmocionó el viejo orden colonial y las relaciones entre los distintos grupos sociales. La sociedad no podía ser inmune a las ideas liberales e igualitarias de la época, ni a una forma de pensar que rechazaba la discriminación y buscaba reconciliar las diferencias sociales en beneficio de la construcción de la nación. Las distinciones legales entre grupos raciales habían sido abolidas, y la nueva constitución había declarado a todos los ciudadanos iguales ante la ley. Sin embargo, la ley no era el único agente de cambio. Más importante aún, probablemente, era la aparición progresiva de una sociedad dividida en clases, diferente de la sociedad de castas del pasado, a medida que la riqueza se convertía en principal criterio de las distinciones sociales y el estatus pasaba a derivarse de los ingresos y dejaba de ser una cuestión de definiciones legales. El nivel de vida también definía a las clases. Los que podían permitirse artículos de lujo fabricados en el extranjero, disfrutar de comidas suntuosas y beber vinos importados de Chile e incluso de Francia no escondían su riqueza. Entre tanto, Bolívar se preocupaba por las viudas de la guerra y dejaba la ayuda a los pobres a la caridad.

La posesión de la tierra fue una cuestión crucial en la guerra de independencia y una fuente primordial de riqueza y de poder. Como era de esperar, los cargos públicos interesaron enormemente a los criollos, que, en general, reemplazaron a los funcionarios españoles

en las altas esferas de la burocracia y descubrieron nuevas oportunidades en el gobierno y la política. Sin embargo, en las nuevas naciones, la élite urbana no era una fuerza sólida. La retirada de los españoles, el dominio comercial de empresarios extranjeros y la relevancia política de la nueva base de poder (la hacienda), se sumaron para reducir el poder y la riqueza de la élite urbana y restarle importancia al papel de las ciudades. El poder político lo ejercían ahora quienes tenían el poder económico, y éste se basaba en la tierra, un recurso que en su mayor parte seguía estando en manos de un grupo relativamente pequeño de criollos, los cuales comenzaron a movilizar la mano de obra disponible de forma aún más eficaz que sus predecesores de la colonia. De hecho, Bolívar presidía un país en el que el poder se estaba desplazando al campo, donde empezaba a surgir una nueva clase latifundista, un proceso en el cual algunos de sus colaboradores inmediatos desempeñaron un papel destacado.

En el curso de la guerra la composición de la élite criolla se modificó a medida que soldados, comerciantes y aventureros, que se habían aprovechado de las hostilidades y de las decisiones de los tribunales de secuestro, consiguieron convertirse en terratenientes. En Venezuela, donde la aristocracia colonial era reducida tanto en número como en importancia, las grandes haciendas pasaron a manos de una nueva oligarquía criolla y mestiza, los caudillos vencedores de la guerra de independencia. Líderes como Páez, que adquirió propiedades que en muchos casos habían sido asignadas a las tropas, frustraron la iniciativa de Bolívar de distribuir las tierras nacionales y las propiedades confiscadas al enemigo entre los soldados comunes, a los que consideraba el pueblo en armas. Pero esta movilidad moderada no afectó a la estructura agraria, que en realidad se extendió a nuevas áreas. En los llanos, los dirigentes republicanos defendieron los derechos a la propiedad privada de los grandes rancheros, privaron a los llaneros nómadas del uso comunal de la tierra y los redujeron al estatus de trabajadores rurales.

El control sobre la mano de obra era ahora prácticamente absoluto. El comercio de esclavos, es cierto, se había prohibido en 1810 o poco después, pero la emancipación y la abolición de la esclavitud fue un proceso lento y difícil. Una ley de manumisión de 1821 careció de convicción y se preocupó más por las

compensaciones a los propietarios que por la liberación de los esclavos. Así que en general se avanzó muy poco. De hecho, las revueltas de esclavos de años posteriores, en Venezuela en 1824-1827 y en Ecuador en 1825-1826, crearon unas circunstancias que perjudicaron la causa de la emancipación. Una creciente oleada de agitación y el intento de revuelta del almirante Padilla, un pardo, hicieron que incluso Bolívar se refiriera a «la enemistad natural de los colores». Frente a los intereses de clase de los administradores de la manumisión y el rechazo general a pagar los impuestos necesarios para compensar a los propietarios de los esclavos liberados, la manumisión quedó reducida a un proceso lento y parcial que permitió liberar, no a cientos, sino sólo a decenas de esclavos cada año.

Los indios, por su lado, estaban en cierto sentido emancipados, pues se habían convertido en ciudadanos libres y no tenían que pagar el tributo. En Colombia, los indios eran una gran minoría, apartada social y culturalmente de la vida nacional; tenían escaso interés en la independencia y, a menos que alguno de los dos bandos los obligara a sumarse a sus ejércitos, apenas participaron en el conflicto. Unos pocos grupos indígenas eran realistas, especialmente en las regiones de Santa Marta y Pasto, donde respondieron al llamamiento de los españoles. Hubo indios que, se dice, lloraron al enterarse de que el rey se había ido, acaso porque sentían que con ello estaban perdiendo a un protector. Los grupos indígenas aislados a los que los españoles no habían llegado a conquistar simplemente querían que se les dejara tranquilos. La degradante costumbre colonial de dar palizas en público a los indios como castigo quizá había llegado a su fin, pero las exigencias de servicios personales y las expectativas de obediencia no desaparecieron automáticamente con la independencia.[7] Después de la guerra los legisladores liberales buscaron convertir a los indios en individuos independientes, en lugar de súbditos protegidos por la corona, con el fin de transferir las tierras comunales a manos privadas, preferiblemente a propietarios indios. La legislación, por supuesto, no podía por sí misma abolir las comunidades indígenas, que tenían sus propios mecanismos de supervivencia. Y, por otro lado, el estancamiento que padeció la agricultura comercial en las décadas inmediatamente posteriores a la independencia, de hecho,

sirvió con frecuencia de protección a las tierras comunales. Sin embargo, una vez las presiones demográficas y del mercado se incrementaron e Hispanoamérica pasó a estar más integrada en la economía internacional, se descubriría que las comunidades indígenas habían sido despojadas de sus defensas y abandonadas a la invasión de la hacienda.

Si las perspectivas de los negros y los indígenas difícilmente mejoraron con la independencia, las oportunidades de las razas mestizas tampoco cambiaron mucho. En Venezuela los pardos, o mulatos, de lejos el sector más amplio de la sociedad, constituían cerca de la mitad de la población del país y salieron de la guerra relativamente más reforzados que otros grupos. Durante la contienda, la población venezolana decreció, pasando de alrededor de ochocientos mil habitantes en vísperas de la independencia a poco más de setecientos mil en 1825.[8] La población blanca disminuyó debido a las bajas y a la emigración, y al término del conflicto los grupos de la élite estaban en una desventaja demográfica incluso mayor que en tiempos de la colonia. Los pardos exigieron el fin de las restricciones tradicionales impuestas por la ley y la sociedad, y buscaron oportunidades hasta entonces reservadas a los criollos. Muchos de los oficiales de Bolívar eran pardos, y dos de los de jerarquía más alta, Piar y Padilla, encabezaron revueltas en su contra.[9] Era en los estratos superiores de los pardos donde la frustración era más acusada y la lucha por la igualdad más insistente. Algunos de ellos tuvieron éxito y consiguieron acceso a la educación, cargos públicos y prestigio social. El cónsul británico en Maracaibo señaló que «los primeros oficiales, así como los dirigentes civiles y militares, son de esta clase».[10] Un ejemplo de pardo de éxito fue Judas Tadeo Piñango, a quien sir Robert Ker Porter, el cónsul británico en Caracas, describió como «casi un blanco, una especie de indio zambo», que se casó con una mujer blanca de Bogotá, alcanzó el rango de general y se convirtió en miembro del consejo de Estado.[11] Hombres de este rango tenían intereses creados en la revolución y miraban con enorme desconfianza cualquier cambio constitucional (hacia la monarquía, por ejemplo) que pudiera devolverlos a su estatus anterior.

Los racistas de la época mostraron su desprecio por estos

avances. Level de Goda, un antiguo funcionario realista, acusó a los líderes pardos de haber creado, en alianza con los blancos tradicionales, una nueva élite para dominar la Venezuela independiente. En su opinión, el líder de esta oligarquía era Páez, «un pardo y un criminal empedernido». [12] Durante su estancia en West Point, uno de los hijos de Páez escribió a su padre para contarle que en Estados Unidos a sus dos hermanos y a él los llamaban «mulatos», y que en la prensa de Filadelfia también se calificaba de «mulato» al caudillo venezolano, lo que para el joven fue «un golpe terrible». [13] El mismo Páez, al menos en sus escritos, no concedió una gran importancia al color o la raza. Se mostraba como el representante de la igualdad: «Para el hombre de talento, sea cual fuere su origen, el color no da ni quita títulos al mérito; el color será siempre un accidente». [14] La estructura social era algo muy distinto. Páez formaba parte del orden imperante y lo apoyaba, aunque éste apenas beneficiara a las masas pardas. Era tan sensible como cualquier otro miembro de la élite a los problemas de la ley y el orden en Venezuela, y reaccionaba de forma implacable a la insubordinación de los esclavos.

Aunque había cierta movilidad social en Venezuela, la masa de los pardos no estaba en posición de sacarle partido. En la guerra de independencia habían sido indispensables para los criollos debido a su número, y en el ejército tuvieron algunas oportunidades de ascenso. También obtuvieron igualdad legal, pues las leyes republicanas abolieron todos los signos externos de discriminación y reconocieron sólo una clase de ciudadanos. Sin embargo, los nuevos dirigentes limitaron el derecho al voto y, por tanto, la ciudadanía plena, a los propietarios, con lo que la desigualdad, antes fundada en la ley, pasó a estar basada en la riqueza. La igualdad ante la ley, la garantía de sus derechos civiles, no era suficiente para los pardos. Como Bolívar señaló, querían una igualdad de oportunidades absoluta. Y eso era sólo el comienzo. Después, advirtió, exigirían acceso a la política y, aún más, un poder político que les permitiera gobernar sobre los blancos, Bolívar consideraba que éste era un proceso inevitable, pues la revolución no había satisfecho las expectativas de los pardos y había reservado a otros los frutos de la victoria. El malestar social era tangible. Viendo cómo la oligarquía terrateniente avanzaba tras la

independencia mientras que ellos se quedaban atrás, los pardos decidieron contraatacar y luchar por una nueva fase de la revolución. En la década de 1820, la amenaza de la pardocracia le parecía bastante real a Bolívar, quien pensaba que una guerra de razas era una posibilidad verosímil. A finales de esa década, Valencia, Barcelona y Cumaná fueron escenarios del descontento pardo, lo que demostró el alto grado de conciencia de grupo que habían alcanzado y su disposición a usar la violencia. En 1827, mientras Bolívar se encontraba en Venezuela, hubo una insurrección de negros en Cumaná y Barcelona, donde su número había ido en aumento debido a la inmigración desde Haití; el Libertador los despachó con rapidez, pero muchos sobrevivieron para luchar otro día. En diciembre de 1830 se arrestó a un negro por intentar corromper a las tropas diciendo «que Venezuela debía convertirse en un segundo Haití, que todos los blancos debían ser asesinados y que él tenía un fuerte grupo de negros que los ayudaría en la ejecución de su gloriosa tarea». [15]

Una considerable proporción de la población parda trabajaba en el sector rural. Algunos ya se habían integrado a la fuerza de trabajo de las plantaciones productoras y realizaban diversas tareas en las haciendas, pero muchos habían escapado hasta entonces al peonaje y no formaban parte de la mano de obra. Unos se dedicaban a la agricultura de subsistencia otros más se ganaban la vida en la economía ganadera de los llanos y no pocos sobrevivían en los márgenes del sector agrario, dedicados al bandolerismo y el delito. La independencia dio un nuevo ímpetu a la concentración de la tierra, y, mientras los caudillos victoriosos competían por hacerse con grandes haciendas en el centro-norte del país, en los llanos los rancheros poderosos buscaban establecer derechos sobre la propiedad privada todavía mayores. Los terratenientes advirtieron que había una gran masa de campesinos libres y desempleados y decidieron que había llegado el momento de conducirlos a sus plantaciones y ranchos y movilizarlos para la producción, pagándoles salarios ínfimos. En 1828, Páez promulgaría un nuevo «Reglamento para hacendados y criadores del llano» (25 de agosto). Éste continuaba la política de reivindicar la propiedad privada anunciada en la primera república prohibía el tránsito a través de los hatos sin el permiso de su dueño o administrador y otorgaba

derechos sobre el ganado salvaje a los propietarios de la tierra. [16] De este modo, se domó a los llaneros y se los introdujo en la estructura agraria del resto del país, fuera del alcance del Libertador.

Para las masas pardas la independencia fue, si cabe, una regresión. La movilización política terminó con el final de la guerra. Pero mientras la política española había favorecido una cierta movilidad social, en contra de las protestas de los criollos, ahora eran los criollos, la nueva élite, quienes estaban en el poder. En la década de 1830, después de separarse Venezuela de Colombia, la población del país estaba por debajo de los novecientos mil habitantes, de los cuales cerca de la mitad eran pardos y negros libres y más de una cuarta parte blancos; el número de esclavos ascendía a unos cuarenta mil. Entre los bancos había una superélite de unas diez mil personas, integrada por los terratenientes y los comerciantes ricos, así como por sus familias y parientes, que constituía la clase privilegiada y monopolizaba el poder y las instituciones desde la presidencia hasta los cabildos. Donde no poseía la tierra, esta élite controlaba los cargos públicos y perpetuaba la costumbre, propia de la época del conflicto, de nombrar a militares de alta graduación en cargos que se convertían en simples sinecuras. A falta de formas legítimas de avanzar, los pardos desafectos al sistema recurrieron a la protesta y la rebelión y se convirtieron en un peligro para el gobierno criollo, pues eran fácilmente manipulables por los caudillos o pasaban a engrosar las filas de los bandoleros. Alrededor de 1830, los temores de Bolívar se hicieron realidad, y el resentimiento de los negros hizo erupción en Venezuela en manifestaciones esporádicas de violencia. Éste era el volcán al que se refería.

La sociedad bolivariana

Bolívar concebía la revolución americana como algo más que una lucha por la independencia política. La veía también como un gran movimiento social que, además de liberar a los hispanoamericanos, mejoraría su situación y respondería tanto a las exigencias radicales como liberales de la época. El gobierno fuerte que buscaba era un instrumento de reforma, capaz de mejorar la

vida de las personas. Aunque el reformismo bolivariano operó dentro de las estructuras existentes y no intentó avanzar más allá de lo que era políticamente posible en cada momento, fijó nuevas metas para la sociedad poscolonial.

Bolívar era un abolicionista, aunque en esta materia no era un pionero en Venezuela. La conspiración republicana de Gual y España de 1797 se oponía a la esclavitud, «queda desde luego abolida la esclavitud como contraria a la humanidad», si bien vinculaba la manumisión con el servicio en las milicias revolucionarias y la contratación por parte del antiguo amo. El apoyo de la Ilustración a la causa fue puramente teórico. Desde Montesquieu en adelante, los *philosophes* denunciaron la esclavitud tanto por su maldad como por su inutilidad e ineficiencia desde el punto de vista económico, pero no emprendieron una cruzada por la abolición. Bolívar sin duda estaba al corriente de los movimientos abolicionistas contemporáneos en Inglaterra y Francia, inspirados en ideales humanitarios y convicciones religiosas. Pero su principal inspiración parece haber sido su sentido de justicia innato: «Me parece una locura que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud». Sin embargo, sus esfuerzos por conseguir una legislación que reforzara la abolición absoluta de la esclavitud en toda Colombia no tuvieron éxito. Liberó a sus propios esclavos, primero con la condición de que prestaran servicio militar, en 1814, cuando cerca de quince aceptaron; después sin condición alguna, en 1821, cuando más de un centenar se vieron beneficiados. [17] Pocos hacendados siguieron su ejemplo.

Bolívar continuó sosteniendo que los dirigentes criollos y los dueños de las propiedades debían aceptar las implicaciones de la revolución, que el ejemplo de la libertad era «imperioso y arrebatado» y que los republicanos «debemos triunfar por el camino de la revolución y no por otro». [18] Pero a los delegados al congreso de Angostura les atemorizaba la idea de liberar a unos esclavos que no estaban adecuadamente preparados para vivir en una sociedad libre; por tanto, se contentaron con realizar una declaración piadosa en favor de la libertad de los esclavos y dejar el problema de los medios para conseguirla a un congreso futuro. [19] La política de libertad a cambio de prestar servicio militar continuó, pero, después de 1819, los amos tendieron a impedir las

manumisiones motivadas por el conflicto, que, por lo demás, habían sido escasas. El problema, sin embargo, no iba a desaparecer por sí solo, y Bolívar comprendió que era imposible regresar a las condiciones de antes de la guerra: la cuestión no consistía ya en si era posible o no oponerse a las expectativas de los esclavos, sino en cómo controlarlos y dirigirlos. En 1820, cuando estaba reforzando el ejército después de la batalla de Boyacá, Bolívar ordenó a un reacio Santander que reclutara cinco mil esclavos en el occidente de Nueva Granada. Santander señaló que en Chocó y Antioquia los esclavos no pertenecían a los realistas sino a «familias afectas al sistema» y que las minas dependían de la mano de obra esclava. Bolívar insistió: como presidente él estaba facultado para reclutar a los esclavos, quienes, de ese modo, obtendrían su libertad; se les necesitaba para las filas del ejército libertador y estaban en condiciones de combatir. Apelando a las ideas de Montesquieu sobre el vínculo esencial entre la libertad política y la libertad civil, sostuvo que el privar a los esclavos de sus derechos en una sociedad libre los hacía peligrosos y propensos a la rebelión:

> Es demostrado por las máximas de la política, sacada de los ejemplos de la historia, que todo gobierno libre que comete el absurdo de mantener la esclavitud es castigado por la rebelión y algunas veces por el exterminio, como en Haití … ¿Qué medio más adecuado ni más legítimo para obtener la libertad que pelear por ella? ¿Será justo que mueran solamente los hombres libres por emancipar a los esclavos? ¿No será útil que éstos adquieran sus derechos en el campo de batalla y que se disminuya su peligroso número por un medio poderoso y legítimo? Hemos visto en Venezuela morir la población libre y quedar la cautiva; no sé si esto es política, pero sé que si en Cundinamarca no empleamos los esclavos sucederá otro tanto. **[20]**

Santander cumplió la orden a regañadientes, pese a la oposición de los propietarios de las minas y de las plantaciones del Cauca. La frialdad de la declaración de Bolívar preocuparía luego a la opinión liberal, pero él había elegido sus palabras cuidadosamente y su política se basaba en la ley vigente, que él mismo había introducido en beneficio de los esclavos y cuya filosofía se inspiraba en Montesquieu. El Libertador no era un negrero y mucho menos un

racista.

El 21 de julio de 1821, el congreso de Cúcuta aprobó una compleja ley de manumisión que permitía la liberación de los esclavos adultos, pero carecía de fuerza y su aplicación dependía de compensaciones financiadas con impuestos, incluyendo los derechos de sucesión, que resultaban difíciles de recaudar. [21] La ley también estipulaba la puesta en libertad de todos los hijos de esclavos, con la condición de que éstos trabajaran para el propietario de su madre hasta la edad de dieciocho años, con lo que se posponía cualquier abolición real; todos los esclavos nacidos después de 1821 tenían que esperar dieciocho años para obtener su libertad, un período que el congreso de Venezuela amplió a veintiún años en 1830. Y pronto se llegó incluso a que los esclavos que optaban por prestar el servicio militar sólo obtenían su libertad si sus antiguos dueños eran indemnizados con los fondos de manumisión. De este modo, el temor a las consecuencias económicas y sociales de la abolición y unas leyes pensadas para favorecer a los propietarios se unieron para frustrar la liberación y ridiculizar la visión bolivariana.

O'Leary

anota que la ley de 1821 «no satisfizo a Bolívar, que en todos tiempos abogó por la abolición absoluta e incondicional de la esclavitud» y cita a propósito su mensaje del 14 de julio de 1821 en el que instaba al congreso a ir más allá; su idea era que los hijos de los esclavos debían nacer libres de ahora en adelante, y que el congreso «autorizado por sus propias leyes, y aún más, por las de la naturaleza, puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos». [22] Pero Bolívar no podía superar solo los obstáculos a la abolición de manera realista. Su decreto del 28 de julio de 1827 reorganizó la administración de la ley e incluyó medidas humanitarias en favor de los esclavos, pero básicamente no mejoró la situación ni consiguió adelantar la abolición. Algunos observadores contemporáneos creían que en 1827 Bolívar había llegado a un acuerdo con los dirigentes venezolanos para no insistir en la abolición. [23] Sin embargo, la última palabra de Bolívar sobre la esclavitud no hay que buscarla en un decreto, sino en una constitución, la constitución que él consideraba que era la última esperanza de Hispanoamérica para alcanzar la paz y la estabilidad.

La constitución boliviana declaraba libres a los esclavos y, aunque en la misma Bolivia los amos se confabularan para impedir su aplicación, ello constituye una demostración de que el compromiso de Bolívar con la abolición absoluta era inflexible. La esclavitud, afirmaba el Libertador, era la negación de toda ley, un atentado contra la dignidad humana y una violación de la doctrina sagrada de la igualdad, un ultraje a la razón y a la justicia. [24] Ésta era una política basada en valores y más progresista que la de Páez y los terratenientes de Venezuela, donde la esclavitud no fue abolida hasta 1854.

Los indígenas de Colombia y Perú, a diferencia de los negros y los pardos, no ocupaban un lugar central en las preocupaciones de Bolívar, que no obstante se sintió conmovido al conocer su situación y estaba decidido a mejorarla. Su visión de los indios en Venezuela era pragmática, para no decir más. Los consideraba buen material para el reclutamiento militar. «Cuanto más salvajes sean los indígenas harán menos falta a la agricultura, a las artes y de consiguiente a la sociedad, y no dejarán de ser buenos soldados por que sean salvajes … En general los naturales del país no tienen industria alguna y han padecido en la guerra esta raza menos que las demás» [25]. Sin embargo, su política indígena, diseñada para hispanizar a los indios e individualizar las tierras comunales, se ajustaba en muchos aspectos a los principios del liberalismo de la época. Pero había un elemento de improvisación en ella que es difícil de reconciliar con alguna doctrina en particular. El congreso de Cúcuta expidió una ley (el 11 de octubre de 1821) que abolía el tributo indígena y todos los trabajos no remunerados, pero que asimismo declaraba a los indígenas sujetos a los mismos impuestos que cualquier otro ciudadano. Sin embargo, la aplicación de esta ley se retrasó en Ecuador, un país mayoritariamente indígena, pues se consideró que el tributo era allí demasiado importante para el esfuerzo bélico en Perú como para prescindir de él. En cualquier caso, los indígenas de los Andes no renunciaron voluntariamente al tributo ni celebraron su abolición de forma automática. Con frecuencia, la población indígena veía en el pago del tributo una prueba de su derecho a la tierra y una defensa histórica contra los ataques sobre sus propiedades agrarias, cuyas cosechas eran las que les permitían pagar el tributo. Los círculos del gobierno no siempre

comprendieron esta situación: un informe redactado en Ecuador en 1825 señalaba con autosuficiencia que «su estupidez y envilecimiento han llegado al grado de que tienen por una especie de honor y timbre el pagar tributo». [26]

El 20 de mayo de 1820, Bolívar ordenó mediante un decreto la devolución a los indígenas de todos los resguardos (tierras comunales) de Cundinamarca y la distribución a cada familia de «tanta extensión de terreno cuanto cómodamente pueda cultivar cada una»; los terrenos que sobraran se pondrían en alquiler mediante una subasta y los ingresos se utilizarían para el pago del tributo y de los salarios de los maestros. El decreto estipulaba además que no se debía emplear indígenas sin pagarles un salario formal y advertía a los sacerdotes en particular que debían dejar de exigirles el pago de derechos parroquiales, de los cuales estaban eximidos, así como otras «costumbres escandalosas y contrarias al espíritu de la religión». Sin embargo, durante los siguientes meses, Bolívar recibió una serie de quejas por parte de indígenas que, lejos de haberse beneficiado con su ley, habían sido estafados, ya que se les había privado de sus terrenos legítimos y habían sido expulsados a terrenos marginales. El 12 de febrero de 1821, mediante un nuevo decreto, el Libertador confirmó su anterior decisión e insistió en la devolución de los resguardos a los indígenas, ordenando que se distribuyera entre ellos «el terreno que sea más rico y fértil y más fácil de cultivar». [27] Tras ello sólo le quedaba confiar en los legisladores y esperar que cumplieran con su deber. La ley de Cúcuta del 11 de octubre de 1821 ordenaba la liquidación del sistema de resguardos, declaraba a los indígenas «restaurados» en sus derechos y asignaba las tierras de los resguardos, que hasta entonces habían sido comunales, a familias individuales en propiedad total; la orden tenía que cumplirse en los siguientes cinco años. [28] Se esperaba que los indígenas se convirtieran en buenos propietarios, agricultores y contribuyentes. Pero el Estado carecía de los medios o la voluntad para proporcionar la infraestructura necesaria para una reforma agraria y sólo consiguió desbaratar el trabajo comunal y la organización indígena, los cuales dependían de la propiedad común de la tierra. El daño era irreparable y los resguardos no tardaron en ser enajenados. La ley convirtió en perdedores a los indígenas y en ganadores a los grandes

terratenientes de los valles de Caracas y Aragua, y a los de Nueva Granada, que consiguieron hacerse con gran parte de estos terrenos para sumarlos a sus propias haciendas.

Desde 1823 Bolívar intentó usar su poder en Perú para inyectarle a la revolución un mayor contenido social y agrario. Su objetivo allí, como en Colombia, era abolir el sistema de tenencia comunal de la tierra y distribuirla entre los indígenas como propietarios individuales. Había un modelo previo para una legislación semejante en un plan inspirado en las cortes españolas de 1812 y formulado por el virrey Abascal en 1814. [29] El plan no llegó a ponerse en funcionamiento, pero era evidente que se inspiraba en la misma clase de pensamiento liberal que animaría a Bolívar diez años después. Su decreto del 8 de abril de 1824, expedido en Trujillo, pretendía principalmente fomentar la producción agrícola y aumentar los ingresos, pero también tenía implicaciones sociales, pues asumía que la producción se vería beneficiada por la extensión de la propiedad privada. El decreto ordenaba que todas las tierras del Estado se pusieran a la venta a un tercio de su valor real. Estas tierras no incluían los terrenos en posesión de los indígenas, quienes serían declarados sus propietarios y tendrían derecho a venderlos o enajenarlos si así lo deseaban. Las tierras comunales de los indígenas debían distribuirse entre sus ocupantes sin propiedades, en especial a familias que obtendrían títulos de propiedad legales sobre sus parcelas. Bolívar insistía: «que ningún indio pueda quedarse sin su respectivo terreno».

Este intento de convertir al campesinado indígena en agricultores independientes se malogró por la intervención de terratenientes, caciques y funcionarios, y, al año siguiente, en Cuzco, Bolívar se vio obligado a expedir un nuevo decreto (el 4 de julio de 1825) para reafirmar y aclarar el anterior. Éste devolvía las tierras indígenas confiscadas después de la rebelión anticolonial de 1814, ordenaba la distribución de las tierras comunales, regulaba el método de distribución e incluía derechos de riego, y además declaraba que el derecho de los indígenas a enajenar sus tierras sólo podría ejercerse a partir de 1850, presumiblemente con la esperanza de que para entonces los indígenas hubieran progresado lo suficiente y estuvieran capacitados para defender sus intereses.

[30] Bolívar complementó estos decretos con otras medidas diseñadas, en nombre de la igualdad, para librar a los indígenas de la discriminación y el maltrato a los que habían estado sometidos durante tanto tiempo por parte de los funcionarios, caciques, párrocos y terratenientes, y en particular para eximirlos de tener que realizar trabajos y servicios domésticos sin contrato, sin un salario y contra su voluntad. [31] También abolió el tributo, pero esta medida no se cumplió de manera uniforme, pues algunos objetaron que despojaba a los indios de una protección tradicional y otros que la igualdad fiscal los perjudicaba. Curiosamente, en 1828, cuando Bolívar restableció el tributo indígena mediante un decreto del 15 de octubre, aclaró en él que «los mismos indígenas desean generalmente y una gran parte de ellos ha solicitado hagan sólo una contribución personal quedando exentos de las cargas y pensiones anexas a los demás ciudadanos». [32]

Los decretos indígenas de Bolívar fueron limitados en su alcance y estuvieron descaminados en su intención. Como las grandes haciendas ya ocupaban la mayor parte de las mejores tierras de Perú, sus medidas simplemente hicieron más vulnerables a los indígenas, pues, al entregarles tierras sin ofrecerles además capital, equipos y protección, lo que se logró fue invitarlos a convertirse en deudores de los terratenientes más poderosos, a renunciar a sus tierras para pagarles y, en última instancia, a trabajar como peones para saldar sus deudas. Y cuando las comunidades se desmoronaron, las haciendas estuvieron prestas a recoger los pedazos de la sociedad indígena: la nueva política les otorgó una reserva adicional de mano de obra barata, mientras que las instituciones coloniales que regulaban el trabajo y el arriendo de la tierra, perpetuadas por el régimen republicano, garantizaban su subordinación. La política de Bolívar en este ámbito no se fundaba en una comprensión profunda de los problemas de los indios, sino en lo que había visto como un observador externo, sus ideales liberales y una compasión apasionada. «Los pobres indígenas se hallan en un estado de abatimiento verdaderamente lamentable. Yo pienso hacerles todo el bien posible: primero, por el bien de la humanidad y, segundo, porque tienen derecho a ello y, últimamente, porque hacer bien no cuesta nada y vale mucho» [33]. Pero hacer bien no era suficiente, o no estaba definido de forma

adecuada, y los instintos humanitarios de la revolución no consiguieron beneficiar a las comunidades indígenas de los Andes.

SOLDADOS CIUDADANOS

Si la guerra de independencia fue una lucha por el poder, también fue una disputa por los recursos. Los criollos y los caudillos pelearon por la tierra al igual que por la libertad. Bolívar fue el primero en darse cuenta de esto y en ofrecer incentivos económicos a sus hombres, así como acceso a la política. También fue necesario encontrar algo que sustituyera al salario. Su decreto del 3 de septiembre de 1817 ordenaba la confiscación por parte del Estado de todos los bienes y tierras del enemigo, ya fueran americanos o españoles, para venderlos en subasta pública al mejor postor o, en caso de que nadie las comprara, para alquilarlas en beneficio del tesoro nacional. La propiedad confiscada no se utilizó sólo como una fuente de ingresos inmediata para el gobierno patriota, sino también para otorgar terrenos a los oficiales y soldados de la república de acuerdo con el rango; la promoción se usaba de este modo como medida del servicio prestado. El decreto del 10 de octubre de 1817 establecía una escala para la repartición de tierras que iba desde los veinticinco mil pesos para los generales en jefe hasta los quinientos para los soldados comunes. [34] El objetivo, indicó Bolívar, era «hacer de cada militar un ciudadano propietario». En su Discurso de Angostura recordó a los legisladores que una de sus principales prioridades era precisamente recompensar a los «hombres que han experimentado cuanto es cruel en una guerra horrorosa, padeciendo las privaciones más dolorosas y los tormentos más acerbos», y pidió al congreso que ratificara su política. [35]

Los caudillos y los oficiales de más alto rango fueron los primeros en beneficiarse de estas medidas. Una de las primeras concesiones de la Comisión de Tierras, por petición expresa de Bolívar, tuvo como beneficiario al general Cedeño, a quien se autorizó a establecer una hacienda en las sabanas del Palmar. [36] Incluso aquellos que no gozaban de su favor estuvieron entre los primeros en recibir terrenos. En diciembre de 1819, el congreso de Angostura confirmó la entrega de haciendas de cacao en Güiria y

Yaguarapo, confiscadas a los españoles, a Mariño y Arismendi como recompensa por sus servicios. De igual modo, el gobierno otorgó propiedades que habían pertenecido a españoles a Urdaneta, Bermúdez y Soublette, entre otros, muchos de los cuales habían entrado en la guerra de independencia sin ningún tipo de propiedad. Desde 1821 los caudillos comenzaron a exigir haciendas y terrenos específicos directamente al ejecutivo, que por lo general prefería remitir las solicitudes a los tribunales encargados de la repartición de tierras. Según Soublette, para entonces vicepresidente de Venezuela, «los militares no son los que menos e imperiosa y ejecutoriamente reclaman la adjudicación de los confiscos. Ellos han trabajado fructuosamente y han padecido privaciones horrorosas … y no será posible desentenderse de ellos por mucho tiempo». [37]

Sin embargo, los planes de Bolívar para recompensar a las tropas del ejército libertador fueron ignorados de forma descarada, cuando no activamente frustrados por la acción combinada de los legisladores y los oficiales. El congreso decretó que no se les pagara a los soldados con tierras reales, sino con «vales», bonos que acreditaban el derecho del portador a recibir terrenos nacionales en una fecha vaga una vez terminara la guerra. Los soldados, ignorantes y empobrecidos, fueron una presa fácil: los oficiales y los especuladores civiles se dedicaron a comprar los bonos a precios ínfimos, en ocasiones a menos del 5 por 100 de su valor legal, y de esta forma consiguieron estafar a la mayor parte de los soldados, a quienes se privó de su derecho a la tierra. Bolívar consideró que los políticos se habían burlado de sus intenciones y exigió al congreso que aplicara la ley original y no entregara a las tropas vales, sino tierras de verdad. [38] Sin prisa y con enorme desgana, el congreso de Cúcuta tomó medidas para poner fin a la práctica de pagar con vales, pero insistió en ampliar el plan para incluir a los funcionarios, algo que enfureció al Libertador. Los llaneros, en particular, continuaron insatisfechos, «humillados y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza». [39] A mediados de 1821 recibieron una licencia indefinida no remunerada, y pronto comenzaron los robos y las manifestaciones de descontento en el Apure. Entre tanto, los terratenientes que habían resultado vencedores empezaron a organizar y extender sus

intereses.

De todos los caudillos, Páez fue el que más beneficios obtuvo. De hecho, él mismo había utilizado la tierra como medio de movilización desde comienzos de la campaña. «Cuando el señor general Páez ocupó el Apure en 1816, viéndose aislado en medio del país enemigo, sin apoyo ni esperanza de tenerlo por ninguna parte, y sin poder contar siquiera con la opinión general del territorio en que obraba, se vio obligado a ofrecer a sus tropas que todas las propiedades que correspondiesen al gobierno, en el Apure, se distribuirían entre ellos liberalmente. Este, entre otros, fue el medio más eficaz de comprometer aquellos soldados y de aumentarlos, porque todos corrieron a participar de iguales ventajas»[40]. Sin embargo, esta política no se materializó, pues Páez demostró estar más interesado en sus propias adquisiciones que en las de sus hombres.

Aun antes de que terminara la guerra en Venezuela, Bolívar había delegado en Páez el derecho a redistribuir las propiedades de la nación (un derecho que él mismo había recibido del congreso como presidente de la república), facultándolo específicamente para repartir las propiedades situadas en el territorio bajo su jurisdicción entre los hombres del ejército de Apure. El Libertador delegaba estas prerrogativas especiales por la frustración que había supuesto el fracaso de sus anteriores intentos de redistribuir la tierra entre los soldados.[41] No obstante, antes de proceder a la repartición, Páez se apoderó de las mejores propiedades para su beneficio. Sus posesiones no se limitaban a los llanos, sino que abarcaban también tierras en el centro-norte del país, la región donde estaban ubicadas las plantaciones comerciales más valiosas y el hogar de la oligarquía tradicional, donde había empezado a adquirir propiedades de enorme valor. En 1825 le propuso al vicepresidente de Colombia venderle al gobierno sus haciendas en Apure, junto con el ganado y los caballos que había en ellas, para que las tropas pudieran obtener los terrenos que se les había prometido como forma de pago en lugar de sus salarios.[42] La oferta era claramente generosa, pero se trató de un gesto puramente demagógico, ideado sólo con el propósito de mejorar su reputación como patrón y conservar la lealtad de sus hombres, pues al mismo tiempo se reservaba el derecho a recomprar a éstos los vales que se les otorgaran, la

primera etapa, y a menudo la última, del proceso de repartición de tierras. El congreso rechazó la oferta y se criticó a Páez por haber amasado una fortuna privada a través de un «agiotaje escandaloso» con los vales de tierras entregados a sus oficiales y soldados. [43] Ésta fue la táctica de muchos caudillos, que ofrecieron a las tropas sumas de dinero (en ocasiones cincuenta o sesenta pesos por vales que valían mil) a cambio de dichos certificados de tierras, un forma de abuso infame cuya práctica se extendió por toda Venezuela y Nueva Granada.

El proyecto de repartición de tierras nunca se concibió como una reforma agraria. Pero incluso como mecanismo para pagar los salarios fracasó. Según Pedro Briceño Méndez, secretario de Bolívar y ministro de Guerra: «Ninguno de los que han recibido sus haberes en vales los posee; todos o la mayor parte han pasado a otras manos, a manos usureras, por la despreciable cantidad que he dicho [el 5 por 100 de su valor auténtico]». [44] Una nueva élite de terratenientes, recompensados con propiedades secuestradas o tierras de la nación, se unió a los propietarios de la colonia y en algunos casos los remplazó. Los soldados que no habían recibido lo que se les debía se quejaron con amargura del funcionamiento de las comisiones de tierras. De oriente a occidente abundaron las acusaciones de favoritismo, inercia, ineficiencia y prejuicios de clase en la distribución de la tierra. Madres, hijos y viudas presentaron reclamaciones y quejas en contra de los comités de tierras y propiedades: «Más de una tercera parte de las casas y haciendas de Venezuela han sido confiscadas y no ha habido para socorrer a las personas más beneméritas y que más derecho tenían a la recompensa». [45] Los soldados y sus familias no recibieron nada; los caudillos todo. Lejos de cambiar la estructura agraria, la independencia generó una concentración de la tierra todavía mayor. La esperanza de Bolívar de convertir a sus soldados en ciudadanos plenos se desvaneció en los valles y llanuras de Colombia.

Bolívar era sumamente consciente de la polarización de la sociedad y de las enormes tensiones que engendraba la discriminación social y política. Era por esto que veía con temor el resentimiento y las reclamaciones de las masas, el aumento de la pardocracia y el riesgo de nuevas convulsiones sociales. Su propia política no era revolucionaria. La abolición de la esclavitud y la

distribución de la tierra fueron medidas de corte reformista que habrían podido modificar pero no transformar las estructuras existentes. En la práctica, no fue capaz de avanzar en el camino de la reforma más allá de lo que se lo permitió la élite por miedo a una reacción, en la cual la independencia misma podría haberse visto amenazada. Aristócrata por cuna y formación, se diferenciaba de su clase en su conciencia de las limitaciones de la revolución republicana. En 1828 describió con una perspicacia única el estado de esclavitud en el que todavía vivían las clases bajas de Colombia, sometidas a los alcaldes y magnates locales y privadas de la libertad y las garantías a las que tenían derecho:

> En Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza equivalente, por su influjo, pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento aun la más despótica de Europa; que en esa aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos, pues aunque hablan de libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo, que, según ellos, debe continuar bajo su opresión; quieren también la igualdad, para elevarse y aparearse con los más caracterizados, pero no para nivelarse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad: a éstos los quieren considerar siempre como sus siervos a pesar de todo su liberalismo. **[46]**

La polarización de la sociedad entre una oligarquía de terratenientes y sus aliados de menor categoría, por un lado, y las masas campesinas, por otro: ésa era la perspectiva futura de Colombia. En sus momentos más pesimistas, Bolívar dudaba de la capacidad de las constituciones para cambiar las cosas. Las masas campesinas y sus amos no eran, por supuesto, la totalidad de Colombia, cuya población de más de un millón de habitantes incluía también artesanos urbanos, mineros y grupos situados en los estratos medios de la sociedad. Y la misma población rural comprendía tanto a terrazgueros como a jornaleros, a ganaderos como a peones, a indígenas como a mestizos. Es posible que la independencia acentuara estas distinciones al ofrecer nuevas oportunidades de diferenciación dentro de la sociedad existente. Pero no ofreció formas básicas de movilidad social ni disminuyó las

divisiones que Bolívar había advertido. Estaba convencido de que si las nuevas clases dirigentes no aceptaban las reformas necesarias, surgiría un movimiento popular de masas que amenazaría su hegemonía. El camino para escapar a esa posibilidad era reducir la pobreza a través del crecimiento económico, una meta difícil para un solo hombre.

LA ECONOMÍA BOLIVARIANA

La chispa vital de la gloria de Bolívar no consiguió encender la economía. La independencia era un premio por el que había que pagar. En 1825-1826 los gastos militares seguían absorbiendo tres cuartas partes de los ingresos del Estado. El conflicto fue destructivo y dejó muchas haciendas en ruinas, víctimas de la confiscación y el saqueo durante la guerra y de las venganzas personales después de ella.[47] En el campo tanto la producción agrícola como el número de reses descendieron, pues ambos ejércitos arrastraron a los peones a sus filas y se apoderaron del ganado para sus necesidades; en los años de posguerra los hacendados, ya fueran supervivientes de las familias coloniales o recién llegados beneficiados por las concesiones de tierras, continuaron padeciendo la inseguridad rural y un legado de crímenes, vagancia, bandidaje y rebeliones esclavas. La pérdida de esclavos significaba la pérdida del capital invertido en una época en la que los propietarios seguramente tenían dificultades para pagar los intereses de sus hipotecas y se enfrentaban a la posible ejecución de sus bienes. Los efectos demográficos de la guerra, el costo humano de la liberación, impresionaron a muchos observadores. Se los consideró catastróficos: la gente moría, ya fuera en el campo de batalla o víctima de atrocidades, o huía, se escondía, migraba. El conflicto provocó un cambio poblacional que el gobierno no estaba en condiciones de rastrear; en Nueva Granada, donde el crecimiento demográfico continuó hasta alcanzar el millón cien mil habitantes que se calculó para 1825, el fenómeno probablemente fue menos grave que en Venezuela, la cual, se dijo, había perdido a una tercera parte de su población.[48] El reclutamiento arrancó a la fuerza de trabajo de los campos y las minas, y ocasionó que peones, indios y esclavos se dieran a la fuga cada vez que los equipos de

reclutadores se acercaban. La noticia de que Bolívar se aproximaba a una población tenía tantas probabilidades de hacer que la gente desapareciera como de que saliera a dar vítores.

El cónsul británico en La Guaira concluyó: «La expulsión de los españoles europeos en 1823, la emigración previa desde este país [Venezuela], sumada a los excesos cometidos por las partes en contienda, y el consecuente decrecimiento de la población, han hecho que haciendas extensas y valiosas estén, en muchos casos, abandonadas y, en otros, sólo parcialmente cultivadas». [49] Hacia 1821 muchas de las plantaciones no sólo habían sido invadidas por alguno de los bandos del conflicto, sino también por la vegetación tropical. Para renovar el cultivo se necesitaba más mano de obra y más capital de los que había disponible en esos años, sobre todo en una época en la que, además, los precios internacionales de los productos tropicales, en especial el café, estaban experimentando una caída abrupta. La agricultura local, por otro lado, seguía siendo productiva. La sabana de Bogotá estaba bien cultivada: los agricultores conseguían dos cosechas al año y, gracias a un buen sistema de riego, obtenían una excelente producción de trigo, cebada y alfalfa. Sin embargo, los arados, escarificadores y demás herramientas para la agricultura eran primitivos, y la dependencia de la quincallería importada era todavía considerable. [50]

La guerra dejó arruinado a Perú, donde al igual que en otros países las haciendas y las plantaciones fueron víctimas de la destrucción militar y el desvío de la mano de obra. [51] La minería de oro y plata, el soporte tradicional de la economía y el principal recurso de exportación con el que contaba el país, también se deprimió; la producción había sido golpeada por la interrupción de las comunicaciones y por la grave escasez de mano de obra, mercurio, mulas y capital. Se calcula que entre 1819 y 1825 veintiséis millones novecientos mil dólares salieron de Lima en barcos británicos, suma que incluye tanto el monto de las importaciones (bienes de consumo y material bélico) como la fuga de capitales a mercados más seguros. [52] Perú no estaba en condiciones de ganar lo suficiente para pagar las importaciones de artículos manufacturados, en una época en la que los negociantes británicos pululaban entusiasmados ofreciendo bienes y servicios. El capitán Basil Hall, de la marina británica, advirtió el impacto de los

cambios recientes durante una cena en una casa peruana de Huacho: «Sobre una caja de vino francés, de la marca Medoc, reposaba un rollo de velarte inglés; en la mesa había una botella de champaña; los cuchillos y tenedores eran de la marca Sheffield, y la mampara que dividía el salón era una pieza de algodón estampado de Glasgow». [53] El desequilibrio de la balanza comercial se remedió temporalmente con préstamos extranjeros, una solución que ya era en sí misma una lección de despilfarro.

El pensamiento económico de Bolívar favorecía el desarrollo dentro de un nuevo marco liberal, pero su política se vio frustrada por las condiciones de la posguerra y los grupos de interés poderosos. Sus mayores obstáculos eran una agricultura estancada y unas rentas insuficientes. La principal fuente del liberalismo económico era Adam Smith, que sostenía que las restricciones al comercio tenían como resultado una distribución inadecuada de los recursos, esto es, lejos de la agricultura. Por tanto, Bolívar era partidario del libre comercio y de un programa general de liberalismo económico que eliminara las limitaciones que pesaban sobre la tierra y la mano de obra. Con todo, un motor más inmediato de las ideas económicas del Libertador fue su experiencia directa de la economía colonial y su oposición al monopolio español: «Quiere Vd. saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta». [54]

La experiencia y la Ilustración confluyeron en Bolívar, que confiaba en el desarrollo agrícola, el libre comercio y los beneficios de la inversión extranjera. Estaba satisfecho con que Hispanoamérica fuera principalmente una exportadora de materias primas y no le preocupaba de forma excesiva la supervivencia de las industrias artesanales o la búsqueda de la autosuficiencia económica. No obstante, no era un esclavo del liberalismo económico y nunca fue doctrinario. Preveía un papel más amplio y positivo para el Estado de lo que permitía el liberalismo clásico, y en este punto revelaba su conciencia de los problemas específicos del subdesarrollo. En el caso de Colombia éstos se agravaban por una década de destrucción y una administración débil; Bolívar

decretó la pena de muerte para los funcionarios que fueran hallados culpables de peculado, pero era improbable que la amenaza tuviera el impacto deseado en un puerto como Cartagena, donde importadores experimentados y funcionarios mal pagados habían convertido la evasión de los impuestos de aduana en todo un arte. [55]

Bolívar tenía esperanzas en la capacidad del gobierno para mejorar las infraestructuras y, en especial, las comunicaciones entre las distintas regiones. Había viajado miles y miles de kilómetros a través de los valles, llanuras y páramos de estos países sin carreteras y había compartido con sus soldados marchas que los convertían en héroes incluso antes de haber entrado en batalla. En Colombia no había carreteras, sólo caminos de herradura. Los transportes eran primitivos: el terrestre estaba limitado a las mulas, el fluvial a canoas y barcazas; en todo el país no había coches y en Bogotá sólo había dos carros. [56] El río Magdalena, la principal ruta de norte a sur, estaba bajo el control de sus famosos barqueros, los bogas, a los que los extranjeros encontraban borrachos y pendencieros y a quienes los colombianos consideraban regidos por su propia ley. [57] Había otros riesgos. En 1825 un caimán mató al hijo del cónsul británico, un joven de quince años, mientras nadaba en el río, y su madre, destrozada por la pérdida, había sufrido un aborto. [58] El viaje por el Magdalena desde Barranquilla hasta Mompós podía tardar quince días, y se necesitaban más de treinta para llegar de Mompós a Honda, el puerto en el que se desembarcaba para ir a la capital. A John Bernard Elbers, un colombiano de origen alemán, se le concedió un monopolio para que implementara la navegación a vapor por el río, pero el fracaso a la hora de crear rutas de conexión y establecer estaciones de combustible, sumado a las deficiencias técnicas de los propios barcos, hizo que la operación tuviera un impacto reducido, y finalmente el contrato se canceló en 1829. En Guayaquil, Bolívar destinó los ingresos del monopolio de la sal a la construcción de carreteras y decretó medidas de protección y beneficios fiscales para la construcción de una vía desde el puerto de Esmeraldas hasta el interior, una empresa en la que el mismo gobierno invertiría. [59] Sin embargo, la independencia no cambió de forma significativa las infraestructuras ni las condiciones de vida y de trabajo de la población, y Bolívar comprendió que tenía que

dejar que los colombianos mejoraran sus propias vidas sin el uso de la tecnología moderna y con poca ayuda del Estado.

La guerra y la revolución añadieron nuevas cargas a una economía que ya era débil. El desvío de la mano de obra para la guerra, la pérdida de animales, la fuga de capital, todo eso redujo a Venezuela y Nueva Granada a unos niveles de depresión inéditos y contribuyó a aumentar los problemas de quienes se encargaban de la planificación. Desde las primeras medidas del congreso de Cúcuta, la legislación republicana garantizó a la agricultura, la industria y el comercio libertad para operar sin restricciones gremiales o monopolísticas, y el gobierno se limitó a proporcionar las condiciones en las que la empresa privada pudiera prosperar. Esto en teoría. En la práctica, hubo que modificar el *laissez-faire* y la economía bolivariana adoptó un modelo de proteccionismo moderado. La agricultura necesitaba protección y fomento, en primer lugar para garantizar la sustitución de las importaciones y, en segundo lugar, para producir excedentes que pudieran ser destinados a la exportación. La exportación de cacao, algodón, tabaco y pieles desde Cartagena y Santa Marta estaba prácticamente estancada y fue necesario complementarla con la de oro y plata para obtener beneficios con los cuales pagar las importaciones. En Venezuela, la exportación de cacao, café, algodón, añil y pieles se complementó con la exportación, mucho más lucrativa, de caballos, mulas y reses, para los que había un mercado en el Caribe británico. **[60]**

Bolívar solicitó al congreso que prohibiera la exportación de ganado con el fin de desarrollar los hatos nacionales. También decretó la prohibición de exportar caballos y mulas. **[61]** Y, mientras estuvo en Cuzco, prohibió la matanza de vicuñas y autorizó subsidios estatales para los que las reunieran en rebaños. **[62]** Igualmente quería liberar a la agricultura de los altos gravámenes establecidos por el régimen colonial, y decretó la eliminación de los diezmos y los impuestos de exportación. El congreso de Cúcuta abolió las aduanas internas, la alcabala y el vínculo. Pero el sistema fiscal tendió a volver a su estado colonial a medida que se fueron restableciendo los antiguos impuestos para financiar el esfuerzo bélico y la administración de posguerra. La alcabala se revivió en 1826, y su reducción del 5 al 4 por 100 en 1828 fue vista como una

concesión pensada para hacer más competitivas las exportaciones venezolanas. [63] El estanco del alcohol, abolido en 1826, se volvió a establecer en 1828, y el monopolio colonial del tabaco continuó siendo una de las principales fuentes de ingresos hasta su abolición en 1850. Para Bolívar era evidente que los beneficios producto de los excedentes agrícolas, sobre todo los procedentes de la exportación, no estaban siendo reinvertidos en la producción. Los ingresos del tabaco, en particular, se empleaban como un fondo multiusos para cubrir una serie interminable de gastos, y el hecho de que entre éstos no estuviera el reinvertir en la producción preocupaba al Libertador. Tal como señaló su ministro de Hacienda, Rafael Revenga, «lejos de prosperar, la renta sufrirá si, en lugar de utilizar los ingresos para fomentar la producción, como el Libertador ha ordenado con tanta frecuencia y de forma tan insistente, se desvían para gastos en cualquier otra parte». [64]

Ante la ausencia de acumulación interna de capital, Bolívar se dirigió a otros países y dio a conocer que el capital extranjero, los empresarios e inmigrantes eran bienvenidos en las nuevas repúblicas. Sin embargo, pocos extranjeros estaban interesados en la agricultura, y el capital tendió a concentrarse en proyectos de minería condenados al fracaso. Bolívar tenía ideas liberales sobre la inmigración, y en Nueva Granada y Venezuela había muchos proyectos para promover la colonización y explotación agrícola, pero éstos se fueron a pique por la codicia de los empresarios, que buscaban beneficios rápidos, y la reticencia de los inmigrantes europeos a viajar a Hispanoamérica como labriegos. La política de inmigración estaba llena de contradicciones evidentes, no todas responsabilidad de Bolívar. En Colombia había aún una masa enorme de campesinos y llaneros sin tierra, pero el Estado fracasó a la hora de implementar adecuadamente el programa de distribución de la tierra tan caro a Bolívar. Por otro lado, la clase terrateniente, o parte de ella, disfrutó de ventajas adicionales al beneficiarse de los préstamos del gobierno a la agricultura.

La independencia terminó con el monopolio colonial español, pero el comercio exterior siguió sujeto a restricciones, y no hubo nada parecido a un verdadero libre comercio. Colombia no estaba preparada para desempeñar un papel significativo en la economía mundial, pese a continuar siendo un exportador de oro. En la

década de 1820 hubo una oleada de comercio e inversión británica en el país, y los préstamos británicos al gobierno en 1820, 1822 y 1824 proporcionaron unas divisas que fueron bien bienvenidas y estimularon el comercio con Gran Bretaña. Pero el auge económico terminó en 1826 cuando Colombia no pudo cumplir con sus obligaciones y regresó a las tendencias del comercio colonial, lo que le llevó a depender de unas exiguas exportaciones de oro para cubrir las importaciones del extranjero. En estas condiciones no había una base para el desarrollo nacional y Colombia se dividió en una serie de economías regionales, cada una más o menos autosuficiente y con capacidad para proporcionar un sustento básico, aunque primitivo, a sus habitantes. [65] La historia en el caso de Perú fue similar. En 1822 se firmó en Londres un préstamo de 1,2 millones de libras esterlinas, de las cuales el gobierno peruano recibiría menos de novecientas mil. [66] En 1825 se firmó un préstamo adicional de 616.000 libras más, pero ese mismo año el gobierno comenzó a retrasarse en los pagos y dejó de abonar los intereses. Estos préstamos se destinaron simplemente a cumplir obligaciones previas con los comerciantes británicos y a financiar el gasto militar y naval, y no sobró nada de ellos para invertir en desarrollo.

Las rentas del Estado dependían fundamentalmente de los ingresos del comercio. El congreso de Cúcuta intentó establecer impuestos a la renta, pero la ausencia de estadísticas fiables sobre los contribuyentes y los fallos de los recaudadores estropearon el experimento desde el comienzo, y, en 1826, finalmente el proyecto fue abandonado. [67] En esta situación, el comercio exterior tuvo que soportar la carga. El arancel de 1826 establecía gravámenes para la mayoría de las importaciones que iban desde el 7,5 por 100 hasta el 36 por 100. Aunque se trataba de un arancel pensado básicamente para aumentar las rentas del Estado, la medida también tenía un contenido proteccionista que buscaba beneficiar los intereses de la economía nacional; los monopolios del Estado, por su parte, estaban protegidos por la prohibición de la importación de sal y tabaco del extranjero. Hacia 1830, los derechos de importación ya eran más altos de lo que lo habían sido al final del régimen colonial. También se implantaron algunos derechos a las exportaciones para aumentar las rentas públicas,

aunque el comercio exportador del país no era lo suficientemente próspero para soportarlo. El patrón de la producción de Colombia continuó siendo el mismo: los principales productos eran el café, el cacao, el tabaco, maderas de tinte, pieles y, en menor medida, azúcar y algodón. Los agricultores del norte de Nueva Granada, así como los de la costa de Venezuela, exigieron protección para los productos de sus plantaciones, y la recibieron. Pero los débiles productores de trigo del interior no gozaron de una protección similar frente a la harina estadounidenses. Y la producción agrícola en general padeció los efectos de la escasa inversión de capital, la falta de mano de obra, la ausencia de vías de comunicaciones apropiadas y el descenso de los precios en el mercado internacional. En la provincia de Neiva, que Bolívar atravesó en su viaje hacia el sur en 1822, había vastas extensiones de tierras de excelente calidad que permanecían sin cultivar debido a la escasez de labriegos. [68] El Libertador pronto comprendería que los problemas económicos de la independencia eran más difíciles de resolver que los militares.

El sector manufacturero era aún más vulnerable que la agricultura y no ofrecía mayor resistencia a la competencia británica. La industria textil, por ejemplo, simplemente no podía competir con la avalancha de productos baratos procedentes del extranjero. Manchester y Glasgow abastecían a Colombia de productos de algodón, Francia de sedas y vinos, y del extranjero también llegaban todo tipo de artículos de lujo. [69] En Popayán, las élites podían comprar bienes de consumo extranjeros y beber vino chileno, artículos que se importaban a través de Guayaquil y luego eran transportados por tierra en mulas. La independencia no destruyó las industrias nacionales ni eliminó por completo la protección que proporcionaban el aislamiento y las preferencias locales, lo que permitió que en el sur y en los alrededores de Quito sobrevivieran la manufacturación tradicional de tapices, mantas, ruanas (ponchos) y guantes. Sin embargo, más allá de estos casos, la industria colombiana entró en un período de crisis que afectó, en particular, a los textiles de Socorro y a la industria de la lana en Boyacá. [70] Y la supervivencia de la alcabala difícilmente mejoró las condiciones del mercado para las manufacturas nacionales. El resultado fue que las importaciones crecieron todavía más, mientras

que las exportaciones continuaron limitadas al oro y la plata neogranadinas, en cantidades moderadas, y a un reducido comercio de productos agrícolas, en especial, cacao, tabaco y café. La exportación ilegal de metales preciosos y los préstamos extranjeros permitían salvar en cierta medida el desequilibrio comercial, pero éstos últimos fueron obtenidos en condiciones adversas, se emplearon mal y se pagaron aún peor. Esto, al final, condujo a que las importaciones se redujeran y limitaran en un proceso natural.

En estas condiciones, no es de extrañar que hubiera cierta reacción en contra del temprano optimismo de quienes defendían el libre comercio y a favor de las ideas de protección e intervención estatal, algo que puede apreciarse en el pensamiento económico de Juan García del Río y José Rafael Revenga, si bien el proteccionismo en sí mismo no podía hacer gran cosa por Colombia, a menos que se consiguiera aumentar el consumo y hubiera un mejoramiento de la mano de obra, la inversión de capital y la técnica. Revenga, el economista más cercano a Bolívar, atribuía la decadencia de la industria venezolana a lo que consideraba «la abundante introducción de muchos artículos que antes eran la ocupación de familias pobres … por ejemplo, el jabón extranjero ha puesto ya término a las jabonerías que antes teníamos en el interior, y ya recibimos del extranjero aun las velas que se menudean a ocho el real, y aun pabilo para las pocas que todavía se hagan en nuestra tierra … Es sabido que mientras más fiamos al extranjero el remedio de nuestras necesidades, más disminuimos nuestra independencia nacional, y nosotros le fiamos ahora aun el de las diarias y más urgentes». Revenga pensaba que Venezuela no estaba en una situación que le permitiera industrializarse: «Nuestro país es exclusivamente agricultor, será minero antes que fabricante, pero ha de propenderse a disminuir la dependencia en que está del extranjero». [71] Bolívar no ignoraba el argumento proteccionista tal como lo exponían Páez en Venezuela, los manufactureros en Nueva Granada y la industria textil en Ecuador. Y hasta cierto punto respondió a sus inquietudes. La tendencia de su política arancelaria, por ejemplo, consistió en imponer gravámenes cada vez más altos a las importaciones, aunque el objetivo de éstos no sólo era proteger la producción local, sino también aumentar las rentas públicas. En 1829, además, se prohibió la importación de ciertos textiles

extranjeros.

Sin embargo, en el pensamiento bolivariano había pocos indicios de esa reacción nacionalista a la penetración extranjera que se manifestó en generaciones posteriores. Bolívar rechazó el monopolio económico español, pero dio la bienvenida a los extranjeros que suscribían el libre mercado, proveían a Hispanoamérica de los bienes manufacturados y las habilidades empresariales que tanto necesitaba, y que adquirieron un interés especial en la protección de la independencia. Bolívar deseaba la protección británica pero también la temía, buscaba la dependencia pero también le tenía pavor. Con una alianza con Gran Bretaña las nuevas repúblicas podrían sobrevivir, sin ella perecerían. Si aceptaban el dominio británico, sostenía, podrían desarrollarse y fortalecerse para luego librarse de él. «Liguémonos de alma y cuerpo a los ingleses, para conservar siquiera las formas y las ventajas de un gobierno legal y civil, pues el de la Santa Alianza no es sino un gobierno conquistador y militar»[72]. Su lenguaje se volvió incluso más deferente. «La alianza con la Gran Bretaña —escribió—, es una victoria en política más grande que la de Ayacucho, y si la realizamos, diga Vd. que nuestra dicha es eterna. Es incalculable la cadena de bienes que va a caer sobre Colombia si nos ligamos con la Señora del Universo»[73]. En el contexto de la época, tenía sentido, por supuesto, que un Estado joven y débil buscara un protector (y un protector liberal) contra la Santa Alianza, en especial cuando la propia Gran Bretaña no tenía pretensiones políticas en Hispanoamérica. Pero, aunque expresada en términos políticos, la dependencia también podía tener una aplicación económica.

Bolívar estaba dispuesto a promover una mayor presencia económica de Gran Bretaña en Latinoamérica, mayor incluso de lo que generaciones posteriores hubieran considerado aceptable: «Yo he vendido aquí [Perú] las minas por dos millones y medio de pesos, y aún creo sacar mucho más de otros arbitrios, y he indicado al gobierno del Perú que venda en Inglaterra todas sus minas, todas sus tierras y propiedades y todos los demás arbitrios del gobierno, por su deuda nacional, que no baja de veinte millones».[74] La participación británica en las economías de la postindependencia, se consideraba, era esencial y resultaría beneficiosa para ambos lados.

La alternativa, en opinión de Bolívar, era el aislamiento y el estancamiento. Esto no quiere decir que fuera complaciente. Ciertamente veía los defectos de la economía venezolana y lamentaba la incipiente tendencia hacia el monocultivo. Creía necesario diversificar la producción y ampliar el abanico de las exportaciones. Venezuela, sostenía, dependía demasiado del café, cuyo precio descendió de modo inexorable a lo largo de la década de 1820 para, según él, no volver a subir; había por tanto que sustituirlo por productos más vendibles como el añil y el algodón. «Si no variamos de medios comerciales, pereceremos dentro de poco», concluía. [75] Bolívar aceptaba la tendencia a las exportaciones primarias y simplemente buscaba conseguir que produjeran mejores resultados. Había un lugar para Hispanoamérica en la era de la revolución industrial, aunque éste era necesariamente un lugar subordinado como exportador de materias primas a cambio de bienes manufacturados, un papel que podía desempeñar de forma adecuada de acuerdo con su nivel de desarrollo. Las conclusiones del cónsul general de Gran Bretaña en Lima, a quien Bolívar conoció, eran desalentadoras pero realistas:

> En Perú hay un llamado especial a fomentar las relaciones comerciales con los extranjeros; el país no tiene manufacturas de mayor trascendencia; no será probable contar con ninguna dirigida por los nativos durante muchos años, pues no cuentan con ninguno de los materiales esenciales para establecerlas, ni es deseable promoverlas. Por tanto, la introducción de todo tipo de manufacturas extranjeras es particularmente importante; la población en general es demasiado pobre para comprar mercancías a altos precios; el comercio justo será el medio seguro para que los consigan a bajo costo. [76]

El fragmento era un compendio de la teoría clásica del libre comercio. Bolívar podría haberlo escrito.

Capítulo 8

AMOR Y GUERRA EN LOS ANDES

Barreras montañosas

Los siguientes dos años, 1822-1824, serían críticos para Bolívar y supondrían la realización o el fracaso de sus sueños. Estaba decidido a llevar la revolución al sur, a Perú. Esta, creía, era su misión, el imán que lo atraía. Después de la victoria de Carabobo, Santander había publicado una proclama en la que describía a Bolívar como el «hijo predilecto de la gloria».[1] Un elogio generoso, «muy elegante» como reconoció Bolívar, quien ya imaginaba su futuro en el sur: «Pero cuidado, amigo, que me tenga usted adelante cuatro o cinco mil hombres, para que el Perú me dé dos hermanas de Boyacá y Carabobo. No iré, si la gloria no me ha de seguir, porque ya estoy en el caso de perder el camino de la vida o de seguir el de la gloria. El fruto de once años no lo quiero perder con una afrenta, ni quiero que San Martín me vea, si no es como corresponde al hijo predilecto.[2] Desde entonces la estrategia que había concebido había experimentado varios cambios y, a comienzos de 1822 todavía no había terminado de decidir cuál sería su ruta.

Originalmente, Bolívar había planeado liberar Panamá después de Venezuela y a continuación seguir hacia el sur por mar hasta Guayaquil. Sin embargo, tras la liberación de Cartagena, Panamá realizó su propia revolución incruenta y declaró su independencia el 28 de noviembre de 1821. Pero la principal razón detrás de la decisión de Bolívar de avanzar directamente hacia el sur era el temor de que San Martín pudiera llegar antes a Ecuador y lo

reclamara para Perú. Guayaquil se había alzado el 9 de octubre de 1820, cuando se conspiró contra las autoridades españolas y se creó una junta revolucionaria. La Ley Fundamental de Colombia (del 17 de diciembre de 1819) había declarado que Quito formaba parte de Colombia. Según el principio del *uti possidetis*, de acuerdo con el cual los nuevos Estados heredaban las fronteras administrativas de la colonia, esto era correcto, pues la presidencia de Quito había estado sometida al virrey de Nueva Granada desde 1740. No obstante, la ley no era la única arma: «El principal objeto de Bolívar era hacer que Guayaquil, de grado o por fuerza, reconociese el gobierno de Colombia». [3] A comienzos de 1821, Bolívar envió al general Sucre a Guayaquil con un millar de hombres para apoyar la revolución contra las fuerzas realistas al mando del general Melchor Aymerich y ganar el resto de Ecuador para Colombia. [4]

En el sur, Sucre se vio atrapado en un laberinto político, con su avance entorpecido no sólo por los realistas, que habían cortado la carretera hacia Quito, sino también por las facciones enfrentadas entre sí dentro de Guayaquil, dividida entre las que querían la independencia tanto de Colombia como de España y las que exigían la unión con Perú. Pero si Sucre necesitaba a los insurgentes de Guayaquil, éstos necesitaban a Sucre y a Colombia; por tanto, en mayo de 1821 se firmó una alianza sin aludir al estatus de Guayaquil. Sucre pudo entonces defender la costa y quizá pensar en avanzar hacia el interior: hábilmente consiguió rechazar un ataque realista sobre dos flancos procedente de Quito, al derrotar a una división y obligar a la otra a retroceder. No obstante, todavía carecía de la fuerza necesaria para abrirse paso a través de las montañas hasta Quito y un intento imprudente de hacerlo estuvo a punto de convertirse en un desastre; en esta situación aceptó con gusto un armisticio en noviembre de 1821. Protegido al oeste por la cordillera, Quito también era inexpugnable desde el norte, donde enclaves realistas cerraban el paso a las fuerzas revolucionarias.

Bolívar salió de Bogotá el 13 de diciembre de 1821 y avanzó hacia el sur decidido a entran en esta fortaleza. Su plan original era embarcarse en el puerto de Buenaventura, sobre el Pacífico, con dos mil de sus mejores hombres para asumir personalmente el mando en Guayaquil y atacar el interior desde allí. Sin embargo, la noticia de que dos fragatas españolas patrullaban esas aguas en un

momento en que la república no contaba en el Pacífico con una fuerza naval que le permitiera proteger sus embarcaciones, le hizo abandonar esta idea. En lugar de ello, decidió trasladar su cuartel general de Cali a Popayán y atacar Quilo desde el norte, mientras que Sucre dirigía una segunda línea de estrategia desde la costa. En el camino de Bolívar por la cordillera se cruzaba la provincia de Pasto, con sus creencias católicas y conservadoras mantenidas intactas por su aislamiento, su fidelidad a la corona tan impenetrable como sus montañas y su odio hacia el republicanismo fomentado por un obispo enfurecido. [5] Así como los criollos de la ciudad consideraban que era más probable obtener el poder que querían de la monarquía que de la república, los indios de las montañas de los alrededores confiaban más en los funcionarios coloniales, a los que ya conocían, que en los desconocidos recién llegados. [6]

El acercamiento a esta frontera de la revolución no fue favorable y la división La Guardia tuvo que superar el obstáculo que representaba el entorno antes de enfrentarse al enemigo. Las tropas de Bolívar ya habían marchado, y algunas se habían desplazado desde lugares tan alejados como Valencia. De camino a Popayán habían recorrido planicies y páramos y atravesado desfiladeros y gargantas en condiciones climáticas de contrastes severos, y habían llegado tambaleándose, más vivos que muertos, y diezmados gravemente por las enfermedades y la deserción. A principios de marzo, sólo tres mil hombres tenían fuerzas suficientes para continuar y dejaron Popayán para emprender un recorrido de pesadilla por los yermos del Patía, una zona calurosa, inhóspita y pestilente, infestada de guerrillas descendientes de esclavos fugitivos y bandidos mulatos de épocas coloniales, antes de llegar a Taminango y luego a los accidentados acantilados y las violentas corrientes del río Juanambú. En ese punto Bolívar sólo contaba ya con dos mil hombres. Y era posible que Pasto fuera aún peor. Pero ¿acaso había forma de evitar la ciudad? En las altas montañas de los Andes, en un paisaje agreste en el que los páramos abiertos se entrecruzaban con barrancos profundos, el camino a través de la meseta pastusa era la única ruta de Popayán a Quito.

Bolívar temía el encuentro. Halló al ejército español, a la Iglesia y al pueblo alineados en su contra, y pospuso cualquier acción.

Primero intentó ganar para su causa al obispo de Popayán, Salvador Jiménez, «un hombre muy político», que tenía bastante influencia sobre las mentes de la gente; Bolívar sostuvo que la suposición imperante según la cual el conflicto enfrentaba a una república antirreligiosa contra una monarquía católica había dejado de ser válida, y que mientras en España la revolución liberal dañaba a la religión, en América los obispos ya estaban aceptando la causa republicana. «Todo ha cambiado y V.S.I., mismo debe haber cambiado». [7] Sin embargo, el obispo no estaba dispuesto a convertirse. Después de ello, Bolívar consiguió que un Santander servicial le enviara unos documentos falsos en los que se afirmaba que España había reconocido la independencia de Colombia; después de tramar un complicado proceso para el engaño, presentó «estas mentiras», como él mismo las denominaba, al comandante español de Pasto para convencerlo de que debía renunciar al combate. [8] El español, sin embargo, no cayó en la trampa. Un llamamiento directo a los pastusos no resultó más fructífero. «Ninguna ofensa recibiréis de nosotros; os trataremos como amigos, os veremos como hermanos … Ningún pastuso debe temer ni remotamente, castigo ni venganza», les dijo. [9] Pero ellos se negaron a hablar de paz.

El combate era la única opción, pues retirarse habría significado reconocer la derrota. El 7 de abril, Bolívar decidió atacar la posición de los realistas en lo alto de la quebrada de Cariaco, enviando un batallón de su infantería tras otro al encuentro de una feroz resistencia; el batallón Rifles, una unidad británica que había estado peleando para Bolívar desde 1818, estuvo en el centro de la lucha, avanzando hacia adelante con cargas de bayonetas, y por su heroísmo recibió la distinción de «primero de la guardia». Gracias a su persistencia se logró desalojar al enemigo, pero los costos en términos de muertos (116) y heridos (341) fueron terribles, según los cálculos del mismo ejército libertador. Bolívar describió la ocasión como «un triunfo muy glorioso», pero la «victoria» de Bomboná fue en realidad una extravagancia, en la que la vida se consideró menos valiosa que la gloria, y lo mejor que se puede decir de la campaña de Pasto es que dividió el esfuerzo bélico de los españoles en un momento en el que Sucre finalmente estaba realizando algunos progresos en su camino hacia Quito. [10] La

propia salud de Bolívar se había visto afectada durante la campaña y sus hombres tuvieron que llevárselo en una litera. Decidió volver a cruzar el Juanambú y esperar refuerzos en Popayán.

A finales de mayo, Bolívar había logrado vencer a dos de las fuerzas que se le oponían, la militar y la clerical, pero seguía sin ser capaz de ganarse las mentes del pueblo. Por este motivo, buscó con insistencia el apoyo del obispo de Popayán, a quien pidió que no emigrara ni abandonara a su rebaño en el país: «el gobierno de Colombia suplica a V.S.I. que sea uno de sus conductores en la carrera del cielo».[11] El comandante español negoció una capitulación que eximía a Pasto de impuestos y del tener que prestar servicio militar, y se confirmó a los funcionarios en sus cargos. El acuerdo también incluyó a los indígenas, aunque éstos replicaron que lo único que querían era limitarse a seguir pagando el tributo.

Entre tanto, Sucre, cuyas fuerzas se habían reforzado con la llegada de una división procedente de Perú al mando del coronel Andrés Santa Cruz, cruzó con su ejército la cordillera en abril de 1822. Fue una ardua travesía por tierras de volcanes hasta acercarse a Quito, situada a más de dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar. En lugar de atacar desde el sur como se esperaba, rebasó al enemigo por la izquierda y tomó posiciones con sus tropas al norte de la ciudad, tomando por sorpresa a los españoles, y, el 24 de mayo de 1822, sus tropas colombianas, apoyadas por el batallón Albión, «con la bizarría que siempre ha distinguido a este cuerpo», derrotaron a los españoles en las faldas del monte Pichincha, «su extinguido volcán cubierto de nieves eternas». La batalla de Pichincha, la tercera gran victoria de la revolución al norte de Suramérica, se ganó gracias a una táctica inteligente y una ejecución magnífica, y se saldó con la muerte de doscientos hombres del ejército revolucionario frente a las cuatrocientas bajas del enemigo y la posterior captura de más de dos mil prisioneros.[12]

Mientras Sucre entraba en Quito para aceptar la rendición del general Aymerich y recibir la aclamación del pueblo, Pasto se sometía a regañadientes ante Bolívar. El Libertador buscó por todos los medios dejar en claro que «la capitulación de Pasto es una obra extraordinariamente afortunada para nosotros, porque estos

hombres son los más tenaces, más obstinados y lo peor es que su país es una cadena de precipicios donde no se puede dar un paso sin derrocarse». Los pastusos se habían vuelto contra los suyos por haberse rendido, habían disparado al obispo, atacado al comandante español y desafiado a los colombianos a pasar «por encima de sus cadáveres». La tensión a su alrededor era palpable, y Bolívar se adelantaba a responder una pregunta que aún no había sido formulada: ¿Bomboná había ayudado a Sucre o Pichincha había ayudado a Bolívar? Su inquietud era comprensible, pues le había correspondido la más difícil y menos glamurosa de las dos batallas, pero expuso su argumento de forma demasiado grosera con la infeliz insinuación de que Sucre tenía suficiente gloria, y a la vez sin desvirtuar la suya: «Sucre tenía mayor número de tropas que yo y menor número de enemigos: el país le era muy favorable por sus habitantes y por la naturaleza del terreno, y, nosotros, por el contrario, estábamos en el infierno lidiando con los demonios. La victoria de Bomboná es mucho más bella que la de Pichincha. La pérdida de ambos ha sido igual y el carácter de los jefes enemigos muy desigual. El general Sucre, el día de la acción, no sacó más ventajas que yo, y su capitulación no le ha dado mucha más ventaja que a mí, porque, a decir verdad, nosotros hemos tomado el baluarte del sur y él se ha cogido la copia de nuestras conquistas». [13] Bolívar partió de Pasto el 8 de junio y marchó en dirección sur rumbo a Quito por las tierras de las comunidades indígenas. Sin embargo, dejaba detrás de sí a un pueblo más realista que el rey, y del que volvería a tener noticias.

El 15 de junio de 1822, el Libertador entró en Quito, una ciudad de blancos y mestizos en medio de una región indígena. Vestido de uniforme y montado en Pastor, su caballo blanco, Bolívar se veía espléndido y estaba preparado para recibir los vítores de la multitud. En una ceremonia con la que para entonces ya estaba familiarizado, doce muchachas jóvenes les coronaron a él y a Sucre, mientras que otra admiradora que lo contemplaba desde su balcón le arrojó la corona de laurel que ella misma había hecho. Ésta fue la primera vez que Bolívar vio a Manuela Sáenz; volvería a hacerlo más tarde ese mismo día, en el baile que ofrecieron en su honor, ocasión en la que la pareja bailó sin parar durante toda la noche. No obstante, el Libertador tenía más cosas en las que pensar. Tras

dejar como presidente del nuevo departamento de Quito a un Sucre nada contento tenía que concentrarse en Guayaquil, uno de los problemas más difíciles de manejar de su carrera y causa de una creciente tensión entre Colombia y Perú. Previendo las dificultades que podía plantear la junta independiente, Bolívar tomó la precaución de enviar tropas a Guayaquil al mando de Salom. Y a comienzos de julio viajó allí en persona. Al avanzar en dirección sur desde Quito por un paisaje alternativamente austero y exuberante, Bolívar apreció los poblados de los indígenas y los conos formados por los volcanes y contempló maravillado el Chimborazo; el monte, helado por fuera y ardiente por dentro, le robó el alma como lo habían hecho las mujeres de Ecuador.

Siguiendo los pasos de La Condamine y Humboldt, Bolívar subió a la montaña de 6.267 metros, donde experimentó una extraña transformación de carácter espiritual: de pie en lo alto del mundo, vio una aparición que le enseñó la historia del pasado y los pensamientos del destino. Poseído por el dios de Colombia, el Libertador estuvo sumido en este delirio, hasta que la poderosa voz de Colombia lo despertó. Luego, en un estado de hiperconciencia, describió la experiencia en *Mi delirio sobre el Chimborazo*, un documento en apariencia tardío y publicado póstumamente. ¿Es cierta esta historia? ¿Es el texto un relato auténtico de un hecho real? ¿O se trata en cambio de un ejercicio de ficción literaria realizado por el mismo Bolívar? ¿O de una metáfora sobre la transfiguración del nuevo salvador sobre una montaña americana, inventada por un devoto temprano del culto de Bolívar? La mayoría de los estudiosos bolivarianos consideran la composición auténtica. Para algunos es una revelación del verdadero Bolívar. Con todo, el escrito continúa siendo un misterio, y la ausencia de testimonios que corroboren su autenticidad y de referencias contemporáneas invita a adoptar un posición agnóstica al respecto. **[14]**

LA CONFERENCIA DE GUAYAQUIL

Guayaquil, independizada ahora del enemigo, era el foco de atención de sus amigos. ¿A cuál de sus vecinos más grandes pertenecía? San Martín quería que formara parte de Perú, aunque reconocía que la provincia tenía derecho a decidir su futuro

político. Bolívar la reclamaba para Colombia basándose en el hecho de que la presidencia de Quito había pertenecido al virreinato de la Nueva Granada, y no consideraba que ésta fuera una cuestión que pudiera negociarse. Había dejado en claro su posición de forma rotunda en enero de 1822, cuando abandonó su plan de llegar a Quito a través de Guayaquil pero no la idea de que Colombia tenía soberanía sobre ésta. «V.E. debe saber —le escribió al presidente de Guayaquil—, que Guayaquil es complemento del territorio de Colombia, que una provincia no tiene derecho a separarse de una asociación a que pertenece». [15] Colombia quería a Quito, y Quito necesitaba a Guayaquil; en términos económicos el altiplano no tenía otra salida al mar. Bolívar precisó de todas sus dotes para la manipulación al tratar con los políticos de miras estrechas de Guayaquil, que estaban divididos en tres facciones según fueran partidarios de la independencia, de la unión con Perú o de la unión con Colombia, pero también les habló con franqueza, apelando a la necesidad de salvar a Guayaquil del gobierno de la turba: «Sólo vosotros os veíais reducidos a la situación más falsa, más ambigua, más absurda, para la política como para la guerra. Vuestra posición era un fenómeno que estaba amenazando la anarquía, pero yo he venido, guayaquileños, a traeros el arca de salvación». Y el 13 de julio decretó de manera formal la incorporación de Guayaquil a Colombia, posteriormente confirmada por el «voto» de los guayaquileños. [16] Asumiendo él mismo el gobierno civil y militar de la provincia, Bolívar se dispuso a esperar la llegada de San Martín.

San Martín era cinco años mayor que Bolívar y procedía de un entorno distinto. [17] Hijo de españoles, había nacido el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, en Misiones, la remota provincia del Río de la Plata en la que su padre, un oficial militar, trabajaba para la administración colonial, y durante veintidós años había estado en las filas del ejército español, los tres últimos en servicio activo en la guerra de independencia española, lo que le aportó una combinación de talentos única entre los libertadores: a su pericia militar como estratega y táctico, se sumaba un conocimiento de las ideas ilustradas y una autoridad derivada del hecho de haber participado en algunos de los acontecimientos cruciales de la historia moderna. Con todo, San Martín era americano de

nacimiento y en 1812 regresó a Buenos Aires para unirse a quienes combatían contra España, y, al cabo de unos pocos años, consiguió aportar a la lucha una nueva estrategia. Ésta se basaba en la tesis de que la revolución suramericana no podía estar segura hasta que el corazón del poder español en Perú no fuera destruido y que, en vista de que Perú no podía invadirse directamente por tierra desde Argentina, era necesario atravesar los Andes hasta llegar a Chile, para luego subir por el Pacífico e invadir Perú por vía marítima. Su Plan Continental consistía en establecer una base en Mendoza, cruzar los Andes, derrotar a los españoles en Chile y enviar después una expedición para la emancipación de Perú. Y lo ejecutó con un genio para la organización y la planificación que quizá sólo Bolívar podía igualar. Llegó a Perú para librar una guerra no de conquista, sino de ideas, una guerra cuyo objetivo eran los corazones y las mentes de los peruanos. Los acontecimientos parecieron validar su tesis de una revolución sin guerra. Lima y las costas peruanas se unieron a su causa, y el 28 de julio de 1821 se proclamó la independencia del país. Durante el siguiente año, San Martín gobernó como Protector, pero no sobre todo Perú. En la sierra había un ejército realista poderoso, y pronto los peruanos empezaron a luchar entre sí.

La oposición política a San Martín fue creciendo. Muchos odiaban a su socio más cercano, Bernardo de Monteagudo, representante de la línea dura contra los españoles. Monteagudo también había ejercido una influencia importante en las convicciones monárquicas del Protector, pero mientras éstas resultaban atractivas para algunos peruanos como el marqués de Torre Tagle, también le habían granjeado la enemistad de muchos otros. El ala liberal de la política peruana no había estado a la cabeza del movimiento independentista, pero ahora buscaba el modo de imponer sus puntos de vista sobre el Estado independiente. Al mismo tiempo que frustraron los planes políticos de San Martín, los peruanos le negaron la ayuda militar que necesitaba para terminar la guerra; de hecho, les molestaba su ejército inutilizado y la carga financiera que éste suponía. Y las fuerzas del virreinato continuaban intactas. ¿Cómo podía escapar San Martín de este punto muerto? ¿Cómo podía resolver sus problemas políticos y poner fin al callejón sin salida militar en el que se encontraba? Tras

dejar a su aliado Torre Tagle al mando del gobierno civil, viajó a Guayaquil para entrevistarse con el libertador del norte. No obstante, intentar un acercamiento a Bolívar planteaba más problemas de los que resolvía. En ese momento, Bolívar estaba cerca de la cima de su carrera: como San Martín, había liberado algo más que su tierra natal y, aunque no sin problemas, tenía victorias recientes y un ejército triunfal a sus espaldas. San Martín, por su parte, era conscientes, de que su posición en Perú era débil. El territorio bajo su control no era suficiente, sus fuerzas parecían estar perdiendo la guerra y la obstinación de los españoles dificultaba las negociaciones. Esperar más ayuda por parte de los chilenos era imposible, y en Buenos Aires los dirigentes argentinos se mostraban abiertamente hostiles. Además, su visita a Bolívar suponía replantear todo el fundamento de la colaboración militar; exacerbó la cuestión de monarquía *versus* república e introdujo un nuevo problema, el estatus de Guayaquil.

Guayaquil era una base naval, un centro de construcción de embarcaciones y un puerto importante. Tanto en términos estratégicos como comerciales, resultaba indispensable para la revolución. A finales de 1821, San Martín tenía cierto poder de negociación, pues el avance de Bolívar hacia Quito se había visto interrumpido y Sucre había necesitado de la ayuda de la división proporcionada por San Martín al mando del coronel Andrés Santa Cruz. Sin embargo. Bolívar continuaba tratando a Guayaquil como suya, y después de la decisiva victoria de Pichincha en mayo de 1822, que había conseguido ganar Quito para la revolución del norte, había entrado en Guayaquil personalmente acompañado de su ejército. Por tanto, llegaba a la entrevista con San Martín en una posición más fuerte y no le permitió olvidar este hecho. En la euforia que siguió a la batalla de Carabobo, Bolívar había ofrecido su colaboración al libertador del sur con una observación ambigua: «¡Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú!». **[18]**

Ahora, en junio de 1822, se proponía corresponder a la ayuda militar que le había proporcionado San Martín con «aún más fuertes auxilios al Gobierno del Perú», y manifestó que estaba dispuesto a dirigir hasta allí a su ejército. Sin embargo, al tratar el estatus de Guayaquil había acero en su voz. Bolívar dijo al Protector que las

decisiones sobre la soberanía nacional no eran asunto que correspondiera a una parte de la nación, sino al pueblo en su conjunto: «No es el interés de una pequeña provincia lo que puede turbar la marcha majestuosa de América». [19] San Martín aceptó su oferta de ayuda: «el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V.E., a fin de acelerar la campaña y poner término a la guerra del Perú». [20] Fue después de este intercambio epistolar que el Protector viajó al norte. Para entonces su posición se había desgastado. Había perdido terreno en Perú y necesitaba más de Bolívar que Bolívar de él. San Martín buscaba tres cosas: la anexión de Guayaquil a Perú, la colaboración de tropas colombianas para reforzar su ejército y derrotar a los españoles y la aceptación de una constitución monárquica para los nuevos Estados. A medida que se acercaba a Guayaquil debió de haberle resultado obvio que si bien él era el que proponía, Bolívar era quien disponía. La mañana del 26 de julio, cuando su barco llegó al puerto, Bolívar se sintió en un primer momento sorprendido, pero luego acudió a su encuentro y le abrazó, éste fue el comienzo de dos días de amistad pública.

Los encuentros entre ambos libertadores tuvieron lugar el 26 y el 27 de julio en privado, sin la presencia de terceros. [21] La versión bolivariana de lo ocurrido tuvo como fuente al mismo Bolívar. [22] Según ésta la discusión se limitó a tratar temas políticos, San Martín no puso en cuestión el estatus de Guayaquil ni solicitó ayuda militar y tampoco intentó que Bolívar respaldara el establecimiento de una monarquía en Perú. Según los partidarios de San Martín, el Protector necesitaba el apoyo del ejército bolivariano para acabar por completo con los realistas en Perú y, para conseguirlo, se ofreció a servir bajo sus órdenes. El que Bolívar se hubiera apoderado de Guayaquil desilusionó profundamente a San Martín, pero éste era también lo bastante realista como para entender que no había nada que pudiera hacer contra la ocupación colombiana. Bolívar también dejó claro que se oponía al establecimiento de una monarquía europea en América. De este modo, los objetivos fundamentales de San Martín se vieron reducidos a uno solo: garantizar el respaldo militar de Bolívar, bien fuera mediante la creación de una fuerza militar más grande o de un ejército al mando de Bolívar mismo. Sin embargo, Bolívar

rechazó estas propuestas. Estaba dispuesto a aportar refuerzos, pero no a comprometer a todo su ejército, pues lo necesitaba para garantizar la seguridad interna de Colombia. Consideraba que tanto el ofrecimiento como la solicitud eran excesivos y tenía sería dudas de que San Martín pudiera cumplir con su parte de su propuesta. ¿Estaría de verdad dispuesto a aceptar órdenes de un hombre más joven que él? Y, por otro lado, ¿admitiría su ejército un acuerdo semejante? Además, Bolívar pensaba que las medidas militares de San Martín eran poco prácticas y vacilantes, de manera que sus conversaciones resultaron infructuosas.

Al final de sus reuniones, Guayaquil ofreció un baile en honor de San Martín. Mientras Bolívar exhibía su talento en la sala de baile, San Martín se mantuvo apartado; hacia las dos de la mañana regresó a su nave para aprovechar la marea en compañía de Bolívar, que le regaló un retrato suyo. [23] Mas allá de estas cortesías, San Martín partió de Guayaquil desilusionado, convencido de que o bien Bolívar dudaba de la sinceridad de su oferta o se sentía incómodo por su presencia en la revolución. [24] Pensaba que Bolívar era superficial, vano y ambicioso, un individuo dominado por la «la pasión de mandar». [25] No obstante, fue lo suficientemente honesto para reconocer que era el hombre indicado para ganar la guerra, alguien capaz de aplastar a quien se cruzara en su camino, no sólo a los españoles, sino también, de ser necesario, a San Martín mismo.

El líder de la revolución del sur decidió retirarse y dejar el camino abierto para que Bolívar conquistara Perú para la independencia. Como dijo a su amigo Tomás Guido: «Bolívar y yo no cabemos en el Perú». [26] Confirmó su decisión al regresar allí y descubrir que su posición era todavía menos firme, que su influencia sobre la clase gobernante peruana se había reducido y que incluso en su propio ejército su autoridad se había debilitado. El 20 de septiembre renunció a su mando. Esa misma noche abandonó Lima y al día siguiente zarpó hacia Chile, y más tarde a Europa, donde se exiliaría hasta su muerte en 1850. Fue generoso en la derrota. Era consciente de que Perú únicamente sería liberado con ayuda externa y de que sólo Bolívar podía hacerlo. En 1826, cuando la liberación de Perú fue completa, escribió que «los sucesos que yo he obtenido en la guerra de independencia son bien

subalternos en comparación de los que dicho general [Bolívar] ha prestado a la causa general de América». [27]

La conferencia de Guayaquil, en la que Bolívar le había asegurado a San Martín que podía contribuir al bien de Suramérica, fue menos dramática para el Libertador que para el Protector. [28] Informó de su encuentro a Santander de forma más bien displicente: «no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos». San Martín «no me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia». No era un demócrata, sino un partidario de una monarquía importada de Europa. «Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a Vd. le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas». Dos desaires por el precio de uno. Bolívar estaba satisfecho con su éxito. «Ya no me falta más, mi querido amigo, si no es poner a salvo el tesoro de mi prosperidad, escondiéndolo en un retiro profundo, para que nadie me lo pueda robar» [29] .

La defensa de la revolución

Victorioso en tres campañas, libertador de tres países, presidente legal de Colombia y dictador de facto de Guayaquil, Bolívar tenía todas las cartas en la mano; el futuro era suyo tanto en el sur como en el norte. Durante el año siguiente permaneció en Ecuador, esperando y descansando, aunque los momentos de auténtico descanso fueron pocos. En septiembre de 1822 dejó Guayaquil en las capacitadas manos del general Salom para visitar las provincias de Cuenca y Loja. Las noticias que llegaban de Perú no eran buenas. El nuevo gobernador rechazó el ofrecimiento de ayuda de Bolívar y le hizo tan difícil la vida a las tropas colombianas que el Libertador había enviado al país que éstas se retiraron. Ecuador tenía un vecino difícil al sur y necesitaba protección; además, todavía no había desarrollado una identidad independiente y sus militares y burócratas estaban exigiendo que se les pagara. El presupuesto del nuevo Estado ya constituía un dolor de cabeza para Bolívar, y otro tanto puede decirse de la política local: «Pasto, Quito, Cuenca y Guayaquil son cuatro potencias enemigas unas de otras, y todas queriéndose dominar sin tener fuerza ninguna con qué poderse

mantener, porque las pasiones interiores les despedazan su propio seno».[30] Agobiado por estas preocupaciones inmediatas, sentía que el sur le necesitaba y se opuso a volver a casa. «Yo pertenezco ahora a la familia de Colombia y no a la familia de Bolívar; ya no soy de Caracas sola, soy de toda la nación … Los pueblos del sur de Colombia tienen a su espalda al Perú, que los pretende ganar por seducción; al ejército real, que pretende conquistarlo por la fuerza»[31]. No estaba dispuesto a abandonar el sur a sus enemigos internos y externos.

Mientras se encontraba en Loja le llegaron noticias de que en Pasto se había producido una levantamiento. Un oficial español, Benito Boves, sobrino del infame José Tomás Boves, había escapado de Quito y, en alianza con Agustín Agualongo, un militar indígena partidario de la monarquía, había convertido la zona entre los ríos Guáitara y Juanambú en un escenario de rebelión y desorden. Bolívar ordenó a Sucre que fuera allí con la tropa de la guarnición de Quito. Le acompañó José María Córdova, un joven oficial colombiano que había ido adquiriendo algún renombre durante las guerras de independencia, pero cuya valentía se veía lastrada por un temperamento incontrolable y caprichoso y algo más que brotes de crueldad, pese a lo cual parecía disfrutar del beneplácito del Libertador, que pasó por alto sus demostraciones de violencia anteriores y lo promovió en Pasto a general de brigada.[32] La primera acción de Sucre fracasó y necesitó refuerzos antes de conseguir capturar la posición de los rebeldes en Taindala y cambiar el rumbo del enfrentamiento. Después de ello pudo avanzar, sorprender a Boves en Yacuanquer y vencer de forma aplastante a las fuerzas rebeldes. Al día siguiente exigieron la rendición de la ciudad, pero los pastusos se negaron a aceptar la derrota y se mantuvieron en sus trece hasta que finalmente terminaron por rendirse. Boves consiguió huir de la carnicería y de la matanza indiscriminada de soldados y civiles que siguió a la derrota. Agualongo continuó la resistencia y sus guerrillas indígenas constituirían un desafió a la república hasta que éste fue capturado y fusilado en 1824.[33] Sin embargo, Bolívar volvería a tener noticias de Pasto.

Después de una estadía en Ibarra, el Libertador llegó a Pasto el 2 de enero de 1823 para silenciar a un pueblo obstinado. Bolívar fue

muy claro. Todos los habitantes, excepto dos que habían sido obligados a huir, habían abrazado la insurrección y serían castigados con la confiscación de sus propiedades, que serían redistribuidas entre los oficiales y soldados de las fuerzas de ocupación. [34] Ordenó al general Salom que reclutara en el ejército a todos los ciudadanos de Pasto que se hubieran alzado en armas contra la república, nombró al coronel Juan José Flores gobernador de la provincia y regresó a Quito. Salom reunió a los habitantes en la plaza pública y los soldados arrestaron de inmediato a un millar de hombres, a los que se desterró de inmediato a Quito. Muchos perecieron en el camino, otros lo hicieron en prisión, pero todos continuaron odiando pertinazmente a Colombia y nunca se reconciliaron con la causa de la independencia. Las fuerzas de la república no habían conseguido pacificar a Pasto, y la ciudad, devastada y despoblada, había quedado lista para una nueva rebelión, con las guerrillas indígenas resistiendo aún en las montañas. Bolívar pensaba que la devoción de Pasto a la corona y la Iglesia no era simplemente un problema local, sino una herida abierta que podía volver a infectar a Colombia y conseguir el apoyo de los españoles en Perú. La independencia tenía que ser indivisible. Sin embargo, al cabo de seis meses, Pasto volvió a atormentarlo, y nuevos castigos resultaron necesarios, quinientos muertos en esta ocasión, pero incluso así los pastusos continuaron retándole a destruirlos.

Colombia misma todavía seguía siendo un motivo de preocupación para el Libertador, y su tendencia fatídica a la división y el federalismo continuó rechazando su idea de que los Estados grandes eran más eficaces que los pequeños. Había muchas combinaciones políticas. Algunos liberales eran centralistas y estaban convencidos de que para imponer el liberalismo se necesitaba un gobierno fuerte. Otros eran federalistas, porque creían que el federalismo era un sistema más democrático. Algunos conservadores querían que la autoridad del centro fuera máxima. Otros, en cambio, respaldaban los intereses regionales en contra del liberalismo santanderino de Bogotá. Bolívar era un caso aparte, era al mismo tiempo liberal, conservador y centralista. «Tenemos dos millones y medio de habitantes derramados en un dilatado desierto. Una parte es salvaje, otra esclava, los más son enemigos entre sí y

todos viciados por la superstición y el despotismo. ¡Hermoso contraste para oponerse a todas las naciones de la tierra! Ésta es nuestra situación; ésta es Colombia, y después la quieren dividir» [35]. No obstante, cuando Santander le pidió que regresara para restaurar la moral y lidiar con el congreso, Bolívar rechazó su petición: estaba en campaña y nada lo apartaría del camino de la gloria. «Bien lo puede usted decir así a todo el mundo de mi parte, añadiendo que yo no serviré la presidencia, sino en tanto que ejerzo las facultades ilimitadas que me concedió el congreso, porque estoy íntimamente convencido de que la República de Colombia no se gobierna con prosperidad y orden, sino con un poder absoluto … Para Colombia se necesita un ejército de ocupación para mantenerla en libertad» [36].

En el camino de Ibarra a Pasto Bolívar recibió terribles noticias sobre los asuntos del gobierno en Bogotá. Las autoridades municipales de Caracas habían protestado de manera formal contra la constitución, aduciendo que ésta no representaba los puntos de vista de los legisladores que el pueblo había elegido libremente. Cuando el gobierno central ordenó que quienes habían protestado fueran llevados a los tribunales, éstos declararon que no había cargos contra ellos. En ello había indicios de un partido opositor, interesado en minar el poder ejecutivo del centro; Santander le informó de estos hechos a su debido tiempo, señalando que las ideas de la facción de Caracas, que era como él denominaba a la oposición, habían conseguido penetrar en el congreso. Bolívar, que siempre estaba alerta ante cualquier amenaza federalista, reaccionó enérgicamente, manifestando que desaprobaba las ideas de los innovadores e instando al ejecutivo a impedir que los legisladores introdujeran cambios en las leyes fundamentales de Colombia. Y dejó claro al congreso que él mismo no toleraría ninguna revisión de la constitución: «La constitución de Colombia es sagrada por diez años, y no se violará impunemente mientras mi sangre corra por mis venas y estén a mis órdenes los libertadores». Veía a Colombia como su creación personal, el principal de sus logros, la fuente de su fortaleza militar. En una de sus cartas más memorables, dirigida a Santander, el Libertador realizó una notable reafirmación de sus principios políticos, recordando su historial de compromiso con la integridad y el bienestar de Colombia. «Mi política ha sido siempre

por la estabilidad, por la fuerza y por la verdadera libertad». Había explicado sus opiniones sobre el gobierno al congreso de Angostura, que las había aprobado en parte, como lo hizo también el congreso de Cúcuta; había jurado la constitución, que debía ser inalterable durante diez años, de hecho, por toda una generación, de acuerdo con el *Contrato Social* del «primer republicano del mundo», Rousseau.

> La soberanía del pueblo no es ilimitada, porque la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término. Esta doctrina es del apóstol constitucional del día. [BenthamJ ¿De dónde pueden creerse autorizados los representantes del pueblo a cambiar constantemente la organización social? ¿Cuál será entonces el fundamento de los derechos, de las propiedades, del honor, de la vida de los ciudadanos? Valdría más vivir bajo el feroz despotismo, pues al fin el sagrado del hombre tendría apoyo en el poder mismo que lo oprime … Yo declaro que mi resolución es separarme de Colombia antes de dar asenso a las leyes que aniquilen la obra maravillosa del ejército libertador. Suplico a V.E. presente al congreso general, oportunamente y cuando las circunstancias imperiosas lo exijan, mi protesta solemne de no reconocer durante mi presidencia acto ninguno del congreso que revoque, altere o modifique las leyes fundamentales de la República de Colombia. **[37]**

Bolívar ganó este asalto. Dada la franqueza con la que se había expresado, el congreso dio marcha atrás y, de hecho, le dio un voto de agradecimiento.
O’Leary
pensaba que en ese momento la influencia del Libertador en Colombia había llegado a su punto más alto: «¿A qué podría él haber aspirado entonces que no hubiera estado a su alcance?». Sin embargo, el resentimiento de la oposición y la determinación de Bolívar pondrían a prueba este poder en el futuro.

Manuela Sáenz

El año 1822 fue memorable para el Libertador, un año de arduas marchas, duras batallas, victorias grandiosas, paisajes

espectaculares, nuevas tierras y alarmas políticas motivadas por viejos adversarios. También fue el año en que conoció a dos importantes personajes: un héroe americano y una amante resplandeciente. San Martín pronto salió de su vida. La presencia de la mujer, en cambio, sería mucho más prolongada. Tras la muerte de su joven esposa, Bolívar no había vuelto a casarse, aunque había conocido bastantes mujeres.[38] En el caso de su pasión por Manuela Sáenz quizá puede hablarse, si no de amor a primera vista, si de uno que dio lugar a una relación duradera. Sin embargo, a comienzos del año, sus ojos, o al menos sus sentimientos, estaban dirigidos hacia otro lado, a una joven de Bogotá que en alguna ocasión lo había rechazado por otro soldado y que todavía se resistía a sus insinuaciones, «la melindrosa y más que melindrosa bella Bernardina», como él la llamaba y a quien le imploraba que le escribiera. «No pienso más que en ti y en cuanto tiene relación con tus atractivos. Lo que veo no es más que la imagen de lo que imagino. ¡Tú eres sola en el mundo para mí. Tú, ángel celeste, sola animas mis sentidos y deseos más vivos. Por ti espero tener aún dicha y placer, porque en ti está la que yo anhelo. Después de todas éstas y otras muchas cosas que no digo por modestia y discreción, no pienses que no te amo. ¡Escríbeme mucho; ya estoy cansado de hacerlo yo, y tú, ingrata no me escribes! Adiós. Tu enamorado»[39]. Sin embargo, al cabo de seis meses su pasión había tomado otro camino.

Manuela Sáenz no era simplemente una cara bonita que miraba pasar al Libertador desde su balcón en Quito. Hija de María Joaquina de Aizpuru, la amante americana de Simón Sáenz, un hombre de negocios español, perdió a su madre siendo aún muy joven y emergió de una educación conventual poco estricta convertida en una muchacha despierta e independiente, que sabía cabalgar y disparar y tenía cierta simpatía por las ideas revolucionarias. Pronto se convirtió en tema de rumores y leyendas, que la perseguirían durante el resto de su vida y que se convirtieron en trampas para los historiadores.[40] En 1817, a la edad de veinte años, se casó con un rico comerciante inglés, James Thorne, un hombre respetable pero aburrido y más de veinte años mayor que ella, a quien acompañó hasta la Lima realista, donde vivió de 1819 a 1820. Manuela era una mujer atractiva y de buen tipo, el epítome

de la belleza suramericana, con la cara ovalada, la tez blanca y el pelo largo y suelto. Hedonista e irreverente, fue una figura alegre en la sociedad limeña, amiga de la actriz Rosita Campuzano, de quien se decía era íntima del Protector, y estaba decidida a convertirse en una celebridad por derecho propio. Además, estaba comprometida con la revolución americana y, tras la independencia de Perú en 1821, también con la causa de San Martín. Sus servicios le fueron reconocidos con la condecoración «Caballeresa del Sol». Más entregada a los placeres de la vida y a la política que a su marido, regresó a Quito acompañada por su padre. Y allí, a la edad de veinticinco años, conoció a su héroe y se convirtió en su amiga, compañera y amante. La relación, que había comenzado en el baile con motivo de la victoria, sobrevivió a las separaciones, la distancia, las peleas y a sus propios temperamentos, igualmente apasionados, y entró para siempre en la historia bolivariana.

Sin embargo, para Bolívar, la relación había empezado, al igual que otras aventuras, como un divertimento tras una ardua campaña. Una conquista no era para él suficiente. Y al trasladarse a Guayaquil se sintió cautivado por las mujeres de la familia Garaycoa, en especial por Joaquina, quien le dio la bienvenida al hogar familiar llamándolo «el Glorioso» a lo que él correspondió refiriéndose a ella como «la Gloriosa», y en ocasiones como «amable loca» o «loca gloriosa». Bolívar tuvo con ella un romance, en el que la cubrió con sus cumplidos usuales al insistir en que era perfecto que le amara porque él lo hacía con devoción y ella vivía en su corazón. [41] Le escribió tanto cartas familiares como mensajes personales, en los que se presentaba como «el más ingrato de sus enamorados» y le decía que no debía sentir celos durante su ausencia, pues la muchachas de las montañas era tan recatadas que corrían al ver un soldado. En esta correspondecia describe así sus aposentos en Cuenca: «La iglesia se ha apoderado de mí: vivo en un oratorio, las monjas me mandan la comida, los canónigos me dan de refrescar, el *Te Deum* es mi canto y la oración mental mi sueño … Cuando Vds. me vuelvan a ver ya estaré angelicado». [42] Ella lo llama «mi caro y dulce amigo» y se muestra siempre ansiosa por saber de él. ¿Simple coqueteo o anhelo romántico?

Cuatro años más tarde. Bolívar todavía continúa en contacto con la familia Garaycoa, a través de una hermana casada, Manuela, que

le cuenta que la Gloriosa se encuentra con fiebres tercianas: «Pero Ud. es el antídoto para todos los males; ella tomó la carta de Ud. y se la aplicó a la frente y por el influjo de la imaginación, ella está buena». Para entonces era Manuela y no su hermana quien mantenía con él una correspondencia amorosa: «Mi caro y dulce amigo, espero con ansia el día feliz de dar a Ud. un abrazo». Y en otra ocasión: «Que fuego de amor arde en mi pecho para con Ud., todas nos rivalizamos en amarle». «Ella [la Gloriosa] me encarga de decir a Ud. tantas cosas que no se pueden coordinar: yo también estoy enajenada, y en este caso mis expresiones son muy frías, porque yo me abraso ciertamente en el amor de mi Libertador» [43] Su héroe continuó escribiéndole y entreteniendo a la Gloriosa con dulces naderías. [44]. En 1830, cuando se enteraron de que se proponía dejar el país, las hermanas se muestran desconsoladas. Joaquina le escribe: «Siempre tengo a Ud. en mi corazón: que allí le veo, le hablo con la confianza que me inspiran sus bondades; le oigo, le abrazo, le admiro». [45] •

Con Manuela Sáenz la relación fue sexual. Los dos eran personas eróticas, y los sentimientos del uno por el otro cuando se encontraban separados estaban marcados por la añoranza y soledad de los amantes. A diferencia de sus otras amantes, Manuela estaba vinculada a su obra e interesada en sus políticas y, aunque no lo acompañó en el campo de batalla como sostiene la leyenda, sí parece haber recibido de él más confidencias que las protagonistas de sus aventuras pasajeras. No hay duda de que era una mujer exhibicionista, decidida a forjar una figura pública y desafiar la cultura masculina. Acompañada siempre por dos esclavas negras, Jonatás y Nathán, tenía su propio séquito y provocaba revuelo dondequiera que iba. Las reacciones de quienes rodeaban a Bolívar fueron diferentes: Sucre fue su amigo, O'Leary aceptó que trabajara en el cuartel general como secretaria a tiempo parcial y archivista, pero también hubo quienes la odiaron. Podía ser difícil y protegía el archivo de Bolívar incluso de su propio ministro de Guerra. Las leyendas crecieron, y también el escándalo. El joven científico francés Jean-Baptiste Boussingault, un observador errático y malicioso que al parecer la vio con frecuencia en Perú a mediados de la década de 1820, se sentía fascinado por

ella:

> A veces era una gran señora, a veces una ñapanga; bailaba con igual gracia un *minuet* o la cachucha. Nunca se separaba de una esclava joven mulata de cabello lanoso, hermosa mujer, por cierto, que siempre vestía como soldado. Era la verdadera sombra de su ama y, quizá, si aceptamos la suposición, su amante también, conforme a un vicio muy extendido en el Perú. Ejecutaba danzas excesivamente lascivas. No tenía amantes; sólo amaba a Manuela. **[46]**

Si los rumores sobre su lesbianismo eran ciertos, la cuestión es que eso no afectó de ningún modo a sus relaciones con Bolívar, quien terminaría considerándola no sólo una bella amante, sino una mujer valiente y leal, además de celosa, que llegaría incluso a salvarle la vida. El estilo de las palabras que le dedicó es extremadamente diferente del de sus comunicados, proclamas y decretos. Sus cartas están escritas con el idioma del corazón.

El dolor de la partida fue un motivo esencial de su relación desde el mismo comienzo. En enero de 1823, cuando Bolívar estaba en Pasto, a Manuela le resultó difícil aceptar su ausencia y, a pesar de tener noticias de su preocupación por ella, habría querido tenerlo cerca: «Bien caro me ha costado el triunfo de Yacuanquer. Ahora me dirá usted que no soy patriota por todo lo que voy a decir. Mejor hubiera querido yo triunfar de él y que no haya diez triunfos en Pasto. Demasiado considero a usted lo aburrido que debe estar usted en ese pueblo; pero, por desesperado que usted se halle, no ha de estar tanto como lo está la mejor de sus amigas, que es, Manuela». **[47]** La distancia y el estado civil de Manuela quizá sembraran dudas en la mente de Bolívar. Pero es probable que la separación despertara en ella sentimientos más profundos, ya que a pesar de ser una mujer muy activa, no tenía responsabilidades que la distrajeran, a diferencia del Libertador, que tenía que planear, comandar y pelear en muchos frentes distintos. Cuando preparaba la campaña de Perú, Bolívar quiso que su viejo tutor, Simón Rodríguez, se reuniera con él: «En lugar de una amante, quiero tener a mi lado un filósofo; pues, en el día, yo prefiero a Sócrates a la hermosa Aspasia». **[48]** Cualquier silencio prolongado la alarmaba, como ocurrió en vísperas de la gran marcha sobre Pasco,

y no dudó en pedir noticias a su personal. «Las desgracias están conmigo, todas las cosas tienen su término. El general no piensa ya en mí, apenas me ha escrito dos cartas en 19 días. ¿Qué será eso?», escribió al capitán Santana, recordándole que él decía ser su amigo y que si no podía preguntárselo a él, no tenía otro a quien hacerlo. **[49]**

A lo largo de 1823, James Thorne, el marido fiel, siguió teniendo una esposa infiel. Pero ella no era una mercenaria y al parecer se resistió a su dinero y sus insinuaciones. En este sentido no tuvo piedad. Amante de Bolívar, convencida del amor de éste y presa de un deseo apasionado, no tenía ninguna intención de volver con su marido, y mucho menos de acompañarlo a Inglaterra y soportar las costumbres inglesas.

> No, no, no, no más, por Dios. ¿Por qué hacerme U. escribir faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta U., sino hacerme pasar por el dolor de decir a U. mil veces *no*? Señor, U. es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es U. ¿Me cree U. menos honrada por ser este general mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente. Déjeme U., mi querido inglés. Hagamos otra cosa; en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no … Como hombre U. es pesado. Allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación. El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa … Basta de chanzas; formalmente y sin reírme; con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que *no me juntará más con U*.

Posteriormente envió una copia de esta carta a Bolívar, que por esa época estaba en el Alto Perú y a quien el modo en que ella describía a su marido le resultó «doloroso y gracioso a la vez … No puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso, y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío; no sé cortar este nudo de mi amor con Manuela la bella». **[50]**

A Bolívar la relación le obligaba a debatirse con su conciencia y no intentó ocultar sus dudas, e incluso intento distanciarse durante

su viaje por Perú en 1825. «¡Cada momento estoy pensando en ti y en el destino que te ha tocado. Gimo de tan horrible situación por ti, porque te debes reconciliar con quien no amabas, y yo porque debo separarme de quien idolatro! … Cuando tú eras mía yo te amaba más por tu genio encantador que por tus atractivos deliciosos. Pero ahora ya me parece que una eternidad nos separa … En lo futuro tú estarás sola aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo»[51]. Con todo, el Libertador no suena del todo convencido, o convincente. Desde Potosí se muestra muy inquieto por su bienestar, una esposa errante en una sociedad tradicional, y le aconseja marcharse a Arequipa donde él tiene amigos dispuestos a cuidar de ella. La ausencia sólo incrementa la pasión que Manuela siente por él, pasión que mantiene viva para conservar la tranquilidad y que, declara, es eterna.[52]

Separado de ella por una distancia enorme, Bolívar valoraba muchísimo sus cartas, y cuando la ubicación de ambos se invirtieron, con él en Lima y ella en Bolivia, le imploró que lo aguardara: «Espérame a todo trance. ¿Has oído? ¿Has entendido?». Le rogó que no fuera a marcharse a Londres ni a ninguna otra parte: «Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte, y reverte y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos … Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo. A la mujer ÚNICA como tú me llamas a mí. Tuyo».[53] Los silencios y la distancia también le resultaban insoportables a Manuela, que piensa que su amor es más grande que el suyo: «Cuán cierto es que las grandes ausencias matan al amor y aumentan las grandes pasiones. Vd. que me tendría un poco amor, y la grande separación la acabó, pero yo que por Vd. tuve pasión, que ésta la he conservado por conservar mi reposo y mi dicha, que ella existe y existirá mientras viva Manuela».[54] Cuatro años después de su primer encuentro, las cartas del Libertador seguían siendo tan apasionadas como antes. En 1826, al escribirle desde Quito a Bogotá, se lamenta de no tener tiempo para redactarle las cartas largas y de caligrafía pequeña que ella prefiere.

> Todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este

> estado. Tú me pides que te diga que no quiero a nadie. ¡Oh! no, a nadie amo: a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa o de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. No te mates, vive para mí, y para ti: vive para que consueles a los infelices y a tu amante que suspira por verte. [55]

En abril de 1828 todavía intercambiaban cartas y Manuela aún podía divertirlo y conmoverlo. Desde Bucaramanga él le dice que se dirigirá directamente a Bogotá, desistiendo de ir a Venezuela y Cartagena, y que pronto se verán: «¿Qué tal? ¿no te gusta? Pues, amiga, así soy yo que te ama de toda su alma». [56] Y, en julio, cuando algunos la criticaron por su condición de figura pública, él le envía una súplica de enamorado: «Tu amor da una vida que está espirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego. Tuyo de alma». Y en su último viaje lamentó amargamente su cruel separación y volvió a declararle su amor eterno. [57] El camino del amor verdadero pasó con demasiada rapidez para Bolívar.

EN PERÚ

En 1823 Perú representaba un reto para Bolívar y su gobierno era el blanco de su desprecio. Tras la partida de San Martín no había un gran libertador con el que pudiera negociar. Los criollos no se comprometían, y era imposible confiar en la aristocracia. El presidente, desde febrero, era José de la Riva Agüero, que se había hecho nombrar en el cargo con el grado de gran mariscal: «El congreso premió no sólo con el poder político sino con el más alto grado militar al caudillo que había provocado la rebelión de la fuerza armada contra él y que no había actuado en una sola campaña o en una sola batalla». [58] Poco dispuesto a liberarse a sí mismo, Perú era además renuente a que otros asumieran esa tarea. Esto provocó entre la población un resentimiento mucho mayor que el que había causado la presencia española, por lo que el

nacionalismo peruano se manifestó por primera vez no contra los españoles, sino contra los americanos. Con todo, los peruanos tenían una cruz que cargar. Dos años de conflicto habían minado su economía, ya de por sí frágil, además de reducir su nivel de subsistencia y su resistencia a enfermedades como la malaria, la disentería y el tifus, así como a las duras condiciones climáticas de la época. [59] En 1822 no estaban en capacidad de soportar el azote de una nueva confrontación.

Bolívar sintió toda la fuerza de la xenofobia andina aun antes de haber entrado en Perú. Después de la liberación de Quito estaba ansioso por perseguir al enemigo en el sur y ofreció su colaboración a los dirigentes peruanos, pero su ofrecimiento no sólo fue rechazado, sino que la prensa peruana lo vilipendió. «Parece que los miembros del gobierno nos tienen más celos a nosotros que miedo a los españoles», comentó. Bolívar pensaba que tenía derecho a intervenir en Perú en defensa de la revolución americana sin necesidad de que se le invitara: «Aquellos enemigos se vienen para acá si yo no voy a contenerlos allí, y que el país enemigo no se debe considerar como país extranjero, sino como país conquistable». [60] Con todo, dudaba si dirigirse o no a Perú, consciente de la inestabilidad que dejaría tras de sí y el caos que tenía por delante: «El deseo de terminar la guerra en América me impele hacia el Perú, y me rechaza, al mismo tiempo, el amor a mi reputación». [61]

En marzo de 1823 acordó destinar seis mil hombres a Perú, y en abril envió a Sucre, su precursor elegido, para que estableciera el contacto con el gobierno peruano y asumiera el mando de la división colombiana de avanzada. Sin embargo, en Perú Sucre estaba aislado, y la división de las distintas facciones le impedía actuar. En junio una fuerza realista tomó Lima, y él a duras penas consiguió evacuar la ciudad y salvar al ejército. «No es describióle el estado de anarquía en que todo estaba sepultado … he comprometido mi reputación y perdido a Lima estando en mis manos el ejército. Crea U. que he maldecido el momento en que yo vine a Lima. ¡Cuánto ha sido lo que U. ha exigido de mí!», se quejó. [62] El gobierno huyó a Callao, donde el congreso depuso a Riva Agüero y nombró a Sucre jefe supremo. No obstante, Riva Agüero se negó a aceptar su destitución. Para alivio de Sucre, se retiró a Trujillo, seguido por un grupo de congresistas, donde reunió un

ejército y disolvió el congreso. Éste volvería a reconstituirse en Lima, después de que los realistas hubieran abandonado la ciudad, para nombrar un nuevo presidente, Torre Tagle, al que Riva Agüero se negó a reconocer y quien literalmente se compró un grupo de partidarios con dinero del tesoro público. **[63]**

Perú estaba ahora partido en dos zonas, el sur, bajo ocupación española, y el norte, dividido por la guerra civil. Fue esta situación de anarquía, en extremo inconveniente, la que impulsó a la clase dirigente peruana a solicitar la ayuda de Bolívar, que entonces tenía sus propios problemas dentro del mundo revolucionario. Al desastre de Perú se sumaban las malas noticias que llegaban de Pasto, las murmuraciones procedentes de Bogotá y la escasez de tropas:

> Pocas veces he estado en situación más interesante y rara: no la llamo crítica porque la palabra es común, ni peligrosa porque también puede tener sus ventajas. Mi corazón fluctúa entre la esperanza y el cuidado. Montado sobre las faldas del Pichincha, dilato mi vista desde las bocas del Orinoco hasta las cimas del Potosí; este inmenso campo de guerra y política ocupa fuertemente mi atención y me llama también imperiosamente cada uno de sus extremos y quisiera, como Dios, estar en todos ellos. … ¡Lo peor es que no estoy en ninguna parte pues ocuparme de los pastusos es estar fuera de la gloria y fuera del campo de batalla! ¡Qué consideración tan amarga! Sólo mi patriotismo me la hiciera soportar sin romper las miserables trabas que me detienen. **[64]**

En cualquier caso, por el bien de la revolución continental, tenía que ir a Perú, y el 3 de agosto el congreso de Colombia finalmente le autorizó a hacerlo. El Libertador partió de Guayaquil el día 7 de ese mismo mes, a bordo del *Chimborazo*. El nombre no lo abandonaría. Durante el viaje hubo un incendio a bordo, provocado por la negligencia del cocinero, pero Bolívar mantuvo la sangre fría y decidió continuar el viaje en medio de insultos. **[65]**

Llegar a Perú no es entrar en un escenario de oro y plata. Lima no es una puerta del sol, sino un yermo gris situado en una costa desértica tras la que se alzan unas sombrías montañas. Y el ánimo de Bolívar no era menos pesado. Aunque el Libertador veía el largo camino de Caracas a la capital peruana como un proceso de liberación continuo, y el final del trayecto simplemente como la

antesala de otra revolución, la verdad es que Perú fue una nueva etapa de su vida: un pueblo al que encontraría extraño, un paisaje repleto de peligros y una escena política más complicada que todas las que había conocido hasta entonces. Perú era diferente. Y, de igual modo, los peruanos también veían Colombia como algo diferente: Bolívar era un venezolano y su ejército, un invasor.

Con todo, Lima lo recibió con alborozo cuando llegó el 1 de septiembre de 1823 para ser investido de inmediato con la máxima autoridad política y militar. Manuela Sáenz le seguiría poco después. Con espíritu repuesto, Bolívar escribe: «Lima es una ciudad grande, agradable y que fue rica. Parece muy patriota; los hombres se muestran muy adictos a mí y dicen que quieren hacer sacrificios, las damas son muy agradables y buenas mozas, hoy tenemos un baile en que las veré todas». E intenta mostrarse optimista: «Los hombres me estiman y las damas me quieren, esto es muy agradable; tienen muchos placeres para el que puede pagarlos … yo estoy encantado; por supuesto no me falta nada. La mesa es excelente, el teatro, regular, muy adornado de lindos ojos y de un porte hechicero: coches, caballos, paseos, toros. *Te Deums*, nada falta, sino plata para el que no la tiene». [66] Bolívar era mujeriego, pero en Lima sus ojos no se despegaron de Manuela. El amor entre ambos aún era joven. Ella permanecía en casa con su complaciente marido y veía a su amante por las noches. También se respetaron otras formalidades sociales; por reconocimiento de lo que era socialmente aceptable, Manuela no podía visitar a Bolívar en sus aposentos de Pativilca.

En términos políticos, Perú era un espanto. En el país se daban cita cuatro fuerzas patriotas distintas (la peruana, la argentina, la chilena y la colombiana), una marina semirrebelde y un gran ejército realista. [67] Había un congreso, dos presidentes y un dictador. El presidente legítimo, Torre Tagle, se sentía contrariado por el hecho de que su título ahora resultaba vacuo. Y la clase dominante redescubrió su desconfianza hacia los extranjeros. Bolívar sabía que su misma presencia era un inconveniente: «La diferencia es que esto no es Colombia y yo no soy peruano; quiere decir esto que en el Perú no se pueden hacer las cosas como en Colombia, y yo, en calidad de colombiano, menos aún, porque siempre seré extranjero y siempre excitaré los celos o la

desconfianza de estos señores … He llegado a arrepentirme de haber venido».[68] Se vio obligado a actuar como gobernador militar, si bien aquello sobre lo que tenía que gobernar no era mucho. Argentina y Chile estaban ansiosos por retirar su apoyo a la causa. En el sur, el ejército peruano dirigido por Santa Cruz se desintegró incluso antes de haberse enfrentado al enemigo. Las guerrillas del centro del país, peruanas antes que cualquier otra cosa y divididas según fueran partidarias de Riva Agüero o de Bolívar, quedaron reducidas a unas pocas bandas sin ninguna organización. Y en el norte, el expresidente Riva Agüero, exhibiendo más energía contra Colombia de la que nunca había demostrado contra España, prefirió iniciar negociaciones con los realistas antes que someterse a Bolívar. Cuáles eran en verdad sus intenciones continúa siendo una cuestión debatida. ¿Esperaba crear una monarquía independiente? ¿Planeaba realizar una campaña conjunta con los realistas para expulsar a los colombianos? Bolívar no tenía duda alguna al respecto: Riva Agüero era, a la vez, «usurpador, rebelde y traidor». Traidor o no. Riva Agüero estaba completamente equivocado, pues era imposible que pudiera negociar con éxito con España desde una posición de debilidad. En cualquier caso, sus tropas se alzaron contra él en noviembre de 1823 y se sometieron a Bolívar; después de lo cual se le permitió marcharse a Europa. Para esa época Bolívar estaba aún más desilusionado y si enfrentaba a la tormenta, decía, era sólo por el bien de Colombia: «Ya no hay que contar más con chilenos y argentinos, y estos peruanos son los hombres más miserables para la guerra. Desde luego, debemos resolvemos a sostener solos la lucha».[69] «La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo —recordaría después— reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía: todo estaba disuelto». Santander podía ser su tabla de salvación: «En medio de los Andes, respirando un aire mefítico que llaman soroche, y sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a usted esta carta que deberá estar helada si un cóndor no se la lleva y la hace calentar con el sol».[70] La situación de Perú era desesperada; la única que podía lograr su liberación era Colombia y para ello él necesitaba más tropas colombianas.

De regreso a Lima desde Trujillo, las preocupaciones alrededor de Perú lo superaron y, el 1 de enero de 1824, en el puerto de

Pativilca, una pequeña aldea al norte de Lima, se derrumbó con una fiebre altísima y hubo que llevarlo a tierra firme. Durante siete días luchó por su vida sin ayuda profesional y con apenas unas cuantas medicinas contra una enfermedad que describe en términos de reumatismo, fiebres gástricas y cólicos renales, agravada por sus recientes viajes por la sierra, pero que también es posible que se debiera a una infección alimentaria o que fuera un temprano síntoma de tuberculosis. El Libertador debió permanecer en Pativilca durante dos meses, débil y demacrado, apenas reconocible, «muy acabado y muy viejo», como admitió después, sintiendo que el movimiento más mínimo era una agonía. Su ánimo cambiante le hacía pasar del derrotismo a la resistencia decidida. Su opinión sobre los ecuatorianos y los peruanos, nunca muy elevada, empeoró aún más: «Los quiteños son los peores colombianos. Los venezolanos son unos santos, en comparación de estos malvados. Los quiteños y los peruanos son la misma cosa: viciosos hasta la infamia y bajos hasta el extremo. Los blancos tienen el carácter de los indios, y los indios son todos truchimanes, todos ladrones, todos embusteros, todos falsos, sin ningún principio de moral que los guíe. Los guayaquileños son mil veces mejores».[71] Ésta era la visión de un forastero que no entendía a los extranjeros y que, evidentemente, no había oído hablar de José Olaya, mensajero indio y «mártir de la causa patriótica», pero era también la visión de un hombre enfermo, que deseaba renunciar a su destino público y su poder en el sur para regresar a Bogotá.

Por su mente pasaban ideas contradictorias, renunciar era una de ellas, otra seguir el ejemplo de San Martín. Sin embargo, Bolívar tendía a hablar en dos registros. Uno, que empleaba con Santander a quien pedía tropas, insistía en que renunciaría a la presidencia de Colombia y dejaría el país; en su opinión, bastaría un único ataque de las fuerzas españolas para expulsar a su pequeño ejército de Perú, lo que acabaría con su reputación. El otro, el que usaba con Sucre y sus oficiales, era extraordinariamente frío. En este contexto, el Libertador no daba mucha importancia a su enfermedad y procuraba evitar que la alarma y el abatimiento se propagaran entre sus hombres, demostrando que mantenía el control de la situación y que continuaba decidido a luchar contra los españoles. Su pesimismo se debatía con su ambición. Desde su lecho de enfermo

continuaba organizando la revolución, dictando cartas (un total de cuarenta y dos en esas dolorosas semanas) y dando órdenes. En este sentido, la suya fue una actuación soberbia ante el que era un peligro muy real, pues en 1824 el ejército realista reocupó la mayor parte de Perú, incluidas Lima y Callao, y la independencia llegó a parecer una causa perdida.

Bolívar necesitaba con urgencia más tropas, colombianas y peruanas. Se quejó a Torre Tagle de que los soldados peruanos no tenían interés en la guerra: «Toda tropa del Perú que no se emplee encerrada en una plaza fuerte se deserta sin remedio … En cuanto se les pone a dormir al raso o a hacer largas marchas se quedan todos desertados».[72] Sin embargo, el mayor problema de seguridad era Torre Tagle mismo, y fue un error de cálculo por parte de Bolívar confiarle, con el objetivo de ganar tiempo, la tarea de negociar con el mando español. Torre Tagle era un personaje débil, confuso y oportunista que quería algo más que negociar con los españoles y que, de hecho, se preparaba para cambiar de bando una vez más. El 5 de febrero de 1824, las tropas argentinas y chilenas de Callao se amotinaron para protestar por el atraso de su paga, y, al no recibir satisfacción del gobierno peruano, entregaron la fortaleza a los realistas. El 29 de febrero, en connivencia con Torre Tagle y otros tránsfugas, el enemigo tomó Lima de nuevo con un ejército compuesto por españoles, criollos, negros e indígenas, una advertencia y una lección para los blancos indecisos. Torre Tagle, los funcionarios principales y más de trescientos oficiales del ejército peruano se apresuraron a pasarse a los realistas del mismo modo que antes se habían pasado a los patriotas, siempre ansiosos por estar en el bando más fuerte.[73] «El Perú ofrece un cuadro de horrores», exclamó Bolívar. En los cinco meses que había estado en Perú había sido testigo de un desastre tras otro: la pérdida del ejército de Santa Cruz, la traición de Riva Agüero, la deserción de los chilenos, el levantamiento de la flota peruana, la rendición de Callao y la pérdida de Lima. Parecía haber llegado al final del trayecto. En un estado de profunda introspección escribió una de sus cartas más emotivas y esquivas:

> Hasta ahora he combatido por la libertad, en adelante quiero combatir por mi gloria aunque sea a costa de todo el mundo. Mi gloria consiste en no mandar más y no saber nada

más que de mí mismo; siempre he tenido esta resolución, pero, de día en día, se me aumenta en progresión geométrica. Mis años, mis males y el desengaño de todas las ilusiones juveniles no me permiten concebir ni ejecutar otras resoluciones. El fastidio que tengo es tan mortal que no quiero ver a nadie, no quiero comer con nadie, la presencia de un hombre me mortifica; vivo en medio de unos árboles de este miserable lugar de las costas del Perú; en fin, me he vuelto un misántropo de la noche a la mañana. Mas entienda Vd. que no estoy triste y que no es un efecto ni de causa física ni de una gran molestia personal este hastío de los hombres y de la sociedad. Me viene todo de la reflexión más profunda y del convencimiento más absoluto que jamás he tenido. La edad de la ambición es la que yo tengo. Rousseau dice que a los cuarenta años la ambición conduce a los hombres; la mía, al contrario, ha terminado ya. Vd. que es joven, Sucre que es joven, debe seguir aún por diez años más la carrera que yo dejo. ¡Dichosos Vds. que están ahora en la edad de la esperanza!, en tanto que yo nada espero y todo lo temo. … Echando la vista por otra parte, observe Vd. esos trastornos de las cosas humanas: en todo tiempo las obras de los hombres han sido frágiles, mas en el día son como los embriones nonatos que perecen antes de desenvolver sus facultades, por todas partes me asaltan los espantosos ruidos de las caídas, mi época es de catástrofes: todo nace y muere a mi vista como si fuese relámpago, todo no hace más que pasar, ¡y necio de mí si me lisonjease quedar de pie firme en medio de tales convulsiones, en medio de tantas ruinas, en medio del trastorno moral del universo! No, amigo, no puede ser: ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras, yo debo apresurarme a ir a esconder mi cabeza entre las tinieblas del olvido y del silencio, antes que del granizo de rayos que el cielo está vibrando sobre la tierra, me toque a mí uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada. Sería demencia de mi parte mirar la tempestad y no guarecerme de ella. Bonaparte, Castlereagh, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Iturbide, San Martín,

O'Higgins,

Riva Agüero y la Francia, en fin, todo cae derribado, o por la infamia o por el infortunio ¿y yo de pie?, no puede ser, debo caer. **[74]**

Fue una noche oscura para Bolívar, y sus pensamientos parecen perderse en un laberinto de palabras, pero, no obstante, logra transmitir con claridad un mensaje: estaba decidido a sobrevivir y no tenía intenciones de rendirse. En Pativilca su capacidad innata para recuperarse le ayudó a mejorar y a reafirmarse de nuevo, y le rescató de la desesperación. Al cabo de unas cuantas semanas volvió a ser el de antes, insensible a los desastres que lo rodeaban. Un indígena alertó al enviado de Colombia a Perú, Joaquín Mosquera, que viajaba por allí, de que el Libertador yacía en Pativilca, mortalmente enfermo. Le encontró en su jardín, sentado en una silla vieja, demasiado débil para ponerse de pie, con la cabeza envuelta en un pañuelo blanco, la piel en los huesos, decrépito. Mosquera le preguntó cómo podía sobrevivir el ejército colombiano, qué pensaba hacer. «¡Triunfar!», fue su respuesta. «Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, infaliblemente los derroto con la caballería y si no bajan, infaliblemente dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar. Subiré la cordillera y derrotaré a los españoles». El cálculo era prematuro, pero su determinación era auténtica: «Diga V. allá a nuestros compatriotas cómo me deja V. moribundo en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear a brazo partido para conquistar la independencia del Perú y la seguridad de Colombia».[75] Ahora todo dependía del Libertador, su ejército colombiano era la última línea de la defensa y lo único que necesitaba era convencer a un Santander exasperado de que tenía que enviarle más armas y más hombres. Sin embargo, Santander continuaba dándole largas, y Bolívar requirió de todo su tacto y dotes de persuasión para conseguir que convenciera al congreso y le enviara la ayuda que necesitaba. Los tiempos habían cambiado desde la partida de Bolívar. Bogotá tenía ahora más abogados, profesores y periodistas, y una clase dirigente favorable a las ideas liberales que no conocía o no entendía a un Bolívar distante y que no respaldaba sus constantes solicitudes de tropas y dinero para proyectos que no eran colombianos. Por tanto, Santander estaba atrapado entre un congreso reacio y un Libertador exigente, que parecía considerarlo una fuente siempre disponible de financiación para sus campañas. La confrontación experimentó un momento crítico, a partir del cual ambos debieron retroceder y empezar de nuevo.

Mediante decreto del 10 de febrero de 1824, el congreso peruano nombró a Bolívar dictador «para la salvación del país» y suspendió la constitución.
O'Leary
recoge el acontecimiento en un pasaje memorable:

> Muy diferente era la situación del Perú cuando se expidió este decreto de la época en que desembarcó San Martín, cuatro años antes. Mucho habían cambiado las cosas. En aquel tiempo era general en todo el Perú la decisión por la independencia, y el entusiasmo de sus habitantes al ver a sus libertadores fue tan grande como eran abundantes los recursos de este rico país. San Martín no tenía más que venir, ver y vencer; vino, vio y pudo haber vencido; pero la empresa era quizá superior a sus fuerzas o al menos así lo creyó; vaciló y al fin la abandonó. Cuando el congreso cometió a Bolívar la salvación de la República, le entregó un cadáver. **[76]**

Aunque O'Leary exageraba el apoyo que los peruanos habían brindado a San Martín, había algo de cierto en su odiosa comparación. Mientras San Martín había buscado ganarse las mentes y los corazones de lo peruanos, Bolívar había visto un Perú «dividido en tres partidos: 1. patriotas anticolombianos; 2. godos españoles, y 3. godos de Torre Tagle y Riva Agüero. El resto de la masa inerme del pueblo no tiene sentimiento alguno. De suerte que aquí no hay más que dos cosas positivas. El ejército de Colombia por la patria, y todo lo demás contra ella: todo lo demás es insignificante, nulo, nada, en fin»/ **[77]** Y había advertido mejor que San Martín que los peruanos veían con indiferencia las distintas causas, que la única preocupación de todos los sectores de esa sociedad en extremo estratificada era mantener su ventaja inmediata, que en esas circunstancias sólo la fuerza y el poder tenían la capacidad de persuadir, y que no existía otro modo de liberar el país diferente de la victoria militar del ejército americano. «Sólo nosotros sentimos esta derrota, porque a los peruanos les importa muy poco. No tienen esperanza ninguna, y así todo lo harán a viva fuerza, como hombres que nada esperan de nuestros sacrificios; pero si nosotros perdemos el Perú, adiós de Colombia. Yo, pues, por el bien de Colombia, voy a hacerle frente a la tempestad» **[78]** .

Bolívar no fue más allá para preguntarse por qué las cosas eran así. ¿Por qué motivo la élite peruana, que en un primer momento parecía preparada para oponerse a España, había dejado de estar comprometida con la independencia? Una respuesta es que la brutal expulsión de las familias españolas y la confiscación de sus propiedades la habían alejado de la causa revolucionaria, pues los españoles eran gente con la que tenían muchos lazos de unión, por razones de familia, amistad o negocios. Después de 1822, muchos criollos, con Riva Agüero y Torre Tagle a la cabeza, redescubrieron sus vínculos culturales con España, su afinidad social con el régimen español y su hostilidad hacia los salvajes colombianos. [79] Otra posible explicación es que las élites estaban convencidas de que la independencia traería consigo un régimen más laxo con una política liberal en relación con los indios y los negros, y que en este sentido los virreyes y generales españoles representaban una mejor alternativa para su seguridad que Bolívar y sus republicanos.

Los amigos y colegas de Bolívar estaban seguros de que aceptar convertirse en dictador de Perú era una locura y le aconsejaron retirarse. Pero, aunque su nueva posición planteaba un serio dilema, ésta era sólida y legítima. El congreso de Angostura lo había nombrado presidente de Venezuela en 1819. Dos años después, el congreso de Cúcuta lo había nombrado presidente de Colombia con poderes especiales para ausentarse y cumplir misiones militares. Quito le había aclamado y había aceptado incorporarse a la república de Colombia. Y ahora su dictadura había sido sancionada también por el congreso de Perú. Habiendo sido designado por otros. Bolívar se encomendó a su propio genio y visión. Después de recuperarse en Pativilca, empezó a organizar la resistencia, a detener la corrupción y a subir la moral de la población. Puso los asuntos civiles en manos de un solo ministro. José Sánchez Carrión, un peruano capaz y reconocido patriota, que colaboró estrechamente con Bolívar y fue el responsable de la renovación y creación de las instituciones civiles, las políticas sociales y la administración de justicia en los territorios liberados, lo que dio un significado adicional al concepto de dictadura. El Libertador, por su parte, tenía que reunir un ejército, lograr que Colombia enviara más tropas, reclutar más soldados peruanos y conseguir el dinero para pagar a los hombres y comprar víveres. Mientras todavía estaba

convaleciente en Pativilca había enviado a Sucre una larga lista de instrucciones: el trabajo de un comandante profesional en excelente forma. Describió como un experto el paisaje de la batalla, los desafíos que ofrecía el terreno y el clima, así como los recursos que el ejército podía encontrar en el camino. Estableció reglas para la preparación de sus hombres, subrayó la necesidad de marchas de entrenamiento para lograr que su ejército fuera tan rápido como el del enemigo y estuviera en condiciones de reaccionar de prisa a las órdenes de avanzar o retroceder. Hizo hincapié en los diferentes despliegues de la caballería y la infantería, en la necesidad de provisiones y bestias, en el bienestar de las tropas y no pasó por alto lo importante que era contar con hospitales. Consideró la situación del enemigo y abordó la cuestión crítica de si había que prepararse para el ataque o para la defensa. **[80]** Pese a la debilidad y el estado de su salud, Pativilca fue un lugar de convalecencia que le permitió pensar y planear durante dos meses su campaña definitiva.

A comienzos de marzo estableció su cuartel general en Trujillo y en abril se trasladó a Huamachuco. Tenía que abandonar la costa y hacer de las montañas su escenario de guerra para conseguir llevar la batalla a campo enemigo; la sierra era la base de las fuerzas realistas y la última oportunidad para España. Bolívar convirtió el norte del país en la base de suministros de la revolución. Confiscó las propiedades de los realistas, engatusó a la Iglesia para conseguir dinero y creó nuevos impuestos. Fue entonces cuando los peruanos hicieron su contribución a la causa de la independencia, a la que aportaron hombres, dinero y suministros. En el leal Sucre, «el brazo derecho del Libertador y el sostén principal del ejército», Bolívar tuvo un colaborador indispensable. Sucre se encargó de reunir y organizar al ejército, creó talleres para la producción de armas y herraduras, ordenó que se confeccionaran uniformes en Trujillo, preparó los mapas y reconoció las rutas. Entre ambos formaron y entrenaron a un nuevo ejército libertador. Y, en lo que respecta a las tropas colombianas, Santander no los defraudó del todo. Llegaron refuerzos procedentes de Panamá y Guayaquil, entre ellos un contingente irlandés dirigido por el coronel Francis Burdett O’Connor, cuyo talento para la logística impresionó a Bolívar tanto que lo nombró jefe del Estado para la coordinación de personal y

suministros en las fuerzas patrióticas. Otro irlandés, Arthur Sandes, veterano de la guerra de independencia española, se había unido al ejército bolivariano en Venezuela y había alcanzado el grado de coronel para la época de la campaña de Perú, tras la cual sería promovido a general. [81] En abril de 1824 el ejército patriota tenía ya ocho mil hombres, la mayoría de ellos colombianos a las órdenes del general Jacinto Lara y el coronel Córdova, reforzados por reclutas peruanos a las órdenes del mariscal La Mar; todos ellos se enfrentaban a un ejército español de dieciséis mil efectivos disperso entre Perú y el Alto Perú, y compuesto por indios y cholos comandados por oficiales españoles y peruanos. El ejército patriota tenía dos ventajas claras. En primer lugar, contaba con una caballería incomparable, compuesta de gauchos argentinos, huasos chilenos y llaneros venezolanos y colombianos. Y en segundo lugar, era pagado, si no bien (medio dólar a la semana) al menos sí con regularidad; algo en lo que Bolívar insistía.

Los libertadores tenían otra ventaja adicional: la desorganización del enemigo. Pues los españoles también estaban trastocados por Perú, y también ellos se encontraban desmoralizados y desunidos. A finales de 1823 esto no era evidente. Mientras los americanos peleaban y se traicionaban mutuamente, los realistas consolidaron su posición. En el norte el general Canterac dirigía un ejército de casi ocho mil hombres, cuya base estaba en Huancayo. El virrey La Serna tenía un millar de soldados en Cuzco. En Arequipa el ejército del sur, al mando del general Valdés, tenía unos tres mil efectivos. Y, detrás de ellos, en el Alto Perú, se encontraba el general Olañeta con una fuerza de cuatro mil. Estos ejércitos formidables estaban preparados para concentrarse y avanzar sobre los colombianos. Era vital que actuaran con rapidez para anticiparse al fortalecimiento del ejército bolivariano y para evitar la impopularidad que una campaña prolongada supone para un ejército de ocupación parásito. Sin embargo, en este punto, la posición de los españoles se vio socavada desde dentro. El 1 de octubre de 1823, Fernando VII, al que la intervención de un ejército francés había liberado de las ataduras constitucionales, abolió la constitución y restauró el absolutismo, lo que ocasionó que, en Perú, los realistas se dividieran entre los antiguos constitucionalistas (La Serna, Canterac y Valdés) y el

absolutista Olañeta. Con todo, éste era más un enfrentamiento por el poder que un conflicto de principios. [82] A finales de 1823, Olañeta desertó, llevándose su fuerza militar, y estableció en el Alto Perú un régimen conservador rudimentario. Con gritos a favor del rey y la religión, expulsó a los constitucionalistas de la administración y se rodeó en el gobierno de parientes y partidarios. De este modo, el interior realista, hasta entonces uno de los activos más valiosos del virrey, se convirtió de repente en un lastre. El ejército del general Valdés emprendió un vano intento de reducir a Olañeta. Y esta distracción impidió que los realistas dieran un duro golpe a los colombianos en febrero o marzo, cuando éstos apenas empezaban a reagruparse y eran extremadamente vulnerables, ya que tanto en número de efectivos, armas y provisiones eran muy inferiores a ellos.

Bolívar había meditado su estrategia durante mucho tiempo. ¿Debía atacar y adelantarse a los acontecimientos? ¿O debía defenderse, consumiendo sus recursos? El problema requería la utilización de toda su capacidad de juicio, su pericia y su experiencia. El retraso con el que recibió la información sobre los movimientos del enemigo, sumado a los problemas de su propio campamento, le impidieron responder a esta cuestión de manera inmediata y aprovechar plenamente los apuros de La Serna. Sin embargo, una vez enterado de la situación, se puso en movimiento, confiado en que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar al tomar la iniciativa: «estoy animado del demonio de la guerra y en tren de acabar esta lucha de un modo o de otro». [83]

JUNÍN Y AYACUCHO

En mayo de 1824, el Libertador condujo a su ejército hacia Pasco en una de las marchas clásicas de la guerra de independencia, «por las zonas más accidentadas del país más montañoso del mundo, enfrentando a cada paso dificultades que en Europa se habrían tenido por absolutamente insuperables». [84] A medida que los hombres se esforzaban por avanzar por el laberinto de valles y montañas que formaba la cordillera, en tierras en las que aún no existían carreteras y que seguían ocupadas por las comunidades indígenas, tuvieron que padecer las inclemencias del clima y

superar los obstáculos del terreno, el mal de montaña (el soroche), la radiación de los minerales y temperaturas nocturnas por debajo de los cero grados centígrados. La infantería y la caballería tenían que caminar en una única fila a lo largo de caminos al borde de los precipicios, seguidos por columnas de indios que cargaban las provisiones y el equipamiento y, en la retaguardia, por una recua de trescientas mulas y montones de ganado que llevaban como provisiones de reserva.

El liderazgo de Bolívar y la planificación de Sucre confluyeron en una colaboración perfecta en ésta, su campaña más decisiva. Hacia comienzos de agosto, en el cerro de Pasco, en lo alto de la sierra, los libertadores habían reunido un ejército de casi nueve mil efectivos; había hombres procedentes de Caracas, Panamá. Quito, Lima, Chile y Buenos Aires, muchos de ellos veteranos de Maipú, Boyacá, Carabobo y Pichincha. Con inspiración y sentido de la ocasión, Bolívar pasó revista a sus tropas, a las que se dirigió en estos términos: «¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. La libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? ¡No, no! Vosotros sois invencibles». Los soldados respondieron con vítores. [85] Finalmente, el 6 de agosto, se enfrentaron con Canterac en la pampa de Junín, y el Libertador demostró una vez más su maestría al guiar a su ejército para conquistar una posición favorable. El choque fue terrible y furioso. Durante la batalla no se disparó un sólo tiro, y sólo los golpes de las espadas y las lanzas y el galopar de los caballos rompían el silencio exánime. Y fue la superioridad de la caballería patriota y sus lanzas más largas las que permitieron conquistar la victoria y forzaron a los realistas a huir. «Las cargas de nuestros llaneros —escribió O'Connor—, hacían temblar la tierra» [86]. Esa noche Bolívar durmió en el campo de batalla, allí habían muerto 259 enemigos, mientras que en el bando patriota sólo 45 habían perdido la vida y 99 más habían resultado heridos.

Aunque el ejército español seguía en gran parte intacto y el ejército libertador no había logrado quebrantar su espíritu, la victoria otorgó a Bolívar el dominio estratégico del fértil valle de Jauja. El Libertador tenía que adoptar medidas para llevar sus tropas al máximo de su fuerza y encargó a Sucre que reuniera a los

perdidos, los rezagados y los convalecientes, una tarea que éste desempeñó correctamente, pero que, luego se quejaría, le había desprestigiado ante sus colegas, lo que le llevó a pedir permiso para retirarse. Bolívar sabía que Sucre era un individuo vano y susceptible, y su respuesta fue diplomática pero firme: «Creo que a Vd. le ha faltado completamente el juicio cuando Vd. ha pensado que yo he podido ofenderle. La comisión que he dado a Vd. la quería yo llenar; pensando que Vd. la haría mejor que yo por su inmensa actividad, se la conferí a Vd. más bien como una prueba de preferencia que de humillación. Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes, son indignas de Vd.: la gloria está en ser grande y en ser útil». Sucre se pensó dos veces su renuncia, y Bolívar elogiaría luego la dedicación que había demostrado tras la batalla de Junín en beneficio de los heridos y los desaparecidos, por lo que lo llamaría «el general del soldado». [87]

A principios de octubre, Bolívar dejó a Sucre como comandante en jefe del ejército, confiando a su discreción la posibilidad de enfrentarse al enemigo, y partió primero hacia Huancayo, donde Manuela le esperaba, y a continuación hacia la costa, organizando la administración civil del país a medida que avanzaba, y en diciembre liberó Lima, donde fue recibido como un héroe. Sin embargo, incluso después de estas victorias, el Libertador no pudo permitirse un respiro. Primero por Sucre, luego por Santander. En Huancayo, le llegó la noticia de que en Bogotá el congreso había aprobado una ley (el 28 de julio de 1824) que revocaba sus poderes extraordinarios para dárselos a Santander, aduciendo como motivo para ello el que hubiera aceptado convertirse en dictador de Perú. Otro parte enviado por Santander le ordenaba ceder el mando de las tropas colombianas a Sucre.

Estos insultos gratuitos enfurecieron al Libertador, que no obstante reprimió su orgullo herido y cuando llegó a la costa dictó varias cartas a Santander en las que respondió con una demostración de generosidad a sus mezquindades: Bolívar le informó de los éxitos conseguidos por el ejército, le agradeció las tropas que había enviado, le aseguró que Sucre ya era el jefe del ejército y que, en Ayacucho, acababa de lograr «la más brillante victoria de la guerra americana». [88] Restó importancia a las leales protestas de Sucre y los oficiales de alto rango ante la decisión del

gobierno colombiano y ocultó a Bogotá la petición que éstos le habían enviado solicitándole que reasumiera el mando. No hay duda alguna de que Bolívar habría podido dirigir una revuelta contra la decisión inspirada por Santander, pero optó por entregar de inmediato a Sucre el mando del ejército colombiano. Como escribió O'Leary: «De este modo dio Bolívar ejemplo de sumisión a las leyes de su patria, cuando una palabra, una sola señal suya le habría bastado para ser obedecido de la manera más implícita por el ejército y por el pueblo de Colombia». [89] No obstante, no olvidó este atentado contra su liderazgo, ni paso por alto la intervención de Santander; tras años de estrecho contacto, el Libertador dio por terminada su correspondencia privada con el vicepresidente. Por lo demás, continuaba siendo el dictador de Perú.

Entre tanto, en la sierra. La Serna había reaccionado con rapidez. A la cabeza de las fuerzas conjuntas de Canterac y Valdés, un ejército de nueve mil trescientos soldados provisto de mejores armas y recursos que el ejército libertador, avanzó sobre Sucre con el propósito de rodearlo, mientras que éste intentaba alejarse con sus seis mil hombres para escapar de la trampa. El movimiento de ambos bandos pareció la coreografía de un espectáculo. Como general, Sucre era insuperable, un militar valiente, talentoso e infatigable, siempre atento a los detalles así como al panorama completo; escribió sus propios partes, controló las labores de espionaje, reconoció el terreno, visitó las avanzadillas a todas horas y se aseguró de que las raciones fueran entregadas como correspondía. Tenía las cualidades para dirigir la última gran victoria. Finalmente, el 8 de diciembre de 1824, en Ayacucho, una planicie rodeada por montañas a casi tres mil metros sobre el nivel del mar, los dos ejércitos se encontraron. Las palabras que Sucre dirigió a sus hombres fueron lacónicas: «De vuestros esfuerzos depende el destino de Sudamérica». Su propio destino estaba en juego: los indígenas partidarios de los realistas que ya habían acosado a los patriotas aguardaban cerca para cortarles el paso en caso de que éstos huyeran tras ser derrotados. El teniente coronel Medina, del ejército colombiano, fue asesinado por los indios de Huando cuando iba de camino a Lima con el parte en el que Sucre informaba de la batalla. [90] Sin embargo, en el campo de batalla los realistas fueron los que resultaron derrotados, quizá en igual

medida por lo desesperado de su causa y por la táctica de Sucre. Esta última gran batalla de la independencia americana, librada en lo alto de los Andes por tropas que lucían uniformes de colores brillantes, fue un anticlimax extraño y las bajas no fueron elevadas (67 en el bando de los patriotas), si bien, cerca del campo de batalla, los Rifles fueron prácticamente diezmados mientras defendían la recua que llevaba los equipajes del ejército libertador. El virrey La Sema fue hecho prisionero, y, el 9 de diciembre, el general Canterac ofreció rendirse incondicionalmente, en términos que suponían la rendición de todas las demás fuerzas realistas en el país. «La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se han firmado en este campo de batalla»[91]. Los realistas hubieran podido concentrar todas las fuerzas restantes en Perú y el Alto Perú y continuar peleando. ¿Pero cuáles eran en realidad sus posibilidades? No podían aspirar a recibir refuerzos de España, y la certeza de ello fue quizá el elemento más desmoralizante de todos.

La victoria militar en Perú permitió a Bolívar clarificar su posición política. Envió al congreso de Colombia su renuncia a la presidencia, lo que, tras dejar a todos atónitos y mudos, se tradujo en aplausos para el Libertador y el rechazo de su renuncia. Ordenó al congreso de Perú que se reuniera el 10 de febrero de 1825, momento en el que presentó su renuncia y felicitó al país por no contar ya con un dictador. Pero a los peruanos les encantaban los vencedores y no le dejaron marchar; de inmediato el congreso le concedió la autoridad suprema tanto a nivel político como militar hasta su próxima cita en 1826. Bolívar se mantuvo frío y razonable, y conservó su panoplia de poderes. Y al mismo tiempo le recordó a Santander su lugar en la jerarquía de la revolución: «Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios … Yo soy el hombre de las dificultades, usted el hombre de las leyes y Sucre el hombre de la guerra».[92] El significado de ello era claro: Bolívar estaba por encima de él, era quien resolvía los grandes problemas. Mientras Santander administraba, él estaba al mando.

El día de Navidad Bolívar proclamó la victoria: «¡Soldados! La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores». Y el 27 de diciembre declaró que «esta gloriosa batalla se debe

exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José de Sucre, y demás generales, jefes, oficiales y tropa», decretó honores para los vencedores y nombró a Sucre gran mariscal, un rango peruano que lo ponía más allá del control de la mentalidad pequeña de Bogotá. [93] Fue generoso al reconocer el papel desempeñado por Sucre y escribió un texto sobre su vida y sus logros, en el que concluye que «la batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre … La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí». [94] Pronto el gran mariscal llevaría la guerra al Alto Perú y a Potosí, aunque pasaría un año antes de que Callao, el puerto de Lima, capitulara el 23 de enero de 1826, tras un sitio prolongado y costoso.

«Aquéllos fueron días gloriosos en la vida del Libertador», comenta O'Leary al recordar la época que siguió a la batalla de Ayacucho, cuando Colombia y Perú competían en sus elogios e inclusos sus enemigos dejaron de calumniarle. [95] Bolívar dedicó la primera parte de 1825 a la administración civil, labor en la que buscó aplicar los principios republicanos de libertad e igualdad a la reforma de las instituciones políticas, jurídicas y económicas, y que incluyó la creación de un sistema escolar inspirado en el modelo de Lancaster. El congreso peruano lo premió con un millón de pesos, que aceptó sólo con la condición de que se destinara a obras de caridad en Venezuela. En Perú vivió como un príncipe en una hacienda a las afueras de Lima. La Magdalena fue su palacio, Manuela su amante, los peruanos sus admiradores, los poetas sus aduladores. Los grupos de interés y de presión acudían a presentarle sus propuestas, las mujeres a disfrutar de su compañía, los mensajeros a traer y llevar el correo. Todo eso le encantaba. Era el centro del mundo, seducido aunque no saciado por el éxito. ¿Qué otra cosa podía querer? ¿Acción y gloria en toda Latinoamérica, dondequiera que hubiese peligro? Sin embargo, su propia revolución aún le necesitaba.

En abril abandonó Lima y se trasladó a Arequipa con un equipo itinerante de colaboradores políticos y militares, y una biblioteca móvil que incluía obras de Helvétius, Montesquieu, Napoleón, De Pradt y Bentham. Pero dejó a Manuela con el corazón entristecido,

aceptando las limitaciones que les imponía su matrimonio. Entre los banquetes y los bailes en su honor, Bolívar tuvo aún tiempo para dejar su huella como ministro reformista, administrador de justicia y buen gobernante. De igual modo recordó al obispo que su deber era predicar los principios republicanos, no los monárquicos, de manera que la gente supiera que la religión no la privaba de sus derechos naturales. [96] Con todo, su régimen civil en Perú habría requerido de un ejército de burócratas bolivarianos para funcionar de manera adecuada, y, en su ausencia, muchas de las reformas que había proyectado no llegaron a ponerse en práctica. Cuando cruzó la cordillera de Cuzco su avance no sólo se vio retrazado por los efectos del soroche a una altitud por encima de los tres mil metros, sino por el aislamiento de los departamentos de las montañas, separados por completo de la costa. En un esfuerzo de mejorar las comunicaciones ordenó la construcción de tres carreteras que llegaran a Cuzco y Puno y esbozó las rutas que éstas debían seguir, por desgracia, una vez partió, el proyecto fue descuidado.

La antigua capital de los incas, que Bolívar consideraba un monumento a una historia noble y un símbolo de una injusticia histórica, le recibió también como un héroe, una bienvenida insuperable en términos de ceremonia y generosidad, a lo que el Libertador respondió con políticas ilustradas en materia de educación, reformas sociales y bienestar indígena, en particular al poner fin a los trabajos forzados y otras desigualdades. [97] Los observadores habrían podido sacar dos conclusiones a partir del programa de Bolívar en Cuzco. En aquellos aspectos en los que los intereses creados eran lo suficientemente fuertes para oponer resistencia a la innovación (por ejemplo, el uso de mano de obra indígena por parte de la élite terrateniente) las reformas se ignoraron o se diluyeron. Pero allí donde éstas se dirigieron a instituciones tradicionales que no disfrutaban ya del prestigio y los recursos de épocas anteriores la modernización fue posible. Así, el concepto republicano de libertad en tanto opuesto al de obediencia y la idea de acción de Estado como algo diferente a la caridad socavaron los conventos de Cuzco cuando Bolívar promulgó decretos sobre el cuidado de los huérfanos, la educación estatal de los niños y la creación de una nueva escuela para niñas, que habían de financiarse con propiedades y rentas expropiadas a éstos. [98] En

la visión del mundo de Bolívar había tanto ganadores como perdedores. Y, desde la sierra, su concepción de Perú era ahora más benigna. Después de dos años de confusión escribió a su amigo Fernando Peñalver: «Este país actualmente está más tranquilo que Colombia, y tiene por sus libertadores un respeto y una gratitud admirables». [99] También tuvo tiempo para criticar una oda escrita por el poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo y de aconsejarle usar como modelo a Alexander Pope, cuya traducción de la *Iliada* parece haber conocido. [100]

Desde Cuzco y sus lugares históricos, el Libertador viajó hacia el sur, recorriendo a su paso otros centros del Imperio inca hasta llegar a Puno y el lago Titicaca, y a principios de agosto emprendió su último viaje de liberación. El general Sucre se encontraría con él en Zepita y juntos cruzarían el Desaguadero para adentrarse en el Alto Perú.

Capítulo 9

EL HOMBRE DE LAS DIFICULTADES

Al otro lado del Desaguadero

La liberación fue una empresa rodante. Desde Venezuela, las conquistas se sucedían una a otra y siempre había un nuevo objetivo a la vista. En estas campañas consecutivas, Bolívar supo usar su capacidad para pensar en grande, su talento para la improvisación detallada y su voluntad indomable. Bajo su dirección, la revolución siguió adelante durante quince años de lento pero seguro avance contra el Imperio español. No obstante, las fronteras de la liberación tenían un límite, y los ejércitos enemigos, un final. La última victoria puso fin al avance, y cuando los libertadores se detuvieron y miraron a su alrededor no vieron ya españoles, sino americanos. El escenario cambió y la liberación dio paso a la reconstrucción. La construcción del Estado también entraba dentro de las competencias del Libertador, una nueva ocasión para la gloria, pero los enemigos eran nuevos y el desafío que suponían diferente. Fue un cruel sino el que en el mundo que había creado nadie fuera su igual y cualquiera pudiera convertirse en su crítico. Al describirse a sí mismo a Santander como «el hombre de las dificultades», Bolívar había pronosticado lo que ocurriría en 1826, el año que supuso el fin de la revolución y el comienzo de los problemas de la posguerra, sus problemas.

El último ejército de ocupación español se encontraba en el Alto Perú. Había rechazado los intentos de Buenos Aires de exportar la Revolución de Mayo, cuyas doctrinas liberales no entusiasmaron a unos criollos que eran renuentes a subvertir una sociedad en la que

los indígenas los superaban en número en una proporción vastísima. La resistencia se mantuvo viva gracias a grupos de guerrilleros mestizos que peleaban no tanto por la independencia nacional como por liberarse de controles externos, se tratara de españoles o argentinos; antes de 1819 ellos ni siquiera habían oído hablar de Bolívar.[1] A diferencia de los criollos y los mestizos, los indígenas habían elegido bando no por motivos individuales, sino en conformidad con las alianzas tradicionales, bien fuera con los realistas o con los jefes guerrilleros, y, por lo general, preferían evitar una guerra con la que no tenían nada que ganar. Mientras los dirigentes peninsulares peleaban con Bolívar en el Bajo Perú, las fuerzas españolas quedaron al mando de severos oficiales criollos que apoyaban la causa española. La mayoría de la élite criolla también respaldaba esa causa o, al menos, no se oponía a ella. En 1823, cuando el general Santa Cruz, un mestizo de La Paz que antes había sido partidario de los realistas, invadió el Alto Perú, advirtió que la liberación carecía de apoyo en el país y, rodeado por las fuerzas españolas, tuvo que retirarse con rapidez.

El líder de los conservadores del Alto Perú era Pedro Antonio Olañeta, un comandante más realista que el virrey, más absolutista que el rey y enemigo de todos los liberales, fueran estos generales españoles o líderes republicanos. Renegaba del virrey La Serna y había declarado que estaba dispuesto a morir por el rey y la religión. Su rebelión dividió el frente español y obligó a la élites del Alto Perú a tomar decisiones incómodas. En su elección se impuso más el oportunismo que las convicciones. Convencidas de que el último bastión español en América estaba condenado, querían un régimen alternativo que defendiera sus intereses y les permitiera conservar las tierras y el control sobre la mano de obra indígena. Por tanto, se mostraron partidarios de una forma de autonomía para el Alto Perú. ¿Era eso lo que representaba Olañeta, el autoproclamado portavoz de la monarquía absoluta? ¿O Bolívar, que traería consigo una república liberal? La respuesta llegaría en el campo de batalla.

Después de Ayacucho, Bolívar encomendó la liberación del Alto Perú a Sucre. El gran mariscal barrió con rapidez los restos del dominio español en la sierra, entró en Cuzco el 24 de diciembre de 1824 y cruzó el Desaguadero para avanzar con cautela en el Alto

Perú, negociando con Olañeta al mismo tiempo que iba ocupando el territorio. En este momento los hombres de Olañeta habían empezado a desertar en grandes cantidades en respuesta a la llamada de Sucre, que los invitaba a unirse al ejército libertador. Los criollos también tenían que decidirse y elegir entre su lealtad a un rey distante o el reconocimiento del poder inmediato de Bolívar y Sucre. Olañeta optó por el rey. Pero la mayoría de los criollos prefirieron estar con el bando vencedor y prácticamente heredaron una revolución que no habían hecho. Cochabamba, La Paz, y otras ciudades proclamaron su fidelidad a los libertadores. Y, finalmente, Olañeta, que había quedado arrinconado y aislado, recibió una herida mortal en la batalla de Tumusla (1 de abril de 1825) y sus tropas fueron derrotadas. Ésta fue la última batalla de la revolución suramericana, y tras ella Sucre ocupó Potosí, el que había sido el tesoro de España, como lo llamaba Bolívar, durante cerca de trescientos años.

¿Qué era el Alto Perú? ¿Una nación? ¿Un pueblo? ¿Una provincia? En La Paz, Sucre promulgó un decreto (el 9 de febrero de 1825) en el que proclamaba la independencia virtual del Alto Perú. El ejército, insistió, había venido para liberar no para gobernar. El Alto Perú no podía continuar dependiendo de Buenos Aires, pues este último no poseía un gobierno en el que estas provincias estuvieran legalmente representadas; en última instancia la solución habría de basarse en la decisión que adoptaran las provincias y en acuerdo entre Perú y Buenos Aires. Entre tanto, el Alto Perú continuaría bajo la autoridad del comandante del ejército libertador hasta que una asamblea general decidiera la forma de gobierno. Sucre creía, con alguna justificación, que este decreto encarnaba el pensamiento político de su líder. Pero Bolívar, el libertador profesional, desaprobó la iniciativa y le recordó que él era el jefe de un ejército, no el encargado de otorgar derechos políticos y, que en cualquier caso, había violado el principio del *uti possidetis*, de acuerdo con el cual los nuevos Estados heredaban las jurisdicciones territoriales de las principales unidades administrativas del período colonial.[2] Desde Lima, el Libertador compartió sus ideas con Santander:

> El Alto Perú pertenece de derecho al Río de la Plata, de hecho a España, de voluntad a la independencia de sus hijos

> que quieren su Estado aparte y de pretensión pertenece al Perú, que lo ha poseído antes, y lo quiere ahora … Entregarlo al Río de la Plata es entregarlo al gobierno de la anarquía. Entregarlo al Perú es una violación del derecho público que hemos establecido, y formar una nueva república, como los habitantes desean, es una innovación de que yo no me quiero encargar y que sólo pertenece a una asamblea de americanos. [3]

Con todo, tres meses después, cuando probablemente ya había perdonado a Sucre por haber usurpado su papel, ratificó el decreto del 9 de febrero. Sus razones eran convincentes: sabía que ni Argentina ni Perú estarían de acuerdo con que fuera el otro el que se apoderara de este territorio; él mismo no quería aumentar el poder de ningún país concediéndole una valiosísima región minera, y tomaba en cuenta la opinión del mismo Alto Perú.

¿Qué significaba la revolución bolivariana para su recluta más reciente? ¿Era realmente bolivariano? Una asamblea «representativa» se reunió el 10 de julio de 1825 en Chuquisaca, la ciudad de los cuatro nombres. [4] Había cuarenta y ocho delegados para un país que tenía bastante más de un millón de habitantes. Éstos habían sido elegidos por un sistema de sufragio complejo y restrictivo que incluía pruebas de propiedad y de alfabetización, por lo que una provincia como Santa Cruz, pese a ser de las más grandes, había visto penalizada su altísima tasa de analfabetismo y sólo tenía dos diputados. Por lo menos treinta de los diputados se habían graduado en la Universidad de Chuquisaca, en cuyos salones se reunió la asamblea. Y sólo dos, ambos líderes guerrilleros, habían peleado de verdad en la guerra. De este modo, la aristocracia criolla recibió la herencia de una guerra en la que no se había implicado y reemplazó a los españoles en una jerarquía social (de caballeros, cholos e indios) que perduraría durante muchas generaciones. La asamblea fue un encuentro de la élite local, de hombres como Casimiro Olañeta, sobrino del general, que primero habían sido realistas, luego olañetistas y sólo se habían vuelto partidarios de la independencia en el último minuto, y que además no representaban a una nación, sino a una clase dirigente. Para ellos la independencia significaba control sobre la política y clientelismo: únicamente podían aspirar a gobernar en el Alto Perú y estaban decididos a que

sólo ellos debían gobernar allí. La asamblea declaró la independencia el 6 de agosto y la nueva república adoptó el nombre de Bolívar, que posteriormente cambió por Bolivia, y nombró al Libertador jefe supremo del poder ejecutivo. Los diputados, además, le pidieron que redactara la constitución de la nación. Bolívar iba de camino de Cuzco a Puno cuando conoció estas decisiones y se apresuró a dar la bienvenida al nuevo país.

Cuando Bolívar se acercaba a Bolivia, Sucre acudió a se encuentro al norte del Desaguadero. Ai descender de su caballo para saludar al Libertador su espada se salió de su vaina y cayó al suelo, y en la noche comentaría a O'Leary que eso era un mal presagio. Al otro día, uno de sus sirvientes se comportó de forma insolente, y al sacar su espada para golpearlo con la cara de la hoja ésta se rompió. «Éste es un presagio aún peor —anotó O'Leary—, ahora comienzan vuestras desgracias». «En eso estaba pensando», le respondió Sucre.[5] Desgracia habría, pero por el momento el futuro inmediato parecía bueno. O al menos así lo pensaba el Libertador. Las maravillas naturales del sur de los Andes animaron su espíritu y, mientras pasaba bajo los arcos que se habían erigido en su honor a lo largo de los caminos de las montañas, le habló a su Estado Mayor sobre la envidia que le había producido la marcha triunfal del emperador Napoleón sobre los Alpes. En La Paz, a donde llegó el 18 de agosto, recibió una calurosa bienvenida. Y, cuando le regalaron una corona de oro con diamantes incrustados, se la entregó a Sucre: «Esta recompensa toca al vencedor y, como tal, la traspaso al héroe de Ayacucho».[6] La ciudad, por su parte, obtuvo algunos de los beneficios de su pensamiento liberal en lo relativo a las reformas administrativas y los abusos del clero, aunque no todos ellos fueron de inmediato acogidos con agrado. Bolívar dejó La Paz el 20 de septiembre para cruzar el altiplano en dirección a Oruro y, tras atravesar una sucesión de montañas, cada una de las cuales parecía aún más alta que la anterior, llegó por fin a Potosí. Allí el prefecto de la ciudad, el general William Miller, un veterano inglés del ejército de los Andes, le ofreció una recepción espléndida que incluyó diversos

espectáculos y desfiles indígenas llenos de colorido.[7] Además, el Libertador fue importunado por dos enviados del gobierno argentino que querían la ayuda de las fuerzas colombianas para una guerra contra Brasil, un proyecto que no entraba dentro de los intereses de Colombia ni de los suyos, pero que abordó con diplomacia y tacto. Un inglés que por entonces se encontraba de visita en Potosí, el capitán Joseph Andrews, quien estaba viajando en representación de la Chilean and Peruvian Mining Association, encontró al Libertador tenso, agobiado y cansado, su frente era la de alguien preocupado, su mirada era penetrante y hablaba de prisa; no obstante, resultaba fácil acercársele con un «apretón de manos inglés, directo y cordial».[8]

Pese a que su salud era precaria desde hacía tiempo, a Bolívar nunca le desalentaron las alturas y nunca sintió aversión por los triunfos. Tras una dura subida en mula y una etapa final a pie, acompañado por Sucre y sus colaboradores, llegó a la cima de la gran montaña de plata, un símbolo de la riqueza y poder imperiales y el trofeo supremo de la revolución. En los helados vientos de la cumbre, desplegaron las banderas de Colombia, Perú y Argentina, las insignias de la independencia, y brindaron por la revolución americana. Para todos los que estuvieron presentes, fue un acontecimiento histórico, en especial para el mismo Libertador. Mientras miraba al norte a lo largo del frío páramo y más allá de la cordillera Central, imaginó el relato de su odisea, desde las orillas del Orinoco y las costas del mar Caribe, pasando por las grandes llanuras de Venezuela, los picos y los valles de Colombia y Ecuador, hasta llegar a los maravillosos paisajes de Perú. En ese momento, pasaron por su mente quince años de marchas y batallas, de fracasos y éxitos, de amarguras y placeres, quince años de gloria.[9]

Un momento emotivo, pero no uno que hubiera que prolongar. Siguiendo con su costumbre habitual (conquistar, pronunciarse y partir), dejó a Sucre a cargo del gobierno de Bolivia, pese a sus protestas, y regresó a Lima para proseguir su vida política. Si hemos de creer en la leyenda, Bolívar dejó atrás también un amor fugaz, María Costa, esposa de un general argentino y, a su debido tiempo, un vástago secreto, José Antonio, que afirmaba ser hijo de Simón Bolívar.[10] Su viaje lo llevó a Chuquisaca, donde redactó a toda prisa un decreto en el que se prohibía la circulación de

publicaciones obscenas «que corrompen las costumbres de los ciudadanos y los conducen a la inmoralidad», aplazó la siguiente reunión de la asamblea general para el 25 de mayo de 1826 y delegó en Sucre la máxima autoridad. [11] Luego fue a Cochabamba y a Arica, donde el 2 de febrero de 1826 se embarcó en el *Chimborazo*, para llegar a Chorrillos la noche del día 7; el viaje desde allí hasta el norte de Lima y su residencia de La Magdalena era corto. El día 10 hizo su entrada pública en Lima entre vítores de la multitud, banderas y arcos del triunfo, una bienvenida que los limeños rara vez extendieron a los suyos.

Para entonces ya había empezado a reunir documentos, apuntes y pensamientos con miras a la constitución que llevaría su nombre. Y en un estado de gran euforia comenzó a ponerlos sobre el papel: «Esta República Boliviana tiene para mí un encanto particular. Primero: su nombre y después todas sus ventajas, sin un solo escollo; parece mandada hacer a mano. Cuánto más medito sobre la suerte de este país, tanto más me parece una pequeña maravilla». [12] El encargo le llenaba de orgullo: «el honor más grande a que podía aspirar un mortal, el de dar su nombre a un pueblo entero. Aun cuando yo no hubiese recibido, ni recibiese otra demostración pública, ésta basta para llenar mi alma y mi corazón». [13] La tarea de legislar para la administración de un pueblo libre, sostuvo, era ardua y difícil e invirtió en ella cuanto tenía. El 12 de mayo, una vez terminado el texto, lo envió no a través del servicio postal, sino confiada al coronel William Ferguson y al capitán Belford Hinton Wilson, quienes para entregar la constitución a Sucre en Chuquisaca realizaron el recorrido de casi tres mil kilómetros en un viaje épico de veintiún días. [14] El 18 de mayo, Perú reconoció la independencia de Bolivia.

La ilustración bolivariana

A medida que se acercaba el final definitivo de la revolución, la idea de que América necesitaba un gobierno fuerte obsesionaba a Bolívar, y fue desde esta preocupación que esbozó la constitución boliviana. [15] Esta representaba la culminación de su pensamiento político, «su gran idea», escrita en su madurez, cuando la guerra

había terminado y la paz esperaba consolidarse. El equilibrio entre la tiranía y la anarquía que tanto le había inquietado a lo largo de toda su vida se inclinaba ahora inequívocamente del lado de la autoridad. El Libertador contó al cónsul británico en Lima que «su corazón siempre latía a favor de la libertad, pero que su cabeza siempre se inclinaba hacia la aristocracia … si los principios de la libertad se introducían con demasiada rapidez, la anarquía y la destrucción de los pobladores blancos serían las consecuencias inevitables». [16] Bolívar, como explica O'Leary, buscaba «un sistema capaz de dominar las revoluciones y no teorías que las fomentasen; pues el espíritu fatal de una mal entendida democracia, que había producido ya tantos males en América, debía refrenarse para impedir sus efectos». [17]

La nueva constitución preservaba la división de poderes clásica (legislativo, ejecutivo y judicial) y añadía uno más, el electoral, que permitía a los grupos de ciudadanos de cada provincia nombrar electores que formaban colegios encargados de elegir representantes y nombrar a los alcaldes y los jueces. El poder legislativo se dividía en tres órganos compuestos por tribunos, senadores y censores, todos ellos elegidos por el voto popular. Los tribunos se encargaban de iniciar las leyes relativas a las cuestiones financieras y a las principales cuestiones políticas; los senadores eran los guardianes de la ley y se ocupaban de los reglamentos eclesiásticos; los censores eran los responsables de la preservación de las libertades civiles, la cultura y la constitución (con lo que resucitaba su anterior y problemática idea de un «poder moral»). La presidencia debía ser vitalicia y quien ocupara el cargo tenía derecho a nombrar a su sucesor; Bolívar consideraba que esto era «la inspiración más sublime en el orden republicano», en el que el presidente era «el sol que firme en su centro da vida al universo». [18] El presidente nombraba al vicepresidente, que detentaba el cargo de primer ministro y podía suceder al presidente: «por estas providencias se evitan las elecciones, que producen el grande azote de las repúblicas, la anarquía». Siete años después de haber declarado en Angostura que «la continuación de la autoridad en un mismo individuo frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los

sistemas populares», estas ideas eran una clara medida de su desilusión.

La constitución, insistía Bolívar de manera justificada, era un documento liberal. Salvaguardaba los derechos civiles (a la libertad, la igualdad, la seguridad y la propiedad) y creaba un poder judicial fuerte e independiente. También se consagraba la igualdad. La constitución abolía los privilegios sociales y declaraba a los esclavos libres «en el acto de publicarse esta Constitución». Bolívar estaba al tanto de los problemas que había implícitos en el concepto de libertad. La libertad había dejado de ser en América una cuestión relacionada con la monarquía española para ser asunto del Estado republicano y necesitaba un cimiento sólido. «Dios ha destinado el hombre a la libertad», proclamó Bolívar en su presentación. Teniendo como garantía su origen en el poder de Dios, también era necesario determinar una regla para su limitación, y el límite, en su opinión, lo constituían las exigencias del interés y la seguridad públicas. Sin embargo, la libertad que le interesaba no era sólo teórica: el Libertador buscaba una libertad aplicada que influyera en la vida de la sociedad. Ésta era la justificación básica para las instituciones fuertes e inflexibles que establecía la constitución.

Algunos observadores estaban realmente impresionados. El cónsul británico pensaba que el texto se basaba «visiblemente en los fundamentos de la constitución británica», al posibilitar una «libertad útil» y evitar «cualquier exceso dañino del poder popular». [19] En Londres, sir Robert Wilson, el amigo de Bolívar, señaló que las críticas a la constitución en Norteamérica no eran una sorpresa viniendo de un Estado en que la esclavitud estaba tan arraigada, pero que la opinión ilustrada la veía de forma cada vez más favorable. [20] El mismo Bolívar afirmó que los límites constitucionales al poder presidencial eran «los más estrechos que se conocen», estando el presidente limitado por sus ministros, que a su vez tenían que dar cuentas a los censores y estaban sometidos al escrutinio de los legisladores. El Libertador previno a los bolivianos contra «dos monstruosos enemigos que recíprocamente se combaten, y ambos os atacarán a la vez: *la tiranía y la anarquía* forman un inmenso océano de opresión, que rodea a una pequeña isla de libertad». Su salvación eran las instituciones y libertades consagradas en su constitución.

Sin embargo, la constitución quedó marcada por su concepción del poder ejecutivo, una presidencia vitalicia con derecho a elegir a su sucesor.[21] Sucre, un hombre que tenía sus propias ideas y en cuya opinión no podía influirse fácilmente, apoyó el documento y la idea de presidencia vitalicia, pero sabía que éste era un aspecto polémico: «Creo necesaria la presencia de U. para apoyar el proyecto de la constitución, pues el artículo esencial del presidente vitalicio tiene mil y mil dificultades y dudo mucho que pase».[22] En otras palabras, había en el congreso quienes se oponían a la propuesta y algunos de ellos presentaron argumentos razonables en su contra, pues temían que el presidente vitalicio se transformara en un monarca republicano y que el régimen degenerara en una monarquía hereditaria. El mismo Sucre, consciente de que él era el designado, sugirió que el primer presidente fuera elegido por el voto popular y no simplemente por el congreso.[23] Al final, se aceptó el artículo sin enmiendas. Otro encendido debate giró en torno a la concesión del voto a los indígenas, pues la constitución excluía de este derecho a los analfabetos. Se sostuvo que si la soberanía residía en el pueblo y dos terceras partes de los bolivianos eran indios, no era justo que se los excluyera; mientras unos anotaban que la educación podía contribuir a mejorar las capacidades del pueblo, otros señalaban que la ignorancia impedía la participación política. Se alcanzó un compromiso cuando el congreso acordó que el requisito de la alfabetización debía posponerse hasta 1835.[24] Sobre la religión no hubo acuerdo posible. Bolívar quería excluir toda referencia al tema pero el congreso insistió en que la religión católica debía definirse como la única religión de la república.

Muchos americanos, tanto conservadores como liberales, reaccionaron indignados ante la idea de un presidente vitalicio. No hay duda de que la aterradora anarquía de la que Bolívar había sido testigo en Perú y los obstáculos para que Bolivia alcanzara la estabilidad contribuyen a explicar el hecho de que hubiera elegido esta opción. Pero no deja de ser cierto que además estaba ansioso por exportar la constitución a otros países americanos. En Suramérica aparecieron cinco ediciones con bastante rapidez, y Bolívar envió copias de ella a sus amigos, colegas y enemigos por toda Colombia. Páez estaba en la lista. Hubo una edición londinense

dirigida a su potencia favorita, a la que esperaba sumar a su causa. El Libertador la consideraba «el arca de la alianza y la transacción de la Europa con la América, del ejército con el pueblo, de la democracia con la aristocracia y del imperio con la república». [25] Y, al recomendarla a un público más amplio, aseguró que en su proyecto estaban «reunidos todos los encantos de la federación, toda la solidez del gobierno central y toda la estabilidad de los gobiernos monárquicos». [26] De hecho, la noción de presidencia vitalicia era algo de lo que se sentía particularmente orgulloso y estaba convencido de que era superior a la monarquía hereditaria, pues cuando el presidente nombraba a su sucesor lo convertía en gobernante por sus méritos y no por derecho hereditario. Según O'Leary, lejos de representar un peligro para la libertad, la constitución boliviana era una gran defensa de ésta y una garantía, pues libraba al pueblo de la anarquía y la revolución. Esto es algo que puede advertirse en el mensaje que acompañaba el proyecto de la carta magna: «El que lo escribió, abogó por la causa de la libertad con elevadísima elocuencia desde su gabinete, después de haber sido su adalid más insigne en los campos de batalla». [27]

Bolívar tenía una concepción muy personal del poder y siempre consideró necesario actuar de acuerdo con su voluntad individual, no sólo en las campañas militares, sino también en la construcción del Estado. Un gobierno activo tenía que ser fuerte y estar libre de impedimentos. Personalmente siempre quiso tener la libertad de salirse de los estrechos marcos del control institucional para imponer su voluntad, bien fuera en el campo de batalla o en el sillón presidencial, y para ello necesitaba poder absoluto. La constitución boliviana también debe juzgarse en términos de función. Bolívar nunca consideró la libertad como un fin en sí mismo. Para él, la cuestión siempre planteaba una pregunta adicional: ¿libertad para qué? En su concepción el gobierno no desempeñaba un papel meramente pasivo, de defensa de los derechos, preservación de los privilegios y administración del clientelismo. El gobierno existía para aumentar al máximo la felicidad humana, y su función era tanto establecer políticas como satisfacer los intereses de sus ciudadanos. El Libertador no sería el último que aprendería que los nuevos países tienen una necesidad especial de gobiernos fuertes capaces de ser instrumentos de

reforma eficaces. En su mente no había duda alguna sobre el hecho de que su constitución era liberal y reformista, «más liberal que la de Colombia, pero también más durable», al incluir la abolición incondicional de la esclavitud y la revocación de todos los privilegios. Bolivia podía aspirar a ser un modelo del Estado bolivariano. En un remoto rincón de los Andes, lejos de su Venezuela natal, Bolívar y Sucre comenzaron la aventura histórica de construir un Estado, teniendo como punto de partida no una tabla rasa, sino por lo menos un orden del día propio.

Bolívar consideraba que Sucre era el único hombre capaz y digno de ejercer la presidencia vitalicia. Pero Sucre no la quería y, en 1826, cuando el congreso boliviano adoptó la constitución y le eligió para el cargo (el 28 de octubre), sólo se comprometió a mantenerlo hasta 1828. Lo que más deseaba era regresar a Quito y casarse con su prometida, Mariana Carcelán y Larrea, marquesa de Solanda, pero, en lugar de ello, cumplió con su tarea y convirtió su régimen en Bolivia en un modelo de absolutismo ilustrado, poniendo en práctica un modo de buscar el desarrollo económico y la reforma social que reflejaba las ideas de Bolívar. Tal fue al menos su política, si no su logro. Los obstáculos al cambio eran muchos y poderosos, y el mismo Bolívar los había encontrado ya en otras partes de Suramérica. Los criollos eran conservadores; sus horizontes económicos estaban limitados por unas haciendas estancadas, sus valores de rentistas y su ejercicio de los cargos públicos, y sus opiniones sociales se encontraban ligadas a una desigualdad profunda e inamovible. Siendo dominantes en el congreso, modificaron algunos de los detalles eclesiásticos y electorales de la constitución, reduciendo su carácter liberal. La guerra había propinado un golpe adicional a una economía que era ya deficiente, y la fuga de la mano de obra india y del capital blanco habían llevado a la minería y la agricultura prácticamente a un punto muerto. Para construir una economía nacional. Sucre tenía que conseguir más ingresos, por lo que su primera labor fue idear un sistema de impuestos más equitativo y productivo. En 1826, el congreso abolió la alcabala y redujo otros impuestos sobre productos de consumo vitales. Esto respondía a sus propios intereses. La verdadera prueba llegó con los impuestos directos. El mismo Bolívar abolió el tributo indígena mediante decreto el 22 de

diciembre de 1825. Fue sustituido por un impuesto sobre la renta y otro impuesto sobre las propiedades, un alejamiento revolucionario de los privilegios fiscales de los que habían disfrutado durante tanto tiempo los blancos y los mestizos asimilados. Todos ellos opusieron una resistencia pertinaz a la nueva política y emprendieron una campaña sin escrúpulos para resucitar el sistema de impuestos de la colonia. En Cochabamba, el «pueblo bajo» acosó a los funcionarios del censo, cerrando sus puertas el tiempo suficiente para que los ocupantes consiguieran escapar por la parte de atrás. [28] En julio de 1826 se restauró el tributo indígena, y en diciembre del mismo año se abolieron los impuestos sobre la renta y la propiedad. Al cabo de un año, por tanto, el país había regresado a la estructura fiscal del período colonial, un sistema discriminador y nada igualitario. Como anotó Sucre, las clases oprimidas estaban divididas y enfrentadas entre sí: «los cholos no quieren igualarse a los indios, y aun estos mismos tienen entre sí distinciones». [29]

Sin embargo, Bolivia tenía un gran recurso, la plata, y la cuestión era poder aprovecharlo. La industria requería grandes inversiones de capital para ampliar sus operaciones, conseguir maquinaría y realizar labores de drenaje. Para esto era necesario dirigirse al extranjero, lo que significaba el mercado de dinero londinense, donde El Dorado de Potosí estimulaba la imaginación y nublaba las mentes de los inversores. El 2 de agosto de 1825, Bolívar ordenó mediante un decreto que todas las minas abandonadas o que no estuvieran siendo explotadas se revirtieran al Estado para su arriendo o subasta. El cónsul británico calculó que de este modo pasaron a ser de propiedad pública minas por un valor de cinco millones de pesos. [30] Aplicada en tiempos de paz, la nueva ley fue suficiente para provocar un aumento modesto en la producción de plata desde 1825, y la acuñación de monedas también experimentó una mejoría. El general Miller, prefecto del departamento de Potosí, informó que de 1810 a 1825 la ceca acuñó anualmente una media de no más de medio millón de dólares; mientras que, tras la liberación, durante los primeros cinco meses, produjo más de un millón. [31]

Los inversores extranjeros preveían resultados todavía más espectaculares. Entre 1824 y 1825, una fiebre especulativa condujo en Londres a la creación de veintiséis asociaciones mineras para

explotar las minas hispanoamericanas. [32] De todas ellas la Potosí, La Paz and Peruvian Mining Association fue la que consiguió reunir más capital y obtener más apoyos; tenía seis miembros del parlamento en su consejo y contaba con James Paroissien como representante. Bolivia acogió muy bien a los enviados de la compañía, a la que se autorizó la compra de minas e instalaciones relacionadas y a la que la ley prometió protección total, así como muchos privilegios fiscales. Sin embargo, en Londres, a la especulación ignorante e imprudente siguió un estrepitoso descalabro; en diciembre de 1825, cuando el mercado de dinero se colapso, el flujo de capital se acabó y a la compañía le resultó imposible cumplir con sus obligaciones en Suramérica. Esto hizo que las operaciones mineras se detuvieran de forma abrupta; sobre la maquinaria, los equipamientos y los suministros que se encontraban en el puerto de Arica recayó un embargo oficial, y la compañía se vio obligada a la liquidación, víctima de una inversión de capital inadecuada, de la extravagancia de sus representantes, de la falta de mano de obra especializada y de una tecnología inferior. Básicamente, el problema fue que los ingleses habían esperado obtener ganancias enormes invirtiendo demasiado poco. [33] El desplome de la Potosí Mining Association puso fin a las perspectivas de un mejoramiento sustancial de la producción de plata boliviana. La carencia de recursos por parte del gobierno era, por tanto, enorme, y no contaba con ingresos para invertir en reformas económicas y sociales, carreteras, escuelas y obras públicas. El país estaba en la bancarrota y su situación era desesperada, pues carecía de un elemento básico para el desarrollo, un puerto de entrada y salida independiente de otros países. El gobierno intentó sin éxito comprar Arica a Perú. Luego buscó adecuar el puerto de Cobija, al que Bolívar rebautizó como Puerto de La Mar. Pero, a pesar de contar con unos aranceles competitivos, era improbable que se lo pudiera convertir en un lugar apropiado para el comercio internacional: se encontraba a unos ochocientos kilómetros de Potosí, en el borde del desierto de Atacama, y carecía de carreteras, gente y agua. [34]

Al igual que su equivalente peruana, la aristocracia boliviana monopolizaba los pocos recursos con los que contaba el país y continuó ejerciendo un control inexorable sobre la tierra y la mano

de obra. A comienzos del siglo XIX, los indígenas constituían el 80 por 100 de la población boliviana.[35] Y en vísperas de la independencia estaban todavía sometidos a la mita, el repartimiento, el tributo, las comisiones y los diezmos parroquiales, el pongueaje (forma de servidumbre forzada y gratuita) y otros servicios personales, y al trabajo agrícola en las tierras de los blancos. Las condiciones de los indios de las comunidades quizá eran peores que las de quienes trabajaban en las haciendas, pues estaban obligados a realizar trabajos personales a múltiples autoridades y funcionarios. La independencia de algún modo mejoró su estatus. Se abolió la mita y, a diferencia del tributo, no volvió a reaparecer después. En agosto de 1825, Bolívar proclamó en La Paz la política que ya había intentado poner en práctica en Perú. Abolió el servicio personal y declaró a todos los ciudadanos iguales. Pero los criollos no cooperaron, y los indígenas, desconfiados, no respondieron con rapidez, ya que temían que estas medidas no fueran más que trampas de los blancos crueles para someterlos aún más. Los resultados, por tanto, fueron insignificantes. «Sus prejuicios y timidez y los intereses de aquellos que todavía mantenían el engaño para beneficiarse de su trabajo gratuito se combinaron para contrarrestar las concepciones más benevolentes del gobierno patriota»[36]. Los indígenas bolivianos continuaron siendo explotados por los blancos en contra del espíritu de las nuevas leyes, y su dependencia de los hacendados para obtener terrenos, cuyo arriendo pagaban sirviendo en las tierras y las casas de sus patrones, fue aumentando cada vez más.

En 1825 Bolívar intentó cambiar de algún modo la situación del campo al promulgar un decreto con el objetivo de distribuir tierras estatales preferiblemente entre «los indígenas y los que hayan acreditado mayor decisión por la causa de la independencia, o que hayan sido perjudicados por este principio».[37] Pero dado que la miseria rural era peor en Bolivia que en Colombia, el escenario de su primer experimento de este tipo, decretó que la tierra debía distribuirse a todos los que tuvieran necesidad de ella y no sólo entre los veteranos del ejército: «Cada individuo, de cualquier sexo o edad que sea, recibirá una fanegada de tierra en los lugares pingües y regados, y en los lugares privados de riego y estériles recibirá dos». La única condición que se imponía a los beneficiarios

era la de empezar a cultivar sus terrenos en un plazo de un año. Sin embargo, la clase dirigente boliviana saboteó estas reformas, ya que un campesinado libre y con tierras constituía una amenaza para su provisión de trabajadores dependientes. El 20 de septiembre de 1827, el congreso boliviano aprobó una ley que suspendía los decretos bolivarianos relativos a la distribución de la tierra a los indígenas «entre tanto que los prefectos de los departamentos informen sobre el número de ellos y la porción de terrenos sobrantes, para que según su localidad se modifique y asigne lo que a cada uno se le conceptúe necesario». Este era otro modo de decir «no», la palabra oficial de los gobernantes bolivianos en el tema de la reforma agraria.

La política antiesclavista de Bolívar también eran impopular. En 1825, la asamblea general de Bolivia aprobó una recompensa de un millón de dólares a Bolívar por sus servicios; él aceptó el galardón «sólo con la condición de que el dinero se empleara para comprar la libertad de cerca de mil esclavos negros que existían en Bolivia». [38] La respuesta fue negativa. Pero en 1826 el Libertador volvió al ataque con su constitución, en la que se declaraba bolivianos a «todos los que hasta el día han sido esclavos, y por los mismo quedarán, de hecho, libres en el acto de publicarse esta constitución; por una ley especial se determinará la indemnización que se debe hacer a sus antiguos dueños». Los diputados fingieron acceder a ello, pero en realidad alteraron de forma sustancial el texto de Bolívar; la nueva versión declaraba ciudadanos libres a los antiguos esclavos, pero señalaba que éstos «no podrán abandonar la casa de sus antiguos señores sino en la forma que una ley especial lo determine». [39] Los principales motivos de preocupación eran la cuestión de la mano de obra y las recompensas, pues aunque la agricultura de plantaciones a gran escala no se practicaba en el país, los esclavos se utilizaban en las haciendas y en el servicio doméstico, principalmente en la región de La Paz, y representaban una inversión a la que sus propietarios no estaban dispuestos a renunciar. Según le informó Sucre, querían que «sólo se les dé por indemnización el obligar a los mismos esclavos a que trabajen en las haciendas en que se hallan, como peones». Al parecer, pensaban que eso era «muy generoso», una idea que Bolívar no habría compartido. [40] Esta estratagema fue una aplicación típica de la

abolición en toda Hispanoamérica; la esclavitud no se reemplazó por la libertad, sino por el trabajo servil.

El intento de Bolívar y Sucre de convertir Bolivia en un Estado liberal y próspero fracasó. La utopía política del Libertador también se desvaneció. La educación era un oportunidad pero también un problema. Bolívar había decretado que se crearan escuelas primarias y orfanatos y, mediante sus reformas eclesiásticas, desvió las rentas del clero para su financiación. Sin embargo, también nombró a Simón Rodríguez, su antiguo maestro, a quien seguía profesando una admiración inexplicable, como director de educación pública y supervisor de las instituciones de caridad. De modo que Sucre, que se consumía por la prometida que había dejado en Quito, se encontró con que además de todas sus otras tareas había heredado un profesor loco y sus proyectos chiflados. Pronto empezaría a quejarse de la falta de juicio de don Samuel, como lo llamaba, que había nombrado hordas de maestros sin contar con medios para pagarles y había creado refugios para indigentes con más funcionarios que internos. Rodríguez se convirtió en un lastre y una fuente de problemas; quería independencia para hacer lo que quisiera, insultaba a los nativos, a quienes consideraba unos salvajes ignorantes, y era provocador. Con cautela y temeroso de ofender a Bolívar, Sucre aceptaría finalmente con alivió la renuncia de este personaje irascible e impredecible. El general era consciente de los defectos de lo que denominaba «la educación colonial» que habían recibido, una formación que no preparaba a los americanos en las artes del gobierno y que los ponía en desventaja en el momento de tratar con los europeos. Su propia política de expansión escolar no fue del todo infructuosa, pero el sistema educativo todavía padecía de una financiación insuficiente y de la escasez de maestros y libros. [41]

Bolivia puso de manifiesto los defectos de la modernización bolivariana. Al atacar los privilegios eclesiásticos y promover una reforma fiscal igualitaria, se amenazaba directamente a los principales grupos de interés de la sociedad tradicional, el clero y los terratenientes, en un momento en que el nuevo Estado simplemente carecía del poder para enfrentarse a ellos. [42] El resultado fue el fracaso fiscal y un nuevo obstáculo para el crecimiento económico. El experimento demostró que las

perspectivas de esta nueva república andina, sin recursos naturales y humanos, eran tan desalentadoras como el paisaje del altiplano azotado por el viento. No obstante, sus dirigentes estaban decididos a mantener lo poco que tenían, y si eso era nacionalismo, Sucre no tardó en sentir su impacto. La presencia continuada de tropas colombiana sacó a la superficie sentimientos y pasiones latentes en contra de los extranjeros, que los argentinos y los peruanos, resentidos por considerarse privados de lo que creían era su herencia colonial, hicieron todo lo posible por inflamar. Sucre informó a Bolívar: «los peruanos y porteños adelantan mucho en hacer que el país tome repugnancia a las tropas auxiliares». Y Bolívar terminaría aconsejándole: «Yo en el caso de Ud. no me detendría en el sur, porque a la larga tendremos el defecto de ser venezolanos, así como hemos sido colombianos en el Perú». [43] Todavía ansiosos por volver a anexarse estas provincias, los peruanos no perdieron la oportunidad de aprovechar los sentimientos anticolombianos y, en 1827-1828, combinaron la subversión interna con los ataques desde el exterior. El 18 de abril de 1828, una rebelión en Chuquisaca liderada por un sargento argentino y dos peruanos, apoyada por una invasión procedente de Perú, fue el comienzo del fin de la Ilustración bolivariana en Bolivia. Sucre fue herido gravemente en el brazo derecho al enfrentarse a los primeros rebeldes, y el 7 de julio el gobierno se vio obligado a firmar un acuerdo para la expulsión del ejército boliviano de todos los extranjeros y el retiro inmediato de las tropas colombianas. La ironía no se le escapó a Sucre: tras haber sido un superviviente de la guerra, se había convertido ahora en una baja de la paz. [44] Renunció a la presidencia, sintiéndose pesimista sobre la capacidad de Bolivia para convertirse en una nación viable y, en agosto, emprendió su regreso a casa, ansioso por encontrarse con su nueva esposa, con quien se había casado por poderes en Quito el 20 de abril mientras yacía herido en Chuquisaca. En Bolivia dejó a una compañera, Rosalía Cortés, y un hijo de dos años.

La perdida pureza de sus principios

La euforia de la liberación no perduró. Para los peruanos había sido mortificante ver a chilenos y argentinos entrar en su país como

libertadores, y los colombianos también se quedaron más tiempo del que eran bienvenidos. Durante la guerra, Ninavilca, el líder guerrillero indígena, describió a los colombianos como «una chusma de ladrones» que expoliaba los recursos peruanos, y una vez acabado el conflicto no se hicieron más populares. [45] Los peruanos terminarían detestando la dictadura de Bolívar, y su respuesta a su idea de una confederación de países andinos no fue favorable.

Bolívar sintió toda la fuerza del nacionalismo peruano después de regresar del sur en 1826, si bien no lo entendió como tal y prefirió atribuir la oposición a intereses egoístas que se habían visto afectados por sus reformas radicales de la administración [46] La capitulación de Callao el 23 de enero de 1826 completó su obra como libertador y le permitió enorgullecerse del hecho de que, de su otrora grandioso imperio americano, España sólo conservaba ahora las islas de Cuba y Puerto Rico. Se había ganado unas vacaciones y ahora era libre de regresar a Colombia con su ejército. Pero decidió quedarse. El gobierno estuvo encabezado en un primer momento por el general La Mar y luego por el general Santa Cruz, pero Bolívar siguió siendo el verdadero poder detrás de la administración. Su presencia inquietaba cada vez más a los peruanos, y terminó convirtiéndose en blanco de una conspiración, granjeándose la oposición del congreso y siendo objeto de cada vez mayores críticas por todo el país. Confiado en sus tropas colombianas, Bolívar aplastó la conspiración, intimidó al congreso e ignoró las críticas.

Pero era muy poco lo que podía hacer para cambiar la vida económica y social. Los sostenes tradicionales de la economía y los recursos más importantes del Perú para la exportación, el oro y la plata, se estaban viendo afectados por la depresión de la posguerra; la producción minera había sido golpeada por la desorganización de las comunicaciones y por una grave escasez de mano de obra, mercurio, mulas y capital. El Código Mercantil del 6 de junio de 1826, pese a estar adornado en su presentación por clichés liberales, era en realidad bastante restrictivo. [47] Suprimía las aduanas internas y reducía las alcabalas, pero imponía un impuesto básico del 30 por 100 a todas las importaciones extranjeras, y en el caso de los licores, ciertos textiles, el azúcar y otros artículos que compitieran con la producción nacional se estableció un arancel

proteccionista del 80 por 100, que posteriormente sería aumentado al 90 por 100. Perú no contaba con instituciones capaces de aplicar estas medidas y hacerlas cumplir a lo largo de toda su costa. El arancel, por tanto, no cumplió con ninguna de sus funciones, ya que ni permitió recaudar recursos ni protegió a la producción local; el tesoro público padeció los efectos del contrabando, la economía los del estancamiento y los comerciantes extranjeros los de la corrupción burocrática y los retrasos.

La distribución de los escasos recursos nacionales se realizó de acuerdo con los valores y estructuras que la nación había heredado de la sociedad colonial. La estructura social no experimentó más que un cambio marginal. Los españoles que sobrevivieron a la independencia y permanecieron en el país se integraron en la oligarquía peruana para formar una clase alta que controlaba la tierra y los cargos públicos, y monopolizaba la riqueza, el poder y los privilegios. Los mestizos y los pardos libres de la costa estaban confinados en el sector de los servicios y los talleres locales, y el ascenso social era un proceso lentísimo. La experiencia de Bolívar en Perú le había convencido de que «muchos de los miembros de las clases más altas estaban imbuidos de los prejuicios y los vicios de los antiguos gobernantes españoles, y seguían su ejemplo al oprimir a los estratos más bajos». [48] En un mundo de codicia y desigualdades que no estaba en condiciones de cambiar, el Libertador se mantuvo incorruptible. En 1826 dedicaba al año quince mil pesos de su salario como presidente a causas valiosas y a la gente necesitada, lo que, pensaba, era un argumento a favor de retener la presidencia de Colombia y también para reducir el despilfarro gubernamental, que amenazaba con recortar sus ingresos. [49]

La esclavitud se redujo pero no se abolió. [50] San Martín había confirmado la abolición del tráfico de esclavos y había intentado abolir la esclavitud en sí misma a través de una política de compensación a los propietarios y como recompensa por servicios militares. Pero los propietarios de esclavos se opusieron incluso a este programa moderado; para ellos los esclavos eran una inversión así como una fuerza de trabajo, y la esclavitud sobrevivió a la independencia prácticamente intacta, al igual que toda las demás propiedades, y la brecha entre las plantaciones de la costa y el

trabajo indígena en la sierra siguió siendo infranqueable. En 1826, cuando la constitución de Bolívar se adoptó en Perú, la cláusula sobre la emancipación de los esclavos se omitió, ya que a ojos del gobierno ésta no era realista: «El argumento para esta creencia era que a la manumisión de los esclavos, que son los únicos que se encargan de cultivar la tierra, le seguirá su deserción de las haciendas que los emplean, y que los terratenientes quedarán entonces expuestos a tener que dejar sus tierras baldías, dado que hasta el momento ha resultado imposible inducir a los nativos a que abandonen las montañas para trabajar en las tierras bajas». **[51]** Las políticas de los dos libertadores se inspiraban en convicciones liberales y humanitarias, pero lo ocurrido con ellas era una prueba de las limitaciones con las que debieron enfrentarse en una sociedad dominada por una élite terrateniente. En teoría, Bolívar era el dictador de Perú, pero el hecho es que no podía hacer lo que le gustara pues éste no era su país. En lo que concernía a la propiedad tuvo que dejar muchas decisiones en manos de la clase dirigente local. La esclavitud no se aboliría en Perú hasta 1855.

Perú fue un obstáculo insuperable para los ideales bolivarianos. Un premio grandioso a primera vista, el país se convirtió en un campo de batalla para las esperanzas y logros del Libertador. La clase dirigente peruana se debatía entre el resentimiento que le producía la dictadura de Bolívar y el miedo a la anarquía, el descontento social y la rebelión de los esclavos que su marcha podría desencadenar. Bolívar aprovechó esta ambigüedad; decidió imponer la constitución boliviana en el país con la esperanza quizá de que se lo eligiera presidente vitalicio. Perú consiguió sacar lo peor de él, halagando y a la vez frustrando su gusto por la gloria y el mando. Incluso su devoto secretario advirtió que ésta fue la época de «la perdida pureza de sus principios». El atribuye el cambio a sus conversaciones con José María Pando, un limeño hábil que se había convertido recientemente a la causa independentista y a quien Bolívar había nombrado ministro de finanzas por considerarlo incorruptible e inteligente, por encima incluso de Revenga. Pando elogió sin reservas la constitución de Bolivia señalando que era posible adaptarla a cualquier gobierno y le dijo a Bolívar lo que éste quería oír, a saber, que era la obra perfecta de un genio. **[52]**

Es cierto que Perú no era un fin en sí mismo para Bolívar, que quería crear una confederación de países andinos formada por Colombia, Perú y Bolivia, algo que, pensaba, sería mucho más fácil de organizar si todos sus componentes tenían la misma constitución y si él mismo ejercía su poderosa influencia. Sin embargo, esto era un importante error de cálculo de su parte. Y la tentación lo llevó a permanecer más tiempo en Perú de lo que era conveniente para él y para los peruanos. Tratado como un guía supremo y un filósofo, visitado por sus admiradores y amado por Manuela, al señor de La Magdalena le gustaba el lujo y se deleitó cumpliendo con su papel. El cuadro no sería completo sin una o dos conspiraciones en su contra, pero consiguió vencerlas sin pensar mucho en ello. El 16 de agosto de 1826, el colegio electoral de Lima, con alguna ayuda del Libertador, adoptó la constitución boliviana y nombró a Bolívar presidente vitalicio. ¿Era esto lo que los peruanos entendían por liberación, un presidente vitalicio apoyado por un ejército extranjero? ¡Era imposible! Los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Colombia, al igual que la situación de Perú, contribuyeron a que Bolívar recuperara su sentido político. Se negó a aceptar el nombramiento y se preparó para regresar a Bogotá, dejando atrás a la desconsolada Manuela y a las damas limeñas que lo admiraban, y a una élite que de repente descubría lo insegura que era la vida sin el Libertador. También dejó al ejército colombiano, cuya sola presencia ya despertaba la hostilidad de los peruanos. El país que abandonaba estaba sometido a tensiones insoportables, dividido entre las ambiciones de sus militares y de unos criollos que sólo se preocupan de sí mismos, parásitos unos y otros que vivían a costa de los indígenas y las clases inferiores. Según Pando, Perú era «incapaz de gobernarse a sí mismo y reacio a dejarse gobernar». [53] ¿Había algún modo de que Hispanoamérica pudiera salir adelante? ¿Tenía Bolívar algo más que ofrecer?

UNA AMÉRICA SIEMPRE MÁS GRANDE

Hispanoamérica era al mismo tiempo receptiva e indiferente a los proyectos nacionalistas. Bolívar entendía la importancia de éstos. El nacionalismo aparece con frecuencia en sus escritos como una doctrina que divide al mundo en naciones con caracteres e

intereses diferentes y fundamenta su existencia en términos de lengua, raza, cultura y religión. En tanto movimiento político organizado, diseñado para impulsar las metas e intereses de la nación y garantizar su condición de Estado soberano, el nacionalismo formaba parte integral de su revolución. En su sentido más activo, el nacionalismo es con frecuencia una respuesta a presiones foráneas, sean éstas de tipo político, económico o cultural, que se perciben como una amenaza para la identidad y los intereses nacionales. Los hispanoamericanos descubrieron su identidad en un primer momento en su reacción a la presión imperial del Estado borbónico, luego en su larga guerra contra España y posteriormente en los conflictos con sus vecinos y sus relaciones con Estados extranjeros. Uno de los primeros objetivos del nacionalismo es la independencia, esto es, la creación de un Estado soberano en el que la nación es dominante. Esto es algo que Hispanoamérica logró de forma parcial entre 1810 y 1830. Y Bolívar llegó a creer que era el único triunfo de la revolución: «Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás». [54] Una segunda meta del nacionalismo es la unidad nacional, la incorporación dentro de las fronteras del nuevo Estado de todos los grupos que, se considera, pertenecen a la nación. Hay en ocasiones un tercer objetivo, construir una nación dentro de un Estado independiente difundiendo entre el pueblo en su conjunto la creencia en la existencia de la nación, creencia hasta entonces mantenida sólo por una minoría. [55] El Libertador advertía muy bien la necesidad de la unidad nacional y lo importante que era el desarrollo de una conciencia nacional entre el pueblo, pero sus políticas en este ámbito no fueron del todo eficaces.

Bolívar concebía la revolución como una lucha por la independencia, y la independencia como la creación de una nación. En el pensamiento político de sus comienzos. Venezuela y Nueva Granada, una división heredada de la administración colonial, se describen como naciones incipientes, y el Estado-nación como la base de un gobierno estable, lo que exige «un espíritu nacional» que nutra la lealtad de los ciudadanos hacia él. El patriotismo, el amor a la patria, la obediencia hacia los nuevos Estados, eran todos conceptos que Bolívar daba por sentado, pues, como dijo a los venezolanos en 1818, «sois todos venezolanos, hijos de una misma

patria, miembros de una misma sociedad y ciudadanos de una misma República». [56] Hispanoamérica ya estaba dividida en Estados diferentes no sólo por las fronteras coloniales, sino también por los sentimientos nacionales. El Libertador reconocía que era un extranjero en Perú, que los colombianos no eran peruanos y que los bolivianos no tenían en alta estima a los venezolanos. En la Carta de Jamaica se mostraba de acuerdo con De Pradt en la propuesta de dividir América en quince o diecisiete Estados independientes. [57]

Sin embargo, desde el comienzo de la revolución, la idea de identidad nacional de Bolívar trascendió las naciones individuales para abarcar una gran América. Era el primero de los americanistas, una minoría dentro de las élites criollas que incluía a figuras como Francisco de Miranda y Andrés Bello. Desde hacía mucho tiempo, el Libertador había deseado crear el gran Estado de Colombia, unión de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. En 1813 había sostenido que «La unión bajo un solo gobierno supremo hará nuestra fuerza y nos hará formidables a todos». [58] Pero esta visión no se limitaba a Colombia: Bolívar creía que la unión de Venezuela y Nueva Granada podía inspirar una unión mayor de Hispanoamérica. Estas ideas, por supuesto, funcionaban a diferentes niveles en términos de planificación y posibilidad. [59] Desde un comienzo, dejó claro que no veía a América como una única nación; una unidad de este tipo sería imposible, ya que un gobierno único para todo el continente necesitaría tener el poder de Dios para organizar todos sus recursos y sus pueblos. En el nivel más alto, su ideario político preveía la creación de una liga o confederación de naciones hispanoamericanas. Enemigo del federalismo dentro de una misma nación, defendía el federalismo continental como estructura para la unidad de Hispanoamérica.

La unión se articularía desde Panamá a través de un congreso, en el que plenipotenciarios de los países liberados coordinarían las políticas americanas hacia el resto del mundo y constituirían un organismo de conciliación entre las naciones americanas, una especie de cuerpo legislativo supranacional. Ésta era una idea que lo inspiraba, y en este ámbito su imaginación no conocía límites. En 1815, en la *Carta de Jamaica*, Bolívar ya había previsto la formación de un congreso internacional: «¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los

griegos!».[60] En 1822 declaró: «El gran día de América no ha llegado. Hemos expulsados a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas».[61] Independientemente de qué entendiera por «una nación de repúblicas», el hecho es que promovía una unidad supranacional de algún tipo. Si esto se conseguía, se preguntaba, «¿quién resistirá a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?».

El congreso americano en el cual tenía puestas sus esperanzas inició sesiones en Panamá. Bolívar excluyó deliberadamente a Estados Unidos, por respeto a las susceptibilidades de los británicos, a Brasil, por ser una monarquía, y a Haití, ya que los haitianos, como los norteamericanos, «por sólo ser extranjeros tienen el carácter de heterogéneos para nosotros», esto es, poseen una lengua, una historia y una cultura diferentes.[62] No sería hasta más tarde que se invitaría a Estados Unidos y a Brasil a asistir al encuentro. Pero además Bolívar invitaría a Gran Bretaña, convencido de que «nuestra federación americana no puede subsistir si no la toma bajo su protección la Inglaterra».[63] En su invitación a los gobiernos de América, fechada el 7 de diciembre de 1824 y en la que recordaba su invitación de 1822 a los gobierno de México, Perú, Chile y Argentina, hablaba de ofrecer a las repúblicas americanas una base política fundamental que garantizara su futuro mediante «una autoridad sublime» que dirigiera la política de los distintos gobiernos. El Libertador preveía que el día del encuentro «se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal».[64] En un texto escrito en 1826 anotó sus ideas más ambiciosas para el congreso que se celebraría en Panamá.[65] Las nuevas naciones, independientes e iguales, se unirían bajo una ley común que regularía sus relaciones internacionales y garantizaría su supervivencia mediante un congreso permanente. Por respeto a Inglaterra, España accedería a hacer la paz, y la Santa Alianza otorgaría su reconocimiento a las nuevas naciones. La liga tendría poderes para mediar en las disputas internas y externas de los países, y debería intervenir en casos de anarquía interna o agresión externa. La discriminación social y racial dejaría de tener sentido; el comercio de esclavos debía abolirse. América se convertiría en el

centro de las relaciones de Gran Bretaña con Europa y Asia. Se concedería a los británicos el derecho a la ciudadanía americana, y los americanos imitarían a los británicos y abrazarían su código moral.

Los sentimientos que inspiraban a las repúblicas no era similares ni igual de intensos. La asistencia fue angustiosamente baja, pues el pestilente clima del istmo acobardó a los delegados y algunos llegaron demasiado tarde. En el encuentro del 22 de junio de 1826 sólo estaban presentes los delegados de México, Centroamérica, Colombia y Perú. Gran Bretaña estuvo representada por un observador, Edward Dawkins, quien consideró que los diputados eran «mucho menos republicanos de lo que esperaba».[66] Los observadores estadounidenses no alcanzaron a llegar. El congreso resolvió la «unión, liga y confederación perpetua» de los Estados representados y estableció un tribunal para arbitraren los diferendos limítrofes, respaldado por un ejército de la confederación.[67] Llegado el momento, sólo Colombia ratificó estos acuerdo, y la creación de una liga suramericana no había hecho progreso alguno. La confianza y la colaboración no surgieron de forma natural entre las nuevas naciones. Bolívar contempló estos acontecimientos desde Lima, negándose a ejercer presiones de cualquier tipo sobre los delegados. El resultado no le impresionó. El proyecto no cumplió con sus expectativas y empezó a desconfiar de la posibilidad de que éstas se hicieran realidad. Con todo, había conseguido plantear algunas cuestiones de verdadera importancia, como asuntos en los que los países americanos podían colaborar, cuestiones de seguridad, ayuda exterior y reforma social por las que estadistas futuros recibirían crédito. Él mismo minimizó el significado de toda la empresa. «Cuando lo inicié [el Congreso de Panamá], y tanto insté por su reunión sólo fue ello una fanfarronada mía que sabía no sería conocida y que juzgaba ser política y necesaria y propia para que se hablase de Colombia, para presentar al mundo toda la América reunida bajo una sola política … pero nunca he pensado que podía resultar de él una Alianza Americana como la que se formó en el Congreso de Viena»[68]. Y se refirió al congreso como un alarde vano, un espectáculo teatral. No había perdido su fe en los principios de la cooperación internacional en el continente americano, pero era consciente de los intereses discordantes que

estaban involucrados: «yo veo al congreso del istmo como a una representación teatral y veo nuestras leyes como Solón, que pensaba que sólo servían para enredar a los débiles y de ninguna manera trabar a los fuertes». [69]

En 1826, cuando la anarquía y la debilidad parecían consumir a los nuevos Estados y el fracaso del congreso de Panamá no inspiraba una confianza mayor en el futuro, algunos de los consejeros peruanos de Bolívar le animaban a crear una auténtica confederación que incluyera a Perú, Bolivia y Colombia. A Bolívar, que cada vez estaba más convencido de que ser más grande significaba ser más fuerte, la idea le atraía y vislumbraba una unión de países andinos en la que cada Estado adoptaría una versión de la constitución de Bolivia, y que tendría un presidente federal (él mismo), un vicepresidente y un congreso. [70] El Libertador desarrolló la idea, «la más perfecta unidad posible bajo una forma federal», pero el resultado fue una estructura puramente teórica que no fue mucho más allá de los despachos de los planificadores, poco más que un testimonio de su preocupación por la situación de América en esos años.

Perú no era el único país con problemas de inestabilidad. La perniciosa anarquía de Colombia, consecuencia de «una superabundancia de fuerza liberal mal empleada», y la agitación política que vivía Venezuela exigían la atención personal del Libertador, que advirtió que, al menos por el momento, debía abandonar su cosmopolitismo y asumir un papel más nacional. En septiembre de 1826 dejó Perú y viajó a Colombia, y en octubre le escribió al general Santa Cruz, para quien había reservado una función central en la unión andina, una declaración de fe en los intereses nacionales muy elocuente:

> Yo tengo demasiadas atenciones en mi suelo nativo, que he descuidado largo tiempo por otros países de la América; ahora que veo que los males han llegado a su colmo y que Venezuela es la víctima de mis propios sucesos, no quiero más merecer el vituperio de ingrato a mi primitiva patria … Yo aconsejo a Vds. que en lugar de planes americanos adopten Vds. designios puramente peruanos; digo más, designios exclusivos al bien del Perú … Yo voy a hacer todo el bien que pueda a Venezuela sin atender a más nada. Hagan Vds., pues,

> otro tanto con el Perú. Primero el suelo nativo que nada; él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación … ¿Qué títulos más sagrados a) amor y a la consagración? Sí, general, sirvamos a la patria nativa, y después de este deber coloquemos lo demás. [71]

Si se dejan de lado los vuelos más extremos de la fantasía bolivariana, resulta evidente que sus ideas para la confederación y el congreso daban por sentada la existencia de naciones individuales y simplemente buscaban dotar a éstas de seguridad colectiva. Su ideal de la Gran Colombia no suponía una negación de la identidad nacional, sino su afirmación. Lo que se esforzaba por determinar eran las medidas apropiadas de una nación viable, algo que ya tenía claro en una fecha tan temprana como 1813: «Si constituimos dos poderes independientes, uno en el Oriente y otro en el Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales, y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Y podemos pretender dividirla en dos?». [72] De este modo, Bolívar perseguía la unidad como un medio para fortalecer a la nación y conseguir que ésta fuera económicamente viable. En primer lugar, la unidad garantizaría la paz y el bienestar en oposición a la anarquía del gobierno de los caudillos locales: «Eso es lo que quieren los bochincheros; gobiernitos y más gobiernitos para hacer revoluciones y más revoluciones. Yo no; no quiero gobiernitos: estoy resuelto a morir entre las ruinas de Colombia por su ley fundamental y por la *unidad* absoluta». [73] En segundo lugar, la unidad le permitiría al país ganar el respeto de otras naciones como Estados Unidos y Gran Bretaña. En opinión de Bolívar, la indiferencia y desdén con que se miraba en el extranjero la independencia hispanoamericana era consecuencia de la proliferación de soberanías pequeñitas peleándose entre sí: «Secciones, fragmentos que, aunque de grande extensión, no tienen ni la población ni los medios, no podían inspirar ni interés ni

seguridad a los que deseasen establecer relaciones con ellos». [74] Colombia, por tanto, era el Estado-nación de Bolívar, la encamación de la unidad nacional. Y sus instituciones resultaban bien paradas al comparárselas con las del resto de la América independiente, «con sus gobiernos absolutos y disolutos, con sus héroes, trigarantes, emperadores, directores, protectores, delegados, regentes, almirantes, etc». [75] Colombia era su hijo favorito. «La unión, la unión, la unión» era su proclama.

Cuando todo lo demás falló, puso sus esperanzas en Inglaterra. Hacia Estados Unidos se mostraba frío y cauteloso, aunque no abiertamente hostil, y sentía mucho respeto por sus credenciales revolucionarias y republicanas. Gran Bretaña, en cambio, era objeto de su simpatía y su admiración, sentimientos que se remontaban a los primeros años del conflicto. Durante su exilio en Jamaica había buscado el apoyo de los británicos a la independencia, y a cambio de su ayuda había llegado a ofrecer ventajas comerciales e incluso territorio (aunque en realidad sólo Panamá y Nicaragua, lo que estaba fuera de sus manos). [76] Básicamente, dudaba de la capacidad de los pueblos suramericanos para defenderse a sí mismos y democratizar sus sociedades, y pensaba que necesitaban un tutor y un protector. Las credenciales liberales de Gran Bretaña le impresionaban, y le parecía un modelo constitucional para los que desearan libertad y estabilidad. Y el aumento creciente del poderío inglés desde las guerras napoleónicas nunca dejó de fascinarle. Sin embargo, los responsables de la política británica no eran todopoderosos, y Canning, que había sucedido a Castlereagh en el Foreign Office en septiembre de 1822, descubrió que su propio poder era limitado. En octubre de ese mismo año había nombrado cónsules para los nuevos Estados y, sin embargo, pese a que creía que su reconocimiento era inevitable, no había sido hasta diciembre de 1824 que había conseguido que el gobierno británico reconociera a Colombia. Bolívar no dejaría de manifestar el sentimiento de pérdida que le produjo la muerte de Canning: «América nunca olvidará que Mr. Canning logró que sus derechos fueran respetados … A la humanidad le interesa la existencia de este hombre ilustre, que con prudencia y sabiduría comprendía que lo que la Revolución Francesa había prometido de forma ilusoria, América lo estaba llevando a la práctica con éxito». [77]

Sin embargo, más importante que el reconocimiento británico era el poder de Gran Bretaña. Como observó un historiador de las relaciones angloamericanas en Hispanoamérica, «era inevitable que la mayor potencia naval, industrial y financiera del mundo contara más para los nacientes Estados hispanoamericanos que Estados Unidos».[78] Bolívar recordaba la contribución esencial de este país a la independencia latinoamericana: el hecho de que la armada británica se interpusiera entre Europa y América. «No tema usted a los aliados, porque el foso es grande y la marina inglesa más grande». No existía alternativa a la cooperación con Gran Bretaña, necesarísima para la supervivencia de los nuevos Estados, mientras que los riesgos eran mínimos, pues bajo la protección británica Hispanoamérica se haría más fuerte y ello le permitiría escapar a la dependencia. Bolívar no ocultaba su desdén por la opinión hostil de los liberales y los nacionalistas: ésta es mi política, insistía, y asumo la responsabilidad por ella.[79] Su plan para la unión de Hispanoamérica dependía del respaldo británico y era imposible de alcanzar sin él: «liguémonos de alma y cuerpo a los ingleses para conservar siquiera las formas y las ventajas de un gobierno legal». «La Inglaterra se halla en una progresión ascendente; desgraciado el que se le oponga; aun es desgraciado el que no sea su aliado o no ligue su suerte a ella. Toda la América junta no vale a una armada británica; toda la santa alianza no puede contrarrestar a la fuerza compuesta de sus principios liberales con sus inmensos tesoros»[80]. En 1826, en «Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá», se refería a «la unión de los nuevos Estados con el Imperio británico», que crearía «la liga más vasta o más extraordinaria o más fuerte que ha aparecido hasta el día sobre la tierra».[81] Además de obtener beneficios comerciales, Gran Bretaña podía contribuir al bienestar social de Hispanoamérica. A través de este aliado, los hispanoamericanos podrían promover su propio progreso, incluidas las reformas sociales, fortalecidos por «el carácter británico y sus costumbres», que se convertirían en modelo para los americanos del futuro.

Tales pensamientos, fruto de una mente fértil, eran, no obstante, más producto del deseo que de los hechos, un intento desesperado de apuntalar un mundo que se deshacía. Los políticos británicos, por su parte, se sentían satisfechos al dejar las relaciones con la

América de Bolívar en manos de sus cónsules, bases navales y comerciantes.

UN PACTO CON EL DIABLO

Cada año que pasaba Bolívar adquiría mayor conciencia de las divisiones raciales que lastraban a la sociedad americana y de la propensión de su pueblo a la anarquía:

> Estoy penetrado hasta dentro de mis huesos que solamente un hábil despotismo puede regir a la América … Nosotros somos el compuesto abominable de esos tigres cazadores que vinieron a la América a derramarle su sangre y a encastar con las víctimas antes de sacrificarlas, para mezclar después los frutos europeos de estos enlaces con los frutos de esos esclavos arrancados del Africa. Con tales mezclas físicas, con tales elementos morales, ¿cómo se puede fundar leyes sobre los héroes y principios sobre los hombres? **[82]**

Desde La Magdalena previno a Santander contra los ideólogos liberales, los hombres «más viles y más cobardes», serviles imitadores de los liberales españoles, que reducirían el país a otro Haití y desencadenarían una libertad que no estaban en condiciones de controlar. «¿Dónde está el ejército de ocupación que nos ponga en orden? Guinea y más Guinea tendremos, y esto no lo digo de chanza, el que escape con su cara blanca será bien afortunado». Al final, la llamada de Colombia se volvió irresistible. Santander sabía ser insistente y no perdía ocasión de moralizar; aunque abiertamente se mostraba solidario, tenía su propio plan liberal y necesitaba a Bolívar para que le respaldara en su conflicto con el rebelde Páez y lo que consideraba era la amenaza de la guerra civil. Sus mensajes contenían por lo general la insinuación indicada: «basta para que V.E. como presidente de esta República, como su Libertador, como el padre de la patria, como el soldado de la libertad, y como el primer súbdito de la constitución y de las leyes, tome el partido que crea más conveniente a nuestra salud y a la causa de América». **[83]**

En noviembre de 1826, Bolívar regresó de Perú a una nación dividida, en la que el liberalismo de Santander, el federalismo y su

propia constitución conservadora competían entre sí en búsqueda de apoyos. Al entrar en territorio colombiano, el Libertador no pudo ocultar su consternación por la situación que encontró. «El sur de Colombia me ha recibido con ostentación y con júbilo, pero sus arengas son llantos; sus palabras, suspiros; todos se quejan de todo; parece que es un coro de lamentación como pudiera haberlo en el purgatorio». El sistema republicano le había fallado a sus ciudadanos; los impuestos eran demasiado altos, los ingresos demasiado bajos y la burocracia estaba repleta de funcionarios inútiles. La utopía colombiana había terminado. Se esperaba que él hiciera algo. Pero ¿qué?

> El sur no gusta del norte, las costas no gustan de la sierra, Venezuela no gusta de Cundinamarca, Cundinamarca sufre de los desórdenes de Venezuela. El ejército está descontento, y hasta indignado por los reglamentos que se le dan. La hermosa libertad de imprenta, con su escándalo, ha roto todos los velos, irritado todas las opiniones. La pardocracia triunfa en medio de este conflicto general … El mal será irremediable, pero no será nuestro, será de los principios, será de los legisladores, será de los filósofos, será del pueblo mismo, no será de nuestras espadas. He combatido las leyes de España, y no combatiré por leyes tan perniciosas como las otras y más absurdas. **[84]**

Cuanto más al norte viajaba, más se convencía de que un gobierno central fuerte era la única solución y de que eso era lo que permitía su constitución para Bolivia.

Su regreso a Colombia tras cinco años de ausencia era un acontecimiento digno de ser celebrado. A la cabeza de un grupo de destacados colegas (el ministro de Guerra Soublette, el secretario de Relaciones Exteriores Revenga), Santander se desplazó hasta Tocaima para recibirle. Más tarde, el 14 de noviembre, al acercarse a Bogotá, se encontró con otra delegación de la que formaba parte un tipo de personaje que ya le era conocido, el funcionario que pronuncia un discurso ampuloso de críticas liberales sobre las leyes quebrantadas y los derechos infringidos. El Libertador se molestó, respondió con aspereza que pensaba que el día era una ocasión para celebrar las glorias del ejército libertador, no para discutir sobre violaciones de la ley. Después de ello, Bolívar se apresuró a llegar a

Bogotá, donde entró bajo una lluvia tan gélida como su estado de ánimo, y no dejó de observar con disgusto las consignas liberales que había escritas en las paredes, sin duda inspiradas por Santander. La atmósfera mejoró durante una recepción oficial en el palacio de gobierno, donde la bienvenida de Santander fue formal y amistosa y su propia respuesta generosa. Eso estaba en consonancia con su correspondencia de los últimos tres años, en los que habían intercambiado dos o tres cartas cada mes para discutir asuntos de Estado, cuestiones políticas, problemas financieros y movimientos y promociones militares. Bolívar siempre se cuidó de mantener informado a Santander sobre su próximo movimiento y de cualquier cosa que el congreso necesitara conocer, e incluso tuvo tiempo de discutir cuestiones intelectuales. Había sido invariablemente abierto y razonable, y Santander se había mostrado siempre respetuoso y cordial. No obstante, bajo esta rutina subyacían tensiones sobre las que ninguno se había expresado, al menos no con el otro. Pronto estas tensiones saldrían a la superficie.

En Bogotá, el Libertador asumió por un breve lapso el control de la maquinaria administrativa y realizó con rapidez algunas correcciones. No disfrazó el hecho de que desaprobaba lo que veía como liberalismo indiscriminado por parte de Santander, así como su ineptitud en el manejo de las finanzas y la división que había provocado en el país, y no perdió oportunidad de promover su constitución boliviana. Pero, al final, los cambios que introdujo fueron pocos, más allá de intentar «adecuar el gasto nacional a los ingresos del país».[85] El tiempo estaba en su contra. Y otros problemas le reclamaban lejos de Bogotá, en Venezuela, donde Páez se había rebelado. En marzo, el congreso había reelegido a Bolívar como presidente para un segundo período de cuatro años, a empezar el 2 de enero de 1827, y a Santander como vicepresidente. Bolívar, que ahora ejercía la presidencia con poderes extraordinarios, dejó nuevamente a Santander a cargo del gobierno en Bogotá.

La vida de Bolívar estuvo plagada de ironías, pero ninguna resultó tan dolorosa como ésta: que su propia patria, Venezuela, la primera en concebir la idea de Colombia, fuera la primera en desafiarla. El separatismo venezolano tenía una larga historia. La oposición entre Venezuela y Nueva Granada era ya evidente en

1815; había fomentado la resistencia a Bolívar y sus oficiales en Nueva Granada y contribuido al éxito de la reconquista española en 1815-1816. En 1819, el conflicto nacional propició que el congreso de Angostura depusiera al neogranadino Zea como vicepresidente de Venezuela y nombrara en su reemplazo a Arismendi. Estas tensiones persistieron incluso después de que Colombia quedó constituida. Las enormes distancias que separaban Caracas, Bogotá y Quito, las cordilleras, las comunicaciones deficientes, la heterogeneidad de la población, pardos en Venezuela, mestizos en la Nueva Granada, indígenas en el Ecuador, todo eso hacía que fuera imposible mantener unida a la Gran Colombia o dotarla de «un carácter y un sentimiento nacionales».[86] No había un auténtico impulso para la integración económica: las economías de Venezuela y Nueva Granada era separadas e independientes y, aunque una y otra tenían problemas graves, su unificación no ofrecía solución alguna. Los venezolanos se quejaban de que no recibían una porción justa del gasto nacional. Sin embargo, la verdadera discriminación era de otro tipo.

El hecho de que Bogotá fuera relativamente inaccesible, separada de la periferia en tiempo y espacio, privaba a los venezolanos de una representación adecuada en la capital, al mismo tiempo que la constitución les negaba la facultad de resolver de forma discrecional sus asuntos internos y los obligaba a remitirse siempre para cualquier decisión a Bogotá, lo que se traducía en retrasos y ocasiones para el soborno y la corrupción. Quienes primero habían luchado por la libertad habían pasado a estar sometidos a nuevas restricciones y a verse gobernados por una nueva metrópoli. Los venezolanos terminaron viendo a los neogranadinos como dominadores extranjeros, una concepción que ganaba fuerza debido a las ventajas que les reportaba en términos de cargos públicos y oportunidades el hecho de estar en el centro. La centralización de la república en Cundinamarca hizo que Bogotá entrara en un período de gran prosperidad durante el cual se convirtió en la sede de una burocracia en expansión, lo que redundó en la construcción de obras públicas, diversas formas de favoritismo fiscal y el crecimiento de la población; de este modo la ciudad dejó de ser un remoto lugar del imperio para convertirse en una capital civilizada.[87] Pese a lo cual, siguió siendo en bastantes sentidos

igual a muchas otras ciudades suramericanas, dotadas de grandiosos edificios eclesiásticos rodeados de viviendas mediocres de una sola planta. Los militares venezolanos criticaban lo que les parecía que era un nuevo colonialismo: ellos eran los que habían peleado para hacerse con la victoria, pero eran los políticos corruptos en Bogotá los que cosechaban los frutos. En Bogotá, los abogados y los funcionarios, una élite tradicional y poderosa, también tenían su propio punto de vista y les molestaba el dominio que el ejército todavía ejercía en Venezuela y la carga que suponía el presupuesto militar. [88] Por tanto, en cierta medida, las relaciones entre Venezuela y Bogotá se vieron afectadas por el antagonismo entre los comandantes del ejército y los funcionarios civiles. No obstante, los sentimientos nacionales, de los que el mismo Bolívar era consciente, también desempeñaron un papel importante. Los habitantes de Colombia eran ante todo venezolanos, neogranadinos o quiteños, y era su país el que sentían como su nación y su hogar, donde su nivel de comunicación con quienes consideraban sus compatriotas era mucho mayor que con aquellos a los que veían como extranjeros. La guerra alimentaba los nacionalismos. Los ejércitos reunían a hombres de patrias diferentes, con frecuencia en incómoda proximidad, y los convertía en observadores cercanos de sus diferencias y rivalidades. Surgieron prejuicios nacionales y se crearon estereotipos que se manifiestan en el lenguaje de la época y, en ocasiones, en los textos de Bolívar: los venezolanos eran «pardos» o «militares», los neogranadinos eran «mestizos» o «curiales», los ecuatorianos eran «indios». Los americanos no se tenían aprecio unos a otros por naturaleza.

José Antonio Páez, comandante general del departamento de Venezuela, hablaba por muchos de sus compatriotas cuando expresaba su resentimiento por la situación en la que se encontraba su país. Al oponerse al intendente Juan de Escalona y sus jefes en Bogotá, representaba al estamento militar y en cierta medida a un sector del pueblo. Nombrar a Escalona, un conocido enemigo de Páez, como administrador de Venezuela y luego como su sustituto a la cabeza del ejército era ser muy poco realistas. [89] No se podía tratar de tal modo a uno de los principales caudillos de la revolución. Eso era algo que Bolívar entendía, pero Santander no. El guerrero llanero había para entonces adquirido una inmensa

fortuna y poseía una vasta cantidad de tierras, no sólo en los llanos, sino también en el centro-norte del país, donde se había aliado con las élites regionales. Allí conquistó una nueva base de poder popular y consiguió ganarse la confianza de los terratenientes, los comerciantes y los funcionarios públicos de Caracas mostrándose como un representante del orden y la estabilidad; ellos por su parte domaron a su caudillo elegido y lo convirtieron a unas prioridades económicas nuevas, que se identificaban con la hegemonía de los hacendados del norte del país y el sector exportador. Estos sucesos no asustaron a Bolívar, que consideraba a Páez un elemento valioso para un país como Venezuela: «Creo que Venezuela podría ser muy bien gobernada por Páez con un buen secretario y buen consejero, como el general Briceño, pero ayudado de 4.000 hombres del ejército del Perú … Yo deseo que Briceño se vaya a Caracas a casar con mi sobrina y para que sirva de consejero de Páez … El general Páez, con Briceño, lo hará perfectamente, porque Páez es temible para todos los facciosos, y lo demás es secundario». [90] No obstante, el problema era aún más complejo. Páez era útil como medio de autoridad, pero como líder nacional era peligroso. Lo que estaba haciendo era dirigir a la oligarquía venezolana en un movimiento separatista cuyo objetivo era poner el país en manos de la élite nacional, que gobernaría desde Caracas, no desde Bogotá, y monopolizaría sus recursos. Se trataba de una alianza entre los terratenientes y los caudillos militares en nombre de una Venezuela conservadora e independiente. Sin embargo, un movimiento contra Colombia era un movimiento contra Bolívar y ello exigía una respuesta por su parte. Santander, además, insistía en que debía tomar medidas contra un líder cuya autoridad se derivaba de la rebelión y la fuerza.

Páez tenía pocas ideas políticas propias, y sus grandes pasiones eran el juego y las peleas de gallos; sin embargo, estaba realizando grandes esfuerzos para mejorar y aprender a leer y escribir y usar el tenedor y el cuchillo. Estaba dispuesto a escuchar consejos, pero no de Briceño Méndez u otros bolivarianos, sino de una facción caraqueña a la que Bolívar denominaba «los demagogos». Entre éstos se encontraban Mariño, su segundo al mando, un maestro de la intriga y opositor inveterado del Libertador; el doctor Miguel Peña, su consejero civil, un político hábil pero sin principios que ya

se había enfrentado a Santander, y el coronel Francisco Carabaño, un compañero del ejército que albergaba un sombrío resentimiento contra Bolívar. Éstos formaban el núcleo de la facción separatista o federalista, para la cual, pensaban los observadores, Páez era «más un instrumento que un líder».[91] Fuera cual fuere la verdad, el hecho es que la situación fomentó el complejo de inferioridad de Páez, que empezó a pensar que no había recibido el poder y el reconocimiento que se merecía. La exasperación que sentía hacia los legisladores y los políticos se concentraba especialmente en los de Bogotá, a los que consideraba civiles dedicados a oprimir a los «pobres militares». Los militares eran predominantes en Venezuela. Y Venezuela se convirtió en la cuna de una idea alarmante.

En 1825, Páez animó a Bolívar a tomar poderes aún mayores, monárquicos incluso, y a convertirse en el Napoleón de Suramérica para salvar la patria. [92] Le hizo llegar su carta a través de un enviado especial, Antonio Leocadio Guzmán (que se convertiría en un destacado político liberal en la Venezuela independiente) con el pretexto de que desconfiaba del sistema postal, pero en realidad con el fin de crear revuelo y dar publicidad a su jugada política. Bolívar rechazó la idea de inmediato, convencido de que su origen se hallaba en los «demagogos» de Caracas. Le insultaba el hecho de que se pensara que su motivación era la ambición vulgar y le inquietaba el dañó que eso podría hacer a su reputación. El Libertador ofreció a Páez una simple lección de historia al señalar que Colombia no era Francia y que él no era Napoleón: «El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano … Bajo cualquiera forma o principio que sea, diré a Ud., con toda franqueza, que este proyecto no conviene ni a Ud., ni a mí, ni al país». En lugar de ello le recomendó su constitución boliviana, la cual combinaba autoridad y libertad y era un camino medio entre el federalismo y la monarquía que merecía una mayor difusión.[93]

Su hermana María Antonia, que sabía cuáles era las tendencias en Caracas, le aconsejó que tuviera cuidado de cualquiera que le ofreciera una corona, una propuesta que consideraba infame: «Libertador o muerte. Ése es tu verdadero título, él, el que te ha elevado sobre los hombres grandes y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de tantos sacrificios».[94] Sucre, quien nunca afirmó ser un demócrata, coincidía con María Antonia en que

él era el Libertador y no podía ser otra cosa, y le previno contra la mala fe de la gente que impulsaba en Caracas el proyecto napoleónico; la prudencia y el patriotismo por igual le obligaban a rechazar el ofrecimiento: «Si Ud. tuviera hijos, acaso yo propondría otras ideas a la tranquilidad pública, pero no teniéndolos U. creo que el proyecto envuelve en sí la destrucción del país … a su muerte de U., cada uno de los proyectistas se creería con derechos a sucederle». La constitución de Bolivia, le aconsejó, resolvía todos los problemas al crear un gobierno fuerte en una nación libre e independiente.[95] Santander se mostró todavía más desdeñoso; la idea de Páez le parecía un insulto al Libertador, un proyecto anárquico e impopular que, en vista de que Bolívar no era eterno, muy probablemente se traduciría en un problema de sucesión. Santander se reservaba su opinión sobre algunos aspectos de la constitución boliviana, en particular la idea de una presidencia vitalicia, pero, entre tanto, se manifestaba de acuerdo con que era «liberal y popular, fuerte y vigorosa».[96] La carta era insincera, incluso para los estándares de Santander. Sus verdaderos pensamientos al respecto aparecen en una memoria autobiográfica que escribió después, en la que describe al presidente vitalicio como «más poderoso que un monarca de Inglaterra o de Francia». La constitución en su conjunto le parecía complicada, absurda y desestabilizadora, una demostración de cuán lejos estaba Bolívar del legislador de Angostura. Había guardado silencio por respeto a la reputación de Bolívar y dando por sentado que la constitución era apropiada para Bolivia, y sólo para ella.[97] Santander se oponía a hablar de la posibilidad de un presidente vitalicio para Colombia, pues él tenía también ambiciones propias y esperaba suceder a Bolívar cuando el mandato de éste terminara en 1831, de acuerdo con la constitución que estaba vigente.

En abril de 1826, Páez fue relevado del mando y llamado a rendir cuentas ante el congreso en Bogotá, acusado de reclutar para la milicia civiles de forma ilegal y arbitraria. El objetivo, explicó Santander, era «hacerle entender a los primeros jefes de la república que sus servicios y heroicidades no son salvoconducto para vejar a los ciudadanos».[98] Pero Páez se rebeló. Apoyado por los llaneros y animado por los militares venezolanos y los federalistas extremos que le rodeaban, enarboló la bandera de la revuelta el 30 de abril,

primero en Valencia, luego en el departamento de Venezuela. La consigna era la independencia de Venezuela. Páez obtuvo el respaldo de muchos, aunque no de todos, ya que el sentido de identidad nacional no estaba lo bastante desarrollado en el pueblo en general. De hecho, su acción provocó divisiones. Los demás caudillos reaccionaron de formas diferentes. Mariño se puso de su parte; Bermúdez se opuso y se ofreció a aplastar la rebelión. En Zulia, el general Urdaneta, que seguía siendo leal a Bolívar, esperaba las órdenes de Bogotá. No obstante, al igual que muchos miembros de las fuerzas armadas, la oposición de Páez al congreso le producía cierta satisfacción, pues contribuía a aumentar la presión para que el Libertador estableciera un gobierno más fuerte. Bolívar se había convertido así en el centro del personalismo que tanto detestaba. Desde Maracaibo el cónsul británico informó, tras entrevistarse con Urdaneta, que los militares «se mantienen firmes en su compromiso y obediencia hacia sus jefes, antes que a la constitución o el congreso, y tienen muchas esperanzas en el regreso del presidente». Según esta misma fuente, los miembros del ejército estaban desilusionados con un gobierno «monopolizado por el general Santander y una facción de comerciantes bogotanos … Mi impresión es que hay muy pocos militares en el país que no estén dispuestos a gritar con alegría el día de mañana: “Larga vida al rey Bolívar”». [99]

Bolívar envió a O’Leary en una misión de conciliación. El irlandés visitó a Páez en Achaguas, la capital de Apure. Lo encontró en casa de un amigo, sentado en un banco tocando el violín ante un público compuesto sólo por un negro ciego. La escena le hizo pensar en Nerón, pero por lo demás no se sintió impresionado. Después de diez días inútiles inició el camino de regreso con la respuesta definitiva de Páez resonando en sus oídos: «Espero que el presidente no me forzará a ser su enemigo y a destruir Colombia con una guerra civil». [100]

O’Leary

estaba convencido de que la rebelión no tenía sus raíces en «el alma popular», de que Páez era el instrumento de una facción y de que estaba siendo manipulado por los que le rodeaban, y le preocupaba que fuera capaz de iniciar algo que él mismo no estuviera en condiciones de controlar. [101]

La rebelión de Páez planteaba un dilema a Bolívar. Aunque no aprobaba de ningún modo la rebelión militar contra el poder civil, en este caso en particular sentía más simpatía por Páez que por Santander y los congresistas. En su opinión, Páez y los militares eran víctimas del liberalismo excesivo de los políticos civiles, que buscaban «destruir a sus libertadores» y habían cometido un gran error al exigirle que compareciera ante el congreso, además de mostrarse poco realistas al intentar privar a un caudillo de su mando militar. Bolívar no deseaba verse involucrado personalmente, pues si fracasaba se arriesgaba a perder su propia autoridad. Cuando recibía en Lima las noticias procedentes de Bogotá, las leía cada vez con más irritación; su reacción instintiva fue identificar el descontento militar, la agitación social y racial y la afinidad de los caudillos con ambos problemas como los factores que constituían el trasfondo de la rebelión, y le habría gustado poder lavarse las manos para no tener que implicarse en semejante locura. «Estos dos hombres [Páez y Padilla] tienen en su sangre los elementos de su poder y, por consiguiente, es inútil que yo me les oponga, porque la mía no vale nada para el pueblo» [102] .

Fue en este estado de ánimo que escribió su dramático análisis de los orígenes raciales y la historia moral de los americanos, y expresó su preferencia por «un hábil despotismo». Dada la formación social y racial de los americanos, se preguntaba, «¿se puede fundar leyes sobre los héroes y principios sobre los hombres?». [103] Bolívar reconocía la fuerza del personalismo y el poder de los hombres fuertes, e intentaba dar una explicación estructural a este fenómeno. Fue en este contexto que escribió a Páez, consciente del peligro que suponía la desmoralización del ejército y la desestabilización de las regiones: «Las provincias se han desenvuelto en medio de este caos. Cada una tira para sí la autoridad y el poder: cada una debería ser el centro de la nación. No hablaremos de los demócratas y de los fanáticos. Tampoco diremos nada de los colores, porque al entrar en el hondo abismo de estas cuestiones el genio de la razón iría a sepultarse en él como en la mansión de la muerte … Un inmenso volcán está a nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos, ni ficticios sino harto verdaderos». El Libertador le proponía considerar «quién reunirá más los espíritus, quién contendrá las clases oprimidas. La esclavitud

romperá el yugo; cada color querrá el dominio, y los demás combatirán hasta la extinción o el triunfo. Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada mano empujar el bastón, cada toga la vestirá el más turbulento». ¿Cuál era entonces la solución? «El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos: nada más». La respuesta se encontraba en la constitución que había escrito para Bolivia, que podía adaptarse a los Estados individuales dentro de una confederación. Entre tanto, el gobierno tenía que mantener la ley y el orden «ya con la imprenta, ya con los púlpitos y ya con las bayonetas». **[104]** Bolívar no concedía nada a Bogotá. Mientras Santander hablaba en el lenguaje de la indignación constitucional y denunciaba la perfidia de Páez, Bolívar se burlaba de él y ridiculizaba las intransigencias del gobierno central. «Nuestro sagrado pacto estaba cubierto de una pureza intacta, gozaba de una virginidad inmaculada; ahora ha sido violado, manchado, roto, en fin, ya no puede servir de nada» **[105]**. El congreso había organizado el divorcio y Páez lo había firmado. En opinión del Libertador se necesitaba un nuevo contrato, un nuevo himno para celebrar una nueva unión, para que unos y otros pudieran olvidar las infidelidades. Detrás de sus ironías, Bolívar estaba dedicado a promocionar la constitución de Bolivia.

El conflicto entre centralismo y federalismo también incluía un problema racial, o eso al menos pensaba Bolívar. Era consciente de que había objeciones importantes a la elección de Bogotá como capital, y el que fuera una ciudad tan alejada y de difícil acceso era una de ellas. Pero sostenía que no había otra alternativa, «pues aunque Caracas parecía ser una sede más natural, ya que era una ciudad más poblada e influyente, la provincia estaba principalmente compuesta por gente de color, que sentía celos y se oponía a los habitantes blancos, por lo que resultaba deseable por el bien de la tranquilidad general reducir la importancia de Caracas antes que aumentarla». **[106]** De estos mismos hechos la clase dirigente venezolana sacaba precisamente la conclusión opuesta. Querían

para Venezuela un poder cercano, e incluso autónomo, «un sistema enérgico y concentrado en consonancia con su gran diversidad». [107] Las tensiones raciales y la ambición de los pardos exigían que se las supervisara y controlara de cerca, y la conclusión inexplícita era que la élite del país no podía hacer otra cosa que apoyar a Páez porque era el único líder capaz de controlar a las clases populares.

Bolívar se trasladó a Venezuela a finales de 1826 para hacer frente a la rebelión de Páez. Como el maestro previene a su pupilo, el Libertador previno al caudillo sobre el resultado de sus anteriores encuentros con el personalismo: «Contra mí el general Castillo se perdió; contra mí el general Piar se perdió; contra mí el general Mariño se perdió; contra mí el general Riva Agüero se perdió y contra mí se perdió el general Torre Tagle. Parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles, y vea Vd. hasta dónde se han elevado los generales Sucre, Santander y Santa Cruz». [108] Se emprendieron preparativos militares para la guerra contra los rebeldes; Briceño Méndez ocupó Puerto Cabello, y el lenguaje del Libertador se volvió más severo. Además dejó absolutamente claro que iba como presidente y no como simple ciudadano venezolano, mientras que el mando de Páez «viene de municipalidades, data de un tumulto causado por tres asesinatos; nada de esto es glorioso, mi querido general». No obstante, aunque se había movilizado, no quería violencia. Desde Coro le advirtió: «Yo he venido desde el Perú por evitar a Vd. el delito de una guerra civil». [109] La opinión mayoritaria en ambos países era también favorable a la conciliación. No había muchas otras alternativas. Bolívar era consciente de lo peligroso que era intentar utilizar la fuerza contra Páez, «puesto que prácticamente todos los comandos militares de Colombia estaban llenos de soldados oriundos de Caracas». [110] Así que llegó a un acuerdo; si quería evitar una guerra civil no tenía otra elección. El 1 de enero de 1827 recibió la rendición de Páez, pero ésta había tenido un precio, a saber, la amnistía total para todos los rebeldes, la garantía de que se respetarían sus cargos y sus propiedades y la promesa de una reforma constitucional. Después de meses de turbulencia política, el año 1826 acababa dándole un respiro al Libertador, que no por ello dejaba de advertir las señales de que los problemas de Colombia estaban lejos de haberse resuelto.

Capítulo 10

LA MAGIA DE SU PRESTIGIO

Adiós Venezuela

Bolívar amaba su ciudad natal desde la distancia, aunque no siempre sintiera nostalgia, «porque los temblores allí son terribles y la populación más terrible aún». [1] El 4 de enero de 1827, sin embargo, entró en Caracas acompañado por Páez para recibir una bienvenida de héroe, con arcos del triunfo, guirnaldas, canciones, ceremonias y celebraciones que lo transportaron a épocas más felices. Quince muchachas jóvenes vestidas de blanco le ofrecieron dos coronas de laurel, «una por el triunfo obtenido sobre los tiranos, y otra por el que había alcanzado impidiendo la guerra civil», laureles que en seguida desvió al entregar uno a Páez y dedicar el otro Colombia. Y, en una escena que el mismo Libertador orquestó, le regaló su espada a Páez y oyó atento su respuesta: «Conciudadanos, la espada de Bolívar está en mis manos: por vosotros y por él iré con ella hasta la eternidad». [2] Era un arma de doble filo.

En privado. Bolívar criticaba a Páez, pero en público le adulaba, vivía bajo su mismo techo y parecía estar planeando que Venezuela aceptara de forma separada la constitución boliviana y su ingreso en la confederación de países andinos. Desde enero hasta junio de 1827, Bolívar gobernó Venezuela personalmente. En su proceder, actuó convencido de que los venezolanos (y en general los hispanoamericanos) no estaban preparados para la democracia. Eran mezquinos, supersticiosos e ignorantes, y eran incapaces de entender la práctica del buen gobierno debido a que sus opresores

españoles les habían privado de esta oportunidad. «En lugar de libertad, lo que encontramos es insubordinación y libertinaje disfrazados de patriotismo, intrigas y traiciones; la venalidad ocupa el lugar de las virtudes públicas, y las venganzas personales se recubren con el manto de la justicia» [3] . En estas circunstancias, no le parecía que hubiera nada inquietante en la idea de un poder ejecutivo fuerte, si era ello lo que Páez podía aportar. Confirmó al caudillo como jefe del gobierno venezolano al concederle el título de jefe supremo, que no existía en la constitución y que Bolívar creó para legitimar a Páez y mostrar que reconocía cuál era la situación. Páez quizá nunca fuera a obedecer a Bogotá, pero podía obedecer a Bolívar. No obstante, el Libertador no era el único que determinaba el papel político de Páez. En Caracas, los terratenientes, los comerciantes y dos demás miembros de la coalición que había reunido le reconocían ahora como un líder valioso, coincidían en su búsqueda de la paz y la seguridad y eran conscientes de que se necesitaban mutuamente. También contaba con el respaldo de sus compinches, Mariño, Peña y demás, a quienes Bolívar se apresuró a nombrar en los distintos cargos que ansiaban. [4] Todo esto satisfizo a la facción de Caracas, pero ocasionó las críticas más cáusticas por parte de Santander y sus partidarios, para quienes el Libertador se mostraba indulgente con Páez y las tendencias anticonstitucionales. Por irónico que parezca, el mismo Bolívar tenía serias dudas acerca de Páez, a quien consideraba un personaje insincero y autoritario, que, pese a prosperar en sus propios negocios, era incapaz de tener una opinión independiente e incluso de escribir sus propias cartas:

> El general Páez es el hombre más ambicioso y más vano del mundo: no quiere obedecer, sino mandar: sufre de verme más arriba que él en la escala política de Colombia: no conoce su nulidad; el orgullo de su ignorancia lo ciega. Siempre será una máquina de sus consejeros. Yo lo conceptúo como el hombre más peligroso para Colombia, porque tiene medios de ejecución, tiene resolución, prestigio entre los llaneros que son nuestros *cosacos*, y puede, el día que quisiere, apoderarse del apoyo de la plebe y de las castas negras y zambas. [5]

La conclusión del cónsul británico en Caracas, Ker Porter, era

inequívoca. Las masas populares querían un cambio en la forma de gobierno de Venezuela. La aristocracia tradicional, el ejército y el clero querían un príncipe hereditario. Los republicanos y reformistas eran partidarios de la constitución boliviana. Los intelectuales y los juristas querían un Estado federado independiente. Los sectores populares deseaban principalmente una vida tranquila, cualquiera que fuera la forma de gobierno, aunque había algunos que preferían una revolución total que llevara a la gente de color al poder y habrían promovido con gusto «la extinción de los blancos». La opinión general veía de forma favorable que Venezuela tuviera un gobierno autónomo y que el país formara parte de una confederación junto a Colombia, Quito, Perú y Bolivia, bajo el auspicio inmediato del Libertador, que haría las veces de presidente supremo. La amnistía y el acuerdo que Bolívar había otorgado a Páez y sus seguidores había sido recibido con «satisfacción universal» en Venezuela. Pero el mismo Porter no dudaba de que Colombia necesitaba una dictadura libre del vicepresidente y sus partidarios, que Bolívar solo podía salvar el país y que él sería capaz de ofrecer al pueblo «la forma de gobierno que juzgue más apropiada para su estado moral actual». Esta visión quizá fuera parcial, pero es probable que reflejara bastante bien el punto de vista del mismo Libertador. [6]

A lo largo de toda su vida política, Bolívar siempre había recibido malas noticias, y en 1826-1827 las noticias nunca dejaron de ser malas. La constitución boliviana tenía pocos partidarios fuera de Bolivia. Y en Bogotá los políticos se mofaban de la idea de una confederación de países andinos, un proyecto que consideraban poco realista e inaceptable por parte de sus distintos componentes. Como señaló Santander, con ironía pero sin énfasis: «me parece un poco impracticable». [7] Las relaciones con el vicepresidente se deterioraron todavía más cuando éste criticó el acuerdo que Bolívar había alcanzado para Venezuela y le acusó de querer convertirse en dictador, mientras que los santanderistas hacían campaña contra el Libertador en la prensa liberal. Bolívar, por su parte, denunció la forma en que Santander había manejado las finanzas del país y el modo en que había utilizado el préstamo británico: la confianza de la opinión pública, el amor por la ley y el respeto por los funcionarios del Estado se habían desvanecido; la insatisfacción era

general.[8] En oposición a los denominados constitucionalistas, promovió a sus propios bolivarianos. Su relación con Santander, que ya estaba dañada desde 1824, pasó a ser irreparable, y el Libertador renunció a su amistad y dejó de escribirle: «Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo».[9] Santander replicó que era mejor romper abiertamente que ocultarse detrás de las apariencias. Hasta el momento, el vicepresidente había mantenido una posición de respeto público y odio privado, y había recomendado a Bolívar que regresara a Bogotá y se sometiera a la constitución y, en cualquier caso, que se librara de Páez.[10] Pero pronto dejó de fingir y exigió que se retirara a Bolívar de la presidencia. La opinión pública se enteró entonces de que el presidente y el vicepresidente eran enemigos.

Las noticias que le llegaban de Perú también eran malas. La división colombiana se había amotinado contra los oficiales venezolanos y, a las órdenes del coronel José Bustamante, un neogranadino, habían arrestado a los oficiales de ascendencia venezolana afirmando que lo hacían en defensa de la constitución. Después de eso, lo rebeldes zarparon hacia Colombia. Con la marcha del ejército bolivariano, Perú se desmoronó. Se derogó la constitución y se eligió a un nuevo presidente, Santa Cruz; entre los tránsfugas se encontraba el «incorruptible» Pando. Además, Guayaquil parecía plantearse la separación de Colombia y unirse a Perú, una posibilidad fomentada por Santa Cruz y que contaba con la complicidad de Bustamante. Santander se vio implicado en el motín y no ocultó su respaldo a Bustamante. En Bogotá, el vicepresidente hizo que se tocaran las campanas para celebrar el acontecimiento y salió a la calle para recibir el aplauso de las masas. Bolívar estaba furioso y no dudaba de que Santander había instigado el colapso de Perú. Con todo, todavía tenía allí a un aliado de confianza. En Lima, Manuela cabalgó uniformada hasta los cuarteles y pidió a las tropas que recordaran su lealtad al Libertador, pero de inmediato fue arrestada y obligada a marcharse del país; tras conseguir abrirse pasó hasta Guayaquil, llegó finalmente a Quito con los archivos de Bolívar en su poder.

Bolívar se hallaba aún en Caracas, intentando contener las

oleadas de pobreza y desesperación que amenazaban con desintegrar el país. Venezuela estaba en la bancarrota, al ejército no se le pagaba, los soldados estaban alborotados y los funcionarios morían de inanición. En Barcelona, los negros y los esclavos se habían revelado, y el descontento social era una amenaza cotidiana. El Libertador empezó a ocuparse de los derechos de aduanas, la educación, los hospitales y la situación de los esclavos, pero se trataba de una batalla perdida: «Los que se han creado en la esclavitud, como hemos sido todos los americanos, no sabemos vivir con simples leyes y bajo la autoridad de los principios liberales. Yo estoy resuelto a todo: por libertar a mi patria declaré la guerra a muerte … por salvar este mismo país estoy resuelto a hacer la guerra a los rebeldes aunque caiga en medio de sus puñales». [11] Aun en medio de la extrema confusión política de esos días, nunca abandonó su preocupación por la educación y los valores civilizados, y, pese a no haber obtenido un título universitario, se interesó especialmente por las condiciones de la Universidad de Caracas. Respaldó para el cargo de rector a José María Vargas, un médico muy respetado que había estudiado en la Universidad de Edimburgo, enfrentándose a quienes querían invocar la ley contra el nombramiento de doctores en medicina, y pocos días antes de marcharse de la ciudad aprobó personalmente la reforma de los estatutos de la institución. [12]

Querido en Caracas, bajo sospecha en Bogotá, Bolívar estaba en un dilema mientras contemplaba con desesperación cómo otros se dedicaban a pisotear lo que él había construido con sus manos. Postergó su partida hasta que se enteró de que Bustamante había invadido la región de Guayaquil, haciendo mayores las posibilidades de una guerra entre Colombia y Perú. Sabía que tenía que ir al sur, o al menos hasta Bogotá, y dijo adiós a Caracas por última vez en su vida. Partió de La Guaira el 4 de julio de 1827, y una semana después el general José Prudencio Padilla le ofreció un espléndido recibimiento en Cartagena antes de remontar el Magdalena en un barco de vapor. A medida que se acercaba a la capital colombiana, cada uno de los bandos libraba una guerra de palabras y nervios; Santander le advertía que no debía seguir avanzando, mientras Bolívar, que tenía de su parte al ejército, estaba decidido a asumir el control del poder ejecutivo. Santander

describió el avance hacia Bogotá de Bolívar y su comandante, Urdaneta, como el de un ejército que marchaba al encuentro de una ciudad rebelde, preparado para castigar al gobierno y a los constitucionalistas como traidores cuyo sacrificio era exigido por la sed de venganza y la ambición de Bolívar. [13]

El 10 de septiembre Bolívar juró el cargo y anunció la convocatoria de una asamblea nacional. La ceremonia se celebró en la iglesia de Santo Domingo con los miembros del congreso sentados formando un doble círculo. Mary English, esposa de un comerciante británico, se encontraba presente en la ceremonia y, al estar cerca de la parte frontal, tuvo una buena vista de lo ocurrido. Vio al Libertador aparecer por la calle en medio de la música y el tañido de las campanas y caminar lentamente por el pasillo central de la iglesia, con un paso firme, pero extraño, como el de alguien que se ha hecho daño cabalgando durante mucho tiempo y que padece hemorroides (aunque esto quizá ella no lo supiera), un mal que había aquejado a Bolívar desde hacía años. Al Libertador se le veía cansado y no parecía tener buena salud, pero repitió el juramento con voz firme y pronunció un discurso. En el palacio de gobierno, el encuentro con Santander fue frío, no hubo apretón de manos, aunque sí discursos formales. Después de eso, los ojos de Bolívar se fijaron en la encantadora señora English, a la que antes había cortejado el coronel Patrick Campbell, el cónsul general británico, y pareció recobrar su ánimo al sentarse a su lado para dedicarle sus atenciones. Después de ese día, la señora English volvió a verlo en varias ocasiones, en bailes, en las carreras y en su casa, y quedó impresionada por sus maneras galantes, su naturaleza afable, su cara de intelectual y «la perfecta simetría y belleza» de sus tobillos. Él le regalo un retrato suyo. [14] No obstante, más allá de su vida política y social, sus pensamientos estaban con Manuela, y ahora más que nunca quería estar a su lado.

El 18 de noviembre, un fuerte temblor de tierra sacudió la capital colombiana, ocasionando daños en muchas iglesias, conventos y casas, incluida la del coronel Campbell. Pero la vida política continuó, así como el estancamiento de las relaciones entre el presidente y el vicepresidente. El futuro político de Bolívar era sombrío. El hecho de que Perú hubiera repudiado su sistema ponía fin a su idea de una confederación de países andinos. El general

Flores expulsó a Bustamante de Guayaquil y estableció un gobierno favorable a Bolívar; no obstante, el poder que Flores tenía ahora en Quito representaba un nuevo interrogante en la unidad de Colombia. La constitución boliviana se había vuelto un incordio. «Nada me importa la constitución *boliviana*. Si no la quieren, que la *quemen*, como dicen que ya se ha hecho antes de ahora. Ya no tengo amor propio de autor en materias graves que pesan sobre la humanidad»[15]. El Libertador parecía no entender las razones por las que los políticos no respaldarían nunca la idea de un presidente vitalicio. Una medida semejante los privaba del mayor premio político al que podían aspirar en el futuro inmediato, arrebatándoles su principal ambición. Entre tanto, gobernó el país con los poderes extraordinarios que le otorgaba la constitución vigente, lo que hizo que los liberales le etiquetaran de dictador. Pero rendirse no formaba parte de su naturaleza. No estaba dispuesto a abandonar más de quince años de lucha y tirar los logros de sus campañas libertadoras simplemente para satisfacer a unos políticos a los que despreciaba.

LA BÚSQUEDA DE UN GOBIERNO FUERTE

Durante los siguientes tres años Bolívar viviría de lo que O'Leary denomina «la magia de su prestigio».[16] Privado de la seguridad política que había buscado para sí mismo y las instituciones colombianas, sus opiniones y políticas lo hacían vulnerable y eran recibidas con hostilidad y menosprecio. Aunque continuaba hablando de liberación, tiranía y victorias, las batallas no eran las mismas. Cada día de 1827-1828 fue un día de política, de tensión, una escena en el conflicto entre el presidente y el vicepresidente. Mientras la anarquía era cada vez mayor y la autonomía de los grandes magnates, sumada al malestar de las masas, amenazaba con destruir a la joven república, las políticas rivales competían entre sí. Bolívar hablaba de forma compulsiva sobre la necesidad de un «gobierno fuerte». «Es una evidencia para mí la destrucción de Colombia si no se le da al gobierno una fuerza inmensa capaz de reluchar contra la anarquía, que levantará mil cabezas

sediciosas»[17]. Pensaba que la constitución no se ajustaba a la estructura social del país ni a las necesidades del pueblo: «Hemos hecho del legislativo solo el cuerpo soberano, en lugar de que no debía ser más que un miembro de este soberano: le hemos sometido el ejecutivo y dado mucha más parte en la administración general que la que el interés legítimo permite».[18] El derecho de presentar proyectos de ley correspondía exclusivamente al poder legislativo, que además tenía la facultad de hacer valer sus decisiones por encima del veto concedido al ejecutivo. Por otro lado, la constitución daba excesiva independencia al poder judicial, mientras que el ejecutivo carecía de los medios para intervenir cuando era necesario; incluso se otorgaba a los tribunales civiles control absoluto en los casos militares, lo que destruía la disciplina y minaba la confianza del ejército. Estos defectos tendrían que ser resueltos por un nuevo congreso constitucional; entre tanto, él mismo intentó suplir las deficiencias de la constitución y ofrecer a Colombia el «gobierno fuerte» que necesitaba. Los liberales estaban escandalizados. Santander consideraba que el nuevo régimen era conservador y militarista, una amenaza para todas las conquistas liberales de los últimos seis años, y se convirtió en un abanderado del federalismo total. Algunos de sus compañeros reaccionaron de forma exagerada y pasaron a la clandestinidad, temiendo por sus vidas.

Ahora bien, Bolívar no fue un líder solitario. Tenía amigos y aliados entre los militares, y contaba con el apoyo sin vacilaciones de oficiales como Urdaneta que había estado con él desde el principio. Entre los ministros contaba con el respaldo de Soublette y de la mayoría de los demás, y en el congreso eran muchos los políticos que lo preferían a Santander o a cualquier otra alternativa. Y su vida privada había mejorado. A principios de enero de 1828, Manuela se había reunido con él en Bogotá procedente de Quito, desde donde la habían acompañado unos cuantos oficiales bolivarianos y una unidad de caballería, y con sus archivos todavía intactos. Estableció su residencia en una casa de campo en lo que entonces eran las afueras de la ciudad, la Quinta, y se convirtió en la encargada de administrar sus asuntos privados.

¿Cuál era la apariencia de Bolívar en el clímax de su carrera? En febrero de 1828, el médico y artista francés, François Desirée

Roulin, realizó una descripción y bosquejó un retrato de perfil que se convertiría en el modelo de muchas estatuas y pinturas del Libertador.[19] Posando, Bolívar no era precisamente fácil. Otro artista destacado para el que posó, José María Espinosa, comentó que era difícil lograr que se mantuviera quieto y que con frecuencia volvía su rostro hacia la ventana para mirar a la calle. Todos ellos querían captarlo en reposo, cuando parecía sumergido en la soledad, la melancolía y la nostalgia. Pero eso no era algo que él pudiera hacer a voluntad. Roulin, que además de ser dibujante y pintor era especialista en anatomía, describe a Bolívar como un individuo poco más alto que la media, delgado y grácil, poseedor de un temperamento nervioso e irritable, de ademanes inquietos e impaciente, y altivo en su forma de comportarse. En su juventud, su rostro había sido muy blanco como los demás venezolanos de ascendencia española, pero durante sus quince años de viajes y campañas militares su piel se le había oscurecido, quemada por el sol. Caminaba con rapidez y sin ceremonia, pero cuando estaba de pie era frecuente verle cruzar los brazos y adoptar poses esculturales, en especial en los momentos serios. Tenía una cabeza bien conformada, de rasgos regulares, pero su frente era grande y en su rostro anguloso destacaban la quijada y los pómulos. En esa época iba siempre bien afeitado, sin barba de ningún tipo; su cabello era ondulado, desordenado en la parte superior y peinado hacia delante. Tenía un buen perfil, con una frente noble, una nariz recta, una boca pequeña y unas cejas gruesas en forma de arco. Sus ojos eran grandes y negros, su mirada viva y profunda. Hablaba con rapidez y de forma incisiva, no le gustaba desperdiciar palabras y sabía adecuar su lenguaje según lo exigía la ocasión; en la conversación podía ser indiscreto, en las cartas, original e inteligente, en sus discursos se mostraba grave y seguro. Sus respuestas a las preguntas o solicitudes eran breves y rápidas, y podía ser brusco con cualquiera que lo irritara. A juzgar por la valoración de Roulin, a la edad de cuarenta y seis años el atractivo del Libertador no había declinado aún y su salud parecía todavía sostenerse. Sabemos gracias a O'Leary que su vista era buena y su oído especialmente agudo. Podemos concluir, además, que su mente tenía la fortaleza de siempre y que

la razón continuaba siendo su guía.

La tranquilidad, sin embargo, era cada vez más escasa y sus preocupaciones políticas se agravaban debido a sus angustias personales. Ahora era su propio futuro el que le inquietaba y buscaba vender su último activo, las minas de cobre de Aroa. Su representante en Londres, el diligente Andrés Bello, hubo de hacer frente a disputas sobre la propiedad y la ocupación de las minas, y el hecho de que no consiguiera finalizar la venta sólo empeoró la ya frágil relación entre el Libertador y su antiguo tutor. [20] En la capital inglesa, Bello vivía cerca del límite de la pobreza; como secretario de la legación colombiana su salario era exiguo y con frecuencia le llegaba con retraso, y, tratándose de alguien que estaba trabajando como diplomático desde 1810, se merecía algo mejor. Era un hombre tímido y no podía entender por qué Bolívar no le prestaba ayuda. Aunque el Libertador le admiraba, encontraba difícil promoverlo, en parte por la falta de contacto con el estudioso y no haber sabido apreciar su labor durante esos años, en parte porque en 1828 ya no estaba en condiciones de ignorar al gobierno de Santander y realizar nombramientos a su gusto. Además, Bello no contribuía a su propia causa. Aunque las palabras de su poema *Alocución a la poesía*, en el que aborda las guerras de independencia, no pretendían ser hirientes, sí contenían un elogio vago, calculado, para ofender a un líder tan sensible como era el Libertador. Peor aún, a Bello le había parecido apropiado alabar a Manuel Piar, la bestia negra de Bolívar, cuya ejecución el Libertador se esforzaba en defender como «de necesidad política y salvadora del país, porque sin ella iba a empezar la guerra de los hombres de color contra los blancos». [21] Bolívar pensaba que su historial militar estaba por encima de cualquier reproche, y en una época en la que sus enemigos se dedicaban a afilar los cuchillos, no esperaba otra cosa que respeto y respaldo por parte de sus amigos, y Bello no estaba eximido. La distancia y la fatalidad habían reducido a estos dos gigantes de la revolución a la incomprensión mutua.

EL CAMINO HACIA OCAÑA Y EL PODER

En septiembre de 1827, el congreso aprobó que la Gran Convención Nacional se reuniera, no en 1831 como había previsto

el congreso de Cúcuta, sino el 2 de marzo de 1828 en Ocaña, para revisar y modificar la constitución colombiana. Desde Caracas, Bolívar mismo había defendido lo urgente que se necesitaba una convención semejante; tal era «el grito de Colombia» y no había otro camino para salvar a su pueblo de la anarquía y, aunque esto ya no lo dijo abiertamente, para adoptar la constitución boliviana. [22] La perspectiva dividió a los colombianos en tres partidos. Uno abogaba por un gobierno central fuerte que preservara la integridad de la unión, en el que el ejecutivo tuviera más poder y en el que cada departamento tuviera un vicepresidente; ésta era la posición de Bolívar y por esta razón gozaba de un apoyo considerable, aunque no unánime. [23] Un segundo partido, el respaldado por Santander y los constitucionalistas, deseaba implementar un sistema federal, si bien no había un acuerdo sobre qué divisiones administrativas eran las que debían federarse. Un tercer grupo proponía que Venezuela, la Nueva Granada y Quito fueran Estados independientes.

La convención de Ocaña, pensaba Bolívar, era «la última suerte de Colombia», pero desde el principio fue una empresa desventurada que en ningún momento se acomodó a este papel. El Libertador temía que «el espíritu de partido dictará intereses y no leyes: allí triunfará al fin la demagogia de la canalla. Estos son mis más íntimos temores … Mientras tanto, yo no estoy dispuesto a dejarme hundir y sepultar mi gloria entre las ruinas de Colombia». [24] La campaña de elección de los delegados empeoró aún más las cosas para Bolívar, que no podía competir con la propaganda de Santander. El vicepresidente se presentó como candidato e hizo campaña junto a los constitucionalistas en abierta oposición al Libertador lanzando un programa federal que contaba con el respaldo de la prensa que simpatizaba con sus ideas. [25] Bolívar fue escrupuloso y mantuvo al gobierno fuera de la palestra política, aunque eso no impidió que sus partidarios dentro del ejército intimidaran a sus adversarios. Cuando se conocieron los resultados fue evidente que Santander y una mayoría de sus candidatos habían sido elegidos. Bolívar habló de fraude, pero concedió que Santander era «el ídolo de esta gente». El ministro británico coincidía en que Santander, a quien describe como «un jugador habitual acostumbrado a pagar sus cuentas con dinero público», tenía

muchos seguidores, gran parte de los cuales estaban en deuda con él por los cargos y los privilegios que éste les había concedido durante su largo período en el poder. Sin embargo, Santander también tenía el apoyo de muchos abogados, a los que no les gustaba la «facción militar» de Bolívar y a quienes alarmaba la posibilidad de que un Estado centralizado fuerte impidiera su acceso al poder. [26] En medio de estas preocupaciones las noticias procedentes de Venezuela fueron casi una distracción bienvenida.

España estaba esforzándose por revivir su presencia en el Orinoco y las actividades de las embarcaciones realistas, con base en Puerto Rico, se habían incrementado a lo largo de la costa venezolana aprovechando el malestar de la población negra del interior. Bolívar le dijo a Páez que acudiría en su ayuda, pero también aprovechó la oportunidad para predicar las virtudes de la unión: «Sin la unión, adiós a la república, adiós del general Páez, y adiós del amigo de Ud., Bolívar». [27] El Libertador dejó Bogotá el 16 de marzo de 1828, para seguir el trayecto habitual desde Tunja hasta Cúcuta, pero en el camino recibió la noticia de que la revuelta realista de Coro había sido aplastada y que los comandantes venezolanos habían acabado con los desordenes guerrilleros en el resto del país. Sin embargo, antes de que pudiera alegrarse del modo en que se habían desarrollado los acontecimientos, le llegaron noticias de que había estallado otra revuelta, esta vez en Cartagena, donde se estaba reclutando a los negros y los pardos de la costa para una guerra racial. De inmediato, Bolívar cambió de ruta para dirigirse a Cartagena e hizo una escala en Bucaramanga.

José Prudencio Padilla, un superviviente de Trafalgar, veterano de la guerra contra España y héroe de la batalla de Maracaibo en 1823, se había autoproclamado comandante general e intendente de Cartagena, y se proponía levantar al pueblo de la costa contra Bolívar y la «tiranía». [28] Padilla era un pardo o, según afirma O'Leary, un «mulato, feroz y sanguinario», y dirigía su llamamiento a los pardos, que eran la mayoría de la población del departamento de Magdalena y a quienes definía como «mi clase», en oposición a los blancos, a quienes despreciaba por ser enemigos de la libertad y la igualdad y amenazaba con la espada. [29] Padilla ya había llamado la atención de Bolívar, siempre atento a las señales de racismo sin importar de dónde provinieran. Si bien no podía

quejarse de su lealtad a la revolución, tenía algunas reservas en lo que respecta a sus ambiciones sociales y políticas: «La igualdad legal no es bastante por el espíritu que tiene el pueblo, que quiere que haya igualdad absoluta, tanto en lo público como en lo doméstico, y después querrá la pardocracia, que es la inclinación natural y única, para exterminio después de la clase privilegiada». **[30]** Cartagena era un quebradero de cabeza para Bolívar. Mientras el general Mariano Montilla, comandante en jefe del departamento de Magdalena y bolivariano convencido, pertenecía a la élite blanca y no contaba con una masa de seguidores; Padilla, que no ocupaba un alto cargo y agitaba al pueblo con la bandera de la igualdad, era un pardo popular entre los suyos. El 2 de marzo de 1828, Padilla se dirigió a un grupo de oficiales pardos y les hizo saber que iba a dirigir a su gente para proteger su libertad. Montilla realizó entonces una movimiento inteligente. Ordenó a todas sus unidades militares que salieran de Cartagena y engatusó a Padilla para que movilizara a sus seguidores y se declarara comandante militar del departamento. Pero el rebelde había ido demasiado lejos; había pasado a ponerse fuera de la ley, pero incluso así no había obtenido el apoyo que esperaba. Mientras Montilla restauraba el orden en Cartagena, Padilla huyó a Ocaña con la esperanza de que Santander le protegiera.

O'Leary

le entrevistó allí para luego informar a Bolívar: «V.E. ha formado una idea muy exagerada del suceso [en Cartagena]. Los pasos dados por Padilla en esta ciudad, y la conducta que observó conmigo, manifiestan sin dejar duda que no tiene partido alguno».

O'Leary

era contrario a que se juzgara a Padilla en Cartagena, pues aunque el pueblo y el ejército lo habían abandonado cuando sus acciones se volvieron ilegales, era posible que se le viera con simpatía si su comparecencia ante los tribunales lo convertía en víctima. **[31]**

O'Leary estaba en lo cierto. La situación no era favorable a Padilla. Otro oficial bolivariano, Joaquín Posada Gutiérrez, observó:

> En nuestras provincias de la costa, y principalmente en Cartagena, hay pardos ilustrados y de juicio, que gozando de una completa igualdad de derechos políticos y civiles, conocen perfectamente sus intereses y saben que siendo la

> ciencia y el mérito títulos legítimos de superioridad, pueden, por medios lícitos, adquirir una bien merecida posición social, aplicándose y comportándose honorablemente, y esto influye sobre los demás, morigerándolos. Entre los negros ignorantes de los campos, y de la última plebe de la ciudades, existen resquicios de aversión más bien a la diferencia de categoría que al color, pues la tienen igualmente a los pardos que se hallan en esfera más elevada. [32]

Era a estos pardos abatidos a los que Padilla había intentado revolucionar. Sus enemigos, por supuesto, estaban indignados. Posada Gutiérrez expresaba su esperanza en que el tiempo y la buena voluntad apaciguarían las tensiones raciales, «de las que los blancos no somos responsables». Otros fueron menos complacientes: «al zambo general Padilla le sucederá como a Piar, porque de muchas declaraciones consta que su fin era degollar a todos los blancos y hacer a esto un Santo Domingo». [33] Lo ocurrido suponía un peligro adicional para Bolívar. Desde el punto de vista político, el movimiento se vinculó a Santander y ello ofreció al enemigo del Libertador otra base electoral en un importante puerto y fortaleza del Caribe. La opinión de Bolívar era que Padilla debía ser juzgado de acuerdo con la ley, como ejemplo para los demás, por lo que hizo que le arrestaran en Ocaña para ser juzgado en Cartagena. Pero Montilla, razonando acaso del mismo modo que O'Leary, le envió a Bogotá.

Lo ocurrido en Cartagena perturbó mucho a Manuela, que lo relacionaba con los adversarios de Bolívar en otras partes, en especial aquellos cuyos nombres empezaban por la letra *P*. «Dios quiera que mueran todos estos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez … sería el gran día de Colombia el día que estos viles muriesen, éstos y otros son los que están sacrificando con sus maldades para ser las víctimas un día u otro de la tranquilidad. Este es el pensamiento más humano, que mueran diez para salvar millones» [34]. Ella y Bolívar intercambiaron cartas en las que es posible encontrar amor, humor y reclamos, y él le aseguró que no iría a Venezuela o a Cartagena, sino que regresaría a Bogotá muy pronto. [35]

Bolívar permaneció en Bucaramanga, a unos ciento cincuenta

kilómetros al sur de Ocaña, un lugar conveniente para comunicarse con O'Leary y los delegados y continuar en contacto con Cartagena y Bogotá. Entre los amigos que tenía en esta ciudad se encontraba el oficial francés Louis Perú de Lacroix, un veterano de las campañas napoleónicas que había formado parte del ejército bolivariano desde 1823, quien durante tres meses observó el estilo de vida del Libertador y recogió sus opiniones y recuerdos. Gracias a él conocemos sus rutinas cotidianas: por lo general salía a cabalgar (disfrutaba del galope rápido) pero también le gustaba nadar, correr o quedarse en su hamaca leyendo. Sus alimentos favoritos eran las frutas y verduras, que prefería a la carne; le gustaba el vino, con moderación, y preparaba sus propias ensaladas; no fumaba y le molestaba que lo hicieran en su presencia. En esta época prácticamente había perdido su antigua pasión por el baile. Su estado de ánimo le llevaba a meditar sobre el pasado y el presente, a preguntarse por su lugar en la historia. Comentó que su ministro, el historiador José Manuel Restrepo, estaba recibiendo buenas críticas por su *Historia de la revolución de Colombia*, obra que había publicado recientemente y que era generosa en su elogio del Libertador, demasiado generosa en su opinión: «porque estoy vivo, porque estoy en el poder, porque me necesita y no quiere indisponerme, porque se encuentra en una situación política dependiente de la mía». Leyó el libro con avidez y concluyó: «no nos hallamos ya en los tiempos en que la historia de las naciones era escrita por un historiógrafo privilegiado y se prestaba fe, sin examen, a cuanto decía: a los pueblos solos pertenece ahora escribir sus anales y juzgar a sus grandes hombres. Venga, pues, sobre mí el juicio del pueblo colombiano; es el que quiero, el que apreciaré, el que hará mi gloria, y no el juicio de mi ministro del Interior». [36] También reflexionó sobre Napoleón, aunque de forma discreta, sin pensar en la divulgación de sus ideas. A instancias del francés, no hay duda alguna, Bolívar accedió a reconocer que admiraba la aclamación universal que el emperador había recibido de sus compatriotas y la gloria que le esperaba al libertador que fuera capaz de emularlo. [37] Mientras las noticias políticas o determinados pasajes del libro de Restrepo lo exaltaban, en

situaciones de emergencia actuaba con frialdad. Convirtió en costumbre el asistir a misa con su equipo y desaprobaba a cualquiera que al sentarse cruzara las piernas en la iglesia. En una ocasión, la iglesia se vació de repente ante la alarma, falsa en esta ocasión, de un temblor de tierra, y sólo quedaron dentro el sacerdote en el altar y Bolívar en el coro. Cuando todos los asistentes regresaron pudieron verlo sentado, leyendo con tranquilidad no un misal, sino un periódico. [38] Sin embargo, las noticias que le llegaban de Ocaña eran capaces de desatar su malhumor.

Santander se desvivió por acoger a los delegados y pagó por sus alojamientos, pero, en cualquier caso, el grupo de sus partidarios no constituía una mayoría. Cuando el 9 de abril empezó la convención, ésta contaba con veintitrés santanderistas, veintiún bolivarianos y dieciocho delegados independientes y moderados; de los delegados elegidos, cuarenta y cuatro estaban ausentes. La mayoría de los delegados estaba de acuerdo en la necesidad de una reforma constitucional, aunque no en los detalles de ésta. Pero mientras los bolivarianos estaban decididos a actuar correctamente, libres del espíritu partidista, los «anarquistas» formaban un grupo cerrado, comían y vivían juntos, y coordinaban sus tácticas, de las que todas tenían como fin debilitar al poder ejecutivo. «Yo veo esto como el principio del fin», dijo Bolívar. Sólo un milagro, pensaba, podría hacer que de la convención de Ocaña resultara algo positivo en lugar de un gran mal. [39] Las discusiones se prolongaron durante ocho semanas. Santander representaba a quienes defendían la ley contra los peligros de una dictadura, yendo más allá del mero liberalismo para promover la idea de que la creación de una federación era el único recurso con el que los colombianos contaban para salvar sus libertades nacionales.

O’Leary,

que era el observador personal de Bolívar en la convención y detestaba a Santander, «uno de aquellos hombres adocenados que con medianos talentos y mucha audacia, pero sin moral ninguna, se elevan en las revueltas políticas a puestos distinguidos», señala que desde la tribuna éste proclamó: «Tengo un corazón de tigre». Si por ello entendía la presunción, la insensibilidad y la naturaleza feroz, comentaba

O'Leary,
la frase era absolutamente cierta.[40] El sentimiento era recíproco: Santander también odiaba a
O'Leary,
a quien consideraba un espía de Bolívar en Ocaña, cuya única labor era informar sobre el trabajo de los diputados y ejecutar las órdenes de su jefe.

Bolívar fue perdiendo con rapidez las pocas esperanzas que tenía puestas en la convención y se tomó en extremo crítico de su partidismo y de la hostilidad hacia las políticas bolivarianas. Se puso furioso cuando los delegados aprobaron la rebelión de Padilla, quien, como se ha señalado, no sólo había fomentado las tensiones raciales, sino que además había intentado sublevar a Cartagena contra Bolívar, a favor de Santander y la constitución de Cúcuta, «un acto abominable» que enardeció a Bolívar al combinar dos de sus principales susceptibilidades, Santander y la pardocracia.[41] La confusión fue en aumento e impidió la adopción de la reforma constitucional. Los santanderistas propusieron mantener la constitución existente con excepción del artículo 128, que era el que otorgaba poderes extraordinarios al presidente en tiempos de crisis. En este punto, los partidarios de Bolívar abandonaron la convención para impedir que hubiera quorum, y la convención se disolvió el 11 de junio sin haber logrado ningún avance. Bolívar había conseguido desbaratar los planes de Santander, pero lo cierto es que no veía con claridad qué debía hacer a continuación. Fue en esta época cuando empezó a mencionar la posibilidad de dividir a la república en tres o cuatros Estados autónomos, una idea surgida del desespero y que sus seguidores acogieron con incredulidad.[42] ¿Era posible que hablara en serio?

La rebelión de Padilla, opinaba el cónsul británico, había hecho que «toda la gente con propiedades e influencia se uniera alrededor de la persona del general Bolívar, a quien consideran el único capaz de devolver la tranquilidad a Colombia».[43] Mientras la convención de Ocaña terminaba en un punto muerto. Bolívar dejaba Bucaramanga en un inusual estado de vacilación, convencido de que mientras unos lo condenarían por ser un constitucionalista, otros lo harían por considerarlo un dictador. Entre tanto, en Bogotá, el intendente y el cabildo convocaron el 13 de junio una asamblea

popular que, tras considerar los peligros que amenazaban a la república tanto desde el interior como desde el exterior, rechazaron la convención de Ocaña y pidieron a Bolívar que regresara y asumiera «el mando supremo de la República, con plenitud de facultades».[44] En apenas tres horas, quinientas personas habían firmado en apoyo a la propuesta, «incluidos el arzobispo y destacados miembros de la sociedad». Al conocer la noticia, Bolívar se detuvo a pensar, pero no por mucho tiempo: aprobó lo ocurrido y no tardó en seguir adelante. Entró en la capital para ser recibido como un salvador, asistió a una misa de acción de gracias en la catedral y se le escoltó hasta el palacio de gobierno. Asumió el poder supremo con un amplio apoyo o, al menos, con el apoyo de un plebiscito público, promovido por las autoridades locales de treinta y unas ciudades a lo largo y ancho del país.[45] En Popayán, el intendente Tomás Cipriano de Mosquera convocó un cabildo abierto para reconocer al Libertador como jefe supremo de la nación, del cual se excluyó específicamente a los militares.[46] El general Urdaneta le dijo al ministro británico que los bolivarianos habían estado inactivos durante demasiado tiempo y que ahora se hacía necesario convencer al mundo de que «Colombia nunca permitiría que la gobernara una pequeña facción de demagogos cuyas medidas tendían a inundar el país de sangre en pos de sus propios intereses egoístas y para saciar sus odios personales».[47]. Las malas noticias empezaron a llegar después. Bolívar se enteró de la rebelión de las tropas de Chuquisaca y el motín contra Sucre del 18 de abril de 1828.[48] Perú era ahora abiertamente beligerante, tanto al norte como al sur de sus fronteras, y Guayaquil estaba en peligro. En estas circunstancias era posible coincidir con el Libertador en que la política exterior por sí sola exigía un gobierno fuerte en Colombia y una respuesta firme a la agresión. Mirando hacia el futuro, era evidente que las exacciones y el reclutamiento necesarios para la inminente guerra con el Perú no serían del gusto de la opinión pública, y el único modo de ejecutar estas medidas era la acción decidida.

El poder supremo se convirtió en poder absoluto gracias al decreto orgánico del 27 de agosto de 1828.[49] El Presidente Libertador, como ahora se le llamaba, justificó el decreto afirmando que emanaba de «los derechos esenciales que siempre se reserva [el

pueblo] para libertarse de los estragos de la anarquía», derechos que el pueblo había puesto en sus manos y que él tenía el deber de emplear hasta que fuera posible convocar una asamblea nacional. El decreto fue un modo de institucionalizar su poder; Bolívar lo consideró una prueba «de que mi más ardiente deseo era el de descargarme del peso insoportable de una autoridad sin límites y de que la República volviese a constituirse por medio de sus representantes». [50] Sin embargo, sus opciones se vieron reducidas por dos acontecimientos: un atentado contra su vida y una invasión procedente de Perú. El poder del Presidente Libertador era un poder personal, que ejercía a través de decretos que tenían el carácter de ley y mediante nombramientos que estaban bajo su control. El decreto orgánico acababa con el cargo de vicepresidente y se nombró a Santander ministro ante Estados Unidos, un nombramiento que éste acepto de inmediato, aunque no realizó movimiento alguno con miras a marcharse. Bolívar estableció un consejo de Estado, que tenía sólo una función asesora y en el que participaban los cinco ministros, así como representantes de las regiones, del ejército y del clero. Bolívar siempre había creído en la importancia de un poder judicial separado, pero no totalmente independiente, pues eso en la práctica, se traducía en un lastre para el gobierno legítimo; por tanto, al incrementar, mediante una serie de cambios judiciales, la influencia del ejecutivo en la aplicación de la ley así como su capacidad legislativa, no estaba en realidad renunciando a sus principios. Desde hacía mucho tiempo pensaba que los militares eran vulnerables a los liberales civiles, y aprovechó la ocasión para confirmar e incluso ampliar el fuero tradicional del ejército que la república había heredado de España; por otro lado, en interés de la defensa del país parecía razonable aumentar el tamaño de las fuerzas armadas. Ninguna de estas medidas convertía a su presidencia en una dictadura militar. Bolívar pensaba en este régimen como una solución temporal hasta que se reuniera un congreso el 2 de enero de 1830. [51] En otros aspectos, Bolívar siguió dando muestras de sus instintos liberales. Su gobierno ya se había declarado contrario a cualquier intento de eludir la prohibición de la trata de esclavos. Un decreto del 5 de enero de 1828 prohibió el tráfico de esclavos para el servicio doméstico y liberó a todos los que habían sido esclavizados desde 1821. [52]

¿Cuál era la realidad del poder supremo? ¿Fue éste la prueba definitiva de que Bolívar había perdido su pureza política, una medida de lo mucho que sus principios se habían erosionado? Su reputación previa, así como sus acciones posteriores, han influido en las distintas interpretaciones de su gobierno entre 1828 y 1830. Al contrastarlo con sus grandes declaraciones en favor de la libertad, la igualdad e incluso, en ocasiones, la democracia, este período se juzga como una época de declive respecto a sus propios patrones. O bien se lo ha considerado la culminación de las tendencias absolutista ya presentes en la idea de presidencia vitalicia de la constitución boliviana y los poderes extraordinarios que había asumido invocando la constitución colombiana. Con todo, no se trataba de una desviación. Bolívar siempre había tenido problemas para sentirse cómodo con la democracia, un sistema que en Hispanoamérica estaba demasiado cerca de la anarquía para su gusto. Y desde sus comienzos se había manifestado a favor de un gobierno fuerte: ya en la Carta de Jamaica había especulado con la posibilidad de un poder ejecutivo vitalicio, aunque no hereditario, para Colombia. Además, su pensamiento, sus declaraciones y sus políticas evidencian una continuidad extraordinaria en su compromiso con el republicanismo liberal. Incluso en Angostura, cuando recomendó a los legisladores el estudio de la constitución británica, lo hizo en defensa del republicanismo, no para aconsejar una servil imitación de la monarquía. «Cuando hablo del gobierno británico sólo me refiero a lo que tiene de republicanismo, y a la verdad ¿puede llamarse pura monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta, y cuanto es sublime en la política?, ¿puede haber más libertad en ninguna especie de república?, ¿y puede pretenderse a más en el orden social?» [53].

Bolívar pensaba que un gobierno fuerte era el que mejor garantizaba la independencia y la libertad, que fueron sus metas permanentes, y estaba convencido incluso de que, de ser necesario, podía defenderlas personalmente desde el gobierno hasta que una constitución las garantizase. Con todo, se ha exagerado la teoría y la práctica de su gobierno personal. Incluso cuando ejerció el poder absoluto entre 1828 y 1830, Bolívar no gobernó como un caudillo o

como un déspota, las medidas que adoptó no respondían a intereses sociales o regionales particulares, su recurso al clientelismo no fue extravagante y su respeto por el Estado de derecho nunca le abandonó. Es verdad que había algunos elementos extremistas entre los bolivarianos y que hubo quienes intentaron fomentar el malestar social apelando a las pasiones populares, incluso a los instintos religiosos, algo que hicieron «hombres que por lo común nada creen».[54] Sin embargo, había otros, como Restrepo, el ministro del Interior, que eran políticamente moderados y tenían cualidades para ocupar sus cargos en cualquier régimen. Y también había alguien que se encargara de provocar escándalo.

Mientras Bolívar había establecido su residencia en el palacio de San Carlos, Manuela vivía cerca, en una casa de la plazuela de San Carlos, donde llevaba su propia vida, cabalgando por las mañanas vestida con uniforme militar y distrayéndose en las tardes con la ayuda de un oporto y las adulaciones de quienes la visitaban. El 24 de julio, el día del cumpleaños de Bolívar, ofreció una fiesta en su villa de las afueras de Bogotá, donde por sugerencia suya se hizo una efigie de Santander que luego se colocó sentada en un banco para que un destacamento de granaderos le disparara por la espalda. Bolívar no estaba presente, pero según el general Córdova, que le informó del escándalo, había muchas habladurías que ensuciaban su reputación y que criticaban el hecho de que esta dama se inmiscuyera en los asuntos del gobierno. La respuesta de Bolívar revela que estaba avergonzado, aunque no en demasía; restó importancia al incidente, que le pareció absurdo y vulgar, pero no criminal. Pensaba suspender al oficial al mando de los granaderos y enviar a éstos a servir a otras partes. «En cuanto a la amable Loca. ¿Qué quiere Vd. que yo le diga a Vd.? Vd. la conoce de tiempo atrás. Yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso, pienso hacer el más determinado esfuerzo por hacerla marchar a su país o donde quiera. Mas diré que no se ha metido nunca, sino en rogar [¿en beneficio de otros?]. Vd. no tiene que decirme nada que yo no sepa. Yo no soy débil ni temo que me digan la *verdad.»*[55] Y al cabo de unas semanas, le estaba rogando que volviera a su lado para reanimar su espíritu con su amor. «Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego». Bolívar no iba a ofender a

sus soldados, pero tampoco iba a traicionar a Manuela.

Los asesinos

Bolívar no era por naturaleza un dictador y no pensaba que el poder absoluto pudiera ser una arreglo permanente, mucho menos un paso hacia un régimen monárquico. En la práctica no amplió de forma sustancial sus poderes extraordinarios. Ya existía un decreto sobre conspiraciones (del 20 de febrero de 1828), pero éste no llegó a aplicarse realmente, incluso cuando se lo hubiera podido usar contra los adversarios que denunciaban «este execrable triunvirato de Bolívar, Castillo y Urdaneta». [56] Y él mismo se encontraba de primero en la línea de fuego. Los extremistas lo eligieron como blanco en los primeros meses del régimen y tramaron un complot para destituirlo. Esta conspiración no fue el tipo de acción propia de un caudillo, mucho menos una revuelta masiva, sino un golpe planificado con el fin de derrocar al Libertador, a quien los conspiradores identificaban como el enemigo máximo de la libertad. Los conjurados consultaron a Santander, quien estaba de acuerdo con la criminalidad de Bolívar, pero rehusó participar en la toma violenta del poder; pese a haber manifestado con sensatez que desaprobaba una acción semejante, no descartó la posibilidad de colaborar en el futuro con un movimiento pacífico. [57] Los conspiradores eran oficiales del ejército, en conjunción con cierto número de maestros y estudiantes que pretendían ser «liberales» y que se reunían en una supuesta Sociedad Filológica. [58] Se trataba de hombres jóvenes, pertenecientes a una generación para la que la revolución de 1810 era historia pasada y Bolívar un hombre que no había progresado. Su líder era Pedro Carujo, un joven oficial venezolano de veintiséis años con aspiraciones literarias, ayudado por Ramón Guerra, jefe del Estado Mayor General en Bogotá, y Luis Vargas Tejada, un político liberal; el coordinador civil fue Florentino González, un admirador y posteriormente marido de Bernardina Ibáñez, a quien Bolívar había cortejado en los años que siguieron a la batalla de Boyacá. Aunque los líderes tenían el proyecto de extender el movimiento a las provincias, el complot tuvo escasa resonancia en el país. Como el mismo Santander reconoció, el ejército y el pueblo estaban de parte de Bolívar.

Los conspiradores eran oportunistas y, después de una salida en falso, decidieron asesinar a Bolívar la noche del jueves 25 de septiembre de 1828 mientras el Libertador dormía en el palacio de San Carlos. Previamente hubo rumores de que había problemas, pero Bolívar no los tomó en serio. Antes, por la tarde, había hecho llamar a Manuela y le comentó que iba a haber una revolución. Ella tampoco estaba preocupada: «puede haber, en hora buena, hasta diez , pues U. da muy buena acogida a los avisos». «No tengas cuidado —le respondió él—, ya no habrá nada». Manuela le estuvo leyendo mientras Bolívar tomaba un baño, y luego él se retiró a dormir profundamente, con sólo su espada y sus pistolas a mano. A medianoche, treinta conspiradores atacaron en tres grupos: el primero, dirigido por Carujo y Agustín Horment, un navarro, planeaban atacar el palacio presidencial y matar a Bolívar; el segundo atacaría los cuarteles del batallón Vargas y liberarían a Padilla de la cárcel, y el tercero atacaría a los granaderos en sus barracones. A la entrada del palacio los conspiradores mataron a los tres centinelas y a los perros guardianes, continuaron avanzando e hirieron en su camino a Andrés Ibarra, uno de los ayudantes del Libertador. Despertado por el ruido, la primera intención de Bolívar fue enfrentarse a los intrusos, espada en mano, pero Manuela advirtió el peligro y le convenció de que debía vestirse y escapar por la ventana, donde le contuvo hasta que algunas personas que pasaban por allí se hubieron ido. Tras saltar por la ventana, corrió cuatro o cinco calles seguido por uno de sus sirvientes que, al ver a su patrón volverse pistola en mano, le dijo: «Soy Trinidad, mi general». **[59]**

La puerta se abrió de golpe y Manuela, armada con una espada, se enfrentó a Carujo, quien la llevó con brusquedad por el palacio en una inútil búsqueda de Bolívar y la golpeó, frustrado, al descubrir que sus indicaciones habían sido mentira. Ella atendió a Ibarra e intentó prevenir al coronel Ferguson, que había llegado para ofrecer su ayuda. Sobreviviente de muchas campañas, el oficial fue asesinado de un disparo por Carujo. José Palacios, el mayordomo de Bolívar, se salvó gracias a que se encontraba, enfermo, en otro dormitorio. En los cuarteles del batallón Vargas, se liberó a Padilla tras asesinar a su guardia, pero el batallón reaccionó con rapidez y obligó a los agresores a pelear. Los

granaderos consiguieron repeler al tercer grupo. Urdaneta tomó el mando, restauró el orden y encargó a varios pelotones la búsqueda de Bolívar y la captura de los conspiradores. El Libertador había pasado tres horas tiritando bajo el puente del Carmen, en las sucias aguas del río de San Agustín, mientras oía gritos a favor de él rivalizar con los que se emitían a favor de Santander. Cuando oyó un «Viva el Libertador» sin réplica, juzgó que era seguro salir de su vil refugió; eran las tres de la mañana. Tras haber tenido que enfrentar el peligro y los elementos, el Libertador estaba exhausto. Regresó al palacio convencido de que Manuela era la verdadera «libertadora del Libertador» y con una cicatriz emocional que cargaría el resto de su vida. **[60]**

Al día siguiente fueron detenidos Santander. Padilla y varios más. El general Urdaneta, que se encargó de investigar y juzgar los hechos, era un conocido enemigo de Santander y un partidario de la línea dura, pues estaba seguro de que la conspiración era más amplia y de que él había sido el instigador, «el alma del negocio». Urdaneta creía que él mismo era uno de los siete blancos de los asesinos: «Mi sistema es que o ellos o nosotros». **[61]** De los cincuenta y nueve hombres que, se consideró, eran los principales implicados, ocho fueron absueltos, catorce condenados a muerte, cinco sentenciados a exilio interno, tres escaparon y el resto fueron encarcelados o se les prohibió enseñar. A Padilla, Guerra, Horment y otros diez más se los halló culpables de conspiración y fueron ejecutados. Padilla, que era un rebelde pero no un conspirador, se enfrentó al pelotón de fusilamiento gritando «cobardes» y se opuso a que le vendaran los ojos. Carujo negoció para salvar la vida. Testificó contra Santander y algunos otros, pero no obstante fue condenado a muerte, salvándose de la pena sólo gracias al consejo de ministros. Tras pasar por diversas prisiones, en agosto de 1829 consiguió escapar y finalmente Páez le amnistió, un escape con suerte de lo que, se suponía, era una dictadura implacable. Aunque se tendió una red más grande para identificar a todos los que estuvieran implicados en la conspiración, así fuera marginalmente, la respuesta a lo que, de hecho, había sido un acto de extrema violencia en el corazón del gobierno difícilmente fue un baño de sangre. Las acciones oficiales se completaron con el retiro de licencias para la enseñanza y de títulos académicos, la imposición

de restricciones a los desplazamientos y la prohibición de las sociedades secretas. En cuanto a Santander, aunque no se encontraron pruebas de su participación directa en la conspiración, Urdaneta, obsesionado con descubrir la verdad a toda costa, determinó que era culpable de alta traición, pues había tenido de antemano noticias de los conspiradores y no los había denunciado, así que lo sentenció a la pena de muerte. Sin embargo, el consejo de ministros no estaba satisfecho con las pruebas presentadas y, con el argumento del interés público, le conmutó la sentencia por el destierro.[62] Siguiendo esta recomendación, Bolívar respetó la vida de su enemigo y, aunque manifestó amargamente su desacuerdo, es posible que en realidad haya supuesto un indulto para sí mismo.

La conspiración contra la vida de Bolívar fue un tremendo golpe para su gloria y una afrenta a su orgullo. El Libertador hubo entonces de hacer frente a una lucha interior, consciente del resentimiento de los pardos. Si Piar. Padilla y otros habían muerto al ser encontrados culpables de rebelión, ¿por qué razón se dejaba escapar a Santander, un enemigo público cuya forma de proceder únicamente conducía a la anarquía? «Los de la clase de Piar y de Padilla dirán, con sobrada justicia, que yo no he sido débil sino en favor de ese infame que no tenía los servicios de aquellos famosos servidores de la patria»[63]. Santander añadiría luego su propio comentario. «No sabemos cuál fuera la verdadera causa que moviese a Bolívar a conmutar esta sentencia de muerte», escribió. «Él ha dicho que su gloria exigía este paso. Lo único que podemos asegurar es que la opinión pública se pronunció vivamente en favor de Santander, al través del terror que inspiraba el gobierno»[64]. Sin embargo, en muchos otros casos, Bolívar también había recomendado la clemencia. Llegado el momento, el prolongado proceso consiguió exasperarlo: estaba hasta la coronilla de conspiraciones. Terminado el proceso, buscó escapar de esta cámara de los horrores pasando una temporada en el campo, en el poblado de Chía, al norte de Bogotá, uno de sus lugares de descanso favoritos. Santander, por su lado, dejó Colombia en 1829 para exiliarse a Europa y Estados Unidos, y regresaría al país en 1832 para convertirse en el primer presidente elegido de la Nueva Granada.

El Presidente Libertador tenía el apoyo de quienes detentaban cargos en la Iglesia y en el Estado, de la mayoría del ejército, de los caudillos de rango más alto y de los bolivarianos de todos los sectores. Urdaneta, ministro de Guerra y comandante del ejército, estaba estrechamente vinculado al régimen desde el comienzo. Sucre no tenía duda alguna sobre la necesidad de más autoridad en el gobierno central; según su opinión, el pueblo estaba desilusionado, tenía garantías escritas y gozaba de una libertad teórica, pero lo único que quería era que un gobierno fuerte protegiera sus personas y su propiedad. Un año después comentaría: «Yo siempre lamentaré que para obtener esta paz interior y esta marcha firme no se hubiera U. servido de su poder dictatorial para dar una Constitución a Colombia que habría sido sostenida por el ejército … Los pueblos lo que quieren es reposo y garantías; de resto, no creo que disputen por principios ni abstracciones políticas, que tanto daño les han hecho al derecho de propiedad y seguridad». [65] Páez se mantuvo firme contra «los convencionistas enemigos» cuando éstos regresaron de Ocaña; reconoció al régimen oportunamente y lo consideró el mejor remedio para la división en facciones que erosionaba el ejército y la malicia de los liberales, de los que no había pocos en Venezuela. Manifestó algunas reservas en lo relativo a la política religiosa con el argumento de que Venezuela era menos clerical que Bogotá y consideraba la religión una cuestión de doctrina y no de jurisdicción, y aconsejó al Libertador proceder «con toda aquella delicadeza que demanda la ilustración del siglo». [66] Recibir lecciones sobre la Ilustración de Páez, más que de cualquier otro, debió haber sido una prueba para la paciencia y credulidad de Bolívar. En términos políticos, el presidente y el caudillo querían lo mismo: un gobierno fuerte y estabilidad. Pero Páez también deseaba la independencia de Venezuela, aunque esperaba conseguirla de manera pacífica, sin necesidad de revoluciones, pues, como informó Soublette, «no tiene la voluntad de entrar en nueva revolución, ni se atreve a faltar a sus juramentos de obediencia a U., mil veces repetidos». [67] Bolívar parecía aceptar que Venezuela, con sus feudos militares tan diferente del resto de Colombia, quizá debiera seguir su propio camino. Advertía que las dimensiones y la geografía de Colombia constituían un problema para su manejo: el centro estaba

demasiado lejos de los distritos de la periferia, la autoridad del gobierno se desvanecía con la distancia y las dificultades del terreno sólo contribuían a hacer ésta aún mayor. «No hay prefecto, no hay gobernador que deje de revestirse de la autoridad suprema y, las más veces, por necesidades urgentes. Se podría decir que cada departamento es un gobierno diferente del nacional, modificado por las localidades y las circunstancias particulares del país o del carácter personal»[68]. Fueron estas condiciones las que propiciaron el surgimiento de regiones independientes con sus propios caudillos. Ecuador también se resentía del centralismo exagerado, y la presidencia permitió a Flores, al igual que a Páez en Venezuela, cierta inmunidad frente al absolutismo estricto que exigía Bogotá.

LOS CIMIENTOS DE LA FE

El rechazo de Bolívar al Estado liberal no fue simplemente una reacción al atentado contra su vida, sino un acto coherente con la política que había regido siempre su actitud hacia la religión. Al comienzo de su última presidencia, el Libertador explicó su principio de gobierno a Páez como un retomo a la tradición: «Mi plan es apoyar mis reformas sobre la sólida base de la religión y acercarme, en cuanto sea compatible con nuestras circunstancias, a las leyes antiguas menos complicadas y más seguras y eficaces». [69] Su mentalidad era secular y, por instinto, sospechaba de la Iglesia. Sin embargo, también era un político demasiado consciente para permitir que un anticlericalismo gratuito y mucho menos una actitud abiertamente librepensadora pusieran en peligro sus objetivos básicos. Cumplía con la religión católica y acudía a las celebraciones eclesiásticas. Sería poco realista esperar declaraciones absolutas sobre sus creencias o concluir que la ausencia de éstas demuestra que no era religioso. Otros indicios, en su mayoría indirectos, constituyen una mejor guía. Bolívar asistía a misa (durante algunos períodos con cierta frecuencia), desaprobaba el comportamiento despreocupado en el templo, despreciaba a ciertos sacerdotes y respetaba a otros, y esperaba que el clero y los fieles se adecuaran a estándares de conducta elevados. En todas las ocasiones en que criticó al clero, su reacción estuvo motivada por

acciones específicas. El terremoto de 1812, por ejemplo, había sido aprovechado explícitamente por los curas para predicar en contra de la república, lo que en su opinión había sido abusar «sacrilegamente de la santidad de su ministerio» para beneficiar a la causa realista. [70]

Mientras el clero realista le enfadaba, también tenía razones para estar agradecido por el apoyo de muchos sacerdotes que con palabras y hechos contribuyeron a propagar la causa republicana entre los fieles. Juan Fernández de Sotomayor, párroco de Mompós y futuro obispo de Cartagena, publicó en 1814 un *Catecismo o instrucción popular* en el que denunciaba las injusticias del régimen colonial español y acusaba a los clérigos que lo apoyaban de enemigos de la religión; la revolución era «una guerra justa y santa», que liberaría a la Nueva Granada de la esclavitud y le daría libertad e independencia. [71] Bolívar nunca reconoció la contribución de los propagandistas con que contó la causa independentista dentro del clero, sacerdotes que eran capaces de llegar a un público mucho más amplio que el que escuchaba sus discursos y proclamas. Le habría gustado una separación completa de Iglesia y Estado, pero la sociedad hispanoamericana era profundamente católica y, por tanto, tenía que proceder con cautela. En su mensaje a la asamblea constituyente de Bolivia explicó que su constitución no preveía ningún papel público para la religión, y su argumentación se funda en la idea de que la religión es una cuestión puramente privada, un asunto de conciencia, no de política. La constitución boliviana rehúsa específicamente establecer una religión oficial: «Los preceptos y los dogmas sagrados son útiles, luminosos y de evidencia metafísica; todos debemos profesarlos, mas este deber es moral, no político». [72] El Estado tenía el deber de garantizar la libertad religiosa, sin prescribir ninguna religión en particular. De esta forma, Bolívar defendía una concepción de la tolerancia similar a la de los religiosos modernos, en la que la fe persiste gracias a su poder y sus méritos propios sin el apoyo de sanciones legales. Nunca suscribió la idea de Rousseau de una religión civil, diseñada con el objetivo de aprovechar los aspectos social y políticamente útiles de la fe, y destinada a sustituir a las iglesias existentes. Bolívar era un hombre de ideas, pero también un pensador realista. Este realismo no le abandonó durante su régimen

presidencial, en el que buscó mantener un equilibrio entre los puntos de vista de conservadores y liberales.

Bolívar había sido durante mucho tiempo un admirador de Jeremy Bentham y consideraba que su sistema republicano inspirado en la utilidad era apropiado para los americanos. En 1822, el Libertador le aseguró al pensador inglés que «el nombre del Preceptor de los Legisladores nunca es pronunciado, en estas regiones salvajes de América, sin veneración ni gratitud». El utilitarismo ofrecía a Hispanoamérica un nuevo marco filosófico que aportó legitimidad moral al republicanismo después del colapso del gobierno colonial. En su búsqueda de un referente alternativo al absolutismo y la religión, los liberales hallaron en el utilitarismo una filosofía moderna capaz de otorgarles la credibilidad intelectual que necesitaban. La doctrina de la utilidad se convirtió en la filosofía del trabajo de Bolívar. [73] Reconoció su entusiasmo por las ideas de Bentham y esperaba que el filósofo le adoptara «como uno de sus discípulos, dado que, como consecuencia de ser un iniciado en sus doctrinas, he defendido la libertad hasta que ha sido rígida regla soberana de Colombia». [74] Por su parte, Bentham recelaba debido a una supuesta matanza de prisioneros perpetrada por Bolívar, de la que en 1820 afirmaba tener pruebas indirectas. Al parecer decidió no plantear la cuestión, que evidentemente era polémica, y el asunto quedó así. [75] En 1823, el pensador le escribió en dos ocasiones a Bolívar para aconsejarle sobre el gobierno y, entre otras cosas, sobre la forma más apropiada de nombrar enviados diplomáticos. En agosto de 1825 le envió a Bolívar varias copias de sus libros, incluidos su *Constitutional Code* y su *Codification Proposal*, así como una extensa carta en la que hablaba de su vida y sus trabajos actuales. Le recomendaba evitar la costumbre inglesa de recompensar a los funcionarios gubernamentales con salarios excesivos, al tiempo que elogiaba el ejemplar sacrificio que el Libertador había realizado como servidor público, y le aconsejaba el principio de buscar la mayor felicidad para el mayor número como el mejor antídoto con que contaba un gobernante para impedir atentados contra su vida como aquéllos de los que Bolívar había sido objeto más de una vez. El filósofo le recuerda el encuentro que ambos tuvieron en su jardín en 1810, expresa su confianza en él y la admiración que le merecen sus

logros, y termina mencionando su esperanza de que pronto pueda descansar en sus laureles y dedicarse exclusivamente a las artes y la paz.[76] Los libros no llegaron a su destino, pero la carta sí. Esta impresionó profundamente a Bolívar, que en su respuesta manifestó una vez más el entusiasmo que sentía por las ideas «que Ud. ha desenvuelto maravillosamente», un pensamiento capaz de disipar el mal y la ignorancia.[77]

En la Colombia republicana, las obras de Bentham fueron objeto del ataque del clero y otras fuerzas conservadoras que declararon que el materialismo, el escepticismo y el anticlericalismo del filósofo inglés eran dañinos para la religión católica. En contra de sus deseos, Bolívar se vio obligado a tomar decisiones dolorosas, que difícilmente justificaban los contenidos de las obras en cuestión. Convencido para entonces de que la constitución y las leyes colombianas eran liberales en exceso y amenazaban con destruir la sociedad y el Estado, y presionado por los conservadores en la cuestión específica de Bentham, Bolívar tuvo que tomar partido. En 1825, Santander había decretado que las universidades debían enseñar legislación de acuerdo con los principios de Bentham.[78] Había que abandonar esta política. Un decreto de marzo de 1828 prohibió la utilización en las universidades colombianas de los *Tratados de legislación civil y penal* de Bentham. El intento de asesinato de septiembre de 1828 y el hecho de que en la conspiración estuviera involucrado personal universitario le convenció todavía más de que los estudiantes estaban siendo adoctrinados de forma peligrosa. Por esa época le escribió al arzobispo Méndez de Caracas que «del desvío de los sanos principios ha provenido el espíritu de vértigo que agita al país. y. cuando se enseña y se profesan las máximas del crimen, es preciso que se haga también oír la voz de los pastores que inculque la de respeto, de la obediencia y la virtud».[79] Su gobierno difundió una circular sobre educación pública (el 20 de octubre de 1828) en la que se censuraba el estudio de «los principios de legislación, por autores como Bentham y otros, que al lado de máximas luminosas contienen muchas opuestas a la religión, a la moral y a la tranquilidad de los pueblos». Estos cursos debían reemplazarse por, entre otros, el estudio del latín, del derecho romano y canónico y de la religión católica y su historia.[80] La

elección de Bentham como una influencia perniciosa es difícil de explicar, pues no había nada en sus trabajos que justificara el asesinato de jefes de Estado, y los libros de otros autores ilustrados estaban a disposición de quien quisiera leerlos. Un viajero inglés advirtió que en Bogotá los hombres jóvenes «de buena familia y educación liberal» repudian la religión católica en favor de las obras de Voltaire, Rousseau «y demás librepensadores». [81] Todo el episodio quedó como una nube oscura sobre la reputación del Libertador.

En julio de 1830, durante una estadía en Londres, Santander cenó con Bentham, que entonces tenía ochenta y dos años, y disfrutó de lo que describe como una agradable velada en su casa, durante la cual conversaron sobre Colombia, Bolívar y la política inglesa. En una carta posterior, Bentham le preguntó a Santander por el nombre del autor de *cette belle Constitution Bolivienne*, que evidentemente lo había impresionado. La pregunta era inocente, pero la respuesta fue tendenciosa. Santander no pudo resistirse a aprovechar la oportunidad para ensuciar la reputación de Bolívar y caracterizarlo como un enemigo de las instituciones liberales y republicanas: «Esta constitución monstruosa ha sido una auténtica manzana de la discordia que ha dividido y arruinado a Colombia, Perú y Bolivia». Y, a medida que en la mente de Bentham «el tirano» Bolívar caía en desgracia, su estimación por el «distinguido» Santander aumentaba. Santander no desperdició la ocasión: «En lugar de darnos paz, tranquilidad y libertad, él nos legó odios y resentimientos y pasiones … Por desgracia, la misma espada que derrocó a la dominación española, ha destruido las libertades del pueblo colombiano». [82] Bolívar conocía ese guión.

El gobierno de Bolívar benefició a las órdenes religiosas, pero sólo en el sentido de que se les otorgó el derecho a existir. La legislación liberal del congreso de Cúcuta había acabado con los conventos menores (monasterios pequeños con menos de ocho miembros). En julio de 1828, un decreto aprobado por Bolívar restauró estas casas religiosas en general, todas menos las que entonces estaban usándose como colegios u hospitales; la ley, además, no les devolvía sus antiguas rentas. Otro decreto del mismo mes suspendió la ley de 1826 que establecía los veinticinco años como la edad mínima para tomar los votos religiosos, pero, una vez

más, el derecho renovado no era absoluto, pues en él se estipulaba que en el futuro los miembros de las órdenes religiosas debían dedicar cinco años al servicio pastoral en las misiones indígenas. [83] Se adoptaron otras medidas en defensa de diversas prácticas clericales, como la que protegía los censos, la que volvía a crear el cargo de capellán del ejército y la que prohibía los ataques contra la religión católica. Estas medidas, incluso tomadas en conjunto, no pueden considerarse en ningún sentido como más extremas que el liberalismo que reemplazaron o como prueba de una supuesta conversión de Bolívar al clericalismo. Y, en cualquier caso, el Libertador no estaba arrepentido. El decreto orgánico se refería explícitamente a la protección de la religión católica romana como tarea de las autoridades nacionales: «El gobierno sostendrá y protegerá la religión católica, apostólica, romana, como la religión de los colombianos». [84] Y, al dirigirse al congreso en enero de 1830, añadiría un comentario sobre su política: «Permitiréis que mi último acto sea recomendaros que protejáis la religión santa que profesamos, fuente profusa de las bendiciones del cielo». [85] Sin embargo, éstas eran declaraciones formales y generales que carecían de grandes efectos sobre las políticas. Quienes le rodeaban no eran todos favorables al clero.

O'Leary

señala que muchos de los amigos de Bolívar estaban en desacuerdo con el decreto en el que se devolvían los conventos a los frailes, una actitud a la que Bolívar acostumbraba a replicar diciendo que «es necesario oponer el fanatismo religioso al fanatismo de los demagogos». [86] Aunque quizá los liberales se opusieran a estas medidas, la actitud del pueblo común y especialmente de los habitantes de Popayán, una ciudad tradicionalmente católica, era muy diferente; Tomás Mosquera informó que la suspensión de la ley que acababa con los conventos había sido allí bien recibida por las «gentes de pueblo». [87]

Además, el gobierno no permitió que los intereses clericales estuvieran por encima de las cuestiones que tenían importancia política o económica. Un decreto de 1828 eximió del pago de diezmos a cualquier cultivo de cereales que se introdujera en las plantaciones de café, cacao e índigo, y, en agosto de 1829, otro decreto permitió a los terratenientes de las montañas ecuatorianas

pagar en especie los intereses que adeudaban a sus acreedores (por lo general eclesiásticos). Bolívar no se oponía a que en los tratados internacionales se reconociera la libertad de conciencia y se estipulara el derecho de los no católicos a practicar su religión en privado, como ocurrió en los tratados firmados con Gran Bretaña en 1826 y Holanda en 1829. Por otro lado, continuó insistiendo en que la república ejercería el derecho de presentación de los beneficios eclesiásticos, como había sido siempre costumbre en España y en la república, a pesar de los argumentos ultramontanos de que eso requería el visto bueno del papa. Por tanto, los nombramientos episcopales los continuó haciendo el Estado, aunque se dejó que los obispos se encargaran de los nombramientos de menor importancia. Al obispo de Quito se le otorgó el cargo de arzobispo sin esperar que el papa confirmara el ascenso.

Entre tanto, la política de la Iglesia hacia los republicanos estaba cambiando, si no en Roma, al menos sí en América. [88] Desilusionados con las políticas de España e impresionados por los logros de la revolución, los prelados realistas abrieron sus ojos a la república y, desde 1820 en adelante, uno por uno se fueron convirtiendo a la causa de la independencia. Rafael Lasso de la Vega, obispo de Mérida, un criollo nacido en Panamá que en otro tiempo había excomulgado a los líderes rebeldes, se manifestó en contra del derecho divino de los reyes desde un republicanismo que defendía el derecho del pueblo a escoger su gobierno. Una larga entrevista con Bolívar le convenció de que la religión católica estaba más segura en manos del Libertador que en las de las cortes liberales españolas, y empezó a trabajar en la reconstrucción de la Iglesia en una Colombia independiente, lo que le llevó a convertirse en uno de los aliados más firmes de Bolívar y en su primer contacto con Roma. En 1829, cuando se le nombró obispo de Quito, el Libertador le dijo que su nombramiento le complacía enormemente, ya que, pensaba, «hará mucho bien a estos feligreses que claman por tener un obispo digno de llamarse príncipe de la Iglesia y sobre todo padre de los pobres». [89] Durante esta época de crisis y división religiosa la Iglesia americana recibió muy poca ayuda de Roma, donde la animadversión hacia la independencia se veía reforzada por su experiencia con las revoluciones europeas, algo que el sumo pontífice expresó en una serie de encíclicas hostiles.

[90] Bolívar permaneció impasible. Había luchado por independizar Hispanoamérica de España, nunca por independizarla de Roma. Al igual que los obispos, podía vivir con la intransigencia pontificia y continuar buscando su colaboración. En 1817, en Angostura, se había comprometido «como jefe de un pueblo cristiano» a preservar la unidad con la Iglesia de Roma. [91] En 1822, cuando la confusión reinaba en Pasto, le había rogado al obispo de Popayán, un español, que no abandonara Colombia en semejante momento de necesidad, cuando carecía de sacerdotes y guías:

> Mientras su santidad no reconozca la existencia política y religiosa de la nación colombiana, nuestra iglesia ha menester de los ilustrísimos obispos que ahora la consuelan de esta orfandad, para que llenen en parte esta mortal carencia. Sepa V.S.I. que una separación tan violenta en este hemisferio no puede sino disminuir la universalidad de la Iglesia romana, y que la responsabilidad de esta terrible separación recaerá muy particularmente sobre aquellos que, pudiendo mantener la unidad de la Iglesia de Roma, hayan contribuido, por su conducta negativa, a acelerar el mayor de los males, que es la ruina de la Iglesia y la muerte de los espíritus en la eternidad.

Bolívar admiraba al obispo Jiménez de Enciso, un hombre de mente aguda que sabía escuchar con atención y expresarse con sensatez, que era «muy buen colombiano ya» y podía representar la causa republicana con el mismo fervor con el que había servido a Fernando VII. El Libertador se lo había recomendado a Santander como una amistad que valía la pena cultivar en Bogotá. [92] Y, al año siguiente, el obispo de hecho recomendó la causa de la independencia a Pío VII.

Bolívar quería reestablecer las relaciones con la Santa Sede y finalmente, en 1827, sus representantes consiguieron que el papa León XII reconociera a los obispos de Colombia y Bolivia. Para celebrar el nombramiento de los arzobispos y obispos de las sedes de Bogotá, Caracas, Santa Marta, Antioquia, Quito, Cuenca y Charcas, Bolívar ofreció un banquete en Bogotá en octubre de 1827, durante el cual pronunció un brindis por los nuevos prelados y la renovación de la unidad con la Iglesia de Roma, «la fuente del cielo». «Los descendientes de san Pedro han sido siempre nuestros padres, pero la guerra nos había dejado huérfanos como el cordero

que bala en vano por la madre que ha perdido. La madre tierna lo ha buscado y lo ha vuelto al redil: ella nos ha dado pastores dignos de la Iglesia y dignos de la República … [Los nuevos obispos] serán nuestros maestros y los modelos de la religión y de las virtudes políticas»[93]. El Vaticano continuó mirando con reservas a Bolívar, dando prioridad a España y no concediendo nada a la independencia americana. Con todo, en 1829 Bolívar garantizó a Pío VIII sus «sentimientos de adhesión a la cabeza de la Iglesia católica, y de respeto y veneración a la persona sagrada de Vuestra Santidad».[94] Bolívar estaba en condiciones de dar a Roma una lección sobre sentimientos cristianos así como de buen juicio político.

El gobierno de Bolívar entre 1828 y 1830 no fue una reacción clerical y él mismo no experimentó ninguna reconversión. Antes no había sido excesivamente anticlerical y nunca se había distanciado por completo de la religión. Su mente y sus políticas seguían siendo todavía pragmáticas y seculares, así como coherentes con su pasado. En 1828 escribió al sacerdote Justiniano Gutiérrez para agradecerle el que se hubiera preocupado por su seguridad la noche del 25 de septiembre:

> Me tomo la libertad de recomendar a Ud. al doctor Molano, mi amigo, que sigue a Guaduas a arreglar los negocios de su comunidad, en lo que tomó mayor interés por el restablecimiento de la religión y de las órdenes monásticas que tanto contribuyen a la civilización de este país, y, lo que es más, que trabajan incesantemente en impedir la propagación de los principios que nos están destruyendo y que al fin logran no sólo destruir la religión, sino los vivientes, como sucedió en la revolución de Francia, en que los más acalorados filósofos tuvieron que arrepentirse de lo mismo que ellos habían profesado; así fue que el abate Raynal murió despedazado de remordimientos y, como él, otros muchos, pues sin la conciencia de la religión, la moral carece de base.[95]

Ninguno de estos sentimientos e ideas equivalía a un absolutismo religioso y ninguno era nuevo en el pensamiento bolivariano.

Desde mayo de 1826 la revolución bolivariana se tambaleaba, visiblemente perdida en un laberinto de complicaciones. Bolívar había alcanzado la cima de su creatividad en la constitución boliviana y el mensaje al congreso con que la había acompañado. A partir de entonces tuvo que dedicarse a defenderse, de forma verbal, en sus enfrentamientos con la oposición y, activamente, en respuesta a los ataques. ¿Qué era lo que había salido mal? Podríamos, por supuesto, limitarnos a aceptar su propia explicación y culpar a los enemigos que rechazaron sus políticas y criticar a los amigos que permanecieron en silencio. «Serán los colombianos los que pasarán a la posteridad cubiertos de ignominia, pero no yo»[96]. Sin embargo, los acontecimiento de los años 1826-1828 apuntan en otra dirección, a un problema mucho más profundo, más allá de las acusaciones, un problema relacionado con la estrategia independentista en su conjunto.

Desde Angostura hasta Potosí, Bolívar dirigió la revolución: concibió sus políticas, decidió sus estrategias y controló su avance. Llevó la revolución tan lejos de su base original que la puso más allá de su control, lo que convirtió en imposible la preservación del modelo de gobierno que él había diseñado, una autoridad central fuerte encargada de garantizar la libertad dentro del orden y la igualdad dentro de la razón. El ejército colombiano estaba para imponer un mínimo de orden, y el Libertador contaba con el apoyo de los bolivarianos, un grupo de oficiales y admiradores a los que unía el respeto por sus ideales y la lealtad hacia su persona. Pero el ejército no podía estar en todas partes, y, pese a ocupar cargos estratégicos, los bolivarianos no eran iguales a su líder y algunos, como Urdaneta, eran incluso más bolivarianos que Bolívar mismo. Sólo había un bolivariano capaz de dirigir un Estado, y en la periferia de la revolución incluso Sucre era vulnerable. En el esquema de Bolívar, Perú era un aspecto esencial de la campaña libertadora porque ofrecía un refugio al ejército español, pero en términos estratégicos obligó a la revolución a ir demasiado lejos, a forzar sus líneas políticas y a dispersar su capacidad militar. Bolívar era consciente de estos peligros. La historia mundial le ofrecía ejemplos claros de la tendencia: gobernantes que se vuelven

demasiado ambiciosos, ejércitos que marchan demasiado lejos, imperios que crecen más allá de lo que le permiten sus fuerzas, conquistas demasiado costosas de defender. Sabía que no sería recibido con obediencia instantánea en todas partes y, asimismo, que la igualdad para algunos significa desventajas para otros. Había plantado las semillas de sus ideas, pero no todos los terrenos fueron igual de fértiles, y su crecimiento fue en ocasiones pernicioso. Nada de esto era nuevo para él. Había visto, y con frecuencia previsto, prácticamente todos los defectos de este mundo. ¿Era humanamente posible hacer algo más que eso?

La constitución boliviana fue su última solución, la expresión final de sus esperanzas, pero, como sospechaba, sólo Sucre estaba en condiciones de aplicarla y gobernar en su ausencia. Si Sucre era rechazado, ¿qué podía esperarse entonces? No había otros procónsules conformes con ella. A medida que arrastraba su constitución boliviana de un país a otro, ésta se convirtió en un lastre en su equipaje del que no tenía forma de deshacerse. La presidencia vitalicia en particular era un escollo: cenaba el camino al éxito a todos los demás candidatos; negaba a los políticos las gratificaciones del poder y a sus protegidos los frutos de sus cargos. Al dejar a sus oponentes sin opciones, Bolívar abrió la puerta a una destrucción todavía mayor. Había logrado mantener Colombia, el corazón de su revolución. Colombia estaba bajo control, pero tras una ausencia de cinco años a la que siguieron dos de conflictos y polémicas, el control dejó de ser completamente suyo y las fronteras del país empezaron a padecer los efectos del desorden que las rodeaba. Bolívar defendió la continuación de Colombia bajo su autoridad suprema, ejercida primero a través de los poderes extraordinarios que la constitución le otorgaba, luego mediante el poder absolu to y finalmente por aclamación popular. El problema era saber si era posible mantener la unión de Colombia. La política de la revolución se embraveció y su creador se encontró aislado. Y lo estaría aún más después de separarse Venezuela. «Colombia —se ha señalado con acierto—, fue una república de un solo ciudadano»[97].

Capítulo 11

VIAJE DE DESILUSIÓN

REBELDES E INVASORES

Las alternativas ahora eran pocas, y el futuro sólo le reservaba nuevas ordalías. Si 1828 había sido un mal año, lo peor estaba por llegar. La cronología, las políticas y los itinerarios de este período son complejos, y se hace necesario seguir de cerca a Bolívar para entender su mente y sus movimientos. Con todo, la lógica de los acontecimientos es clara. En 1829, la yuxtaposición de conmoción externa y revuelta interna produjo un estado de crisis clásico, un momento decisivo en el que todo parecía estar en el filo de la navaja. El ataque desde Perú animó a los disidentes en Colombia, que desafiaron al régimen, y de este modo empezó la desintegración del Estado condenado. En ese año fatídico, Bolívar afrontaba grandes dificultades. La guerra contra la naturaleza que había proclamado en Caracas tras el terremoto de 1812 regresó para atormentarle. Ahora era su propia salud la que se desmoronaba, y él no estaba en condiciones de desatenderla. No obstante, el Libertador no era una víctima indefensa de los acontecimientos. Su legendario instinto seguía intacto: si hay un fuego, apagadlo; si hay una revuelta, sofocadla, y siempre buscad un acuerdo político. En un momento en el que surgían nuevos rivales y los viejos enemigos renovaban sus ataques, Bolívar conservó la calma bajo la presión, movilizó a los bolivarianos, destinó a sus generales, apostó a sus tropas y continuó negociando con sus enemigos. En este sentido 1829 no fue un año absolutamente desolador y, en medio de las nubes ocasionalmente aparecían destellos de esperanza. Sin

embargo, a medida que el año se acercaba a su fin, la desesperanza era el sentimiento dominante.

Bolívar era consciente de la crisis y se refirió a ella. El historiador siente la tentación de creer que el diagnóstico de Bolívar era correcto: la culpa era de los colombianos, no suya. Todas las alternativas políticas, el régimen liberal colombiano, la presidencia con poderes extraordinarios, el absolutismo por aclamación popular, sólo habían contado con un apoyo parcial o temporal, y ello debido al prestigio del Libertador. Incluso su querida constitución boliviana, pensaba, «no durará más que una cuchara de pan».[1] Nada perduraba. El hecho indiscutible era que la fuente de la que emanaba la legitimidad del Libertador eran sus propias cualidades personales. El dilema seguía sin resolverse. Bolívar gobernaba solo, lo único estable en un mundo turbulento. Ese era el mundo al que él culpaba, y su análisis tenía cierto mérito. Sin Bolívar la revolución se habría dividido en numerosos feudos con los caudillos como autoridades últimas. Él era el único que había tenido la perseverancia para promover la revolución nacional y la unión política. Además, Bolívar planteó preguntas legítimas al preguntarse cuál era el grado de libertad que debía concederse a grupos opositores que pretendían subvertir al mismísimo Estado que garantizaba su existencia. Al respaldar a extremistas peligrosos e intolerantes, la noción de libertad absoluta enfrentaba a sus defensores al clásico dilema liberal. ¿Acaso un gobierno debidamente constituido no tenía el derecho de protegerse contra aquellos que proclamaban su destrucción en nombre de la libertad? Los liberales no eran borregos. Ellos también querían poder absoluto. Para la gente como Santander, ser libre significaba gobernar a otra gente. La posesión del gobierno, ésa era la piedra de toque de su liberalismo. Para parafrasear a Alberdi, que advirtió una tendencia similar en Argentina, a los liberales colombianos nunca se les ocurrió respetar las opiniones de los que estaban en desacuerdo con sus ideas. Bolívar pronto tuvo a los liberales de este tipo amenazándolo y necesitó que su guardia de honor hiciera las veces de guardaespaldas.

El atentado contra la vida de Bolívar de septiembre de 1828 tuvo repercusiones en el sur de Colombia. A finales de octubre, el coronel José María Obando se declaró contrario a Bolívar en

Popayán, con las mismas intenciones que los conspiradores de Bogotá pero con más recursos, pues se apoderó del oro destinado a la ceca y saqueó algunas haciendas de los ricos. Hijo ilegitimo de una familia de clase alta de Popayán, había luchado como líder guerrillero bajo la bandera realista de 1819 a 1822, cuando cambió de bando para servir como republicano de 1822 a 1828. Era un enemigo sanguinario dondequiera que peleaba, un caudillo típico que al mismo tiempo que proclamaba los eslóganes usuales («viva la libertad, mueran los tiranos») no habría tenido escrúpulos para matar a Bolívar y defender su propia guarida en el sur de Colombia, Había desarrollado su carrera a través de una combinación de fuerza y fraude, las dos virtudes cardinales de la guerra según Hobbes. En esta ocasión utilizó primero un grupo compuesto de negros e indígenas para aterrorizar los alrededores de Popayán y luego lanzó a sus cuatrocientos hombres contra los setecientos mal comandados por el bolivariano Tomás Cipriano de Mosquera; venció en la batalla de La Ladera, el 11 de noviembre de 1828, en la que se hizo con dos mil rifles y munición. Mientras que Mosquera abandonó sus tropas y huyó. Obando, como era predecible, se dedicó a masacrar a sus prisioneros, pues, como explicaba Posada Gutiérrez, «en las guerras del Cauca se acostumbra en lo general no dar cuartel, y los asesinatos de hombres indefensos rendidos no se consideran criminales, costumbre que se ha generalizado mucho entre los revolucionarios de nuestros días». [2] Tras asignar al coronel José Hilario López a hacerse cargo de «nuestra noble revolución» en Popayán, se desplazó al sur, hacia Pasto, su hábitat natural, donde reclutó a los indígenas para su causa asegurándoles que peleaba «por el rey de España y la religión católica»; asimismo estableció contacto con los enemigos peruanos de Colombia y le garantizó a La Mar que Bolívar, «el sultán de Colombia» estaba acabado y que ellos estaban «resueltos a no transigir sino con sus cenizas». [3]

Bolívar desconfiaba de «estas regiones infernales», como las denominaba él. Había odiado Pasto desde la primera batalla que había librado allí en 1822, y las rebeliones posteriores de sus pobladores lo enfurecían en grado sumo. En 1825 había defendido que «los pastusos deben ser aniquilados, y sus mujeres e hijos transportados a otra parte, dando aquel país a una colonia militar.

De otro modo Colombia se acordará de los pastusos cuando haya el menor alboroto o embarazo, aun cuando sea de aquí a cien años, porque jamás se olvidarán de nuestros estragos, aunque demasiado merecidos». [4] Entre tanto, toda la región era terreno fértil para sus adversarios. López era oriundo de Popayán, y tras unirse a la causa republicana había pasado varios años en prisión por este motivo. Se opuso al gobierno de Bolívar y, en muchos sentidos, era una imagen invertida de Obando, a quien seguía con entusiasmo. Obando, por su parte, cultivó su base de poder en Pasto y permaneció allí a la espera de su oportunidad.

Bolívar se enteró de la rebelión del Cauca el 22 de noviembre, mientras se encontraba en Chía; abandonó entonces su retiro rural y regresó a Bogotá para enfrentarse a unos problemas que habían empezado a atemorizarlo. Tenía que adoptar medidas con rapidez, pues el peligro que planteaba la relación de los rebeldes con Perú era demasiado grande para pretender ignorarlo. Como respuesta inmediata envió al general Córdova con mil quinientos soldados, mientras se preparaba para seguirlo personalmente y hacer frente a las amenazas del sur. Delegó el gobierno en manos del consejo de ministros durante su ausencia y el 24 de diciembre decretó que las elecciones para delegados al congreso constituyente se celebrarían en julio de 1829. De este modo recordó a los colombianos que el gobierno establecido por su decreto orgánico del 27 de agosto era «esencialmente provisorio», y dispuso que el congreso se reuniría en Bogotá el 2 de enero de 1830 para decidir una constitución permanente para el país «que sea conforme a las luces del siglo, lo mismo que a los hábitos y necesidades de sus habitantes». [5] Luego, el 28 de diciembre, salió hacia el sur para reunirse con Córdova. Ahora que marchar y cabalgar le resultaban más dolorosos y le exigían mayores esfuerzos, el tiempo le parecía más escaso y las distancias más largas.

Córdova había llegado a Popayán y recuperado la ciudad a finales de diciembre, para luego acosar a López y a sus rebeldes en su huida hacia Pasto. Estaba encantado con esta nueva demostración de su talento y empezó a considerar sus perspectivas para el futuro. En Popayán se burló de Mosquera por haber defendido tan mal la ciudad ante Obando, que tenía muchos menos hombres, y con ello Córdova se creó un enemigo que no olvidaría el

insulto.[6] Por otro lado, empezó a desarrollar ideas que no concordaban con las del Libertador, quien no necesitaba sermones de un subordinado y menos sus consejos sobre si debía renunciar o aceptar una constitución. Ansioso por avanzar hacia el Perú y deseando no tener que repetir los castigos de 1822, Bolívar decidió negociar con el rebelde Obando. Mediante dos sacerdotes presentó una oferta de amnistía a los rebeldes que depusieran las armas, mientras que Obando envió a dos comisionados para que representaran sus puntos de vista. Al final, uno y otro se encontraron el 2 de marzo en el puente sobre el río de Mayo, cerca de Berruecos. Bolívar asumió el riesgo de acudir sin sus propias tropas, confió en las buenas intenciones de Obando y cabalgó con él durante la noche. Eran la cierva junto a la pantera, pero, en última instancia, el Libertador mantuvo la sangre fría y ambos llegaron a un acuerdo. El 9 de marzo informó a Urdaneta: «Por fin entramos en Pasto y no mal recibidos por el pueblo y por Obando; este último será un buen amigo con el tiempo, según todas las muestras que nos está dando».[7] La realidad era bastante diferente. Obando aceptó las condiciones de Bolívar, que quería que sus ejércitos pudieran pasar seguros por Popayán y Pasto y avanzar hacia el sur a través de Ecuador, pero no sin un precio: su promoción al rango de general y que se eximiera del reclutamiento a Pasto durante un año. Bolívar se enteraría después de la victoria de Sucre sobre los peruanos en Tarqui y comprendería que había concedido demasiado. Obando, por su parte, era un hombre que no tenía sentido de la vergüenza y, ahora que parecía haberse reconciliado con el Libertador, cambió las injurias e insultos por los mensajes serviles en los que se disculpaba y prometía comportarse bien.[8]

Bolívar acusó al gobierno peruano de hechos muy graves, específicamente de haber participado en la rebelión de la Tercera División colombiana, haber intervenido en Bolivia, ocupado la frontera colombiana y no haber pagado su deuda por la ayuda aportada por Colombia. Se negó a recibir al ministro peruano, pues sospechaba que actuaba en connivencia con la oposición liberal, y respondió con una proclama belicosa que recordaba su antiguo estilo y en la que declaraba que la guerra era inevitable y era ante todo responsabilidad de Perú. «Armaos colombianos del sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de vindicta. Mi

presencia entre vosotros será la señal del combate»[9]. La clase dirigente de Perú, por su parte, nunca se había sentido del todo cómoda con la intromisión de Bolívar. Los dirigente peruanos se consideraban a sí mismos como los únicos expertos que sabían cómo administrar la vida y la mano de obra en Perú, controlar a los indígenas en la sierra y a los negros en la costa. Sus generales, que nunca se habían reconciliado con la idea de perder Guayaquil, tenían los ojos puestos en las fronteras, que, pensaban, o eran inseguras o representaban una afrenta a sus reclamaciones. En 1828, el general Agustín Gamarra apostó un ejército en la frontera boliviana, y el 18 de abril los colaboradores con los que contaba en Chuquisaca organizaron un motín entre la guarnición en el que resultó gravemente herido Sucre. A finales de ese mes Gamarra invadió el país y obligó a Sucre a renunciar y a llevarse sus tropas colombianas de regreso a casa. En el norte, el general La Mar, ahora presidente de Perú, avanzó para invadir Colombia por tierra mientras una fuerza naval bloqueaba el puerto de Guayaquil. El general Juan José Flores, un venezolano veterano de la guerra de independencia que posteriormente había preferido servir a Bolívar en su país adoptivo, Ecuador, interpretó estas acciones como una declaración de guerra y tomó medidas para defender Guayaquil y las provincias ecuatorianas limítrofes con Perú. Bolívar nombró a O’Leary como comisionado de paz en el sur con el fin de que negociara una tregua y planteara la cuestión de las fronteras entre Perú y Colombia. Bolívar quería ir a la guerra con Perú pero necesitaba tiempo para movilizar al ejército y llevarlo de Colombia a Guayaquil y la frontera sur.

O'Leary y Flores llegaron a Guayaquil el 13 de septiembre, públicamente para hablar de paz y negociar un acuerdo sobre la deuda y las fronteras, pero en realidad para ganar tiempo para la guerra. Flores necesitaba cinco mil soldados y dos meses para movilizarlos. O’Leary opinaba que una victoria militar sería el mejor modo de preparar las negociaciones de paz. Sucre, procedente de Bolivia y aún con el brazo herido, se les unió el 19 de septiembre y les informó de la situación en Perú y Bolivia. El presidente La Mar, a quien Bolívar

describe con dureza como un individuo cobarde, salvaje y traidor, se dedicaba a hacer ruido y mover el ejército peruano hacia la frontera colombiana, mientras una escuadra al mando del almirante George Martin Guise, un oficial inglés, amenazaba Guayaquil por mar imponiéndole un bloqueo.

Sucre partió luego hacia Quito, adonde llegó el 30 de septiembre, contento de volver a estar con Mariana tras cinco años de separación. El general se sentía más viejo, estaba herido y veía con alarma la movilización forzosa que se llevaba a cabo en Ecuador, lo que confirmó su decisión de abandonar la vida pública. Sin embargo, la guerra estaba acercándose. Por el momento La Mar mantenía a su ejército en el norte de Perú, «hablando mucho, pero sin hacer nada». A principios de noviembre, O'Leary informó a Bolívar de que Flores se había marchado a Riobamba para reunir un ejército y había dejado al mando de Guayaquil a un inglés, el general John Illingsworth, o Illingrot, como le conocían los locales. Este respondió de manera enérgica al bloqueo de Guise, y sus disparos destinados a neutralizarlo acabaron con la vida del almirante, «valiente y atrevido y excelente marino», comenta O'Leary. [10] La flota peruana suspendió el ataque y Guayaquil se salvó de ser saqueada. La guerra con el Perú suponía un problema económico para todos los involucrados. A propósito de su viaje hasta Quito a finales de septiembre, Sucre informaba de que: «He oído clamores repetidos contra la guerra con el Perú, porque ella es el origen de la miseria en que está el país, de la mayor pobreza que le espera y de las violentas y terribles exacciones de mulas, caballos, papas, trigo, ganado y en fin los reclutamientos sin excepción, tanto del vago y soltero como del hombre cargado de hijos». [11] Su propia familia había tenido que pagar altísimos impuestos para la guerra, lo que aumentaba su rencor y sus dificultades financieras.

Las amenazas al orden bolivariano suscitaron tensiones evidentes entre los principales partidarios del Libertador, que reunidos en Guayaquil no pudieron evitar el choque de personalidades. ¿Quién estaba por encima de los demás? ¿Cuál poseía el mejor historial de servicio? ¿A quién escuchaba el Libertador? Sucre, conocido por ser un individuo susceptible, era

frío y arrogante, no un simple adulador; hacía poco había sido herido en combate y estaba preparado para dejarlo todo desde una posición de autoridad, Flores era un pardo venezolano consciente de la influencia de Bolívar, un militar de carácter más oportunista, impulsado por su ambición y no precisamente el mejor amigo de Sucre. Ambos habían establecido vínculos con la aristocracia quiteña a través de sus matrimonios, pero Sucre además provenía de una familia de clase elevada.
O’Leary,
el tercero en el escalafón, era un extranjero, un edecán siempre leal que se había convertido en confidente y mano derecha del Libertador y estaba en condiciones de informar sobre los otros de forma honesta. En sus *Detached Recollections* se muestra generoso en su valoración de Sucre, «el mejor general de Colombia, un hombre de gran talento y buen sentido, por encima de la mayoría de los hombres públicos», mientras que Flores, «un bastardo de mérito singular» le merece menos respeto.[12] Las diferencias entre ellos también podían ser políticas. Sucre tenía una actitud menos belicosa hacia Perú que los otros dos y estaba convencido de que el conflicto perjudicaría cualquier progreso realizado para alcanzar la estabilidad en Colombia.
O’Leary
era partidario de la línea dura en la mayoría de las cuestiones. El futuro de la causa bolivariana estaba presente en la mente de todos. Es probable también que hubiera habido muchas ocasiones para conversaciones informales y chismorreos, y que en ellas sus opiniones sobre Bolívar fueran más críticas de lo que sostenían en público, aunque ello no redujera su lealtad hacia el Libertador.

Los escritos de O’Leary parecen reflejar estos intercambios formales e informales. En *Detached Recollections* escribe a propósito de Sucre: «en otro tiempo había idolatrado a Bolívar y lo había continuado haciendo hasta que resultó herido en Chuquisaca. Desde entonces siempre denigraba de él y lo acusaba de ser la causa de los desastres que padecía Colombia». En octubre de 1828, tras las discusiones del trío en Guayaquil, escribió a Bolívar que había congeniado con Flores, que también era «muy amigo de V.E.», sin embargo, no podía decir lo mismo de Sucre, que criticaba la política oficial de requisar recursos para el ejército. «El general Sucre *era* mi

amigo, pero no tengo ni quiero tener amistades con nadie que trate de hacerse de partidarios por medios indecorosos. Pensaba escribirle una carta muy fuerte, pero después me ha parecido mejor no chocar directamente con él, para poder servir de mediador entre él y Flores, caso que sucedan algunas desavenencias entre ellos. La conducta de Sucre debe apurar la venida de V.E., porque ahora más que nunca será necesaria su presencia en estos departamentos» [13] . Una curiosa intervención por parte del irlandés que reflejaba las tensiones que había entre los bolivarianos en esta época. Más tarde, durante la crisis de Colombia, cuando el poder de Bolívar empezaba a debilitarse,
O'Leary
le pidió que no lo enviara a servir bajo órdenes de Sucre a la frontera nororiental sino que le permitiera operar de forma independiente, aunque se atenía a la decisión del Libertador. [14]

Bolívar ya había decidido que su presencia en el sur era necesaria para hacer frente a las amenazas a la seguridad externa e interna, así como para reducir los celos y aclarar el rango de sus colaboradores más destacados. Antes de partir de Bogotá envío a Quito un correo especial con un mensaje de bienvenida y apoyo para Sucre: «Estos pliegos contienen el nombramiento de jefe absoluto del sur. Todos mis poderes buenos y malos los delego en Ud. Haga Ud. la guerra, haga Ud. la paz; salve o pierda al sur, Ud. es el árbitro de sus destinos, y en Ud. he confiado todas mis esperanzas». [15] Bolívar ya tenía bastante experiencia lidiando con las susceptibilidades de sus colegas. Sabía que el nombramiento irritaría a Sucre, que era contrario a la guerra y estaba ansioso por retirarse, y que provocaría celos en otros, en especial en Flores, que sí era partidario de la confrontación y estaba impaciente por asumir el mando, y por ello aconsejaba a Sucre que le leyera a Flores y
O'Leary
el despacho especial «a fin de que sepan que yo le he dado a Ud. el ser de Simón Bolívar. Sí, mi querido Sucre, Ud. es uno conmigo, excepto en su bondad y en mi fortuna». Y a Flores le insistía que «no le privo de la menor gloria, pues que no hay ninguna que ganar en el miserable estado de las cosas. Diré a Ud. de una vez, que para evitarle una catástrofe doy a Ud. este sucesor. Resuélvase Ud. a obrar como los demás y someterse a las circunstancias». [16]

Una vez más Sucre se rindió a su destino y empezó a planear el mejor modo de enfrentarse a los peruanos. Tenía que decidir si golpeaba a las fuerzas de Obando, por entonces aliado de éstos y que merodeaba por la frontera de Pasto, o si emprendía una campaña en el sur para enfrentarse al enemigo principal. En tal caso, tenía que evitar la lluvia y las inundaciones en los alrededores de Guayaquil, y elegir un emplazamiento apropiado para el combate y los suministros. Con gran pericia, diseñó su campaña alrededor de la planicie de Tarqui, apostando a Flores y su ejército en Cuenca y retirando a Illingsworth de Guayaquil para encargarle operaciones de guerrilla desde Daule hasta el norte. Sucre se unió al ejército colombiano en Cuenca el 27 de enero, y el 21 de febrero en Tarqui dirigió a sus tropas, mil quinientos hombres y un escuadrón de caballería, contra la infantería enemiga compuesta por cinco mil. [17] Algunas de las tensiones latentes entre los comandantes de Bolívar salieron a la superficie en Tarqui, y en un momento de la batalla

O'Leary

no sabía si debía obedecer a Sucre o a Flores a la hora de ordenar el avance de su batallón.[18] Después de dos horas de lucha, mil quinientos peruanos habían muerto y mil más estaban heridos, habían sido capturados o se habían dado a la fuga. Una victoria más para Sucre y otra paz ejemplar: inspirado en sus estrictas normas de justicia más que en la idea de un castigo justo, durante la convención de Girón (que tuvo lugar el 28 de febrero) Sucre simplemente insistió en que se firmara un tratado una vez que las tropas peruanas abandonaran el territorio colombiano. Luego dejó el ejército al mando de Flores y regresó a Quito, informando a Bolívar de que la campaña, y de hecho la guerra, había terminado. Estaba cansado y la única recompensa que quería era que se le permitiera renunciar al mando y a todo cargo público. «Treinta días de campaña del ejército del sur han hecho desaparecer las amenazas y los aprestos de dos años con que el gobierno peruano invadió a Colombia, y dos horas de combate han bastado para que mil quinientos de nuestros valientes hayan vencido todas las fuerzas militares de Perú»[19]. Sus pensamientos íntimos no eran tan optimistas. La campaña de Tarqui había confirmado tanto sus peores temores sobre la estabilidad política de Colombia como la

inquietud que le producía la creciente indisciplina de los militares, lo que le llevaba a fortalecer su respaldo al Libertador en la búsqueda de un gobierno fuerte. [20]

Bolívar recibió el mensaje en el que Sucre le pedía que le permitiera retirarse cuando se acercaba a Pasto. Él también temía el futuro que aguardaba al país en un momento en que se disponía a hacer frente a una crisis más, y con ánimo pesimista escribió en su inimitable estilo un nuevo artículo político destinado a ser publicado en la prensa y a circular entre sus colaboradores. «No hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las Constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida un tormento». ¿Qué habían hecho mal los americanos? «Os enamorasteis de la libertad, deslumbrados por sus poderosos atractivos, pero como la libertad es tan peligrosa como la hermosura en las mujeres, a quienes todos seducen y pretenden, por amor o vanidad, no la habéis conservado inocente y pura como ella descendió del cielo. El poder, enemigo nato de nuestros derechos, ha excitado las ambiciones particulares de todas las clases del Estado». [21]

PENSAMIENTOS SOMBRÍOS DESDE GUAYAQUIL

En Pasto, habiendo llegado a un acuerdo con Obando y enterado de la victoria de Sucre en Tarqui y de su decisión de retirarse, Bolívar sabía que era prematuro desmovilizar al ejército, pues no confiaba en los peruanos y no estaba todavía convencido de que no fuera a tener nuevas noticias de los pastusos. En abril cabalgó hasta Quito para reunirse con Sucre. Después de una separación de más de tres años, el encuentro estuvo cargado de emoción. El Libertador accedió a liberar a Sucre del mando y respetó el deseo de la familia de que se les dejara aguardar en paz la llegada de su primer hijo. Sin embargo, el sur todavía necesitaba una mano firme, pues sus sospechas sobre los peruanos pronto demostraron ser acertadas: hicieron caso omiso de la convención de Girón, se negaron a abandonar Guayaquil y prefirieron optar por la guerra. Bolívar llamó a la división de Córdova, que se encontraba en Popayán, y asumió el mando personalmente; Sucre sólo había uno y Bolívar no consideraba que Flores o Córdova tuvieran las cualidades para ser

sus sucesores.

O'Leary,

por su parte, fue enviado a informar sobre la situación del sur a los ministros en Bogotá.

Bolívar decidió permanecer en Ecuador mientras la situación fuera insegura y en junio avanzó hacia Guayaquil; seguía siendo un líder y un guerrero. Con todo, llegado el momento no tuvo que pelear. Gamarra derrocó al gobierno de La Mar a comienzos de junio y éste tuvo que exiliarse en Guatemala, donde murió sin que Bolívar, que lo había imaginado «cubierto con una piel de asno, mostrando la lengua sedienta de sangre americana y las uñas de un tigre», lo lamentara. [22] Bolívar asustó a los peruanos con su actitud amenazadora al dirigir con maestría sus fuerzas hacia sus defensas, y éstos concluyeron que la guerra con Colombia era demasiado costosa para justificarse. Una batalla de importancia contra Bolívar era algo que era mejor evitar y, en consecuencia, prefirieron llegar a un acuerdo. Los comisionados negociaron un armisticio en Piura, que Gamarra firmó el 10 de julio: Perú se comprometía a devolver Guayaquil a Colombia después de que el Libertador firmara el acuerdo. El tratado de paz se firmaría finalmente el 22 de septiembre. El 21 de julio Bolívar entró en Guayaquil, donde fue recibido con demostraciones de júbilo por parte del pueblo y, sin duda, con una cálida bienvenida por parte de las jóvenes mujeres de la familia Garaycoa. Sucre le había advertido que no confiara en el «pérfido» Gamarra, pero la paz parecía ser real. El 10 de julio, Mariana dio a luz a una niña. Teresita, algo de lo que Sucre informó a Bolívar casi disculpándose de no haber tenido un hijo que pudiera servir a su país como soldado. Sucre no quería un mando militar pero tampoco estaba preparado para dejar Colombia a merced de los liberales, así que se presentó a las elecciones para el congreso constituyente. Entre tanto, las noticias que le enviaban sus amigos y liberales por toda Colombia convencieron al Libertador de que le aguardaban aún más desafíos.

En Guayaquil Bolívar cayó gravemente enfermo, aquejado de unos síntomas que él describió como una dolencia de hígado pero que en realidad eran señales del empeoramiento de una tuberculosis aún sin diagnosticar. Los demonios de Colombia regresaron para atormentarle, y la imagen de la terrible anarquía que acechaba al

país no le abandonaba. En el horizonte se advertían días de desilusión. Y retomó una idea que se había planteado más de una vez en los últimos años, a saber, que había llegado el momento de renunciar a la presidencia y retirarse de la vida pública. Sus colaboradores habían oído antes este estribillo, y en esta ocasión Sucre le respondió con algo de disgusto e impaciencia, pues consideraba que de este modo sólo sembraba la incertidumbre en relación a las políticas vigentes y las perspectivas futuras. El general le reprochó que si abandonaba el país en su actual crisis, cuando más se lo necesitaba, su decisión sería interpretada como una deserción que ensuciaría su carrera:

> Puede llegar el tiempo de acallar a sus calumniadores, pero el mejor acto que se presenta, y que aprobará todo hombre de razón, es constituir el país y dar una marcha sólida y estable a sus negocios. Lo demás no es cosa digna de U. Separarse cuando tantos riesgos amenazan a la República por sólo justificar su desprendimiento, es una medida extraña al carácter de Ud., y, francamente hablando, no será mirada en el mundo sino como una astucia, para que, en el combate de los partidos y cuando mil puñales despedacen la patria, fuera U. llamado como el salvador y conciliador. [23]

Estando Sucre cerca, a Bolívar no le hacía falta quien le hablara con claridad. En agosto, harto del poder y desilusionado con las constituciones, Bolívar sugirió a O'Leary una idea para que se la transmitiera a los legisladores en Bogotá: «¿no sería mejor para Colombia y para mí, y aún más para la opinión, que se nombrase un presidente y a mí se me dejase de simple generalísimo?». La propuesta era que se le convirtiera en una figura itinerante, paralela a la del presidente, cuyas funciones serían solucionar los problemas y garantizar el cumplimiento de la ley, eso le permitiría defender la paz y la libertad en Colombia y, de pasó, aumentar aún más su gloria. «¡Por Dios! O'Leary, por Colombia y por mí, proponga Ud. este pensamiento: insinúelo Ud. en el espíritu de los legisladores y de todos.» [24] ¿Se trataba de una broma? Con Bolívar era difícil saberlo.

La ironía, sin embargo, era su fuerte. En una carta dirigida a Mosquera se lamentó de la popularidad de la que gozaba entonces el federalismo, pero precisaba que si eso era lo que la gente quería habría que dárselo. «No quieren monarquías ni vitalicios, menos aún aristocracia ¿por qué no se ahogan de una vez en el estrepitoso y alegre océano de la anarquía? Esto es bien popular, y por lo mismo debe ser lo mejor porque, según mi máxima, el *soberano debe ser infalible.*» [25] «Dudo que haya derecho para exigírseme que espire en el suplicio de la cruz —añadía—; «digo más, si no fuera más que la cruz, yo la sufriría con paciencia como la última de mis agonías. Jesucristo sufrió treinta y tres años esta vida mortal: la mía pasa de cuarenta y seis, y lo peor es que yo no soy un Dios impasible, que si lo fuera, aguantaría toda la eternidad».

En Guayaquil tuvo que guardar cama desde el 2 hasta el 13 de agosto y luego pasó otra semana más en la ciudad. A finales de mes consiguió una casa de campo en una pequeña isla en el río Guayas, a kilómetro y medio de la ciudad, donde afirmó estarse recuperando bien. [26] Sin embargo, incapaz de aceptar que una vida hasta entonces activa se viera reducida a la apatía y la inercia, se confió en O'Leary, a quien el 13 de septiembre reveló sus preocupaciones personales y políticas en una de sus cartas más francas, que recuerda sus históricas declaraciones de otros tiempos. [27] El tono era grave. Tras veinte años de servicio continuo, Bolívar se presenta como alguien acabado desde el punto de vista físico, envejecido prematuramente, sin nada que ofrecer y, con patético optimismo, con apenas «cuatro o seis años más de vida». En lo que respecta a las perspectivas políticas, algunas eran buenas: habían derrotado a Perú y vencido a los anarquista en el interior.

Sin embargo, ¿qué pasaría cuando el tiempo de los administradores actuales se hubiera agotado y su propia autoridad como Libertador ya no existiera? Las simples dimensiones del país exigían una respuesta rápida para prevenir la amenaza de una catástrofe, y él sólo podía prever dos, ninguna de ellas buenas para Colombia.

La autoridad real, o la liga general, son las únicas que nos

> pueden convenir para regir esta dilatada región. Yo no concibo que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerrogativa con derechos incontestables, pues la igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza. Además, ¿quién puede ser rey en Colombia? Nadie, a mi parecer.

Consciente de las consecuencias de la monarquía (una nueva forma de tiranía, un gobierno costoso, una nueva aristocracia). Bolívar rechazaba con desprecio esta «quimera». Y todavía no veía con gusto la idea de un gobierno federal. «Semejante forma social es una anarquía regularizada o, más bien, es la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y arruinar el Estado con todos sus individuos. Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo». Colombia era tan grande y su gente tan ignorante que sus instituciones necesitaban más poder del que les ofrecía el modelo europeo, pero éstas difícilmente bastaban para gobernar una provincia sola:

> El Congreso constituyente tendrá que elegir una de dos resoluciones únicas que le quedan en la situación de las cosas:
>
> 1. La división de la Nueva Granada y Venezuela.
> 2. La creación de un gobierno vitalicio y fuerte.
>
> … Es preciso que Colombia se desengañe y que tome su partido, porque no la puedo mandar más. Esto es hecho, y pasemos a los inconvenientes. ¿Qué hará, pues, el Congreso para nombrarme un sucesor? ¿Será granadino o venezolano? ¿Militar o civil? … ¿Mandarán siempre los militares con su espada? ¿No se quejarán los civiles del despotismo de los soldados? Yo conozco que la actual república no se puede gobernar sin una espada y, al mismo tiempo, no puedo dejar de convenir que es insoportable el espíritu militar en el mando civil. Siempre tendrá el congreso que volver a la cuestión de dividir el país, porque, hágase lo que se quiera, la elección de presidente ha de ser reprobada.

Colombia no tenía otra alternativa que organizarse, como mejor

pudiera, en un sistema centralizado adecuado al tamaño de su territorio y al carácter de sus habitantes.

A finales de septiembre de 1829, con el tratado de paz con Perú firmado, Bolívar dejó Guayaquil y cabalgó lentamente hacia el norte, pensando en su carta a O'Leary y meditando aún sobre su futuro. «Yo quisiera insistir en lo que he dicho a Ud., pero sin decirlo, es decir: en secreto». Durante el viaje, sus preocupaciones fueron en aumento.

O'Leary se encontraba en Medellin sofocando una rebelión cuando recibió la fatídica carta del 13 de septiembre. La melancolía de Bolívar le llenó de tristeza y en su respuesta imploró a su líder que no se rindiera: a pesar de todos los traidores que había conocido desde 1826, también tenía muchos seguidores leales y todavía contaba con un apoyo general entre el pueblo.

O'Leary estaba decidido a aplastar los restos de rebelión en las minas de oro del Chocó, «porque a esos infames negros es preciso degollarlos a todos». [28]

AMIGOS MONÁRQUICOS, ENEMIGOS REPUBLICANOS

Cuando O'Leary llegó a Bogotá a finales de abril de 1829 se encontró con dos mujeres como noticia: Manuela, que estaba teniendo una agitada vida social e invitaba a los diplomáticos extranjeros a sus fiestas, y La Nicolasa, la amante de Santander, que tras la caída de éste en desgracia estaba causando alboroto con la esperanza de que se la expulsara por sus propios méritos y poder dejar el país como una mártir y no como la compañera adúltera del exvicepresidente. [29] Todavía más inquietante fue el descubrimiento de que el gobierno estaba desarrollando activamente un plan para establecer una monarquía en el país y estaba involucrado en conversaciones sobre el proyecto con representantes de Francia y Gran Bretaña.

O'Leary mantuvo a Bolívar informado de estos acontecimientos así como de

los chismes de la capital. Algunos ministros le dijeron que las instituciones republicanas le habían fallado a Colombia, que el atentado contra la vida del Libertador había conmocionado a todos y que se hacía necesario un cambio radical. «Me dijeron que su idea era no consultarle al general Bolívar hasta que la cuestión no estuviera en un estado más avanzado, pues temían que él desaprobara el plan». Se había consultado a Páez, que era contrario a la idea, pero éste se limitó a recomendar que era mejor posponerla por el momento. Briceño Méndez y Soublette se oponían rotundamente al plan y predijeron que éste sólo serviría de pretexto para que los enemigos de Bolívar en Venezuela iniciaran una revolución. Montilla también era de la opinión de que el momento no era oportuno. Los liberales, como era de esperar, estaban indignados. Pero los ministros, imprudentes, persistieron en la empresa, siendo Urdaneta uno de sus más firmes partidarios. La intención no era coronar a Bolívar u obligarlo a retirarse, sino que, con el título de Libertador, siguiera siendo el jefe de gobierno, y sería sólo tras su muerte que un príncipe extranjero ocuparía su lugar.

O'Leary

nunca entendió si la idea de una monarquía se había originado en Bogotá o se había importado, pero, a principios de septiembre, informaba de que el proyecto se daba ya por sentado en la capital sin que hubiera una oposición visible. El mismo parece haberse dejado convencer de los argumentos a favor de un régimen monárquico: aportaría estabilidad y seguridad, contaría con el apoyo de las élites militares y eclesiásticas, confundiría a los liberales y ofrecería garantías a los inversores extranjeros. Según Posada Gutiérrez, «fueron los miembros del consejo de ministros los que principalmente adoptaron el proyecto y sometieron a la discusión pública por la imprenta —y añadió—, sin consultarlo previamente con el Libertador». **[30]**

Consultas sí se habían producido, aunque en silencio y no de forma concluyente. En abril de 1829, mientras se encontraba en Quito. Bolívar revivió una idea que ya antes había promovido, y era que Colombia se beneficiaría de la protección de Gran Bretaña; esta posibilidad había sido una idea recurrente en su pensamiento sobre la unidad americana y en esta ocasión la recomendó a su gabinete.

Un simple guijarro consiguió agitar un gran lago. Los ministros invitaron a los representantes de Francia y Gran Bretaña a discutir el tema. El 8 de abril de 1829, Restrepo informó a Bolívar de que, con miras a preparar el congreso constituyente, los ministros estaban debatiendo un proyecto de constitución y habían llegado a la conclusión de que Hispanoamérica necesitaba un cambio de sistema constitucional: «Es preciso la sucesión hereditaria y todo lo demás que es consiguiente. Hay sus dificultades para plantear este sistema, pero no las creemos insuperables, contando con el apoyo de U. y el del ejército». El 6 de mayo Bolívar le respondía: «Estoy enteramente de acuerdo con Ud. en que es sumamente necesario un cambiamiento de sistema constitucional en la América antes española, para que pueda consolidarse, y creo también que, aunque hay sus dificultades, no son insuperables» [31] Restrepo llevó la propuesta un paso más allá al introducir la idea de importar un príncipe extranjero: «Celebro mucho que U. esté de acuerdo en la necesidad de variar de formas constitucionales … El punto un poco difícil es la casa que ha de suceder a U. en el mando y en cuya familia ha de perpetuarse la corona por herencia … En la materia parece que debemos adelantar el proyecto los amigos de U. y que U. se manifieste como extraño a él, aunque sin contrariarlo». Asimismo mencionó la necesidad de que el congreso constituyente se mostrara de acuerdo con el cambio, lo que, no había duda, suponía una dificultad adicional. [32]

En julio, la noticia de que Bolívar había decidido renunciar a su cargo dejó perplejos a sus ministros. ¿De qué modo iban a seguir adelante sin su cooperación? Ellos daban por hecho que contaban con ella y necesitaban que se manifestara con claridad en este sentido. [33] Bolívar reconoció a Patrick Campbell, el encargado de negocios de Gran Bretaña, que su alusión al nuevo proyecto de nombrar un príncipe europeo como su sucesor no le tomaba completamente por sorpresa, pues algo de ello se le había comunicado, aunque con cautela y de forma vaga, «pues conocen mi modo de pensar». Pero su intercambio con Campbell fue precavido y su actitud, en esencia diplomática. Afirmó que no estaba involucrado personalmente, ya que estaba decidido a renunciar en el siguiente congreso, y señaló las incontables dificultades y desventajas de semejante plan, entre ellas la reacción

de Inglaterra en caso de que el elegido fuera un Borbón. «¿Cuánto no se opondrían todos los nuevos Estados americanos, y Estados Unidos, que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad?». Todos se volverían contra la pobre Colombia. [34] Con todo, Bolívar se reservaba su opinión final sobre la materia, renuente a desechar una idea que él mismo había considerado con frecuencia. Un mes más tarde, en cambio, se muestra contundente en su carta a

O'Leary:

«Yo no concibo que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático». [35]

La situación de las comunicaciones en Colombia no era tan terrible para que semejantes conversaciones pudieran mantenerse en secreto. En cualquier caso, Restrepo y sus colegas estaban comprometidos con la transparencia. Cuando el general José María Córdova se enteró del proyecto de establecer una monarquía, dejó la ciudad de Popayán y se marchó a Antioquia, su provincia natal, para proclamarse partidario de la libertad y denunciar a Bolívar. Córdova había estado bajo sospechas desde abril, cuando Mosquera, que se había convertido en su enemigo, informó de que estaba intrigando con los oficiales que tenía bajo su mando, con quienes criticaba al Libertador y sus políticas. [36]

O'Leary

se había detenido en Pasto de camino a Bogotá y había hablado con Córdova, que había sido su amigo desde la época de Angostura; en esa ocasión el militar había negado que sus intenciones fueran hostiles y que simplemente había hablado con sus colegas, incluido Obando, sobre el futuro de la unidad colombiana después de Bolívar.

O'Leary

consideraba que Córdova (y el régimen de Pasto) eran un riesgo para la seguridad, y desde junio las advertencias que enviaba al Libertador se hicieron más perentorias, pues en la capital el gobierno era cada vez más débil y sólo el «terror» impuesto por el general Urdaneta conseguía mantener la ley y el orden. [37] En septiembre, ya en Antioquia, Córdova denunció el absolutismo de Bolívar en un manifiesto farragoso en el que sostenía que éste había engañado al pueblo de Colombia, olvidado los derechos del hombre,

aterrorizado a la convención de Ocaña y traicionado la constitución. El rebelde instaba al pueblo de Colombia a salvar los logros de diecinueve años de sacrificios y evitar una nueva esclavitud. [38] Aseguraba que Bolívar se proponía gobernar como «dispone hoy de la República, como dueño absoluto sin autoridad alguna legítima» y que era su deber rechazar esas pretensiones y reinstaurar la constitución de Cúcuta. Las noticias sobre la rebelión de Córdova llegaron a Bogotá la noche del 25 de septiembre, el aniversario del atentado contra el Libertador. Ese día, las calles estaban inusualmente desiertas, bien fuera por la memoria que la gente tenía de ese acontecimiento o porque se advertía la crisis inminente. Al final de la tarde,

O'Leary

paseó por el centro de la ciudad y, a pesar de que hacía buen tiempo, vio a muy poca gente. Luego llegaron los informes procedentes de Medellin y todo cambió. Las tropas se llamaron a las armas, y, al día siguiente, Urdaneta, el ministro de Guerra, encomendó al irlandés, entonces general, la dirección de una división de setecientos hombres con el fin de atacar a los rebeldes y reestablecer el orden.

La rebelión de Córdova, aunque en sí misma reducida, conmocionó a Bolívar, quien se mostró sorprendido de que su antiguo protegido se hubiera convertido en un «misionero de división y de rebelión» y estuviera buscando el apoyo de Páez y la colaboración del cónsul británico en Bogotá. Por esa época escribió a Sucre: «¡Dice entre otras cosas que Vd. quiere hacerse rey del Perú! ¿Qué tal? Yo soy todo, todo lo malo, y luego quieren que continúe mandando. Siempre seremos de un nacimiento *punible*: blancos y venezolanos. Con estos delitos no se puede mandar por estas regiones». [39] El Libertador dio instrucciones a Urdaneta para que las tropas rodearan a los rebeldes e impidieran que con sus ideas infectaran a otras regiones de Colombia, y se preparó para avanzar hacia el norte. Su ánimo oscilaba entre el optimismo y la desesperación. El congreso debía hacer lo que creyera correcto. Estaba dispuesto a aceptarlo, pues, como comentó a Sucre: «*También soy liberal*; nadie lo creerá, sin embargo».

O'Leary plantó batalla a Córdova en Santuario, al oriente de Medellin. El 17 de octubre, mientras se acercaba con sus tropas, el

rebelde le reconoció y se acercó para hablarle, pero O'Leary puso fin a la conversación cuando Córdova intentó «seducir» a los antioqueños que le seguían. En el combate que siguió a continuación y que duró cerca de dos horas, las fuerzas rebeldes no pudieron igualar la eficacia del ejército regular; Córdova luchó con valor, pero resultó herido y tuvo que refugiarse en una casa, que O'Leary ordenó tomar por asalto. El coronel Rupert Hand, un irlandés veterano de la legión británica y que tenía un pasado violento, encontró a Córdova postrado en el suelo y le asesinó a sangre fría con dos golpes de su espada. O'Leary no ofreció estos detalles a Bolívar, aunque parece haber estado presente e incluso haber llegado a hablar con «el pobre diablo». Informó sobre la muerte de Córdova como algo necesario para vengar al Libertador y defender su honor. [40] El irlandés le recordó a Bolívar que le había advertido sobre el rebelde algún tiempo atrás y que su opinión había sido ignorada; Córdova era un tonto y un fracasado, cuyo único mérito era su gran valentía. [41] La piedad no tenía sitio en la revolución, y si el incidente perturbó a O'Leary en tanto oficial al mando del coronel Hand, no dio muestras de ello y tampoco dudó luego a la hora de encomendarle al perpetrador una operación adicional en el Chocó. En 1831, a instancias de Obando, Hand sería arrestado y juzgado por asesinato, pero, tras ser condenado a la pena de muerte, consiguió escapar de prisión y refugiarse en Venezuela, donde evitó la extradición y se convirtió en el primer profesor de inglés de la Universidad de Caracas. [42]

Terminada la rebelión de Córdova, la pregunta aún seguía en pie: ¿había sucumbido Bolívar a la tentación? ¿Deseaba convertirse en rey o colaborar con la monarquía? Cuando recibieron la noticia de que la insurrección había sido derrotada, los ministros retomaron el proyecto de la monarquía e informaron oficialmente a los representantes de Francia y Gran Bretaña de su intención de alterar la forma de gobierno del país. Había llegado el momento de dar cuenta a Bolívar de lo que había ocurrido, y el secretario de Asuntos Extranjeros le informo sobre el asunto. Desde Popayán, Bolívar

respondió con una protesta sumamente enérgica, pues pensaba que sus colegas habían ido demasiado lejos. El 22 de noviembre de 1829 escribió al consejo de ministros que sus negociaciones contravenían la política gubernamental, que era convocar un congreso; lo sucedido suponía «una usurpación de las augustas funciones del congreso convocado para deliberar sobre la organización de un gobierno nacional», y por tanto el Libertador pedía que se suspendiera «todo procedimiento que tienda a adelantar la negociación pendiente con los gobiernos de Francia e Inglaterra». En su correspondencia privada con Urdaneta se expresaba con más tacto, pero aun así insistía en que «nos hemos empeñado demasiado … No debemos, pues, dar un paso más adelante, y dejar al congreso que haga su deber y lo que tenga por conveniente». Y en relación al futuro congreso: «más fácil es nombrar un presidente que un príncipe». [43] Esto era coherente con las respuestas que había ofrecido a lo largo de todo este episodio, cuando su interés era orientar la reforma constitucional hacia su meta favorita, un gobierno central fuerte, una monocracia quizá, pero no necesariamente una monarquía. Su artículo «Una mirada sobre la América española», al que Restrepo hacía mención en su informe, no manifestaba ninguna preferencia por la monarquía. La reprimenda causó sorpresa en Bogotá. Los ministros le enviaron sus renuncias afirmando que simplemente habían actuado de acuerdo con sus instrucciones. Sin embargo, su única instrucción explícita había sido que solicitaran protección a alguna potencia europea, ya que consideraba que el país no podría mantenerse como nación sin algún tipo de apoyo. [44]

Durante estos meses de 1829, la supremacía de Bolívar fue puesta a prueba en dos frentes. Tras su campaña militar en el sur, hubo de enfrentarse a la confusión política en que vivía el resto del país, lo que incluía un proyecto de monarquía que no era obra suya. Cualquier líder que haya tenido que adoptar una decisión o una política, un proceso que implica examinar un camino y luego otro, considerar una opción y luego su opuesta, cambiar de rumbo en el momento de tomar decisiones, está en condiciones de entender que eso no es ambivalencia, duplicidad o incoherencia, sino un modo razonable de llegar a una conclusión y actuar en consecuencia. Tal fue el procedimiento de Bolívar en 1829, así como lo había sido en

otras crisis de su vida. Optó por poner fin a la cuestión, nombró un nuevo gabinete y suspendió las negociaciones con Bresson y Campbell. Advertía que los defensores del liberalismo político no habían abandonado su ánimo combativo y que, en el contexto de la Colombia de la época, mencionar siquiera la palabra monarquía era peligroso.

El éxodo

La insurrección de Córdova animó a la oposición venezolana. Páez dejó de vacilar y buscó con toda intención sacar a su país de la unión. Desde el momento en que las noticias llegaron a Caracas, el 28 de octubre, los enemigos de Bolívar alrededor de Páez, que exageraron lo ocurrido, aprovecharon la polémica sobre el proyecto de monarquía y presionaron a su caudillo para que no perdiera tiempo y revolucionara a Venezuela. En estos momentos críticos, con su juicio quizá mermado por el aislamiento y la enfermedad, Bolívar había dado a los políticos y los caudillos una ventaja innecesaria. Descontento con una solución puramente personalista, había optado por consultar al pueblo. El 16 de octubre de 1829, el Ministerio del Interior publicó una circular de Bolívar del 31 de agosto de ese año en la que se autorizaba o, en realidad, se ordenaba la celebración de reuniones en las que los ciudadanos tendrían la oportunidad de dar su opinión sobre una nueva forma de gobierno y la organización futura de Colombia.[45] Éstas eran cuestiones que debía determinar el congreso, pero los diputados electos tenían que asistir a él no como actores independientes, sino como delegados con instrucciones escritas. De este modo Bolívar buscaba que se manifestara la voluntad popular y, para bien o para mal, se comprometía a cumplirla.[46] Sin embargo, ¿podía esperarse de verdad que el pueblo expresara su voluntad libremente? ¿No intentarían los caudillos controlar o coaccionar a las asambleas? Los consejeros amigos y más cercanos del Libertador tenían serias objeciones sobre este procedimiento. Desde Quito, Sucre le advirtió que esta medida distanciaba a los ciudadanos razonables y valiosos y fomentaba la participación de los radicales, y le aconsejaba reducirla a un simple derecho de petición; de otro modo, con el derecho a dar instrucciones vinculantes «se revivirán

pretensiones locales». [47]

De hecho, los separatistas aprovecharon de inmediato estas asambleas para garantizar que expresaran las opiniones que querían. La representación no iba a frustrar las pretensiones de los caudillos locales. En Caracas, la asamblea popular del 25 de noviembre de 1829 estuvo precedida por el encuentro, la noche anterior, de cuatrocientos ciudadanos y terratenientes de renombre en la casa del caudillo Arismendi, en la que estuvieron también presentes otros generales. La reunión, en la que sólo se escucharon dos voces discordantes, la de Revenga y la del intendente Clementi, se pronunció a favor de la independencia de Venezuela y en contra de Bolívar, y su ejemplo fue seguido por la asamblea pública celebrada al día siguiente en la iglesia franciscana. [48] Otra muestra de la presión es la que proporciona una queja del municipio de Escuque al general Páez, a propósito de los procedimientos adoptados por el comandante militar del distrito de Trujillo, el coronel Cegarra:

> Las mismas Asambleas Populares han sido juguete de su insolencia, pues ha pretendido que firmen los ciudadanos no lo que realmente han dicho y acordado en sus reuniones, sino algunos papeles que a su modo escribía él en su casa, amenazando con sus terrores a los que no querían obedecer. ¿Y será tener libertad esto, Exmo., señor? ¿Podrá hablar con libertad un pueblo que en el momento de reunirse, ve formado en la plaza un escuadrón de caballería y una compañía de fusileros? Si el contenido de los papeles que el Sr. Cegarra quería que firmásemos hubiesen sido algunas quejas justas y fundadas, para comprobar nuestro pronunciamiento, en buena hora que insistiese, pero querer que subscribiésemos una multitud de dicterios, injurias e insolencias contra el general Bolívar no nos pareció regular, porque hemos creído que podríamos desconocer su autoridad y tratarlo con decoro. [49]

Sucesos de este tipo revelaban las dimensiones de la tarea a la que se enfrentaba Bolívar. La mayoría de las ciudades y distritos de Venezuela se manifestaron partidarios de que el país se independizara de Colombia, y a favor de Páez y en contra de Bolívar, a quien se calificó de tirano, entre otras cosas más graves.

El Libertador aparentemente era peor que los tiranos locales, la mayoría de los cuales quería la independencia. «La expresión ingenua de los deseos populares», que Bolívar había buscado con tanto ahínco, había resultado ser un torrente de insultos y desplantes, y el congreso constituyente que tendría lugar en Colombia no prometía ser mucho mejor. En noviembre de 1829, el lenguaje de los venezolanos ya era el de la separación de Colombia: «Venezuela no debe continuar unida a la Nueva Granada y Quito, porque las leyes que convienen a esos territorios no son a propósito para éste, enteramente distinto por costumbres, clima y producciones, y porque en la grande extensión pierden la fuerza y energía». [50] El 1 de diciembre, Páez le comunicó a Bolívar «que los venezolanos repugnaban de corazón la unión con Bogotá y que estaban resueltos a hacer cualquier sacrificio por conseguir la separación». De momento le apoyaría, pero esperaba que entendiera que «si la separación es un mal, ya es inevitable» y que recomendara esta solución al próximo congreso constituyente, pues de lo contrario no podía responder por las consecuencias. ¡Qué experiencia tan amarga debió de ser para el Libertador leer la arrogancia que emanaba de las palabras del caudillo! La «horrible noticia» y la infamia de su país natal, que ni siquiera le había dado la oportunidad de renunciar voluntariamente, le sumieron en la desesperanza: «nunca he sufrido tanto como ahora, deseando casi con ansia un momento de desesperación para terminar una vida que es mi oprobio». [51]

Mientras se acercaba al final de su carrera política en Colombia, Bolívar entendió que Venezuela y los caudillos le habían repudiado. Bermúdez publicó una proclama incendiaria en la que llamaba a Venezuela a alzarse en armas contra el «déspota», el promotor de la monarquía, el enemigo de la república. Mariño, que afirmaba conocer «las virtudes, los puntos de vista y los intereses particulares de cada habitante de Cumaná», se sintió indignado cuando Bolívar se negó a emplearlo en el oriente. [52] Páez quería una Venezuela independiente, y la independencia implicaba oponerse a Bolívar. El caudillismo prosperó entonces porque coincidía con el nacionalismo venezolano: además de ser una expresión de intereses particulares se convirtió en una expresión de identidad. Los caudillos venezolanos habían empezado siendo líderes locales con acceso a

recursos limitados. La guerra les había dado la oportunidad de mejorar sus fortunas personales y ampliar sus zonas de influencia. La paz les reportó recompensas aún mayores, y estaban decididos a conservarlas. Los caudillos abandonaron la unión con Colombia porque eran venezolanos y porque estaban resueltos a conservar los recursos de su país para sí mismos y sus clientelas. El caudillismo y el nacionalismo se reforzaban entre sí. Y la gran víctima fue Bolívar.

El congreso constituyente de Venezuela se reunió en Valencia el 6 de mayo de 1830. Desde su cuartel general en San Carlos, Páez envió un mensaje: «Mi espada, mi lanza y todos mis triunfos militares están sometidos con la más respetuosa obediencia a las decisiones de la ley». [53] Era un comentario de doble filo, que recordaba a los legisladores que a pesar de que afirmara ser «un simple ciudadano», el hecho de tener el respaldo de sus llaneros y el apoyo de la oligarquía económica y profesional convertían a Páez en el jefe supremo del país. Este congreso fundó la república soberana e independiente de Venezuela, en la que el caudillo conservó su doble autoridad como presidente y jefe del ejército. En lo que respecta a Bolívar, su desilusión fue profunda: «Los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscrito; así yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio». [54]

Venezuela fue la primera en marcharse pero no sería la última. Ecuador también perseguía su propia identidad nacional. La experiencia política del país era menos violenta que la de Venezuela, cuyos pardos y mestizos eran bastante más ambiciosos que los pasivos y apolíticos indígenas ecuatorianos, y cuyas clases altas eran mucho más participativas que la aristocracia de Quito. No obstante, Ecuador también tenía motivos para quejarse. La política económica liberal de Colombia no otorgaba suficiente protección a la industria ecuatoriana, que se había visto muy afectada por la guerra y los trastornos en las rutas de exportación. El país también había tenido que soportar duras campañas de reclutamiento, exacciones y préstamos forzados tanto de dinero como de recursos; había tenido que hacer frente a buena parte del esfuerzo bélico destinado a la guerra contra Perú, y Bolívar había exprimido la economía ecuatoriana cuanto había podido para pagar al ejército colombiano entre 1828 y 1829. La producción de las grandes plantaciones escasamente superaba los niveles de subsistencia, y el

único producto comercial era el cacao, al que se sumaban algunos trabajos de construcción y reparación de naves en los astilleros de Guayaquil.[55] El gobierno de Bogotá, que no ofreció beneficios fiscales ni subsidios al país, desatendió por completo estos problemas. Y su liberalismo provocó la respuesta conservadora de la clase dirigente ecuatoriana, que exigía entre otras cosas mantener el tributo indígena y la esclavitud. Los ecuatorianos carecían de una adecuada representación en el gobierno central y el funcionariado, y tenían la sensación de haber sido colonizados por nuevos imperialistas, pues, en la práctica, los libertadores extranjeros permanecieron en el país como un ejército de ocupación, y las instituciones civiles y militares ecuatorianas se vieron invadidas por soldados y burócratas de otras partes de Colombia. El 13 de mayo de 1830, los departamentos del sur de Colombia se separaron de la unión y declararon el Estado independiente de Ecuador bajo la presidencia del general Juan José Flores, un mulato venezolano a quien su matrimonio había hecho respetable. A su debido tiempo, el congreso constituyente aceptó la fragmentación política que parecía inevitable y acordó dividir Colombia en tres Estados. A la antigua Nueva Granada le correspondió llevar sola el nombre de Colombia.

ADIÓS AL PODER, SALUDO A LA GLORIA

El congreso constituyente que Bolívar había convocado para el 2 de enero de 1830 comenzó a formarse con lentitud durante las siguientes semanas a medida que los delegados iban llegando desde las provincias. Tras atravesar montañas, colinas y valles, estos líderes regionales convergieron en Bogotá para escuchar al jefe supremo de la unión. El número de asistentes era reducido, exclusivo y conservador; los abogados y los militares tenían una importante representación, mientras que las regiones no tanto.[56] Bolívar llegó el 15 de enero convertido exteriormente en una sombra del hombre que había entrado en la ciudad después de la batalla de Boyacá, con el rostro demacrado, el pelo desordenado y moviéndose con esfuerzo; sin embargo, sus ideas seguían siendo igual de lúcidas y sus acciones igual de decididas. El 20 de enero, tras una misa en la catedral, el Libertador dio inicio al congreso. Todos tenían expectativas diferentes respecto a los próximos días

pero sus mentes estaban concentradas en el Libertador. Pronto se puso en marcha. Se nombró a Sucre presidente del congreso, y vicepresidente al obispo de Santa Marta, José María Esteves. La mano de Bolívar era evidente en esta elección, pero la hubiera manipulado o no, el hecho es que representaba su ideal de Iglesia y Estado: Sucre como su heredero y un obispo en representación de «la religión santa que profesamos». En su mensaje al «congreso admirable», como lo llamó, repasó los problemas recientes del país, defendió su respuesta a los desórdenes internos y a los ataques procedentes del exterior y manifestó su esperanza en que de ese sombrío cuadro pudieran aprenderse lecciones para el futuro. [57] A continuación, con palabras cargadas de amargura, presentó su renuncia advirtiendo al congreso que no deseaba ser reelegido y que no aceptaría un nuevo nombramiento. Había otros que estaban libres de sospecha y que eran dignos de ocupar la presidencia:

> Sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía. Libradme, os ruego, del baldón que me espera si continúo ocupando un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición … Disponed de la presidencia que respetuosamente abdico en vuestras manos. Desde hoy no soy más que un ciudadano armado para defender la patria y obedecer al gobierno; cesaron mis funciones públicas para siempre. Os hago formal y solemne entrega de la autoridad suprema que los sufragios nacionales me habían conferido.

Y finalizó su discurso con una de sus confesiones más duras: «Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás».

Bolívar había llegado al final de sus proyectos constitucionales. Sin embargo, no podía simplemente marcharse y, por tanto, durante las siguientes semanas se vio asediado desde uno y otro lado, con la mente convertida en un torbellino de ideas en conflicto que se aferraba a la mínima esperanza de que algo pudiera rescatarse de las ruinas constitucionales de Colombia. Sin embargo, lo que permanecía en pie no era nada y no había nadie que pudiera igualar a Bolívar. Pues aunque había perdido su fortaleza física y su capacidad de liderazgo, el Libertador seguía siendo la única figura excepcional en un mar de mediocridades. Su principal preocupación ahora era defender su historial y refutar a sus enemigos. Su

intención nunca había sido la de fundar un reino. El poder se había desvanecido, pero le quedaba la gloria y estaba decidido a protegerla. Dio instrucciones a José Fernández Madrid, el representante del gobierno colombiano en Londres, para que respondiera a las calumnias que se habían estado difundiendo sobre él: **[58]**

> Primero, nunca he intentado establecer en Colombia ni aun la constitución boliviana, tampoco fui yo quien lo hizo en el Perú; el pueblo y los ministros lo hicieron espontáneamente.
>
> Segundo, todo lo que es pérfido, doble o falso que se me atribuya es completamente calumnioso. Lo que he hecho y dicho ha sido con solemnidad y sin disimulo alguno.
>
> Tercero, niegue Vd. redondamente todo acto cruel contra los patriotas, y si lo fui alguna vez con los españoles, fue por represalia.
>
> Cuarto, niegue Vd. todo acto interesado de mi parte, y puede Vd. afirmar sin rebozo que he sido magnánimo con la mayor parte de mis enemigos.
>
> Quinto, asegure Vd. que no he dado un paso en la guerra, de prudencia o de razón que se pueda atribuir a cobardía. **[59]** El cálculo ha dirigido mis operaciones en esta parte y, aun más, la audacia.

El comité nombrado por el congreso para redactar una respuesta al mensaje de Bolívar pospuso su decisión sobre su renuncia hasta que se hubiera establecido la nueva constitución. Bolívar, por su parte, nombró un presidente provisional, Domingo Caicedo, y se marcho a la casa de campo que éste le prestó en Fucha, al occidente de la ciudad, para recuperar la salud. Entre quienes le visitaron allí estuvo Posada Gutiérrez. En sus memorias, el general bolivariano recogió sus impresiones de una caminata por los campos durante la tarde:

> Su andar era lento y fatigoso, su voz casi apagada le obligaba a hacer esfuerzos para hacerla inteligible; prefería

> las orillas del riachuelo que serpentea silencioso por la pintoresca campiña, y los brazos cruzados, se detenía a contemplar su corriente, imagen de la vida. «¿Cuánto tiempo —me dijo— tardará esta agua en confundirse con la del inmenso océano, como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora y se sutiliza, como la gloria humana, como la fama. ¿No es verdad, coronel?» … De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula: «¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué me la arrebatan? ¿Por qué me calumnian?». **[60]**

Entre tanto, los políticos continuaban agitando al país, removiendo las cenizas del gobierno de Bolívar. Las semanas que el congreso dedicó a debatir la nueva constitución permitieron que la actividad política se intensificara y que florecieran las facciones. Ideas contradictorias se agolpaban en la mente del Libertador y nuevas incertidumbres perturbaban su mente y su espíritu e inquietaban a los bolivarianos. ¿Le quería o no el congreso? ¿Le quería o no el pueblo? Y si no a él, ¿a quién? Hubo tiempo incluso para que tuviera un altercado y una reconciliación con Urdaneta, uno de sus colaboradores más antiguos. Pero nada de eso era sorprendente. Era imposible que un líder de su categoría desapareciera de repente para aislarse en un celda a prueba de ruidos: no había modo de reprimir el clamor de los críticos o de impedir que los políticos se dedicaran a hacer política. A finales de abril era consciente de que los liberales colombianos seguían odiándole, de que sus amigos estaban divididos y de que su supremacía había llegado a su fin y era irrecuperable. Bolívar se libró tanto de las dudas como de quienes dudaban y el 27 de abril informó al congreso una vez más de que renunciaba a la presidencia y tenía la intención de abandonar el país: «Debéis estar ciertos de que el bien de la patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos». **[61]**

Al mismo tiempo que preparaba la nueva constitución, el congreso tuvo que hacer frente al desafío de Páez, que había declarado a Venezuela un Estado soberano e independiente. Pero

los venezolanos no podían separarse de Colombia con elegancia. O'Leary, cuyas tropas estaban estacionadas en la frontera nororiental, denunció la «insolente» provocación de Mariño, quien lo había retado a avanzar más allá de la provincia de Tachira. [62] Los venezolanos suspendieron el pago de las pensiones a los dependientes del personal civil y militar que estuviera sirviendo fuera de Venezuela, incluyendo de forma específica las pensiones otorgadas por Bolívar a partir de su propio salario. [63] Mantuvieron a distancia a los comisionados de Colombia, Sucre y el obispo Esteves, y los obligaron a esperar en Cúcuta, fuera del territorio venezolano, hasta mediados de abril, cuando llegaron los negociadores de Venezuela para no conceder nada. El congreso de Colombia comprendió entonces que la independencia de Venezuela era innegociable y no tardaría en enterarse de que, como condición para cualquier posible acuerdo. Páez exigía que Bolívar fuera expulsado. [64] Cuando el congreso aceptó por fin su renuncia, se nombró como presidente a Joaquín Mosquera, un político liberal le la Nueva Granada.

Bolívar quería ahora marcharse de Colombia. El problema inmediato era el económico. ¿Estaba en condiciones de permitírselo? No era un hombre rico. Debido a los secuestros que habían tenido lugar durante la guerra, sus tierras se habían reducido. Su principal activo, las minas de cobre de Aroa, se había convertido en un dolor de cabeza, «una mortal agonía», durante los últimos años. En 1824, con la ayuda de su hermana María Antonia, se las había arrendado a una compañía inglesa, lo que le daba algunos beneficios, pero no suficientes. Desde 1826, sus representantes en Londres habían intentado venderlas, pero en 1830 todavía no habían logrado hacerlo. [65] El congreso confirmó la pensión vitalicia de treinta mil pesos anuales que le había otorgado en 1823, pero el pago de ésta no era nunca absolutamente seguro y él siempre había usado lo que había recibido para financiar la seguridad social bolivariana. Para estas fechas. Bolívar ya había empezado a vender sus pocas posesiones y a prepararse para el viaje: la venta de su servicio de plata le había permitido reunir dos mil quinientos pesos, y sus joyas, caballos y demás, otros diecisiete mil. [66] Empezó el viaje con unos cuantos miles de pesos en

efectivo y preocupado por el negocio de sus minas.

La turba salió a las calles para celebrar la partida de Bolívar quemando retratos suyos y gritando a favor de Santander. El Libertador aún tenía amigos y luchadores de su lado. Sucre era uno de ellos: «En sus principios —escribió O'Leary—, él era liberal, pero no republicano. Las últimas palabras que me dijo fueron: "Dígale al Libertador que reúna a todas las tropas de las que pueda disponer y que no permita que nadie le dé órdenes. Dígale que es el momento de salvar el país y que si él piensa que lo que Colombia necesita es una monarquía, que lo diga: no le harán falta hombres que le apoyen». [67] Pero la situación en Bogotá era tensa. Las tropas venezolanas, seiscientos granaderos y ciento ochenta húsares de Apure, se rebelaron finalmente contra su impopularidad en Colombia y decidieron devolverse a su país, seguidas sólo por las «hijas del regimiento», y abandonaron en silencio la capital antes de que Bolívar partiera. [68] La vida se había vuelto muy precaria para el Libertador, que partió el 8 de mayo con un emotivo adiós de las principales personalidades de la ciudad. Una escolta de ministros, diplomáticos, residentes extranjeros y amigos civiles y militares le acompañó durante algunos kilómetros para despedirle.

EL FINAL DEL VIAJE

Sucre llegó a Bogotá el 5 de mayo. Tres días después, alarmado por las manifestaciones contra Bolívar, corrió a la residencia del Libertador en su búsqueda, pero éste ya se había marchado a Cartagena y al exilio.

> Cuando he ido a casa de U. para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a U. Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a U.; U. los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona … Sea U. feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la

gratitud de su más fiel y apasionado amigo, Sucre.

Bolívar recibió la carta de Sucre al acercarse a Cartagena. Su respuesta del 26 de mayo fue triste, pero más contenida: «La apreciable carta de Vd. sin fecha, en que Vd. se despide de mí, me ha llenado de ternura, y si a Vd. le costaba pena escribírmela, ¿qué diré yo? ¡Yo que no tan sólo me separo de mi amigo sino de mi patria! Dice Vd. bien, las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como éstas; perdone Vd., pues, las faltas de ellas y admita Vd. mis más sinceros votos por su prosperidad y por su dicha». [69] Sucre era el hombre más importante de Colombia después de Bolívar, y la misma gente que odiaba al Libertador le odiaba también a él y por las mismas razones. En Bolivia le habían rechazado por ser extranjero. En Perú por ser el comandante de un ejército colombiano. En Colombia por oponerse a la disolución de la unión y defender a los militares venezolanos. El congreso admirable no fue tan admirable para Sucre: aprobó una ley que establecía los cuarenta años como edad mínima para ejercer la presidencia del país, lo que le descartaba para el cargo durante los próximos cinco años. Partió para Quito convertido en un hombre marcado.

En Bogotá, Bolívar y Manuela tuvieron una apasionada despedida, y al empezar su viaje hacia el norte, aún entristecido por la separación, tan cruel para él como para ella, el Libertador le escribió: «Amor mío, te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú. Soy siempre tu más fiel amante. Bolívar». [70] Ella no siguió su consejo y continuó manifestándose activamente a favor suyo. Entre tanto, en Honda, mientras esperaba el barco que lo llevaría por el Magdalena, su mente se debatía entre la amargura y la resignación. Durante una visita a las minas de Santa Ana, le preguntó a Posada Gutiérrez: «¿Porqué piensa usted, mi querido coronel, que estoy yo aquí?». A lo que su amigo le respondió: «la fatalidad mi general». La replica de Bolívar fue inmediata: «“¡Qué fatalidad! ¡No!”, me replicó con vehemencia. “Yo estoy aquí porque no quise entregar la república al colegio de San Bartolomé”». [71] Y mientras descansaba en la quebrada de Padilla, un oasis de los llanos de Mariquita, con la cordillera a sus espaldas

y el murmullo distante del río Gualí al desembocar en el Magdalena, se sintió superado por el esplendor del paisaje y exclamó: «¡Qué grandeza, qué magnificencia! ¡Dios se ve, se siente, se palpa! ¿Cómo puede haber hombres que lo nieguen?». En las minas, escenario de los recientes trabajos de Robert Stephenson, los mineros y sus colegas ingleses se formaron para saludarle al grito de «¡Viva el Libertador!», un generoso tributo a un ídolo caído que lo conmovió profundamente. Después continuó su viaje al norte por el Magdalena, cuyas aguas le parecieron un recordatorio doloroso de sus primeros triunfos y, tras una escala en Turbaco, llegó a Cartagena hacia finales de junio. Nadie tenía certeza absoluta respecto adonde se proponía ir: ¿Jamaica, Europa, Inglaterra? Los planes cambiaban y abundaban los rumores.

Aunque Cartagena le acogió con generosidad, el Libertador recibiría allí un tremendo golpe. El 1 de julio, a las nueve de la noche, el general Montilla llegaría para informarle de que Sucre había sido asesinado a traición en las montañas de Berruecos. Bolívar, desesperado, se golpeó la frente con la mano: «Santo Dios. Se ha derramado la sangre de Abel». Pidió que le dejaran a solas con sus pensamientos. Deambulando por la casa y el patio, incapaz de hallar la caima, se sumió en una profunda depresión por Sucre y el destino de Colombia. [72] Luego se conocerían los detalles. Mientras viajaba a Quito para reunirse con su esposa, Sucre había pasado por Berruecos (un paso de montaña en el camino hacia Pasto, territorio de bandidos políticos y diversos grupos rebeldes), confiando en su suerte, sin escolta ni seguridad de ningún tipo; en ese lugar, el 4 de junio, los asesinos le dispararon y dejaron su cuerpo tirado en el barro. Tenía apenas treinta y cinco años. Las acusaciones y recriminaciones no se hicieron esperar, y pronto se atribuyó la responsabilidad de los hechos a las autoridades de Cauca. El autor intelectual del crimen parecía ser Obando, y los sicarios, Apolinar Morillo y José Erazo, el último de los cuales finalmente sería condenado y ejecutado por haber realizado el disparo fatal. [73] En el mundo de Bolívar, Sucre era su heredero espiritual y político, y su muerte, por tanto, representaba el fin de la revolución. El Libertador escribió a Mariana sobre la enorme pérdida que su desaparición suponía para ella, para Colombia y para América, e intentando transmitirle «la expresión más sensible y

menos explicable de mi profundo dolor por la muerte de un amigo, el más digno de mi eterna gratitud por su lealtad, su estimación y los servicios que le debíamos». [74] Su deseo era ahora ver a la Cartago de Colombia, la guarida de los monstruos de Cauca, destruida para vengar la muerte del «más inocente de los hombres», muerte que se describiría en Europa como «la mancha más negra y mas indeleble de la historia del Nuevo Mundo». [75]

En Cartagena, las noticias sobre la marcha del país continuaron obsesionándole, y el Libertador se debatía entre la esperanza y la desesperación. El 5 de septiembre, Rafael Urdaneta, su antiguo comandante y ministro, había liderado una revuelta contra el presidente Mosquera para promover el regreso de Bolívar al poder y defender la unión de Colombia. Consciente de la «barrera de bronce del derecho», Bolívar no podía aceptar el ofrecimiento, pero, aunque advirtió a Urdaneta lo mucho que su reputación se vería afectada si pasaba por encima de la ley electoral, jugueteó con la idea de ayudarle de algún modo. «Si me dan un ejército lo aceptaré y si me mandan a Venezuela iré» [76]. Pero en realidad no había esperanzas. «Aunque el partido mejor, el de la integridad nacional, es el más fuerte y está triunfante, tengo mis dudas sobre el restablecimiento final del orden» [77]. Por lo demás, no podía aceptar el poder de manos de unos rebeldes, y así se lo manifestó a Estanislao Vergara, su antiguo ministro: «Créame Vd., nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones, y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles … Todas mis razones se fundan en una: *no espero salud para la patria*». [78] Hacia finales de octubre, era evidente que Bolívar estaba convencido de que la «restauración de Colombia» era ya inalcanzable para cualquiera; «ahí está Venezuela, los asesinos en el Sur y los demagogos por todas partes», una colisión final le parecía inevitable, aunque sentía que el pueblo aún estaba de su parte. [79]

El hombre de los mil lugares se encontraba ahora aislado en un rincón de Colombia, privado de la calma y el descanso que buscaba. Mientras esperaba con impaciencia el dinero que necesitaba para financiar su exilio, el calor y la humedad de Cartagena se hicieron intolerables. Pero el dinero nunca llegó, ni de las minas de Aroa, que continuaban sin venderse, ni de sus tierras, que ya no producían beneficios. José Palacios y unos pocos amigos lo

trasladaron a Soledad en octubre de 1830, desde donde Wilson informa que lo vio «muy enfermo, muy destruido», apenas con fuerzas para caminar de un lado a otro de su habitación y con el ánimo apesadumbrado. A continuación, lo llevaron a Barranquilla. Convertido en «un esqueleto viviente», como él mismo se describe, difícilmente era capaz de dar más de unos cuantos pasos y le resultaba imposible subir la escalera. Le resultaba muy difícil retener la comida. Añoraba un vaso de jerez o de cerveza o comer sus vegetales favoritos, pero no había nada de ello en el mercado local y tampoco a quién pedírselos. Pese a la tos y a las dificultades para respirar, todavía podía dictar cartas, y las noticias se negaban a dejarle en paz. En una extensa carta a Urdaneta deplora el estado de su salud y la indefensión a la que se ha visto reducido. Bolívar, además, aconseja a su viejo compañero de armas ser cuidadoso en la lucha por el poder, pues en ésta sólo sobrevive «el más feroz o el más enérgico», y se pregunta si vale la pena desperdiciar la vida y la autoridad en una situación que considera irremediable. «La situación de América es tan singular y tan horrible que no es posible que ningún hombre se lisonjee conservar el poder largo tiempo ni en siquiera una ciudad» **[80]** .

Para entonces el Libertador prácticamente se había reconciliado con casi todo. Su causa preferida, la Unión, había llegado a su fin, y Bolívar ofreció su bendición al general Flores, ahora presidente del Estado independiente de Ecuador. Al igual que a Urdaneta, le escribió con franqueza, desde un realismo resignado. En América la opinión pública equivalía a la voluntad de las masas, y el poder era cuestión de la audacia de unos cuantos líderes. Sólo tenía una cosa que pedirle: que usara su fuerza para castigar a Pasto y vengar la muerte de Sucre, que a ojos de Bolívar había sido un hombre sin tacha. Un último consejo tenía que darle: tan pronto advirtiera que su declive estaba cerca, renunciara para retirarse con honor:

> V. sabe que yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1. La América es ingobernable para nosotros. 2. El que sirve una revolución ara en el mar. 3. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5. Devorados por

> todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América. [81]

Sabía que los bolivarianos sentían una gran preocupación. Hombres que le habían servido en los buenos y los malos tiempos, que habían siempre contado con su consejo y dependido de él para tomar decisiones, se enfrentaban ahora a un futuro sin guía, no muy seguros de qué había que hacer a continuación y desconfiando unos de otros, una vez el eslabón fundamental de la cadena de alianzas que los unía se había roto.

O'Leary

buscó su consejo, pero Bolívar tuvo que decirle que carecía por completo de poder y que no tenía ninguno que ofrecerle; no tenía esperanzas de que su salud mejorara y la tos era incesante. Lo único que podía sugerirle era que se mantuviera al lado de Urdaneta. [82]

Joaquín Mier, un español acaudalado, invitó a Bolívar a descansar en su casa de campo, a algo menos de cinco kilómetros de Santa Marta, y le ofreció una embarcación para realizar el trayecto por la costa, el bergantín *Manuel*. El Libertador llegó a Santa Marta la noche del 1 de diciembre y fue llevado a la orilla en una silla de manos. Un médico francés, Alexandre Prospere Révérend, y un cirujano de la marina estadounidense, George MacNight, le examinaron y, aunque los detalles de sus diagnósticos diferían, ambos coincidieron en que padecía una grave afección pulmonar; la medicina moderna le hubiera diagnosticado tuberculosis. [83] El 6 de diciembre, José Palacios, su viejo y fiel mayordomo, le llevó hasta el carruaje que se encargaría de transportarlo a San Pedro Alejandrino, la quinta de Mier. En este retiro final lo acompañaron Belford Hinton Wilson, su sobrino Femando y José Palacios; el general Montilla se convirtió en su vínculo con el mundo exterior y su médico francés continuó atendiéndole. Mientras el leal

O'Leary

estaba de servicio en otra parte, en las habitaciones cercanas, los oficiales del ejército se dedicaban a jugar a las cartas y a hacer ruido. El 8 de diciembre todavía seguía dictando cartas dirigidas a Urdaneta, buscando resolver las diferencias entre los bolivarianos.

[84] El día 10, su estado físico se había deteriorado considerablemente, tenía dolores de pecho y padecía somnolencia. No obstante, su mente seguía siendo lúcida y escuchó con atención al obispo José María Esteves, que le explicó su condición terminal y le habló sobre su alma inmortal. Tenía qué decidir cuál sería su siguiente movimiento: ¿un gran salto al vacío o el último paso del camino del buen cristiano? En ese momento, al parecer lo asaltaron las dudas: ¿estaba tan enfermo?, preguntó. «¡Cómo saldré yo de este laberinto!».

Bolívar murió en la fe católica, apoyado por el obispo Esteves y un sacerdote de una aldea indígena cercana. Se confesó y recibió los últimos sacramentos, contestando con claridad y firmeza a los responsos. Se ha especulado sobre cuál era en realidad el estado de su mente al llegar a este punto, y la actitud de muchos es escéptica. Si pareció vacilar, fue probablemente debido a un deseo de detener el tiempo, el temor ante la inminencia del *viaticum*, la última comunión. Lo que dijo en su confesión no lo sabemos. Pero los ritos de la extremaunción y de la comunión suponen un compromiso y es justo concluir que su intención era sincera. Después confirmó su testamento, que emplea las fórmulas usuales en la época, lo que no obstante no lo hace menos creíble. En él afirmó que creía en la Santísima Trinidad, en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas, un solo Dios verdadero, y en todos los demás misterios de la Iglesia católica, apostólica y romana, «bajo cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir hasta la muerte como católico fiel y cristiano». [85] Declaró que sus únicas posesiones eran las minas de Aroa y algunas alhajas. Dejó ocho mil pesos a José Palacios, «en remuneración a sus constantes servicios». Y legó todos sus demás bienes, derechos y acciones a sus herederos, sus hermanas, María Antonia y Juana, y a los hijos de su difunto hermano Juan Vicente. Dio instrucciones a sus albaceas de que devolvieran la espada que Sucre le había regalado a su viuda, «como una prueba del amor que siempre he profesado al expresado gran mariscal», y que hicieran llegar su gratitud al general Robert Wilson «por el buen comportamiento de su hijo el coronel Belford Wilson, que tan fielmente me ha acompañado hasta los últimos momentos de mi vida». Manifestó su deseo de ser enterrado en Caracas, su ciudad natal.

Y al acercarse el final del día, se despidió del pueblo de Colombia en una proclama fechada el 10 de diciembre de 1830:

> Colombianos:
>
> Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.
>
> Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía, los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.
>
> ¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro. **[86]**

Su muerte no tardaría. Pasó sus últimos días sin lograr descansar, incapaz de hallar sosiego, yendo una y otra vez de la cama a la hamaca y viceversa mientras se esforzaba por respirar. «¡Vámonos! ¡Vámonos!», decía cómo si estuviera en un sueño. «Esta gente no nos quiere en esta tierra. ¡Vamos muchachos! Lleven mi equipaje a bordo de la fragata» **[87]** . Llegada la hora, el doctor avisó a quienes le acompañaban y éstos se reunieron alrededor de su cama. Bolívar murió a la edad de cuarenta y siete años, poco después de la una de la tarde del 17 de diciembre de 1830, «sus últimos momentos, los rescoldos finales de un volcán agonizante, el polvo de los Andes aún sobre su vestido». **[88]**

Manuela recibió la fatal noticia gracias a Perú de Lacroix, a quien ella había enviado desde Bogotá para que la mantuviera informada. Sobrevivió a su amante veintiséis años, ninguno de ellos muy feliz, convertida en la víctima errante del rencor y la hostilidad de sus enemigos (y hasta cierto punto de su propio temperamento).

Al final se estableció en Paita, un pequeño puerto al norte de Perú. En la década de 1840 le entregó a
O'Leary
una caja con las cartas que Bolívar le había enviado y, en 1850, respondió con presteza a sus indagaciones sobre los acontecimientos del 25 de septiembre de 1828. Murió en 1856.

El cuerpo de Bolívar fue embalsamado, y el cadáver se trasladó a la casa de la Aduana de Santa Marta, donde la multitud se congregó para verle. El funeral, que tuvo lugar el 20 de diciembre, atrajo a todavía más gente a las calles de Santa Marta por las que pasó el cortejo fúnebre de camino a la catedral, con los caballos de Bolívar vestidos de negro a la cabeza. Las campanas doblaron y se tocaron marchas solemnes, y una misa de réquiem encomendó al Libertador a la eternidad. La catedral acogió su tumba. La noticia de su muerte se propagó con lentitud y se recibió sin mucho ruido. Un obituario en *The Times* de Londres decía: «Incluso para el arquitecto político más experto habría sido probablemente imposible construir un edificio de orden social y de libertad permanentes con los materiales que Bolívar tenía a su disposición, pero no importa qué fuera lo que pudiera hacerse, él lo consiguió, y todo lo bueno que existe en los actuales sistemas de Colombia y Perú quizá se deba a su conocimiento y capacidad superiores». **[89]** Los venezolanos estaban divididos en sus sentimientos hacia el Libertador y en esa fecha pocos en el país habrían descrito sus cualidades como superiores. Pasarían doce años antes de que su cuerpo regresara a Caracas, doce años de desilusión con los políticos posbolivarianos, un período en el que los venezolanos empezaron a comprender que había alternativas peores que Bolívar. El Libertador fue enterrado en la catedral de Caracas en diciembre de 1842, y en el Panteón Nacional en octubre de 1876.

Capítulo 12.

EL LEGADO

EL HOMBRE Y EL MITO

La historia de Bolívar, desde su primera protesta a su última batalla, no constituye una línea recta e indivisible. Su vida se desarrolló en tres etapas: la revolución, la independencia y la construcción del Estado. En la primera, que va de 1810 a 1818, el joven venezolano ilustrado era un líder revolucionario que peleaba y legislaba por su tierra natal y su vecina, Nueva Granada. En la segunda, de 1819 a 1826, se convirtió en el libertador universal que miraba más allá de las fronteras nacionales y llevó la revolución al límite. En la tercera, de 1827 a 1830, fue un estadista que luchaba por dar a los americanos las instituciones, las reformas y la seguridad que necesitaban, y que les dejó un legado de liberación nacional, que, pese a que él mismo advertía imperfecto, el resto del mundo supo reconocer como un logro de enormes proporciones.

Aunque a lo largo de estos diferentes períodos es posible advertir una continuidad extraordinaria en su ideario político, desde el Manifiesto de Cartagena de 1812 hasta su discurso ante el congreso admirable de 1830, cada uno de ellos posee un carácter propio y, en cada momento, Bolívar hubo de enfrentarse a distintos retos y responder con medidas específicas, reuniendo experiencia y adaptándose a los tiempos, antes de avanzar hacia nuevos proyectos y desafíos. El revolucionario que libró la «campaña admirable» y terminó atascado en los conflictos con los caudillos y la confusión de su propia estrategia tenía que aprender que no estaba en condiciones de derrotar a los españoles en la costa norte de

Venezuela y que, por tanto, necesitaba abrir un nuevo frente en el interior. El libertador que consiguió la independencia de Colombia tenía que garantizarla llevando la revolución hasta el corazón de los realistas en Perú, lo que le impulsó a forzar en exceso su sistema de control militar y a poner en riesgo su posición política en su propio país. El estadista que se esforzaba por apuntalar las defensas de la revolución se vio finalmente enfrentado a la tarea de construir un Estado en una sociedad profundamente dividida por cuestiones regionales, raciales e ideológicas, consciente además de que su propia presencia era una fuente de división adicional. ¿Fue un hombre de estrategias inmutables? ¿Alguien que desafiaba el tiempo y el espacio? ¿O fue, en cambio, alguien capaz de renovar sus políticas en cada momento y que supo sumar nuevas armas a su arsenal y desplegarlas para avanzar posiciones y promover su proyecto? Bolívar siempre fue un político pragmático, dispuesto a transigir en la búsqueda de sus objetivos, y que prefería alcanzar acuerdos fructíferos antes que atenerse a las constricciones del dogma; en este sentido era un defensor, no del mejor sistema de gobierno, sino del que fuera más asequible. [1]

Bolívar ha inspirado múltiples interpretaciones por parte de historiadores, escritores y polemistas desde sus días hasta la actualidad, y muchos han buscado en su carrera un modelo de conducta política. No hay una teoría que sola pueda dar cuenta de la complejidad de su vida. Los historiadores corren el riesgo de distorsionarla al intentar encerrarla en un esquema conceptual y buscar modelos que le permitan recrear su pasado. Pretender hacer psicobiografía supondría devaluar la historia de su vida al forzarla a encajar en una estructura determinada con antelación. Lo mejor en este sentido es interpretar la vida del Libertador una vez se la conoce, en lugar de buscar claves antes de que éstas se hayan manifestado. Como Bolívar mismo aconsejaba: «Para juzgar de las revoluciones y de sus actores, es menester observarlos muy de cerca y juzgarlos muy de lejos». [2] La historia de Bolívar ha de contarse como un relato lineal, con pausas para el análisis y la interpretación y un ejercicio de valoración al final.

Al estudiar su vida, el historiador no puede ignorar sus fallos. En su vida personal éstos fueron bastante comunes, en sus relaciones con la gente, con sus colegas, con las mujeres, pero no exigen un

comentario o censura particulares. Su estado de ánimo oscilaba según sus preocupaciones, y de sentirse lleno de vida podía pasar a mostrarse taciturno. Si tenía arrebatos de mal humor, sus raptos de cólera eran breves y difícilmente sorprendentes en un líder obligado a tomar decisiones políticas y militares en situaciones de emergencia y luchar contra la inercia o la resistencia de colegas de inferior categoría.[3] En sus ratos de esparcimiento tendía a contar chismes sobre camaradas ausentes y a demostrar su ingenio a sus expensas con frases chispeantes e incisivas, una conducta que no es para nada inusual entre los involucrados en una empresa común. En general, sin embargo, era instintivamente generoso, y su preocupación por las viudas y los huérfanos de la guerra, así como por otros, le llevó a realizar desembolsos de sus propios ingresos.

Su vida pública es una cuestión diferente y su historial de decisiones políticas y militares no es impecable. Una vez la revolución empezó, Bolívar se reveló impaciente con sus rivales e intolerante con la opinión de otras personas, lo que acaso sea una característica inevitable de las posiciones de liderazgo o una condición para el éxito, pero que en su caso tuvo efectos fatales. La traición y entrega de Miranda a sus enemigos fue un acto indigno, algo que no se merecía un precursor de la revolución que, incluso, había hecho hasta el momento mucho más que el mismo Bolívar por poner a la América española en el mapa internacional. Su odio hacia él era profundo, no un resentimiento pasajero, y enterarse del destino de Miranda no lo aplacó; durante años siguió acusándolo de cobardía, decidido a impedir que cualquiera a su alrededor olvidara su actuación. Su venganza contra la memoria del Precursor responde aparentemente a una sombría necesidad interior de anular el historial de su rival. Prefirió ignorar la posibilidad de que los motivos de Miranda no fueran tan diferentes de los suyos (vivir para luchar otro día) y pareció considerar su decisión de capitular como una acción que le robaba la oportunidad de convertir una derrota en un triunfo personal y una victoria decisiva.

En el siglo XIX, la opinión liberal condenó con prontitud la guerra a muerte sin tener en cuenta que lo que se estaba librando en las colonias era un combate contra un poder despiadado. Lo que más indignación produjo no fue tanto la política en sí como su aplicación a no combatientes. La práctica quedó fuera de control en

1817, cuando las misiones capuchinas del sur de Venezuela se vieron involucradas sin quererlo en la lucha entre las fuerzas realistas y republicanas, y se acusó a los clérigos de haber participado en la defensa de la Guayana española. Veinte de los sacerdotes capturados fueron ejecutados con machetes y lanzas y después se quemaron sus cuerpos. Ahora bien, aunque Bolívar no se vio personalmente envuelto en los hechos, era el comandante general y no publicó ninguna proclama sobre la atrocidad. Los dos oficiales republicanos directamente responsables de la masacre nunca fueron castigados, y uno llegó a ascender hasta alcanzar un alto rango en el ejército libertador. Bolívar no era alguien al que pudiera moverse con facilidad a la piedad. Era un jefe militar que aceptaba las bajas como un hecho inevitable de la confrontación bélica, bien se tratara de sus propios soldados en Bomboná y el pantano de Vargas, de los combatientes de las filas enemigas en Taguanes y Carabobo o de las víctimas indefensas de las atrocidades de uno y otro bando. Estaba convencido de que su postura era moral. Si España se retiraba de América y los generales españoles se mostraban humanos en el campo de batalla, todo terminaría: La guerra de liberación era una guerra justa. Sobre eso no albergaba ninguna duda.

En el curso de la revolución, Bolívar había tenido que asociarse con muchos personajes burdos, pero, por lo general, eran las infracciones militares o políticas de éstos las que le enfurecían, no su conducta personal. Así, el salvaje Córdova fue su protegido hasta que se rebeló en su contra en 1829. «Cayó y expiró peleando como un león, implacable, orgulloso, impenitente», escribió O’Leary, que quizá no tuviera la conciencia tranquila en lo que respecta a la muerte de su antiguo compañero de armas.[4] Sobre las personas, el buen juicio de Bolívar no era infalible. De otro modo, ¿cómo había podido describir a José María Pando como uno de los mejores hombres de Perú, «un hombre incapaz de adular, recto hasta ser inexorable, instruido y firme más que nada»? Eso era en 1826. Cuatro años y un acto de lealtad más tarde, el político se había convertido en «un canalla que no ocultaría nada por favorecerme».[5] Y ¿cómo explicar el apego que toda la vida sintió por Simón Rodríguez, cuyo comportamiento en Bolivia no fue precisamente un

modelo de Ilustración bolivariana y cuyos secretos talentos el sufrido Sucre nunca pudo descubrir? Con todo, normalmente, su apreciación de la gente era sensata y le fue de mucha utilidad a lo largo de su vida. Su elección de Sucre como primero de sus generales y posible sucesor fue una decisión inspirada que dice mucho, tanto de los valores de Bolívar como de las cualidades de Sucre. Su elección más emocional, nos revela otro aspecto de su personalidad: su relación con Manuela Sáenz, que fue a la vez su amiga, su consejera y su amante. Espíritu libre e independiente como el Libertador, ella fue más un modelo para una época por venir que para la suya propia; su relación con Bolívar ejemplifica un amor no explotador y sugiere que su opinión sobre las mujeres no se adecuaba completamente a las convenciones de su tiempo. También existe la posibilidad de que su caso haya sido excepcional y que el Libertador tuviera en realidad una concepción más tradicional de la mujer, cuya reputación era algo de lo que había que preocuparse. Bolívar, por ejemplo, quería que su sobrina se casara con un hombre honorable y patriota, «porque la familia es un tesoro en que todos los de ella tienen interés», y en alguna ocasión le comentó a su hermana Antonia que las mujeres no debían de involucrarse en política. [6]

El gran objetivo y la esperanza última de Bolívar, esto es, la unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito en una Gran Colombia gobernada por la constitución que él mismo había redactado, era ya una búsqueda ilusoria en su momento y los historiadores no han dejado de criticar su insistencia en una causa perdida como un error de juicio. En 1847, Andrés Bello escribió una valoración positiva pero desapasionada en la que llama la atención sobre el carácter efímero de Colombia y los defectos de la constitución boliviana y concluye que las políticas derivadas de sus grandes ideales no habrían podido mantenerse. [7] Pero Colombia era más hija de la necesidad que de los ideales. Bolívar advirtió que la liberación de Venezuela y de Nueva Granada no podían lograrse de manera separada, dada la capacidad de España para aprovechar la línea divisoria y defender cada territorio como un único campo de batalla, y que por tanto era necesario contar con una estrategia más ambiciosa y mayores recursos. Esto implicaba un frente unificado. Luego había que proteger a una Colombia unida de una

contrarrevolución en el sur, por lo que era indispensable vencer en Ecuador y sumarlo a la unión. Ante la amenaza que suponía el Perú realista, Colombia tenía que permanecer unida, juntar sus recursos y reforzar sus defensas. La creación original, por tanto, se fundaba en una estrategia militar que luego se prolongó como cuestión de identidad nacional y credibilidad internacional, antes de sucumbir a una realidad que el mismo Bolívar reconocía.

Las grandes decisiones de Bolívar y las cimas que alcanzó en su carrera al mando eclipsan los fallos particulares de su juicio. No era el único que señalaba con un dedo acusador a España. La conciencia de la situación de las colonias americanas, de sus quejas reprimidas y de su creciente sentido de identidad, era algo que compartían la mayoría de sus compatriotas y que tenía expresión en muchos lugares del continente. Pero respecto a los contemporáneos con ideas similares, Bolívar empezó con ventaja, no simplemente por su estatus aristocrático, su riqueza, independencia y experiencia europea, sino por su comprensión de la coyuntura internacional. La revolución hispanoamericana no estuvo motivada por la situación de Europa en 1808, pero sí se benefició de ella: una España débil, una Francia agresiva y una Gran Bretaña vigilante. Bolívar supo advertir la debilidad de España como potencia imperial, el riesgo que corría de ser invadida por Francia y la importancia de Gran Bretaña como aliado en un momento de necesidad. Este estado de cosas era un comienzo, el primer incentivo para la acción. Posteriormente España perdió su dominio imperial y en compensación se dirigió a Francia y la Santa Alianza. Bolívar valoró que Gran Bretaña, sin necesidad de grandes gestos diplomáticos, proporcionaba a Hispanoamérica la protección básica que ésta necesitaba: la marina británica, en pos de los intereses británicos, impediría cualquier agresión europea en las Américas de forma mucho más eficaz que la doctrina Monroe. El buen juicio de Bolívar se manifestó en primera instancia en haber sabido elegir el momento, cuando el declive de España había llegado a su punto más bajo y la América española había ganado un escudo. Su dominio quedó demostrado luego en su desempeño militar, evidente en sus magníficas decisiones estratégicas y sus respuestas tácticas, pero también en su lugar a la cabeza de sus ejércitos y su determinación de estar siempre disponible, dirigiendo a sus

hombres desde el frente.

IDEAS E IDEALES

¿Qué es lo que hacía grande a Bolívar? En primer lugar, su causa. No simplemente su hostilidad hacia España. El Imperio español no era un imperio del mal. Como señaló Andrés Bello, el régimen colonial español no era por completo tiránico; al igual que otros regímenes coloniales, era una mezcla de severidad, moderación e ineficiencia.[8] Pero las colonias no permanecen inmóviles, ya que tienen dentro de sí las semillas de su propia destrucción; las exigencias de cargos públicos, igualdad de oportunidades y economías más libres, fueron todas ellas signos del desarrollo creciente de una conciencia y un sentido de identidad nacional en las poblaciones coloniales. Bolívar supo reconocer que había llegado el momento de manifestar estas exigencias como expresión del deseo de independencia absoluta. La liberación era su meta, y la liberación en sí es una gran causa; pretendía liberar a la América española de la ocupación colonial y a sus pueblos de las leyes extranjeras. Libertad e igualdad, éstos fueron sus temas cruciales, y los convirtió en los fundamentos de su revolución. De este modo, se puso por delante de aquellos criollos que se habrían conformado con la autonomía dentro de la monarquía española y cuyo compromiso con la igualdad siempre fue dudoso. Bolívar marcó el rumbo con la mente tanto como con la voluntad. Fue él, el intelectual, el teórico político, quien dio a la independencia hispanoamericana sus cimientos intelectuales en unas obras cuyo estilo y elocuencia siguen resonando hasta nuestros días.

La libertad, sostuvo, es el «único objeto digno del sacrificio de la vida de los hombres», no simplemente la libertad del absolutismo, sino la libertad del poder colonial.[9] De Montesquieu había heredado el odio al despotismo y la creencia en un gobierno constitucional moderado, en la separación de los poderes y en el Estado de derecho. Pero la libertad en sí misma no era la clave de su sistema político. Bolívar desconfiaba de los conceptos teóricos de libertad, y el odio que sentía hacia la tiranía en ningún momento lo condujo a una glorificación de la anarquía. «Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada»,

afirmó, y estaba convencido de que la libertad absoluta invariablemente degeneraba en poder absoluto. Su búsqueda de la libertad fue por tanto la búsqueda de un medio entre los extremos de la anarquía y la tiranía, entre los derechos del individuo y las necesidades de la sociedad. Esto era algo que, pensaba, se conseguiría garantizar básicamente mediante la administración de justicia y el Estado de derecho, de manera que el justo y el débil puedan vivir sin miedo, y el mérito y la virtud puedan recibir su justa recompensa.[10] Bolívar creía, con Rousseau, que sólo la ley puede ser soberana y que ésta emana no de una autoridad divina o despótica, sino de la voluntad humana y la soberanía del pueblo.

La igualdad también era un derecho y un objetivo en el proyecto bolivariano. En primer lugar, la igualdad de los americanos con los españoles, de Venezuela y Colombia con España. Esta igualdad era absoluta y fue la base de su defensa de la independencia. En segundo lugar, la igualdad entre los americanos. Los teóricos de la política europeos escribían para comunidades que, socialmente, eran relativamente homogéneas y se dirigían a clases bien caracterizadas, como la pequeña burguesía a la que apelaba Rousseau. Bolívar no tenía semejante ventaja. Desde un comienzo tuvo que lidiar con un material humano mucho más complejo y legislar para una sociedad con una conformación racial especial. Los americanos, nunca se cansó de repetirlo, no eran ni europeos ni indígenas, sino una mezcla de españoles, africanos e indios. «Todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reto de la mayor trascendencia»[11]. El reto en cuestión era corregir la disparidad impuesta por la naturaleza y la herencia haciendo a los hombres iguales ante la ley y la constitución. «Los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad», anotó, pero era evidente que no eran iguales también en talento, virtud, inteligencia y fuerza. Esta desigualdad física, moral e intelectual había de ser corregida mediante las leyes, de modo que cada individuo pudiera disfrutar de igualdad política y social. La educación y otras oportunidades cumplían con este fin al permitir a los individuos alcanzar la igualdad que la naturaleza les negaba. Bolívar era de la opinión de que «el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela». Y negó explícitamente que

esto se inspirara en Francia o Norteamérica, donde, según pensaba, la igualdad no era un dogma político, una opinión discutible, que probablemente haya sido influida por su decisión de hallar soluciones americanas para los problemas americanos. La lógica de sus propios principios le llevó a concluir que cuanto mayor era la desigualdad social, mayor era la necesidad de igualdad legal. Entre las medidas prácticas que concibió para solucionar este problema estaba la extensión de la educación pública a todo el pueblo y la aplicación de reformas particulares para beneficiar a los sectores especialmente desfavorecidos, como los esclavos o quienes no poseían tierras.

La libertad y la igualdad, tales eran los objetivos esenciales. Sin embargo, la cuestión era cómo alcanzarlos sin sacrificar la seguridad, la propiedad y la estabilidad, esos otros derechos mediante los cuales la sociedad protege las personas y las posesiones de sus ciudadanos. En principio, Bolívar era un demócrata y creía que el gobierno debía responder ante el pueblo. En diciembre de 1826, cuando avanzaba hacia Venezuela para confrontar la rebelión de Páez, advirtió al pueblo venezolano sobre el peligro que representaban los caudillos y sus partidos: «Nadie, sino la mayoría es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo, y su potestad, usurpación». [12] Pero Bolívar no era idealista hasta el punto de creer que América estaba preparada para una democracia pura o que la ley podía anular de forma instantánea las desigualdades producto de la naturaleza y la sociedad. En su opinión, hasta que los pueblos de Hispanoamérica no adquirieran las virtudes políticas de sus hermanos norteamericanos, los sistemas de gobierno popular, lejos de ser una ayuda, podían ser su ruina. Ése era uno de sus mayores temores. Bolívar no confiaba en el pueblo como masa, la herencia del sistema colonial, y, para conseguir que estuviera preparado para la libertad, era necesario reeducarlo bajo la tutela de un poder ejecutivo fuerte. Entre tanto: «La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos adonde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas». [13] Bolívar dedicó toda su carrera política a desarrollar sus principios y aplicarlos a las condiciones de Hispanoamérica en su propia versión de la era de la revolución. «Su idea era que no había que esperar demasiado de un pueblo que, por desgracia, todavía era poco más

que una nación de esclavos y que, por tanto, no había que darle más poder del que estuviera en condiciones de manejar, y era necesario implementar controles apropiados para aquellos que detentaran tal poder»[14]. Hasta que el pueblo americano no se hubiera educado para formar una sociedad política, su solución residía no en el sistema federal, al que se opuso constantemente, ni en la monarquía, que se le acusó de buscar, sino en su constitución boliviana, aunque incluso sobre ella tenía más reservas de lo que con frecuencia se ha señalado.

La revolución bolivariana fue diferente de los movimientos revolucionarios de Europa o del mundo atlántico, ya que éstos fueron un reflejo de unas circunstancias y unas exigencias particulares que sólo de forma limitada podían aplicarse a los problemas políticos, sociales y económicos de Hispanoamérica. Bolívar conocía muy bien la Ilustración europea así como el liberalismo que le siguió, pero estos movimientos estaban demasiado ensimismados en sus propias circunstancias para servir a los pueblos coloniales. Los intereses económicos de la Europa industrial eran los de una metrópoli, lo que suponía algunas oportunidades a los productores de materias primas, pero también desventajas, y si la industrialización fue un medio de cambio social en Europa occidental, ésta no desempeñó el mismo papel en la Hispanoamérica de principios del siglo XIX, cuya principal preocupación era fortalecer el sector de las exportaciones tradicionales (y con él a la oligarquía terrateniente) con el fin de importar productos manufacturados por otros. Por estas razones, Bolívar, que en muchos aspectos sentía una profunda afinidad con la era de la revolución, no podía imitar a sus líderes intelectuales y políticos aunque hubiera querido hacerlo. Si bien la Ilustración confirmó su compromiso con la razón e inspiró su lucha por la libertad y la igualdad, Bolívar tuvo que emplear sus propios recursos intelectuales para imaginar una teoría de la emancipación colonial y, después, para hallar los límites adecuados a las ideas de libertad e igualdad, un proceso en el que podemos advertir el rastro de las ideas de absolutismo ilustrado y revolución democrática. Los sistemas democráticos de Europa y Norteamérica le merecían mucho respeto, pero él insistía en escribir sus propias constituciones, diseñadas específicamente para adaptarse a las

condiciones de Hispanoamérica, no a modelos foráneos. Estas condiciones constituían un grave problema para Bolívar, en especial en el período posrevolucionario, cuando las divisiones sociales y raciales, la falta de consenso y la ausencia de tradiciones políticas se convirtieron en una difícil prueba para las constituciones liberales y llevaron a las nuevas repúblicas al borde de la anarquía. Es aquí donde reconocemos al Bolívar realista, al hombre que con sus ideales democráticos templados por su experiencia con las protestas populares, los conflictos raciales y el partidismo de las élites declaró que Hispanoamérica era ingobernable.

El modelo de gobierno bolivariano, diseñado alrededor de la presidencia vitalicia, resultaba atractivo para los militares, pero más allá de ellos le granjeó pocos amigos: excluía a demasiados grupos de interés de la vida política y de las decisiones, y eso le impidió conseguir la aceptación amplia que habría sido necesaria. Las élites civiles preferían constituciones más liberales, incluso cuando éstas y sus autores compartían el mismo sesgo en favor de la autoridad y el centralismo que caracterizaba tanto a los republicanos como a la administración colonial. La mayoría de las constituciones venezolanas otorgaron al presidente poderes extraordinarios para intervenir en tiempos de crisis o rebelión, y muchas definían la nación política en los términos más restringidos, al establecer la propiedad y el nivel de formación como requisitos para la obtención de cargos públicos e incluso para tener derecho al voto. Al comparar sus principios constitucionales con los de sus enemigos liberales, Bolívar no tiene nada de qué avergonzarse. Algunos historiadores han insinuado que el Libertador abandonó la búsqueda de la libertad, o al menos la pospuso, para favorecer el orden y la seguridad. Pero las pruebas documentales demuestran que sus principios de 1828-1830 no eran esencialmente diferentes de los que había estado desarrollando desde 1812 en adelante, cuando a su énfasis en la libertad siempre le acompañaba la búsqueda de un gobierno fuerte.

La revolución americana, tal y como la concebía Bolívar, era algo más que una lucha por la independencia. Para él era también un movimiento social, que mejoraría a la sociedad además de liberarla y que respondería a las exigencias radicales y liberales de la época. Desde su punto de vista, el gobierno libre tenía que ser un

gobierno activo, no sólo un dispensador de privilegios y patrocinios, sino uno que trabajara realmente por ofrecer a los americanos una vida mejor. Para imponer las reformas que se necesitaban, los nuevos Estados requerían de un gobierno fuerte, una síntesis que los liberales de la época encontraron incomprensible pero que generaciones posteriores de latinoamericanos entenderían mejor. Muchos de ellos terminarían pensando que un gobierno presidencial poderoso y un partido único era una forma constitucional adecuada o al menos estable para las nuevas naciones aún en proceso de formación. El absolutismo bolivariano, por tanto, no era un fin en sí mismo. La inclinación por el gobierno fuerte, considerado esencial para favorecer la reforma y el orden, así como para proporcionar el marco necesario para el desarrollo poscolonial, era, más que un fallo de la política bolivariana, una cualidad, y en este sentido da a Bolívar una modernidad que supera los confines de la era de la revolución.

Realismo revolucionario

Bolívar no fomentó una revolución social y nunca afirmó haberlo hecho. La distribución de la tierra, la igualdad social, la abolición de la esclavitud, los decretos a favor de los indígenas, todas éstas fueron medidas de carácter reformista, no revolucionario. Bolívar era demasiado realista para creer que estaba en sus manos modificar la estructura social de América mediante leyes o imponiendo políticas que hubieran resultado inaceptables para los principales grupos de poder. En la era de la revolución democrática, ningún otro régimen del mundo Atlántico había conseguido llevar a cabo una revolución social. La única excepción era Haití, pero para Bolívar, como para muchos norteamericanos, Haití constituía una advertencia, no un modelo a imitar, una lección clara de las consecuencias de desmantelar de forma imprudente instituciones sólidas y desatar a los esclavos en un paraíso de tontos.[15] En lo que respecta a la esclavitud, la revolución hispanoamericana fue ambigua: estaba preparada para abolir la trata de esclavos, pero se mostró renuente a liberarlos; se temía el modo en que éstos se ajustarían a las normas de ley y orden criollas, así como la posibilidad de que sus amos quedaran desprovistos de

mano de obra que emplear en sus minas y plantaciones. Ésta no era la posición de Bolívar. El Libertador, que tenía un sentido moral mucho más firme que Thomas Jefferson, pensaba que era «una locura que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud».[16] Él mismo liberó a sus propios esclavos, en un primer momento para que sirvieran en el ejército de liberación, pues le parecía correcto que los esclavos estuvieran también preparados para morir por la libertad, y luego de forma incondicional, en defensa de la libertad como derecho absoluto. Después intentaría incluir la abolición en la ley, pero, en la práctica, sus esfuerzos en este aspecto fueron infructuosos, tanto en Colombia como en Bolivia, pues las oligarquías terratenientes de ambos países estaban suficientemente arraigadas en la vida económica y social para dejarse coaccionar por una simple ley. Bolívar nunca tuvo el poder suficiente para hacer lo que quisiera. Por la misma época en que sus enemigos liberales le acusaban de ser un «tirano», los límites de su poder no podían ser más obvios, como lo demuestra el hecho de que las oligarquías, a las que estos enemigos pertenecían, pudieron rechazar sus políticas sociales de corte liberal. En la práctica, la cronología de la abolición la determinó tanto el número de esclavos que había en el país como su importancia para la economía doméstica y, en algunos casos, las discusiones sobre las compensaciones. Los cuarenta mil esclavos que había en Venezuela no alcanzaron la libertad hasta 1854, cuando los terratenientes advirtieron que éstos eran trabajadores costosos y poco eficientes y que era posible obtener una mano de obra más barata «liberándolos» y convirtiéndolos en peones, atados a sus haciendas gracias a las leyes contra la vagancia o el régimen agrario coercitivo. En Colombia y Perú, la abolición también se postergó hasta la década de 1850.

En cuestiones de raza, los sentimientos liberales cedieron paso a los cálculos racionales. Lo opuesto ocurrió en el caso de la política indígena. Básicamente, los indios fueron los perdedores de la independencia. En un sentido formal, consagrado en la legislación bolivariana, se los emancipó, pasaron a ser ciudadanos libres que no tenían que pagar tributo ni estaban obligados a realizar trabajos forzados. Sin embargo, en Perú, Ecuador y Bolivia los indios no celebraron de forma automática la abolición del tributo a cambio de

tener que pagar los mismos impuestos que los demás ciudadanos, pues consideraban que el tributo era una prueba legal de que la tierra era suya, ya que era a partir de sus excedentes que pagaban sus cuotas. Y precisamente eran sus tierras lo que ahora estaba en peligro. Los liberales de la postindependencia pensaban que los indígenas eran un obstáculo para el desarrollo nacional y creían que era necesario acabar con la autonomía que habían heredado del régimen colonial para conseguir integrarlos en la nación. En Colombia y Perú, los nuevos legisladores se esforzaron por destruir instituciones como los resguardos con el objetivo de liberar las tierras indígenas y lograr que éstos se incorporaran a la mano de obra. La política implicaba dividir las tierras comunales entre propietarios individuales, en teoría entre los indios mismos, pero, en la práctica, se dividieron entre sus vecinos más poderosos. En Cuzco, Bolívar actuó de acuerdo con estas ideas al ordenar que las tierras comunitarias se distribuyeran y que se diera a cada indígena, «de cualquiera sexo o edad que sea», un *topo* de tierra en los mejores lugares. [17] Pero en la estructura agraria andina no había lugar para la benevolencia y éste era un hecho que la promulgación de leyes no iba a modificar por sí sola. Los indios, es cierto, tenían sus propios mecanismos de supervivencia y no se los podía hacer desaparecer. Pero sus tierras comunitarias quedaron desprotegidas, y, finalmente, terminaron siendo víctimas de la concentración de tierras y de la economía orientada a las exportaciones.

La revolución no consiguió llegar a los indígenas y a los esclavos, y tampoco cumplió con las expectativas de los grupos mestizos. Desde mediados del siglo XVIII las esperanzas de progreso social de los pardos dependían de la metrópoli. Fue la política española la que introdujo un primer grado de movilidad social, pese a las protestas y a la resistencia de los criollos. Y ahora eran los criollos quienes estaban en el poder, las mismas familias que se habían manifestado en contra de que la universidad, la Iglesia, la burocracia y el ejército abrieran sus puertas a los pardos. Para la masa de los pardos la independencia fue, a lo sumo, una regresión. La movilización política terminó cuando la guerra llegó a su fin, y sus aspiraciones de movilidad social se vieron frustradas por los prejuicios plutocráticos y por su propia pobreza. Con todo, sus exigencias en materia de educación, cargos públicos y derechos

políticos no podían ignorarse, pues, aunque sólo fuera por su gran número, resultaban indispensables para los blancos en las guerras de independencia. En el ejército, pudieron aspirar a ser ascendidos hasta el rango de oficiales medios. Y, finalmente, obtuvieron la igualdad jurídica: las nuevas constituciones republicanas abolieron todos los signos exteriores de discriminación racial y declararon a todas las personas iguales ante la ley. Pero la igualdad terminó ahí, ya que muchas formas de movilidad social continuaron estando vedadas a los pardos. En Venezuela los requisitos para el ingreso a la universidad siguieron siendo restrictivos: hasta 1822 siguió exigiéndose un certificado de limpieza de sangre, y, después de esa fecha, las pruebas de legitimidad, unas matrículas relativamente altas y la discriminación de facto se unieron para colocar la educación superior más allá del alcance de la mayoría del pueblo. **[18]**

Los sectores populares en general fueron los parias de la revolución. En las zonas rurales se vieron sometidos a unas presiones enormes debido a la concentración de la tierra, la legislación liberal en favor de la propiedad privada y las medidas que renovaron la persecución de los vagos. En las ciudades no hay duda de que los sectores de servicios y de comercio al por menor se ampliaron con la expansión del comercio internacional. Pero la industria local se vio afectada o fue incapaz de desarrollarse: en Venezuela y Colombia se redujo excepto en los mercados regionales; en los países andinos sobrevivió sólo gracias al consumo doméstico. Los artesanos continuaron siendo un grupo subempleado o desempleado; junto a los pobres de las zonas rurales, se los consideraba fuera de la nación política. El compromiso de Bolívar con la igualdad racial era absoluto; sus escritos políticos, decretos y constituciones afirmaban con claridad que blancos, mestizos, negros, pardos e indígenas eran iguales ante la ley, y en la práctica nombró y ascendió a funcionarios y militares independientemente de su origen racial. Sin embargo, no podía cambiar la estructura de la sociedad y era muy consciente de que los márgenes de la vida económica y social estaban poblados por masas de negros y pardos pobres, resentidos por la discriminación que padecían en la práctica por parte de sus vecinos más ricos (y no sólo de los que eran blancos).

Los pardos querían algo más que igualdad ante la ley. «La igualdad legal —advirtió Bolívar—, no es bastante por el espíritu que tiene el pueblo, que quiere que haya igualdad absoluta, tanto en lo público como en lo doméstico, y después querrá la pardocracia, que es la inclinación natural y única, para exterminio después de la clase privilegiada»[19]. Bolívar fue implacable con cualquier intento de aprovechar las divisiones raciales y actuó con prontitud para sofocar una rebelión negra y una incipiente guerra racial. Las ejecuciones de Piar y de Padilla pesaban sobre su conciencia, pero cuando reflexionaba sobre la composición racial de Venezuela y Colombia creía que ambos habían sido víctimas de su propio extremismo y que la sociedad no estaba en condiciones de resistir una rebelión de los negros. En el pesimismo que marcó sus últimos años temía que lo único que iba a conseguirse al otorgar poder político a los pardos era que éstos se excedieran. La amenaza de la pardocracia le acechaba: la consideraba tan aborrecible como la albocracia, el dominio de los blancos, que era un «dogma absoluto» en el sur. En las cuestiones raciales, el idealista tuvo que dar paso al realista. Sabía que era imposible que la oligarquía respaldara cualquier medida de liberalismo social que le pareciera excesiva, y cualquier intento de forzar las cosas supondría poner en riesgo los avances que ya había conseguido realizar. Las clases dirigentes de Venezuela y Colombia, la alianza formada por los terratenientes, comerciantes, funcionarios públicos y abogados, lejos de estar próxima a desaparecer, eran muy capaces de hacer frente a la rebelión social y mantenerse en el poder, como demostraron a lo largo del siglo XIX y aun después.

Mientras es posible estar de acuerdo en que Bolívar no fomentó una revolución social, Germán Carrera Damas va mucho más lejos y sostiene que la política bolivariana fue en realidad una versión de la promovida por la élite criolla. La argumentación es sutil. Había un objetivo primordial que impulsaba a la élite criolla: preservar la estructura de poder interna de Venezuela, es decir, el poder predominante de las clases blancas terratenientes, poder que se había desarrollado durante el período colonial y que ahora estaba en peligro debido a las convulsiones y trastornos producidos por la guerra. Para conservar su poder en medio de estas tensiones y enfrentarse a las exigencias de los esclavos, que querían su libertad,

y de los pardos, que querían igualdad social, los criollos estaban dispuestos a hacer un mínimo de concesiones, abolir el tráfico de esclavos y declarar a todos los ciudadanos iguales ante la ley. Pero este cambio controlado y pacífico se vio alterado brutalmente por los levantamientos de esclavos de 1812 y 1814, las rebeliones de los pardos de 1811, 1812 y 1814, la guerra a muerte y la casi destrucción de las clases dominantes blancas. Carrera Damas sostiene que Bolívar compartía estos objetivos, pero no las políticas con las que se esperaba conseguirlos. Consciente del riesgo de que una guerra social se trasformara en la guerra racial que temía, se convirtió en un defensor permanente de la abolición total de la esclavitud. La abolición pondría fin a la amenaza que planteaba la lucha de los esclavos por la libertad y le permitiría reconstruir y conservar la estructura de poder interna. Sin embargo, quedaba un problema por resolver, las demandas insatisfechas de los pardos. Bolívar se enfrentó a éstas a través del carácter centralista y aristocrático de sus proyectos constitucionales, el de Angostura y el de Bolivia, y de su coqueteo con la idea de una monarquía al final de su vida, todo lo cual se enmarca en un intento de restaurar la estructura de poder interna. En lo que respecta a las instituciones republicanas, éstas amenazaban con convertirse en vehículos de la pardocracia; desde 1821, Bolívar criticó la efectividad de estas instituciones y del liberalismo democrático, que desde su punto de vista constituían obstáculos para la restauración del orden en Venezuela, esto es, «la reconstrucción de la estructura de poder interna». Este argumento concluye subrayando un contraste significativo en la carrera de Bolívar: su incapacidad a la hora de producir un proyecto para la organización de la sociedad venezolana igual de creativo que su formulación de la teoría de la independencia. [20]

No obstante, también es posible otra interpretación. Bolívar fue una excepción a la teoría de la estructura de poder interna. La razón para ello es que desde una posición de liderazgo tuvo que lidiar con acontecimientos y circunstancias y tomar decisiones en momentos en los que estaba sometido a la presión insoportable de exigencias enfrentadas entre sí. Bolívar consiguió superar circunstancias adversas y, de este modo, luchó contra los españoles hasta lograr la independencia. Pero no podía esperarse que lograra crear un nuevo

orden en lo económico y lo social, pues estos ámbitos dependían de condiciones profundamente enraizadas en la historia, el entorno y la población, y no era fácil cambiarlos simplemente mediante leyes y, mucho menos, en un breve lapso de tiempo de tan sólo diez o quince años. Además, una descripción de la sociedad como una estructura de poder interna no puede pasar por alto los detalles de la vida económica y social. Bolívar fomentó cierta movilidad racial y en la práctica dio a los pardos nuevas oportunidades en el ejército y la administración pública. Lo que se negó a respaldar fue la pardocracia, un gobierno de pardos que amenazaba con subvertir en dos décadas tres siglos de historia venezolana. La pregunta que es necesario plantear no es por qué Bolívar se opuso a la pardocracia, sino si la pardocracia le habría dado a Venezuela un mejor gobierno y una paz y estabilidad mayores. En ese sentido, el ejemplo de Haití no era muy tranquilizador.

Bolívar también hubo de hacer frente a otro problema sobre el que recientemente se ha hecho énfasis: «el caos de la revolución». Bolívar se vio atrapado en una lucha constante contra el caos desatado por una guerra larga y violenta y el trastorno simultáneo de las relaciones sociales. La teoría del caos afirma que el Libertador triunfó como líder militar porque fue capaz de dirigir a sus ejércitos en medio de este caos y lograr sus objetivos, pero que fracasó como líder posrevolucionario porque no consiguió sobrevivir en un mundo caótico.[21] La segunda parte de este argumento es menos convincente que la primera, pues de nuevo introduce, o reafirma, la noción del fracaso. Se espera que Bolívar, a quien se atribuyen triunfos sobrehumanos, poseyera también cualidades sobrehumanas. El problema con todas las nociones de fracaso es que ninguna persona, partido o gobierno ha conseguido nunca crear un modelo de sociedad perfecto, y que todas las soluciones dependen de la voluntad de la gente para colaborar con su propia salvación.

Criticar a Bolívar, como se lo criticó en su época y como no se ha dejado de hacerlo, por no ser un demócrata liberal, sino un absolutista conservador, es descontextualizar la discusión. Del mismo modo en que había respondido a quienes querían convertirlo en un monarca que «ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón». Bolívar habría podido decir a sus críticos liberales «ni Colombia es

Estados Unidos, ni yo Washington». Los norteamericanos ya habían recorrido el camino de la independencia y realizado progresos hacia la construcción de una sociedad democrática e igualitaria en la que la educación, la alfabetización y el voto estaban mucho más avanzados de lo que hasta entonces se había logrado hacer en Colombia. Pero en Hispanoamérica, Bolívar había conseguido la independencia a la cabeza de un ejército de pardos, negros y antiguos esclavos, cada uno con expectativas para la posguerra. [22] Esta no era la sociedad homogénea del norte del continente, sino una población multiétnica, en la que cada raza tenía sus propios intereses y, asimismo, su propia intolerancia. El Libertador no podía satisfacer todos estos intereses y no era tan idealista para arriesgarse a destruir la Colombia histórica en una búsqueda vana de la igualdad absoluta. A su revolución política, por tanto, la acompañó sólo una reforma social y nada más.

SENDEROS DE GLORIA

¿Tuvo Bolívar una vida interior, oculta a simple vista? ¿Estamos en condiciones de conocer su carácter íntimo y sus motivaciones, lo que le inspiraba y animaba? Bolívar pasó toda su vida pública filosofando; realizó muy pocos actos y adoptó muy pocas políticas sobre los que no hubiera teorizado. «Mi tristeza —sostuvo—, viene de mi filosofía, y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio. Si estoy triste, es por Vds., pues mi suerte se ha elevado tanto, que ya es difícil que yo sea desgraciado. Cuando yo perdiera todo sobre la tierra, me quedaría la gloria de haber llenado mi deber hasta la última extremidad, y esta gloria será eternamente mi bien y mi dicha»[23]. El Libertador escribió estas palabras cuando se acercaba a la cima de su campaña en Perú, invulnerable al éxito o al fracaso; su enorme seguridad en sí mismo le hacía indiferente a la suerte, pues lo que le mantenía en pie era la confianza en su gloria. Con todo, el historiador ha de tener cautela al juzgar los pensamientos y acciones de Bolívar a partir sólo de sus propias palabras. Resulta difícil evitar la miríada de palabras que dejó, y contamos con muy pocas guías más para penetrar en su mente y en especial para conocer su idea de la gloria. La cuestión, sin embargo, es saber si la gloria era una fe lo bastante firme como

para sostener su grandeza.

Para Bolívar, la gloria fue una pasión dominante, un motivo constante en sus reflexiones sobre sí mismo que en ocasiones pareciera haber sido tanto o más deseable que el poder. ¿Cuándo empezó esta obsesión? No era el tipo de idea que un criollo adquiriera normalmente bajo el dominio español, y Bolívar no salió de su juventud montado en nubes de gloria. La idea era un indicativo de sus ambiciones, de su mentalidad poscolonial, de su contacto con Europa y su visión de Napoleón, de sus lecturas de historia, de su ansiedad por emular a los héroes del mundo antiguo y del mundo moderno y, finalmente, de su decisión de igualar en grandeza a los líderes de su época. Desde el comienzo mismo de su vida pública deseó la gloria, creía que la había ganado y exigía que los demás lo reconocieran. Después de su victoria en la batalla de Carabobo, cuando Santander le llamó «el hijo predilecto de la gloria», no se sintió avergonzado. Por el contrario, estuvo de acuerdo con el elogio. Su preocupación por la gloria, su conciencia de su propia grandeza, no era simplemente un aspecto más de su yo íntimo, sino un elemento que definía su carácter e inspiraba sus acciones. La fuente, al parecer, de su vitalidad.

¿Qué significaba la gloria en el vocabulario bolivariano? El concepto, por supuesto, no era nuevo. La gloria ha sido objeto de las aspiraciones y esfuerzos de antiguos y modernos por igual. Como todo escolar sabe, *la gloire* fue uno de los temas favoritos de Luis XIV. Durante siglos, la gloria se consideró un atributo de Dios, si bien se pensaba que los humanos podían adquirirla al realizar acciones excepcionales. San Agustín meditó largamente sobre el tema desde la perspectiva de la teología y la historia. Su descripción de los emperadores romanos habría podido ser escrita por Bolívar (quitando la palabra «imperio»). «Dado que les parecía infame que su patria fuera esclava y en cambio consideraban glorioso el dominar y poseer un imperio, quisieron con toda su alma hacerla primero libre y luego soberana. Fue este apetito de elogios, esta pasión por la gloria, la que dio origen a las maravillosas hazañas que, no hay duda alguna, son dignas de admiración y por ello los hombres estiman gloriosas». Pero el amor por la gloria, continúa, es una pasión imperfecta, inferior a la virtud, que tiene por testigo no a otros hombres, sino a la propia conciencia. Codiciar la gloria, por

tanto, era un vicio, un vicio que el mundo cristiano superaba mediante el amor por la justicia. ¿Y cuál era su conclusión? «La gloria quizá no sea una mujer voluptuosa, pero está henchida de vano orgullo»[24].

Para Bolívar, el amor por la gloria era una condena, si no un vicio. Incluso, O'Leary, que tanto lo admiraba, consideraba este aspecto uno de sus puntos débiles. En 1821, en los meses previos al congreso de Cúcuta, Bolívar estaba furioso debido a las calumnias que sus enemigos se dedicaban a difundir para ensuciar su reputación. «Nadie era más sensible a semejantes ataques que Bolívar. Ni la convicción íntima de la injusticia de tales desahogos, ni la insignificancia de los individuos, promotores de esas calumnias, bastaban a calmar la dolorosa impresión que le causaban. Muchas veces le vi lleno de ira, o más bien sufriendo indecible tormento, con la lectura de un artículo escrito contra él en algún despreciable papelucho. Puede esto no ser característico de una alma grande, pero sí manifiesta gran respeto a la opinión pública»[25]. Su república ocupa un lugar en el mundo y él tenía un auditorio internacional. El volumen doce de las *Memorias* de O'Leary, «Correspondencia de hombres notables con el Libertador», es una antología de la admiración que le profesaba gente de todo el mundo; incluye cartas de sir Robert Wilson, Lafayette, el abad De Pradt, Humboldt, Joseph Lancaster, Daniel O'Connell. Jeremy Bentham y muchos más. Bolívar cuidaba con celo su reputación en Europa y, en 1830, ordenó al embajador de Colombia en Londres que la protegiera a toda costa de cualquier difamación.

La preocupación de Bolívar por la gloria no era simplemente una inquietud sobre lo que otras personas pensaban de él, sino amor por la gloria en sí, para su propia satisfacción: para Bolívar, lo importante era la opinión que él tenía de sí mismo, no lo que pensaban otros. La gloria era una mezcla de fama, honor y reconocimiento, algo que se ganaba en el campo de batalla y que después de la guerra podía atesorar con orgullo, un logro digno de ser alcanzado. «La gloria está en ser grande y en ser útil», le recordó

a Sucre después de la batalla de Junín, cuando su colega consideró que determinadas tareas eran demasiado insignificantes para él. [26] Durante los días y noches que pasó enfermo en Pativilca se perdía en elucubraciones dementes sobre sus esfuerzos por la libertad del sur, la ingratitud de sus líderes y la tentación de abandonarlo todo. «Hasta ahora he combatido por la libertad, en adelante quiero combatir por mi gloria aunque sea a costa de todo el mundo. Mi gloria consiste en no mandar más y no saber nada más que de mí mismo; siempre he tenido esta resolución, pero, de día en día, se me aumenta en progresión geométrica. Mis años, mis males y el desengaño de todas las ilusiones juveniles no me permiten concebir ni ejecutar otras resoluciones»[27]. Siempre mantuvo a la gloria en su arsenal, y la gloria podía sobrevivir sin el poder.

Sin embargo, la gloria no podía estar por encima de todo. Más tarde, a finales de 1824, cuando la gloria alcanzada en Junín se vio atenuada por las deprimentes noticias que le llegaban de Colombia, Bolívar le escribió a su amigo Fernando Peñalver: «En esta infausta revolución, tan infaustas son la derrota como la victoria: siempre hemos de derramar lágrimas sobre nuestra suerte. Los españoles se acabarán bien pronto, pero nosotros ¿cuándo? Semejantes a la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña. ¡Dichosos los que mueran antes de ver el final desenlace de este sangriento drama! … Consuélese Ud. con que por triste que sea nuestra muerte, siempre será más alegre que nuestra vida». [28] La gloria bolivariana no era una mera conquista militar, limitada al campo de batalla. Y no era lo mismo que la ambición. Cuando las relaciones con Santander y el congreso de Colombia se volvieron tensas debido a su deseo de regresar a Bolivia para presentar su constitución, Bolívar declaró: «En este siglo de filosofía, nadie adquiere gloria o la conserva, si no se arregla religiosamente a los principios». Y posteriormente, en alusión a los planes de coronarle urdidos en Venezuela, insistió: «Los enemigos y los amigos tontos no quieren creer que el mando me disgusta tanto como amo la gloria y que la gloria no es mandar, sino ejercitar grandes virtudes. Yo he querido la gloria y libertad, ambas se han conseguido y por los mismo no tengo más deseos». [29] Estas palabras son casi un eco de las de san Agustín.

Liberación para los americanos, gloria para sí. Bolívar dirigió uno de los primeros movimientos de descolonización del mundo moderno. Pero la liberación trajo consigo problemas, algunos de los cuales estaban más allá de su control, y en el período que siguió a las guerras de independencia las oportunidades para la gloria fueron escasas. Al comparar la revolución bolivariana con los movimientos de liberación nacional del siglo XX es posible advertir algunos fenómenos comunes en los años posteriores a la victoria. Los sistemas unipartidistas, los experimentos fallidos de reforma social, la corrupción y los choques étnicos son todos aspectos para los que pueden hallarse paralelos en el mundo de Bolívar, e incluso en el ámbito de la economía se advierten problemas similares: deuda externa, infraestructuras débiles, mala gestión económica y mal gobierno. En ambos casos, la tendencia de algunos pueblos fue volver la vista atrás para mirar a las potencias imperiales, España o Gran Bretaña, con la nostalgia dedicada a los paraísos perdidos y a revalorar la historia del dominio imperial. En Hispanoamérica, la percepción del pasado cambió del rechazo a la aceptación, y las instituciones tradicionales volvieron a ganarse el favor de la gente. La monarquía resurgió como un tema de discusión. Los liberales, desesperados y horrorizados, se negaron a considerar esta alternativa o empuñaron las armas, pues semejante opción no les parecía otra cosa que un retorno a la tiranía. Los más pragmáticos estaban dispuestos a considerarla, y Bolívar no tuvo reparos en examinar la idea y comentarla con los diplomáticos británicos. La correspondencia de O’Leary evidencia que en 1829 los bolivarianos no tenían una postura única al respecto y que Bolívar estaba prestando atención a los argumentos en favor y en contra de la propuesta.[30] Tenía que tomar su propia decisión, teniendo en cuenta la opinión pública, la historia de la revolución y su propia reputación. El hombre que había acusado a España de ser una tirana no podía considerar con seriedad la adopción de un sistema monárquico y, en cualquier caso, la monarquía constitucional no era lo bastante fuerte para su gusto. Lo que Bolívar buscaba era básicamente, alguna forma de monocracia. Todo le devolvía a su idea de un presidente vitalicio, expuesta en su constitución boliviana.

Detrás de la gloria y más allá de las ideas, las proclamas, los decretos y las constituciones, el motor que impulsaba a Bolívar era la fuerza de su voluntad, la pasión del mando. La revolución propició la aparición de todo un abanico de figuras militares y políticas luchando por llegar a la cima, y pronto dio origen a una colección de virtudes y talentos, de héroes y heroínas, de próceres y mediocridades, los tontos, los mezquinos y los locos. Hubo también, por supuesto, colaboradores esenciales y anónimos, los héroes no reconocidos de la logística, los encargados de movilizar a las tropas, conseguir caballos y mulas y recolectar las provisiones. Sin embargo, a cualquier nivel de la cadena de mando, incluso dentro de la misma élite revolucionaria, ningún otro consiguió igualar el genio de Bolívar, que era consciente de su superioridad y tenía la suficiente confianza en sí mismo para hablar del tema. Al rebelde Páez, le advirtió que no se uniera a los perdedores: «Contra mí el general Castillo se perdió, contra mí el general Piar se perdió, contra mí el general Mariño se perdió, contra mí el general Riva Agüero se perdió y contra mí se perdió el general Torre Tagle. Parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles». [31] Era el líder supremo, siempre por delante de todos los demás, propulsado por su resolución de hierro. Exhibió su liderazgo instintivo en las cosas pequeñas al igual que en las grandes, en la táctica así como en la estrategia, y al final fue su liderazgo el que prevaleció y logró que la revolución alcanzara su objetivo y conquistara la independencia. Las revoluciones necesitan alguien que las dirija y gente que lo siga. Y la gente siempre seguirá a quienquiera que tenga las ideas más claras y se muestre más firme en sus propósitos. Estas fueron las cualidades que le permitieron a Bolívar dominar a las élites y dirigir a las masas.

En la obra de Thomas Carlyle sobre los héroes, el culto al héroe se presenta como una tendencia natural en un mundo caracterizado por la inestabilidad y el desorden en el que el héroe es la respuesta a la profunda necesidad que tienen los pueblos de que un gran hombre los dirija y gobierne. El héroe definitivo encarna prácticamente toda su tipología: profeta, sacerdote, poeta, maestro

y gobernante, «aquél a cuya voluntad se subordinan las voluntades de todos los demás». El gobierno del héroe es superior a cualquier otra forma de gobierno. «Hallad en cualquier país al hombre más capaz que exista en él, elevadlo al lugar más alto y veneradlo con lealtad, tendréis un gobierno perfecto para ese país; ninguna urna, elocuencia parlamentaria, votación, redacción de constituciones o cualquier otra maquinaria podrá en absoluto mejorarlo una pizca. Es el Estado perfecto, un país ideal». Bolívar no se ajustaba en todos los aspectos al héroe de Carlyle. Y no era exactamente uno de esos hombres silenciosos de la historia que habitan el gran «Imperio del silencio», que piensan y obran en silencio en medio de la ruidosa inanidad del mundo. Sin embargo, en otros aspectos, Bolívar era el hombre indispensable que describe Carlyle, aquel que «nos dice a cada momento qué hemos de hacer». **[32]**

La capacidad de liderazgo de Bolívar era innata, no aprendida y, aunque mejoró con la experiencia, no la adquirió de otros. La idea de que tenía un destino y una misión era muy fuerte; este sentimiento estaba muy arraigado en él en la época en que regresó a Venezuela tras su estancia en Europa, y se fue haciendo más profundo a medida que pasaban los años de la revolución. No cabe duda de que otros habían preparado el camino, los precursores y los patriotas, quienes crearon una plataforma desde la cual Bolívar pudo lanzar su proyecto de liberación. Sin embargo, él fue el espíritu creativo que se necesitaba para articular y dirigir la insurrección. ¿Hizo Bolívar la revolución o fue la revolución la que hizo a Bolívar? La pregunta es superflua. Los acontecimientos de 1810, es cierto, proporcionaron una oportunidad histórica, pero la oportunidad necesitaba un jefe supremo con capacidad de liderazgo y capaz de proponer las ideas y dirigir la acción. Bolívar pronto demostró poseer la determinación mental y las aptitudes físicas que la situación requería. Fue el líder intelectual de la revolución hispanoamericana, la fuente principal de sus ideas, el teórico de la liberación que clarificó y legitimó la causa independentista durante la guerra y después de ella.

Por otro lado, también fue un hombre de acción, si bien parece haber sido indiferente a la característica que lo distinguía por encima de los demás: su resistencia y fortaleza físicas. Los viajes y penalidades de sus grandes campañas no eran cosas de las que

presumiera, por el contrario, reconocía que nunca le había faltado nada a lo largo de su vida, pero su fuerza de voluntad fue sin duda un ingrediente de su grandeza. Ésta lo sostuvo durante veinte años de incesante conflicto, en los que recorrió decenas de miles de kilómetros por carreteras y caminos primitivos a lo largo de las planicies y las montañas de Hispanoamérica, en una de las guerras coloniales más prolongadas de la historia. Su odisea culminó en el doloroso viaje que realizó en 1829 desde Bogotá a Pasto y Quito y luego hasta Guayaquil. En esta época ya era consciente de que estaba cada vez más enfermo y no dejaba de advertir la hostilidad que encontraba a su paso, pero, no obstante, siguió su camino, decidido a superar ambas pruebas por el bien de Colombia. Esto era heroísmo a gran escala. El viaje de regreso fue una lucha contra los elementos, ya que la lluvia, implacable desde Guayaquil hasta Popayán, hacía los caminos casi intransitables y dificultaba el paso de los caballos; desde allí hasta Bogotá los problemas políticos de su gobierno se multiplicaron, oprimiendo su mente y sometiendo su espíritu a una dura prueba. Sin embargo, él era todavía el líder, ¿quién podía igualársele?

La capacidad de liderazgo de Bolívar se manifestaba en la fuerza irresistible de su oratoria, en la que su fusión de razón y emoción elevaba sus argumentos a alturas que su público hasta entonces desconocía. Carecemos, evidentemente, de grabaciones de sus discursos que nos permitan conocer el tono de su voz, la resonancia de sus palabras y el modo en que las pronunciaba, su ironía, su pasión. Sin embargo, sabemos que en los primeros debates entre los patriotas su voz se hacía oír alto y claro al exponer sus ideas sobre la lealtad, la autonomía y la independencia. Sus grandes discursos, los que preparó en su totalidad en versión escrita, apelan al corazón tanto como al intelecto, y se decía que el que pronunció ante el congreso de Angostura conmovió a quienes le escucharon hasta las lágrimas. Con todo, no arengaba o sermoneaba a su auditorio, con frecuencia compuesto por legisladores, y nunca fue condescendiente, incluso cuando sus alusiones y referencias daban por sentado en sus oyentes un conocimiento de la historia antigua, moderna y contemporánea que quizá sólo unos pocos poseyeran. Y no sólo sabía hablar a los políticos también sabía hacerlo a sus tropas. En el cerro de Pasco, antes de la batalla de Junín, animó a

sus hombres con unas palabras que fueron recibidas con aplausos: «¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. Vosotros sois invencibles». Durante la campaña permanecía cerca de sus tropas, en especial de sus leales venezolanos, y, cuando éstos lo dejaron para regresar a Venezuela en 1830, sabía que su guerra había terminado.

El estilo bolivariano no sólo esta presente en su oratoria, sino también en sus escritos. Capaz de dictar de forma simultánea cartas sobre temas diferentes a diferentes secretarios, las palabras fluyen en sus textos como un torrente, trátese de documentos políticos, proclamas, discursos constitucionales o decretos, en los que podía pasar en unas cuantas frases de lo sublime a lo trivial. Su prosa era única, una mezcla singular de estilos, clara, evocadora, rica en metáforas y en lirismos repentinos. Bolívar era honesto y directo, pero también un buen propagandista, y sus escritos, incluida su correspondencia, evidencian tanto su interés por analizar como su preocupación por persuadir; difundir sus ideas le parecía tan importante como explicarlas. Además, su mensaje estaba concebido para cada corresponsal particular y podía diferir de uno a otro. De hecho, era también bastante capaz de decir cosas diferentes a personas diferentes en momentos diferentes (o incluso al mismo tiempo). Con todo, pese a constituir una tentación peligrosa para el historiador y una trampa para los incautos, sus palabras son también una guía honesta y transparente de su mundo, que exponen de forma franca y generosa. «He mostrado mis opiniones pública y solemnemente en todas ocasiones», declaró en una oportunidad. «Si se quieren consultar, no hay necesidad de que yo las repita, pues se pueden encontrar en los documentos de mi vida pública» [33] .

«Yo soy el hombre de las dificultades —le dijo Bolívar a Santander—, usted el hombre de las leyes». Una distinción exquisita que dejaba claro que él era el jefe supremo y su rival, el administrador subordinado. Lidiar de forma eficaz con las dificultades era un elemento esencial del liderazgo y eso implicaba, por lo general, ser hábil en el trato con personas. Lo que en la actualidad se denomina gestión de recursos humanos era para Bolívar algo natural. Una sensibilidad muy afinada le permitía conocer con precisión las fortalezas y debilidades de sus colegas:

sabía qué complacería y qué ofendería a cada uno, y manejaba sus relaciones con sus funcionarios y oficiales de más alto rango según la persona y la ocasión, seguro siempre de lo que era adecuado al momento, si la franqueza, la adulación o el reproche. No eludía las decisiones difíciles, y al ordenar nombramientos y promociones procedía con discreción pero también con firmeza. Rápido a la hora de tener que mandar o aplacar, también era alguien dispuesto a escuchar. En diciembre de 1826, cuando llegó a Venezuela para devolver el país a la unión, le aclaró a Páez quién era el jefe y quién el subordinado, pero de inmediato reconoció también cómo de lejos podía llegar el jefe.

Le disgustaba aceptar consejos de subordinados como Páez, pero lo mismo no ocurría con Sucre, en quien vio a un gran líder en proceso de formación con talentos comparables a los suyos y a quien siempre apoyó. Bolívar no sólo aceptaba sus consejos sino que los buscaba, y trató sus decisiones con respeto. Además, Sucre era uno de los pocos en los que el Libertador estaba dispuesto a delegar responsabilidades, hasta el punto de haberle confiado la campaña final de la guerra de independencia y la administración del último país libertado. Sucre era su álter ego, un protegido al que trataba como a un igual, un subordinado al que no ocultaba nada. Santander, por su parte, fue su perdición y su ruina, un enemigo al que no podía rehuir ni echar, por irónico que sea, una de sus mayores «dificultades». Bolívar poseía suficiente sentido político para saber que tenía que hacer de Santander su segundo, un neogranadino para gobernar a los neogranadinos, un administrador lo bastante mezquino para asumir las responsabilidades burocráticas de la unión mientras el Libertador se concentraba en las campañas de liberación. Ninguno de los dos confiaba en el otro, pero durante mucho tiempo la relación mantuvo la apariencia de una amistad civilizada, testimonio de lo cual es una correspondencia que recoge algunos de los pensamientos más francos y personales de Bolívar sobre los protagonistas y los problemas de la revolución. Sin embargo, la fachada se derrumbó en una serie de recriminaciones sinceras en 1827-1828, cuando los principios fundamentales de cada uno pasaron a primer plano de forma contundente.

Al definirse como el hombre de las dificultades, Bolívar

expresaba además su disposición a asumir la responsabilidad, tanto de sus éxitos como de sus fracasos. El fracaso en sí era un reto, un obstáculo más que superar; su habilidad para sobreponerse a la adversidad era famosa y contribuye a explicar la fe que sus soldados depositaban en él y el modo en que aceptaban sus derrotas. En el «Manifiesto de Carúpano», que puso fin a la miserable campaña de 1814, reconoció su culpa en el colapso de la resistencia. En 1822, en Pasto, su renuencia a aceptar menos elogios que Sucre fue simplemente un reconocimiento de que un líder no podía permitir que su gloria disminuyera si quería conservar la lealtad de sus hombres. No obstante, su disposición a reconocer sus fallos y aceptar la culpa tenía un límite y en lo que respecta a los fracasos constitucionales y los inconvenientes para hallar una solución a los problemas políticos de la Unión le atribuyó la culpa a una serie de enemigos, desde Santander y sus compinches políticos, hasta los caudillos regionales y, en última instancia, a la inmadurez del pueblo. ¿Quién puede decir que estaba equivocado?

El liderazgo es un concepto variable y su ejercicio plantea exigencias diferentes en momentos diferentes. Una constante, sin embargo, es que el líder ha de tener la capacidad de inspirar al pueblo, estimular su intelecto y enardecer sus corazones y conseguir que todo parezca posible. Muchos de los proyectos de Bolívar, creaciones de su propia mente, parecieron a otros meras locuras. Volver a empezar la revolución desde Nueva Granada, invadir Venezuela desde Haití, abandonar Caracas por Angostura y después, el más sorprendente y desconcertante de todos, cambiar de estrategia y avanzar hacia el oeste a través de los Andes no fueron ideas que sus seguidores entendieran con rapidez o que sus colegas aceptaran de inmediato. Y luego vendrían más: la movilización para la campaña del sur y, a continuación, la invasión de Perú, un país extranjero a ojos de la mayoría de los colombianos, y finalmente su destacado papel en Bolivia. Muchos de estos proyectos eran manifiestamente arriesgados, su realización parecía incluso imposible y, además, exigían sacrificios constantes por parte del pueblo. Bolívar tuvo que convencer a sus críticos, motivar a los escépticos, tranquilizar al clero y mantener a los caudillos controlados. Sus propuestas no siempre fueron fáciles de defender, pero gracias a su elocuencia, reputación y posición, en resumen,

gracias a su liderazgo supremo, todos sus llamamientos fueron atendidos y la revolución consiguió seguir avanzando. Eso no fue producto de la obediencia ciega. La gente le seguía, si no movida por la convicción, sí por la fe, inspirada por lo que O'Leary denominaba «la magia de su prestigio». [34]

EL CULTO A BOLÍVAR

Con todo, los días de sus triunfos pasaron y entonces su liderazgo fue desafiado. Bolívar siempre había tenido «enemigos», pero, tras su regreso a Bogotá en 1826 con una constitución boliviana que esperaba fuera de aplicación universal, empezó a perder prestigio y también apoyo. Sus históricas victorias habían creado y alimentado su gloria. Boyacá, un gran triunfo sobre España y la naturaleza, le había elevado a la cima: ahora era el Padre de la Patria, el alma de la independencia e identidad de la nación, el salvador de Colombia y Venezuela. Pero llegó el momento en que esas victorias se convirtieron en un recuerdo y la gente empezó a mirar hacia adelante y a pensar en un futuro sin el Libertador. Entonces su gloria se convirtió en su bien más preciado y el que más protección necesitaba. Esto marcó el espíritu de sus últimos años. El hombre que en 1810 había sabido aprovechar la ocasión también eligió de forma oportuna el momento de abandonar el escenario en 1830. La tragedia de su muerte prematura fue la coronación final de su gloria, que no se vio opacada por una larga vejez como gobernante fallido.

La historia de Bolívar llegó a su punto más bajo cuando sus compatriotas se negaron a que permaneciera en territorio colombiano, a lo que siguió su melancólico viaje al exilio y sus últimos días en la costa caribeña. La ironía de lo que ocurrió en los siguientes años no se le habría escapado a Bolívar: autor de la unidad colombiana y víctima de su desintegración, su deseado retorno a la patria dependió de la campaña emprendida por su enemigo para conseguir que regresara. Bolívar debía pocos favores a Páez, pero la inestabilidad de la Venezuela posbolivariana convenció al caudillo de que debía acudir una vez más a la mano salvadora del Libertador. Tras realizar un primer gesto en 1833, en

febrero de 1842, Páez emprendió un esfuerzo serio para lograr repatriar los restos del Libertador. Ante el congreso sostuvo que el regreso de Bolívar era una cuestión de deber político «de modo que en el futuro la estimación pública de la memoria del Libertador descanse en el voto nacional legítimamente representado, y las manifestaciones de agradecimiento y admiración por sus grandes obras de patriotismo y humanidad estén de acuerdo con los deseos de los legisladores». [35] En una época en la que las tensiones sociales estaban a la vuelta de la esquina y la oposición se mostraba más dispuesta a empuñar las armas que a debatir, bañarse en la gloria del Libertador y aprovecharse de su historial era algo que resultaba muy conveniente para Páez y sus aliados políticos.

En noviembre de 1842 se exhumó el cuerpo de Bolívar en la catedral de Santa Marta, y una pequeña flota lo escoltó hasta La Guaira, desde donde sería transportado a Caracas, ciudad a la que llegó el 16 de diciembre. Las honras fúnebres que se le ofrecieron fueron exuberantes, con los restos mortales del Libertador a la cabeza de una procesión de jefes de gobierno, personal eclesiástico, militares, funcionarios públicos, representantes de países extranjeros y «un grupo de ciudadanos distinguidos»; recibido con una misa de réquiem solemne, el cuerpo permaneció primero en la iglesia de San Francisco, y una semana después fue enterrado en la catedral de Caracas. Fermín Toro, político y periodista conservador y portavoz de la oligarquía venezolana, había contribuido a organizar el evento y luego lo describió. Ensalzar a Bolívar sin criticar al congreso que había postergado durante tanto tiempo su regreso exigía un enfoque muy cuidadoso, y el político tejió su argumento alrededor de la unión entre Bolívar y la nación. Homenajear al Padre y Libertador era homenajear a la patria; la voz del pueblo había puesto fin a doce años de errores, envidias y calumnias que terminaban en una celebración nacional. ¿Quién es grande en estos días? ¿Quién es fuerte en estos días? El que había legado a los venezolanos y las masas populares la libertad conquistada en el campo de batalla y les había dejado los medios para defenderla. [36] El mismo Páez se encargó del broche final. «La prosperidad de Venezuela fue el primer pensamiento de Bolívar, el primer móvil de sus heroicos hechos; nada hemos omitido de cuanto podíamos hacer en honor de su memoria. No sólo es el

triunfo de Bolívar el que celebramos: es también el triunfo de Venezuela. Hemos visto desembarcar en nuestras costas al gran Bolívar escoltado y saludado por la marina de guerra de poderosas naciones que han mezclado su pabellón con el nuestro en honor del héroe, en alto honor de Venezuela»[37].

Así nació el culto a Bolívar, y él pudo por fin reunirse con su Venezuela natal, un país sin una prehistoria distinguida ni una experiencia colonial destacable que sólo se había hecho grande con la independencia que él se había encargado de conquistar en su nombre. A lo largo de su vida, Bolívar había reunido a su alrededor a los bolivarianos, un selecto grupo de soldados y oficiales que le habían servido con lealtad motivados por el respeto que sentían por su talento y su liderazgo. Ahora, después de su muerte, surgía un nuevo grupo de bolivarianos, formado por historiadores, periodistas, sacerdotes, políticos y presidentes que crearon y custodiaron el culto a un Bolívar idealizado, que había servido a las necesidades de un pueblo abyecto. Los defensores del culto tenían un buen relato. Después de un matrimonio trágico y una juventud dorada en Europa, un héroe de puro linaje venezolano asume la tarea de liderar la independencia nacional, proporciona los fundamentos intelectuales para una revolución continental y, a continuación, emplea su talento militar y político para crear una unión de Estados y ganarse el respeto internacional, demostrando durante todo ese trayecto poseer una enorme humanidad y ser un gran amante. Había en esta versión de la historia bastantes Bolívares con los cuales la gente podía identificarse. El nacionalista venezolano, el héroe americano, el macho, Bolívar podía adecuarse a esos papeles. Sin embargo, la veneración del héroe no era lo mismo que el culto. Ésta tenía un propósito más grande. Bolívar era un modelo para la nación, un pueblo poscolonial que, sin culpa alguna, había resultado incapaz de progresar y disfrutar la libertad que el Libertador había ganado para su patria, pero que gracias a su ejemplo y su guía podía salvarse. Venezuela podía escapar del abismo si sabía escuchar sus palabras. Bolívar no era Dios, afirmar tal cosa sería una blasfemia, pero sí un santo con un culto paralelo a la religión establecida, que enseñaba unas virtudes políticas que complementaban las verdades religiosas de la fe católica.

Al estallido original de sentimientos populares y espontáneos

hacia la figura del Libertador le siguió una nueva fase del culto, promovida por el gobierno y más disciplinada, en la que el culto popular se transformó en un culto para el pueblo y en el que se presentó a Bolívar como un demócrata, un revolucionario, un guía moral y un católico. [38] La doctrina se predicó desde lo alto y pasó a enseñarse en las escuelas. Un *Catecismo de la historia de Venezuela* se encargó de ofrecer la versión correcta de la independencia. Al referirse a la misión en Londres de Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello en 1810, pregunta: «¿Quiénes eran esos comisionados?». Y responde: «El principal era el coronel Simón Bolívar, a cuyos esfuerzos e ingenio se debió después no sólo la independencia de Venezuela, sino la de casi toda la América del Sur, y cuya gloria se elevó hasta ser la primera y más brillante del mundo de Colón».

A medida que el culto se desarrollaba, los presidentes lo fomentaron y se convirtieron en sus principales defensores. Antonio Guzmán Blanco, americano ilustre, dictador positivista defensor del lema «orden y progreso» y muy lejos del modelo de gobernante bolivariano, se encargó de llevar el culto a nuevas cimas. En 1874 se erigió una estatua ecuestre del Libertador en la plaza de Bolívar de Caracas. En octubre de 1876, los restos de Bolívar se trasladaron en una ceremonia solemne de la catedral al nuevo Panteón Nacional. En 1879 se decretó la publicación de las *Memorias* de O'Leary para que Venezuela cumpliera con su deber de «conservar y perpetuar todo lo que tienda a enaltecer sus glorias, enalteciendo las de su hijo más preclaro». El bolivarismo de Guzmán Blanco alcanzó su punto culminante en julio de 1883 cuando presidió la pomposa celebración del centenario del nacimiento del Libertador; una plétora de discursos, artículos, festejos y nuevas estatuas señaló la glorificación definitiva de Bolívar a manos de un gobernante que encarnaba muchas de las características por las que Bolívar había sentido aversión. El hombre que había intentado establecer una Iglesia venezolana independiente de Roma (algo a lo que Bolívar se había opuesto específicamente) ejemplificaba la distancia que había entre el culto a Bolívar y la verdadera historia del Libertador.

En 1876, Guzmán Blanco había comprado la histórica casa de la familia Bolívar en Caracas, lugar de nacimiento del Libertador,

bastante afectada por el terremoto de 1812. En octubre de 1912, con la ayuda de una suscripción pública, se compró la casa a los herederos del dictador y fue formalmente aceptada como parte del patrimonio nacional por Juan Vicente Gómez, otro caudillo convertido en presidente. Reconstruida y redecorada, la Casa Natal del Libertador se inauguró el 5 de julio de 1921, el aniversario de la batalla de Carabobo. El edificio se convirtió en un archivo y una galería, sede del Archivo del Libertador y de los cuadros que Tito Salas pintó para conmemorar la vida del héroe nacional, en su conjunto un santuario dedicado a la memoria del Libertador. Más tarde, la Sociedad Bolívariana de Venezuela sería promovida a la categoría de institución nacional, gracias al patrocinio del general Eleazar López Contreras, y se convertiría en la depositaría y guardiana oficial de la gloria del Libertador. [39] Y, entre tanto, Vicente Lecuna, el custodio académico del culto, se encargaría de divulgar la versión autorizada en una serie de obras destinadas a disipar las dudas y oponerse a las voces discordantes. [40]

De este modo, Bolívar terminó siendo un desafío a la historia, «condenado a morir pero destinado a la inmortalidad». La apoteosis ha superado con creces al Libertador real para crear un ideal y un mito, una ficción al servicio de sus autores. Bolívar no fue quien creó el culto. Guardián de su gloria, habría desdeñado cualquier intento de sus compatriotas por glorificarle. No obstante, su vida, hazañas y grandes batallas se convirtieron en parte integral de la cultura americana, prácticamente a medida que iban teniendo lugar. Su recuerdo tenía muchas capas diferentes. En primera instancia, fue la pura admiración lo que lo mantuvo vivo. Luego, vino el respeto y, finalmente, la propaganda, cuando su memoria resultó útil para distintos fines. Bolívar simbolizaba lo que Venezuela podía ser y, sin embargo, hasta el momento, no había conseguido; era una conciencia nacional para juzgar los esfuerzos de los venezolanos por construir un buen gobierno y una sociedad justa. Para los gobiernos era una bendición. Cuando los venezolanos se sentían confundidos y necesitaban orientación en un momento preciso y al instante, era más fácil encomendarse a Bolívar para que les dijera qué hacer en vez de desarrollar políticas nuevas. El temor a la anarquía hallaba consuelo en Bolívar, que había manifestado un miedo similar durante todos los años que estuvo en el poder.

Bolívar permitía a los venezolanos aliviar cierto sentimiento de inferioridad en el ámbito internacional, en especial en relación a Europa. Era un motivo de orgullo, una razón para ganarse el aprecio del mundo. El Libertador fue el primer latinoamericano de dimensión realmente universal y les permitía rehuir la tendencia a menospreciarse. En tanto venezolano blanco podía hablar a Europa y Estados Unidos en igualdad de condiciones. Los pensamientos de Bolívar sobre la unidad de Hispanoamérica y sus esfuerzos por promoverla con el congreso de Panamá fueron aclamados con pasión más allá de su propia época. En palabras de un destacado historiador bolivariano: «Sin violentas crisis internas, sin antipatías raciales, sin conflictos religiosos, sin luchas estamentistas, con positiva y serena libertad e igualdad políticas, Hispanoamérica podrá consagrarse pacífica y entusiastamente a la conquista y dominio de su realidad física, y a la construcción integral de su ser mediante la realización del plan de creación revolucionaria preparado por Bolívar». [41]

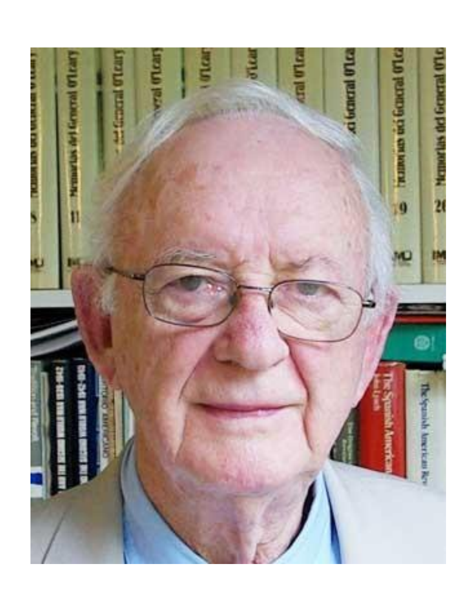
El político y periodista Juan Vicente González (1810-1866), admirador ferviente de Bolívar, estuvo muy cerca de deificar al Libertador y recomendar su veneración al pueblo venezolano, un conjunto de criaturas miserables dedicadas de forma absurda a destruir la grandiosa obra de aquél cuya sola elocuencia ya constituía un ejemplo para sus compatriotas. No había nadie superior a él, ninguno podía igualársele. Si quitamos a Bolívar, se preguntaba, ¿qué nos queda? Una pregunta fundamental en cualquier explicación del culto: el país no tenía ningún otro gran héroe. Guzmán Blanco tenía ideas muy similares a las de González. Consideraba a Bolívar «hombre incomparable», un «semidiós»: «Bolívar, como Jesucristo, no es un héroe de la fantástica epopeya. Bolívar es el Libertador del continente, el creador de las repúblicas americanas, el padre de los ciudadanos libres. Nació para eso; para eso lo dotó Dios de todos los talentos, de valor, audacia y perseverancia incomparables en toda la redondez de la tierra, como en el pasado, en el presente y en el porvenir». [42] Esta interpretación sería llevada aún más lejos en épocas más recientes, en 1980, cuando el cardenal arzobispo de Caracas se refirió al «pecado de Venezuela»: al haber exigido en 1830 que se desterrara al Libertador, los venezolanos habían repudiado al elegido de Dios.

«La infame proposición de destierro contra el Padre de la Patria, aceptada sin protesta por la nación venezolana fue un claro desconocimiento de su carácter de elegido divino. Y he aquí que desde 1830, en que se perpetró tal iniquidad, nuestra historia nacional durante todo el siglo pasado se puede sintetizar y resumir en asoladoras guerras civiles y en largas tiranías, rotas apenas por brevísimos y precarios períodos de paz»[43]. Ni una palabra sobre la carnicería de las guerras de liberación.

El homenaje de Venezuela a Bolívar culminó en el memorable año de 1983. El bicentenario del nacimiento del Libertador reunió a todo el conjunto de los intereses bolivarianos. El gobierno, los políticos, los militares, los académicos, los artistas, los negociantes y, quizá, el pueblo se unieron para rendir homenaje al Libertador en una serie de actos públicos, espectáculos, congresos, publicaciones y recepciones interminables, acordes con la dignidad y la memoria del héroe. Los estudios serios también cumplieron su función, y la investigación histórica y la mera adulación homenajearon por igual al Libertador. Irónicamente, las celebraciones tuvieron lugar en medio de una crisis nacional, cuando, a pesar de que su mundo financiero se derrumbaba, el país continuaba gastando a lo grande, inaugurando un nuevo metro, acogiendo congresos internacionales, organizando el bicentenario y, al mismo tiempo, unas elecciones decisivas. ¿Fue 1983 el último año del culto? Por parte del Libertador sólo hubo silencio, no respuestas, no acudió al rescate, y sus admiradores tampoco solicitaron su orientación. Sin embargo, todavía habría tiempo para que la historia tuviera un giro adicional, una perversión moderna del culto.

En 1998 los venezolanos descubrieron asombrados que su país había sido rebautizado como República Bolívariana de Venezuela por decreto del presidente Hugo Chávez, quien se autodenomina bolivariano revolucionario. Populistas autoritarios, neocaudillos, militaristas bolivarianos o comoquiera que se los denomine su forma de apelar a Bolívar no es menos ardiente que la de gobernantes anteriores, aunque no se sabe si el Libertador habría respondido a sus llamamientos. El culto tradicional de Bolívar había sido empleado como una ideología conveniente por dictadores militares, en especial en los regímenes de Juan Vicente Gómez y Eleazar López Contreras; éstos habían al menos respetado en parte

el pensamiento básico del Libertador, incluso a pesar de haber tergiversado su significado. Pero la nueva herejía, lejos de mantenerse fiel a las ideas constitucionales de Bolívar, como se ha asegurado, inventó una nueva figura, el Bolívar populista, y en el caso de Cuba se le otorgó una nueva identidad, el Bolívar socialista. Aprovechando las tendencias autoritarias que ciertamente existían en las acciones e ideas de Bolívar, los regímenes de Cuba y Venezuela han convertido al Libertador en el patrón de sus políticas, distorsionando sus ideas en el proceso. [44] De este modo, un régimen marxista se ha apropiado de las ideas bolivarianas de libertad e igualdad, y ha encontrado en ellas un sustituto útil al fracasado modelo soviético, pese a que en realidad no tiene en muy alta estima ninguna de las dos. Y en Venezuela un régimen populista del siglo XXI ha buscado legitimarse políticamente aferrándose a Bolívar como a un imán, una víctima más del hechizo del Libertador. ¿Quién puede decir si será la última?



JOHN LYNCH (Boldon, 11 de enero de 1927 - 4 de abril de 2018). Fue un historiador, hispanista y americanista británico, considerado una autoridad en los campos de la Historia de España, de la Independencia americana y de los nuevos países hispanoamericanos.

Nació en el norte de Inglaterra, en Boldon, condado de Durham. Estudió en la Universidad de Edimburgo (MA, 1952) y en la Universidad de Londres, donde se doctoró en 1955.

Sirvió en el ejército británico después de la Segunda Guerra Mundial desde 1945 a 1948. Enseñó en la Universidad de Liverpool (1954-1961) y desde 1961 en la Universidad de Londres, donde se jubiló; en esa universidad fue profesor emérito de Historia de Latinoamérica y director del Instituto de Estudios Latinoamericanos (Institute of Latin American Studies) entre 1974 y 1987.

Desde 1986 fue miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia española.3 En 2006 publicó la biografía de Simón Bolívar y en 2009 la de José Francisco de San Martín.

Estaba casado con Wendy Kathleen Norman desde 1960 y tuvo cinco hijos.

NOTAS

ABREVIATURAS

AGN	Archivo General de la Nación, Caracas
BAGN	*Boletín del Archivo General de la Nación*
BANH	Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Venezuela
BHN	Biblioteca de Historia Nacional, Colombia
BOLANH	*Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas*
FJB.AL	Fundación John Boulton, Caracas, Archivo del Libertador
HAHR	*Hispanic American Historical Review*
ILAS	Institute of Latin American Studies, Londres
JLAS	*Journal of Latin American Studies*
PRO	Public Record Office, the National Archives, Londres

[1] José Domingo Díaz. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, BANH, 38, Caracas, 1961, pp. 98-99. < <

[2] Alexander von Humboldt, *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent during the Years 1799-1804*, traducción de Helen Maria Williams, 6 vols., Londres, 1814-1829, IV, pp. 12-17. Humboldt no estuvo presente durante el terremoto pero utilizó el relato manuscrito de Luis Delpeche sobre lo acontecido en Caracas en 1812. < <

[3] *Gaceta de Caracas*, 25 de abril de 1812. < <

[4] *The «Detached Recollections» of General D. F. O’Leary*, edición de R. A. Humphreys, Londres, 1969, p. 36. < <

[5] Robert J. Ferry, *The Colonial Elite of Early Caracas: Formation and Crisis 1567-1767*, Berkeley-Los Angeles, 1989, pp. 208-211. < <

[6] Mensaje al congreso constituyente de la República de Colombia, Bogotá, 20 de enero de 1830, en Simón Bolívar, *Obras completas*, edición de Vicente Lecuna y Esther Barret de Nazaris, 3 vols., 2.ª ed., La Habana, 1950, III, p. 812. < <

[7] Alexander von Humboldt, *Personal Narrative*, traducción de Jason Wilson, Londres, 1995, p. 163. < <

[8] John V. Lombardi, *People and Places in Colonial Venezuela*, Bloomington, Indiana, 1976. < <

[9] Ildefonso Leal, *La Universidad de Caracas en los años de Bolívar 1783-1830,* 2 vols., Caracas, 1983,I, pp. 27-33. <<

[10] Humboldt, *Personal Narrative*, traducción de Helen Maria Williams, Ill, pp. 472-476. < <

[11] Merle E. Simmons, *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzman, Precursor de la Independencia Hispanoamericana*, Caracas, 1983, *Esquisse Politique*, p. 236, y *La Paix et le bonheur*, pp. 332-333. <<

[12] Carta de Jamaica, o «Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla», Kingston, 6 de setiembre de 1815, en Sociedad Bolivariana de Venezuela, *Escritos del Libertador*, VIII, Caracas, 1972, p. 233. < <

[13] Mark A. Burkholder y D. S. Chandler, *From Impotence to Authority: The Spanish Crown and the American Audiencias, 1687-1808*, Columbia. Missouri, 1977, pp. 191-192. < <

[14] Carta de Jamaica, en *Escritos*, VIII, pp. 233-234. < <

[15] Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, *Memorias*, 2 vols., Biblioteca de Autores Españoles, 88-89, Madrid, 1956, 1, p. 416. < <

[16] Ferry, *The Colonial Elite of Early Caracas*, p. 254. < <

[17] Juan Vicente de Bolívar, Martín de Tobar y el marqués de Mixares a Miranda, Caracas, 24 de febrero de 1782, en Francisco de Miranda, *Colombeia*, II, Caracas, 1979, pp. 533-534. Los movimientos populares de Bogotá y Cuzco habían fracasado recientemente cuando los criollos les retiraron su apoyo y los dejaron a merced de las autoridades realistas. El editor de los documentos de Miranda, *Colombeia*, II, pp. 31-45, concluye que es poco probable que esta «misteriosa» carta sea auténtica. El biógrafo más reciente del Precursor cree que se trata de una falsificación; véase Karen Racine, *Francisco de Miranda: A Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington, Delaware, 200-3, pp. 27-28. < <

[18] Salvador de Madariaga, *Bolívar*, Londres, 1968, pp 23-24; Tomás Polanco Alcántara, *Simón Bolívar: Ensayo de interpretación biográfica a través de sus documentos*, Caracas, 1994, p. 38. <<

[19] F. Depons. *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la America Meridional*, 2 vols., Caracas, 1960, II, pp. 14-92; Federico Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela*, 2 vols., Caracas, 1966, I, pp. 63-121, 160. < <

[20] Humboldt, *Personal Narrative*, traducción de Helen Maria Williams, III, pp 472-476. < <

[21] Racine, *Francisco de Miranda*, pp. 5-6; María del Pilar Rodríguez Mesa, «Los blancos pobres», *BOLANH*, 80, 317, 1997, pp. 133-88. < <

[22] P. Michael McKinley, *Pre-revolutionary Caracas: Politics, Economy, and Society 1777-1811*, Cambridge, 1985, pp. 80-82. <<

[23] Laureano Vallenilla Lanz, *Obras completas, 1. Cesarismo democrático,* Caracas, 1983, pp. 48-50. < <

[24] Santos R. Cortes, *El Régimen de las «Gracias al Sacar» en Venezuela durante el período hispánico*, 2 vols., Caracas, 1978, I, p. 469. <<

[25] «Informe que el ayuntamiento de Caracas hace al rey de España referente a la real cédula de 10 de febrero de 1795», en José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, eds.. *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, 14 vols., Caracas, 1875-1888, I, pp. 267-75. < <

[26] AGN, Gobernación y Capitanía General, Ivi, 1795, f. 13, 149, 244. < <

[27] Federico Brito Figueroa, *La estructura económica de Venezuela colonial*, Caracas, 1978, pp. 123-124. < <

[28] Ildefonso Leal, «La aristocracia criolla venezolana y el código negrero de 1789», *Revista de Historia*, 2, Caracas, 1961, pp. 61-81. < <

[29] Mariano Arcaya, síndico procurador del ayuntamiento de Coro, en Federico Brito Figueroa, *Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana*, Caracas, 1961, pp. 61-62. < <

[30] Pedro M. Arcaya, *Insurrección de los negros en la serranía de Coro*, Caracas, 1949, p. 38; Brito, *Insurrecciones de los esclavos negros*, pp. 41-88. < <

[31] Para *Las Ordenanzas*, véase Pedro Grases, *La Conspiración de Gual y España y el ideario de la Independencia,* en *Preindependencia y Emancipación, Obras*. III, Barcelona, 1981, pp. 51-53, 172-177. Para más detalles sobre el papel de Picornell y la intervención de Dolores Gil véase AGN, Gobernación y Capitanía General, IXIV, f. 71, 127. < <

[32] Citado por Josefina Rodríguez de Alonso en Miranda, *Colombeia*, II, p. 37. < <

[33] Humboldt, *Personal Narrative*, traducción de Helen Maria Williams, III, pp. 414-415. <<

[34] Kathy Waldron, «The Sinners and the Bishop in Colonial Venezuela: The Visita of Bishop Mariano Martí, 1771-1784», en Asunción Lavrin, ed., *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*, Lincoln, Nebraska, 1989, pp. 165-166, 170-172. < <

[35] Mariano Martí, *Documentos relativos a su visita pastoral de la diócesis de Caracas, 1771-1784,7* vols., ANH, Caracas, 1969, II. pp. 188, 215, 276,289,581. < <

[36] Bolívar a Palacios, Cuzco, 10 de julio de 1825, en *Obras completas*, II. p. 163. <<

[37] Bolívar a María Antonia, Cuzco, 10 de julio de 1825, en *Obras completas*, 11, pp. 162-163. < <

[38] Bolívar a Santander, Arequipa. 20 de mayo de 1825, en Francisco de Paula Santander, *Cartas Santander-Bolívar*, 6 vols., Bogotá, 1988-1990, IV, p. 378. < <

[39] Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, pp. 13-17. < <

[40] N. E. Navarro, «Un episodio divertido de la primera educación de Bolívar», *BOLANH*, 38, 149 (1955), 3-15; Real Audiencia de Caracas, «Transcipción del expediente», julio de 1795, *Ibid.*, pp. 21-22. <<

[41] Antonio Cussen, *Bello and Bolívar: Poetry and Politics in the Spanish American Revolution,* Cambridge, 1992, p. 4. < <

[42] Carlos Palacios a Esteban Palacios, 8 de octubre de 1799, en Vicente Lecuna, «Adolescencia y juventud de Bolívar. Documentos», *BOLANH*, 13,52(1930), p. 562. < <

[43] Simón Bolívar a Pedro Palacios Blanco, Veracruz, 20 de marzo de 1799, en *Obras completas,* I, pp. 13-14, la carta más antigua que se conserva de Bolívar. < <

[44] John Lynch, *Bourbon Spain 1700-1808*, Oxford, 1993, pp. 376, 392-395. < <

[45] *Memorias del General Daniel Florencio O'Leary: Narración*, 3 vols., Caracas, 1952, I, p. 57. < <

[46] Bolívar a Pedro Palacios Blanco, 30 de septiembre de 1800, en Germán Carrera Damas, ed., *Simon Bolívar Fundamental*, 2 vols., Caracas 1993, I, p. 54. <<

[47] Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, pp. 69-70, 74. < <

[48] Documentos del matrimonio en Simón Bolívar, *Escritos del Libertador*, Caracas 1964; II, pp. 102-106, y *BOLANH*, 35, 139 (1952), p. 253; la descripción en O'Leary, *Narración*, I, 57; la declaración de matrimonio en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, II, p. 9. < <

[49] O'Leary, *Narración*, I, p. 59. < <

[50] L. Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, Ediciones Centauro, Caracas, 1976, pp. 62-66. < <

[1] O'Leary, «*Detached Recollections*», pp. 29-30; Alfredo Boulton, *Los retratos de Bolívar, 2*; ed., Caracas, 1964, pp. 25-28. < <

[2] Esta posibilidad se desarrolla en Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, pp. 151-156. < <

[3] Fanny du Villars a Bolívar, París, 6 de abril, 14 de mayo de 1826, en O’Leary, *Memorias del General O’Leary*, 34 vols., Caracas, 1981, XII, pp. 293-300. < <

[4] Charles Minguet, «Las relaciones entre Alexander von Humboldt y Simón Bolívar», en Alberto Filippi, ed., *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*,, 2 vols., Caracas, 1986-1992,I, pp. 743-754. < <

[5] Humboldt a O’Leary, Berlín, 1853, en Minguet, *op. cit.*, p. 746. < <

[6] Bolívar a Humboldt, 10 de noviembre de 1821, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, p.205. < <

[7] O’Leary, *Narración*, I, p. 61. < <

[8] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 64-66. < <

[9] Bolívar a Rodríguez, Pativilca, 19 de enero de 1824, en *Obras completas*, I, pp. 881-882. < <

[10] O'Leary, *Narración*, I, pp. 66-67. < <

[11] O'Leary, *Narración*, I, pp. 67-68. < <

[12] Mario Laserna, *Bolívar: Un euroaméricano frente a la ilustración*, Bogotá, 1986, pp.76-77. < <

[13] *Escritos*, IV, pp. 14-16; el texto de esta promesa, el *Juramento de Roma*, fue reconstruido de memoria por Rodríguez y entregado a Manuel Uribe en 1850, quien lo publicaría más tarde en *Homenaje de Colombia al Libertador*, Bogotá, 1884. <<

[14] Bolívar a Rodríguez, Pativilca, 19 de enero de 1824, en Simón Bolívar, *Cartas del Libertador*, edición de Vicente Lecuna. Vols., 1-10, Caracas, 1929-1930; vol. 11, Nueva York, 1948; vol. 12, edición de Manuel Pérez Vila, Caracas, 1959, IV, pp. 32-34. < <

[15] O'Leary, *Narración*, I, p. 68. < <

[16] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, p. 63. < <

[17] Bolívar a Santander, Arequipa, 20 de mayo de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 378; véase también Manuel Pérez Vila, *La formación intelectual del Libertador*, 2.ª ed., Caracas, 1979, pp. 16-20. < <

[18] Pérez Vila, *La formación intelectual del Libertador*, pp. 189-216, identifica ocho listas de libros, 299 en total. < <

[19] O’Leary, *Narración*, I, pp. 63-64, II, p. 34; Bolívar, «Método que se debe seguir en la educación de mi sobrino Fernando Bolívar», en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, II, pp. 157-158. < <

[20] Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819, en *Obras completas*, III, p. 683. <<

[21] R. R. Palmer, *The Age of the Democratic Revolution. A Political History of Europe and America, 1760-1800*, 2 vols., Princeton, 1959-1964; E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution. Europe 1789-1848*, Londres, 1962, p. 53. < <

[22] John Lynch, «Simón Bolívar and the Age of Revolution», en *Latin America between Colony and Nation*, Londres, 2001, pp. 134-146, 161-162. < <

[23] Miranda a Gual, 31 de diciembre de 1799, en *Archivo del General Miranda*, 24 vols., Caracas, 1929-1950, XV, p. 404. <<

[24] Grases, *Preindependencia y Emancipación*, p. 378. <<

[25] Manifiesto de Cartagena. 15 de diciembre de 1812, en *Escritos*, IV, p. 123. < <

[26] Leal, *La Universidad de Caracas en los años de Bolívar 1783-1830,* I pp. 64-65. <<

[27] Luis Castro Leiva, *La Gran Colombia: Una ilusión ilustrada*, Caracas, 1985, pp. 66, 74-76. < <

[28] Pérez Vila, *La formación intelectual del Libertador*, pp. 184-185. < <

[29] «The Second Treatise of Government», 2: 102-103, 217, en John Locke, *Two Treatises of Government*, edición de Peter Laslett, Cambridge, 1989, pp. 334-335,419. <<

[30] Montesquieu, *The Spirit of the Laws*, edición de Anne M. Cohlen *et al.*, Cambridge, 1989, pp. 328-389, 396. < <

[31] Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819, en *Obras completas*, III, p. 683; Ildefonso Méndez Salcedo, *Dos estudios sobre Montesquieu* y *Bolívar*, Caracas, 1995, pp. 65-75. <<

[32] Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana*, Caracas, 1991, pp. 46-48. < <

[33] Jean-Jacques Rousseau. *The Social Contract and the Discourses*, traducción de G. D. H. Cole, Londres, 1993, pp. 190-191. <<

[34] Norman Hampson, «The Enlightenment in France», en Roy Porter y Mikulas Teich, *The Enlightenment in National Context*, Cambridge, 1981, pp. 49-50. < <

[35] Frank Holl, «El científico independiente y su critica al colonialismo», *Debate y Perspectivas, Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales*, 1, Madrid, 2000, pp. 101-123. < <

[36] Humboldt, *Personal Narrative*, traducción de Helen Maria Williams, Ill, pp. 472-476. < <

[37] Humboldt a O'Leary, Berlín, 1853, en Minguet, «Las relaciones entre Alexander von Humboldt y Simón Bolívar», p. 746. < <

[38] *The Collected Works of Jeremy Bentham. Colonies, Commerce, and Constitutional Law: Rid Yourselves of Ultramaria and other Writings on Spain and Spanish America*, edición de Philip Schofield, Oxford, 1995, pp. 124-128. < <

[39] «Common Sense», en Thomas Paine, *Political Writings*, edición de Bruce Kuklick, Cambridge, 1989, pp. 23, 37-38, 101; «Rights of Man», *Ibid*, pp. 140-141. < <

[40] Manuel García de Sena, *La Independencia de la Costa Firme justificada por Thomas Paine treinta años ha*, edición de Pedro Grases, Caracas, 1949; véase también Pedro Grases, *Libros y libertad*, Caracas, 1974, pp. 21-26. < <

[41] Guillaume Thomas François Raynal, *A Philosophical and Political History of the Settlement and Trade of the Europeans in the East and West Indies, By the Abbé Raynal. To which is added the Revolution of America, 6* vols., Edimburgo, 1782, VI, pp. 265, 300-301,346. < <

[42] Dominique Dufour De Pradt, *Les trois ages des colonies, ou leur état passé, present et à venir*, 3 vols., Paris, 1801-1802, I, pp. V-XI, II, pp. 188-21 I, III, pp. 299, 316-317, 352-353, 371-372, 508-509. < <

[43] O’Leary, «*Detached Recollections*», p. 28, y *Narración*, I, pp. 53, 63-64; Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 114-115. < <

[44] P. Schwartz y C. Rodríguez Braun, «Las relaciones entre Jeremías Bentham y S. Bolívar», en *Bolívar y Europa*, I, pp. 445-460; Carta de Jamaica, 6 de septiembre de 1815, en *Escritos*, VIII, p. 239; Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819, en *Obras completas*, III, p. 683; Bolívar a Santander, Tulcán, 31 de diciembre de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, pp. 290-291. < <

[45] Pérez Vila, *La formación intelectual del Libertador*, p. 81. < <

[46] La teoría de que la conquista fue más allá de lo que era posible controlar no es una invención reciente, fue planteada hace treinta años por Richard Pares en *War and Trade in the West Indies 1739-1763*, Oxford, 1936, p. 1: «El error más grande del imperialismo español fue pretender demasiado. Sus aspiraciones excedieron enormemente a su actuación». < <

[47] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, p. 65. < <

[1] Antonio García-Baquero González, *El comercio colonial en la época del absolutismo ilustrado: Problemas y debates*, Granada, 2003, pp. 324-325; John Fisher, *Commercial Relations between Spain and Spanish America in the Era of Free Trade, 1778-1796*, Liverpool, 1985, p. 76. < <

[2] E. Arcila Farias, *Economía colonial de Venezuela*, México, 1946, pp. 368-369. < <

[3] García-Baquero González. *El comercio colonial en la época del absolutismo ilustrado*, pp. 333-368. < <

[4] Bolívar a Páez, 4 de agosto de 1826, en *Obras completas*, II, p. 445. <<

[5] Recuerdos de Bello contados a Miguel Luis Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, Santiago, 1882, pp. 37-51. < <

[6] Beaver a sir Alexander Cochrane, citado por O'Leary, *Narración*, I, p. 40. < <

[7] *Conjuración de 1808 en Caracas para la formación de una junta suprema gubernativa (documentos completos)*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 2 vols., Caracas, 1969, I, pp. 351-377; sobre el movimiento a favor de la junta, véase Andrés F. Ponte, *La revolución de Caracas y sus próceres*, Caracas, 1960, pp. 46-52. <<

[8] Caracciolo Parra-Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela*, 2 vols., 2.a ed., Caracas, 1959,I, p. 317; Ponte, *La revolución de Caracas*, p. 29. < <

[9] *Conjuración de 1808,I*, pp. 41-112, 351-377. < <

[10] Ponte, *La revolución de Caracas*, pp. 48-50. < <

[11] Parra-Pérez, *Historia de la Primera República*, I, 333. <<

[12] José Francisco Heredia, *Memorias del regente Heredia*, Caracas, 1986, p. 64; Parra-Pérez, *Historia de la Primera República*, I, pp. 337-342. < <

[13] Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, pp. 195-197. < <

[14] *Gaceta de Caracas*, 7 y 14 de abril, 5 y 20 de mayo de 1809.
< <

[15] *Textos oficiales de la Primera República de Venezuela*, 2 vols., BANH, 1-2, Caracas, 1959, I, pp. 99-103. < <

[16] Intendente Vicente Basadre, informe del 4 de julio de 1810, en *Causas de infidencia, 2* vols., (BANH, 31-32, Caracas, 1960), I, p. 128. < <

[17] Miranda, circular a «nuestras Américas», 24 de marzo de 1810, *Archivo del General Miranda*, XXIII, pp. 367-368. < <

[18] López Méndez al secretario de Estado venezolano, Londres, 3 de octubre de 1810, citado en María Teresa Berruezo León, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830*, Madrid, 1989, pp. 91-92. <<

[19] Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, pp. 93, 95-96. < <

[20] O’Leary, *Narración*, I, p. 77. < <

[21] Sobre la estancia de Bolívar en Londres, véase Racine, *Francisco de Miranda*, pp. 200-206, y Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, 226-246. < <

[22] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 57-58. < <

[23] Notas sobre la misión de Caracas, 5 de agosto de 1810, National Archives, PRO, London, FO 72/106. < <

[24] Sobre las conversaciones de Apsley House, véase Cristóbal L. Mendoza, *Las primeras misiones diplomáticas de Venezuela*, 2 vols., Caracas, 1962, I, pp. 240-248, 260-269; D. A. G. Waddell, *Gran Bretaña y la Independencia de Venezuela y Colombia*, Caracas, 1983, pp. 63-72. < <

[25] Notas sobre la misión de Caracas, 5 de agosto de 1810, National Archives, PRO, FO 72/106. < <

[26] 21 de julio de 1810, National Archives, PRO, FO 72/106. <<

[27] Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, p. 88. < <

[28] Racine, *Francisco de Miranda*, pp. 212-213,219. < <

[29] Simón Bolívar, *Proclamas y Discursos del Libertador*, edición de Vicente Lecuna, Caracas, 1939, p. 3. < <

[30] Acta de la Independencia, en *La Constitución Federal de Venezuela de 1811*, BANH, 6, Caracas, 1959, pp. 89-96. < <

[31] Roscio a Bello, 31 de agosto de 1811, Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, p. 111; Parra-Pérez, *Historia de la Primera República*, II, pp. 80-82. < <

[32] *Constitución Federal*, pp. 151-211; Parra-Pérez, *Historia de la Primera República*, II, pp. 113-120, 131. < <

[33] *Textos oficiales de la Primera República*, II, p. 95; Parra-Pérez, *Historia de la Primera República*, II, pp. 113-120. < <

[34] *Textos oficiales de la Primera República*, II, pp. 36, 38. <<

[35] Constitución de 1811, II, ii, 26, IX, 203, en *Constitución Federal*, pp. 159-160,205. < <

[36] Decreto del 26 de junio de 1811, *Textos oficiales de la Primera República*, II, pp. 42-43. <<

[37] Narciso Coll y Prat, *Memoriales sobre la independencia de Venezuela*, BANH, 23, Caracas, 1959, pp. 59-60, 63-67. <<

[38] Manifiesto a las Naciones del Mundo, 30 de septiembre de 1813, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, II, p. 26. <<

[39] Bolívar al congreso de Nueva Granada, Cartagena, 27 de noviembre de 1812, en O’Leary, *Memorias*, XIII, pp. 57-60. < <

[40] José de Austria, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, 2 vols., BANH, 29-30. Caracas, 1960,I, p. 299. < <

[41] Miranda a Sata, secretario de Guerra, 24 de julio, 13 de agosto de 1811, *Selected Writings of Bolívar*, compilados por Vicente Lecuna, edición de Harold A. Bierck Jr., 2 vols., 2.a ed., Nueva York, 1951,I, pp. 6-10. < <

[42] Díaz. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, pp. 96, 98-99. Véase capítulo 1. < <

[43] Humboldt, *Personal Narrative*, traducción de Helen Maria Williams, IV, pp. 12-17. < <

[44] Austria, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, I, p. 298. < <

[45] Vicente Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, 3 vols., Nueva York, 1950,I, pp. XIX-XXI. <<

[46] Bolívar a Miranda, 12 de julio, 14 de julio de 1812, en O'Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 11-13. < <

[47] Austria, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, I, pp. 307, 316, 321-322. < <

[48] Racine, *Francisco de Miranda*, p. 238. < <

[49] Carlos Pi Sunyer, *Patriotas Americanos en Londres*, Caracas, 1978, pp. 89-95; Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, pp. 271-273. < <

[50] O'Leary, *Narración*, I, pp. 113-1 14, incluye la carta de Wilson a O'Leary, Londres, 14 de julio de 1832. < <

[51] O'Leary, *Narración*, I, p. 118; Bolívar, Manifiesto a las Naciones del Mundo, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, II, pp. 29-30. < <

[52] Pedro Gual, secretario personal y confidente de Miranda, estaba con él en La Guaira en ese momento fatídico, y cuenta que Miranda estaba leyendo una petición de ayuda urgente de Torices, el presidente de Cartagena, y pensando en ir allí; Gual, Bogotá, 15 de febrero de 1843, en Blanco y Azpurúa, eds., *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, III, pp. 760-761. < <

[53] Cussen, *Bello and Bolívar*, 106-107. < <

[54] Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, 289-295. < <

[55] Bolívar a Iturbe, Curazao, 10, 19 de septiembre de 1812, en O'Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 13-16. < <

[1] Hermes Tovar Pinzón, «La lenta ruptura con el pasado colonial (1810-1850)», en José Antonio Ocampo, ed., *Historia económica de Colombia*, Bogotá, 1987, p. 88. < <

[2] Rebecca A. Earle, *Spain and the Independence of Colombia 1810-1825*, Exeter, 2000, pp. 23-24. < <

[3] Simón Bolívar y Vicente Tejera, Cartagena, 27 de noviembre de 1812, en O’Leary, *Memorias*, XIII. pp. 57-60. < <

[4] Bolívar, *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño,* Cartagena, 15 de diciembre de 1812, en *Escritos*. IV, pp. 116-127. < <

[5] Mario Laserna, *Bolívar: Un euro-americano frente a la ilustración*, pp. 90-92. < <

[6] Anthony McFarlane, «Identity, Enlightenment and Political Dissent in Late Colonial Spanish America», *Transactions of the Royal Historical Society*, sexta serie, 8 (1998), pp. 309-335. < <

[7] Discurso a los habitantes de la Villa de Tenerife a orillas del Magdalena, 24 de diciembre de 1812, en *Escritos*, IV. 127-30; Manuel Pérez Vila, *Simón Bolívar, Doctrina del Libertador*, 2.a ed., Caracas, 1979, pp. 17-19. <<

[8] O'Leary, *Narración*, I, pp. 133-139. < <

[9] Bolívar al ejército de Cartagena y la Unión, 10 de marzo de 1813, en O’Leary, *Memorias*, XIII. pp. 151-152. < <

[10] O'Leary, *Narración*, I, pp. 154-155. < <

[11] José Francisco Heredia, *Memorias del regente Heredia*, BANH, 186, Caracas, 1986, p. 67. < <

[12] Sobre la «campaña admirable», véase Lecuna, *Crónica razonada*, I, pp. 1-73. < <

[13] Pedro de Urquinaona y Pardo, *Memorias* de Urquinaona, Madrid. 1917, p. 254; Heredia, *Memorias*, pp. 97, 145; Bolívar al presidente de la Unión, Cúcuta, 6 de abril de 1813, en O’Leary, *Memorias*, XIII, p. 172; Bolívar, Manifiesto a las Naciones del Mundo, Valencia, 20 de septiembre de 1813, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, II, pp. 25-35; Gabriel E. Muñoz, *Monteverde: cuatro años de historia patria 1812-1816*, 2 vols., BANH, 42-43, Caracas, 1987, I, p. 429. < <

[14] Bolívar, «Aprobación con reservas», Cúcuta, 20 de marzo de 1813, en *Escritos*, IV, pp. 166-173. < <

[15] O’Leary, *Narración*, I. p. 156. < <

[16] Proclama, Mérida, 8 de junio de 1813, en O'Leary. *Memorias*, XIII. 246-247; véase también *Narración*, I, p. 158. <<

[17] Decreto de guerra a muerte, Trujillo, 15 de junio de 1813, en *Escritos*, IV. pp. 305-307. < <

[18] Manifiesto de Carúpano, 7 de septiembre de 1814, en *Escritos*, VI, pp. 390-395. < <

[19] Bolívar al presidente de la Unión, Mérida, 31 de mayo de 1813, en O’Leary, *Memorias*, XIII, p. 238. < <

[20] Bolívar al gobernador de Trujillo, 22 de junio de 1813, en O'Leary. *Memorias,* XIII, p. 278. < <

[21] Bolívar, Proclama, Trujillo, 22 de junio de 1813, en O’Leary, *Memorias*, XIII, p. 270. < <

[22] O'Leary, *Narración*, I, p. 172. < <

[23] *Gaceta de Caracas*, N.º 1,26 de agosto de 1813, p. 4, un relato más fiable que la versión sensacionalista difundida por Ducoudray-Holstein, en la que Bolívar iba en un carruaje tirado por las jóvenes. < <

[24] H. L. V. Ducoudray-Holstein, *Memoirs of Simón Bolívar, President, Liberator of the Republic of Colombia*, 2 vols, Londres, 1830,I, pp. 151,156-157. < <

[25] Bolívar, Proclama del general del ejército libertador, Caracas, 8 de agosto de 1813, en O’Leary, *Memorias*, XIII, pp. 332-333. < <

[26] Caracciolo Parra-Pérez, *Marino y la independencia de Venezuela*, 5 vols., Madrid, 1954-1957,I, pp. 134-138. < <

[27] *Ibid.*, I, p. 245. < <

[28] Bolívar a Marino, Valencia, 16 de diciembre de 1813, en *Cartas del Libertador*, I, p. 88. < <

[29] Heredia, *Memorias*, p. 159. <<

[30] Decoudray-Holstein, *Memoirs of Simón Bolívar*, I, pp. 156-157. < <

[31] Bolívar a Richard Wellesley, 14 de enero de 1814, en *Escritos*, VI, p. 63. < <

[32] Discurso ante la asamblea reunida en el convento de San Jacinto, Caracas, 2 de enero de 1814, en *Escritos*, VI, pp. 8-9. < <

[33] Parra-Pérez, *Marino y la independencia de Venezuela*, I, pp. 325-326. <<

[34] Bolívar a Coll y Prut, Caracas, 10 de agosto de 1813, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental,* I, pp. 70-71; Alberto Gutiérrez, *La Iglesia que entendió el Libertador Simón Bolívar*, Bogotá, 1981, pp.70-74. < <

[35] Bolívar a la municipalidad de Caracas, 18 de octubre de 1813, en
O'Leary
, *Memorias*, XIII, p. 397. < <

[36] Heredia, *Memorias*, p. 66. < <

[37] Heredia, *Memorias,* pp. 97, 145; Urquinaona, *Memorias*, pp. 86, 114,254. < <

[38] Bolívar al gobernador de Curazao, 2 de octubre de 1813, en *Escritos*, V, pp. 12-14, 113,204. < <

[39] Richard Vowell, *Campaigns and Cruises in Venezuela and New Grenada and in the Pacific Ocean from 1817 to 1830*, 3 vols., Londres, 1831, I, p. 76. < <

[40] Bolívar al presidente del congreso de Nueva Granada, Caracas, 14 de agosto de 1813, en *Escritos*, V, p. 29. < <

[41] Bolívar al gobernador de Valencia, 9 de septiembre de 1813, en O’Leary, *Memorias*, XIII, p. 357; Bolívar a Santander, Pamplona, 1 de noviembre de 1819, en *Cartas Santander-Bolívar*, I, pp. 186-187. < <

[42] Bolívar al congreso de Nueva Granada, 4 de septiembre de 1813, en O’Leary, *Memorias*, XIII, p. 355. < <

[43] Bolívar al gobernador de Curazao, 2 de octubre, 9 de octubre de 1813, en *Escritos*, V, pp. 204-205. < <

[44] Bolívar a Coll y Prat, 8 de febrero de 1814, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, pp. 75-76. < <

[45] O'Leary, *Narración*, I, pp. 201-202. < <

[46] Citado por Germán Carrera Damas, «Segunda República venezolana», en *Tres temas de historia*, 2.ª ed., Caracas, 1978, pp. 141-143. < <

[47] «Reflexiones sobre el estado actual de los Llanos», 6 de diciembre de 1813, citado por Germán Carrera Damas, *Boves, aspectos socio-económicos de su acción histórica*, 2.ª ed., Caracas, 1968, p. 158. < <

[48] O’Leary, *Narración*, I, pp. 195-197, 225-236; O’Leary, «*Detached Recollections*», pp. 34-36. < <

[49] Carrera Damas, *Boves*, pp. 170-188. < <

[50] «Memorial presentado al Rey en Madrid por el Pbro. Doctor don José Ambrosio Llamozas, Vicario General del Ejército de Barlovento, en las provincias de Venezuela». *BOLANH*, 18. 71 (1935). p. 168. < <

[51] *Ibid.*, p. 169. <<

[52] Heredia, *Memorias*, pp. 41-51,239. < <

[53] Austria, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, II, p. 256. <<

[54] Bolívar al director, *Royal Gazette*, Kingston, Jamaica, después del 28 de septiembre de 1815, en Pérez Vila, *Doctrina del Libertador*, pp. 75-79; Heredia, *Memorias*, p. 172. < <

[55] Austria, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, II, pp. 222, 226. < <

[56] O'Leary, *Narración*, I, pp. 212-213. < <

[57] O’Leary, *Narración*, I, 230-231. < <

[58] Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, pp. 308-312. < <

[59] *Ibid., p. 311.* < <

[60] Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, pp. 356-357. < <

[61] Bolívar, Manifiesto de Carupano, 7 de septiembre de 1814, en *Escritos*, VI, pp. 390-395. < <

[62] Bolívar a la división de Urdaneta, Pamplona, 12 de noviembre de 1814, en *Obras completas*, III, p. 614. <<

[63] Camilo Torres, en Bolívar, *Escritos*, X, p. 458. <<

[64] Bolívar a Juan Jurado, 8 de diciembre de 1814; Pey y Duquesne a los ciudadanos de Bogotá, 16 de diciembre de 1814, en O’Leary, *Memorias,* XIII, pp. 558; Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, p. 185. < <

[65] Bolívar, Discurso en el acto de instalación del gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada, 23 de enero de 1815, en Pérez Vila, *Doctrina del Libertador*, pp. 46-50. < <

[66] Bolívar, Proclama en La Popa, 8 de mayo de 1815, en O'Leary, *Memorias*, XV, pp. 14-15. < <

[67] Bolívar, Carta de Jamaica, 6 de septiembre de 1815, en *Escritos*, VIII, pp. 222-248. < <

[1] El total para toda la guerra de independencia sería de cerca de cuarenta y un mil, una cifra considerada pequeña para un ejército imperial en una región tan grande; véase Earle, *Spain and the Independence of Colombia*, pp. 30-31, 70-71. < <

[2] Margaret L. Woodward. «The Spanish Army and the Loss of America, 1810-1824», *HAHR*, 48, 1968, pp. 586-607. < <

[3] O'Leary, *Narración*, 1, pp. 297-298; Stephen K. Stoan, *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820,* Columbus, Ohio, 1974, pp. 83-84, 163. <<

[4] Bolívar a Richard Wellesley, Kingston, 27 de mayo de 1815, en O’Leary. *Memorias*. XXIX, p. 46. < <

[5] Bolívar, *Escritos*, VIII. pp. 222-248; la Carta de Jamaica se publicó por primera vez en inglés en la *Jamaica Quarterly Journal and Literary Gazette*, en julio de 1818, y en español, en Caracas en 1833. < <

[6] Mark A. Burkholder y D. S. Chandler, *From Impotence to Authority: The Spanish Crown and the American Audiencias, 1687-1808*, pp. 10-11, 74-75. 104-106. <<

[7] O’Leary, «*Detached Recollections*», p. 38. < <

[8] Bolívar al director. *Royal Gazette*, 28 de septiembre de 1815, en *Selected Writings*, I, p. 125. < <

[9] Bolívar al director. *Royal Gazette*, 15 de agosto de 1815, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 54-60. < <

[10] Bolívar al director, *Royal Gazette*, después del 28 de septiembre de 1815, en Pérez Vila, *Doctrina del Libertador*, pp. 75-79. < <

[11] R. A. Humphreys, «British Merchants and South American Independence», en *Tradition and Revolt in Latin America*, Londres, 1969, pp. 117-120. < <

[12] Bolívar a Maxwell Hyslop, 19 de mayo de 1815, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 45-46. < <

[13] Bolívar a Maxwell Hyslop, 30 de octubre, 8 de noviembre de 1815, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 66-67. < <

[14] Bolívar a Maxwell Hyslop, 3 de diciembre de 1815, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 67-68. <<

[15] *Royal Gazette*, Kingston. 16, 23 de diciembre de 1815, en O'Leary, *Memorias*, XV, pp. 28-33; *Narración*. I, p. 333. <<

[16] Paul Verna, *Pétion y Bolívar*, Caracas, 1969, pp. 157-161; Lecuna, *Crónica razonada*, I, p. 418. < <

[17] John Lynch. *Caudillos in Spanish America 1800-1850*, Oxford. 1992, pp. 4-6, 35-36. < <

[18] O'Leary, *Narración*, I, p. 350. < <

[19] Francisco Rivas Vicuña, *Las guerras de Bolívar*, 7 vols., Bogotá. 1934-1938, Santiago. 1940, II, pp. 85-95. <<

[20] Austria, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, II, pp. 454-456. < <

[21] *Ibid.*, II, p. 388. < <

[22] *Ibid.*, II, p. 385. < <

[23] «Acta de Reconocimiento de Bolívar como Jefe Supremo», 6 de mayo de 1816, en *Escritos,* IX, pp. 123-136. < <

[24] Bolívar, Ocumare, 6 de julio de 1816, en O’Leary, *Memorias*, XV, p. 84; *Escritos*, IX, pp. 188, 352. < <

[25] Bolívar a Fernández Madrid, Bogotá, 6 de marzo de 1830, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental,* I, pp. 611-613. Soublette se refirió de manera discreta al factor «amor», un comentario que enfureció a Lecuna:

O’Leary, *Narración*, I, p. 469; Lecuna, *Crónica razonada*, I, p. 469, II, p. 17. < <

[26] O'Leary, *Narración*, I, pp. 371-372. <<

[27] *Ibid.*, I, p. 385. <<

[28] Bolívar a Piar, 10 de enero de 1817, en *Escritos*, X, p. 46. <<

[29] Bolívar a Pétion, a bordo del *Indio Libre*, Jacmel, 4 de septiembre de 1816, en *Escritos*, IX, pp. 341-342, 344-345. < <

[30] Bolívar a Páez, Angostura, 15 de septiembre de 1817, en O'Leary, *Memorias*, XV, pp. 295-297. < <

[31] Bolívar a Páez, 4 de octubre, 4 de noviembre de 1817, *Ibid.*, XV, pp. 324-326, 445-447. <<

[32] Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, p. 328. < <

[33] Buenaventura de Carrocera, *Misión de los Capuchinos en Guayana*, 3 vols., BANH, Caracas, 1979, III, pp. 13-14, 318-323; O’Leary, *Narración*, I, pp. 390-391. < <

[34] Blanco y Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, V, pp. 646-647. < <

[35] Véase un testimonio al respecto en Tomás Cipriano de Mosquera. *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar, Libertador de Colombia. Perú y Bolivia*, Bogotá, 1954, pp. 221-222, quien comenta «la indignación del Libertador, a quien, pasados muchos años, le oí una vez más condenar las matanzas del Caroní, en presencia de todos nosotros, de modo muy severo». < <

[36] Bolívar a Nariño, Barinas, 21 de abril de 1821, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, p. 187. < <

[37] Manifiesto a los pueblos de Venezuela, 5 de agosto de 1817, en *Escritos*, X, p. 338; Bolívar a O'Leary, Guayaquil, 13 de septiembre de 1829, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I. pp. 588-594. < <

[38] Parra-Pérez. *Mariño y la independencia de Venezuela*, II, p. 368. < <

[39] Díaz. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* p. 336. < <

[40] Piar a Bolívar, San Felipe, 31 de enero de 1817, en O’Leary, *Memorias*, XV. pp. 150-155. < <

[41] Bolívar a Piar, 19 de junio de 1817, en *Escritos*, X, p. 264. < <

[42] Morillo al ministro de Guerra. 8 de mayo de 1817, en Antonio Rodríguez Villa, *El teniente general don Pablo Morillo, printer conde de Cartagena, marqués de La Puerta*, 4 vols., Madrid, 1908-1910 III, pp. 379-385. < <

[43] Bolívar a Briceño Méndez, 19 de junio de 1817, en O'Leary, *Memorias*, XXIX. pp. 113-114. < <

[44] Manifiesto a los pueblos de Venezuela, 5 de agosto de 1817, en *Escritos*, X. pp.335-340. < <

[45] Bolívar a Cedeño, 24 de septiembre de 1817, en *Escritos*, XI, p. 91. < <

[46] Bolívar, Manifiesto a los pueblos de Venezuela, 5 de agosto de 1817, en *Ibid.*, x. p. 337. < <

[47] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 116-117. < <

[48] Bolívar, Manifiesto a los pueblos de Venezuela, 5 de agosto de 1817, en *Escritos*, X. p. 339. < <

[49] Proclama, 17 de octubre de 1817, en *Escritos,* XI, pp. 253-254. < <

[50] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 58-59. < <

[51] Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, p. 353. <<

[52] O’Leary, *Narración*, I, p. 223. < <

[53] Bolívar, Villa del Norte, 23 de mayo de 1816, en *Obras completas*, III, pp. 634-635; Carúpano, 2 de junio de 1816, en *Decretos del Libertador*, edición de Vicente Lecuna, 3 vols., Caracas, 1961, I, pp. 55-56. < <

[54] Austria, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, II, p. 448. <<

[55] Decreto, 24 de septiembre de 1817, en *Escritos*, XI, pp. 94-95. < <

[56] Reglamento, 7 de junio 1817, Decreto, 23 de septiembre de 1817, en O’Leary, *Memorias*, XV, pp. 264-268, 304-307. < <

[57] Bolívar a Bermúdez, 7 de noviembre de 1817, en O’Leary, *Memorias*, XV, pp. 449-450; Rivas Vicuña. *Las guerras de Bolívar*, III, pp. 63-64. < <

[58] Clément Thibaud, *Repúblicas en armas: Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de Independencia (Colombia-Venezuela, 1810-1821)*, Bogotá, 2003, pp. 44, 282-287. < <

[59] Decreto, 30 de octubre de 1817, en *Escritos*. XI, pp. 318-20. <<

[60] Bolívar a Mariño. 17 de septiembre de 1817, en *Escritos*. XI, p. 27; Bolívar a Mariño, 11 noviembre de 1817, en O’Leary, *Memorias*, XV, pp. 454-455. < <

[61] Bolívar a Zaraza. 3 de octubre de 1817, a Monagas, 30 de octubre de 1817, en *Escritos,* XI, pp. 157-158, 160. < <

[62] Parra-Pérez, *Mariño y la independencia de Venezuela*, II, pp. 497-498. <<

[63] Proclama, 17 de julio de 1817, Simón Bolívar, en *Proclamas y Discursos del Libertador*, pp. 157-158. < <

[64] José Antonio Páez, *Autobiografía del General José Antonio Páez*, 2 vols., Caracas, 1973, I. pp. 86-87. < <

[65] O'Leary, *Narración*, I, p. 397. < <

[66] Páez, Autobiografía, I, p. 124. < <

[67] O'Leary, *Narración*, I, pp. 451-452; Lecuna, *Crónica razonada*, II, pp. 122-130. < <

[68] Citado por R. B. Graham, *José Antonio Páez*, Londres, 1929, pp. 108-109, 114-115, 134;
O'Leary
, *Narración*, I, p. 451. < <

[69] Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, p. 324. < <

[70] Páez, *Autobiografía*, I, p. 128. < <

[71] Richard Vowell, *Campaigns and Cruises in Venezuela and New Grenada*, I, pp. 65-68. En el catálogo de la British Library figura como Vawell. Sobre la influencia de los mercenarios experimentados en la nueva generación de oficiales, véase Thibaud, *Repúblicas en armas*, pp. 411-425. < <

[72] Bolívar a Morillo, 13 de febrero de 1818, en O’Leary, *Memorias*, XV, p. 571. < <

[73] Bolívar a Páez, Calabozo, 24 de febrero, 28 de febrero de 1818, en O’Leary, *Memorias*, XV, pp. 600, 601. < <

[74] O’Leary, «*Detached Recollections*», pp. 39-40. < <

[75] Páez, *Autobiografía*, I, pp. 153-154; O’Leary, *Narración*, I, pp. 489-491, «*Detached Recollections*», pp. 19-20; Bolívar a Páez, Angostura, 25 de junio de 1818, en O’Leary, *Memorias*, XVI, p. 58. < <

[76] O’Leary, *Narración*, I, p. 461. < <

[77] Discurso ante el consejo de Estado, Angostura, 1 de octubre de 1818, en O'Leary, *Memorias*, XVI, p. 103. < <

[78] Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, pp. 412-414. < <

[79] Rodríguez Villa, *Pablo Morillo*, IV, pp. 626-629; Earle, *Spain and the Independence of Colombia*, pp. 70, 86. < <

[80] Bolívar, Declaración de Angostura, 20 de noviembre de 1818, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, II, pp. 68-71. < <

[1] O’Leary, *Narración*, I, p. 496. < <

[2] *Correo del Orinoco*, 20 de febrero de 1819. < <

[3] Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819, en Simón Bolívar, *Obras completas*, III, pp. 674-697; publicado por primera vez en versión abreviada en el *Correo del Orinoco*, 20, 27 de febrero, 6, 13 de marzo de 1819; en Angostura apareció al mismo tiempo una versión en inglés, y una versión en español, revisada por Bolívar, se publicó en Bogotá en abril de 1820. Véase Pedro Grases, *El Libertador y la Constitución de Angostura de 1819*, Caracas, 1970. < <

[4] Discurso de Angostura, en *Obras completas*, III, p. 679. < <

[5] Carta de Jamaica, en *Escritos*, VIII, p. 241. < <

[6] Contrato con H. C. Wilson, 1 de julio de 1817, con G. Hippisley, 15 de octubre de 1817, en O'Leary, *Memorias*, XV, pp. 270-273, 345-347. Además de los soldados también sirvieron cerca de un millar de marinos. < <

[7] Eric Lambert. «Los legionarios británicos», en *Bello y Londres*, Segundo Congreso del Bicentenario, 2 vols., Caracas, 1980-1981, I, pp. 355-376; véase también del mismo autor *Voluntarios británicos e irlandeses en la gesta bolivariana*, 3 vols., Caracas, 1983-1993. Para una valoración conceptual y narrativa de los aventureros extranjeros, véase Matthew Brown, «Esclavitud, castas y extranjeros en las guerras de la Independencia de Colombia», *Historia y Sociedad*. 10, (2004), pp. 109-125. < <

[8] D. A. G. Waddell, «British Neutrality and Spanish-American Independence: The Problem of Foreign Enlistment», *JLAS*, 19, I (1987), pp. 1-18. <<

[9] Proclama de Morillo a los jefes ingleses, Achaguas, 26 de marzo de 1819, citada en Rodríguez Villa, *Pablo Morillo*, IV; pp. 108-109. <<

[10] Un oficial británico de servicio en Venezuela, Margarita, 1 de julio de 1819, *Correo del Orinoco*, 27 de noviembre de 1819. < <

[11] John P. Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia, 2* vols., Londres, 1827,I, p. 31. < <

[12] Charles Stuart Cochrane, *Journal of a Residence and Travels in Colombia, during the years 1823 and 1824, 2* vols., Londres, 1825, I, p. 496. <<

[13] Carlos Pi Sunyer, *Patriotas americanos en Londres*, p. 242. <<

[14] Barreiro a Sámano, 13, 23 de marzo de 1819, en Alberto Lee López, ed., *Los Ejercitos del Rey*, 2 vols., Bogotá, 1989, II, pp. 7-8, 29-32; Santander a Bolívar, 29 de abril, 5 de mayo de 1819, en *Cartas Santander-Bolívar*, I, pp. 83-89. < <

[15] Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819, en *Obras completas*, III, pp. 695-696. <<

[16] Earle, *Spain and the Independence of Colombia*, p. 133, y del mismo autor «Popular Participation in the Wars of Independence in New Granada», en Anthony McFarlane y Eduardo Posada-Carbó, eds., *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems*, ILAS, Londres, 1999, pp. 87-101. < <

[17] Bolívar a Páez, Angostura, 19 de agosto de 1818, en O'Leary, *Memorias*, XVI, p. 86; a Granadinos, 15 de agosto de 1818, en *Ibid.*, XVI, p. 84. < <

[18] O'Leary, *Narración*, I, p. 543. < <

[19] O'Leary, «*Detached Recollections*», p. 40, que no señala la fecha de este incidente en los llanos. < <

[20] Bolívar a Santander, Cañafístola, 20 de mayo de 1819, en *Cartas Santander-Bolívar*, I, p. 92; Morillo al secretario de Guerra, Calabozo, 12 de mayo de 1819, en Rodríguez Villa, *Pablo Morillo*, II, p. 401, IV, pp. 25-32. < <

[21] O'Leary, «*Detached Recollections*», pp. 20-21, 54-55; *Narración*, I, pp. 546-551. < <

[22] Bolívar a Páez, Arauca, 4 y 5 de junio de 1819, en O'Leary, *Memorias*, XVI. 391-396; Páez a Bolívar, 24 de mayo, 15, 28 de junio, 21 de julio de 1819, en *Ibid.*, II, pp. 28-35. < <

[23] O'Leary, *Narración*, I, p. 555. < <

[24] Bolívar al vicepresidente Paya, 30 de junio de 1819, en O’Leary, *Memorias*, XVI, p. 406. < <

[25] Vowell, *Campaigns and Cruises in Venezuela and New Grenada*, I, p. 163. < <

[26] Bolívar a Zea, Bolívar a Páez. 30 de junio de 1819, a los habitantes de Nueva Granada. Paya, 30 de junio de 1819, en O’Leary, *Memorias*, XVI, pp. 404-407. < <

[27] Francisco de Paula Santander, *Escritos autobiográficos 1820-1840,* edición de Guillermo Hernández de Alba. Bogotá. 1988, p. 7. < <

[28] O'Leary, *Narración*, I, p. 572. < <

[29] Lambert, *Voluntarios británicos e irlandeses en la gesta Bolívariana*, I. p. 32. < <

[30] O'Leary, *Narración*, I, pp. 576-579; Soublette. *Boletín del Ejercito Libertador*, 8 de agosto de 1819, en O'Leary, *Memorias*, XVI, pp. 429-430. < <

[31] Earle, *Spain and the Independence of Colombia*, pp. 136-137. < <

[32] *Boletín del Ejercito Libertador*, 11 de agosto de 1819, en O'Leary. *Memorias*, XVI, p. 431. < <

[33] Rodríguez Villa, *Pablo Morillo*, IV. pp. 70-71. < <

[34] Bolívar a Santander, 8 de noviembre de 1819, en *Cartas Santander-Bolívar*, I, p. 204. < <

[35] Bolívar, Proclama, Santa Fe, 26 de agosto de 1819, en O’Leary, *Memorias*, XVI, p. 576. < <

[36] O’Leary, *Narración*, 11, p. 8. < <

[37] O'Leary, «*Detached Recollections*», p. 12. < <

[38] Santander a Bolívar, 17 de octubre de 1819, en *Cartas Santander-Bolívar*, I, p. 156. < <

[39] O'Leary, *Narración*, 1, pp. 584-588; Santander a Bolívar, 17 de octubre de 1819, en *Cartas Santander-Bolívar*, I, pp. 154-158. <<

[40] Bolívar a Santander. Pamplona, 26 de octubre de 1819, en *Cartas Santander-Bolívar*, I, pp. 176-178; Zea a Bolívar, Saint Thomas, 30 de marzo de 1820, en O’Leary, *Memorias*, IX, p. 255. < <

[41] Santander, *Escritos autobiográficos*, p. 15. < <

[42] O'Leary, *Narración*, I. pp. 552-555. <<

[43] Bolívar a Santander, 30 de mayo, 22 de julio de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, II, pp. 167-169, 244. < <

[44] *Correo del Orinoco*, 11 de diciembre de 1819. <<

[45] Bolívar al congreso, Angostura, 14 de diciembre de 1819, en O'Leary, *Memorias*, XVI, p. 565, XXVIII. p. 18. < <

[46] Santander a Bolívar, 15 de febrero de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, II, pp. 10-15. <<

[47] O'Leary, *Narración*, 11, pp. 32-36. < <

[48] Bolívar a Santander. 1 de junio de 1820, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*. I, p. 170. <<

[49] Bolívar a Santander. 19 de junio, 1 de agosto de 1820, Santander a Bolívar, 13 de agosto de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, II, pp. 188, 259, 270-271. < <

[50] Véase el capítulo 7. < <

[51] O’Leary, «*Detached Recollections*», p. 12. <<

[52] Morillo al ministro de Guerra, 30 de septiembre de 1819, en Rodríguez Villa, *Pablo Morillo*, IV, p. 70. < <

[53] Bolívar a Gabriel de Torres, Turbaco, 29 de agosto de 1820, en O'Leary. *Narración*, II, p. 44; Bolívar a Soublette, Rosario, 19 de junio de 1820, en O'Leary. *Memorias*, XXIX. p. 162. <<

[54] Lecuna, *Crónica razonada,* II. pp. 463-466; O'Leary, *Narración*, 11, p. 58. <<

[55] Bolívar a Morillo, 30 de noviembre de 1820, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, p. 177; Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 121-122. < <

[56] Relación de la entrevista de Santa Ana, en Rodríguez Villa, *Pablo Morillo*, IV. pp. 320-323. < <

[57] O'Leary, *Narración*, I, p. 4. < <

[58] Bolívar a Santander, 29 de noviembre de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, pp. 71-74. < <

[59] Resumen sucinto de la vida del general Sucre. 1825, en *Archivo de Sucre,* Caracas, 1973, I. p. XI.I. < <

[60] Sucre a Bolívar, 17 de octubre de 1817, en *Ibid.*, I, p. 12. < <

[61] O'Leary, *Narración*, II, p. 68. < <

[62] Briceño Méndez a Sucre, Bogotá, 21 de enero de 1821, Bolívar, Instrucciones, 21 de enero de 1821, en O'Leary, *Memorias*, XVIII, pp. 30-35. < <

[63] O'Leary, *Narración*, II, pp. 68-69. < <

[64] Bolívar a La Torre, 19 de febrero de 1821, en O’Leary. *Memorias*, XVIII. pp. 77-80. < <

[65] Proclama. 17 de abril de 1821, Simón Bolívar, en *Proclamas y Discursos del Libertador*, pp. 256-257. <<

[66] Bolívar a Santander, Valencia, 25 de junio de 1821, en *Cartas Santander-Bolívar*. III. pp. 115-117. < <

[67] Bolívar a Gual, Guanare, 24 de mayo de 1821, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, p. 207. < <

[68] O’Leary, *Narración,* II, pp. 81-83; véase también Briceño Méndez, Caracas, 30 de junio de 1821, en O’Leary, *Memorias*, XVIII, pp. 350-355; Lecuna, *Crónica razonada*. III, pp. 39-56. < <

[69] *Carabobo 24 June 1821: Some Accounts Written in English*, edición de Eric Lambert, Caracas, 1974, p. 25. < <

[70] La Torre, Puerto Cabello, 6 de julio de 1821, en O’Leary, *Memorias*, XVIII, p. 368, < <

[71] Lambert, «Los legionarios británicos», p. 369. < <

[72] O’Leary, *Narración*, II, 94; en otro lugar,
O’Leary
dice que no conoce el número exacto pero que no eran menos de un centenar, «*Detached Recollections*», p. 51. < <

[73] Bolívar a Santander, 10 de julio de 1821, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, pp. 119-120. < <

[74] Sobre la política de la tierra, véase el capítulo 7. < <

[75] Bolívar al vicepresidente, Valencia, 16 de julio de 1821, en O'Leary. *Memorias,* XVIII, pp. 390-391. < <

[1] Bolívar a Nariño, 21 de abril de 1821, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, p. 187. < <

[2] Bolívar a Santander, San Carlos, 13 de junio de 1821, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, pp. 113-114. <<

[3] O'Leary, *Narración*, II, pp. 99-104. < <

[4] Bolívar a Azuola, 9 de marzo de 1821, a Peñalver, 21 de abril de 1821, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, pp. 184-185. < <

[5] Bolívar a Gual, Maracaibo, 16 de septiembre de 1821, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 219-220. <<

[6] Bolívar al presidente del congreso de Colombia, 1 de octubre, discurso ante el congreso, 3 de octubre de 1821, en O’Leary, *Memorias*, XVIII, pp. 540-543. < <

[7] Cochrane, *Journal of a Residence and Travels in Colombia*, II, p. 42; John Miller, ed., *Memoirs of General Miller in the Service of the Republic of Peru*, 2 vols., 2.ª ed., Londres, 1829, II, p. 285. < <

[8] Algunas fuentes hablan de una cifra aún menor para la población de la posguerra. Véase John V. Lombardi, *People and Places in Colonial Venezuela*, p. 132; Miguel Izard, *Series estadísticas para la historia de Venezuela*, Mérida, 1970, p. 9, y del mismo autor *El Miedo a la Revolución: La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*, pp. 45-47. <<

[9] O'Leary, «*Detached Recollections*», pp. 37-38. < <

[10] Sutherland a Bidwell, Maracaibo, 28 de julio de 1827, National Archives, PRO, FO 18/41. < <

[11] Ker Porter, 15 de enero de 1832, *Sir Robert Kir Porter's Caracas Diary, 1825-1842*, edición de Walter Dupouy, Caracas 1966, p. 597. < <

[12] Andrés Level de Goda, «Antapodosis», *BOLANH*, 16 (1933), p. 631. < <

[13] J. A. Polanco Páez a Páez, 8 de enero de 1826, en AGN, Intendencia de Venezuela, vol, CCIXXXVI. < <

[14] Páez, *Autobiografía*, 1, p. 464. < <

[15] Ker Porter, 21 de marzo, 5 de abril de 1827, 16 de diciembre de 1830, *Caracas Diary*, pp. 229, 233, 517. < <

[16] Reglamento para hacendados y criadores del Llano. 25 de agosto de 1828, en Universidad Central de Venezuela, *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela (1800-1830)*, vol. I, Caracas, 1964, pp. 511-516. < <

[17] *Decretos del Libertador*, 1, pp. 55-56; John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854*, Westport, 1971, pp. 41-46. Sobre los primeros esfuerzos de Bolívar por beneficiar a los esclavos, véase el capítulo 5. < <

[18] Bolívar a Santander. 10 de mayo, 30 de mayo de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, II, pp. 137, 167-168. < <

[19] *Correo del Orinoco*, 5 de febrero de 1820. < <

[20] Santander a Bolívar, 2 de abril de 1820. Bolívar a Santander, 18 de abril de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, II, pp. 64, 85-86. <<

[21] Harold H. Bierck, «The Struggle for Abolition in Gran Colombia», *HAHR*, 33 (1953), pp. 365-386; Lombardi, *Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela*, pp. 48-50. < <

[22] O'Leary, *Narración* II, pp. 102-103. < <

[23] *Decretos del Libertador*, II, pp. 345-352; Sutherland a Bidwell, 18 de diciembre de 1827, National Archives, PRO, FO 18/46. <<

[24] Mensaje al congreso de Bolivia. 25 de mayo de 1826, en *Obras completas*. III. pp. 768-769. < <

[25] Bolívar a Santander. Zumbique. 29 de diciembre de 1821, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, p. 178. < <

[26] Juan Paz del Castillo, Memoria sobre el estado político y militar del Ecuador, Quito, 6 de septiembre de 1825, en O’Leary, *Memorias*, XXIII, p. 309. < <

[27] Decretos del 20 de mayo de 1820 y el 12 de febrero de 1821, en *Decretos del Libertador*, I, pp. 194-197, 227-230. < <

[28] *Actas del Congreso de Cúcuta 1821*. Biblioteca de la Presidencia de la República, 3 vols.. Bogotá. 1989, III, pp. 201-203. <<

[29] Timothy E. Anna. *The Fall of the Royal Government in Peru*, Lincoln, Nebraska, 1979, pp. 62-63. < <

[30] Decretos del 8 de abril y el 4 de julio de 1825, en *Decretos del Libertador*, I, pp. 295-296,410-411. < <

[31] Decreto del 4 de julio de 1825, en *Decretos del Libertador*, I. pp. 407-408. < <

[32] Decreto del 15 de octubre de 1828, en *Decretos del Libertador*, III, pp. 171-178. <<

[33] Bolívar a Santander, 28 de junio de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, p. 1. < <

[34] Decretos del 3 de septiembre y 10 de octubre de 1817, en *Escritos*, XI, pp. 75-77,219-221; *Materiales para el estudio de la cuestión agraria*, I, pp. 201-202, 204-205; Bolívar a Zaraza, 11 de octubre de 1817, en *Escritos*, XI, p. 227. < <

[35] Discurso de Angostura, en *Obras completas*. III, p. 694. < <

[36] Bolívar a la Comisión de Tierras, 3 de diciembre de 1817, en *Materiales para el estudio de la cuestión agraria*, I, p. 211; Parra-Pérez, *Marino y la independencia de Venezuela*, III, p. 225. < <

[37] Soublette al ministro de Hacienda, 5 de octubre de 1821, en *Materiales para el estudio de la cuestión agraria*, I, p. 311. < <

[38] Briceño Méndez a Gual, 17 de julio de 1821, en O'Leary, *Memorias*, XVIII, pp. 393-395. Véase también Francisco Miguel López, *Contribución al estudio de la ley de haberes militares y sus repercusiones*, Caracas, 1987, pp. 16-36. < <

[39] Bolívar a Santander, 30 de mayo de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, II, p. 168; Bolívar a Gual, 24 de mayo de 1821, en O'Leary, *Memorias*, XXIX, p. 207. < <

[40] Briceño Méndez a Gual, 20 de julio de 1821, en O’Leary, *Memorias*, XVIII, p. 399. < <

[41] Decreto del 18 de enero de 1821, en *Decretos del Libertador*, I. pp.222-223. < <

[42] Páez a Santander, febrero-marzo de 1825, en *Materiales para el estudio de la cuestión agraria*, I, pp. 421-422; David Bushnell, *The Santander Regime in Gran Colombia*, Newark, Delaware, 1954, p. 281; Izard, *La lucha por la libertad en Venezuela*, pp. 158-163. < <

[43] Antonio M. Briceño al senado, Bogotá, 30 de marzo de 1825, en Bushnell, *Santander Regime*, p. 279. < <

[44] Briceño Méndez a Gual, 17 de julio de 1821, en O'Leary, *Memorias*, XVIII, p. 39. <<

[45] *El Venezolano*, Caracas, 2 de septiembre de 1822, en *Materiales para el estudio de la cuestión agraria*, I, p. 327. < <

[46] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 112-113. < <

[47] Sobre el impacto económico de la guerra, véase Hermes Tovar Pinzón, «La lenta ruptura con el pasado colonial», pp. 87-1 17; Anthony McFarlane, «Economía política y política económica en Colombia, 1819-1850», Antonio Annino, ed., *America Latina: Dallo Stato Coloríale alio Stato Nazione*, 2 vols., Milán, 1987, I, pp. 187-208; Earle, *Spain and the Independence of Colombia*, pp. 92-104. < <

[48] Miguel Izard, «Período de la Independencia y la Gran Colombia, 1810-1830», en *Política y Economía en Venezuela 1810-1976*, Fundación John Boulton, Caracas, 1976, pp. 1-31. < <

[49] Tupper a Canning, La Guaira, 21 de febrero de 1824, en *British Consular Reports on the Trade and Politics of Latin America 1824-1826*, edición de R. A. Humphreys, Londres, 1940, p. 275. <<

[50] Hamilton, *Travels through the Interior Provinces Of Colombia*, I, pp. 244-245. < <

[51] Ricketts a Canning, 27 de diciembre de 1826, en *British Consular Reports*, pp. 101-206. < <

[52] *Ibid.*, p. 195. <<

[53] Capitán Basil Hall, *Extracts from a Journal written on the coasts of Chili. Peru, and Mexico in the years 1820. 1821, 1822*, 2 vols., 3.a ed., Edimburgo. 1824,I, p. 268. < <

[54] Carta de Jamaica, en *Escritos*. VIII, 233-234. < <

[55] Decreto, Lima, 12 de enero de 1824, en *Decretos del Libertador*, I, p. 283; Watts a Canning, Cartagena, 9 de mayo de 1824, *British Consular Reports*, p. 258. <<

[56] Cochrane, *Journal of a Residence and Travel in Colombia*, II, pp. 44-45. < <

[57] Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, I, p. 74. < <

[58] Hamilton a Planta, 7 de marzo de 1825, National Archives, PRO, FO 18/3. < <

[59] Decreto, Quito, 25 de junio de 1822, en *Decretos del Libertador*, I, pp. 260-261; Wood a Canning, 28 de febrero de 1826, en *British Consular Reports*, pp. 226-227. < <

[60] Tupper a Canning, La Guaira, 21 de febrero de 1824, en *British Consular Reports*, pp. 275-277. < <

[61] Decreto, Coro, 20 de diciembre de 1826, en *Decretos del Libertador*, 11, p- 68. < <

[62] Decretos, Cuzco, 5 de julio de 1825, en *Decretos del Libertador*, I, pp. 413-415. <<

[63] Decreto del 23 de diciembre de 1828, en *Decretos del Libertador*, III. p. 270. < <

[64] Revenga al Director General de Rentas, en José Rafael Revenga, *La hacienda pública de Venezuela en 1828-1830*, Caracas, 1953, p. 218. <<

[65] Anthony McFarlane, *Colombia before Independence: Economy, Society, and Politics under Bourbon Rule*, Cambridge, 1993, pp. 347-352. < <

[66] Frank Griffith Dawson, *The First Latin American Debt Crisis: The City of London and the 1822-25 Loan Bubble*, New Haven, 1990, pp. 34-37, 56-59, 75-76, 249. <<

[67] Tovar, «La lenta ruptura con el pasado colonial», p. 116. <<

[68] Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, II, p. 4. < <

[69] *Ibid.*, I, pp. 34, 259-260. < <

[70] Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia 1810-1930,* Medellín, 1955, pp. 132-135. < <

[71] Revenga, 5 de mayo, 7 de agosto de 1829, en *Hacienda pública de Venezuela*, pp. 95-96, 203. <<

[72] Bolívar a Santander, 28 de junio, 10 de julio de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, pp. 1-4, 8-9. <<

[73] Bolívar a Sucre, 22 de enero de 1826, en *Obras completas*, II, pp. 296-297. <<

[74] Bolívar a Santander, Potosí, 21 de octubre de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, p. 86. < <

[75] Bolívar a Páez, Bogotá. 16 de agosto de 1828, en *Obras completas*, II, p. 945. < <

[76] Charles Milner Ricketts a Canning, Lima. 27 de diciembre de 1826, en *British Consular Reports*, p. 145. < <

[1] Proclama al pueblo de Colombia, 21 de julio de 1821, en O’Leary, *Memorias*, III, p. 457. < <

[2] Bolívar a Santander, Tocuyo, 16 de agosto de 1821, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, p. 132. < <

[3] O'Leary, *Narración*, II, p. 118. < <

[4] Véase el capítulo 6. < <

[5] Para un relato interesante, aunque no del todo preciso, sobre la resistencia realista en Pasto escrito por el cónsul británico en Guayaquil, véase «History of events in Pasto», Henry Wood a Canning, Popayán, 30 de junio de 1825, National Archives, PRO, FO 18/21. < <

[6] Earle, *Spain and the Independence of Colombia*, pp. 47-54. <<

[7] O'Leary, *Narración*, II, pp. 122-123; Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, II, pp. 44-45. < <

[8] Bolívar a Santander, Popayán, 29 de enero de 1822, Santander a Bolívar, 30 de enero de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, pp. 194-198, 203-204. < <

[9] Proclama, 18 de febrero de 1822, en O’Leary, *Memorias*, XIX, p. 187. < <

[10] Salom, *Boletín del Ejercito Libertador*, 8 de abril de 1822. Bolívar al coronel Lara. Cariaco, 15 de abril de 1822, en O’Leary, *Memorias*, XIX, pp. 236-240, 251. < <

[11] Bolívar al obispo de Popayán, 10 de junio de 1822, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, p. 214. < <

[12] Sucre, Documentos relativos a la campaña del sur, Quito, 28 de mayo de 1822, en O'Leary, *Memorias*, XIX, pp. 290-292. < <

[13] Bolívar a Santander, Pasto, 9 de junio de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, pp. 225-228. < <

[14] *Escritos*, XXIII, pp. 233-234. La primera copia conocida del documento está fechada el 13 de octubre de 1822, y la primera publicación es de 1833; el original no se ha encontrado. Véase Pedro Grases, *Estudios Bolivarianos (Obras*, IV; Barcelona. 1981), pp. 367-386, 666. Polanco Alcántara, *Simón Bolívar*, pp. 649-654, presenta la anécdota como una posibilidad. Para un punto de vista escéptico sobre la autenticidad del escrito, véase Gerhard Masur, *Simón Bolívar*, Albuquerque, 1948, p. 463, n. 45. < <

[15] Bolívar a Olmedo, Cali, 2 de enero de 1822, en *Obras completas*, I, pp.612-613. < <

[16] Decreto, 13 de julio de 1822, en O'Leary. *Memorias*, XIX, pp. 333-334, *Narración*, II, pp. 148-151, «*Detached Recollections*», pp. 31-33. < <

[17] Véase John Lynch, *San Martín: Argentine Patriot, American Liberator*, ILAS, Londres, 2001, pp. 2-4. < <

[18] Bolívar a San Martín, Trujillo, 23 de agosto de 1821, en O'Leary, *Memorias*. XXIX. p. 214. < <

[19] Bolívar a San Martin, Quito, 17 de junio de 1822, en O'Leary, *Memorias*, XIX, p. 307; Bolívar a San Martin, 22 de junio de 1822, en *Cartas del Libertador*, III, pp. 50-52. < <

[20] San Martin a Bolívar, Lima, 13 de julio de 1822, en O'Leary, *Memorias*, XIX, pp. 335-336. <<

[21] Sobre la conferencia de Guayaquil, uno de los acontecimientos más polémicos y menos documentados de la guerra de independencia hispanoamericana, véase Vicente Lecuna. *La entrevista de Guayaquil*, 2 vols., 4.ª ed., Caracas, 1962-1963, y Gerhard Masur, «The Conference of Guayaquil», *HAHR*, 31 (1951), pp. 189-229, la interpretación más convincente. < <

[22] J. G. Pérez a Gual, Guayaquil. 29 de julio de 1822, en *Obras completas*, I, pp. 655-659. < <

[23] San Martín a William Miller, Bruselas, abril de 1827, en Lecuna, *La entrevista de Guayaquil*, II, p. 467. < <

[24] San Martín a Bolívar, 29 de agosto de 1822, una carta cuya autenticidad es objeto de discusión. Véase A. J. Pérez Amuchástegui, *La «carta de Lafond» y la perceptiva historiográfica*, Córdoba, 1962, pp. 141-50, e *Ideología y acción de San Martín*, Buenos Aires, 1966, pp. 55-57. < <

[25] San Martín a Guido, 18 de diciembre de 1826,21 de junio de 1827, en Museo Mitre, *Documentos del Archivo de San Martín*, 12 vols., Buenos Aires, 1910-1911, VI. pp. 504,529. < <

[26] Rubén Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6 vols.. Barcelona, 1966. VI, p. 240. < <

[27] San Martín a Guido, 18 de diciembre de 1826, en Documentos del Archivo de San Martín, VI, p. 503. < <

[28] Bolívar a San Martín, Guayaquil, 25 de julio de 1822, en O'Leary, *Memorias*, XIX, p. 338. < <

[29] Bolívar a Santander, Guayaquil, 29 de julio de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, p. 243. < <

[30] Bolívar a Santander, Quito, 6 de diciembre de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, 111, p. 282. < <

[31] Bolívar a Fernando Toro, Cuenca, 23 de septiembre de 1822, en *Obras completas,* I, pp. 683-685. < <

[32] O’Leary, «*Detached Recollections*», pp. 23-26, 37. < <

[33] Earle, *Spain and the Independence of Colombia*, 164-165. < <

[34] Decretos, 13 de enero de 1823, en *Decretos del Libertador*, I, pp. 273-275. < <

[35] Bolívar a Santander, Ibarra, 23 de diciembre de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, Ill, p. 288. < <

[36] Bolívar a Santander, Quito, 6 de diciembre de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, p. 283. < <

[37] Bolívar a Santander, Tulcán, 31 de diciembre de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, III. pp. 290-291; O'Leary, *Narración*, II, pp. 182-184. < <

[38] Más tarde diría a sus amigos que no tenía heredero, «porque su esposa murió muy temprano y él no ha vuelto a casarse, pero que no se crea sea estéril o infecundo porque tiene pruebas de lo contrario». Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, p. 96. < <

[39] Bolívar a Bernardina Ibáñez, Cali, 5 de enero de 1822, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, pp. 212-213. < <

[40] Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz: La libertadora del Libertador*, 6.ª ed., Caracas, 1962; Cornelio Hispano, *Historia secreta de Bolívar, su gloria y sus amores*, Medellin, 1977; Blanca Gaitán de París, *La mujer en la vida pública del Libertador*, Bogotá, 1980; Victor Wolfgang von Hagen, *The Four Seasons of Manuela: The Love Story of Manuela Sáenz and Simón Bolívar*, Londres, 1966, son algunos ejemplos de la tendencia a mezclar los hechos con la realidad. Preferiblemente véase Bernardo J. Caicedo, «El supuesto rapto de Manuelita Sáenz», *BAGN*, 71 (1981), pp. 130-135. Jorge Villalba Freire, *Manuela Sáenz en la leyenda y en la historia*, Caracas 1988, *Manuela Sáenz, Epistolario*, Quito, 1986, y en especial Pamela S. Murray, «"Loca" or "Libertadora"? Manuela Sáenz in the Eyes of History and Historians, 1900-c. 1990», *JLAS*, 33, 2 (2001), pp. 291-310, una interpretación perspicaz y original. <<

[41] Bolívar a la familia Garaycoa, Quito, 16 de noviembre de 1822, Babahoyo, 16 de junio de 1823, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I , pp. 230,254-255. <<

[42] Bolívar a las damas Garaycoa, Cuenca, 14 de septiembre de 1822, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, p. 223; Cartas de mujeres, *BOLANH*, 16, 62 (1933), pp. 335, 339, 341. <<

[43] Manuela Garaycoa, Guayquil, 15 de junio de 1826, 2 de enero de 1827, 14 de agosto de 1828, en Cartas de mujeres, *BOLANH*, 16, 62 (1933), pp. 337, 338-339, 340. < <

[44] Bolívar a la familia Garaycoa, Bogotá, 16 de noviembre de 1827, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, p. 498.
<<

[45] La Gloriosa a Bolívar, Guayaquil, 13 de junio de 1830, *BOLANH*, 16,62(1933), p. 341. < <

[46] J-B. Boussingault, *Memorias*, Caracas, 1974, pp. 303, 306. Sobre Boussingault véase el ensayo de Germán Carrera Damas, *La Disputa de la Independencia*, Caracas, 1995, pp. 87-1 16. < <

[47] Manuela Sáenz a Bolívar, Quito, 30 de diciembre de 1822, en Cartas de mujeres, *BOLANH*. 16, 62 (1933), p. 332. < <

[48] Bolívar a Santander, Huamachuco, 6 de mayo de 1824, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV; pp. 240-241. <<

[49] Manuela Sáenz al capitán Santana, Huamachuco, 28 de mayo de 1824. BANH, 16. 62 (1823), p. 332. < <

[50] Manuela Sáenz a Thome, octubre de 1823, en Vicente Lecuna, «Papeles de Manuela Sáenz», *BOLANH*, 28, 112 (1945), pp. 501-502; Bolívar a Manuela Sáenz, La Plata, 26 de noviembre de 1825, en *Cartas del Libertador*, V, p. 180; véase también O'Leary, *Narración*, III, pp. 338-339, nota. < <

[51] Bolívar a Manuela Sáenz, Ica, 20 de abril de 1825, en *Cartas del Libertador*, IV, pp. 315-316. < <

[52] Bolívar a Manuela Sáenz, 13 de octubre de 1825, en *Cartas del Libertador*, V, pp. 121-122; Manuela Sáenz a Bolívar, Lima, 27 de noviembre de 1825, *BOLANH*, 16, 62 (1933), p. 334. < <

[53] Bolívar a Manuela Sáenz, Lima, 6 de abril de 1826, en *Obras completas*, 11, p. 345; Bolívar a Manuela Sáenz, La Magdalena, julio de 1826, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, pp. 422-423. < <

[54] Manuela Sáenz a Bolívar, Lima, 27 de noviembre de 1825, en Cartas de mujeres, *BOLANH*, XVI. p. 334. < <

[55] Bolívar a Manuela Sáenz, Ibarra, 6 de octubre de 1826, en *Cartas del Libertador*, VI, p. 80. < <

[56] Bolívar a Manuela Sáenz, Bucaramanga, 3 de abril de 1828, en *Cartas del Libertador*, VI, p. 80. < <

[57] Bolívar a Manuela Sáenz, finales de julio de 1828, en *Cartas del Libertador*, VII, p. 377: Bolívar a Manuela Sáenz, 11 de mayo de 1830, en *Cartas del Libertador*, IX, p. 265. < <

[58] Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*, 10 vols., 5.a ed., Lima, 1961-1964, I, p. 332. <<

[59] Susy Sánchez, «Clima, hambre y enfermedad en Lima durante la Guerra independentista (1817-1826)», en Scarlett O'Phelan Godoy, ed., *La Independencia en el Perú: De los Borbones a Bolívar*, Lima, 2001, pp. 237-263. < <

[60] Bolívar a Santander, 12-14 de marzo de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 31. < <

[61] Bolívar a Riva Agüero, Guayaquil, 13 de abril de 1823, en *Obras completas,* I, pp. 731-733. < <

[62] Sucre a Bolívar, El Callao, 19 de junio de 1823, en O’Leary, *Memorias*, I, p. 47. < <

[63] O’Leary, *Narración*, II, p. 211. < <

[64] Bolívar a Santander, Quito, 3 de julio de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 87. <<

[65] O’Leary, «*Detached Recollections*», p. 29. < <

[66] Bolívar a Santander, Lima, 11 de septiembre, 20 de septiembre de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, pp. 127, 135-136. < <

[67] Miller, *Memoirs*, II, pp. 102-104. <<

[68] Bolívar a Santander, Lima, 11 de septiembre de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, pp. 127-128. < <

[69] Bolívar a Santander, Trujillo, 21 de diciembre de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 187; Proclama, 25 de diciembre de 1824, en *Proclamas y discursos del Libertador*, p. 298. < <

[70] Bolívar a Santander, Pallasca, 8 de diciembre de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 174. < <

[71] Bolívar a Santander, Pativilca. 9 de enero de 1824, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, pp. 196-199. < <

[72] Bolívar a Torre Tagle, Pativilca, 7 de enero de 1824, en *Obras completas*, I, pp. 861-863. < <

[73] O'Leary. *Narración*, II, pp. 241-244; Anna, *Fall of the Royal Government in Peru*, pp. 222-225. < <

[74] Bolívar a Santander, Pativilca, 23 de enero de 1824, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, pp. 202-205. < <

[75] Mosquero a Restrepo, 2 de agosto de 1854, en Blanco y Azpurua, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, IX, pp. 343-344. < <

[76] O’Leary, *Narración*, II, p. 240. < <

[77] Bolívar a Santander, Trujillo, 16 de marzo de 1824, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 227. <<

[78] Bolívar a Santander, Lima, 13 de octubre de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 150. < <

[79] Scarlett O’Phelan, «Sucre en el Perú: Entre Riva Agüero y Torre Tagle», *La Independencia del Perú*, pp. 379-406. < <

[80] Bolívar a Sucre, Pativilca, 26 de enero de 1824, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 409-417. < <

[81] James Dunkerley, *The Third Man: Francisco Burdett O'Connor and the Emancipation of the Americas*, ILAS, Londres, 1999, pp. 15-17; Celia Wu, *Generals and Diplomats: Great Britain and Peru 1820-1840*, Cambridge, 1991, pp. 9-23. < <

[82] Anna, *Fall of the Royal Government in Peru*, pp. 228-231. <<

[83] Bolívar a Sucre, Huaraz, 9 de junio de 1824, en O’Leary, *Memorias*, XXIX, p. 507. < <

[84] Miller, *Memoirs*, II, pp. 148-149. < <

[85] Proclama. Pasco, 29 de julio de 1824, en O’Leary, *Memorias*, XXII, p. 413. < <

[86] Santa Cruz, Parte oficial, 7 de agosto de 1824, en O'Leary, *Memorias*, XXII, p. 423. < <

[87] Bolívar a Sucre, Huamanga, 4 de septiembre de 1824, en O'Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 513-515; Bolívar, Resumen sucinto de la vida del General Sucre, 1825, en *Archivo de Sucre*, I, p. XLI. < <

[88] Bolívar a Santander, Lima, 20 de diciembre de 1824, 6 de enero de 1825, en Cartas *Santander-Bolívar*, IV, pp. 275-284. < <

[89] O'Leary, *Narración*, II, p. 282, «*Detached Recollections*», p. 17.
< <

[90] Miller, *Memoirs*, 11, pp. 191-192, 200. < <

[91] Sucre, Parte de la batalla de Ayacucho, 11 de diciembre de 1824, en O'Leary, *Memorias*, XXII, pp. 569-575. < <

[92] Bolívar a Santander. Lima. 9 de febrero de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 297. < <

[93] Proclama, 25 de diciembre de 1824, Decreto, 27 de diciembre de 1824, en O’Leary, *Memorias*, XXII, pp. 602, 605-606. < <

[94] Bolívar, Resumen sucinto de la vida del General Sucre, en *Archivo de Sucre*, pp. XLVII-XLVIII. < <

[95] O’Leary, *Narración*, 11, p. 333. <<

[96] J. Gabriel Pérez al obispo de Arequipa, 26 de mayo de 1825, en O’Leary, *Memorias*, XXIII, pp. 161-163. < <

[97] Decretos, Cuzco, 4 de julio de 1825, Urubamba, 20 de julio de 1825, en *Decretos del Libertador*, I, pp. 407-409, 427-428. <<

[98] Kathryn Burns, *Colonial Habits: Convents and the Spiritual Economy of Cuzco*, Durham, North Carolina, 1999, pp. 187-188, 193-194. < <

[99] Bolívar a Peñalver, Cuzco, 11 de julio de 1825, en O'Leary, *Memorias*, XXX, p. 93. <<

[100] Bolívar a Olmedo, Cuzco, 12 de julio de 1825, en O’Leary, *Memorias*, IV, pp. 388-391. < <

[1] José Santos Vargas, *Diario de un comandante de la independencia Americana 1814-1825*, edición de Gunnar Mendoza L., México, 1982, p. 242. <<

[2] Sucre, Decreto, 9 de febrero de 1825, Bolívar a Sucre, 21 de febrero de 1825, en O’Leary, *Narración*, II, pp. 366-378. < <

[3] Bolívar a Santander, Lima, 18 [23] de febrero de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, pp. 307. < <

[4] Charcas, La Plata y, desde 1839, Sucre. < <

[5] O’Leary, *Narración*, II, p. 383; O’Leary, «*Detached Recollections*», pp. 18, 28. < <

[6] O’Leary, *Narración*, 11, p. 384. < <

[7] Miller, *Memoirs,* II, pp. 302-309. < <

[8] Joseph Andrews, *Journey from Buenos Ayres, through the provinces of Cordova, Tucuman, and Salta, to Potosi*, 2 vols., Londres, 1827, II, pp. 90-95. < <

[9] Palabras en Potosi, 26 de octubre de 1825, *Itinerario documental de Simón Bolívar. Escritos selectos*, Caracas, 1970, pp. 280-281. < <

[10] Antonio Cacua Prada. *Los hijos secretos de Bolívar*, Bogotá, 1992, pp. 251-253. < <

[11] Decretos, Chuquisaca, 16 de noviembre, 29 de diciembre de 1825, en *Decretos del Libertador*, I, pp. 436-439. < <

[12] Bolívar a Santander, Plata, 12 de diciembre de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, V. p. 122. < <

[13] Bolívar a Briceño Méndez, 27 de febrero de 1826, en O’Leary, *Memorias*, III. pp. 175-177. < <

[14] Sucre a Bolívar, Chuquisaca, 6 de junio de 1826, en O'Leary, *Memorias*, I, pp. 335-340. <<

[15] *Proyecto de Constitución para la República Boliviana, Lima, 1826, con adiciones manuscritas de Antonio José de Sucre*, Caracas, 1978. <<

[16] Ricketts a Canning, Lima, 25 de abril de 1826, National Archives, PRO, FO61/7. < <

[17] O’Leary, *Narración*, II, pp. 428-429. <<

[18] Mensaje al congreso de Bolivia, 25 de mayo de 1826, en *Obras completas*, III, pp. 765-767. < <

[19] Ricketts a Canning, 30 de mayo de 1826. National Archives, PRO, FO61/7. < <

[20] Sir Robert Wilson, Londres, 31 de enero de 1827, en O'Leary, *Memorias*, XII, p. 150. <<

[21] Esta no era, por supuesto, una presidencia hereditaria. El sucesor accedía al poder por nombramiento, no por derecho hereditario. < <

[22] Sucre a Bolívar, Chuquisaca, 20 de mayo de 1826, en O’Leary, *Memorias*, I, p. 327. < <

[23] *Proyecto de Constitución*, pp. 102-103, 128. < <

[24] *Ibid.*, pp. 99-103. < <

[25] Bolívar a Sucre, 12 de mayo de 1826, en *Cartas del Libertador*, V, p. 291. < <

[26] Circular a las personas de influjo en Colombia, 3 de agosto de 1826, en O’Leary, *Memorias*, XXIV, pp. 62-63. < <

[27] O’Leary, *Narración*, II, p. 431. < <

[28] William L. Lofstrom, *La presidencia de Sucre en Bolivia*, BANH, Caracas, 1987, pp. 371-422, en especial p. 415. < <

[29] Sucre a Bolívar, Chuquisaca, 4 de agosto de 1826, en O'Leary, *Memorias*, I, p. 368. < <

[30] Ricketts a Canning, 30 de mayo de 1826, *British Consular Reports*, pp. 219-220. < <

[31] Miller, *Memoirs*, II, pp. 283, 293-294. Según Pentland, Potosí sólo producía 900.000 dólares en 1826; en 1826 las minas de toda Bolivia produjeron 2.619.918 dólares de plata y 800.000 de oro; véase J. B. Pentland, Informe sobre Bolivia, 2 de diciembre de 1827, National Archives, PRO, FO61/12. < <

[32] R. A. Humphreys, *Liberation in South America 1806-1827: The Career of James Paroissien,* Londres, 1952, pp. 139-144, 155-161; Dawson, *The First Latin American Debt Crisis*, pp. 120, 218. < <

[33] *Andrews, Journey from Buenos Ayres*, II, pp. 113-126; Miller, *Memoirs*, 11, pp. 291-294. <<

[34] Ricketts a Canning, 30 de mayo de 1826, *British Consular Reports*, pp. 217-228; Lofstrom. *La presidencia de Sucre,* pp. 356-365. < <

[35] Según Pentland, la población de Bolivia era de 1.100.000 habitantes y se dividía del siguiente modo: 200.000 blancos; 800.000 indígenas; 100.000 mestizos; 7.000 negros, de los cuales 4.700 eran esclavos. Pentland a Ricketts, 2 de diciembre de 1827, National Archives, PRO, FO 61/12. < <

[36] Miller, *Memoirs*, II, p. 284. < <

[37] Decreto, Chuquisaca, 14 de diciembre de 1825, en Lecuna, ed., *Documentos referentes a la creación de Bolivia*, 2 vols., Caracas 1924, I, pp. 442-443. < <

[38] Miller, *Memoirs*, 11, p. 299. < <

[39] *Proyecto de Constitución*, p. 114; Lecuna, *Documentos referentes a la creación de Bolivia*. II, pp. 324, 346. < <

[40] Sucre a Bolívar, Chuquisaca, 20 de agosto de 1826, en O’Leary, *Memorias*, I, p. 377. < <

[41] Sucre a Bolívar, Chuquisaca. 27 May, 10 de julio de 1826, en O’Leary, *Memorias*, I, pp. 332, 347-357; Sucre a O’Leary, Quito, 7 de noviembre de 1828, *Ibid.*, IV, p. 491; Lofstrom, *La presidencia de Sucre*, pp. 242-268, 301-302. < <

[42] Véase Inés Quintero, *Antonio José de Sucre: Biografía política*, BANH, Caracas, 1998, pp. 189-210. < <

[43] Sucre a Bolívar, 20 de junio de 1827, en O’Leary, *Memorias*, I p. 436; Bolívar a Sucre, 8 de junio de 1827, en O’Leary, *Memorias*, XXX, p. 409. < <

[44] Sucre a Bolívar, Chuquisaca, 27 de abril de 1828, en O'Leary, *Memorias*, I, pp. 496-497; Lofstrom, *La presidencia de Sucre*, pp. 498-499. < <

[45] Ninavilca, Proclama, Canta, 16 de noviembre de 1823, en O’Leary, *Memorias*, XXI, pp. 48-49. < <

[46] Bolívar a Briceño Méndez, 2 de agosto de 1826, en O’Leary, *Memorias*, XXX, pp. 244-247. < <

[47] Impreso en *British Consular Reports*, pp. 198-206. < <

[48] Ricketts a Canning, 18 de febrero de 1826, en C. K. Webster, ed., *Britain and the Independence of Latin America 1812-1830: Select Documents from the Foreign Office Archives*, 2 vols., Londres, 1938, I, p. 533. < <

[49] Bolívar a Santander, 7, 8 de junio de 1826, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*. I, p. 421. < <

[50] Peter Blanchard, *Slavery and Abolition in Early Republican Peru*, Wilmington, Delaware, 1992, pp. 9-15, 42-43. < <

[51] Ricketts a Canning, 19 de diciembre de 1826, National Archives, PRO, FO 61/8. <<

[52] O'Leary, «*Detached Recollections*», p. 28; Bolívar a Santander, 7 de abril de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, p. 177; Bolívar a Sucre, Magdalena, 12 de mayo de 1826, en *Obras completas*, II, p. 361. < <

[53] Willemott a Ricketts, 31 de enero de 1828, National Archives. PRO. FO 61/15. <<

[54] Mensaje al congreso constituyente de Colombia, 20 de enero de 1830, en *Proclamas y Discursos del Libertador*, p. 398. < <

[55] Hugh Seton-Watson, *Nations and States*, Londres, 1977, pp. 1-9. < <

[56] Proclama a los venezolanos, Angostura, 22 de octubre de 1818, en O'Leary. *Memorias*, XVI, pp. 113-1 15. < <

[57] Carta de Jamaica, en *Escritos*, VIII, p. 240. < <

[58] Bolívar a Mariño, 16 de diciembre de 1813, en *Cartas del Libertador*. I. p. 88. < <

[59] Simon Collier, «Nationality, Nationalism, and Supranationalism in the Writings of Simón Bolívar», *HAHR*, 63,1 (1983), pp. 37-64. < <

[60] Carta de Jamaica, en *Escritos*, VIII, pp. 244-245. < <

[61] Bolívar a O’Higgins, 8 de enero de 1822, en *Obras completas*, 1, p. 619. < <

[62] Bolívar a Santander, Arequipa, 6-7 de junio de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 388. < <

[63] Bolívar a Santander, Cuzco, 28 de junio de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, p. 3. < <

[64] Lima, 7 de diciembre de 1824, en O’Leary, *Memorias*, XXIV, pp. 251-253. < <

[65] Un pensamiento sobre el congreso de Panamá, en *Obras completas*, III, pp. 756-757; Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, II pp. 111-112. <<

[66] Dawkins a Canning. Londres, 15 de octubre de 1826, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, I, p. 424. < <

[67] O'Leary, *Narración*, II, p. 564. < <

[68] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, p. 119. < <

[69] Bolívar a Santander, Magdalena, 8 de julio de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, V. p. 242. < <

[70] Bolívar a Santander. Magdalena, 7 de mayo de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*. V. pp. 197-198; Bolívar a Sucre, 12 de mayo de 1826, en *Obras completas*. II, pp. 360-364; Bolívar a Gutiérrez de la Fuente, 12 de mayo de 1826, en *Obras completas*, II, p. 365. < <

[71] Bolívar a Santa Cruz, Popayán, 26 de octubre de 1826, en O’Leary, *Memorias*. XXX, pp. 271-274. < <

[72] Bolívar a Marino, 16 de diciembre de 1813, en *Cartas del Libertador*, I, p. 88. < <

[73] Bolívar a Santander. Pasto, 8 de enero de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV. p. 3. < <

[74] Bolívar a Santander, Angostura, 20 de diciembre de 1819, en O’Leary. *Memorias,* XVII, p. 11. < <

[75] Bolívar a Santander, Guayaquil, 30 de mayo de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 64. *Trigarantes*, una referencia al «ejército trigarante» de Iturbide en México, que debía su nombre a las tres garantías que defendía: religión, unión e independencia. < <

[76] Bolívar a Maxwell Hyslop, 19 de mayo de 1815, en O'Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 42-47. <<

[77] Bolívar a Campbell, Bogotá, 29 de octubre de 1827. National Archives, PRO. FO 18/42. < <

[78] Humphreys. *Tradition and Revolt in Latin America*, pp. 148-149. <<

[79] Bolívar a Santander, Babahoyo, 14 de junio de 1823, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 71. Cuzco, 28 de junio, 10 de julio de 1825, en *Ibid.*, V, pp. 3-4, 9. < <

[80] Bolívar a Revenga, Cuzco, 10 de julio de 1825, en *Obras completas*, p. 166. <<

[81] *Obras completas*. III, pp. 756-757. <<

[82] Bolívar a Santander, Magdalena, 8 de julio de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, pp. 243-244. < <

[83] Santander a Bolívar, 9 de junio de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, pp. 222. <<

[84] Bolívar a Santander, Ibarra, 8 de octubre de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, VI, pp. 42-46. < <

[85] Campbell a Canning, 5 de noviembre, 13 de diciembre de 1826, National Archives, PRO, FO 18/28. < <

[86] Watts a Canning, Cartagena, 27 de mayo de 1825. National Archives, PRO, FO 18/18. < <

[87] En términos de peso poblacional, Nueva Granada también resultaba favorecida; José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la república de Colombia*. 10 vols., París, 1827, I, p. XIV, calculaba la población de Nueva Granada en un millón cuatrocientos mil habitantes, en novecientos mil la de Venezuela y en seiscientos mil la de Quito; Campbell a Planta, 6 de noviembre de 1824, National Archives, PRO, FO 18/3, calculaba una población de dos millones seiscientos cincuenta mil habitantes para la Gran Colombia. < <

[88] Victor M. Uribe-Uran, *Honorable Lives: Lawyers, Family, and Politics in Colombia, 1780-1850*, Pittsburgh, 2000, pp. 75, 89. < <

[89] En 1825 Páez se negó a reclutar seiscientos hombres en el Apure, incumpliendo así una orden de Escalona. AGN, Papeles de Guerra y Marina, ci, f. 92. < <

[90] Bolívar a Santander, Potosí, 13 de octubre de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, pp. 72-73. < <

[91] Campbell a Canning, 6 de octubre de 1826, National Archives, PRO, FO 18/27. < <

[92] Páez a Bolívar, 1 de octubre de 1825, en O’Leary, *Memorias*, II, pp. 57-60. < <

[93] Bolívar a Páez, Magdalena, Perú, 6 de marzo de 1826, en O’Leary, *Memorias, XXX*, pp. 183-185; Bolívar a Páez, 26 de mayo de 1826, en *Obras completas*, II, p. 378; Bolívar a Santander, 21 de febrero de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, pp. 149-150. < <

[94] Antonia a Bolívar, Caracas, 30 de octubre de 1825, *BOLANH*, 16, 61 (1933), p. 275. < <

[95] Sucre a Bolívar, Chuquisaca, 27 de abril de 1826, en O'Leary, *Memorias*, I, pp. 314-317. < <

[96] Santander a Bolívar, 21 de abril de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar,* V, pp. 182-183. < <

[97] Santander, *Escritos autobiográficos*, pp. 49-51. < <

[98] Santander a Bolívar, 6 de mayo de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, VI, p. 316. < <

[99] Sutherland a Canning, Maracaibo, 1 de septiembre de 1826, Sutherland al Charge d’affaires de Su Majestad, Maracaibo, 2 de octubre de 1826, National Archives, PRO, FO 18/33. < <

[100] O’Leary, *Narración*, III, p. 66; «*Detached Recollections*», p. 22; Manuel Pérez Vila, *Vida de Daniel Florencio, primer edecán del Libertador O’Leary*, Caracas, 1957, pp. 302-304. < <

[101] Campbell a Canning, 6 de octubre de 1826, National Archives, PRO, FO 18/28. < <

[102] Bolívar a Santander, Magdalena, 7 y 8 de junio de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, pp. 215-217. < <

[103] Véase arriba, nota 82. < <

[104] Bolívar a Páez, Lima, 4 de agosto de 1826, en *Cartas del Libertador*, VI, pp. 32-34, 8 de agosto de 1826, en *Cartas del Libertador*, VI, pp. 49-52, *Obras completas*, II, pp. 455-458. < <

[105] Bolívar a Santander, Ibarra, 8 de octubre de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, VI, p. 45. < <

[106] Ricketts a Canning, Lima, 18 de febrero de 1826, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, I, p. 530. < <

[107] Ker Porter a Canning, Caracas, 9 de abril de 1827, National Archives, PRO, FO 18/47. < <

[108] Bolívar a Páez, 11 de diciembre de 1826, en *Obras completas*, II, pp. 505-506. < <

[109] Bolívar a Páez, 23 de diciembre de 1826, en O’Leary, *Memorias,* XXX, pp. 295-298; *Obras completas,* II. pp. 514-516. < <

[110] Watts a Bidwell, Cartagena, 5 de agosto de 1826, National Archives, PRO, FO 18/31. < <

[1] Bolívar a Santander, Guayaquil, 21 de agosto de 1822, en *Cartas Santander-Bolívar*, III11, p. 254. < <

[2] Páez, *Autobiografía*, 1, pp. 335-337. < <

[3] Según lo citó Ker Porter a Canning, Caracas, 24 de enero de 1827, National Archives, PRO, FO 18/47. <<

[4] Ker Porter a Canning, Caracas, 7 de abril de 1827, National Archives, PRO. FO 18/47. <<

[5] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 71-72. < <

[6] Ker Porter a Canning, Caracas, 9 de abril de 1827, National Archives, PRO, FO 18/47. < <

[7] Campbell a Canning, Bogotá, 3 de enero de 1827, National Archives, PRO, FO 18/40; Santander a Bolívar, 6 de julio de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, p. 239. < <

[8] Bolívar a Santander, Caracas, [16] de enero de 1827, en *Cartas Santander-Bolívar*, VI, p. 161. < <

[9] Bolívar a Soublette, Caracas, 16 de marzo de 1827, en O’Leary, *Memorias*, XXX, pp. 359-360. < <

[10] Santander a Bolívar, 16 de marzo de 1827 ,en *Cartas Santander-Bolívar*, VI, pp. 207-213. < <

[11] Bolívar a Páez, Caracas, 20 de marzo de 1827, en *Obras completas*, II, p. 588. < <

[12] Decretos, 22 de enero de 1827, 24 de junio de 1827, en *Decretos del Libertador*, II, pp. 88-89, 276-341. < <

[13] Santander, *Escritos autobiográficos*, p. 69. < <

[14] Drusilla Scott, *Mary English: A Friend of Bolívar*, Lewes, 1991, pp. 150-154, 167-169, 170-171. < <

[15] Bolívar a Santa Cruz. Caracas, 8 de junio de 1827, en *Obras completas*, II, p. 630. < <

[16] O'Leary, *Narración*, II, p. 601. < <

[17] Bolívar a Páez, Bogotá, 29 de enero de 1828, en *Obras completas*, II p. 761. <<

[18] Bolívar, Mensaje a la convención de Ocaña. 29 de febrero de 1828, en *Obras completas*. III. pp. 789-796. < <

[19] Roulin, «El retrato físico de Bolívar», en Blanco y Azpurúa. *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, XIV, pp. 485-487; Boulton, *Los retratos de Bolívar*, pp. 86-98; O'Leary
, «*Detached Recollections*», p. 41. < <

[20] Paul Verna, «Bello y las minas del Libertador», en *Bello y Londres*, I, pp. 469-486. < <

[21] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga,* p. 116. Véase Cussen, *Bello and Bolívar*, pp. 140-142, e Ivan Jaksic, *Andres Bello: Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Latin America.* Cambridge. 2001, pp. 53-58, 89-91. < <

[22] Proclama, Caracas, 19 de junio de 1827, en O’Leary, *Memorias*, XXV, pp. 394-395. <<

[23] Campbell a Dudley, Bogotá, 29 de septiembre de 1827, Ker Porter a Dudley, Caracas, 22 de octubre de 1827, National Archives, PRO, FO 18/42, 18/47. < <

[24] Bolívar a Wilson, Bogotá, 22 de enero de 1828, en
O’Leary
, *Memorias*, XXXI. p. 23. < <

[25] Mosquera, *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar*, p. 557. < <

[26] Campbell a Dudley, Bogotá, 8 de octubre de 1828, National Archives, PRO, FO 18/54; Uribe-Uran. *Honorable Lives*, p. 89. < <

[27] Bolívar a Páez, Bogotá, 16 de febrero de 1828, en *Obras completas*, II. p. 783. < <

[28] AGN, Papeles de Guerra y Marina, LXV, f. 169, muestra que Venezuela se sintió orgullosa por la victoria naval de Padilla. Véase también Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, 4 vols., 2.a ed., BHN 41-4, Bogotá, 1929, I. p. 123. < <

[29] Véase Aline Helg, «Simón Bolívar and the Spectre of *Pardocracia*: José Padilla in Post-Independence Cartagena», *JLAS*, 35, 3 (2003), pp. 447-471. < <

[30] Bolívar a Santander, Lima, 7 de abril de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 344. Bolívar era muy consciente de la dicotomía Montilla-Padilla: «Ambos parecen muy adictos a mí: el primero no puede nada; el segundo lo puede todo». Bolívar a Santander, Lima, 7 de mayo de 1826, en *Ibid.*, V, pp. 197-198. < <

[31] O’Leary a Bolívar, Ocaña, 5 de abril de 1828, en O’Leary, *Memorias*. XXXII. p. 191. <<

[32] O'Leary, «*Detached Recollections*», p. 37; Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*. I, p. 127; José Manuel Restrepo, *Diario político y militar desde 1819 para adelante*, 4 vols., Bogotá, 1954,I, p. 379. < <

[33] Manuel Valdés a Juan José Flores, Cartagena, 8 de abril de 1828, en *Archivo Santander*. 24 vols., Bogotá, 1913, XVII, p. 295. < <

[34] Manuela Sáenz a Bolívar, 28 de marzo de 1828, *ROLANH*, 16, p. 335. < <

[35] Bolívar a Manuela Sáenz, Bucaramanga, 3 de abril de 1828, en *Obras completas,* II, p. 811. < <

[36] Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 144-145, 148-149, 161-162, 172-174. < <

[37] *Ibid*., pp. 64-66. <<

[38] *Ibid.*, pp. 114-115. <<

[39] Briceño Méndez a Bolívar, Ocaña, 9 de abril de 1828, en O’Leary, *Memorias*. VIII, 239; Bolívar a Briceño Méndez, Bucaramanga. 15 de abril de 1828, en *Ibid*.. XXXI, p. 68. < <

[40] O'Leary, «*Detached Recollections*», pp. 56-57; Santander, *Escritos autobiográficos*, p. 78. < <

[41] Bolívar a Páez, 12 de abril de 1828, en *Obras completas*. II, pp. 820-822. < <

[42] Bolívar a Arboleda, Bucaramanga, 1 de junio, a Páez, 2 de junio de 1828, en O'Leary. *Memorias,* XXXII, pp. 315-319. < <

[43] Campbell a Dudley, 13 de abril de 1828, National Archives. PRO, FO 18/53. < <

[44] Acta del pronunciamiento de Bogotá, 13 de junio de 1828, en O’Leary
, *Memorias*. XXVI, pp. 306-309. < <

[45] Blanco y Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, XII, pp. 705-720. < <

[46] Mosquera, *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar*, p. 567. < <

[47] Campbell a Dudley, Bogotá, 14 de junio de 1828, National Archives, PRO, FO 18/53. < <

[48] Véase el capítulo 9. < <

[49] Decreto orgánico. 27 de agosto de 1828, en *Decretos del Libertador*, III. pp. 137-144; Proclama, 27 de agosto de 1828, en O'Leary, *Memorias*. XXVI, pp. 368-369. Véase David Bushnell, «The Last Dictatorship: Betrayal or Consummation?», *HAHR*. 63, 1 (1983), pp. 65-105. < <

[50] Mensaje al congreso, 20 de enero de 1830, en *Obras completas*. III, pp. 812-817. < <

[51] *Gaceta de Colombia*, 31 de agosto de 1828. < <

[52] José M. de Mier, *La Gran Colombia*, 7 vols., Bogotá, 1983, III, pp. 841-842. < <

[53] Carta de Jamaica, en *Escritos*, VIII, pp. 242-243; Discurso de Angostura, en *Obras completas*, III, p. 685. < <

[54] Restrepo a Bolívar, 5 de diciembre de 1828, en O’Leary, *Memorias*, VII, p. 271. < <

[55] Bolívar a Córdova, Bogotá, finales de julio de 1828, en *Obras completas*, II, p. 931; Bolívar a Manuela Sáenz, finales de julio de 1828, en *Ibid.*, p. 932. <<

[56] «Relación de un testigo ocular», en O'Leary, *Memorias*, XXXII, pp. 363-369. <<

[57] Santander, *Escritos autobiográficos*, pp. 87-88. < <

[58] Restrepo a Montilla, Bogotá, 28 de septiembre de 1828, en O’Leary, *Memorias*, VII, pp. 312-313. < <

[59] Mosquera, *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar*, p. 575. < <

[60] Bolívar a Fernández Madrid, 14 de octubre de 1828, *Itinerario documental*, pp. 325-326; Bolívar a O'Leary, 22 de octubre de 1828, en O'Leary, *Memorias*, XXXII, p. 465; Manuela Sáenz a O'Leary, Paita, 10 de agosto de 1850, en O'Leary. *Memorias*, XXXII, pp. 370-375; *Gaceta de Colombia*. Suplemento, 28 de septiembre de 1828. < <

[61] Urdaneta a Montilla, 21 de octubre de 1828, en O'Leary, *Memorias*, VI, pp. 177-178. < <

[62] Sentencia, 7 de noviembre de 1828, en O’Leary, *Memorias*, XXVI, pp. 450-452; sobre Carujo véase O’Leary a Bolívar, 9 de septiembre de 1829, FJB, AL. C-643. < <

[63] Bolívar a Briceño Méndez, Bogotá, 16 de noviembre de 1828, en O'Leary, *Memorias*, XXXI, pp. 239-240. < <

[64] Santander, *Escritos autobiográficos*, p. 88. < <

[65] Sucre a Bolívar, Quito, 7 de octubre de 1829, en O'Leary, *Memorias*, I, pp. 557. < <

[66] Páez a Bolívar, 7 de agosto de 1828, en O'Leary, *Memorias*, II. p. 150. < <

[67] Soublette a Bolívar, 28 de agosto de 1828, 12 de enero de 1829, 21 de enero de 1.829, en O’Leary, *Memorias*, VIII, pp. 65, 76, 77-79. < <

[68] Bolívar a O'Leary, 13 de septiembre de 1829, en *Cartas del Libertador*, IX, p. 125. < <

[69] Bolívar a Páez, Bogotá, 30 de junio de 1828, en *Obras completas*, II, p. 905. < <

[70] Manifiesto de Cartagena, 15 de diciembre de 1812, en *Escritos*, IV, p. 122. < <

[71] John Lynch, «Revolution as a Sin: the Church and Spanish American Independence», en *Latin America between Colony and Nation*, p. 124. < <

[72] Mensaje al congreso de Bolivia, 25 de mayo de 1826, en *Obras completas*. III, p. 529. < <

[73] Miriam Williford, *Jeremy Bentham on South America: An Account of His Letters and Proposals to the New World,* Baton Rouge, 1980, pp. 115, 121, 125. Véase el capítulo 2. < <

[74] Bolívar a Bentham, 27 de septiembre de 1822, Bentham a Bolívar, 6 de enero, 4 de junio de 1823, *The Correspondent e of Jeremy Bentham, Volume 11*, edición de Catherine Fuller, Oxford, 2000, pp. 154-155, 185-189, 238-256. < <

[75] Bentham a Bolívar. 24 de enero de 1820 (no enviada), en Pedro Schwartz, ed.. *The Iberian Correspondent e of Jeremy Bentham*, 2 vols., Londres, 1979, I, pp. 122-127. Véase también «Las relaciones entre Jeremías Bentham y S. Bolívar», en *Bolívar y Europa*, I, pp. 445-460. < <

[76] Bentham a Bolívar, Londres, 13 de agosto de 1825, en *The Correspondence of Jeremy Bentham. Volume 12*, carta 0088; O’Leary, *Memorias*, XII, pp. 265-279. < <

[77] Bolívar a Bentham, Caracas, 15 de enero de 1827, en O’Leary, *Memorias*, XXX, pp. 318-319. <<

[78] Santander, Decreto del 8 de noviembre de 1825, en Mier, *La Gran Colombia*. II. pp. 442-443. < <

[79] Bolívar al arzobispo Méndez, Bogotá, octubre de 1828, en *Obras completas*, 11. p. 472. < <

[80] Mier, La Gran Colombia, 111, pp. 883-884; Decretos, 12 de marzo de 1828, 29 de octubre de 1828, en *Decretos del Libertador*, III, pp. 53-54, 182-184. < <

[81] Hamilton, *Travels through the Interior Provinces of Colombia*, I, p. 140. <<

[82] *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los EE.UU. 1829-1832,* edición de Rafael Martínez Briceño, Bogotá, 1963, pp. 172-175; Bentham a Santander, 9 de julio de 1830, Santander a Bentham, 10 de julio de 1830,29 de julio de 1830, *Correspondent e of Jeremy Bentham, Volume 13*, cartas 0252, 0253, 0263. Véase también *Obra Educativa: La Querella Benthamista, 1748-1832*, Bogotá, 1993, pp. 88-94. < <

[83] *Gaceta de Colombia, 24 de julio de* 1828, 27 de julio de 1828.
<<

[84] *Decretos del Libertador*, III, p, 143. <<

[85] Mensaje al congreso, 20 de enero de 1830, en *Obras completas*, III, p. 816. < <

[86] O’Leary, «*Detached Recollections*», p. 31. < <

[87] Tomás C. Mosquera a Bolívar, Popayán, 22 de julio de 1828, en O’Leary, *Memorias*, IX, p. 129. <<

[88] Véase Lynch, «Revolution as a Sin», en *Latin America between Colons and Nation*, p. 124, 109-133. < <

[89] Citado por Gutiérrez, *La Iglesia que entendió el Libertador*, p. 259. < <

[90] Pedro de Leturia, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica 1493-1835*, 3 vols., Roma, Caracas, 1959-1960, II, pp. 110-113, 215, 265-271, III. p. 432. < <

[91] Bolívar al consejo de Estado. Angostura, 10 de noviembre de 1817, en Pérez Vila, *Doctrina del Libertador*, p. 95. < <

[92] Bolívar al obispo de Popayán, Pasto, 10 de junio de 1822, Bolívar a Santander, 10 de junio de 1822, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I. pp. 213-216, en *Cartas Santander-Bolívar*, III, pp. 228-229. < <

[93] Brindis pronunciado por el Libertador en el convite que dio a los prelados de Bogotá, 28 de octubre de 1827, en O’Leary, *Memorias*, XXV, p. 588. < <

[94] Bolívar a Pío VIII, Bogotá. 14 de septiembre de 1829, en *Bolívar y Europa*, I, p. 657; Gutiérrez. *La Iglesia que entendió el Libertador*, pp. 254-257. < <

[95] Bolívar a Gutiérrez, Bogotá, octubre de 1828, en *Obras completas*, III, p. 15. < <

[96] Bolívar a Briceño Méndez, Bucaramanga, 15 de abril de 1828, en O'Leary, *Memorias*, XXXI, p. 69. < <

[97] Carrera Damas, prólogo a Castro Leiva, *La Gran Colombia*, p. 14. < <

[1] Bolívar a Vergara, Guayaquil, 31 de agosto de 1829, en O’Leary, *Memorias*, XXXI, p. 495. < <

[2] Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, I, p. 194. < <

[3] Obando a La Mar, Pasto, 14 de diciembre de 1828, Guaitara, 29 de diciembre de 1828, en O’Leary, *Memorias*, IV, pp. 431, 432. < <

[4] Bolívar a Santander, Potosí, 21 de octubre de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, p. 86. < <

[5] Decreto, Bogotá, 24 de diciembre de 1828, en *Decretos del Libertador*, III, p. 300. < <

[6] Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, I, pp. 201-203. <<

[7] Bolívar a Urdaneta, Pasto, 9 de marzo de 1829, en O'Leary, *Memorias*, XXXI, p. 330. <<

[8] Obando a Bolívar, Pasto, 17, 28 de marzo, 28 de abril, 13, 28 de mayo de 1829, en O'Leary, *Memorias*, IV, pp. 414-418. < <

[9] Proclama, Bogotá, 3 de julio, Manifiesto, 15 de julio, 1828, en O’Leary, *Memorias*, XXVI, pp. 334-335, pp. 340-346. < <

[10] O'Leary a Bolívar, Guayaquil, 28 de noviembre de 1828, en O'Leary, *Memorias*, XXXII, p. 475. < <

[11] Sucre a Bolívar, Quito, 7 de octubre de 1828, en O'Leary, *Memorias*, IV, p. 490. <<

[12] O'Leary, «*Detached Recollections*», pp. 17-19,37. < <

[13] O’Leary a Bolívar, Guayaquil, 20 de octubre de 1828, en O’Leary. *Memorias,* XXXII, p. 456. < <

[14] O’Leary a Bolívar, Rosario, 6 de marzo de 1830, FJB, AL, C-653.
<<

[15] Bolívar a Sucre, Bogotá, 28 de octubre de 1828, en O'Leary, *Memorias*, XXXI, pp. 230-233. <<

[16] Bolívar a Flores, Bogotá, 8 de octubre de 1828, en O’Leary, *Memorias*, XXXI, pp. 223-224. < <

[17] Sucre, Informe sobre la batalla de Tarqui, 2 de marzo de 1829, en O'Leary, *Memorias*, XXXII, pp. 499-508. < <

[18] O'Leary, «*Detached Recollections*», p. 17. < <

[19] Sucre a Bolívar, Cuenca, 3 de marzo, Quito, 11 de marzo de 1829, en O’Leary, *Memorias*, I, pp. 521-523. < <

[20] Véase Quintero, *Antonio José de Sucre*, pp. 234-235. <<

[21] Una Mirada sobre la América Española, abril-junio, 1829, en Pérez Vila, *Doctrina del Libertador*, pp. 286-287. < <

[22] Una Mirada sobre la América Española, en *Ibid.*, p. 282. < <

[23] Sucre a Bolívar, Quito, 14 de agosto de 1829, en O'Leary, *Memorias*, I, pp. 547-549. < <

[24] Bolívar a O'Leary, Guayaquil, 21 de agosto de 1829, en O'Leary, *Memorias*, XXXI. pp. 484-485. <<

[25] Bolívar a Mosquera, 3 de septiembre de 1829, en O’Leary, *Memorias*, XXXI. pp. 501-502. < <

[26] Bolívar a O’Leary, 4 de septiembre de 1829, en O’Leary, *Memorias*, XXXI, pp. 506-508. < <

[27] Bolívar a O'Leary, Guayaquil, 13 de septiembre de 1829, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, pp. 588-594. < <

[28] Bolívar a O’Leary, Babahoyo, 28 de septiembre de 1829, en O’Leary, *Memorias*, XXXI, p. 526; O’Leary a Bolívar, Medellin, 31 de octubre de 1829, FJB, AL, C-648. < <

[29] O'Leary a Bolívar, 9 de mayo, 18 de agosto de 1829, FJB, AL, C-633, C-641. Nicolasa Ibáñez era la hermana de Bernardina Ibáñez, el antiguo amor de Bolívar. < <

[30] O'Leary a Bolívar, 9 de septiembre, 6 de noviembre, 14 de noviembre de 1829, FJB, AL, C-643, C-650, C-651; «*Detached Recollections*», pp. 13-15; Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, I, pp. 263, 282. < <

[31] Restrepo a Bolívar, Bogotá, 8 de abril de 1829, en O’Leary, *Memorias*, VII. p. 280; Bolívar a Restrepo, Quito, 6 de mayo de 1829, en O’Leary, *Memorias*, XXXI, p. 365. < <

[32] Restrepo a Bolívar, 8 de junio de 1829, en O'Leary, *Memorias*, VII, p. 285. <<

[33] Restrepo a Bolívar, 15 de julio de 1829, en O'Leary, *Memorias*, VII, p. 286. < <

[34] Bolívar a Campbell, Guayaquil, 5 de agosto de 1829, en *Obras completas*, III, pp. 278-279. < <

[35] Véase pp. 348-350. < <

[36] Mosquera, *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar*, pp. 581-582, 598. < <

[37] O’Leary a Bolívar, 14 de junio de 1829, FJB, AL, C-635; «*Detached Recollections*», p. 13. < <

[38] Córdova, Manifiesto, Medellin, 16 de septiembre de 1829; al consejo de ministros, 21 de septiembre de 1829, en O'Leary, *Narración*, III, pp. 462-467. < <

[39] Bolívar a Sucre, Babahoyo, 28 de septiembre de 1829, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, pp. 597-598. < <

[40] O’Leary a Bolívar, Marinilla, 17 de octubre de 1829, FJB, AL, C-645, una carta que Lecuna describe como «apócrifa» y que contiene, en su opinión, sentimientos indignos de «un perfecto caballero como O’Leary», *Narración*, III, pp. 505-510. < <

[41] O'Leary a Bolívar, Medellin, 23 de octubre de 1829, FJB, AL, C-647. < <

[42] Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, I, pp. 307-308, quien describe a Hand como «un hombre de la ínfima plebe de Irlanda»; Mosquera, *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar*, p. 635; véase también *Diccionario de Historia de Venezuela*, 3 vols., Caracas, 1988, E-0, pp. 448-449. < <

[43] Bolívar a Vergara, Popayán, 22 de noviembre de 1829, a Urdaneta, 22, 28 de noviembre de 1829, en *Obras completas*, III. pp. 365, 367, 370; Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, I, pp. 310-311. < <

[44] O'Leary, «*Detached Recollections*», pp. 16-17. Sobre la carta a Campbell y la idea de la monarquía, véase la discusión en Urbaneja. *El Alcalde de San Mateo*, pp. 103-109, quien concluye que Bolívar era «un antimonárquico consistente». < <

[45] José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, 3 vols., 2.ª ed., Caracas, 1930, I, pp. 650-663. < <

[46] Bolívar a Páez, 25 de marzo de 1829, en *Obras completas*. III, pp. 157-158. <<

[47] Sucre a Bolívar, 17 de septiembre de 1829, en O’Leary, *Memorias*, I, p. 552. <<

[48] Lievesley a Aberdeen, La Guaira, 27 de noviembre de 1829, National Archives, PRO, FO 18/72; Ker Porter a Aberdeen, Esher, 10 de febrero de 1830, FO 18/78. < <

[49] Francisco A. Labastida a Páez, 23 de febrero de 1830, AGN, Secretaria del Interior y Justicia, V, f 421, *BAGN*, 10, 37 (1929), pp. 49-50. < <

[50] Acta del Cantón de Valencia, 23 de noviembre de 1829, en Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, I, p. 653. < <

[51] Páez a Bolívar, Valencia, 1 de diciembre de 1829, en O’Leary, *Memorias*, II, p. 224; Bolívar a Castillo Rada, Cartago, 4 de enero de 1830, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I. p. 608. <<

[52] Bermúdez, Proclama, Cumaná, 16 de enero de 1830, en Parra-Pérez, *Marino y la independencia de Venezuela*, V, p. 46; Marino a Quintero, 2 de septiembre de 1829, en *Ibid.*, IV, p. 478. <<

[53] Ker Porter a Aberdeen, Caracas, 12 de junio de 1830, National Archives, PRO, FO 18/78; Parra-Pérez, *Mariño y la independencia de Venezuela*, V, p. 180. < <

[54] Bolívar a Vergara, 25 de septiembre de 1830, en *Obras completas*, III, p. 465; Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, p. 627. < <

[55] Wood a Canning, Guayaquil, 28 de febrero de 1826, *British Consular Reports*, pp. 228-229. < <

[56] Uribe-Uran, *Honorable Lives*, pp. 90-91. < <

[57] Mensaje al congreso constituyente, Bogotá, 20 de enero de 1830, en *Obras completas*. III, pp. 812-817. < <

[58] Bolívar a Fernández Madrid, Bogotá, 13 de febrero, 6 de marzo de 1830, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, pp. 609-610,611-613. < <

[59] Lo sucedido en Ocumare todavía le escocía. Véase el capítulo 5.
< <

[60] Posada Gutiérrez. *Memorias histórico-políticas,* I, pp. 369-370. < <

[61] Bolívar al congreso, Bogotá, 27 de abril de 1830, en *Obras completas*, III. pp. 821-822. < <

[62] O'Leary a Bolívar, Rosario, 6-8 de marzo de 1830, FJB. AL. C-653. < <

[63] AGN, Hacienda Pública, XVIII, f. 333, p. 341. < <

[64] Las autoridades colombianas habían dado a Sucre ocho copias del proyecto de constitución para que buscara «colaboración en los Departamentos del Este», una esperanza vana. AGN, Hacienda Pública, XVI, f. 317. Ker Porter a Aberdeen, Caracas, 20 de agosto de 1830. National Archives, PRO, FO 18/78. < <

[65] Las minas no se vendieron hasta 1832, cuando se firmó un contrato en Caracas entre los herederos de Bolívar y una compañía inglesa por la suma de 38.000 libras. Véase Paul Verna, *Las minas del Libertador*, Caracas, 1977. < <

[66] Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, II, pp. 71-72. <<

[67] O’Leary, «*Detached Recollections*», p. 17. < <

[68] Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, II, pp. 78-79. <<

[69] Sucre a Bolívar, Bogotá, 8 de mayo de 1830, en O'Leary, *Memorias*, I, p. 571; Bolívar a Sucre, Turbaco, 26 de mayo de 1830, en *Itinerario documental*, p. 349. < <

[70] Bolívar a Manuela Sáenz, 11 de mayo de 1830, en *Cartas del Libertador*, IX. p. 265. < <

[71] Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, II, pp. 91-94. El Colegio de San Bartolomé era un semillero del liberalismo. <<

[72] Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, II, p. 222; Mosquera, *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar*, p. 671. < <

[73] Esteban Febres Cordero a Obando, Guayaquil, 16 de junio de 1830, en O’Leary, *Memorias*, IV, p. 436; Mosquera, *Memorias sobre la vida del General Simón Bolívar*, pp. 668-672; Antonio José de Irisarri, *Historia critica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, 1846, pp. 45-50, 121-138. < <

[74] Bolívar a Mariana Carcelén de Sucre, Cartagena, 2 de julio de 1830, en *Itinerario documental*, pp. 349-350. La viuda de Sucre perdió su prestigio en Ecuador cuando, tan sólo un año después, se casó con el general Isidoro Barriga, un *bon vivant* neogranadino, algo que algunos consideraron una acción indecorosa y precipitada. < <

[75] Bolívar a Flores, Barranquilla, 9 de noviembre de 1830, en *Obras completas*, III, p. 502. <<

[76] Bolívar a Urdaneta, Cartagena, 18 de septiembre de 1830, en *Obras completas*. III, pp. 457-459; Bolívar a Briceño Méndez, 20 de septiembre de 1830, en *Obras completas*, III, pp. 461-462. < <

[77] Bolívar a Santa Cruz, 14 de septiembre de 1830, en *Obras completas*, III, p. 452. < <

[78] Bolívar a Vergara, Cartagena, 25 de septiembre de 1830, en *Obras completas*, III, pp. 463-466. < <

[79] Bolívar a Mariano Montilla, 27 de octubre, 8 de noviembre de 1830, en *Obras completas*, 111, pp. 483-484, 498-500. < <

[80] Bolívar a Urdaneta, Soledad, 16 de octubre de 1830, en *Obras completas*, Ill, pp. 473-476; Wilson a O'Leary, 13 de octubre, 25 de octubre de 1830, en O'Leary. *Memorias*, XII, pp. 125, 131. < <

[81] Bolívar a Flores, Barranquilla, 9 de noviembre de 1830, en *Obras completas*, III, pp. 501-502; Pérez Vila, *Doctrina del Libertador*, pp. 321-326. < <

[82] Bolívar a O'Leary, Barranquilla, 25 de noviembre de 1830, en *Itinerario documental*, p. 355. < <

[83] Alejandro Próspero Reverend, Boletines, en Blanco y Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, XIV, pp. 464-474. < <

[84] Bolívar a Urdaneta, Santa Marta, San Pedro, 6, 7, 8 de diciembre de 1830, en *Obras completas*, III, pp. 520-530, 524-525. <<

[85] Testamento del Libertador, Hacienda de San Pedro Alejandrino, 10 de diciembre de 1830, en *Obras completas*, III, pp. 529-531; Gutiérrez, *La Iglesia que entendió el Libertador*, pp. 262-267. <<

[86] La última proclama del Libertador, Hacienda de San Pedro, Santa Marta, 10 de diciembre de 1830, en *Obras completas*, III, pp. 823-824. < <

[87] Reverend, en Blanco y Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, XIV, pp. 468-472. < <

[88] O’Leary, «*Detached Recollections*», p. 48. < <

[89] *The Times*, Londres, 19 de febrero de 1831, p. 5. < <

[1] Carta de Jamaica, en *Escritos*, VIII, p. 241. < <

[2] Bolívar a Pedro Gual, Mompós, 9 de febrero de 1815, en O’Leary, *Memorias*, XIV, pp. 67-69. < <

[3] Ricketts a Canning, Lima, 18 de febrero de 1826, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, I, p. 527. <<

[4] O’Leary, «*Detached Recollections*», p. 26. < <

[5] Bolívar a Sucre, Magdalena, 12 de mayo de 1826, Bolívar a Santa Cruz, Popayán, 26 de octubre de 1826, en *Obras completas*, II, pp. 361,487-488; Bolívar a Fernández Madrid, Bogotá, 6 de marzo de 1830, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, p. 612. < <

[6] Bolívar a Maria Antonia Bolívar, abril de 1825, 10 de julio de 1826, en Carrera Damas, *Simón Bolívar Fundamental*, I, pp. 316, 424. < <

[7] Cussen, *Bello and Bolívar*, pp. 152-153. < <

[8] Jaksic, *Andrés Bello* pp. 135-136. < <

[9] Discurso de Bolívar en Bogotá, 23 de enero de 1815, en *Escritos*, VII, p. 264. < <

[10] Discurso de Bolívar en Bogotá, 24 de junio de 1828, en *Obras completas*, III, p. 804. < <

[11] Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819, en *Obras completas*, III, p. 682. < <

[12] Bolívar, Proclama a los venezolanos, Maracaibo, 16 de diciembre de 1826, en O’Leary, *Memorias*, XXIV, pp. 573-574. < <

[13] Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819, en *Obras completas*, III, p. 690. <<

[14] Ricketts a Canning, 18 de febrero de 1826, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, I, p. 530. < <

[15] Lester D. Langley, *The Americas in the Age of Revolution 1750-1850,* New Haven, 1996, p. 242. <<

[16] Bolívar a Santander, Cúcuta, 10 de mayo de 1820, en *Cartas Santander-Bolívar*, II, p. 137. < <

[17] Decreto, Cuzco, 4 de julio de 1825, en *Decretos del Libertador*, I, pp. 410-411. < <

[18] Ildefonso Leal, *Historia de la Universidad de Caracas (1721-1827)*, Caracas, 1963, pp. 332-338. <<

[19] Bolívar a Santander, Lima, 7 de abril de 1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, p. 344. < <

[20] Germán Carrera Damas, *Venezuela: Proyecto Nacional y Poder Social*, Barcelona, 1986, pp. 111-143; *La Disputa de la Independencia*, pp. 25-28, y «Casos de continuidad y ruptura: Génesis teórica y práctica del proyecto americano de Simón Bolívar», *Historia General de América Latina*, vol. V, UNESCO, París, 2003, pp. 288-290. < <

[21] Langley, *The Americas in the Age of Revolution*, p. 286. < <

[22] *Ibid.*, pp. 47-48, 195-196. < <

[23] Bolívar al marqués del Toro, Chancay, 10 de noviembre de 1824, en *Obras Completas*, II, pp. 37-38. <<

[24] San Agustín, *Concerning the City of God against the Pagan*, traducción de Henry Bettenson. Penguin Books, Londres, 1984, pp. 197-199, 202-204, 215. <<

[25] O'Leary, *Narración*, II, p. 95. <<

[26] Bolívar a Sucre. Huamanga, 4 de septiembre de 1824, en O'Leary, *Memorias*, XXIX, pp. 513-515. < <

[27] Bolívar a Santander, Pativilca, 23 de enero de 1824, en *Cartas Santander-Bolívar*, IV, pp. 202-205. < <

[28] Bolívar a Peñalver, Chancay, 10 de noviembre de 1824, en O’Leary, *Memorias, XXX*, pp. 10-11. < <

[29] Bolívar a Santander, Magdalena, 7 de abril de 1826, en *Cartas Santander-Bolívar*, V, p. 177. <<

[30] O’Leary a Bolívar, 20 de marzo, 9 de mayo, 8 de junio, 9 de septiembre, 6, 14 de noviembre de 1829, FJB, AL, C-632, C-633, C-634, C-643, C-650, C-651. < <

[31] Bolívar a Páez, Cúcuta, 11 de diciembre de 1826, en *Obras completas*, II. pp. 505-506. < <

[32] Thomas Carlyle, *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History* (1841), Lincoln, Nebraska, 1966, pp. 196-197, 203-204, 224. < <

[33] Bolívar a Estanislao Vergara. Guayaquil, 31 de agosto de 1829, en O'Leary, *Memorias*, XXXI, p. 495. < <

[34] O'Leary. *Narración,* II, p. 601. <<

[35] Páez, *Autobiografía*, II, pp. 350-351. < <

[36] Germán Carrera Damas, *El Culto a Bolívar*, Caracas, 1969, pp. 55-58. < <

[37] Discurso de Páez en el Palacio del Gobierno, en la clausura de las ceremonias públicas, 23 de diciembre de 1842, en *Autobiografía*, II, p. 356. < <

[38] Carrera Damas, *El Culto a Bolívar*, pp. 226-227, 229-230, 232. < <

[39] *Ibid.*, pp. 245-247. < <

[40] Véase especialmente Vicente Lecuna, *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, 3 vols., Nueva York. 1956-1958. <<

[41] J. L. Salcedo-Bastardo, *Visión y Revisión de Bolívar*, 2 vols., Caracas. 1977. II. p. 162. < <

[42] Carrera Damas, *El Culto a Bolívar*, pp. 194-196, 206. <<

[43] Citado por Carrera Damas, «Simón Bolívar, el Culto Heroico y la Nación», en *Venezuela: Proyecto nacional y poder social*, pp. 178-179. <<

[44] Germán Carrera Damas, *El Bolívarianismo-Militarismo: Una Ideología de Reemplazo*, Caracas, 2005, pp. 191-210. < <